

FERNANDO J. MÚÑEZ



LA COCINERA
DE
CASTAMAR

ÍNDICE

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

PARTE PRIMERA

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12 Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

PARTE SEGUNDA

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

PARTE TERCERA

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33 Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

PARTE CUARTA

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Nota del autor

Notas

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una

nueva forma de disfrutar de la lectura **¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales: **Explora** **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Clara, una joven caída en desgracia, sufre de agorafobia desde que perdió a su padre de forma repentina. Gracias a su prodigiosa cocina logra acceder al ducado de Castamar como oficial, trastocando con su llegada el apático mundo de don Diego, el du que. Este, desde que perdió a su esposa en un accidente, vive aislado en su gran mansión rodeado del servicio. Clara descubrirá pronto que la calma que rodea la hacienda es el preludio de una tormenta devastadora cuyo centro será Castamar, su señor y ella misma.

Fernando J. Muñoz teje para el lector, con una prosa detallista y delicada, una urdimbre de personajes, intrigas, amores, envidias, secretos y mentiras que se entrecruzan en una impecable recreación de la España de 1720.

Fernando J. Muñoz

La cocinera de Castamar

A mi esposa, el aliento que respiro, el mar que mece, que invade todo mi mundo.

A mi madre, la primera que me empujó a escribir esta obra. A mi padre, por ser la persona de la que aprendo cada día.

PARTE PRIMERA

10 de octubre de 1720 - 19 de octubre de 1720

CAPÍTULO 1

10 de octubre de 1720, por la mañana

«No existen los dolores eternos —se decía siempre para insuflarse la esperanza de que todo era pasajero—. Ni las alegrías perpetuas», añadía después. Quizá, de tanto repetirse esa frase, había ido perdiendo su sentido y solo manifestaba la desazón que la vida le había provocado en los últimos años. Se veía como una muñeca de trapo con las hebras deshilvanadas, abocada a remendar su espíritu cada día. Pese a esto, se había recompuesto gracias al coraje que le nacía de la necesidad y a su carácter contestatario, con el fin de endurecerse y salir adelante. «Nadie podrá decir que fui cobarde», se repetía ahora Clara.

Escondida bajo la manta de paja que la cubría por completo, centró su atención en las gotas de lluvia que resbalaban por el fardo. Así evitaba mirar la luz opalina, que se filtraba por el bálago como una celosía. Cuando lo hacía, vislumbraba de pronto una inmensidad alrededor de la carreta en la que viajaba hacia el señorío de Castamar. Tenía entonces que controlar la respiración, pues la simple idea de no estar entre las paredes de una casa aceleraba su ritmo hasta el punto de colapsarla. En alguna ocasión había perdido el conocimiento por aquellos ataques de pánico. Cómo odiaba aquella fragilidad. Se percibía vulnerable, como si todos los males del mundo fueran a caer en aquel instante sobre ella, y le sobreviniera una lasitud repentina. Recordó que, precisamente por este miedo, se había sentido dividida al enterarse por medio de la señora Moncada de que en Castamar había una vacante. La gruesa jefe de asistentes y enfermería se había acercado hasta ella y la había informado de que don Melquíades Elquiza, un buen amigo suyo y mayordomo de Castamar, buscaba una oficial de cocina para la finca. «Puede que esta sea una oportunidad para ti, Clara», le había dicho.

Se había visto impelida hacia aquella oportunidad, pero, a la vez, el terror la atenazaba, pues tendría que salir del hospital donde trabajaba y residía como interna. Tan solo imaginarse por las calles de Madrid, cruzando la plaza Mayor como hacía antes con su padre, se sofocaba hasta empezar a sudar y quedarse sin fuerza. Aun así, con los ojos tapados por un pañuelo, intentó llegar por sí misma hasta las inmediaciones del Alcázar. Su debilidad le hizo regresar en estado de pánico apenas puso un pie fuera del hospital. La señora

Moncada tuvo la gentileza de presentarse en su lugar ante el señor Elquiza para hablar de sus excelencias culinarias. Al parecer, su amistad venía de lejos, ambos habían coincidido siendo jóvenes en algunas colaciones campestres, cuando ella servía en la casa de conde -duque de Benavente y él ya en la del duque de Castamar. Gracias a ella, el señor Elquiza supo que su amor por la cocina le venía de familia, pues su madre, que sentía la misma pasión que Clara, era la cocinera principal del cardenal Giulio Alberoni, antiguo ministro del rey Felipe V. Lamentablemente, el prelado había caído en desgracia y había regresado a la república de Génova, llevándose a su madre consigo.

Clara, que había llegado a ser su primera ayudante, se vio obligada a dejar el servicio del cardenal, pues solo se permitió viajar con él a la cocinera jefe. En aquel momento creyó que pronto encontraría una casa señorial en la que servir, pero en cuanto los jefes de cocina comprobaban que las referencias venían de su propia madre, no le concedían crédito y menos aún se fiaban de una muchacha demasiado culta. Así que había rebajado sus aspiraciones con tal de entrar en una cocina y, mientras tanto, se había ganado un sustento cuidando a los pobres infelices del Hospital General de la Villa, conocido también como el de la Anunciación de Nuestra Señora.

Le apenaba profundamente que su padre, el reputado doctor Armando Belmonte, se hubiera esmerado tanto en darles una educación a su hermana y a ella para verse ahora así. Pero no le podía culpar por esto. Su padre solo se comportó como el hombre ilustrado que había sido hasta el trágico día de su muerte, el 14 de diciembre de 1710. «Tanta educación para nada», se lamentó. Desde bien pequeñas, su institutriz Francisca Barroso había mantenido una férrea disciplina sobre su enseñanza. Por eso su hermana y ella eran conocedoras de áreas muy diversas como costura y bordado, etiqueta, geografía e historia, latín, griego, matemáticas, retórica, gramática y lenguas modernas, como el inglés y el francés. Aparte recibieron clases de piano, canto y baile, que bien caras les habían salido a sus pobres padres, y eso sin contar su necesidad personal de leer compulsivamente. Sin embargo, tras la muerte de su padre su educación no les sirvió de nada y se vieron abocadas al descenso en la escala social. Por el contrario, la pasión por la cocina que madre e hija compartían, esa de la que su pobre padre se quejaba siempre, se convirtió en el pilar de la supervivencia familiar.

«Querida Cristina mía, tenemos una cocinera para algo —la reprendía él—. No sé qué dirían nuestras amistades si se enterasen de que tu hija mayor y

tú andáis todo el día entre los vapores de los hornillos cuando tenéis sobrada servidumbre».

Durante los buenos años, Clara había podido leer todo tipo de recetarios de cocina, incluso traducciones de algunos volúmenes árabes y sefardíes, muchos de ellos censurados en España. Había devorado con ansia el *Libro de guisados, manjares y potajes* del cocinero Ruperto de Nola, o *Los cuatro libros del arte de confitería* de Miguel de Baeza, así como todas las recetas que cayeron en sus manos o las de su madre. Desde pequeña, había acompañado a la señora Cano, su cocinera, al mercado de abastos, donde aprendió a seleccionar las mejores coles y lechugas, los garbanzos y lentejas, tomates, frutas y arroces. Cómo le gustaba separar, en aquellos ratos de infancia, las lentejas y garbanzos marchitos de los que no lo estaban mientras permanecían en remojo, qué inmenso placer cuando le daban a probar el caldo de una olla podrida, o el chocolate amargo que su padre había conseguido gracias a sus influencias en la corte. Sintió de nuevo la añoranza de verse junto a su madre elaborando bizcochos imperiales, tortas, mermeladas y confituras. Recordó cómo ambas convencieron a su padre para construir un horno de leña y barro con el fin de hacer todo tipo de platos. Él se había negado, pero al final cedió bajo la apariencia de cubrir las necesidades de la servidumbre.

Tras conocer sus credenciales por medio de la señora Moncada, el señor Melquíades la aceptó para el puesto. Castamar representaba para Clara el primer peldaño en sus aspiraciones, el regreso a una cocina de verdad. Trabajar en la casa del duque de Castamar —que había servido al rey, al quinto de los Felipes, como uno de los más destacados ilustres en la guerra civil— representaba una vida asegurada en el servicio. Le habían informado de que aquella era una casa atípica pues, poseyendo el mayor número de grandezas de España, tenía tan solo un tercio de los criados que se habría de esperar en una casa ducal. Al parecer, el señor de la casa, don Diego, se había encerrado en vida tras el fallecimiento de su mujer, y solo en los últimos años se le vislumbraba apenas en algunas de las colaciones de la corte.

Antes de partir hacia Castamar, Clara había escrito a su hermana y a su madre. Gracias a que ahora el rey Felipe permitía que cualquier súbdito — más allá de la Corona, la aristocracia y los negociantes — utilizase el correo postal, pudo informarlas de su cambio de domicilio y de que les volvería a escribir para darles una dirección estable. Invirtió sus pocos ahorros en franquear cada pliego. Aunque esto no era usual, pues los correos los pagaba

el destinatario, prefería hacer ese esfuerzo y evitarles esa carga a ellas.

Tras el envío de sus misivas, Clara tuvo que esperar un día para que el señor Pedro Ochando, mayoral de carros y comprador de las caballerizas de Castamar, terminara su labor de transportista por la tarde y subiera las balas de paja al alba. Era día de lluvias, la suerte la acompañó en eso. El hombre tuvo la gentileza de recogerla en las cocheras del hospital, y así ella no tuvo necesidad de disimular su terror a los espacios abiertos.

«Prefiero ir detrás, si no le importa —se había excusado con picardía—. Así me cubro de la lluvia bajo las balas de heno. No llevo demasiado abrigo». Llevaban más de tres horas bajo una lluvia torrencial por el camino de Móstoles hasta el de Boadilla. De vez en cuando sentía algún bache y pensaba aterrada que su cobertura de paja pronto se desplazaría, dejándola al descubierto. Sin embargo, esto no ocurrió. Apenas un rato después, con los músculos ya lastimados por el traqueteo, la galera de carga se detuvo y el señor Ochando, hombre de pocas palabras, le dijo que habían llegado.

Se despidió de él dándole las gracias y descendió del carruaje con los ojos cerrados. La lluvia fría se le coló por el cuello bordado de su vestido, provocándole un pequeño escalofrío. Esperó a que los quejidos de las ruedas se alejaran lo suficiente y, con el corazón en un puño, Clara se ató el pañuelo en torno a los ojos. Auxiliada por el estrecho intersticio que apenas le dejaba ver el suelo a sus pies y por un cayado que hacía las veces de bastón para ciegos, caminó rumbo a un pequeño patio amurallado que se extendía detrás del palacete. Mantuvo la mirada en sus propios zapatos, rezando para que el pañuelo siguiera cubriéndole el resto del entorno de Castamar. Con el pulso acele rado, apresuró el paso tomando aire demasiado rápido y sintió que sus extremidades comenzaban a hormiguar. Al pasar bajo la pequeña arcada del murete que daba la bienvenida al patio, apenas se percató de que se cruzaba con unas muchachas del servicio que, entre risas, recogían algunas prendas olvidadas en los tendederos.

De pronto se vio perdida en aquella amplitud, y la mínima abertura del pañuelo le fue insuficiente para orientarse. Levantó la mirada y, al fondo, bajo un zaguán de madera, atisbó un portón. No le importó que los postigos pareciesen cerrados. Con el cuerpo vibrando y sus fuerzas cada vez más exiguas, corrió hacia allí suplicando al Señor no caer de bruces o desfallecida. Una vez bajo el tejadillo, se quitó la venda de los ojos, posó la frente sobre el umbral, sin pensar que tras ella se extendía el insondable espacio abierto, y llamó desesperada.

—¿Qué haces, muchacha?

La voz había surgido a su espalda, con un timbre seco de autoridad que hizo que su corazón se detuviera en el acto. Se giró tratando de mantener la compostura. Al alzar la vista se encontró con las pupilas severas de una mujer de cincuenta y pocos años. Clara mantuvo los ojos en alto apenas un segundo, pero fue suficiente para saber que destilaba una dureza inclemente.

—Soy Clara Belmonte, la nueva oficial de cocina —dijo sofocada, extendiendo las credenciales firmadas por la señora Moncada y su propia madre.

La mujer la miró, dedicándole un instante, y tomó con cierta parsimonia el papel. A Clara el momento se le hizo eterno, a punto de desfallecer del vértigo, y se sintió impelida a buscar el apoyo de la pared disimuladamente. La otra alzó la vista al sentir su vahído y, enarcando las cejas, la escrutó como si pudiera bucear en el fondo de su alma.

—¿Por qué estás pálida? ¿No estarás enferma? —preguntó antes de seguir leyendo.

Ella negó con la cabeza. Sus piernas cimbrecaban y supo que no podría soportar más aquella ilusión de normalidad. Sin embargo, sabía que si exponía abiertamente su imposibilidad de salir a los espacios abiertos perdería aquel trabajo, así que apretó los dientes e intentó respirar hondo.

—El señor Melquíades me dijo que me enviaría una moza de oficio con cierta experiencia. ¿No eres muy joven para todo lo que pone aquí?

Con una reverencia, haciendo uso de su mejor etiqueta, le contestó que había aprendido de su madre en la casa de su ilustrísima Alberoni. La mujer le devolvió con indiferencia sus credenciales. Después, con un movimiento eficaz, extendió la mano, extrajo el juego de llaves y abrió la puerta.

—Sígueme —le ordenó, y Clara penetró en el pasillo aliviada.

A medida que avanzaba, siguiendo los pasos enérgicos de la mujer, comenzó a recomponerse. La galería de paredes blancas y desnudas le resultó muy extensa y aprovechó para apoyarse disimuladamente ahora que iba detrás. Con un tono despótico, la mujer la informó de que la puerta que acababan de cruzar debía estar cerrada siempre y que su entrada estaba al otro lado del patio, que al parecer daba directamente a la cocina. Esa orden fue un alivio para ella, no tenía intención de exponerse fuera de la residencia.

Se cruzaron con tres sirvientes que hablaban a voces; varias doncellas que, con tan solo ver a la mujer, se ajustaron sus libreas y emprendieron el camino de arriba; dos entretenidos de ojos cansados, llamados así por ser aspirantes a

mozos de oficio; el comprador de cocina, un tal Jacinto Suárez, que en Castamar era el responsable de supervisar las compras de abastos. Junto a él caminaba Luis Fernández, el guardamangier, encargado de controlar la despensa donde se guardaban las viandas generales, la potajería con las legumbres y hortalizas, y la bujiería, el almacén que centralizaba la cera de quemar, el carbón y la leña. La mujer saludó a ambos por su nombre, altiva y seca. Tras serpentear por los corredores del edificio, surgieron dos faroleros, encargados del alumbrado de la casa y el jardín, que inclinaron la cabeza ante la mujer de tal modo que la barbilla les tocó el pecho. También se toparon con una muchacha abultada, Galatea Borca, que tenía hoyuelos en las mejillas y que cargaba con un juego de varias salseras en la mano para su distribución. Delante de ella su jefe, Matilde Marrón, responsable de la sausería y frutería de Castamar, le indicaba con aspavientos nerviosos que limpiara bien las vinagreras. Todos y cada uno de ellos se fueron cuadrando marcialmente ante la dueña, interrumpiendo lo que estuvieran haciendo en ese momento.

—Estás en periodo de prueba hasta que yo lo estime oportuno, y si tu trabajo o dedicación no son de mi agrado, estarás de inmediato de vuelta a Madrid. Cobrarás seis reales de vellón diarios, tendrás derecho a tres comidas al día, un día a la semana de descanso, que habitualmente será el domingo. En todo caso, podrás acudir a misa todos ellos. Dormirás en la cocina, en un pequeño camarín que cierra con una puerta corredera —aclaró, con rigurosa exactitud, mientras pasaba por delante de dos lavanderas sin prestarles ninguna atención. Clara asintió. De estar en la corte del rey y ser un varón, su sueldo rondaría los once reales de vellón al día, pero Castamar, pese a ser una de las casas más importantes de España, no era el Alcázar Real, ni ella un hombre. Aun así, su sueldo estaba por encima de la media, así que se sintió afortunada; había muchachas que fregaban escaleras por menos de dos reales diarios. En su caso, al menos podría ahorrar por si en el futuro se veía en peores circunstancias.

—No tolero la vagancia ni relaciones secretas entre el servicio, ni por supuesto la visita clandestina de hombres —continuó la dueña.

Avanzaron por el corredor, en cuya techumbre sobresalía un bello artesonado de madera, hasta llegar a unas puertas dobles de cerezo anaranjado. Sobre ellas, un cartel presentaba la estancia con el nombre de «fogones», indicando que uno estaba a punto de entrar en la cocina. De pronto, otra doncella de cámara apareció con una bandeja de plata. Llevaba un desayuno compuesto de consumado de ave, leche y chocolate en jarras separadas, pan tostado con

manteca y espolvoreado con azúcar y canela, huevos pasados por agua, panecillos tiernos y algo de panceta. Clara percibió que el consumado estaba especiado en exceso, las tortas demasiado engrasadas, los huevos inmoderadamente cuajados, y a los panecillos les faltaban unos minutos de cocción. Además echó de menos, junto a la doncella, un ujier de viandas, propio de las dependencias de panetería, encargado de acompañar el cubierto, la copa, el pan y la comida desde la cocina hasta el señor. Tan solo el torrezno parecía bien preparado, fileteado correctamente y frito en su propia grasa. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fue la presentación. Pese al distinguido juego de tazas estampadas y a la elegante cubertería de plata, en la que se apreciaba un tenedor de cuatro puntas, cubierto poco usual, se percibía que esta no tenía la atención adecuada a un grande de España. La distancia de separación entre cubiertos no estaba bien dispuesta y lo peor de todo era la ausencia escandalosa de una mínima decoración floral, indispensable para el desayuno; el mantelito blanco bordado con puntillas sobresalía de la bandeja sin la oportuna corrección; la bollería, el consumado, la panceta y los huevos, que debían estar bajo sus respectivos cubreplatos de plata para así mantener el calor, muy al contrario se mostraban sin la sorpresa indispensable que otorgaba este utensilio.

Bastó una mirada de la dueña para que la doncella se detuviera. El ama de llaves se acercó, colocó la cucharilla del café con precisión rectilínea a la distancia adecuada del juego del desayuno y dispuso el de jarras de plata con corrección.

—Que no se te mueva, Elisa —ordenó con su aterrador timbre—. Vamos, puedes irte.

Clara comprendió que el ama tenía un alto sentido de la etiqueta y del protocolo, aunque desconocía las sofisticadas presentaciones versallescas y la elaboración culinaria de la alta cocina que había venido con la corte del rey Felipe.

—Por supuesto, doña Úrsula —contestó Elisa, e hizo una reverencia con la pesada bandeja y esperó a que ellas se adentraran en la cocina.

Todos se detuvieron en el acto al verlas entrar e hicieron una pequeña reverencia. Era obvio que la dueña dominaba también toda la cocina de boca del duque y las dependencias que tenían que ver con ella. A un gesto del ama de llaves, la actividad se reanudó, y Clara observó cómo las dos sollastres continuaban desplumando con habilidad sus respectivos capones para la comida del día. Algo distraída, otra sazónaba dos pollas jóvenes, y al fondo

vio que una mujer gruesa las vigilaba de soslayo mientras preparaba una salsa de champiñones franceses para el acompañamiento de la carne.

Clara pensó que ciertamente el personal era escaso para el prestigio de una casa nobiliaria como Castamar. Echó en falta al menos tres ayudas más, como segundas de cocina, alguna sotayuda de las primeras, más mozos de oficio y varios entretenidos, y por último más galopines para fregar, barrer y desplumar capones. Aun así, el señor vivía en la hacienda solo con su hermano, según le había dicho la señora Moncada, y pese a que el boato se viera resentido, cuatro personas para su servicio de boca eran más que suficiente en términos prácticos.

Clara correspondió a la cortesía con una reverencia similar y se preguntó cómo era posible que un ama de llaves pudiera acaparar tanto control. Lo normal en una casa nobiliaria era que la dueña tuviese al personal femenino bajo su supervisión, desde las doncellas de cámara y de la casa, camareras, azafatas y mozas de oficio hasta las lavanderas y almidoneras. Sin embargo, aquella dueña parecía tener control sobre hombres y mujeres por igual. Era más una suerte de contralor, el cargo más importante de la servidumbre dentro de la corte real tras el mayordomo mayor, que tenía entre sus competencias la inspección de las dependencias, fijar los precios y libranzas, y la gestión de la hacienda. Lógicamente el bureo —órgano presidido por el mayordomo mayor, que administraba y gestionaba la corte— lo formaban varios nobles del más alto rango al servicio de los monarcas. Por contra, el bureo de Castamar solo lo compondrían individuos de origen humilde. Por ahora, sus dos cabezas visibles eran don Melquíades Elquiza, mayordomo de Castamar, y aquella mujer imponente que estaba frente a ella, y que pronto supo que se llamaba Úrsula Berenguer. Se preguntó cómo sería la relación entre el señor Elquiza y la dueña.

—Queda una semana para que celebremos la fiesta anual en memoria de la fallecida esposa del señor, nuestra querida doña Alba —le dijo doña Úrsula con cierta solemnidad—. Para el duque esto es muy importante. Este evento es una cita ineludible para toda la aristocracia madrileña y sus majestades los reyes. Debemos estar a la altura.

Clara asintió y la mujer desvió la mirada hacia el fondo.

—Señora Escrivá —dijo con aspereza—, le presento a su nueva moza de oficio para el servicio de cocina: la señorita Clara Belmonte. Infórmela del resto de sus obligaciones.

La gruesa cocinera se acercó y Clara sintió que la escrutaba con sus ojos de

jabalí como si fuera un trozo de carne. La dueña se marchó dejando tras de sí un silencio tenso. Mientras las otras tres mujeres no le quitaban ojo, ella aprovechó para observar los detalles de la cocina. Su madre siempre le había dicho que el aspecto de una cocina era el de su cocinero. Después del desayuno que habían ofrecido al señor, no le sorprendió ver los fogones ennegrecidos de hollín; el horno y la campana de la chimenea aún sin limpiar; las espeteras desorganizadas, el albañal algo obstruido y las cubiertas del pozo impudicamente abiertas. Los cofres especieros, cerrados con llave y con los nombres grabados en metal, se mostraban sebáceos sobre las baldas del fondo; además, le fue imposible averiguar bajo qué criterio de orden o clase estaban colocados. Junto a ellos se apreciaban las arcas harineras, de cuyas bases descolgaban pequeños filamentos ambarinos de saín. La pared de cristales dobles que daba al patio norte había perdido ya su naturaleza traslúcida; la encimera de trabajo tenía restos de sangre, vino, especias y entrañas de preparados anteriores, que habían ocultado el color del fresno, lo que le indicaba que, pese al limpiado diario, el tablón de trabajo no se había raspado con la debida dedicación.

—Vaya pichón esmirriado me han traído —dijo la cocinera jefe mirándola con desdén.

Clara dio un pequeño respingo y un paso atrás. Al posar el pie sobre el resbaladizo suelo baldosado sintió que algo crujía bajo sus botines. La señora Escrivá sonrió al ver cómo levantaba la suela y descubría una cucaracha aplastada.

—Ya has hecho algo útil, una menos de la que preocuparse. Por más que han intentado exterminarlas, nada. Son como una plaga —dijo, y todas las presentes rieron ante el comentario de su inmediata superior—. Yo soy Asunción Escrivá, la cocinera de Castamar, y esas dos son María y Emilia, las galopines. Y la que está preparando las aves de corral es Carmen del Castillo, mi ayuda. Esa desmelenada es Rosalía, está demente perdida. El señor la tiene aquí por piedad. Se encarga de traer y llevar cosas.

Clara descubrió a una quinta persona debajo de la mesa. Rosalía la miró con la boca abierta y la baba descolgada, mientras la saludaba con una sonrisa mohína. Después alzó la mano y le mostró otra cucaracha.

—Me gusta cómo crujen —dijo con sumo esfuerzo.

Clara le estaba devolviendo la sonrisa cuando la señora Escrivá se acercó a ella y la cogió del brazo con cierta violencia.

—Comienza a pelar esas cebollas —voceó—. ¡Espabila, niña, que has venido

a trabajar y no a mirar la pava!

A Clara le recordó a una puerca gorda y vieja chillando en su porqueriza. Sus ilusiones de trabajar bajo las órdenes de un gran cocinero se esfumaron en ese instante. Le bastó detectar las uñas de la señora Escrivá, ennegrecidas por los restos de comida y hollín, para comprender qué poco podría aprender de ella. Estaba claro que el señor de Castamar se había abandonado a la rutina de una comida sin decoro y sin la limpieza necesaria. En ninguna casa nobiliaria que se preciase permitían semejante abandono.

10 de octubre de 1720, mediodía

A los hombres les gustaba gobernar las situaciones, pero Úrsula había aprendido dolorosamente que nadie, jamás, volvería a doblegar su voluntad. Por eso la llegada de la nueva oficial de cocina sin su aprobación, sin siquiera una advertencia previa de su contratación, había desatado su ira. Don Melquíades Elquiza desafiaba de vez en cuando su imperio sobre la servidumbre de la casa, pero en aquel señorío no había una voz más alta que la suya y el mayordomo lo sabía. De enfrentarse a ella, tenía mucho más que perder que el puesto de trabajo. Lo mejor para todos habría sido que se hubiera ido hace tiempo llevándose con él su oscuro secreto. De esa forma, en Castamar todo quedaría bajo su atenta supervisión, funcionando como un carillón de cuerda debidamente ajustado.

Sumida en estos pensamientos, Úrsula recorrió el pasillo, dejó a su derecha las escaleras que conducían a las plantas superiores y llegó a las puertas del despacho de mayordomía. Llamó con dos golpes ligeros para ocultar lo que bullía en su interior. La voz profunda del señor Elquiza surgió al otro lado permitiéndole el paso. Úrsula entró y cerró la puerta. Tal como exigía el protocolo, hizo un pequeño gesto con la cabeza y le llamó por su nombre. Don Melquíades escribía en uno de sus cuadernillos escarlatas, esos que nadie leería nunca. De seguro que tenía una prosa deplorable, y un gusto exacerbado por los cultismos para dar sensación de hombre versado en letras. Escribía sus diarios con toda profusión de detalles, tratando de transportar al papel la dedicación que mostraba en su vida de mayordomo. Una entrega que, en su opinión, el paso de los años había ido diluyendo hasta convertirle en un sirviente habituado a la rutina, sin ambición ninguna por mejorar. Úrsula esperó a que levantara la cabeza del cuadernillo. Se produjo un silencio entre ambos, uno de esos acostumbrados y pesarosos que a ella la irritaban sobremanera. Don Melquíades alzó apenas la mirada y le habló sin dejar siquiera de escribir.

—Ah, es usted —dijo lacónico.

Ella ignoró su menosprecio y aguardó, como quien acecha a una presa en la oscuridad, antes de humillarle por su fracasado intento de imponer su autoridad.

—Venía a informarle de que ha llegado ya la moza de oficio para la cocina —le dijo con absoluta corrección—. Supongo que está sobradamente cualificada y...

—Lo está, no tiene más que leer sus credenciales, doña Úrsula —la interrumpió secamente, sin alzar la cabeza.

De nuevo ella guardó silencio, y él enarcó una de sus pobladas cejas y la miró de soslayo, de abajo arriba, como si pretendiera incomodarla. Úrsula aguardó. Sabía que este juego terminaría con su victoria.

—Para la cena anual de su excelencia tal vez convendría preparar alguno de los salones del ala este —dijo desviando el tema.

Él no contestó, solo siguió escribiendo. Ella se dijo que debía de sentirse poderoso en su silencio, como si tuviera que darle permiso para hacer tal cosa. Aun así, apretó los labios mientras él alargaba su mutismo unos segundos más.

—Lo que estime oportuno, doña Úrsula —contestó don Melquíades al fin.

Ella dejó pasar unos instantes antes de asestar el golpe definitivo. Se acercó hacia el buró y le escudriñó como a un insecto.

—Don Melquíades, ¿me haría el favor de dejar de escribir un momento y atenderme adecuadamente? —le pidió con tono cortés.

—Disculpe, doña Úrsula —contestó de inmediato, haciéndose el despistado.

Con una disimulada sonrisa, Úrsula se aproximó un poco más a él, sintiendo que le hacía parecer encogido y pequeño. Entonces, con suavidad, le dejó caer palabras hirientes, las que sabía que más daño le harían en su orgullo de hombre y sirviente:

—Don Melquíades, es usted el mayordomo mayor de Castamar, le ruego que se comporte como tal...

El hombre enrojeció y se levantó iracundo de la silla.

—... sobre todo en mi presencia —concluyó.

Don Melquíades vibró como la gelatina recién puesta sobre el plato. Ella retrasó deliberadamente el retomar la palabra hasta que él fue a hacerlo.

—O me verá obligada a hablar con su excelencia sobre su pequeño secreto —le cortó de nuevo.

Don Melquíades, sabedor de que solo podía claudicar ante semejante

amenaza, se envolvió en un aire de abatimiento; aun así, en un intento de mantener su dignidad, le clavó las pupilas descaradamente ofendidas.

Ella esbozó entre las comisuras de sus labios una sonrisa. Era la victoria acostumbrada, la que desde hacía años venía obteniendo sobre él y que de vez en cuando tocaba recordarle; una victoria sobre el poder masculino y sobre aquella sociedad represora que tanto le había perjudicado antaño. Aquellos desmanes de don Melquíades se iban repitiendo cada vez con menos frecuencia, hasta que un día fuera solo un hombre habituado a que las grandes decisiones de Castamar no pasaran por su despacho más que como mera información. Úrsula se giró para irse, como otras veces. Sin embargo, al llegar a la puerta se dijo que aquella mirada desafiante merecía una capitulación mayor.

—Y por cierto, no se enoje tanto —añadió—. Ambos sabemos quién dirige esta casa. Nosotros somos como un matrimonio mal casado: solo cubrimos las apariencias.

Don Melquíades se atusó el bigote. Su faz reflejaba la tristeza de las almas vencidas. Úrsula se volvió para salir definitivamente, pero de soslayo pudo ver cómo el mayordomo mayor de Castamar se dejaba caer frente al buró en su trono de ceniza.

CAPÍTULO 2

11 de octubre de 1720, por la mañana

Clara se levantó mucho antes de lo previsto y, durante más de cuatro horas, limpió las cacerolas, las sartenes, los tajadores. Raspó la mesa de trabajo, frotó las paredes teñidas de hollín y el solado, y las baldosas recuperaron el color original gracias a la lejía. Las cucarachas huyeron en desbandada hacia el patio. Después colocó los cofres especieros, ya limpios, por orden alfabético y clase. Organizó las arcas harineras, el melero y las orzas de barro. Al final tuvo que extraer hasta cuatro barreños de agua del pozo de la cocina. Más tarde limpió trapos y cubas, todo ello antes de que apareciera nadie. Sabía que a quello podía tener consecuencias negativas, pero no podía trabajar en un lugar conquistado por la suciedad. Cualquiera día el señor de la casa podía enfermar por aquella limpieza, tan solo aparente, en la que se cocinaba.

A diferencia de lo que esperaba, la primera en entrar fue doña Úrsula. Nada más verla, Clara hizo una pequeña reverencia vertical y agachó la cabeza. De soslayo, apreció en su rostro impertérrito un leve gesto de sorpresa al inhalar el límpido olor de la lejía. La dueña se paseó tranquila, admirando el trabajo que le había llevado media noche, y le clavó las pupilas tratando de desentrañar el motivo que la había impulsado a semejante limpieza. Rozó los anafres, el mango de los cuchillos, las cacerolas e incluso los fogones. Después dirigió su mirada a los estantes especieros, de uso cotidiano, que escrutó sin decir palabra. Por último, la miró a ella con su aureola de potestad, y sonrió a medias.

La puerta se abrió y la oronda señora Escrivá se detuvo en seco. Clara la saludó cortésmente, pero ella ni siquiera contestó. En su gesto se veía que no reconocía la cocina que había dejado el día anterior. Su cara se cubrió con un velo de terror cuando cruzó sus ojos con los de doña Úrsula.

—Veo, señora Escrivá, que ha cumplido su palabra de limpiar y ordenar la cocina como es debido —dijo mientras se marchaba—. La quiero siempre así. La voz de la dueña se perdió por el pasillo. La cocinera jefe, con el rictus congelado, miraba en derredor tratando de ubicar sus olores, sus sartenes y cacero las, sus fogones pintados de hollín. Observaba todo aquello como si un conjuro hubiera cambiado el aspecto de su cocina. Su mirada de jabalí se posó

sobre ella, llena de indignación. En dos pasos se acercó y le cruzó la cara. Clara sintió que uno de sus la bios se ajaba y dejaba caer unas gotas de sangre. Tuvo que apretar las mandíbulas en un acto de constricción para no devolverle el bofetón. La miró con furia y estiró la mano hacia el amasador de madera. La señora Escrivá no se le acercó más, pero la impre có con el índice en alto:

—Por tu culpa ahora tendremos que trabajar más y no estoy dispuesta a asumirlo. Así que ¡limpiar la cocina será parte de tu trabajo diario! —chilló —. Si no la dejas igual que hoy, te moleré a palos.

Al ver que se daba la vuelta, Clara se giró también y, sin mediar palabra, se centró en lardear el cordero con una tira de albardilla. De soslayo percibió algo en el intersticio de la puerta. Tras él, doña Úrsula vigilaba la escena como un dramaturgo. Perm aneció allí unos instantes más para después alejarse, seguramente satisfecha. Clara desvió la mirada hacia el exterior, con la sangre bombeando fuerte por su mejilla. Fuera, las nubes cargadas harineaban anunciando tormenta, y temió que su tiempo en Castam ar sería corto, de seguir así. Una vez engrasado el cordero, se lavó las manos sobre el fregadero de obra y comenzó a napar algunos pastelillos con una reducción de miel y almendras para el desayuno del señor.

Su mente discurrió hacia recuerdos más amab les, cuando su vida era sencilla y tranquila, y su padre las proveía de todo lo necesario. Cada vez que se le aparecía el rostro redondo de su padre, con su bigote perfectamente delineado y aquellos andares suyos, ligeros, con las piernas algo arqueadas, s entía que el tiempo no había pasado. Irónicamente aquellos días, cuando se libraba una guerra cruenta por el trono de España y la hegemonía de Europa, y los hombres de todas las naciones mataban sin cuartel en nombre del rey Felipe V o del archiduque Carlos, habían sido los más felices de su vida. Su padre había sido un hombre cultivado, viajero en su juventud y amante de los libros, y solo deseaba que la barbarie de la guerra terminase lo antes posible. Por un lado, como médico que era, daba una importancia prominente al juramento hipocrático, en concreto al principio de «lo primero es no dañar» o *primum non nocere*, que le obligaba al deber ineludible de salvaguardar la vida humana. Por otro, como hombre formado, la guerra para él era contraria a toda razón , y por supuesto a Dios.

Pero no fueron sus ideas sobre la guerra las que le habían convertido en uno de los doctores más reputados de Madrid, sino su constante estudio y amor a su profesión. Esto le había permitido codearse tanto con la alta aristocrac ia española como con la que había llegado desde Francia con el rey Felipe. El

pobre siempre había esperado que sus hijas emparentasen con una casa de cierta hidalguía o, si esto no era posible, con una que al menos tuviera una gran reputación. Esta había sido su máxima aspiración para con ellas, siempre bajo la supervisión de su amada Cristina, esposa y madre. Para Clara no había sido así, pero su hermana Elvira, más ingenua y de mirada más sencilla que ella, se veía contagiada de esta aspiración, y su sueño más elevado era ser presentada en sociedad y conseguir un buen marido. Uno que fuera rico y bien parecido, y que por lo menos la amara tanto como sus padres se amaban entre sí. Sin embargo, la guerra había truncado sus expectativas llevándose a todos los posibles pretendientes a filas, y siempre que Elvira pensaba en ello, vagaba por la casa como alma en pena, con sus ojitos vidriosos y su cuerpo de bailarina de juguete.

«A este paso no van a quedar jóvenes dispuestos a casarse después de la guerra», decía la pobre diez años antes.

Clara se sabía de otra pasta. Ella prefería estar entre libros y los carbones de la cocina antes que dedicar todo su tiempo a buscar esposo. Si algo deseaba en la vida no era encontrar marido, sino, en todo caso, el marido adecuado. Por entonces pensaba que la victoria del rey Felipe les otorgaría una infinidad de ilustres del bando austracista que, caídos en desgracia tras la guerra, podrían ver con buenos ojos emparentar con las dos herederas de la muy respetable familia Belmonte, y así lavar su nombre frente al monarca. Por otro lado, si el procurarles un marido digno era para su padre un gran objetivo, el otro era procurarles una educación acorde.

«He de reconocerme que he cumplido con esto debidamente —le había dicho una tarde tomando con ella unas pastas recién horneadas—. Ya sabes que siempre quise tener un varón que siguiera mis pasos en la medicina, pero el Señor me bendijo con vosotras dos. Pese a que no podáis ser médicos, querida mía, vuestra condición de mujer es no os imposibilita para utilizar la razón como hacen los hombres».

Su padre, como hombre de ciencia que había basado su vida en los preceptos de la experimentación y el poder de la razón, afirmaba que, a pesar de numerosas teorías especulativas, científicamente hablando no había ninguna prueba concluyente de que la razón femenina estuviera incapacitada para el estudio y la comprensión. De hecho, creía que una adecuada educación las convertiría en muy buenas madres y mejores esposas, y no las enloquecería, como decían algunos. Por supuesto, esto no las capacitaba para otros menesteres, propios en todos los sentidos del ámbito del hombre, como las

finanzas, la milicia o los asuntos de Estado. En tales asuntos, sobre todo en la política, el autor de sus días concluía siempre que la mujer veía disminuida su capacidad de razonamiento por su naturaleza sensiblera, y apenas atisbaba a dar soluciones a problemas concretos. Y qué decir de los oficios puramente físicos, donde la mujer no podía competir con la habilidad y destreza de un hombre por razones anatómicas contrastadas.

«Entonces, padre, ¿no está del todo de acuerdo con Poullain de la Barre?», le había preguntado Clara no sin picardía, puesto que los escritos del francés defendían la igualdad de los sexos en un sentido amplio.

«De la Barre es un calvinista converso, y esto, a mi parecer, le hace sospechoso de tener el juicio nublado en algún sentido», había refunfuñado su padre escondiendo una sonrisa.

Clara, más en serio, le había contestado con algunas ideas de otros autores que defendían también igualar el intelecto del hombre al de la mujer.

«Son de una autora inglesa llamada Mary Astell —recordaba haberle dicho—, concluye que las mujeres deberíamos ser educadas de la misma forma en la que lo son los hombres con el fin de hacer las mismas cosas que estos hacen».

«¡Las mismas cosas, pobre mujer! Es una teoría de poco sentido común, por no decir ninguno», le había contestado él con incredulidad y en tono muy académico.

Pese a estas afirmaciones, su progenitor había llegado a reconocerle que, en cuanto al estudio y la comprensión, no le cabía ninguna duda de que las diferencias entre el hombre y la mujer eran mínimas, pues había meditado la cuestión desde todos los puntos de vista posibles, incluidos los parámetros puramente religiosos.

«Que Dios crease a Adán a su imagen y semejanza y que Eva naciera de la costilla del primero no implica en ningún caso que esta última tuviera menos seso para el estudio y el entendimiento», había añadido reafirmandose.

Además, en las tertulias que se celebraban en casa, solía postular frente a sus coetáneos que sus propias hijas eran prueba de su teoría, y principalmente Clara, que disfrutaba con la lectura de todo tipo de libros. Gracias a él, y además porque su madre, mujer leída donde las hubiere, así lo había deseado también, Elvira y ella habían recibido todo tipo de atenciones en este sentido.

Unos días antes de su inesperada muerte, su padre le había confesado tiernamente que no había echado en falta a un varón; que Dios le había bendecido con una buena vida, pues él veía en Elvira una extensión de sí mismo, y en Clara una prolongación de su esposa. Y, sin duda, esto era verdad.

Su hermana pequeña había heredado el ánimo tranquilo y más sencillo de su padre, y ella, muy al contrario, se había contagiado del espíritu resuelto y decidido de su madre. Tal vez ahora, llevando cada hermana vidas muy distintas, se había hecho más patente que sus caminos no eran sino el resultado de esos caracteres. Acaso la vida de uno no se conformaba de eso, de los actos derivados del alma, como si fueran las cartas dibujadas de un castillo de naipes que iban poco a poco cayendo, unas sobre otras, hacia un inevitable destino.

Clara trituró las almendras para los past elillos del señor, sin desmenuzarlas del todo, y se preguntó cómo le estaría yendo la vida a Elvira en Viena, en aquellas tierras tan frías y alejadas donde vivía ahora. Qué añoranza sentía ante aquellos recuerdos que se escurrían como las horas de un reloj: incontenibles, incesantes, fugaces. Sin embargo, ¡le reconfortaba tanto mecerse en ellos! Se sonrió mientras recordaba los días entrañables, previos a que el ministro don José de Grimaldo requiriera a su padre para la guerra del rey Felipe. Se instalaba en una remembranza imborrable, y todo parecía estar de nuevo en orden, como si no hubieran pasado diez años desde aquel mediodía del 2 de diciembre de 1710, cuando todo Madrid se preparaba para recibir la entrada del rey Felipe desde Valladolid, y ellas a su padre. Suponían que vendría cansado de hacer su ronda a sus pacientes, aristócratas adinerados que todavía quedaban en la capital.

Ese día, ella y su madre le recibieron a mesa puesta, con una olla podrida cocinada a fuego lento durante horas, con m anitas y rabo de cerdo, con morcillo de vaca, muslos y pechugas de capón, chorizo, morcilla, huesos de caña de Jabugo, garbanzos tiernos, col, nabos, zanahorias, un buen relleno hecho con miga de pan, ajo, pernil, una ramita de perejil y finalmente su toque especial: unas buenas papas peladas. Al llegar, a su padre le bastó aspirar los aromas culinarios para saber que habían pasado el día entre fogones. ¡Cuánto había anhelado que se dedicasen más a degustar la comida que a hacerla! Pero sus protestas caían en saco roto y, pese a saber que estaba contra las buenas maneras que se pasasen el día cocinando, debido a su posición social holgada, no era un hombre que tuviera fuerzas para negarles nada. Él disfrutaba sus guisos, y con el paso de los años se había ac ostumbrado a ellos de tal forma que, si no cocinaban algo, lo echaba en falta. Aun así, hacía notar su disconformidad a menudo, de forma fingidamente lastimera:

«Habéis estado guisando...».

«Sería peor si los guisos fueran detestables o corrientes», le dijo su madre

mientras Clara le daba un beso en la mejilla y le tiraba del moflete cariñosamente.

No era el caso. Tras veintiséis años de matrimonio, su padre, que apenas tenía desarrollado el sentido del olfato, era capaz de distinguir desde el salón familiar sus platos tan solo por los efluvios que desprendían: estofado de carnero, ánades con membrillos, manitas de cerdo embarradas, besugo asado, tortilla de patata, potaje con garbanzos y, por supuesto, la olla. Cuando aspiraba aquella fragancia se le dibujaba una sonrisa y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para fingir seriedad. El pobre apenas acababa de decir un reproche cuando se vio sometido a los ojos claros e intensos de su esposa.

«Estás derrotado ante ellos, padre», le dijo Clara, como tantas otras veces.

Aun así, Armando Belmonte lo intentaba una y otra vez. Clara siempre supuso que se trataba más de una estrategia para aplacar sus propios miedos. Se decía a sí mismo que tenía que ser el miembro sensato de la familia, aunque en su interior no deseaba que su mujer dejara los fogones, pues sabía de sobra que esto la habría hecho desgraciada, igual que a Clara, y bajo ningún concepto podía ser él el motivo de dicha tragedia.

Clara recordaba bien cómo aquella mañana le había arrancado una sonrisa cuando, tras la primera cucharada, él le había preguntado cómo había obtenido ese sabor tan intenso. Ella le había respondido que se debía, entre otras cosas, a la patata. «¡Santo Dios, hija mía! —había exclamado con los ojos abiertos—, pero si ese tubérculo se lo dan a los cerdos para comer».

Aquel mediodía era el último recuerdo feliz que Clara tenía de aquella época. Justo después entró Venancio, su mayordomo, anunciándoles la llegada del correo de don José de Grimaldo. El secretario de Guerra le pedía a su padre el ingreso en las tropas borbónicas. A este recuerdo lo seguían otros desalentadores, amargos y llenos de dolor. Por eso Clara atesoraba aquella escena en su mente, y acudía a ella cuando lo necesitaba, recordando los detalles con una melancolía tenue que le borraba las lágrimas y la hacía sentirse segura. La gran mayoría de las noches, cuando la tristeza venía a buscar su espíritu, se resistía y evadía los pensamientos, arrancándolos de cuajo. Otras, por contra, si su ánimo no estaba voluntarioso, se veía indefensa y se afanaba en desgranar aquella imagen hasta el más mínimo detalle. Entonces, asilada en su cueva, aspiraba con fuerza tratando de recordar los aceites esenciales de rosa y alhucema del caro perfume de su padre, regalo de una aristócrata, con los que había sido enterrado.

11 de octubre de 1720, mediodía

Diego llevaba cabalgando desde primera hora. Solía hacerlo para refrescar su mente abotargada, y más en estos días en los que su ánimo era bastante desapacible. Andaba quejándose por todo, y para no caer en una apatía aún mayor, había tomado el correo que había llegado esa mañana de Madrid. Había descartado las cartas de compromiso y solo le llamó la atención la de su madre, doña Mercedes. Tras guardarla en la bocamanga de su casaca, había salido de la hacienda para no pagarla con su hermano o con algún miembro de la servidumbre. Desde la trágica muerte de su esposa, Castamar era un reflejo de su estado de ánimo y lo sabía. Aunque el paso del tiempo había mitigado aquel dolor convirtiéndolo en una letanía monótona de su espíritu, en esos días señalados que se cumplían nueve años desde su muerte, ese canto se oía con más fuerza y le ponía irascible. Se conocía lo suficiente a sí mismo para saber que podía caer fácilmente en uno de sus ataques de furia y ser injusto.

Alcanzó una de las colinas de su hacienda y admiró los confines de su finca, delimitada al este por los altozanos de Boadilla y al norte con las tierras del mayorazgo de Alarcón y la villa de Pozuelo. Alejada tras el velo del horizonte, se escondía difuminada la cadena montañosa de Guadarrama, coronada por la Maliciosa, los Siete Picos y Peñalara. Aspiró profundamente el aire limpio que bajaba de la sierra en forma de brisa.

«Se acerca el invierno —se dijo—. Otro más sin ella, Diego».

Giró haciendo cabecear a su corcel de pelaje ambarino y divisó el palacio de Castamar, y aún más lejos Madrid, con el Alcázar pegado al Manzanares. Más allá solo el horizonte, camino de Guadalajara, Brihuega y Villaviciosa de Tajuña.

«Muchos buenos hombres de ambos bandos murieron allí», pensó.

Si en Brihuega las tropas de Felipe, al mando del duque de Vendôme, habían obtenido la victoria contra la entente aliada austracista y habían complicado los objetivos enemigos, en Villaviciosa el 10 de diciembre de 1710 se hizo patente que los Borbones podían ganar la guerra. Le vinieron las imágenes de los rostros cansados y ojerosos, de los heridos tendidos en las parihuelas, desangrándose, luchando por su vida. Recordó los gritos de dolor, algunos de los cuales se habían adherido a su alma para siempre. Se vio de nuevo tras la batería de cañones que tronaban frente a las tropas enemigas y la carga de caballería, con Felipe observando desde la retaguardia, que destruyó el flanco izquierdo austracista. Los hicieron retroceder con el marqués de Valdecañas a la cabeza hasta dispersarlos. Para cuando regresaron, tomaron

por la espalda al resto del contingente. De haber tardado más, tal vez la batalla habría tenido otro destino; Diego, como uno de los tres capitanes de las Guardias de Corps y, por qué no decirlo, el preferido de su majestad, había volado sobre el campo de batalla abriendo cráneos y amputando miembros.

No se sentía orgulloso, pese a ser un soldado. La guerra era un monstruo capaz de arrebatarlo todo, incluidos el honor y la dignidad, en cuanto uno se descuidaba. Aquel día, como otros muchos, habían matado sin dar cuartel, sembrando el rencor entre las tropas enemigas que lucharon con tanto valor y arrojo como ellos. En aquella ocasión se dijo de él que había sido el escudo de Dios enviado al mundo para proteger al Borbón, y que, de saberlo el abuelo francés del rey, el monarca Luis XIV, habría querido llevárselo a Versalles para su propia seguridad. Tras la batalla, las tropas del archiduque, al mando del austriaco Guido von Starhemberg, el máximo mando austríaco, se vieron muy mermadas y obligadas a retirarse. Su regreso a Cataluña no había sido fácil, hostigados sin tregua por los suyos, y, al final, tras el sitio y la toma de Gerona, Barcelona había rendido armas tres años más tarde de la decisiva batalla de Villaviciosa. Aun así, Diego nunca pudo disfrutar de esa victoria, pues su mujer había muerto apenas al año de Villaviciosa, el 2 de octubre de 1711, aplastada por su propio caballo. El rey había sido más que comprensivo al concederle su petición de retirarse del servicio activo.

«De salir al combate en el estado en que te encuentras, solo conseguiré que te maten, primo», le había dicho.

Razón no le faltaba. Lejos quedaban ya los días en los que él había sido el baluarte del rey Felipe, cuando frustraba los atentados perpetrados contra él. Aún podía recordar aquella ocasión en la que descubrió entre las viandas del desayuno de su majestad una pequeña redoma de veneno. Los asesinos, disfrazados de ujieres de cámara del servicio, dejaron la vida bajo su acero y el de sus guardias. Días más tarde se demostró que Beltrán Burgaleta, uno de sus tenientes de corps, se había dejado sobornar para franquearles el paso. Este éxito y algunos otros apodaron a Diego como «la mejor espada de España». Nunca se había creído aquel sobrenombre. Pensaba que en los duelos, como en la guerra, un mal día podía llevar a cualquiera a la tumba.

Sí, su majestad había sido sabio al permitirle su retiro tras el fallecimiento de Alba. Tras la muerte de su amada esposa, no había sido el mismo hombre. Su espíritu vagó pintando las galerías de Castamar de color ceniza y desconsuelo. Pasó a ser una sombra de su aquel otro yo, risueño y optimista; una silueta hecha pedazos que durante aquellos nueve años se había arrastrado por aquí el

mundo de Dios, encolando los pedazos de sí mismo como una porcelana de Meissen rota.

Los primeros días tras su muerte habían sido insoportables. Cada vez que se miraba al espejo con su barba crecida, el tiempo se le antojaba una pesada lápida, y él, su epitafio mal escrito. Se había dicho que su tristeza no sería apaciguada más que por el discurrir de la vida, que, como un mal goteo, le susurraba su perversa trampa: «La única forma en que puedes sobrevivir es olvidándola». Y luego estaba la voz de su espíritu, que se rebelaba contra esto y le decía que no la olvidaría nunca, que soportaría aquel dolor sin quejarse.

Tras la tragedia, se había encerrado en vida despreciando las visitas de sus amistades más cercanas, como Francisco Marlango y Alfredo Carrión. Le negó también la entrada al bueno de su capellán, Antonio Aldecoa, y hasta el día de hoy no había asistido a misa, pese a la constante insistencia de su preste y de su propio hermano. Despidió a más de la mitad de la servidumbre; cerró estancias enteras del palacio, incluida la habitación de su señora; clausuró sus cortijos de Andalucía, sus casas de Madrid, Valladolid y el resto de las poblaciones. Se retiró del servicio real, y tan solo a su hermano y a su madre les estaba permitido molestarle, no porque deseara su presencia, que no era el caso, sino porque ninguno de ellos iba a respetar sus deseos de soledad más de lo necesario. Desde el fatídico día en que murió su esposa no había hecho otra cosa que preguntarse por qué Dios había sido tan devastadoramente cruel con él. Por eso, para que aquel cuadro desgajado mantuviera sus pedazos unidos, había seguido celebrando, como una necesidad, el cumpleaños de Alba.

Ella había instaurado esta tradición invitando a toda la corte española a Castamar, pues era una adicta a los refrescos —reuniones sociales que adoraba— y, por encima de todo, a los festejos. Bastaba una nueva idea en su cabeza para ponerla en práctica, una nueva moda, una nueva forma elegante de despedirse. Para ella todo era un juego, y no había dama o caballero en la corte de Madrid que no desease conocerla, pues era un exponente de distinción, oratoria y belleza. Hacía de cualquier instante cotidiano algo especial. Necesitaba despertarse y ver el salón del desayuno colmado de flores, c abalgar y leer a diario, vestirse y desvestirse dos o tres veces por jornada, y cambiar de tocado dependiendo de la ocasión otras tantas. A esto le habían seguido otras actividades como tocar el piano, hablar en francés durante la mañana y, por supuesto, c antar. En cuanto se descuidaba, se le escurría de entre los labios una tonadilla. A veces se presentaba en la noche en

su cuarto y le despertaba susurrándole palabras ardientes en forma de trova. Y, sin embargo, esta imagen de Alba solo era una parte minúscula de la que él conocía, una mujer sincera y profunda capaz de disfrutar a la vez de lo frívolo y superficial. Alba amaba con pasión a la vida y a él. Era una devota esposa y poseía una fortaleza inigualable, capaz de cualquier hazaña en pro de los suyos. Por eso, cuando ambos se encontraban en sus momentos de ira, estallaba una tormenta atronadora donde al final él, llevado por la necesidad de estar con ella, y ella, de olvidar cuanto antes una discusión sin sentido, pasaban de nuevo a un estado de absoluta entrega. Sonrió al recordar cómo se le arrugaba el entrecejo cuando algo se indisponía contra sus deseos.

Le era tan difícil despedirse de todo aquel mundo... Aun así, tras los primeros años de luto, su madre y sus amigos habían intentado que olvidara su dolor, y su negativa había sido motivo de airadas disputas con su madre. Ella veía en este empecinamiento un acto de egoísmo y de irresponsabilidad. Posiblemente lo era. Para la sociedad entera, su deber para con el apellido estaba por encima de su dolor, de sus razones, e incluso por encima de la memoria de Alba. Ahora parecía más calmada. Tal vez su madre había visto como un rayo de esperanza el hecho de que él hubiera acudido a ciertas colaciones del Alcázar, a pequeños encuentros en casa de sus amigos o al teatro. Y tal vez debía reconocer que se había operado un cambio en él al descubrir que a veces tenía ganas de salir o de verse dentro de ciertos círculos. Con el paso de los años había ido arrinconando el desconsuelo en los quehaceres más mundanos, relegándolo hasta el caer de las noches, cuando inevitablemente se encontraba consigo mismo. El tiempo, efectivamente, había atemperado el dolor de su pérdida.

Recordó entonces que llevaba la carta lacrada de su madre en la bocamanga de la casaca y aminoró el paso del equino hasta detenerse. Extrajo el pliego, rompió el lacre y la leyó atentamente:

Querido hijo:

Cuando te llegue esta carta estaré de viaje hacia Castamar. Te escribo para informarte de que me he permitido la licencia de invitar a la fiesta a don Enrique de Arcona, del que te he hablado en otras ocasiones. Deseo que seáis grandes amigos, pues estoy convencida de que te conviene su buena influencia: es un hombre muy vital y de espíritu bondadoso, como podría confirmarte mi amiga vallisoletana, doña Emilia de Arcas, a quien bien conoces.

Buena muestra de ello es la intervención que el otro día supe que había tenido hacia ella. Viendo varado su carro en el fango y en plena tormenta, tuvo la

gentileza de rescatarla de semejante entuerto y asistirle completamente hasta que llegó a su villa. Por supuesto, mi amiga correspondió invitándole a tomar un pequeño tentempié hasta que escampase la tormenta. Cuando ella —un poco más joven que yo, pero mucho peor conservada — supo que don Enrique entraba en Valladolid con el propósito de recogerme y escoltarme hasta Castamar, no dudó en hacerle saber de nuestra común amistad. Como supondrás, ella me escribió casi de inmediato para contarme tal hazaña y de paso darse cierta importancia ante mis ojos. Como ves, Enrique posee un buen juicio y una educación exquisita. No digo más. Espero verte en unos días. Dale besos a Gabriel, al que también deseo ver.

Se despide tu madre que te adora,

Doña Mercedes de Castamar, duquesa de Rioseco y Medina

Al terminar la lectura, sonrió. Su madre tenía la virtud de hacerle olvidar la pena. Alzó la cabeza y continuó cabalgando al trote dirigiéndose hacia el panteón de los Castamar. Cruzó uno de los puentes del arroyo de Cabeceras, que discurría por su hacienda, y se aproximó al castañar centenario que albergaba el mausoleo. Al otro lado de la arboleda se levantaba la capellanía dirigida por el preste, Antonio Aldecoa, célebre por su dedicación a los más débiles, a los ancianos y desfavorecidos. Incluso había formado una pequeña parroquia él mismo, donde enseñaba a leer a los más pequeños de la servidumbre, aunque la mayoría de los padres no veían nada útil en ello, pues despistaba a los críos de aprender un oficio con el que ganarse el pan.

Refrenó el caballo para amordazar el ruido de los cascotes, pues no deseaba conversar con un hombre que le conocía tan bien, y descabalgó frente al enrejado de unos cinco metros que protegía un mausoleo adintelado, jalonado por cuatro grandes columnas. Abrió la verja y recorrió el pequeño pasillo de baldosas negras hasta apoyar las manos sobre la puerta de mármol. No la cruzó. Solía quedarse fuera. Dentro de aquella isleta de granito y jaspes había demasiados recuerdos dolorosos. No solo de Alba, sino también de su padre. Se apoyó sobre el acanalado de una de las columnas y mantuvo un diálogo interno con su mujer, contándole que dentro de cinco días se celebraría su cumpleaños y que durante dos noches y un día Castamar brillaría con esa intensidad cegadora que a ella le gustaba. Así permaneció unos momentos, conformándose con acariciar la piedra del panteón como si pudiera acariciarla a ella. Mientras, la informaba de todas las visitas que recibiría, de los últimos acontecimientos entre la servidumbre, de las noticias que le llegaban de la corte... Se despidió con el alma quejumbrosa, sintiendo la melodía

monocorde de su calvario en los oídos y los leones devorándole los pensamientos. Abandonó el enrejado y cerró la puerta tras de sí.

—Me preguntaba qué día de estos aparecería su excelencia por aquí.

Al girarse se encontró con el rostro de hogaza de pan de su capellán. Aquel hombre mayor había asistido a su familia desde los tiempos de su padre, Abel de Castamar. Diego intuyó que el capellán había estado esperando a que él terminase de hablar con su difunta para intervenir.

—Imagino que, como en otras ocasiones, ha entrado usted por el norte de la arboleda para evitarme —continuó, acercándose hasta él.

—Así es —le dijo—, pero bien sabe que no es por usted.

Le miró a los ojos. El preste se aproximó un poco más con aquel aire suyo que le hacía sentirse incómodo y algo vulnerable. La presencia de su párroco le recordaba que su indiferencia hacia el Señor solo era suya. Veía en él la actitud paciente de Dios, su comprensión, su amor infinito, y era justo esto lo que le revolvía. No necesitaba de Dios, ni su comprensión, ni su perdón ni su amor... Le había arrebatado su corazón para luego apiadarse de su dolor y alabar la fuerza que había necesitado para afrontar la muerte de su esposa. Bien sabía que el sacerdote no tenía culpa de esa asociación inevitable, pero él la sentía así. Cada domingo que no había asistido a misa, que no se había confesado, que no había comulgado era un día en que había pecado de soberbia contra el Altísimo, y lo peor de todo es que le era indiferente.

—Ya sabe que Dios y yo tenemos una relación muy distante, padre —añadió.

—Y usted también sabe que no dejaré de intentar que ambos se reconcilien —le contestó el preste cruzando las manos—. Uno no puede estar enfadado con Dios toda una vida.

—Tal vez sí, padre —replicó poniéndole la mano en el hombro—. Tal vez sí. El padre Antonio asintió meditando sus palabras unos instantes. Él aguardó por educación, porque aquel hombre solo podía derivar bondad.

—Sabe, excelencia, un día descubrirá el verdadero sentido de la muerte de su querida esposa —le dijo al fin—, y cuando lo haga, verá que todo ese dolor, toda esa rabia que le provocó la injusticia del fallecimiento de doña Alba dejará de tener sentido. Dios entiende que le culpe, aunque no sea culpable.

—Sabe cómo pienso —le dijo sereno—, y aunque agradezco sus palabras, fue Él quien me la arrebató. No debería haberlo hecho si no deseaba mi antipatía. Se aupó sobre su caballo y, tras un respetuoso gesto de despedida, comenzó su regreso hacia Castamar. El capellán, mientras él se alejaba, le dijo en voz alta que la persistencia del Señor sería más grande que su rencor, y él le sonrió

agradeciéndoselo. Después, sin mirar atrás, galopó a la hacienda. Su amigo Francisco Marlango, conde de Armiño, debía de haber llegado y no deseaba hacerle esperar.

CAPÍTULO 3

12 de octubre de 1720, por la mañana

Clara observó cómo doña Úrsula pasaba revista otra vez a toda la cocina. La sola presencia de la dueña dejaba claro que cualquier cambio, por sutil que fuera, tenía que contar con su legitimación. Comprobó la limpieza y le dedicó una mirada rápida a Clara, que se sintió juzgada. La vio escrutar los cofres especieros de los estantes, como había hecho la mañana anterior, y observó que la señora Escrivá mantenía la cabeza tan gacha como si estuviera ante el mismísimo duque. Ella hizo lo mismo. Solo la pobre Rosalía levantó la suya desde el rincón, sonriendo al vacío con la saliva colgando. Doña Úrsula miró con desdén a la cocinera jefe.

—Persónese en mi despacho durante el transcurso de la mañana, señora Escrivá.

La oronda cocinera tragó saliva y palideció, y ambas hicieron una pequeña genuflexión para despedir a la dueña. Su figura poderosa desapareció por la puerta de la cocina y Clara sintió que la estancia recobraba parte del encanto que tenía, como si un negro capote se hubiera retirado permitiendo la entrada de la luz. Incluso la desdichada de Rosalía se rio, como si la alegría hubiera vuelto de pronto a ella. Clara dispuso la estameña para licuar la mixtura de yemas de huevos, almidón y media libra de azúcar cuando la cocinera jefe se le acercó entre cautos vistazos hacia la entrada, para controlar un inesperado re greso de doña Úrsula.

—Espero que no me la hayas *liao* otra vez —la amenazó arrimándole los hocicos. Clara la miró en silencio. Su superiora se giró y le dio un puntapié al cubo de fregar. —Haz algo útil y sal al patio, que el albañal está atascado —le ordenó con malas formas.

Al oír esa orden sintió un pequeño escalofrío que la hizo detenerse. No porque tuviera que desatascar el canal de las inmundicias de la cocina, lo que no era su cometido como oficial, sino porque en cuanto saliese ahí fuera revelaría su enfermedad. Aquello sería un buen pretexto para que la cocinera jefe la echara a patadas y sin referencias.

—¡Que te he dicho que salgas! —gruñó de nuevo la señora Escrivá, cual jabalí enfurecido.

Clara tomó el cubo de madera con un sudor frío en la frente mientras su cabeza se veía atropellada por imágenes del vacío que pronto se extendería ante ella. Maldijo para sí la suerte que había tenido de quedarse sola con la cocinera jefe. Las dos galopines y la ayuda de cocina, Carmen del Castillo, habían ido al mercado de Madrid para asistir a Jacinto Suárez, el comprador de cocina, y a los portadores. Sorteó a Rosalía, que jugaba con su cabello trazando círculos en el aire, y se acercó a la cancela del patio. Su pulso se aceleró y una profunda náusea se le instaló en el estómago. Caminó pesadamente mientras el agua sucia se balanceaba dentro del cubo como una marea inquietante. Rosalía dijo algo, y su baba culminó en un pequeño charco sobre su falda, mezclándose allí con el resto que se había acumulado durante la mañana. Clara dejó de mirarla y posó la vista en los postigos de la puerta, con su corazón latiendo descontrolado. Puso la mano en el picaporte y suspiró, tratando de recurrir a toda su fuerza de voluntad para salir, cuando la puerta se abrió desde el exterior, golpeó el cubo y derramó parte del agua sobre el suelo.

—Ten más *cuidao* —le imprecó la cocinera chascando la lengua.

Rosalía la señaló riéndose con una mueca grotesca, como si estuviera en una comedia de Lope. Ella se echó atrás para permitir el paso, y tras el umbral apareció un hombre fornido de avanzada edad. Clara hizo una pequeña reverencia y el individuo se quitó el sombrero, mostrando un cabello cano y un cuerpo curtido que todavía conservaba parte de la enorme fuerza que en su juventud debía de haber tenido. Por cómo portaba el rastrillo y por la carretilla de madera que había tras de él, supuso que era el jardinero. Tenía los brazos grandes, fibrosos, rematados por unas manos enormes y huesudas de dedos largos y uñas endurecidas por la tierra y ennegrecidas por el abono. Clara, con el resuello aún algo tomado, levantó la mirada hacia el rostro del desconocido y le pareció que poseía ese aire sencillo y cautivador de las gentes humildes. Él le sonrió afablemente mostrando una dentadura sin terminar, y parte de su angustia se disipó, como si la mirada gris de aquel anciano la hubiera sedado por unos momentos.

—Qué torpeza la mía —le dijo, y después miró el cubo lleno de agua—. Perdona, deja que te ayude, ¿el albañal sigue obstruido? Deberían desatascarlo de una vez, señora Escrivá, así evitarían los malos olores que a veces suben.

—Eso no es trabajo mío, sino de obreros.

El anciano suspiró, tomó la cubeta de agua sucia y la vertió en la buzonera del

patio. Clara dio gracias al Señor por su fortuna y, cuando el hombre regresó, ella le sonrió.

—Señorita Clara Belmonte —le dijo haciendo una breve reverencia, llevada por la costumbre de la etiqueta—. Gracias por las molestias.

—Simón Casona, el jefe de jardinería, y por Dios, el esfuerzo no las merece —le respondió él algo desconcertado.

—Un placer conocerle, discúlpeme —le dijo con la urgencia por regresar en el estómago.

Percibió que la señora Escrivá se burlaba al ver cómo se había presentado, aunque se sintió aliviada al tomar el cubo y entrar de nuevo en la cocina.

—¿Qué tripa se le ha roto, Simón? —le espetó la señora Escrivá.

Él sonrió tranquilo, como acostumbrado al aire de porqueriza que rodeaba a la cocinera jefe, y se volvió a mirarla a ella de soslayo. Clara ignoró la conversación y comenzó a recoger el agua vertida con un trapo seco mientras su pulso se iba normalizando.

—Venía para ver si podía darme algo de cenizas del cenicero, si no lo han vaciado aún para hacer la lejía —explicó el jardinero pausadamente—. Las utilizo como abono.

Clara levantó la cabeza y él la miró unos segundos, sonriéndole otra vez. Ella le devolvió tímidamente el gesto.

—Puede tomar tantas como quiera —contestó la señora Escrivá como si fuese un subalterno, antes de dirigirse a ella—: Tú, llena el cubo y ayuda al señor Casona a llevarlas hasta el jardín, no puedo hacer esperar a doña Úrsula.

Clara notó que su pulso se aceleraba de nuevo. Rosalía chilló saludando al señor Casona como si en ese instante hubiese reparado en su presencia. El jardinero le respondió cortésmente y penetró con la carretilla hacia la escotilla del cenicero, un cuarto pequeño pegado a la cancela del patio, lejos de los fogones.

—¿Sabe que los jardines de Castamar son la envidia de los amigos del señor duque? —dijo el anciano, encantador, mientras cargaba la carretilla.

Clara juzgó que las palabras del jardinero sonaban huecas. Al mirar hacia fuera sintió una profunda debilidad asolando sus músculos. Apretó las mandíbulas y se centró en rellena de cenizas la cubierta de madera con una pequeña pala. El anciano dejó escapar un suspiro de cansancio, apostillando algo sobre su juventud perdida, y comenzó el camino hacia la salida. Ella, intentando no mirar, se pegó a sus espaldas anchas y le siguió como envuelta en hielo. Aun así, en cuanto el señor Casona traspasó el umbral y ella se sintió

bañada por la luz gris del día, se detuvo en seco. Tuvo que obligarse a dar un paso hacia el exterior, atenzada por sus propias angustias, haciendo caso o miso de las advertencias de peligro que ella misma acababa de darse. Apenas era consciente de que tomaba el aire irregularmente y de que el pecho le hormigueaba, fluctuando arriba y abajo, cuando sintió que debía retroceder antes de caer desmayada.

El anciano se había detenido mirándola, y ella, presa de las cadenas que la ataban a aquel umbral, le devolvió la mirada un segundo para volver a cerrar los ojos, sin ningún control ya sobre sí misma.

—Señorita Belmonte, bien pensado, creo que es mejor no salir al patio hoy, el suelo está algo resbaladizo. Deje que lleve yo las cenizas a los jardines —le susurró mientras la cogía de los hombros y la conducía a una de las banquetas de madera de la cocina—. Antes de venir a la ciudad, yo vivía en el pueblo de Robregordo, cerca de Buitrago, ¿sabe? Recuerdo a un buen amigo mío, llamado Melchor, al que no le gustaba nada quedarse solo en la oscuridad.

Clara abrió por fin los ojos, tratando de recobrar la compostura y fijar la atención en el señor Casona. Este se había acuclillado hasta ponerse a su altura y, extendiendo la ternura natural de su habla, le acariciaba las manos para calmarla. Qué poco le importó que las tuviera sucias y ásperas, el calor que le transmitían la reconfortaba.

—Cuando Melchor abría los ojos en medio de la noche, siempre daba alaridos y despertaba a medio pueblo —proseguía el anciano—. Muchos pensaban que estaba mal de la cabeza, hasta que un día mi abuela, que Dios la tenga en su gloria, dio con el remedio para su mal. —El jardinero se detuvo esperando a que ella participara de alguna forma de la conversación y se distrajera de sus temores.

Clara le incrustó la mirada, todavía temblando, y le sonrió un poco, más en su sitio.

—¿Y..., y cuál fue? —terminó por preguntar.

—Le aconsejó que durmiera con un cabo de vela encendido —concluyó al tiempo que se levantaba—. Así que estas cosas es siempre mejor tomárselas con mucha tranquilidad, señorita. Ahora que veo que ya está usted mejor, si me disculpa voy a seguir con mis menesteres.

Clara asintió y, enjugándose el sudor de la frente con un lienzo, mantuvo asida la mano del jardinero por unos instantes, impidiendo que se marchara. Después, con mucha suavidad abrazó con las dos manos la enorme palma del señor Casona y susurró un «gracias» contenido en su aliento. Él le dedicó una

entrañable sonrisa mostrando su dentadura a medias.

—¡Adiós, Rosalía! —dijo con ternura, marchándose con sus lentos andares.

Clara permaneció sentada recuperando el resuello y, en cuanto tuvo fuerzas, se levantó y comenzó a separar las yemas de los huevos con un pequeño escurridor para preparar las natillas del señor. De pronto cayó en la cuenta de que hacía demasiado tiempo que la señora Escrivá había desaparecido. Se acercó al horno de leña, abrió la cancela de hierro con el atizador y comprobó que el pan dispuesto debajo del cordero se había empapado de la grasa que este había destilado. Se quedó allí sintiendo el calor del horno sobre las mejillas y, mientras veía burbujear la grasa del tocino sobre la vasija de barro, pensó que el día gris era un reflejo de su espíritu y tuvo el presentimiento de que la tardanza de la señora Escrivá no le traería nada bueno.

12 de octubre de 1720, por la tarde

Enrique presintió que el tiempo refrescaba ya anunciando la llegada del invierno. Aun así, no habían sufrido lluvias desde la salida de Valladolid, un día atrás, ni tampoco llegando a Segovia por el camino de Coca. Tras hacer noche, reanudaron la travesía cruzando el terrible puerto de la Fuenfría, donde los coches se despeñaban en un descuido. Tuvieron que desenganchar los caballos y poner las colleras a las mulas para ascender, pues los primeros no podían tirar ya de la carroza. Según había oído, el rey Felipe deseaba hacer una calzada en condiciones en ese insufrible camino de cabras, pues en algunos tramos las berlinas tenían que pasar con las ruedas exteriores voladas sobre el precipicio. Por eso él mismo, en alguna ocasión, había ordenado a los gentilhombres de doña Mercedes de Castamar que detuvieran el carruaje y había montado a la anciana sobre su poderoso alazán, sorprendiéndose del vigor que demostraba esta a pesar de su edad. La duquesa de Rioseco y Medina ascendía y descendía con relativa facilidad del carro y caminaba bajo los pedregales sin necesidad de un bastón.

«Es usted una mujer intrépida —la había halagado Enrique—. Por eso es un placer acompañarla en este viaje».

«Me mantengo en forma gracias a que, de joven, cuando aún vivía mi marido don Abel de Castamar, ambos gustábamos de dar largas caminatas por la hacienda, así como viajar a pie a la vecina sierra de Guadarrama», le había contestado ella.

Enrique había encontrado placer en su respuesta, que sin duda era cierta, pues la dama no tenía miedo a las alturas ni a la vejez. Él, por su parte, no mintió en el halago a su intrepidez, aunque el hecho de acompañarla a Castamar no se

debía al placer, sino a su interés por don Diego, su hijo, al que odiaba con toda el alma.

Su desagrado hacia este había surgido inicialmente por sus opuestos intereses políticos. Desde el fallecimiento de su padre, la máxima aspiración de Enrique era ver su apellido enaltecido con el título de grande de España y pasar a ser un a de las más destacadas casas nobiliarias. Por eso había servido en secreto al bando austracista informando de todo tipo de detalles sobre la corte del rey Felipe. Don Diego, por contra, había sido el más fiel seguidor del monarca. Sin embargo, aquella rivalidad política y los éxitos del de Castamar solo le provocaron una leve irritación. Había habido muchos nobles partidarios del Borbón, pero no pasaron de adversarios temporales. El desagrado se convirtió en aversión años después, cuando don Diego se desposó con el único ser vivo al que Enrique había amado en este mundo: doña Alba de Montepardo. Esta aversión se transformó definitivamente en profundo odio el 2 de octubre de 1711, cuando Alba, su tesoro, perdió la vida en un accidente de caballo. «Murió por culpa de su marido, y por eso debe ser castigado», se dijo como tantas otras veces.

Desde aquel instante su obsesión había sido la venganza, una que había meditado con esmero. Por eso hacía apenas un par de años se había granjeado la amistad de la duquesa madre, doña Mercedes, haciéndose el encontradizo en algunos actos sociales en la capital. En sus primeros encuentros, la había agasajado invitándola a refrescos privados que él mismo había organizado, y ella había hecho acto de aparición con suma distinción. Alguna que otra tarde habían coincidido en las comedias del Buen Retiro, en Madrid, o en las colaciones del Alcázar, y habían tomado chocolate caliente y dulces. Tenía que reconocer que, de cuando en cuando, le asaltaba el aprecio por aquella dama sexagenaria con cuello de cisne, aunque no lo suficiente para mediatizar los intereses que tenía sobre su hijo. La anciana duquesa no era más que otro instrumento para obtener su venganza, de ahí que aquellos días hubiera viajado a Valladolid con el fin de llegar juntos a Castamar.

«Es usted el perfecto caballero, marqués —le decía ella a veces—. Si tuviera una hija, no dudaría en casarla con usted. ¿Ha encontrado esposa ya?».

«Querida mía, no elegiré ninguna que no sea de su agrado —le contestaba Enrique—, necesito de su consejo en este asunto. Nadie mejor que usted para recomendar buenas esposas».

«Muy cierto —afirmaba ella—. Ojalá mi hijo tuviera su misma disposición».

«No se preocupe, su hijo tomará esposa. Es un Castamar y sabe cuál es su

deber», la alentaba él con una sonrisa mientras le ofrecía gentilmente el brazo al pasear por Valladolid.

Una vez dejaron el angosto puerto tras de sí, por fin llegaron a El Escorial entrada la tarde e hicieron un alto en La Granjilla de La Fresneda para pasar la segunda noche. Gracias a que la duquesa mantenía una amistad impecable con la reina Isabel de Farnesio, y a que poseía grandeza desde los tiempos del emperador Carlos I de Habsburgo, se le permitía hacer uso de dicho edificio en sus viajes; sin duda dormirían con más comodidad que en una posada de tránsito. Un mensajero de postas había llevado aviso al sumiller permanente de la finca, que los había recibido adecuadamente.

Enrique se despidió de la duquesa y, ya a solas, informó a su gentilhombre de cá mara que saldría a pasear más allá del claustro. Los capataces de la finca dormían y en verdad él esperaba que su hombre de confianza, Hernaldo de la Marca, se encontrara ya en la zona, tal y como le había ordenado por carta.

Caminó ahora hacia la espesura dejando el conjunto de edificios a su espalda y aguardó entre las sombras. Su hombre apareció por el lugar más insospechado, como siempre.

—Mi señor marqués. —Tras el susurro, un pequeño farol surgió entre la arboleda y la noche iluminando apenas el rostro curtido de Hernaldo.

Él se acercó y le preguntó si había ejecutado sus órdenes. Hernaldo, que era un veterano hombre de armas pasados los cuarenta, y que había servido en los Tercios Viejos, asintió militarmente.

—Así es, ilustrísima. Tal como usted ordenó, su administrador se ha hecho con todas las deudas de la señorita. Ella está ya de camino a Madrid.

—Me dijiste que había algún individuo que no quería venderlas.

—Ese también vendió después de mi visita —contestó su hombre con la naturalidad de quien está acostumbrado a impartir la muerte.

Aunque no estaba dotado para la política, Hernaldo tenía una visión simple de las cosas que a él le esclarecía las ideas. Una cicatriz decoraba su mejilla derecha confiriéndole un aspecto malvado, pero ciertamente no lo era. Si algo sabía hacer bien Enrique era analizar los espíritus de las personas, y pese a que Hernaldo había enviado a la fosa un número indecente de vidas, no poseía un corazón oscuro. Era un superviviente de enorme pragmatismo que sentía una gratitud eterna y una incuestionable lealtad hacia Enrique. Pero lo cierto era que, con solo ver sus manos enormes y venosas, los nudillos desgastados y curtidos, y los brazos duros como piedras, uno sentía unas irreprimibles ganas de salir huyendo.

—¿Y del otro encargo?

Hernaldo asintió con sencillez.

—Pronto, creo. Se lo traeré en cuanto lo consiga.

Enrique se estiró los guantes entrecruzando los dedos y se dispuso a partir.

—Ah, por cierto: por fin tenemos un nombre —le advirtió pensando en otra cosa—. En breve tendrás que hacer una visita a la marquesa doña Sol Montijos.

—Solo hágamelo saber.

Hernaldo desapareció tan fantasmalmente como había aparecido, y él regresó hacia el edificio con el ánimo más sereno. Con el fin de cenar algo antes de acostarse, ordenó a un lacayo que llevase a su alcoba queso y encurtidos. Se quitó los guantes y la casaca, y antes de llamar a uno de sus gentilhombres de cámara para que le ayudase a desvestirse, observó desde los ventanales del piso superior el claustro que se extendía bajo él. Al girarse, detuvo la mirada sobre una pintura de un metro de alto, con la efigie de su majestad el rey, más joven, cuando todavía en España se combatía por el trono. Aparecía con su casaca roja de caza, con ese aire endulzado tan del gusto de los retratistas. Se acercó y comprobó que era una buena copia de la obra de Miguel Jacinto Meléndez, pintor del rey.

«Maldito sea el Borbón —se dijo chascando la lengua y desatando su hastío—. De no ser por él, yo sería ahora la cabeza más prominente de la corte del emperador Carlos». Se reprochó, como tantas veces, no haberse dado cuenta de que el Borbón sería el claro vencedor de la guerra. Para colmo, tras esta, la dinastía borbónica había posicionado en cargos de responsabilidad a una nobleza de menor abolengo —más proclive a estudiar leyes o economía en universidades como la de Salamanca— dentro del Consejo de Castilla. Se dijo que, en vez de malgastar sus esfuerzos espionando para el archiduque aquellos años, debería haberse preocupado únicamente de conseguir medrar en la corte de Felipe, pero él entendía poco de jurisprudencia y menos aún de régimen y gobierno. Era un político nato, pero no un patriota. Su apoyo al archiduque, entusiasta y aguerrido entonces, solo había sido motivado por una cuestión práctica.

Personalmente, tanto Felipe como Carlos le habían sido y le eran del todo indiferentes; podían morir al alba que ni siquiera elevaría una plegaria por ellos. «Son reyes, y a estos solo cabe seguirlos hasta que se vuelvan un problema, en cuyo caso lo mejor es derrocarlos», se dijo cuando le sobrevino una carcajada seca, y a la memoria una imagen de él más joven esperando en

su casa de Guadalajara las noticias sobre la batalla de Villaviciosa de Tajuña. Qué desagradable había sido ver interrumpida su mañana con la nueva de la derrota austracista. Podía haber recibido esa noticia en la salita de lectura leyendo la *Anábasis* de Jenofonte, o regresando de su paseo matutino a caballo, pero no desayunando. Aquella pequeña hacienda, herencia de la familia, siempre le había resultado muy confortable, en concreto el saloncito de té, que desde que era un infante había albergado sus desayunos.

Aún hoy recordaba el suspiro de hastío que lanzó cuando Hernaldo hizo pasar a uno de sus hombres con las noticias de la batalla. El emisario había cabalgado toda la noche para llegar a Guadalajara al alba, el 11 de octubre de 1710, y ya el rostro de Hernaldo le había anunciado todo antes de que hablara. «Las tropas de Felipe hicieron retroceder a las del Habsburgo, don Enrique. Cuando lleguen a Barcelona, quedará poco del ejército de este», le había dicho.

Él había chascado suavemente la lengua y había posado la vista en la frente sudorosa del mensajero, de pie frente a él.

«Hernaldo...», suspiró irritado.

Para Enrique era fundamental que todo tuviera un sentido armónico donde las diferentes artes confluyeran. No se trataba de cubrir los espacios con la tendencia barroca del siglo pasado, sino de que las líneas de cada mueble, cada ornamento, e incluso los colores, completaran el propio color de sus vestimentas. Él mismo formaba parte de ese escenario que era el saloncito: el aguanieve exterior; el cielo encapotado, que incitaba a la melancolía; la chimenea de pequeñas columnas que jalonaban el hogar y sustentaban la repisa en jaspes; las paredes, vestidas con tapices gobelinos del *Rapto de las sabinas*; incluso el biombo que serpenteaba tras él, tallado por dedicados ebanistas, completaba la armonía de ese momento que Hernaldo acababa de estropearle con su noticia descorazonadora y grosera.

«Me temo que es hora de aceptar —dijo Enrique tras limpiarse los labios con la servilleta de tela y dar otro sorbo al chocolate caliente mezclado con azúcar y vainilla — que nuestro rey seguirá siendo don Felipe de Anjou».

Nadie habría dicho meses antes, cuando los austracistas tomaron Madrid, que estaban abocados a la derrota. Pero la vida política, no solo de España, sino de toda Europa, era como el viento: cada día parecía soplar en una dirección distinta.

Hernaldo le miró preocupado y despachó al mensajero.

«Ilustrísima, podemos intentar que el rey sufra un accidente».

Era una propuesta a la desesperada, y él había negado con la cabeza.

«Un regicidio está fuera de nuestro alcance, Hernaldo: asesinar al rey es como tratar de quitar la vida a un ser protegido por Dios. Ese escudo sagrado lo garantizan los capitanes de las Guardias de Corps, y más en concreto don Diego, duque de Castamar. ¿No recuerdas ya el intento de atentado?».

En aquella ocasión los asesinos no pasaron del pasillo al cruzarse con el de Castamar, y aquello desencadenó una búsqueda de conspiradores por medio Madrid, poniendo en peligro la propia seguridad de Enrique como espía.

«Señor, entonces deberíamos deshacernos del duque», dijo su secuaz apurando el vino alicantino que se había servido.

A Enrique no le había extrañado tampoco aquella segunda propuesta. Efectivamente, cualquier plan en esa dirección pasaba por eliminar del tablero a don Diego, y esto era a su vez complicado si no quería levantar sospechas. Hasta aquel instante había rehusado atentar contra el de Castamar por razones prácticas, pues habría supuesto de nuevo poner en peligro su condición de infiltrado dentro de la corte: asesinar a don Diego, el preferido del rey, abriría una investigación que podía concluir con sus cabezas en la picota. Sin embargo, el resultado de la batalla de Villaviciosa lo cambió todo. Tras ella, ya solo la muerte del rey Felipe podría traer a España la continuidad de la casa de los Habsburgo, su ansiado poder político y, lo que era más importante para él: conseguir a su Alba. Hasta aquel momento su única esperanza pasaba por que su bando ganase la guerra. De haber sido así, él la habría rescatado de la sentencia de muerte a la que estaría condenada junto a su marido por haber apoyado al bando borbónico. La derrota del bando austracista dejó sin sentido su estrategia.

«Puede que sea nuestra única posibilidad», había insistido su hombre.

Qué lejos estaba su secuaz de imaginar que su espíritu le exigía desde hacía años facilitar a don Diego una entrevista directa con el Altísimo. Por supuesto, nunca se había permitido mostrar esta aversión a nadie, ni siquiera a Hernaldo. La discreción era la premisa más importante para sobrevivir en la corte.

«Puede... —había dicho entonces aceptando su propuesta de una forma aséptica —, si su muerte parece accidental. Nada que abra una investigación». Sumido en sus recuerdos, apenas prestó atención a los golpes en la puerta. Era el gentilhomme de cámara. Este le ayudó a desvestirse y, mientras le ponía la ropa de cama, recordó que, en su desesperación, tras el fallecimiento de Alba, su primer impulso había sido que don Diego encontrase la muerte lo más

rápidamente posible. Cualquier cosa le habría valido, sin importar la prudencia. Sin embargo, después, con el dolor más mitigado y su razonamiento menos ebrio, llegó a la conclusión de que debía elaborar un nuevo plan, uno para que don Diego lo perdiera todo antes de morir, tal y como le había ocurrido a él.

Así, había transcurrido una década y solo ahora se habían dado las condiciones oportunas para que él llevara a cabo su venganza. Quedaban ya lejos aquellas intrigas y la guerra, las estrategias fallidas y sus aspiraciones frustradas. Había pasado diez largos años acechando, como un felino a su presa, para resarcirse de todo el mal que don Diego de Castamar le había provocado, y no habría nada en este mundo de Dios que pudiera evitarlo.

CAPÍTULO 4

12 de octubre de 1720, desde por la mañana

Tras la reunión con doña Úrsula, la cocinera jefe apareció con sus andares descompasados, gruñendo llena de ira y esputando saliva al hablar.

—¡Escribe los menús! —ordenó a Clara poniendo tinta, pluma y papel sobre la mesa—. ¡Vamos, date prisa! —Y comenzó a dictarle arrugando los hocicos, tratando de desentrañar si ella estaba poniendo exactamente lo que le dictaba o si la engañaba escribiendo algo que la pusiera aún más en evidencia.

Al parecer, la dueña le había exigido que escribiera, de puño y letra y en menos de una hora, los menús de la celebración anual con el fin de presentárselos al señor para su aprobación. Clara comprendió ahora aquella mirada enigmática de doña Úrsula al ver la cocina ordenada y limpia.

—Desde que has llegado solo me traes problemas, ¡vas a durar poco en esta casa!

Clara no contestó. Mientras escribía al dictado el desayuno, la comida, merienda y cena de dos noches y un día de celebración, Clara fantaseó con la conversación que había acaecido en el despacho de doña Úrsula. Se imaginó, no sin cierto placer, a la señora Escrivá con el rostro lívido y aterrado ante la mirada del ama de llaves, el dragón, diciéndole algo como: «Sobre todo, me ha sorprendido que decidiera usted colocarlos así, sin saber leer. Pero dado que sabe leer repentinamente, sabrá escribir también, así que le dejo pluma, tinta y papel para que escriba los menús. Vendré a buscarlos dentro de una hora. Puede retirarse».

Clara se dijo que no debía regodearse en los males ajenos y lanzó un a corta plegaria a Dios para que olvidase pronto su pequeño pecado. Al fin y al cabo, ella no había limpiado la cocina con la intención de perjudicar a la señora Escrivá. «Cómo iba a saber yo que la cocinera de Castamar no sabía leer». Asunción Escrivá era una cocinera eficaz de no pocos recursos, que sabía sacar partido de determinado número de platos y sus variaciones, principalmente de las piezas de caza mayor, de la menor y de la volatería, que conocía bien. Esta eficiencia suya y el hecho de que el señor duque no debía de ser de paladar fino habían bastado durante aquellos años para mantener su puesto de trabajo, pero en su opinión no estaba a la altura de una casa como Castamar. Además, era ágrafa; era del todo extraño que el duque tuviera un

servicio de cocina iletrado.

Marisa Cano, la cocinera que había servido en casa en los tiempos en que vivía su padre, tenía dificultad para escribir con corrección, pero se desenvolvía para hacer al menos una lista de la compra. Aun así, la señora Escrivá, pese a su incultura, era una superviviente. De ahí que hubiera solventado el problema de la escritura recurriendo a Carmen del Castillo, una segunda de cocina que se defendía con las letras lo suficiente para escribir los menús, pero que apenas podía competir con el saber hacer de la señora Escrivá. Clara dedujo que la dueña había escogido el momento a sabiendas de que esa mañana Carmen estaba fuera.

Suspiró. Lo más importante para ella ocurriría dentro de poco, pues tendría la posibilidad de estar en la cocina de Castamar justo en una de las citas anuales más importantes de Madrid. Carmen del Castillo, una mujer de unos cuarenta y largos que había tenido una vida severa tras la muerte de su marido, maestro de escuela, la había informado de que en aquellos días se contratarían algunas otras capillas musicales para complementar la propia de Castamar, orquestada por el maestro don Álvaro Luna. Este dirigiría varias obras del que fuera su preceptor, Joseph Draghi, el compositor del rey. La intención era que pudiesen relevarse durante el festejo tanto los músicos como el resto de la servidumbre. También actuarían la capilla de intérpretes y dramaturgos de Castamar, que harían al menos dos representaciones de textos de José de Cañizares. Se contaría para la ocasión con varios mayordomos semanarios, gentilhombres y sus ayudas de cámara, mozos de oficio de todas las dependencias, camaristas para los señores, ujieres de cámara para asistir a los ilustres personalmente, y de viandas para acompañar la panetería y sus comidas desde las cocinas, pajes, talladores, galopines y oficiales de cocina, segundos de cocina, coperos, lavanderos, perfumistas, boticarios extra para preparar remedios, una dependencia entera de caballeriza con un caballero mayor, un primero y palafreneros para cuidar la regala, y palafreneros mayores para ayudar a los señores en la monta, batidores para levantar la caza, doctores y cirujanos, decoradores y floristas, lavanderas, almidoneras, paneteras que se encargarían de la mantelería, pintores para retratar el banquete, así como un trasiego continuo desde Madrid de mayores que transportarían viandas de todo tipo. A todo esto había que añadir la servidumbre que cada noble y cortesano arrastraba para su propio boato. Se habían abierto casi todas las dependencias cerradas, y Clara había oído a doña Úrsula ordenar esa misma mañana que Castamar debía brillar como cuando vivía doña Alba. Al parecer, la tradición

la había instaurado la propia duquesa en vida y cada año cumplido era un motivo más que suficiente para organizar una recepción de la alta aristocracia madrileña, incluido el rey.

Terminó de escribir los menús, y la señora Escrivá la puso a pelar ajos y cebollas, y a limpiar durante todo el día, como si fuera una sollastre recién entrada en la cocina. Clara no protestó. Al terminar la cena, la dejó a ella sola, como castigo, para recoger todo.

—¡Cuando llegue, ya puedes tener la cocina como un espejo, niña!

—Sí, señora.

—No seas tan educadita y trabaja, que para eso se te paga.

Era consciente de que la cocinera jefe la pondría en la calle al menor descuido. Aun así, Escrivá era lo bastante lista para saber que, si la despedía, doña Úrsula dejaría caer todo su poder si aquella cocina no seguía tan limpia, y de seguro que era capaz de no contratar a nadie tan solo para ver cómo esta se deslomaba para dejarla igual. Así, pasó las últimas horas de luz recogiendo la cocina y sacando brillo al suelo.

Al terminar, con los huesos doloridos, se introdujo en el camarín de la cocina. No le importaba dormir allí, sobre un pequeño camastro situado tras una portezuela corrediza en una de las paredes del fondo. Se sentía segura y caliente. Cerró la portezuela corrediza que apenas levantaba un metro y medio del suelo, se cubrió con las mantas y sopló la vela dejando la cocina en penumbra. Tan solo los rescoldos de los fogones desprendían cierta luz, vistiendo la estancia entre carmesíes y negros profundos. En esos momentos, cuando toda la sala respiraba una absoluta quietud, ella se imaginaba, por unos instantes y antes de dormirse, como la cocinera jefe. Se removió bajo la pesada manta, pues el frío comenzaba a hacerse notar, y permitió que sus músculos se relajaran. Pronto se abandonó a un sueño ligero y malgastado, dormitando a ratos, incómoda durante toda la noche. Sufrió alguna pesadilla, en donde veía a su padre muerto sonriéndole desde lejos y a su madre bajo los calderos abrasadores de una gran pulpera de cobre. Se sentía alejada de ellos y de una vida que ya no le pertenecía cuando la despertó un golpe seco y duro. Abrió los párpados intuyendo que algo había pasado en el recibidor del palacio, situado en una planta inmediatamente superior a la suya. Tanto la cocina como la cava y alacenas, así como otros almacenes, se encontraban situados en la planta más inferior, dedicada a la servidumbre, y cuya única entrada directa era el patio de carga trasero. De nuevo oyó otro golpe más alejado, y después un tercero sobre su cabeza. Abrió la portezuela corrediza a

ras del suelo. Las brasas de los fogones apenas emitían luz y supuso que debía de ser bien entrada la madrugada. Sintió cierto temor al pensar que tal vez hubiesen entrado ladrones o vagabundos venidos desde Madrid. Se dijo que el señor duque los protegería, pues no en vano había sido el capitán de corps de su majestad el rey Felipe durante la guerra y tenía fama de ser una de las mejores espadas de España. Esto la tranquilizó, pero aun así, si eran salteadores, debía dar la voz de alarma.

Salió de su pequeño refugio y se puso un chal sobre el camisón. Caminó descalza por la cocina hasta el pasillo percibiendo cómo se le enfriaban los pies rápidamente. De pronto oyó cómo se arrastraba alguna de las pesadas poltronas por el suelo del salón superior y se detuvo por si su caminata había ll amado la atención. Ascendió por la escalera de madera apoyándose sobre la barandilla de hierro forjado, con el fin de que los mampelanes no crujiesen. Ya en el distribuidor, pudo oír con claridad varios susurros. Caviló que tal vez fuera el señor con alguna amistad a altas horas de la noche, pero se dijo que, si habían entrado intrusos en la casa, de seguro que también hablarían en voz baja. Debía al menos confirmarlo, para seguridad de todos.

Cruzó la estancia gracias a que la luz que se filtraba por las pequeñas vidrieras laterales que jalonaban la puerta principal permitía vislumbrar el camino. Alcanzó el pasillo, mucho más a oscuras, y el suelo viejo delató su presencia. Se detuvo y percibió que la puerta de uno de los salones, pegado a la pared de la derecha, estaba entreabierta. Por el intersticio, un haz de luz que provenía de las lámparas del interior se derramaba al corredor. Se aproximó a hurtadillas, inquieta, y pudo distinguir dos voces masculinas cuando por fin alcanzó la puerta. Tratando de contener su aliento, acucillada en plena oscuridad, miró hacia el interior. La primera figura que vio no parecía la de un salteador, sino todo lo contrario. Era un joven atractivo de pelo moreno y aires descarados, apenas entrado en la treintena. Llevaba la camisa desabotonada y una levita azul hecha a medida.

—Querido amigo —decía mientras se servía una copa de rosolí —, mi padre siempre decía que tienes tendencia a la robustez en el habla.

Clara intentó ver al segundo de los contertulios, pero le fue imposible. Sin embargo, distinguió perfectamente su voz, afectada por la dureza de la que le acusaba su amigo.

—No puedo soportar a esas gallinas cluecas que cuchichean sobre mi vida en cuanto se me acerca una dama —dijo desde el otro lado de la pared.

El apuesto joven se sentó, tan procaz como su mirada, pasando la pierna por

encima de los brazos de la butaca y dejando que su zapato de tacón descabalgase de su talón.

—Vamos, vamos —le contestó, añadiendo un pequeño trago a su garganta —. No negarás que eres el soltero más deseado de todo Madrid.

—Viudo —dijo de nuevo la voz oculta.

Clara intuyó que era el duque quien hablaba con el joven, que cruzó las piernas con distinción exquisita y negó con la cabeza, como si quisiera convencer a su interlocutor de que tal matiz no era importante.

—Está bien, viudo. —Le sonrió—. Pero no negarás que hoy mismo, en la Corrala del Príncipe, Inés de Rojas no dejaba de mirarte desde el corredor de las damas. Dígaselo usted, don Gabriel, al fin y al cabo se criaron juntos. Tal vez le haga más caso.

De pronto surgió una tercera voz, tan cercana a ella que Clara sintió que podían descubrirla espiando una conversación ajena. Justo a su inmediata derecha, había una figura grande y corpulenta, vestida de raso, guantes y una levita de un intenso color vainilla, que hasta entonces había permanecido quieta y en silencio. No podía verle la cara, pero se dijo que había oído lo suficiente para comprobar que no eran salteadores. Había decidido marcharse, acusándose de lo impropio que era escuchar conversaciones ajenas, cuando el otro se desplazó apenas un paso, su rostro quedó a la vista y ella se detuvo. Se llevó la mano a la boca para tratar de contener la respiración y tuvo que parpadear varias veces: la figura de su derecha era un hombre de color.

—Ya sabe mi opinión —decía—. Me la pidió hace tiempo y no quiere que le hable más del tema. Él sabe que debe casarse por Castamar, madre lleva años repitiéndoselo. La continuidad del apellido está en juego.

—¿Y aquella señorita Amelia de Castro? —interrumpió el joven procaz —. Una joven muy bella.

—Aquello quedó en nada —contestó el tal Gabriel—. Como dice el Bardo, el amor no mira con los ojos, sino con el alma.

«Un negro vestido con fina ropa entallada a la medida, pañuelo al cuello ¡y con los modales de un caballero!», se dijo Clara. Apenas podía dar crédito, y su cabeza comenzó a bullir. Al parecer, se había criado con el tercer hombre misterioso, sin duda el duque, que todavía se ocultaba de su vista. Tal vez por eso había recibido una educación, y seguramente era un esclavo al que este tenía mucho aprecio, el suficiente como para hablarle con esa camaradería. Se oyó un pequeño bufido de incomodidad al otro lado.

—Lo era y supongo que seguirá siéndolo —dijo la tercera voz desde el otro

lado del salón—. Y no tengo el corazón de hielo, Gabriel. Habrás comprobado que he regresado al menos a tener cierta vida social. Incluso Felipe me ha felicitado.

—Pues debes continuar en esa dirección y dar un paso más, amigo mío. Regresa a los festejos de la corte, las damas estarán solícitas y el rey se alegrará de verte —le trató de convencer el joven, que mantenía el rosolí en la mano casi como parte de su propia decoración—. Debes intentar...

—No —dijo la voz con una sequedad que determinaba que el tema de conversación no era ya de su agrado.

Se produjo un silencio algo tenso y el joven del rosolí chascó la lengua como si hubiera fracasado en el enésimo intento de conducir a su amigo a un estado más feliz. Clara volvió a reprocharse a sí misma ser tan maleducada y se levantó definitivamente para irse cuando se percató de que el duque había avanzado hasta quedar de espaldas a ella, mirando por los ventanales del fondo que conducían a los jardines. La aparición de su señor la dejó prisionera por unos instantes más. Tenía una pose elegante con las manos a la espalda, ancho de hombros y el cabello largo, recogido en una coleta con una cinta de seda negra. El hombre de color avanzó un par de pasos hasta colocarse de perfil y le habló de nuevo con una familiaridad ilógica en un esclavo o un criado a su servicio:

—Diego, Francisco solo te aconseja lo mejor.

Ese nombre le confirmó que aquella figura era la del señor duque. Clara esperó un poco más, tentando a la suerte al ver que este se disponía a girarse, y descubrió un semblante reservado, decorado con unos grandes ojos claros que destilaban la resolución que debía acompañar a un ilustre. Don Diego encogió las comisuras de sus labios como si recapacitara, y suspiró levemente. A Clara le pareció que se habían dibujado sobre su rostro la dulzura y sensibilidad de un Murillo, y aguardó a su respuesta, para descubrir si los grandes señores eran capaces de escapar del orgullo.

—Disculpa, amigo mío. No debo hablarte así. Sé que lo dices por mi bien y yo solo me siento agradecido por ello. Sin embargo, mi ánimo requiere de sus propios tiempos y todo llegará, supongo. Caballeros, creo que ahora será bueno que me refugie en mi soledad de nuevo.

Don Francisco, el joven, sonrió socarrona mente, como si estuviera acostumbrado a los arranques de mal genio de su amigo el duque. Se levantó hasta plantarse frente a él y, apurando el rosolí, depositó la copa de cristal sobre una pequeña mesilla y le puso la mano en el hombro.

—Diego, tu soledad no hará que regrese Alba —le argumentó—. Recuérdala tanto como desees, haz la cena anual y lo que quieras, pero... deja el ayer a un lado y vive tu vida antes de que pase de largo.

El duque mantuvo la mirada triste sobre el rostro de su amigo, como quien escucha una verdad incómoda y nada puede decir. Después hizo un pequeño asentimiento de cabeza. Don Francisco, tras un breve silencio, se giró y comenzó a recoger el bastón, sus guantes y sombrero, que estaban sobre la poltrona, y se dirigió hacia una de las puertas que daban al jardín.

—Por mi parte, mientras disfrutas de tu soledad —añadió antes de marcharse—, visitaré a aquellas dos señoritas con las que ambos habíamos concertado una cita en Santo Domingo. Tendré que satisfacerlas a ambas, querido amigo, por el bien de tu nombre.

Clara se ruborizó al oír aquel descoque; don Francisco debía de ser un libertino. Don Diego sonrió un poco ante el atrevimiento de su invitado y se quedó observando cómo se marchaba por una de las puertas laterales del salón. Luego, ya a solas, se acercó al hombre de color con el ceño fruncido.

—Sé que estás de acuerdo con el consejo de Francisco. Escucho tus pensamientos desde aquí —le dijo—. ¿No vas a decirme, al menos, que estoy en el buen camino?

Aquello era todavía más inaudito. El duque, don Diego de Castamar, pidiendo consejo a un negro como si fuese un igual. Ella siempre había oído que los negros no tenían mucho intelecto y que eran una raza inferior, dotada, eso sí, para el trabajo físico. Se había cruzado en alguna ocasión con algunos de ellos, casi todos esclavos, y con algunos pocos libertos que seguían sirviendo a sus antiguos amos. Su padre le había contado que muchos no deseaban dejar de ser esclavos porque estaba en su naturaleza más intrínseca el servir a sus dueños, aun habiendo conseguido sus cartas de ahorría.

—Sabes que sí —le contestó sereno el hombre negro—. Aun así, hermano, creo que tu temperamento es muy fuerte, por eso necesita tanto tiempo para calmarse. Ahora, con tu permiso, me voy a dormir.

Clara dio un paso atrás pensando que la descubriría, pero el hombre salió por la misma puerta que el libertino, desapareciendo de su vista. Tan solo se oyó la puerta cerrarse, y después la respiración tranquila del duque. Se preguntó qué clase de ilustre permitiría que un negro lo llamara «hermano», incluso en plena intimidad. Aquello escapaba a toda razón y seguramente, de haber visto semejante escena cuando era todavía una señorita de bien, habría criticado sin dudarle aquel hermanamiento. Sin embargo, tras haber experimentado las

durezas de la vida, se había vuelto más indulgente y trataba de evitar las ideas preconcebidas. Su mundo de formas de cortesía, de etiqueta y recato, de encuentros sociales donde tomar el chocolate, té y pastas con el fin de criticar los actos indecorosos de terceros se había transformado en otro, dominado por el anonimato atroz, donde el protocolo se veía sustituido por un discurso despiadado, sórdido y directo, cuyo único fin era la supervivencia. Había vivido muchas sorpresas durante los últimos años. Había conocido a damas y caballeros que tenían muy poco de nobles pese a pertenecer a dinastías linajudas, y que tras sus buenas maneras solo escondían lo podrido de su espíritu. Por contra, se había cruzado con hombres y mujeres que, sin poseer abolengo alguno, tenían un corazón insuflado por la bondad misma. Había sufrido tanto en sus carnes la indolencia, la brutalidad y la falta del decoro de los otros que ahora prefería suspender el juicio ante lo incomprensible o inaudito antes que emitir uno.

El movimiento del duque la sacó de sus pensamientos cuando este se sirvió un poco de vino tinto y miró en su dirección. Durante un segundo tuvo la sensación de que había percibido su rostro entre las sombras tras la abertura de la puerta, y se retiró hacia atrás. Se sintió como una fisgona entrometida en asuntos que no le incumbían, pero aun así volvió a ojear el interior para quedarse tranquila de que no había sido descubierta. La puerta se abrió por sorpresa, y el duque surgió so bre ella, elevándose más allá de su cabeza, con la mirada encendida.

—¿Qué haces ahí? ¿Quién eres? —la imprecó a gritos—. ¿Qué haces espiando detrás de la puerta?

Clara retrocedió aterrorizada, incapaz de dar una explicación coherente por la vergüenza y el ridículo de haber sido descubierta. Hizo un esfuerzo supremo para poder hablar hasta que pudo pronunciar apenas dos palabras:

—Señor..., yo...

—No te conozco, ¿no te han dicho que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas? —le chilló haciéndole sentir como un animalillo antes de ser devorado —. ¿Quién te ha dado derecho para hacer tal cosa? ¡Responde!

Su orden se extendió por las galerías de Castamar. Clara supo que al día siguiente toda la hacienda sería consciente de su falta y ella sería despedida sin referencias.

—Nadie, señor. Oí voces y... Lo siento mucho, yo...

Se tapó con el chal temblando, percatándose de repente de que estaba en

camisón delante de su señor, y su recato la obligó a mirar hacia abajo y sonrojarse. Contuvo las lágrimas y dio un par de pasos alejándose de aquel león que respiraba fuerte frente a ella.

El duque se le acercó y, con el dedo índice bajo su mentón, la obligó a levantar la cabeza, intentando ubicarla dentro de la servidumbre. Ella mantuvo la mirada baja aun así, hasta que atisbó de soslayo que el brillo abrasador de sus pupilas se atenuaba. Entonces don Diego se giró y se introdujo en el salón tan rápido como había surgido de él.

—Vuelve a la cama —le ordenó desabrido, sin mirarla.

La puerta se cerró de golpe y ella se sintió como si hubiera salido ileso de una batalla. Le costó mover los pies para regresar al camarín donde dormía, pero, una vez lo consiguió, un sentido de urgencia la invadió, y sin dudarlo corrió hacia el distribuidor y bajó por las escaleras sin importarle el aviso chivato de la madera. Cuando por fin se metió tras la puerta corrediza de su refugio, pudo respirar con fuerza y se sintió una completa estúpida. Se arrojó los pies congelados y se dijo que, sin lugar a dudas, por la mañana el duque pediría explicaciones sobre por qué una chica del servicio estaba espiando una conversación privada. Lamentó haber dejado en mal lugar las referencias que la señora Moncada había dado de ella, y se sintió abochornada por lo que pensaría don Melquíades Elquiza, el mayordomo de Castamar, que le había dado la oportunidad de servir en esa casa.

Apretó la cara contra la almohada con el fin de ahogar el llanto que le brotaba del alma, pero las lágrimas escaparon de sus cadenas. Lloró en silencio, hiriéndose a sí misma por haber sido tan estúpida. Se recriminó una y otra vez no haberse ido cuando había tenido la oportunidad, y se llenó de rabia apretando la frazada con sus manos hasta hacerse daño. Así permaneció unos segundos, hasta que necesitó golpear el fino colchón de lana para desahogarse. Continuó hasta que sintió que encontraba de nuevo sus fuerzas desgastadas por la vida. Se giró y se quedó mirando la oscuridad que se extendía en su cuarto de apenas siete codos de largo por cuatro de ancho.

Había perdido aquel trabajo por su propia estupidez, y la desesperación de ver su mundo entero colapsado una vez más la hizo volver, como de costumbre, a los últimos años de su vida. Las tribulaciones habían acabado destruyendo su ingenuidad y los buenos recuerdos de su infancia, convirtiendo estos en fantasmas dolientes del pasado que producían más mal que bien cuando aparecían. Le susurraban entre los velos de la noche que ya nunca nada sería igual a aquel paraíso perdido, y le hacían sentirse cansada, como si

le doliese más el hastío que le producía su vida desde la muerte de su padre que el infortunio en el que se había visto envuelta. Al principio había creído que todo aquello sería pasajero y que en algún momento todo volvería a ser como antes. «Cómo te echo de menos, padre», se dijo, como tantas otras noches. Aquellas palabras habían quedado huecas. Hasta las líneas y arrugas del rostro de su progenitor, que antes podía imaginar con tan solo cerrar los ojos, se habían vuelto difusas como si las cubriese un velo.

Desde entonces solo había tenido el valor de su espíritu y su vocación por la cocina para sobrevivir a todo aquel pesar. Atemperó su respiración y recurrió como siempre a su coraje, como en todas las otras ocasiones en que la vida la había maltratado. Se dijo que afrontaría esta poco a poco, como había hecho los últimos años, y que hallaría la forma de entrar en otra cocina aunque fuera en una casa más modesta. Si algo se había demostrado a sí misma era que solo la voluntad podía hacer frente a la desdicha, y pese a que su ánimo se había deshilachado al temerse de nuevo sin empleo, no se dejaría vencer por esta. Pensó que lo que ocurriese al día siguiente solo podía ocurrir entonces, y que ahora debía dormir. «Si en algo son buenos todos los pesares es en que enseñan a encauzar cada problema a su tiempo —le decía su madre siempre—. A cada día su afán».

Sintió los fantasmas y los diablos todavía pululando por su espíritu, pugnando por hacerse con sus pensamientos, pero erigió una almena para impedirles el paso y cerró los párpados para dejar que el sueño aletargase la pena. Oyéndolos gritar tras el adarve, olvidó enjugarse las lágrimas, que se fueron transformando en salitre seca sobre sus mejillas. Cayó en una duermevela agitada tratando de enjaular a esos diablos terroríficos, que habían escalado su muro para danzar con ella toda la noche, provocándole la certidumbre de que al día siguiente tendría que abandonar Castamar.

CAPÍTULO 5

13 de octubre de 1720, por la mañana

El señor Elquiza, su mayordomo, los avisó de que un jinete había anunciado la inminente llegada de su madre con un acompañante. Diego le ordenó que iniciara los preparativos oportunos y este se retiró con una impecable inclinación de cabeza. Gabriel, que leía en una poltrona *El príncipe constante*, de Calderón, apenas levantó la mirada. Diego observó los jardines desde el ventanal del salón de lectura, con el alma aún tan cenicienta como el tiempo. Se había esforzado en mejorar su ánimo, por lo que le había propuesto a su hermano, tras el desayuno, jugar una partida de ajedrez. Mientras Gabriel ponía en jaque a su escuadra, había recordado el encuentro de la noche anterior con aquella criada fisgona. De pronto había sentido una curiosidad implacable sobre ella, tal vez por su osadía de haberle espiado. Si hubiera adivinado en ella una naturaleza zafia o chismosa, habría castigado su audacia, pero, por su reacción, creía que su descuido había venido motivado por la inconsciencia. Desde la partida había pensado en ella a ratos, balanceándose entre la curiosidad por la joven y su ánimo macilento.

La intriga se diluyó cuando vio aparecer, por la alameda de acceso a la casa, dos carrozas de cuatro equinos y un jinete a lomos de un poderoso corcel negro.

—Ya está aquí madre —avisó sin apartar la vista del exterior.

El señor Elquiza había dispuesto a una pequeña plana de criados para la recepción: la dueña, el aposentador don Gerardo Martínez —un hombre menudo que ocultaba su calvicie bajo una peluca empolvada—, cuatro ayudas de furriera, varios mozos portadores, los dos porteros, dos caballerizos palafreneros para encargarse de los caballos y un palafrenero mayor para ayudar al invitado a descabalgarse. En cuanto los cocheros tiraron de la galga de acero y detuvieron los carruajes, el mayordomo y el aposentador se acercaron a la carroza principal para asistir a su madre. Los mozos se dirigieron a la segunda de ellas, donde traían el equipaje, y los caballerizos se aproximaron a servir de ayuda al cochero. Por último, el palafrenero mayor ayudó al ilustre. La señora Berenguer permaneció unos pasos atrás.

Diego observó cómo su madre atravesaba la portezuela de la carroza apoyando el pie sobre el estribo y la mano sobre la del señor Elquiza. Sonrió

para sí viéndola posarse tan confiada y espléndida en aquel mundo que ella había construido para Gabriel y para él. Recordó de súbito aquella noche de su infancia en la que se había despertado, inquieto, al oír voces ahogadas en la casa. Él se había deslizado a hurtadillas a la alcoba materna: su padre estaba sentado en la cama, con las manos de su madre entre las suyas, y lloraba. Había llegado esa misma noche de Cádiz, con un niño negro de dos años al que había comprado en la venta de esclavos. Ella apenas daba crédito.

«Mercedes, no pude soportar ver a esa criatura comida por las moscas con su madre muerta al lado —le decía a su esposa—. Ya sabes que detesto la esclavitud, pero tenía que hacer algo, tenía que hacer algo...».

Él, que tenía cuatro años y no comprendía aquello, se sintió impactado al ver llorar a su padre por primera vez, mientras su madre negaba con la cabeza: «Abel, Abel...». Esa noche su madre aceptó a Gabriel sin vislumbrar que su marido iría mucho más allá del decoro y acabaría por educar e integrar a ese niño negro en la familia. La pobre lo llevó muy mal. Sin embargo, su corazón terminó traicionando su razón y acabó desvelándose por él igual que por su primogénito. En cuanto a ellos dos, se habían criado juntos y compartido todo: sus aventuras por los desvanes, sus combates «a muerte» contra los piratas ingleses, las caídas, las enfermedades, las peleas, las carreras por la finca, y también las miradas desaprobadoras de la sociedad cuando, ya adolescentes, iban ambos a Madrid. Su padre nunca hizo diferencias, y él, siendo un niño sin prejuicios sobre el color de la piel, tampoco. Simplemente era su hermano.

Desvió una mirada hacia Gabriel, que seguía enfrascado en su lectura, y cuando volvió a mirar a su madre sonrió al comprobar que un golpe de aire le había tirado el tocado al suelo justo en el portón de la entrada. Su gentilhomme, Rafael, un criado de confianza pero algo premioso, corría agachado a cogerlo, casi a cuatro patas. Soltó una pequeña carcajada y Gabriel levantó la vista durante un instante.

—¿A madre ya se le ha caído algo?

Él asintió, atento a la escena.

—Rafael, mi sombrero —oyó que decía—. No puedo entrar en casa de mi hijo sin el sombrero puesto. ¡Por Dios bendito, cuánto tardas!

Siempre preparada para la ocasión, como dispuesta para ser retratada en un óleo. Por eso le hacían tanta gracia las pocas veces que encontraba a su madre fuera de contexto: una crema pastelera caída sobre un vestido, un resbalón al pisar la enagua bajo la falda... Ella trataba de obviar dignamente el suceso en cuestión, como si no hubiera ocurrido. Encontraba de este modo

salida a cualquier conflicto, tan acostumbrada al arte de la interpretación. Constantemente añadía un detalle surgido de su imaginación para endulzar la realidad, si con ello componía el cuadro perfecto de las buenas maneras. Así vivía, como si estuviera frente a la audiencia de una representación de entremeses cervantinos.

Diego desvió ahora la mirada al invitado que su madre traía consigo: un hombre apuesto y alto, vestido más a la francesa que a la española, con una carcasa rica en sedas azules y bordados en oro sobre las ojivas y bajo el abotonado. Llevaba el cabello sin peluca, recogido pulcramente en una pequeña coleta, y portaba una fusta. Por su forma de cabalgar, sin despegarse apenas de la silla, le había parecido un jinete avezado. Tras unos instantes ubicó su rostro anguloso y bien formado; le había visto en alguna ocasión en la corte, con sus modales maquillados a la francesa, pero no excesivos. Se decía de él que era un caballero sin tacha que no había encontrado todavía la esposa adecuada. Supuso que, como a él, le estarían presionando para cumplir con los deberes de su título.

—También ha llegado el invitado de madre —comentó a su hermano con la vista clavada en los movimientos del jinete.

—¿Le conoces? —dijo Gabriel sin separar los ojos del libro.

—Sí, de oídas. Es el marqués de Soto. Madre le tiene en alta estima, dicen que es hombre de buen trato. Me ha hablado de él en ocasiones, pero no le ponía cara.

Esperó hasta que todos penetraron en la casa y mantuvo un poco más la vista sobre los jardines, recordando por un instante a Alba corriendo de árbol en árbol mientras él fingía no encontrarla. Cómo olvidar su sonrisa, que regalaba el cielo y el día, sus arrebatos de mal genio, sus despertares emocionada con cualquier pensamiento mundano que pasara por su cabeza, sus inmensos ojos azules y aquel cabello moreno que le arrebataba el ánimo. Cómo olvidar tantos gestos cuando era niña y él ya la amaba, o aquel suave parpadeo de sus largas pestañas, capaz de hipnotizar a un reino. La voz meliflua como el agua, su pasión por él, sus desvelos por agradarle, su entrega. Sintió un nudo en el pecho y la garganta se le cerró, como siempre que recordaba cómo el caballo había caído sobre Alba aquel fatídico día aplastándola. Él se había quedado impotente junto a ella, sin entender cómo en una fracción de segundo había perdido todo su mundo.

Alejó sus pensamientos y se giró al oír que la puerta del salón de lectura se abría. El mayordomo presentó a su madre, y Diego sonrió para sí dándose

cuenta de cuánto la había echado de menos. Así, la vio penetrar en la sala y, tras besarlos en las mejillas, él le preguntó por su viaje. Ella se quitó el tocado con un ademán perfecto y ensayado. Diego y Gabriel se miraron cómplices y pícaros, sabiendo que precisamente la elaboración de ese gesto había motivado que no quisiera entrar en la casa sin él.

—Estoy dolorida después de tanto traqueteo desde Valladolid, hijos míos. Menos mal que don Enrique venía conmigo —contestó enjugándose un sudor imaginario con su pañuelo mientras Gabriel le acomodaba el miriñaque cuidando de que la falda cubriera sus tobillos—. Ah, querido, siempre tan diligente.

Gabriel se sentó junto a ella, y en ese momento el mayordomo anunció la entrada de don Enrique de Arcona, marqués de Soto y Campomedina. Este entró, por fin, con un aire tranquilo, la mirada inteligente y cierta cotidianidad.

—Don Enrique, es un placer para nosotros recibirle en Castamar como invitado de nuestra madre —dijo Diego tendiéndole la mano.

—Para mí es un honor visitar su finca y aceptar su hospitalidad.

—Si lo desea, mañana mismo se la enseñaré yo personalmente —dijo él invitándole a tomar asiento—. ¿Quiere una copa de aguardiente, o tal vez vino?

Su invitado asintió y se acomodó en el sofá de madera labrada y estofados florales en hilos de plata cuando su cara se quedó pétrea mirando a Gabriel. Diego observó cómo su madre extendía el varillaje entelado del abanico — que mostraba una gran escena de cortejo amoroso al estilo de Antoine Watteau — y le hacía una seña resignada con los ojos a su hermano para que abandonase la sala. Supuso de inmediato que su progenitora, fiel a su costumbre, no habría mencionado la presencia de Gabriel a don Enrique. Su padre había instaurado la norma de avisar previamente a los ilustres ocasionales sobre la condición de su hermano, para que estos no se vieran rebajados a saludar o compartir espacios con un hombre negro como si fuera un igual, pues cualquiera lo consideraría un insulto. Aun así, no le gustaba nada que en su casa, aunque fuera su madre, decidiera dónde podía o no estar su hermano y por eso le hizo un gesto para que se quedara. Este, que se había puesto en pie, simplemente se detuvo.

—Entiendo que mi madre ha cometido uno de sus despistes habituales y no os ha informado de quién es él, don Enrique —le dijo, y le dedicó una mirada a ella con intención de incomodarla—. Le ruego disculpe su mente olvidadiza.

Su madre se removió inquieta en su asiento, deseando que aquel mal rato

pasara pronto. Diego sabía que ella detestaba contar la historia de Gabriel. «El caso de tu hermano no es algo de lo que alardear», decía. Ahora debía pagar las consecuencias de su silencio y, en cierta forma, también su pobre hermano, que iba a soportar que se hablara de él como si no estuviera en la sala.

—No os negaré que me sorprende la presencia de un esclavo vestido como un caballero —dijo educadamente don Enrique.

—Es natural —dijo él sirviéndole el aguardiente—. Gabriel es libre. Mi padre nunca creyó en el esclavismo y le concedió la carta de ahorría. Se crio como un miembro más de esta familia.

—Una extravagancia de mi Abel que ahora bendigo —intervino su madre abanicándose más rápido, tratando de disculpar lo inoportuno de su silencio y la presencia de Gabriel en la sala.

—Comprendo —murmuró el marqués.

—A los invitados a esta casa se les avisa con antelación para evitar malentendidos, pues Gabriel compartirá como uno más los espacios y un lugar en la cena previa al festejo que, como sabrá, tenemos el gusto de ofrecer solo a los más cercanos. No deseo que se sienta ofendido, nada más lejos de mi intención. Entenderé perfectamente que esto le suponga un problema y lamentaré que prefiera no asistir.

Se extendió un silencio tenso, donde el marqués miró a Gabriel y luego le sostuvo la mirada a él durante unos segundos antes de esbozar una sonrisa.

—Mi querido don Diego, el despiste de doña Mercedes es comprensible a todas luces, y por lo que a mí respecta, no supone mayor problema compartir espacios y mesa con un miembro de la familia Castamar. Eso sí, siempre que no se presuponga por ello que acepto que sea mi igual.

Diego sonrió a su vez.

—Nadie de esta casa presupondrá tal cosa, marqués. Puede estar tranquilo.

—Entonces, solucionado el problema.

—Es usted un ángel, querido —le dijo doña Mercedes—. Siento mi despiste, mi cabeza no es la que era, y ciertamente debería haberle puesto en antecedentes. Gabriel lleva tanto tiempo con nosotros que estamos habituados.

—Usted, querida doña Mercedes, no debería disculparse por cosas como esta nunca. No conmigo.

Diego se retiró un poco y se dirigió hacia una de las poltronas con la sonrisa maquillada. Percibió cómo Gabriel suspiraba y con una mirada se despedía de él sin decir nada antes de abandonar el salón. Sabía de sobra que su hermano

no se había sentido más marginado que otras veces. Pese al dolor que le producía verle así, su padre ya los había aleccionado al respecto: era imposible que el resto de la sociedad viera a Gabriel como un Castamar. Sin embargo, durante un instante, Diego había intuido un retintín sarcástico en el marqués, muy sutil, como si este ya supiera de antemano que Gabriel formaba parte de la familia y quisiera poner el dedo en la llaga. Acto seguido, desechó esta idea diciéndose que don Enrique no podría haber sido más comprensivo. Ciertamente, la mayoría de los ilustres se negaba a compartir mesa con un negro, y de hecho, los que aceptaban su presencia solían hacerlo por ganarse su afecto y favores como duque.

—Mi querido Abel siempre fue muy caritativo, don Enrique —comentó su madre ya relajada—. Nunca permitió un maltrato a un sirviente. Diego ha salido a él en esto, incluso me atrevería a decir que los defiende aún más que mi difunto esposo. Recuerdo una vez que Diego reprendió incluso a un ilustre que había maltratado a nuestro jardinero...

—Brindo por eso —contestó el marqués levantando la copa en el aire—. Una actitud muy cristiana la de su esposo.

—Personalmente no creo en el maltrato por el maltrato, pero la servidumbre es vaga y petulante, y a veces necesita mano dura —dijo su madre con la ligereza que la caracterizaba.

—Eso creo yo también —convino don Enrique.

Su madre sonrió de inmediato, y él la acompañó en silencio. Todos brindaron, mientras los dos hombres se mantenían la mirada.

Diego se dijo que el marqués era uno de esos hombres inteligentes de los que no es fácil adivinar lo que piensan. Tal vez su buena fama en la corte se debía a esto. A saber callar cuando debía y a hablar oportunamente cuando correspondía. Un equilibrio muy difícil de conseguir y que pocos alcanzaban.

—Es fácil confundir el maltrato con la firmeza, mi querido amigo. En Castamar prefiero que impere la segunda —le contestó levantando la copa de nuevo—. Salud.

De nuevo brindaron, apurando el rosolí.

—Creo que la fiesta de este año será más espectacular, si cabe, que la de años anteriores, ¿no es verdad, Diego? —comentó su madre.

—Las fiestas de Castamar tienen reputación de ser celebraciones de altísimo nivel —dijo don Enrique.

Diego hizo un gesto de asentimiento y se dirigió hacia los ventanales. El desacierto de su madre había logrado encrespar su mal humor y prefería estar

callado a mantener una conversación banal. Tal vez por eso ella, conociéndole, había tomado la palabra. Se rieron ambos de pronto, tras él, por un comentario del marqués. Se sintió hastiado de estar allí, como siempre que estaba en sociedad. Si hacía unos minutos había anhelado la compañía de su madre, ahora la aborrecía. Se conocía lo suficiente para saber que, del mismo modo, detestaría a toda la maldita corte que iba a asistir a la celebración, y que aquello no era más que una forma de castigarse por no haber podido salvar a Alba. Se sintió incómodo y necesitó calmar sus ánimos a solas. Fue entonces cuando le vino de nuevo a la memoria la muchacha del servicio.

—Si me disculpan, tengo un asunto pendiente que tratar con el mayordomo.

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí, madre. Tan solo es un momento —contestó.

Con una sonrisa forzada abandonó el salón y, mientras la voz del marqués se desleía tras él, sintió que el distanciamiento le reconfortaba.

Mismo día, 13 de octubre de 1720

Clara se despertó con el corazón desbocado y la sensación de encontrarse perdida. Se orientó al tiempo que en la boca de su estómago comenzaba a sentir un vacío descomunal: esa mañana la expulsarían de Castamar. Se levantó y recogió sus cosas en el hatillo. Tras asearse, comenzó su rutina encendiendo los hornillos. Esa mañana, al ser domingo, la mayoría de la servidumbre tenía el día libre para asistir a misa mayor y a sus propios quehaceres. Durante ese tiempo entraba en la hacienda un servicio de reemplazo, al que ella se adhirió. Prefirió rezar en privado y saltarse la misa antes que abandonar Castamar y verse sin posibilidad de entrar en la hacienda más tarde. Llevada por la angustia, trató de informarse de si alguno de los mayores del señor saldría aquella mañana a Madrid con enseres y pertrechos. Era común el trasiego de carros entre los mercados de la capital y Castamar. Así, bajo los fardos de paja, protegida por los adrales y la zaga trasera del coche, podría regresar a Madrid. Gracias a uno de los ujier es, supo que al final de la mañana partirían algunos.

Pasadas las once, tras regresar del santo oficio sin que le hubiera calado el amor hacia el prójimo lo más mínimo, la señora Escrivá le ordenó desplumar y eviscerar un pichón para el consumado del menú del señor. La mañana se desgranó despacio para Clara, con la cabeza burbujeando y sus ojos atentos a cada gesto de sus compañeros, de la señora Escrivá, a cada ruido inesperado. Tarde o temprano el señor se despertaría y ordenaría su expulsión. «Cómo has sido tan estúpida —se dijo—. Espiar al señor de Castamar. No es propio de

ti».

Tras terminar con el pollo, comenzó a preparar varias ca ballas para cocerlas y dejarlas en conserva. Pese a sus temores, la aparición de doña Úrsula no se produjo. De hecho, nadie vino a buscarla. Y era seguro que el señor se había levantado hacía rato. Tal vez se había olvidado del incidente de la noche anterior, y en ese caso lo mejor era no hacerse notar. De vez en cuando la señora Escrivá la miraba estupefacta sin comprender por qué limpiaba tanto. No tardó en reprocharle que perdía mucho tiempo en eso, que si quería limpiar lo hiciera después. ¿Cómo explica rle que lo importante era hacerlo durante el transcurso del trabajo y no al final? Así que continuó haciéndolo cuando ella no estaba atenta. Ayudó luego a Carmen del Castillo a terminar el consumado a base de coles, berzas, huevo duro y garbanzos para los criados. Como en toda hacienda nobiliaria que se preciara, así como en la corte, la dependencia de cocina debía preparar dos menús diferenciados: la cocina de los ilustres, para los señores, y la cocina de los estados, para la servidumbre. Se sentó por fin en este segundo turno después de que la de los señores estuviera servida. El miedo que oprimía sus entrañas desde esa madrugada se intensificó cuando don Melquíades entró y dedicó una sonrisa amable a los presentes. Ella le correspondió y no volvió a mira rle más.

Tras un pequeño receso en la sobremesa, el equipo de cocina regresó para preparar la merienda del señor. Fue entonces cuando Elisa, la doncella con la que se había cruzado ya un par de veces en esos días, apareció rogando algo más de sopa para comer. La joven había tenido que ayudar junto a otras mozas de cámara al señor Gerardo Martínez, aposentador y jefe del departamento de furriera. Así, había tenido que abrir varias alcobas, calentarlas y adecentarlas, todo junto con el personal de barrenderos y mozos de retrete. Por eso la muchacha apenas había podido comer.

—No seas tan delicada —contestó la señora Escrivá—. Ni que fuera la primera vez que trabajas sin comer.

Carmen del Castillo negó con la cabeza en silencio. La señora Escrivá le bu fó por su gesto, y Carmen se giró como si con ella no fuera la cosa. Clara se dijo que no podía participar de la crueldad de la señora Escrivá y del silencio del resto. Si la despedían, al menos dejaría un buen recuerdo en aquella muchacha. Esperó a que la señora Escrivá y su segunda de cocina hicieran su parada habitual tras preparar la merienda a base de panecillos calientes, piezas de fruta y varias jícaras de porcelana con chocolate para el señor y sus invitados. Ambas solían desaparecer entre las cinco y media y las seis para

descansar un rato en la pequeña alcoba de la señora Escrivá. Efectivamente, así lo hicieron. Mientras María y Emilia, las dos galopines, fregaban el suelo, retirando los rescoldos y preparando los hornillos para la cena, Clara tomó de la olla un poco del sobrante del caldo caliente y lo vertió a escondidas sobre una escudilla. Después, justo cuando las muchachas salieron al patio a verter el agua turbia, lo escondió tras la portezuela corredera de su camarín y tomó del brazo a Elisa, entregándoselo con rapidez.

—Tómatelo en las letrinas.

El señor duque había mandado construirlas, al parecer, unos años antes. Allí el olor era insoportable, pero nadie la molestaría.

—Muchísimas gracias —le contestó al regresar la pobrecilla mientras le tendía la escudilla vacía—. Estaba desfallecida.

Al poco volvieron la superior de cocina y su ayudante, y comenzaron a preparar varios espetones con aves de corral y a despellejar algunas piezas de caza, en concreto dos liebres y varios gazapos. Clara fue a tomar uno de los tajadores cuando, de pronto, doña Úrsula entró en la cocina junto con el sumiller, Andrés Moguer, encargado de todo el servicio de cámara del señor, y con Luis Fernández, el despensero o guardamangier, al que reconoció por haberse cruzado con él el día de su llegada. Andrés Moguer le dedicó una mirada sencilla. Era un hombre con ojeras y delgado, con un cuello demasiado estrecho para una cabeza grande en proporción. Por contra, el despensero, cejijunto y de corta estatura pero ancho como un castaño, le sonrió algo obsceno. Le dio la sensación de que era mejor tenerle lejos.

Sin pensar y llevada por la costumbre, les hizo una reverencia profunda, propia de las damas, y las galopines se rieron de ella. El pobre señor Moguer, desconcertado, inclinó el mentón torpemente, y el señor Fernández se unió al coro de la cocina con una carcajada, encorvándose hasta casi dejar caer los dos cuadernillos de notas, el tarro de tinta y la pluma que llevaba en las manos. La señora Escrivá bufó tras ella negando con la cabeza. Fue a decir algo, pero bastó una mirada de doña Úrsula para que las risas y el resople cesaran en el acto. «Qué terror inspira —se dijo Clara con cierta admiración—. Nadie osa desafiarla, y no me extraña». La dueña le indicó que la siguiera con un gesto de su dedo. Clara miró a la señora Escrivá para buscar la corroboración de la orden, tratando de mantener el equilibrio entre ambas.

—¡Espabila, ¿no ves que te llaman?! —le chilló esta con un gesto contundente. Doña Úrsula echó a andar, y Clara, con el corazón en un puño, se limpió las manos y siguió al dragón junto con los dos hombres a su espalda. Se dijo

entonces que había sido una ingenua al pensar que al duque se le olvidaría el incidente. Lo único que no comprendía era qué hacían allí el sumiller y el despensero. Se extrañó cuando la dueña tomó una dirección opuesta a su despacho, por el corredor que conducía hacia la alacena.

—Reconozco que con tu inesperada llegada no tuve tiempo de leer en profundidad tus credenciales. Sin embargo, después de estudiarlas y ver cómo has escrito los menús, me doy cuenta de que eres una muchacha instruida —le dijo.

Clara solo asintió. Después doblaron la esquina hasta llegar a las puertas dobles de la despensa, donde un hombre maduro, alto y orondo, con marcas de viruela en el rostro, hacía guardia. Tenía los párpados entrecerrados, y los abrió de golpe al sentir a la dueña. Ella le escrutó con su mirada depredadora y de inmediato el hombre se irguió, tan derecho como las torres del Alcázar.

—Señor Sales —le dijo impávida—. Si le descubro otra vez en esta situación, puede recoger sus cosas.

El portero asintió aterrorizado. Clara cruzó las puertas tras la dueña y se descubrió en un nuevo pasillo de techos altos, compuesto de tres umbrales cerrados y unas escaleras al fondo. Caminó lentamente, leyendo los carteles colgados sobre los cuarterones de las puertas. La primera de ellas, de un color verde oliva, correspondía al guardamangier, el almacén donde se guardaban todas las viandas de carne, huevos, pescados; la segunda daba a la potajería, que almacenaba las legumbres y las verduras, y la tercera era a la bujiería, la estancia que albergaba el carbón, la leña, el aceite para quemar y el sebo para las lámparas. Clara miró al fondo, hacia las escaleras, y doña Úrsula le explicó que esa era la entrada trasera de la cava pequeña del señor, donde los mozos de cocina almacenaban todo tipo de vinos, incluidos los de los guisos.

—¿Dominas los números y las operaciones matemáticas? —le preguntó.

Ella asintió. La dueña, con el rostro hierático, le señaló una puerta doble.

—A partir de ahora tendrás una obligación más. Quiero que funciones como una ayuda de veedor, ¿sabes de lo que hablo?

—Sí —dijo Clara.

En la corte del rey, uno de los cocineros jefes hacía de veedor de viandas, uno de los oficios de máxima responsabilidad en la cocina de sus majestades. Cada mañana el veedor y el guardamangier se encargaban de entrar en la despensa y tomar de ella lo necesario para preparar los menús de ese día.

—Cada vez que se tome algo para la cocina, quiero un apunte adecuado en este inventario. Será uno paralelo a los que ya hacen el guardamangier aquí

presente y el jefe de panetería y cava, don Herbasio García —le explicó mientras el despensero le mostraba los dos cuadernillos—. Por este trabajo tendrás un suplemento.

Clara asintió una vez más y el señor Fernández, que le sonreía libidinoso, comenzó a explicarle con el libro abierto cómo debía registrar el número de barriles de sidra, carnes en adobo, tarros llenos de pescados escabechados, botellas de vino tinto y blanco, indicando su procedencia, si eran de Málaga o Valdepeñas, los quesos y embutidos, las morcillas, el azúcar en saquitos de a libra, las especias, cuántas y cuáles... Cada cosa en un asiento específico de cada cuadernillo: uno para la despensaría y otro para la panetería y cava.

—El listado no solo debe mostrar un control exhaustivo de las despensas y la cava del señor, sino también registrar los cambios que se produzcan en el inventariado, sobre todo con la inmensa cantidad de viandas que deben llegar desde Madrid para cubrir el festejo a nual de Castamar —le advirtió doña Úrsula—. Tras terminar ese trabajo cada día, entregarás los dos cuadernillos al señor Fernández y al señor García para saber lo que la cocina ha consumido. A la mañana siguiente, los recogerás temprano, en los respectivos despachos de cada jefe, con el fin de realizar la misma tarea.

—Sí, señora, gracias por su confianza —le contestó ella disimulando su sorpresa y pensando cómo se las apañaría para no hallarse a solas con el despensero, por precaución.

Aquello dejaba claro que el señor, por alguna razón incomprensible, aún no había dado la orden de que se fuera. Suspiró aliviada cuando la puerta de la bodega se abrió y apareció el duque sujetando una botella de vino tinto de Valdepeñas. Clara agachó la cabeza de inmediato, e hizo una reverencia como todos los demás. El señor, que ni siquiera había reparado en su presencia ni en la de los dos hombres, al ver a la dueña se dirigió a esta en un tono cordial y respetuoso:

—Ah, señora Berenguer, está aquí —la saludó por el apellido, como correspondía—. Supongo que usted y el señor Elquiza han supervisado todo con respecto a las necesidades de mi madre y de su invitado.

—Las habitaciones están debidamente preparadas, excelencia. Además, el aposentador y sus ayudantes de fu rriera ya han conducido el equipaje a las respectivas alcobas. También han sido dispuestos, al servicio de la señora duquesa y de su invitado el marqués, gentilhombres y doncellas de cámara para su asistencia en todo lo que requirieran —explicó doña Úrsula.

—Perfecto.

Clara deseó con toda su alma que el duque no la reconociera, que no recordase el incidente, que aquel fatídico encuentro no supusiese su final en Castamar. Sin embargo, justo cuando iba a reanudar su camino, el duque le dedicó una mirada rápida y se detuvo. Ante el rostro atónito de doña Úrsula y de las miradas soslayadas del sumiller y el despensero, don Diego se acercó y con suavidad acomodó su dedo índice bajo su mentón, obligándola a levantar la cabeza. Se sintió temblar al advertir que él mantenía sus pupilas fijas en ella. Resistió la tentación de mirarle a los ojos, clavando su mirada en el suelo, pero él aguardó.

—Excelencia... —dijo doña Úrsula incómoda.

El duque continuó esperando, tratando de cazar sus pupilas, y ella, sabedora de que no podría evitarle más tiempo, le devolvió la mirada. Encontró en él unos ojos sencillos y directos, más aplacados y menos furiosos que la noche anterior. Clara supuso que intentaba comprender el motivo que la había llevado a espiar, como una ladrona furtiva, su conversación privada. Andrés Moguer y Luis Fernández se agitaron con el mentón pegado al pecho, y el ama de llaves carraspeó inquieta.

—¿Ordena alguna cosa más, excelencia? —preguntó doña Úrsula.

—No —contestó él sin mirarla.

Clara se rogó a sí misma dejar de temblar como un capón desplumado, hasta que él, sin mediar palabra, se dio la vuelta y se fue. Doña Úrsula, el sumiller y el despensero hicieron una reverencia a la vez que ella. Entonces, ya a solas, la dueña le dedicó una mirada capciosa, alentándola a explicar qué acababa de ocurrir. Ella guardó silencio y no dijo nada. Solo agachó la cabeza y esperó a que doña Úrsula le ordenara retirarse, pero esta no lo hizo. La miraba con un rictus lacado de intriga y extrañeza.

—Abordaremos luego el pequeño problema de la cámara del señor —dijo secamente al sumiller—. Ahora retírense los dos.

Ambos asintieron levemente y se marcharon. Clara hizo una pequeña genuflexión, esta vez adecuada a su posición. Doña Úrsula, ya a solas, se aproximó a ella.

—¿Habías visto tú al señor duque antes de esta mañana? —le dijo.

Clara se quedó unos segundos callada, indecisa, sabiendo que la mentira no la libraría y que la verdad podía condenarla. Optó por la segunda, tratando de minimizar los daños, pues mentir no era cristiano y tal vez doña Úrsula no la expulsaría cuando el señor no le había dado más importancia a lo ocurrido.

—Sí, señora —le contestó—. Le oí llegar de madrugada con otros dos

caballeros... anoche. Me despertaron los ruidos y me crucé con ellos, se ñora. Pensé que podían ser vagabundos o ladrones. Nada más.

El ama de llaves indagó en sus ojos. Se inclinó hacia ella intimidatoria, y a Clara le pareció que su efigie se agrandaba.

—Entiendo —dijo la dueña serena—. A partir de ahora no debe haber ningún contacto con don Diego, a menos que él mismo declare esta intención expresamente, ¿queda claro?

Ella asintió y el ama de llaves la despidió con escasa cortesía, perdiéndose después por la cava del fondo. Clara se dio la vuelta y suspiró, deseando que al fin el encuentro con el duque quedase en anécdota. Mientras avanzaba rápido por el corredor hacia la cocina, percibió sobre su nuca la atenta mirada de aquel dragón desde lejos, como si pudiera desmenuzar su espíritu con la fuerza de sus pupilas negras. Cruzaba el umbral para regresar a los vapores del asado y los menudillos de la caza cuando algo en su interior se removió, avisándola de que este alivio momentáneo no debía hacer que se relajase. Le bastó ver la mirada de la señora Escrivá, esperándola, para darse cuenta de que seguía entre extraños.

CAPÍTULO 6

14 de octubre de 1720, mediodía

Úrsula nunca había creído en la buena voluntad de las personas, más bien pensaba que esta era una suerte de convención que los seres humanos se habían inventado para soportarse los unos a los otros y que, bajo aquella apariencia de cordialidad, solo existía a cada individuo soportando en solitario su propia existencia y una lucha encarnizada por sobrevivir. A ella la vida le había enseñado que más valía velar por los intereses propios que andarse con buenas acciones que nadie iba a agradecer. No obstante, había honrosas excepciones a este principio general, como doña Alba, la duquesa. Nadie del servicio había llorado su pérdida como ella. Por supuesto, lo hizo a solas. Llorar era un lujo que solo se podían permitir las mujeres ilustres; el resto lo mejor que podía hacer era no mostrar esta debilidad jamás. La pérdida de su salvadora, por la que sentiría una devoción eterna, la devastó, pero durante el largo luto que siguió a su muerte ocultó su tristeza ante todos. Mucho tiempo después, aún le parecía verla paseando por las galerías o contemplando los parterres desde el salón del segundo piso. Tras asimilar la tragedia, aprendió la lección: cualquier cosa, por muy segura que fuera, podía cambiar en un instante. «Sobrevivir es el oficio que mejor he aprendido», había terminado por decirse. Ya rehecha, juró ante sí misma y ante Dios cuidar lo mejor posible a don Diego, para que al menos su señora pudiera observar desde los cielos cómo ella le correspondía en lealtad y gratitud.

Si algo había importante en la vida aparte de esos sentimientos era que, si uno había conseguido hacerse hueco en ella, no debía dejar ese espacio jamás. Por eso no permitiría nunca que el poder que había construido sobre Castamar a base de perseverancia se le escapase de las manos. Gracias al afecto de los duques y a la eficacia de su trabajo, ella se había posicionado como una suerte de contralor. Supervisaba todo y, en secreto, incluso al mayordomo. Lo único de lo que se mantenía un tanto apartada era de las dependencias puramente económicas y el control de gastos. Esto se lo dejaba a don Melquíades, más avezado en los números, y al grefier, don Alfonso Corbo, que la informaba. Incluso los mayordomos semanarios, que no estaban entre la servidumbre fija, sabían de antemano que ella era quien posibilitaba su puesto de trabajo. Por eso había hecho ostentación de su poder sobre la señora Escrivá delante de la

nueva oficial de cocina: para dejar claro quién gobernaba a la servidumbre de Castamar.

Lo que le había llamado la atención era que la muchacha ocultaba muy bien sus pasiones. De no ser por cómo el señor la había reconocido en el distribuidor de la despensa, ni se habría percatado de que se habían visto antes. Durante un segundo había pensado que aquella muchacha era una cazafortunas tratando de seducir a un ilustre, pero no había tardado en descartar aquella idea. Parecía más bien una muchacha caída en desgracia, lo suficientemente despierta para saber que las que entran en el servicio con ese tipo de intenciones salen preñadas de él, abandonadas a la buena de Dios y con un bastardo a sus espaldas. Además, seducir a un hombre como don Diego de Castamar era una tarea abocada al fracaso. «Ese hombre solo tiene amor para el fantasma de su mujer», se dijo.

Todo en Clara Belmonte la intrigaba, y por eso había mandado a escondidas a uno de sus mozos de confianza a la Puerta de Vallecas, donde se ubicaba el hospital de la Anunciación de Nuestra Señora. Según sus credenciales, aquel era el último trabajo de la muchacha, y fue allí donde su enviado recabó referencias y detalles sobre su historia. A una tal doña Moncada, pensando que hacía un favor a la chica, se le había desatado la lengua hablando maravillas sobre su diligencia en el trabajo. Le reveló que su padre, un doctor de prestigio, había muerto en la guerra.

Úrsula tenía la intención de desvelar a don Diego estos pormenores. Cuando su señor supiera que era una de las muchas jóvenes degradadas bajo la crueldad de los hombres, aplacaría su curiosidad. Esa misma tarde llegó la ocasión, cuando recibió orden de presentarse ante el duque. Este, tras regresar de un paseo a caballo con el marqués de Soto para mostrarle los alrededores de la finca, se había retirado para tratar algunos asuntos en su despacho, dejando al invitado con doña Mercedes.

Ascendió a la planta superior y recorrió la galería hasta llegar frente a las puertas de roble. Llamó suavemente y esperó a que don Diego le permitiera el paso. Cuando lo hizo, cerrando tras de sí, encontró al señor duque sentado tras su mesa, junto al señor Graneros, el escribano de su excelencia, que le pasaba papeles para la firma.

—Este es el último; con su firma, es dueño de una de las mayores fincas de las Américas —le dijo recogiendo los papeles—. Mis felicitaciones, excelencia —zanjó antes de marcharse con su gran cartapacio bajo el brazo.
—Excelencia —saludó doña Úrsula.

—Señora Berenguer —contestó él dirigiéndose hacia la librería —. ¿Quién es la muchacha que vi ayer en su presencia?

Úrsula mantuvo unos segundos el silencio para no dar la sensación de que se había preparado la respuesta.

—Clara Belmonte, excelencia —dijo sin más detalles, pues deseaba saber cuánto interés tenía el duque en ella.

Este paró de buscar entre los anaqueles y la miró extrañado.

—¿Solo eso? —le preguntó.

—Oh, perdone, excelencia —contestó aparentando ingenuidad —. Trabaja en las cocinas. Viene recomendada. Según sus credenciales, fue primera ayuda de cocina, aunque esto lo dice su madre, con la que trabajó durante los últimos años. Sabe leer y escribir inglés, francés, latín y algo de griego, entre otras materias. Toca el piano y un poco el arpa.

El señor escuchó en silencio. Había encontrado el volumen que buscaba, lo extrajo de la librería acariciando su encuadernación en cuero y se aproximó de nuevo hacia su mesa hasta depositarlo allí con delicadeza. Se quedó unos instantes meditabundo, perdido en unos pensamientos por los que la dueña hubiera pagado, y, bajando la mirada hacia el libro, apretó un poco los labios. Úrsula se mantuvo callada, observando cada gesto para desentrañar lo que le había llamado la atención de la joven.

El señor se acercó hasta el ventanal y admiró los parterres de Castamar.

—Por lo visto, su padre era el doctor Armando Belmonte —apostilló Úrsula.

Don Diego posó la mirada sobre ella, y asintió. Úrsula pensó que tal vez fuera aquello lo que le había llamado la atención de la muchacha: un rostro conocido que no había logrado ubicar. El duque se giró y, tan pensativo como al principio, tomó asiento.

—Creo que alguna vez he oído ese nombre —dijo de pronto—. ¿Qué fue de él?

—Murió en la guerra. Un encuentro fatal con el enemigo —aclaró rápidamente ella mientras él levantaba la mirada, atento a la explicación —. Según he sabido, su madre se gana la vida al servicio de su ilustrísima el señor Alberoni, partió con él cuando cayó en desgracia. Al parecer, la señorita Belmonte deseaba trabajar cerca de Madrid y don Melquíades la contrató.

Don Diego tomó aire y se centró de nuevo en el libro.

—Gracias. Puede retirarse, señora Berenguer.

Ella salió con diligencia y, una vez fuera, aguardó unos instantes, comprobando que la galería estaba desierta. Entonces posó la mano sobre el

pomo y, con la destreza adquirida con los años, abrió la puerta girando suavemente el picaporte. Escudriñó a don Diego, sentado frente a la mesa. Apenas podía percibir su mirada, pero llegó al convencimiento, por la atención con que leía, que toda la curiosidad que podía haber suscitado su encuentro con Clara Belmonte había desaparecido.

15 de octubre de 1720, madrugada

Clara sintió un golpe que recorrió las paredes de la cocina. Se despertó, como la otra noche, y se juró que ya podían ser ladrones o una tropa de infantería en carga de bayoneta que ella no se iba a mover de su tabuco. Lo bueno de dormir en la camareta de la cocina es que al menos se disimulaba tras la puerta corredera y esto la podía salvar de ser vista. Oyó un nuevo ruido y recordó que había escuchado a Elisa Costa decir que el señor y sus invitados se habían retirado a descansar a su cuarto al terminar la cena. Tal vez fuera alguno de ellos que, desvelado, se había acercado a la biblioteca. Sin embargo le llegaron claramente unas risas en el patio exterior de la cocina. Sintió cierta inquietud y abrió un poco la cancela corredera. Fuera, dos figuras apenas iluminadas por una pequeña lámpara de un cabo cruzaban juntas el impluvio riéndose a destiempo con cierto nerviosismo. Clara, llevada por la responsabilidad, salió a la cocina y se acercó agazapada hasta la cancela que conducía a la buzonería por la que arrojaban las aguas sucias. La oscuridad disimulaba lo suficiente el espacio evitando que la invadieran sus vahídos.

Las dos figuras avanzaron hasta la puerta exterior que conducía a la galería de la despensa, al otro lado de la cocina. Allí, una de ellas extrajo una llave y abrió la cancela de carga por la que se introducían las viandas y los enseres del señor duque traídos de Madrid. Debía de tratarse de alguien del servicio, pues pocos tenían acceso por aquella puerta. Se dijo que no era de su incumbencia y que debía regresar a la seguridad de su pequeña cueva. Eso hizo y se introdujo entre las mantas, oyendo los murmullos y las risas de las dos sombras hasta que se dejaron de escuchar. El silencio se extendió de nuevo por aquella ala de la casona, hasta que percibió un leve gemido. Pensó que no había oído bien, hasta que le llegó otro. Se levantó de nuevo y, con los pies fríos, se escurrió por la galería acodillada hasta la esquina. La puerta doble de la despensa estaba entreabierta. Percibió claramente cómo se resbalaban unos gemidos secos y ahogados de mujer junto a la respiración profunda y grave de un hombre.

Se acercó a la puerta y penetró en el corredor de la gran alacena refugiándose en las sombras. Las puertas del guardamangier, la potajería y la

bujería estaban cerradas. Tan solo la luz de un candil surgía desde el fondo de las escaleras que conducían a la cava pequeña. Avanzó hacia allí mientras las bocanadas de placer de la mujer crecían hasta el éxtasis y se detenían después abruptamente, deshilvanándose en respiraciones profundas. Aguardó hasta que tuvo la seguridad de que el encuentro secreto había terminado. Observó, rebasando los primeros peldaños, que la puerta de la bodega estaba abierta. Allí, bajo la luz de varias linternas encendidas, descubrió a la señora Escrivá con los pechos obscenamente fuera del corpiño y las faldas remangadas. Un hombre alto y enjuto, con barba de varios días y poco aseado, conservaba aún la mano en el vello de su entrepierna, sujetándola contra la pared. Clara ahogó un gemido tapándose la boca y, escandalizada y con los colores en las mejillas, dejó de mirar.

—Te tienes que ir, Santiago —le decía la cocinera jefe a su pareja en susurros —.

Date prisa, el señor Casona duerme cerca.

—No creo que ese jardinero sordo se entere de nada —respondió él con sorna. Clara volvió a escurrir la mirada. La señora Escrivá se ajustaba ya el corpiño y el

refajo de la falda. El hombre se había girado y, de espaldas a la cocinera jefe, observaba la colección de vino.

—Que te vayas ya.

—Espera... Voy a tomar prestados dos botellones de vino del señor. Tiene demasiados, el cerdo cabrón —dijo él tomando dos de la cava.

La señora Escrivá le espetó en un susurro que no hablara mal del duque. Ambos ascendieron la escalerilla, ella con las mejillas encendidas y él con las dos pequeñas garrafas de vino de Valdepeñas, hasta llegar a la cancela.

—Nos vemos la próxima semana, mi Asunción —dijo el hombre besuqueándola de nuevo.

Clara supuso que la cocinera jefe no regresaría por el patio, sino por el pasillo que daba a la cocina, así que salió corriendo de puntillas mientras oía cómo se cerraba la portezuela de la cava. Cruzó el umbral de la alacena sin tocar las puertas, recorrió el pasillo, dobló la esquina y entró en la cocina hasta la seguridad de su cueva. Una vez dentro, cerró su portezuela corredera y se quedó en el más absoluto mutismo, mientras oía la respiración pesada y algo agitada todavía de la señora Escrivá cruzando por la cocina. Gracias a Dios, esta vez no la habían descubierto. Se giró y cerró los párpados para regresar al sueño. Se dijo que Castamar estaba tan llena de secretos como la

corte del rey, de la cual se decía que era toda intrigas y favores. Se percibió ya soñando solo un instante, para no volver a ser consciente en lo que quedaba de noche.

Clara se despertó agitada, con el extremo romo del bastón de doña Úrsula sobre su hombro zarandeándola y las pupilas encendidas.

—Recoge tus cosas. Estás expulsada.

Balbuceó, aún aletargada, sin comprender. Al principio pensó que se había quedado dormida, pero al mirar por las cristalerías se dio cuenta de que debía de faltar más de media hora para que ella tuviera que estar en pie. Volvió a posar una mirada de extrañeza sobre los ojos terribles de doña Úrsula, sin entender qué podía haberla molestado hasta el punto de despedirla.

—No lo niegues —sentenció—. El jefe de pantería y cava me ha dicho que faltan dos damajuanas de vino de la cava que ayer estaban en inventario. La señora Escrivá nos ha contado que recibes visitas nocturnas de un hombre que obviamente no es un caballero, al que gratificas con las botellas del tinto de su excelencia.

Clara abrió los ojos de par en par y miró a la señora Escrivá, que permanecía tras doña Úrsula con un brillo de desafío en los ojos. Se dijo que el hecho de que su amante sisara dos botellones podía ser un plan premeditado de Escrivá para expulsarla de la finca, pero al analizar con más atención la mirada de la cocinera jefe, comprendió que era analfabeta y estúpida, y que estaba muerta de miedo. La señora Escrivá ni siquiera había comprendido para qué servía la catalogación de viandas, vinos y enseres que habían hecho por orden de doña Úrsula.

—No es cierto. Yo no he sido, ¿por qué me acusa? —le dijo Clara a doña Úrsula poniéndose en pie con el chal sobre los hombros y mirando a la señora Escrivá.

Los labios de la cocinera jefe formaron una delgada línea. Clara cerró los puños, encendida.

—¡Ladrona desvergonzada! —chilló la señora Escrivá—. Pierdes la honra por la noche y encima lo niegas.

La ira se le concentró a Clara en los carrillos impidiéndole pronunciar palabra alguna. Su propia educación le prohibía acusar sin pruebas a la cocinera jefe, y con su palabra como única defensa solo podía empeorar la acusación. Miró a doña Úrsula con los ojos cargados por la injusticia, pero solo encontró hielos.

—Reconozco que esto no me lo esperaba de ti. Recoge tus cosas, es mi última

palabra —sentenció la dueña, y se giró para salir de la cocina.

La angustia se le instaló en el estómago y se vio fuera de la hacienda, sin referencias y completamente desamparada, entre los espacios abiertos donde terminaría de seguro internada en un hospital por su desorden nervioso. Sin dudar, se incorporó delante de doña Úrsula y la miró resuelta.

—Yo no he robado nada ni he recibido visita alguna, y menos de un hombre.

La señora Escrivá dio rápidamente un paso hacia ella y la tomó del brazo.

—Pero si te he visto con las faldas levantadas y gimiendo como los perros —dijo, y Clara pudo oler su aliento concentrado, acre e insalubre, de porqueriza. Se zafó de ella, y cuando doña Úrsula intentó pasar, se lo impidió de nuevo.

—Doña Úrsula, procedo de una familia honrada que nunca ha necesitado robar, y menos aún defender la honra, pues siempre se ha dado por supuesta. Me es indiferente lo que le haya podido contar la señora Escrivá, quien seguramente, si la mira usted a los ojos, sabrá por qué desea mentirle —dijo con angustia e ira a partes iguales.

Si la dueña accedía a creer en su palabra, tenía que poner en duda la de la señora Escrivá, y esto conllevaría la expulsión de la cocinera jefe de la finca a tan solo un día de la celebración. Su salida sería traumática para Castamar, sabiendo el caudal de servidumbre que se incorporaría ese mismo día para el festejo, mientras que Clara era una simple moza de oficio. Y el robo no era el peor de los dos delitos cometidos. El hecho de que se estuviera fornicando bajo el techo del señor en secreto y a horas intempestivas afectaba a la imagen y a la respetabilidad cristiana que se debía guardar en una casa grande de España. Clara comprendió que doña Úrsula estaba cavilando todas estas cosas cuando sus párpados se entrecerraron. Sintió incluso que había creído algo en su inocencia, aunque desde su llegada había notado que, por algún motivo que aún no comprendía, ella era una molestia para la dueña.

—Quiero que salgas inmediatamente de la hacienda —concluyó con autoridad.

La señora Escrivá sonrió satisfecha. Clara pensó que no tenía luces, no se daba cuenta de que, pasado el festejo, ella también se vería fuera, pues el dragón había tomado la decisión de desterrarlas de su imperio a ambas. Agachó la cabeza en silencio. Doña Úrsula la apartó con el bastón de mando y echó a andar, cuando de pronto una voz la hizo detenerse en seco: —Me temo, doña Úrsula, que eso no sería justo.

La voz había sido grave y tranquila, como quien anuncia la hora. Allí, bajo el dintel de la portezuela del patio, estaba el cuerpo enorme de Simón Casona, que con su habitual sencillez había entrado en la cocina en busca de nuevas

cenizas para sus plantas.

—Simón, no creo que estos sean sus asuntos —le espetó la dueña, pero usando un tono correcto—. Vuelva a mandar a sus jardineros, que de esto me ocupo yo.

El hombre se quitó su sombrero pajizo y lo dejó descolgado suavemente sobre su manaza venosa y arrugada. Se acercó a la mesa central, soltó el rastrillo que había traído con él y, arrastrando una pequeña banqueta que servía de alza a las galopines, se apoyó en ella.

—Lo son, querida doña Úrsula, siempre y cuando se vaya a cometer una injusticia, lo son. No puede despedir a esta joven por este motivo, pues la única que recibe visitas nocturnas de cierto hombre indeseable es la señora Escrivá —dijo llanamente.

A doña Úrsula le refulgieron las pupilas y miró con el ceño cargado a la cocinera.

—¿Es eso cierto? —le preguntó.

A juzgar por la expresión de cólera e incredulidad, no se había ni imaginado que la señora Escrivá hubiese utilizado su propio pecado para acusar a su moza de oficio. Esta empezó a negar nerviosa. Clara comprendió que la palabra del señor Casona tenía un peso específico en la casa, tal vez por su antigüedad, pues era un hecho extraordinario que el jardinero jefe tomase partido en disputas entre los miembros del servicio.

—Vamos, doña Úrsula, usted sabe que lo es —dijo él con tranquilidad—. La señora Escrivá está acusando a esta joven porque seguramente ha comprendido que es la mejor forma de librarse de su competencia en los fogones.

La dueña le dedicó una mirada rápida.

—No hablo con usted, señor Casona —le dijo taxativa, e incrustó sus ojos en la cocinera jefe, que se vio de súbito pequeña y acorralada—. ¿Es eso cierto, señora Escrivá? ¿Ha puesto usted en juego el decoro de Castamar?

El jardinero avanzó, con sus aires cansados, hasta doña Úrsula, que le miró incapaz de comprender por qué aquel humilde anciano se levantaba como un gigante ante ella.

—Pero yo sí con usted, señora —le replicó de una forma sencilla y aplastante—, y he de decirle, con todo el respeto, que no permitiré en este asunto ninguna otra posibilidad más que la verdad. Acudiré al duque si es necesario.

Clara, que sentía una gratitud inmensa hacia él, se quedó tan de piedra como la propia doña Úrsula y tragó saliva. Aquel hombre grande y algo encorvado se

había convertido en su adalid, en un titán que había desafiado el poder establecido. Había dejado patente que tenía un acceso directo al duque, algo que pocos entre el servicio podían igualar. El ama de llaves le miró y crispó las mandíbulas antes de dedicarle una última mirada glacial a la señora Escrivá, que rompió a llorar sin poder contenerse.

—Eso no será necesario. La verdad es obvia, señor Casona —afirmó doña Úrsula—. Señora Escrivá, está despedida. La quiero fuera de Castamar ya. — Después se giró hacia el jardinero y le miró con frialdad —. Espero que de ahora en adelante, señor Casona, solo hable de los asuntos de jardinería que le competan.

El jardinero asintió y, sin darle importancia a estas palabras desabridas, se encogió de hombros. Clara suspiró aliviada. Doña Úrsula salió por la puerta dando por concluido el asunto y el señor Casona asintió para sí, satisfecho porque se había hecho justicia. Clara, por su parte, tampoco pronunció palabra y volvió a su tabuco para asearse antes de empezar el día. Tras ella, en la cocina, solo quedó la señora Escrivá enjugándose las lágrimas y dando alaridos, afirmando que no habría nadie que hiciera la cena, como si no comprendiera cómo había podido perder en un instante la seguridad que le otorgaba la cocina de Castamar.

15 de octubre de 1720, por la mañana

Melquíades se atusó el bigote mientras aleccionaba a su sobrino sobre los deberes y obligaciones que conllevaba el trabajo de mozo de cámara. Debía saber que estaría bajo una jerarquía imperativa que le situaría por encima de los entretenidos y por debajo de los ayudas de cámara, igual que estos estaban por debajo de los gentilhombres, que a su vez respondían ante el señor Moguer, sumiller del duque. Este reportaba explicaciones a doña Úrsula y a él. Melquíades había hecho una pausa dramática para ver si el muchacho había comprendido todo lo explicado hasta el momento. Sentado, con los antebrazos apoyados sobre la mesa y los dedos de las manos entrecruzados, le observó.

El muchacho, delgado como un espárrago pero fuerte, había heredado el porte de la madre más que el del padre. Su hermana Ángeles le había escrito desde Buitrago de Lozoya pidiéndole que permitiera a su hijo la entrada en el servicio de la casa como casiller, encargado de sacar los bacines y orinales de palacio y tenerlos listos para su uso. Melquíades pensó que si soportaba esta tarea podría con suerte seguir sus pasos y hacer carrera. Al parecer, trabajar de jornalero se le había hecho cuesta arriba, y el cura del pueblo le dijo que tenía posibles con las letras y los números si ponía empeño. «Ya veremos», se

había dicho con calma Melquíades, que conocía bien los ánimos volátiles de la juventud.

Aun así, habían pasado un par de años y el muchacho había sido promocionado a mozo ordinario y más tarde a entretenido, para dar el salto a mozo de cámara. Ahora ya tenía una libranza digna, parte de la cual enviaba a su madre todas las semanas desde la muerte de su padre en la guerra. Él añadía a la suma del zagal, desde incluso antes del fallecimiento de su cuñado, un generoso estipendio extra para que su hermana viviera más holgada. En cierta forma, había tomado la responsabilidad de que ella y su hijo no cayeran en la más extrema pobreza. Ahora debía reconocer que su sobrino, v estido de librea frente a él, le hacía sentir cierto orgullo de familia.

—Por supuesto no se admiten visitas femeninas, y si por casualidad entablaras cualquier relación sentimental con un miembro de la servidumbre, debes ponerlo en conocimiento inmediato. Te dirigirás a mí o, en su defecto, a doña Úrsula —le aclaró.

—Gracias por esta oportunidad, don Melquíades, no le defraudaré —le dijo con el mentón firme, como si estuviera cuadrado ante un mando militar. Melquíades se levantó y se acercó a él. No tó que el muchacho se sentía algo incómodo ante su presencia, pero no le importó, pues debía empezar con buen pie.

—Una cosa más, Roberto —dijo atusándose el bigote de nuevo—. No te olvides de lo que te he dicho: ver, oír y callar, no hay nada peor que un mozo de oficio chismoso.

El chico asintió con firmeza, como si se grabara a fuego esas enseñanzas. Las pupilas de su sobrino le mostraban que daría lo mejor de él. No esperaba menos de un Elquiza, aunque lo tuviera de segundo apellido.

—Sí, señor —contestó el chico justo antes de que unos pequeños golpes en la puerta rompieran el silencio.

—Adelante.

Vio entrar a doña Úrsula y, previendo posibles problemas, le dijo a Roberto que regresara a las obligaciones que le había marcado. El muchacho hizo una pequeña inclinación de cabeza a él y a la dueña, y salió de la estancia. Melquíades suspiró y contempló la efigie de doña Úrsula aguardando por decoro su saludo. «Es todo lo que sacaré de esta mujer —se dijo—. Buenas formas que encubren la realidad de que no gobiernan la servidumbre de Castamar». No podía comprender qué ocurría dentro del espíritu de aquella gobernanta, que hacía de todo un conflicto. Por él, la guerra que mantenían se

podría haber acabado hacía mucho tiempo, pero le bastaba cruzar una mirada para saber que nunca cambiaría.

—Buenos días, doña Úrsula —le dijo al fin.

Ella, como era de esperar, le dio los buenos días fingiendo la cordialidad cansada en la que ambos se habían instalado y declaró que había venido para tratar un asunto de la mayor gravedad. Melquíades sintió de nuevo la espada sobre la nuca, la amenaza constante desde que ella conocía su inconfesable secreto. Ella guardó silencio. Él se preguntó qué bicho le habría picado esa vez, y dijo con su acostumbrada cordialidad:

—Tome asiento, doña Úrsula, y explíqueme.

Ambos tomaron asiento y se miraron. Esta vez permaneció en silencio, con el alma contenida como en los últimos años, esperando a que ella decidiera hacer pública la información sensible que tenía sobre él y que todo su mundo se derrumbara.

—Me he visto en la obligación de despedir a la señora Escrivá de forma inmediata. Al parecer ha estado recibiendo visitas nocturnas de un hombre y han tenido bajo este techo relaciones... licenciosas —le dijo doña Úrsula—. Además, tenía a bien regalar a su visitante damajuanas de vino de su excelencia. Ya he avisado a los guardas, la portería y a la dotación militar para que no vuelva a pasar tal cosa.

Melquíades puso su mejor cara de sorpresa. No porque no quedara impresionado por la noticia, sino porque sentía un alivio enorme al ver que doña Úrsula no había decidido comunicar aún a don Diego la historia de su pasado. Por eso cualquier nueva siempre le parecía nimia. Aun así, esta era de la mayor gravedad; debía reconocer que la dueña le había ahorrado el episodio desagradable de tener que expulsar él mismo a la cocinera jefe.

—Ciertamente me he quedado sorprendido con la actitud de la señora Escrivá —contestó él expulsando el aire con gravedad—. Ha actuado usted como debí a. Hablaré aun así con los responsables e informaré al duque.

Fue entonces cuando doña Úrsula hizo de nuevo uso de su poder sobre él.

—Yo misma informaré a su excelencia cuando tenga solucionado el problema de una nueva cocinera jefe.

Ambos sabían de sobra que era el mayordomo el que debía informar a su señoría. Cruzó una mirada de invierno con doña Úrsula. Esta aguardó un instante.

—Marcharé inmediatamente a Madrid para encontrar, entre mis conocidos, a una sustituta competente —concluyó.

Él se irguió, tratando de llenarse de autoridad, y levantó la mano para que guardara silencio. Ella lo hizo, más por decoro que por acatar una orden, y justo cuando él iba a exponerle que entre sus prerrogativas estaba la de informar al señor de estos cambios, le atajó sin piedad:

—Le agradecería que se limitase a comunicar el suceso al resto de la servidumbre y advertirle que mantenga silencio respecto a esta cuestión. Gracias, don Melquíades.

Él apretó los puños hasta que los nudillos quedaron blancos. Un a vez más, tendría que darse por vencido; él, pese a ser hombre, tener mayor rango y ser su superior. Sintió unos deseos incontenibles de contarle él mismo su secreto a don Diego, aunque eso supusiera su derrota ante ella. Sin embargo, las consecuencias de su impulso le llevarían a una vida de miseria: regresaría a su amada tierra catalana con sus ahorros, pero sin oficio claro al que dedicarse, pues nadie le volvería a considerar para el puesto.

—Como guste, doña Úrsula —contestó al fin.

Ella abandonó la estancia con un seco agradecimiento y él se quedó con la sensación de que solo era un hombre a medias, un ser pusilánime y acobardado. Se desplomó sobre la silla, que crujió como su alma, tantas veces vencida durante aquellos largos años. Se acarició el bigote intentando engañarse otra vez a sí mismo y se dirigió hacia la puerta con una fingida dignidad. Se detuvo unos momentos antes de salir, recomponiendo los pedazos de su orgullo, y cruzó el umbral con la sonrisa ensayada para caminar entre la servidumbre como un rey sin corona.

CAPÍTULO 7

15 de octubre de 1720, mediodía

Diego contempló a Francisco; para él, el hombre más elegante de toda Europa. Estaba sentado con una mano sobre la cabeza leonada de su bastón, y con la otra balanceaba una copita de aguardiente. Desvió la mirada después hacia Alfredo, que se aproximaba al tiro de la chimenea y se calentaba las piernas. Ambos habían llegado a Castamar apenas pasado el mediodía con el fin de comer con él y asistir a la celebración del día siguiente. El trayecto de ambos desde la capital había transcurrido sin incidencias, salvo por ciertos lodazales en el camino.

Alfredo Carrión, barón de Aguasdulces, siempre había sido un gran amigo de su familia y suyo personalmente. Rozaba los cincuenta, y esa diferencia de edad hacía que siempre hubiera ejercido un rol de hermano mayor con él. Sus padres habían sido íntimos amigos desde los tiempos de los Habsburgo, y en su época, los prohombres más destacables de la corte, aunque de temperamento muy dispar: don Bernardo, padre de Alfredo, era propenso a la bebida y a los castigos excesivos, y su hijo solía buscar la protección del padre de Diego cuando era niño. Alfredo había heredado el carácter tranquilo de su madre, una mujer apacible, tendente al diálogo y a los consejos. Amante de la política, llevaban un buen rato ya criticando la falta de iniciativa de la española en Europa. Francisco y Diego le habían seguido en la conversación, pero ambos daban ya señales de desinterés. Alfredo, como siempre, no se percataba de esto.

—La derrota frente a la coalición europea es un claro signo del equilibrio de poderes que se ha instalado en el continente y la debilidad española —comentaba—. Basta con fijarse en el desastroso Tratado de La Haya, por el que toda Europa ha decidido expoliar los derechos del rey Felipe.

Diego no hizo ningún comentario y simplemente asintió.

—Alfredo, querido, no creo que podamos arreglar eso desde Castamar —dijo Francisco hastiado—. Además, tengo hambre. Comamos. —Le pasó a Diego la mano por el hombro y echaron a caminar los tres hacia el salón comedor—. Por cierto, ¿tu madre y el marqués de Soto no se nos unirán?

—No, han preferido ir a Madrid. Hay representación en la Corrala del Príncipe a las cinco. *El hechizado por fuerza*, de Antonio de Zamora —

contestó Diego.

—¿Qué tal el marqués? —dijo de pronto Alfredo.

Diego se encogió de hombros y los tres penetraron en el salón comedor, alegrado por los tonos azules y dorados de aquel lienzo de la época de Colbert, regalo del rey Felipe, que tanto le gustaba a Alba.

—Apenas he intercambiado unas pocas palabras con él, pero tengo la sensación de que no es el típico ilustre que desea ganarse mi confianza para obtener favores —explicó Diego—. Es amigo de mi querida madre desde hace dos años y nunca ha insistido en venir a Castamar.

Se acomodaron los tres en torno a la mesa, donde el servicio ya había desplegado la cubertería de plata y oro que él mismo, unos años atrás, había encargado al famoso artesano Paul de Lamerie, orfebre del rey inglés, en uno de sus escasos viajes a Londres. Las piezas, dispuestas en perfecto orden, jalonaban uno de los preciosos juegos de porcelana Meissen, traída de Sajonia y especialmente diseñada con el sello de Castamar. El señor Elquiza, rodeado del sumiller, el señor Moguer, y de los gentilhombres y ayudantes, aguardaba su señal para iniciar el servicio. Diego esperó a que sus amigos se acomodaran e hizo el gesto pertinente para que iniciaran el escanciado del caldo tomando la servilleta. Alfredo se estiró la suya y se la dispuso como gorguera para evitar salpicaduras. Luego, continuando con la conversación del marqués, afirmó que en la corte había oído de su cercanía al primogénito del rey, Luis de Borbón.

—Lo poco que yo sé —dijo Francisco, que se había limitado a dejarse puesta la servilleta sobre el regazo— es que no es muy pródigo en amantes y...

Su voz se interrumpió; los vapores que habían surgido de la sopera eran una deliciosa fragancia susurrada. Aspiró el aroma y percibió una multitud de olores que se armonizaban entre sí formando un todo perfectamente ligado. Reconoció el clavo y el perejil fresco, adornado con pequeñas porciones de pan de trigo recién horneado, cortado en tiras suaves y delicadas, y tostado en manteca de cerdo. Se inclinó sobre el plato y pudo observar que sus dos amigos lo imitaban, empapándose del calor del consumado. Incluso el señor Elquiza, el señor Moguer y los gentilhombres y ayudantes parecían contener las ganas de abalanzarse sobre las viandas.

Sin decir nada, Diego tomó la cuchara honda y, tras soplar un par de veces, lo cató sin esperar a que Alfredo bendijera la mesa según su costumbre. Como si un elixir se deshiciera en el interior de su boca, experimentó una amalgama de sabores deliciosos: a canela y huevo picado, a fuego lento de leña, a carne de

ave de corral, a sal vertida en su punto y la ligadura de almendras que la acompañaba. Incluso pudo detectar un ligero dejillo de queso añejo de oveja. Ninguno de los que estaban allí pronunció palabra. Sobrecogidos, se limitaban a saborear aquella sopa de ave, cucharada tras cucharada, como si fuera una esencia secreta arrancada a los dioses del Olimpo. Cuando terminaron, Alfredo dedicó unas palabras al Altísimo dándole las gracias por un plato tan exquisito. Él, como era su costumbre desde la muerte de Alba, no compartió ese momento con el Señor, aunque su estómago se sentía agradecido por el mejor consumado que había tomado nunca.

Trajeron más tarde espetones, con pichones de nido asados, dorados a la perfección, barnizados con pan rallado, algo de pimienta y yema de huevo. Comprobó que la carne se deslabonaba como mantequilla caliente, con un sabor suntuoso y delicado. Levantó la vista mientras deshacía un nuevo pedazo de pichón y comprobó el rostro de sus amigos, que dejaban escapar pequeños gemidos de placer, mirándose con gestos de complacencia y sorpresa. Él mismo estaba completamente extrañado de que su cocinera hubiera conseguido sabores tan únicos. Ni su padre ni él habían sido comensales de paladar fino, a excepción de con el vino, que por educación sabían valorar. Trajeron después ánades asadas, que vinieron decoradas sobre panes de trigo tostados con manteca y rociadas con salsa de membrillos. Se mantuvo a la expectativa, pensando que sería difícil superar lo probado. Sin embargo, experimentó un deleite intenso, dulce y provocador, que le hizo emitir un pequeño suspiro. ¡Cómo podía aquella carne desprender una esencia tan exquisita! Trató de definir en silencio aquella fruición y, finalmente, mientras paladeaba las hebras desleídas de oca, le surgió casi sin pensarlo una palabra: «aristocrática». Percibió las cebollas, el pernil succulento de ánade rehogado junto a las especias, el azúcar, el vino y el vinagre, la canela y aquellos membrillos que convertían la salsa en algo celestial. Aspiró el aroma azucarado y suave, observando a sus contertulios, que habían dejado de serlo al centrarse sus sentidos en las respectivas flamenquillas.

Diego observó divertido al señor Elquiza, que al fondo de la sala, atento a cualquiera de sus indicaciones, hacía el sutil gesto de tragar, imaginándose visiblemente el sabor de aquella carne que desprendía un olor tan delicioso. Justo a su lado, el señor Moguer agitaba sin poder controlarlo sus fosas nasales, tratando de captar la ambrosía repartida por el salón. Los gentilhombres y los ayudas se miraban unos a otros de soslayo, con los carrillos prietos y el apetito despertado de golpe. No hubo más conversación

que pequeños suspiros placenteros al catar las delicias de ánade y ligeras exclamaciones de admiración por el aroma de los membrillos.

Al terminar el último servicio, a una orden silenciosa del señor Elquiza, el señor Moguer y el resto de los criados intercambiaron la porcelana por un pequeño servicio de cerámica milanesa y un juego limpio de servilletas de fino lienzo. Presentaron varios cálices con natillas cremosas acompañadas de barquillos y tortas de azúcar y canela recién hechas. Diego escrutó de soslayo a sus dos amigos, que, acariciándose los labios con la punta de la lengua, esperaban sin decir palabra una nueva sorpresa. El mayordomo mayor comentó, antes de que sirvieran los postres, que la cocinera había elaborado dos composiciones diferentes, una con leche de cabra y otra con leche de almendras. Cuando Diego las probó, tuvo que reconocer que no había tomado natillas tan esponjosas como aquellas, tan suaves, con un sabor a yema de huevo fresco, nada pastosas ni excesivamente azucaradas, e n su punto exacto, como cada plato de esa comida. Impelido por la curiosidad, hizo un gesto al mayordomo para que se acercase.

—Señor Elquiza, dígame —le susurró al oído—, ¿ha cocinado esto la señora Escrivá?

Don Melquíades enarcó una ceja y trató de buscar una respuesta.

—Con su permiso, creo que sería conveniente que hablara esto con doña Úrsula. Insistió en ser ella quien lo hablara con usted —le contestó finalmente—, y... yo, por cortesía a su petición, accedí a que así fuera.

Diego asintió, sin comprender muy bien por qué su mayordomo prefería que el ama de llaves le diera tal explicación en lugar de hacerlo él, pero bien estaba si lo habían acordado así entre ellos.

—Llame a la señora Berenguer, deseo hablar con ella —le ordenó mientras sus amigos se limpiaban con las servilletas afirmando entre risas que habían llegado al límite de su gula.

Don Melquíades hizo un gesto, como si tuviera que discurrir su respuesta, y acto seguido se acercó al oído del duque con sus modales impecables:

—Me temo que doña Úrsula no está en la casa, excelencia. Lleva todo el día fuera con motivo precisamente de este asunto —contestó.

Diego le miró a los ojos y le ordenó que la señora Berenguer fuera a verle en cuanto regresase. Después sonrió para sí, satisfecho por el banquete, mientras Francisco dedicaba elogiosas palabras al cocinero. Él los invitó a caminar hacia el saloncito de lectura con el fin de tomar un jerez y fumar tabaco de La Habana. Mientras acompañaba a sus amigos hacia la estancia, le hormigueó la

curiosidad en su fuero interno y, sin poder remediarlo, continuó preguntándose quién de entre los suyos había preparado semejante regalo para los sentidos.

15 de octubre de 1720, entrada la tarde

Por fin le había sonreído la suerte, se decía Amelia aliviada desde la cazuela de mujeres de la Corrala del Príncipe, usando un pequeño catalejo y vestida con sus mejores galas. Había vislumbrado, entre el gentío, el balcón de la duquesa de Rioseco: doña Mercedes, junto con sus gentilhombres, un ujier y dos tenientes de la guardia personal de la afamada finca. Estaba sentada junto al marqués de Soto y Campomedina, don Enrique de Arcona, un caballero de buen juicio, nada propenso a los escándalos y al que es taba inmensamente agradecida. Sin su colaboración, sus actuales aspiraciones habrían sido muy difíciles. Le observó y le pareció que tenía una hermosura embriagadora. Sus labios lucían una sonrisa persuasiva y sus ojos perlados desprendían una inteligencia acostumbrada a ocultar los pensamientos propios y descifrar los ajenos.

Amelia se divirtió imaginando cómo sería seducir a un hombre tan hecho a las intrigas de la corte, aunque sus intereses no estaban en él, sino en don Diego de Castamar. Los rumores decían que el duque aún no había olvidado a su mujer, y eso que hacía más de nueve años de su muerte. «Yo necesito un marido de posición y rico —se dijo esperanzada—. Tanto como él sigue necesitando una nueva esposa». Ella lo sabía bien, pues, años atrás, su padre y doña Mercedes de Castamar, viejos conocidos de la corte, habían hablado de matrimonio.

La duquesa madre, desesperada por encontrar a una joven capaz de hacer olvidar el duelo a su hijo, había probado con las hijas de las mejores familias. Todas fueron un fracaso, y doña Mercedes había recurrido entonces a la amistad con su padre para invitar todo un verano a su hija casadera a Castamar, seis años atrás. Ya allí, ella había entablado buena relación con madre e hijo. Pese a que no consiguió abrir el corazón del duque, creía haber sido la única capaz de hacerle olvidar sus penas. Durante aquellos meses al menos, le había visto sonreír alguna vez.

«Estoy segura, querida, de que si no fuese por el dolor que inunda su corazón, usted habría sido su elegida —le dijo doña Mercedes al final de aquel verano de hacía ya seis años—. No sé qué voy a hacer. Habrá que esperar mejor ocasión».

Pero aquella ocasión no había llegado, ni para ella ni para don Diego. Y la vida de Amelia ya no era la de entonces. Por eso, ante su problemática

situación en Cádiz, la única amiga que le quedaba, Verónica Salazar, le había recordado aquel breve intento del pasado y la oportunidad que suponía para ella. Qué agradecida le estaba por esto.

«Querida, mi buen amigo don Enrique de Arcona dice que al duque se le ha visto en algunas colaciones —le había dicho su amiga—, y me ha asegurado que es muy posible que el corazón de don Diego esté dispuesto para otra mujer... Lo sabe de muy buena tinta porque es muy amigo de doña Mercedes, su madre».

«Llegar a Castamar sería todo un sueño en mi actual situación —había contestado ella—, pero no veo cómo llegar hasta él sin una invitación previa». «Si lo deseáis, puedo pedirle ayuda al marqués. Tal vez él logre arreglar un encuentro en Madrid que parezca fortuito y propiciar vuestro regreso para la fiesta anual de la hacienda —le había sugerido—. Amelia, es muy posible que tu aparición llegue en el mejor momento. Al fin y al cabo, fuiste la única que consiguió descongelar su corazón un poco».

«La desesperación hace creer que los imposibles son posibles», se había dicho, y le había rogado a su amiga que hablara en su favor ante el marqués sin contarle a este los avatares por los que había pasado en Cádiz. Sin duda, don Diego era su única y mejor opción. Bien sabía ella que en la corte del rey Felipe había demasiada competición por los nobles casaderos y demasiados juegos políticos como para que ella pudiera acceder a un marido decente, pero el duque había dejado de ser una pieza asequible para las damas casaderas. Hacía demasiados años que no estaba entre los cortesanos de responsabilidad, pese a ser uno de los más queridos por el rey. Se decía que su majestad, en sus conocidos ataques de melancolía, le escribía cartas pidiendo consejo y en su día consuelo, dado que ambos habían perdido a sus respectivas esposas, pero eso era todo.

La contestación del marqués no se hizo esperar. Se encontraría con doña Mercedes en la representación de la tarde que tendría lugar en la Corrala del Príncipe el 15 de octubre. Su asiento ya estaría reservado y pagado a su nombre. Además, el marqués no solo estaba dispuesto a ayudarla por la amistad que tenía con Verónica, sino que afirmó que, si no conseguía que entrase en Castamar, tanto ella como su madre tendrían cobijo en su propia hacienda el tiempo que necesitase. Por eso estaba ahora sentada allí y sabía en qué palco estarían ellos. Nerviosa, apartó la vista y rezó para que sus desventuras gaditanas no hubieran llegado aún a la capital, o su futuro se vería fatalmente comprometido.

En cuanto terminó la representación, Amelia salió de la cazuela con el fin de hacerse la encontradiza con doña Mercedes, tal como habían acordado. Esperó el momento oportuno en el lado izquierdo de la calle del Príncipe, en el lugar específico mientras caía la luz de la tarde. Se había puesto de puntillas tratando de verlos entre la multitud cuando oyó tras ella una voz varonil que la llamaba por su nombre. Supuso que sería el marqués, que, al saber de antemano su asiento, conocía ya su rostro. Se giró con una sonrisa impecable que, de pronto, se cinceló en su semblante congelada. Frente a ella se hallaba un conocido gaditano de su padre, don Horacio del Valle, comerciante de especias, cuya barriga competía con su ego.

—Qué alegría encontrarla aquí —dijo atusándose el bigote.

—El placer es mío, don Horacio —contestó ella sucintamente, rogando al Altísimo que no conociera sus desventuras.

—Una pena que este encuentro se haya dado ahora, querida —le dijo—. Parto de inmediato para Cádiz.

—Sin duda una lástima —declaró con la mejor de sus sonrisas mientras buscaba aterrorizada entre el gentío el rostro del marqués o de doña Mercedes, temiendo que se personaran en ese instante—. Podríamos haber charlado con más calma.

—Claro que sí, querida —dijo, y avanzó ligeramente hacia ella con la sonrisa cargada de lascivia bajo su mostacho—. Estoy seguro de que podríamos haber intimado mucho más.

El pánico se apoderó de ella cuando aquel sapo le puso la mano sobre la suya. «Lo sabe —se dijo—, estoy perdida». Amelia retrocedió instintivamente, sin poder separar sus pupilas de invierno de los labios brillantes y carnosos de aquel rostro velludo. Le fue insoportable el contacto de su mano y trató de retirarla, pero él se la retuvo. Se sintió aprisionada y forcejeó un poco cuando, de repente, un bastón golpeó con fuerza el antebrazo de aquel sapo. Este dio un paso atrás dolorido, y un caballero se adelantó para ponerla a su espalda bajo su protección.

—¿No sabe cuándo una dama no desea su presencia, señor? —le preguntó con una tranquilidad pasmosa.

—No tolero que nadie me golpee impunemente —afirmó don Horacio con la cólera en el rostro—. ¿Puedo saber a quién me dirijo para exigir una compensación?

—Por supuesto que sí, señor. Permítame exponerle la situación —le dijo avanzando hasta quedarse a pocos centímetros de él—. Soy don Enrique de

Arcona, marqués de Soto, y esta señorita, a quien usted acosaba, está bajo mi protección.

Los carrillos de don Horacio se desinflaron de golpe y sus ojos dejaron de brillar para cargarse de una cobardía rastrera.

—Sin duda... Sin duda ha... habido un malentendido, señor.

Don Enrique no dijo nada más, simplemente destiló una mirada implacable, y don Horacio, con una despedida apretada, se perdió entre el gentío. Doña Mercedes —que había permanecido a cierta distancia contemplando la escena al cobijo de sus dos tenientes de la guardia personal de Castamar, los ujieres y gentilhombres— la abrazó y, tras proferir una queja de lo difícil que era encontrar buenos caballeros hoy en día, se preocupó por su estado de salud.

—Me encuentro perfectamente —respondió Amelia—. Es una verdadera alegría verla, y en tan buena compañía —les dijo dirigiendo una mirada de gratitud al marqués.

—No, no, querida... No se imagina cuánto he hablado de usted y he añorado su presencia. Permítame...

Don Enrique le fue presentado entonces por la duquesa como uno de los caballeros más divertidos de todo Madrid, y Amelia le permitió coger su mano, enguantada en mitón de seda, para que él se la besara educadamente.

—Un placer conocerle —le dijo ella y, haciendo una pequeña genuflexión e inclinando la cabeza, le sonrió seductora.

—El placer es del todo mío.

La duquesa madre tuvo un arranque de alegría sincera y, tan amable como la recordaba, le faltó tiempo para invitarla a Castamar para quedarse cuanto deseara, o por lo menos hasta que terminara la celebración anual en la hacienda. Ella, por supuesto, se negó contra sus propios deseos, bajo la mirada complaciente de Enrique de Arcona.

—No puedo consentir que, estando en Madrid, tenga que hospedarse en una fonda —dijo doña Mercedes, fiel a la tradición de los grandes de España—. Ya es hora de que haya más mujeres bajo el palacio triste de mi hijo.

El tiempo que transcurrió desde ese instante hasta la llegada a Castamar se le hizo muy liviano pese a la distancia, principalmente por la presencia del marqués y sus miradas veladas. Ella solo le correspondía de una forma fugaz, algo nerviosa y fingiendo recato. Era indudable que poseía un aura poderosa y atractiva, y su sola presencia en la carroza lo invadía todo. Amelia no pudo reprimir una sonrisa juguetona, a la que él respondió con otra más pícaro. Tal vez si su plan original con el duque no daba frutos, el marqués sería una

maravillosa alternativa. Aun así, no era el momento, así que trató de evitar su mirada durante el resto del trayecto. Entabló en su lugar una conversación amena con doña Mercedes sobre la representación. La duquesa le recomendó las lecturas de Molière, en concreto la comedia de *Las preciosas ridículas* y otra un tanto escandalosa llamada *Tartufo*, que en Francia había estado prohibida hasta el último tercio del siglo pasado.

—Entiendo que su madre sigue igual, la pobre —añadió esperando que Amelia asintiera—. En cuanto nos enteramos de la tragedia escribí a su padre. —Se lo agradecemos mucho. Desde que sufrió el acceso morboso que le afectó a la cabeza... —murmuró—, apenas es ella misma. Por eso él decidió alejarse de la corte.

—La corte..., qué inoportuna resulta a veces —contestó doña Mercedes con hastío.

—Pero qué necesaria, mi querida doña Mercedes —apostilló el marqués. Finalmente la berlina cruzó el murete que rodeaba la hacienda de Castamar y enfiló un camino empedrado, jalonado por castaños, que conducía a la heredad principal. Dejaron atrás las casas de los guardeses, la capitanía con la pequeña dotación militar y el edificio que albergaba las dependencias de mayores y caballerizos. Según doña Mercedes, su hijo había mandado remodelar estas últimas para que estos vivieran mucho más cómodos. También cruzaron un puente de piedra, enmarcado por pilastras que sustentaban esferas de granito, que estaba tal y como recordaba. Sortearon así el arroyo de Cabeceras, afluente del Manzanares, y ascendieron varias lomas de pinares hasta llegar a una pequeña meseta. A medida que la coronaban, comenzó a erigirse, perfilado por las luces del interior, el palacio de Castamar. Amelia tuvo la misma sensación que la primera vez. Le pareció una construcción sencilla y majestuosa, más acorde con los tiempos de los Borbones que con los Austrias del siglo pasado.

Tras pasaron un enrejado de unos doce codos, decorado en sus puntas con bordones en oro, para continuar por uno de los rectilíneos paseos, escoltados por álamos y por parterres. Amelia, con las pupilas encendidas, pensó que aquellos jardines podían rivalizar con los afamados franceses, con aquellos rojos, naranjas y amarillos del sol cayendo tras el horizonte. Aparecieron sobre el costado izquierdo del edificio hasta detenerse en una plaza oblonga que moría en el frontispicio. Se detuvieron frente a la puerta principal, adintelada con grandes columnas acanaladas, donde la servidumbre aguardaba para asistirlos. Al apoyar su pie en el primer estribo, Amelia admiró el

palacio de cuatro alturas y tuvo la sensación de volver a un refugio.

Descendió, asistida por uno de los gentilhombres, dejando a don Enrique tras ella. Doña Mercedes, desprendiéndose de su tocado emplumado, preguntó por su hijo al mayordomo. En cuanto cruzaron las escaleras del majestuoso pórtico, un gentilhombre apareció haciendo una reverencia para recoger las prendas más pesadas. La duquesa le sonrió y los invitó al marqués y ella a que esperasen en uno de los saloncitos contiguos al enorme recibidor levantado en jaspes. Así lo hicieron, mientras ella daba una orden al mayordomo mayor para que los asistiera en lo necesario y se perdía por una de las galerías del palacio.

Amelia se desprendió de su tocado y se acercó a los ventanales.

—Qué vistas más hermosas —dijo por llenar el silencio.

El marqués depositó su sombrero de tres picos sobre una de las poltronas y se sirvió un rosolí. Ella, de espaldas a él, fingió admirar la vista frontal de la casa. El mayordomo, al ver que no requerían nada más de él, entornó las puertas del salón dejando a dos ujieres de cámara tras estas por si los requerían.

—Señorita Castro, he de confesarle algo. Nuestra amiga en común me ha contado su secreto —dijo el marqués susurrando.

Aquellas palabras trajeron de inmediato el invierno a su rostro, pero Amelia se esforzó en disimular. Ni siquiera se dio la vuelta.

—Sé que su padre murió hace dos años —continuaba el marqués— y que malvendió la finca de Cádiz para tratar de pagar las deudas de juego; que usted solo heredó de él sus miserias. Asimismo, supe por doña Mercedes de la intentona que tuvo su padre para que emparentase con los Castamar y entiendo que ahora, llevada por la desesperación, va a intentarlo de nuevo. Debe usted tener extremo cuidado: de saberse en la corte su situación, sería usted una paria. Nadie la recibiría en su casa.

¿Tal vez la había traído hasta aquí para aprovecharse de su desgracia, como otros habían hecho en Cádiz? Ella se giró con la cabeza gacha, apenas sin mirarle por la vergüenza.

—Verónica no debería haberle contado nada de esto —le dijo—. Bastaba con decirle que deseaba asistir a la fiesta.

—Una amiga de verdad no miente —replicó él con delicadeza. Bebió un sorbo de la copa y se acercó a ella lentamente hasta situarse a un par de metros—. Pero escúcheme bien, no debe usted temer nada —le dijo sereno—. Estoy aquí para ayudarla en lo que precise y para guardar su secreto. Me ata a Verónica

Salazar una amistad de muchos años, a la que honro con mi dedicación a usted, pero tampoco podría dejar de ayudar a una dama en apuros.

Amelia tragó saliva. Deseaba tanto creer en sus palabras... Aun así, no sabía qué decir. Aquel hombre la había conducido a Madrid, la había salvado de las garras del sapo de don Horacio no hacía ni dos horas, la había introducido en Castamar, y todo ello lo había hecho aun conociendo su pasado. Se sintió dividida entre una gratitud desbordada y la preocupación por la posibilidad de perjudicarlo.

—Si en Castamar se enterasen de mi situación, de que usted, aun sabiendo de ella, me ha traído hasta aquí, es posible que usted tenga...

Se sintió turbada por una marea de recuerdos de sus últimos cuatro años y se le quebró la voz. Su padre había hecho fortuna en su juventud con la importación de tabaco desde las Américas. Gracias a esto se había labrado un nombre y fama de buen comerciante en Sevilla, Cartagena y Cádiz. Había desarrollado simpatías entre la aristocracia, a quien le vendía el tabaco que importaba. Aún podía recordar sus palabras, paseando por Sevilla en su propio birlocho: «Vas a emparentar con una casa ilustre, hija mía». Así, había dejado pasar importantes proposiciones de familias andaluzas de bien mientras su padre buscaba el «marido perfecto» que le diera un título. Y al fin creyeron haberlo encontrado en Castamar. Sin embargo, esto no cuajó y, mientras transcurría esa búsqueda sin tesoro, su edad casadera pasaba con ella. Un año después del chasco con don Diego, cuando cumplió los veinticinco, mayoría de edad para una mujer —aquel día no se borraría de su memoria nunca —, apareció el barón de Zahara, don Luis Verdejo y Casón, invitado a aquella celebración por su padre. Ella ya había entablado varias conversaciones con él y, pese a su edad —treinta y ocho años—, tenía la intención de contraer segundas nupcias con ella. A su padre le había parecido un partido perfecto. Dotaría a la familia de un título y ella no tendría la presión de proveerle de hijos, pues el barón ya los tenía. Aun así, cuando se los diera sería un motivo de alegría.

Todo aquello se vio truncado cuando a su madre le sobrevino un acceso morboso que la había dejado medio idiotizada de por vida. La pobre había caído fulminada durante aquel festejo de su veinticinco cumpleaños. Llevado por la locura de perder a su esposa, su padre se había abandonado al juego y a la bebida, olvidándose de los deberes paternos para con Amelia. En los dos años siguientes había dilapidado su fortuna, la dote de su mujer y la que tenía destinada al casamiento de su hija. Don Luis, el barón, se esfumó tan pronto

oyó los rumores de la locura del que iba a ser su futuro suegro y la imposibilidad de mejora de su suegra.

Ella, que en su tierna lozanía había tenido pretendientes más que de sobra entre la alta sociedad andaluza, había sido pronto rechazada por la escasez de medios. Tan solo había podido cubrir las apariencias un poco, mientras los acreedores se apilaban a las puertas del cortijo. Un año después no le había extrañado encontrar muerto a su padre, una mañana de enero. Desde aquel fatídico momento se había visto sola junto a su madre, que ni siquiera podía hablar sin desbabar. Amelia había podido heredar muy poco, su legítima, y con eso habían podido malvivir los últimos dos años buscando el favor de hombres poderosos de Andalucía. Al final uno de ellos, estando ya en la más absoluta desesperación, había convertido su misericordia en un intercambio comercial donde ella había tenido que acceder a sus peticiones para no verse en la indigencia.

Se obligó a salir de estos recuerdos pesarosos al sentir a don Enrique más cerca. Sin darse cuenta, había retirado la cabeza más avergonzada.

—Señorita Castro —le dijo él con suavidad—. Míreme.

Ella obedeció despacio. El perfume a melocotón fresco del marqués la invadió suavemente, y con este, el brillo protector de sus pupilas perladas.

—No se preocupe usted por eso..., es nuestro secreto —le susurró frente a ella—. Si no desea mi ayuda más, lo respetaré, yo solo se la ofrezco.

—¿Qué desea de mí? —le preguntó—. Sé que nadie da algo a cambio de nada y...

—No me ofenda, señorita Castro. De mi boca no ha salido petición alguna.

—Créame que estoy en sus manos... Yo...

Amelia sintió que no podía soportar más aquella presión y sus mejillas estallaron como amapolas. Sus párpados trataron de contener sus lágrimas. Se sintió llena de impotencia y frustración. Ella, que había vivido humillada bajo la vergüenza de las miradas hipócritas, contemplando la caída de su padre a los abismos, se veía ahora de nuevo en Madrid bajo esta posibilidad.

—Chsss, no sea chiquilla. Le aseguro que nada en este mundo volverá a perturbarla si me lo permite. Nadie podrá jamás desprestigiarla o dañarla —concluyó destilando aquellas palabras tan cerca de ella que la cimbrearon—, pues yo seré su escudo y por supuesto aplastaré a cualquiera que ose hacerlo.

No supo por qué, pero sintió, bajo su desesperación, una atracción profunda y silenciosa que serpenteaba en círculos por su vientre. Quizá fueran los susurros destilados de don Enrique, aquellas palabras que tanto había añorado

oír, su elegancia innata o la forma tan insoportablemente seductora en la que le había cogido la mano. Entonces se oyeron dos golpes en las puertas. Don Enrique se separó de ella *ipso facto* y Amelia se quedó turbada, con el cuerpo convulso mirando por la ventana mientras la batiente se abría sin que nadie diera el permiso de paso.

A través del reflejo de los cristales pudo ver a un hombre más mula to que negro, vestido como un caballero, a quien recordó de inmediato. Ya su padre le había aconsejado, justo antes de enviarla a Castamar, comportarse ante él correctamente pero con distancia. Toda España se mofaba, aunque por supuesto nunca a la cara, de aquella extravagancia de don Abel.

—Mi señor marqués, señorita Castro, disculpen mi interrupción. Mi madre me pide que los guíe hasta los salones de atrás, donde está don Diego —les dijo con educación exquisita.

—Buenas noches, don Gabriel —dijo Amelia girándose.

Le pareció que sus rasgos, seguramente heredados de un hombre blanco y una esclava negra, habían ganado en delicadeza desde la última vez que le había visto: la nariz fina y alargada, no chata como los de su raza; los pómulos firmes y los labios proporcionados; los brazos aguerridos y las espaldas tan anchas como el lomo de un toro.

—Es un placer volver a verla, señorita Amelia —respondió don Gabriel inclinando la cabeza educadamente.

—No oí que se te diera permiso para entrar —dijo don Enrique visiblemente molesto mientras se acercaba a él.

Amelia pudo observar cómo el negro, desde su elevada estatura, desviaba la mirada hacia don Enrique, que se había detenido frente a él. Durante un instante se sintió desconcertada ante aquella situación atípica. El marqués, siendo más pequeño —pues don Gabriel se alzaba una cabeza y le doblaba en el tamaño del cuerpo —, parecía investido de un poder colosal. Pese a esto, en toda su vida había visto un hombre de color mantenerse tan firme ante un blanco. Le sostenía la mirada como si fuera un igual, de forma irreverente. Cualquiera otro ilustre se hubiera sentido insultado y habría abandonado la casa, para desprestigio del anfitrión.

—La puerta estaba entornada, ilustrísima, no pretendí molestarle —contestó sin dejar de mantener la mirada con sus ojos negros.

El marqués se acercó aún más, apenas los separaba un palmo.

—No vuelvas a entrar sin pedir permiso —dijo con cierta parsimonia—. Así lo exige la buena educación.

—Siento decirle, señor marqués, que no necesito pedirlo —contestó él arrogante—. Soy un Castamar y esta es mi casa, y dado que me está tuteando, le pido que se dirija a mi persona por mi posición.

Amelia dio un paso atrás y se llevó la mano a la boca ojiplática. Aquel negro se había erigido frente al marqués como el titán Prometeo frente a los dioses para entregar el fuego a los hombres. Estaba fuera de todo lugar que un hombre de color hablara así a un blanco, y más a un ilustre cuyo rango estaba a todas luces muy por encima, a pesar de que en aquella casa se le tratara como a un Castamar. El marqués podía exigir unas disculpas formales del anfitrión de la casa por aquel trato degradante, sin embargo se limitó a sonreír y demostró su buen talante.

—No obtendrás de mí tal cosa, pero, dado que doña Mercedes se considera vuestra madre y le tengo un sincero aprecio, lo máximo que puedo hacer por un negro tan atípico como tú es ignorarte —respondió sereno.

—Bastará con eso, señor marqués —le contestó el otro con una sencillez aplastante—. Ahora, si me siguen, los guiaré hasta los salones donde está el resto.

Amelia asintió sin saber muy bien qué pensar ante las dos escenas que había vivido. Miró al negro y sonrió con corrección pero con distancia, como había hecho en el pasado. Aún hoy no sabía cómo comportarse ante su figura. Caminó con sentimientos encontrados tras él por la galería que conducía a los patios enclaustrados del interior del edificio. Justo al traspasar el claustro con columnas dóricas y arcos de ojiva, intuyó que la decisión de venir hasta Castamar tendría consecuencias inesperadas para ella.

CAPÍTULO 8

15 de octubre de 1720, anochecer

Clara avivó los fogones con el fin de abordar la preparación de las aves para las sopas y los tres primeros de carne de cara a la cena: medallones de lomos encebollados de vaca con compota de manzana, albondiguillas de ave y pichones en espetón. Más tarde serviría un asado de ganso braseado sobre las ascuas de leña que había extendido con el hurgón. Para el postre había preparado, aparte de las ensaladas reales labradas, un cuajado de moras que pensaba le encantaría al señor. Según le había informado Elisa Costa —su única amistad hasta la fecha—, don Diego era aficionado a recogerlas de los zarzales de la finca en sus paseos.

Era consciente de que la felicidad que le reportaba preparar aquella cena solo duraría unas horas más, hasta el regreso de Madrid de la temida ama de llaves. Aun así, no recordaba en los últimos diez años un día tan feliz como aquel. Miró hacia un lado, esperando que entrase en cualquier momento Carmen del Castillo, con su aire ahora aliviado, y las dos galopines, María Soler y Emilia Quijano, que como dos gatos perdidos parecían estar en la cocina por no tener sitio mejor al que ir. Sonrió para sí y, cargando la cuchara sopera con las gachas todavía calientes, dio de comer a la pobre Rosalía. Esta, que señalaba con el dedo hacia ninguna parte, trataba de decir alguna palabra solo comprensible para ella. Se quedó pensativa, sentada sobre el pequeño taburete que utilizaban para llegar a los estantes más altos. Sobrevivir a aquellos seis primeros días en Castamar había sido un milagro. Ella, que no esperaba pasar de pelar ajos, moler granos, eviscerar pollos y untar manteca, había podido diseñar y cocinar la comida del señor e invitados al completo. Lo más curioso de todo esto era que se lo debía enteramente a la actuación de la dueña.

Antes de partir hacia Madrid, doña Úrsula se había acercado a Carmen del Castillo y le había dicho que tenía la responsabilidad de que no se notase la ausencia de la señora Escrivá hasta su llegada esa noche. Bastó su mirada para que ella comprendiera que, si fracasaba, la pondría de patitas en la calle, y más si iba a traer una nueva jefe de cocina que posiblemente recomendaría como su ayuda a alguien de su confianza. Carmen, que en realidad no pasaba de ser una sotayuda, apenas sabía preparar una veintena de platos de forma

segura, y de ellos se salvaban dos o tres de ser corrientes y estar presentados de forma correcta. Por eso, al irse doña Úrsula, se había echado a temblar y no había podido ni batir los huevos por los nervios. Las galopines, más pavisos as que nada, no levantaron la cabeza de la mesa mientras pelaban los pichones y rayaban el pan. Así pasó media hora hasta que Carmen se ausentó por la galería que conducía a la cava. Clara la encontró llorando tras la puerta de la bodega pequeña. Con mucha suavidad, le puso la mano sobre su hombro. Ella se volvió, enjugándose las lágrimas, y le dirigió esa mirada ajada por la vida que Clara reconocía bien.

«Me va a expulsar —le dijo—. No sé cocinar lo suficiente para el señor...».

«Yo sí sé —le contestó Clara segura—. Si me lo permites, te aseguro que don Diego y sus amistades tendrán la mejor comida que hayan probado en mucho tiempo».

Carmen la había mirado como si fuera un ángel al saber que seguiría percibiendo su libranza. Clara había sonreído al ver que el rostro tostado de Carmen se relajaba. El suyo, por contra, se había llenado de alegría al comprender que dirigiría, por un día, la cocina de Castamar. Regresaron juntas a su puesto y allí, bajo su dirección, habían comenzado a preparar la comida: la del señor y sus amistades, y la de estados. Así había pasado el día entre los fogones, limpiando y cocinando sin parar con todos los recursos propios de una gran casa. Ahora, ya anocheciendo, solo podía decirse que estaba siendo maravilloso, un sueño de un día que le valdría como cien.

Clara terminó de dar la última cucharada a Rosalía y le limpió los labios. Esta, falta de cariño, la abrazó impulsivamente llamándola por su nombre. Clara se rio y después, con un paño limpio, le limpió el rostro y las manos. Era un milagro que aquella criatura hubiera sobrevivido a los cuidados de la señora Escrivá. Se levantó para avivar los fogones otra vez, justo cuando Carmen y las dos galopines regresaban de su pequeño descanso.

Tras darles unas breves indicaciones, se dirigió hacia el guardamangier con el fin de ordenar a los mozos ordinarios que trajeran el lomo para hacer los medallones. Más tarde, fue a la sausería y frutería para que trajeran manzanas de temporada y pudieran despepitarlas y ligar la compota. Llevaba consigo sus dos cuadernillos, la redoma de tinta y la pluma para anotar lo consumido, pero apenas abrió la puerta esta se detuvo bruscamente. Su mano se escurrió del picaporte y se golpeó los nudillos contra la madera. Gimió y, al cruzar el umbral, se dio cuenta de que estaba frente al duque y que había sido este el que había detenido el avance de los goznes. Clara tomó aire e inclinó la

cabeza en una genuflexión profunda, de nuevo más propia de una dama que de una sirvienta.

—Perdone usted, excelencia, no sabía...

—No, no pasa nada, señorita Belmonte —la interrumpió—. La torpeza ha sido mía.

Ella le hizo otra pequeña reverencia inclinando la cabeza como forma de cortesía, mientras reparaba en que la había llamado cortésmente por su apellido: era obvio que don Diego se había informado sobre ella en algún momento.

—Excelencia.

—Déjame ver esa mano —dijo don Diego de pronto tomando su palma con delicadeza, sin más pretensión que comprobar su estado.

Clara sintió su tacto fuerte, seguro, y no pudo evitar levantar la cabeza. Escrutó otra vez esos rasgos que parecían pintados al óleo y los ojos ambarinos que examinaban su mano. Percibió la yema de sus dedos acariciándole inconscientemente la palma y se le erizó el vello de la nuca. Le vino el recuerdo de cuando don Diego la había descubierto espiando y tuvo la necesidad de disculparse, pero el duque alzó la vista y durante un instante se quedaron en silencio mirándose. Apenas bastó un segundo más para que él sonriese inclinando la cabeza, como lo hacían los caballeros más educados, y desprendiéndose con elegancia de su mano dio un paso atrás.

—Parece que no ha sido grave. Disculpa de nuevo —dijo, de repente algo incómodo, y se giró para irse.

Clara tomó aire e hizo otra reverencia vertical cuando él se detuvo y regresó hacia ella como si hubiera recordado el motivo por el que había descendido a las cocinas. Esta vez ella mantuvo la mirada en el suelo y esperó a que el señor hablase:

—Venía a indicar a la señora Escrivá que cenaré yo solo esta noche. El resto ya cenaron fuera, y don Francisco y don Alfredo únicamente necesitarán una cena ligera. Vienen cansados de la cacería de esta tarde —le dijo.

Se estableció un silencio que la obligó a mirarle, y sus ojos melados se posaron otra vez sobre ella. Creyó percibir en sus palabras una excusa. No era usual que el señor de la casa bajara a esas dependencias y estaba claro que no era por indicarle a la señora Escrivá el número de comensales para la cena, pues le habría bastado con llamar a cualquier era de los criados para dar dicho mensaje. No pudo imaginar qué le había traído hasta allí. Clara asintió, mientras optaba por guardar un silencio prudente, pensando que informarle

sobre la expulsión de la señora Escrivá sería contraproducente si el bureo no la había hecho ya. Tal vez doña Úrsula no quería hacerlo hasta no tener todo bajo control. Él se aclaró la garganta para romper el mutismo:

—Pero aparte del marqués y mi madre, tendremos una nueva invitada en la casa, la señorita Amelia Castro, que ce nará en su alcoba —añadió el duque—. Espero que no sea un problema avisar a la señora Escrivá con tan poca antelación.

Se miraron, una tercera vez, y Clara tragó saliva, sin saber muy bien qué decir. —En absoluto, excelencia —le contestó al fin, ocultando su nerviosismo.

El duque se dio la vuelta sin decir nada más y ella le hizo una reverencia, ya invisible a sus ojos. Se quedó allí parada mientras él caminaba hasta perderse tras la esquina del pasillo. Entonces, sin saber por qué, mientras pensaba que sería bueno que una de las galopines se informase sobre el tipo de cena que desearía la tal señorita Castro, se llevó la mano a la nariz y aspiró la fragancia dulce y florida, con aceites esenciales de rosa y alhucema, que don Diego había dejado en su piel.

15 de octubre de 1720, de noche

Tras su encuentro con la señorita Belmonte, Diego había salido tan intrigado como había entrado. Por la incomodidad de la muchacha al hablar él de la señora Escrivá, estaba claro que había pasado algo en la cocina. Sin embargo, había preferido no preguntarle sobre esto, sabía ya de sobra cuál sería su contestación. Nadie entre la servidumbre le había podido decir quién había cocinado aquella ambrosía al mediodía, y todos y cada uno de los sirvientes, incluido su mayordomo, había remitido a la señora Berenguer como la única que le daría la información oportuna. De ordenárselo, se habrían visto obligados a satisfacer su curiosidad de inmediato, pero pensaba que, si la dueña había preferido contárselo ella misma a su vuelta de Madrid, sería para evitarle preocupaciones innecesarias. Precisamente por eso había preferido esperar, respetando así los deseos de su apreciada ama de llaves. Además, si alguno hablaba más de la cuenta, tenía asegurada una severa reprimenda de esta. Tenía que reconocer que la señora Berenguer era imprescindible en Castamar, con su sola presencia hacía funcionar toda la hacienda. Suponía que don Melquíades la debía de tener en estima y valorar mucho su trabajo, pues más que una dueña era una suerte de contralor que le solventaba muchos problemas.

Diego no solo permitía que esto fuera así, sino que lo alentaba por su diligencia. «De haber sido hombre, hubiera sido el mejor de los

mayordomos», se dijo. Le guardaba un sincero aprecio, sobre todo por Alba, que en vida la había ayudado en sus problemas personales. De hecho, cuando Alba falleció, él había entregado a la dueña una de las joyas de su ajuar, un colgante en plata labrada en cuyo centro iba incrustado un pequeño zafiro. El ama de llaves no había tenido palabras al recibirlo, y desde entonces no había día que no le sacara lustre. Además, junto con unos pocos miembros destacados de la servidumbre, la había incluido en la testamentaria de libre designación, dejando ordenada una determinada cantidad de reales, por si él fallecía en cualquier momento.

Aun así, si para Alba el ama de llaves había sido su ojito derecho, el suyo, como lo había sido para su padre, era sin lugar a dudas Simón Casona. A ambos los unía una pasión común por la horticultura y la complejidad de sus espíritus. Aquel anciano era posiblemente una de las personas por las que sentía más respeto y una admiración profunda. Al contrario que otros, que de seguro hubieran usado su amistad para obtener favores, el jefe de jardineros nunca había pedido nada, ni siquiera cuando había tenido necesidad. Diego recordaba bien cómo en el tejado de su pequeña habitación había aparecido una gotera desastrosa, y fue casi dos meses más tarde cuando, bajo una helada de invierno, don Melquíades le descubrió intentando arreglarla subido a la techumbre, tras haber pagado además los materiales de su propio salario. Cuando Diego intervino no solo descubrió lo de la gotera, sino que el pobre hombre tenía roto uno de los braseros y su colchón estaba del todo deshilachado.

«¡Santo Dios, Simón! —le había reprendido Diego—. No me parece normal que tenga usted estos problemas y tenga que enterarme porque don Melquíades le ha visto subido al tejadillo».

El buen hombre había alegado que podía arreglarlos por sí mismo. Por supuesto, él no lo había consentido. No solo ordenó arreglar el tejadillo, sino que hizo remodelar la habitación, ampliarla, poner una chimenea, una pequeña alacena personal, un armario en condiciones y un reloj de pared. Además, hizo quemar el colchón y el armazón, y mandó hacer un pequeño baldaquino con un colchón emplumado. El pobre hombre lloraba de la emoción y decía que no era merecedor de tal derroche. Por eso sentía un aprecio sincero por aquel anciano, que desde su infancia había estado junto a él. Albergaba en su interior una biblioteca de buenos recuerdos suyos: la forma en la que Simón dirimía los asuntos más complejos con soluciones sencillas; sus perlas de sabiduría ancestral sobre los árboles, las flores y los arbustos del jardín; e l gran

consuelo que había significado tras la muerte de Alba, cuando le hacía reflexionar sobre la vida y muerte de todo lo que había sobre esta tierra; su inequívoca forma de dirigir a sus subalternos, firme pero afable. Simón era una persona entrañable e imprescindible en Castamar.

Caminó por entre los parterres. Había oscurecido ya y, de no ser por las lámparas que al anochecer debían estar encendidas, no le habría visto. Encontró a Simón cargando con un carro vacío de humus que desprendía un olor pútrido, cerca del cobertizo de herramientas. Tuvo la sensación de que el anciano, con aquellos brazos aún poderosos, llevaba trabajando demasiado tiempo.

—Simón, ¿no es ya un poco tarde para que siga trabajando? —le preguntó mientras sentía una brisa fría venida de la sierra que auguraba el cambio de estación.

El hombre continuó recogiendo las herramientas y sonrió, ajando más su rostro tostado por el sol. A Diego le pareció que Simón, iluminado apenas por las lámparas del cobertizo, parecía una fuerza primitiva y antigua de la propia naturaleza que, con el paso del tiempo, hubiera caído en el olvido en aquel jardín.

—Excelencia, para las plantas el abono debe llegar en su momento. Usted lo sabe mejor que nadie —le contestó colgando la pala sobre los herrajes destinados a tal efecto.

—Deje eso y acérquese —le ordenó suavemente, indicando que era hora de que cesase de trabajar.

—Espere, excelencia, espere. Es un segundo —le contestó él haciendo uso de su amistad.

Diego suspiró y aguardó a que el anciano colocase hasta la última herramienta, pues conocía demasiado bien el espíritu incansable de Simón, que hacía de aquellas cosas una necesidad lógica de la vida, de dejar resuelto el trabajo. Recordó cómo siendo él un infante el hombre siempre le decía, mientras le enseñaba a cuidar las plantas del invernadero, que si uno iba a realizar un trabajo debía tomarse su tiempo para hacerlo bien. Simón terminó, y caminaron juntos hacia uno de los cobertizos, donde guardaría el mandil de cuero y los guantes.

—Deseo preguntarle algo que me tiene intrigado —dijo Diego.

El hombre asintió y él aguardó un instante antes de formular su pregunta, pues no deseaba que su curiosidad se malinterpretase.

—La muchacha nueva de la cocina —dijo tan solo.

El anciano sonrió, dando a entender que sabía perfectamente de quién se trataba.

—Parece un ángel, excelencia —le contestó.

—Me ha dicho la señora Berenguer que es una muchacha instruida. De hecho, el nombre de su padre, el doctor Belmonte, no me es desconocido. Según me dicen, era un hombre respetable.

—Salta a la vista que la muchacha posee educación —dijo Simón.

Diego dio unos pasos más hacia el segundo cobertizo, con las manos a la espalda.

—Lo que no logro comprender es por qué una muchacha con su instrucción prefiere trabajar en los fogones de una cocina antes que casarse o ser institutriz —especuló.

El señor Casona se encogió algo de hombros con sencillez.

—Sin duda es algo extraño. Por su belleza y diligencia podría conquistar el corazón de cualquier hombre —terminó de decirle.

Diego asintió. Era obvio que la muchacha poseía una belleza embriagadora, y pese a que bien pudiera sobrepasar ya los treinta, aún estaba en tiempo de ser fértil y encontrar un buen marido. Sin duda, su mala suerte había sido que no lo hubiera hecho con su padre en vida, cuando este tenía posibilidades para dar una buena dote y un nombre respetado en la sociedad madrileña.

—Sinceramente, excelencia, no creo poder despejar más sus dudas. Lo que sí puedo asegurarle es que esa muchacha es un ángel —dijo Simón reiterando su opinión.

No le preguntó más por la señorita Belmonte. Aparte de confirmar lo que ya había sospechado él con solo estar en presencia de la muchacha, el anciano le había revelado que tenía una especial predilección por ella. Diego se detuvo para permitir que Simón continuase su camino hacia el cobertizo, lleno de mandiles encuerados, guantes tachonados y sombreros de paja. El hombre se despidió de él y marchó con sus andares parsimoniosos, algo contrahechos, como si el tiempo de la vida no se agotara nunca. Apenas había recorrido unos metros cuando lo llamó de nuevo:

—Simón, por cierto, ¿sabe usted quién ha cocinado este mediodía? —dijo tratando de no concederle importancia a la pregunta.

El anciano, más sabio y más astuto que él, sonrió. Conocía su forma de hacer llegar las preguntas inadecuadas. Sin detenerse, para no poder ser obligado a decirlo, solo giró la cabeza y le miró.

—Sin ánimo de ofenderle, esto es un asunto que debería hablar con doña

Úrsula , ya sabe qué ocurrirá si su excelencia desea que yo se lo cuente...

Don Diego se rio entonces y le hizo un gesto con la mano para que olvidara la pregunta.

—Está bien, está bien —le dijo—. Esperaré a que ella regrese.

Así lo hizo, y dado que no le quedaba más remedio, después de despedirse de Alfredo y Francisco, que se habían retirado a sus respectivos aposentos, se deleitó con una solitaria cena digna de un emperador. Disfrutó de una sopa succulenta, deleitándose esta vez en la albahaca y la hierbabuena, la miga de pan, el huevo deshilado y una carne de capón tan tierna como el membrillo, en su punto exacto. Después el sumiller le desveló, al levantar el cubreplatos de la fuente de porcelana, unos medallones de ternera guisados en su salsa a fuego lento, entre cebollas, ajos y tomate pelado fresco. Inspiró su aroma y detectó el olor a leña y sahumado, y el rico majado de especias que condimentaba el guiso a base de granos de comino, cilantro, azafrán, pimienta y un destello de jengibre. El plato estaba finísimamente acompañado por una compotera de motivos florales azulados donde se alojaba un incomparable almíbar de manzana, coronado con pétalos globosos de tulipanes blancos. De nuevo, como había ocurrido al mediodía, el señor Elquiza tuvo que tragarse saliva para contenerse un comentario sobre el aroma que desprendía aquella cena. Para terminar, tomó un esponjoso cuajado de moras, acompañado de pequeños hojaldres recién hechos, acanelados y nevados bajo azúcar molido, muy fino. Sintió verdaderas tentaciones de pedir otro solo por gula al acabarlo. Pese a su sabor perfectamente ligado, la suavidad de su masa y la mixtura melada, resistió el impulso y advirtió al señor Elquiza que hasta que no llegara la señora Berenguer no deseaba que retirasen los restos de la cena. Así, aguardó hasta entrada la noche, cerca de las once, leyendo *La guerra de los judíos* de Flavio Josefo y saboreando una copita de anisete.

Era tarde cuando al fin se presentó ante él la señora Berenguer. Se acercó hasta la poltrona cerca de la chimenea, donde estaba sentado, y le hizo una reverencia.

—Excelencia, he venido a verle en cuanto he llegado —se excusó.

Diego asintió y señaló los platos que aguardaban sin recoger sobre la mesa.

—Señora Berenguer, ¿quién ha cocinado esta cena? —le dijo algo ansioso por desvelar el misterio—. ¿Quién ha cocinado la comida de este mediodía?

Ella tragó saliva, previendo un problema o posible enfado por su parte.

—Con su permiso, señor duque, quiero hacerle saber que me he visto en la obligación de despedir a la señora Escrivá —le contestó sin dilación.

Aquello le sorprendió. Esperaba más bien que la cocinera jefe se encontrase indisputada y, en vista de la celebración del día siguiente, un sustituto hubiese preparado aquellos manjares. La señora Escrivá llevaba años en la casa, pues había entrado como ayuda de Macario Moreno, su antiguo cocinero, cuando su padre estaba aún con vida. A pesar de que los oficios de boca de los señores solían estar cubiertos por hombres, a la muerte del cocinero jefe, la señora Escrivá había tomado el control de las cocinas y a él no le había supuesto ningún problema, posiblemente por la pesadumbre que había campado en él durante todos estos años. Sin embargo, no se podía imaginar qué problema había ocasionado un despido tan fulminante, y más aún con la celebración anual en ciernes. Le pidió explicaciones, y el ama de llaves asintió solícita.

—Al parecer, recibía visitas nocturnas clandestinas de cierto hombre en la bodega, con el que mantenía contacto... —la dueña hizo un alto y ante su mirada terminó de decirlo con cierto pudor— carnal.

—¡Válgame Dios! —dijo Diego escandalizado—. ¿Bajo mi techo?

—Así es, señor duque —dijo—. A este delito hay que añadirle que, bajo el consentimiento de la propia señora Escrivá, el hombre se aprovisionaba del vino de su excelencia.

Diego abrió los ojos de par en par. No podía siquiera imaginar a aquella mujer obesa invitando a un hombre a practicar el coito en su propia bodega. Si algo valoraba de su ama de llaves es que era la discreción en persona, y sin duda había obrado con una corrección impecable para que el prestigio de Castamar no se viera dañado. No era plato de gusto que se supiese que su servidumbre tenía encuentros concupiscentes en su casa.

—Quién iba a decirlo de la señora Escrivá —dijo pensativo—. Imagino que el señor Elquiza está al corriente de esta situación.

—Así es, desde esta mañana. Pero no quería preocuparle a usted y le rogué que no hiciera comentario alguno a su excelencia hasta que yo solucionase el problema.

—De ahí el motivo de su ausencia, imagino —apostilló él.

—Mi intención no ha sido otra que buscar urgentemente un sustituto para la celebración —se explicó—. Siento que la comida y la cena de hoy no hayan sido de su agrado. Le pido disculpas por ello, excelencia, y más sabiendo que sus amigos estaban...

Diego se levantó de la poltrona y la interrumpió con la mano en alto. Dio un pequeño sorbo al anisete y dejó la copa encima de la mesa.

—Señora Berenguer, no se disculpe. Ha obrado con la mayor diligencia y

corrección, como es su costumbre.

—Le agradezco la confianza que deposita siempre en mí, excelencia —le dijo con una pequeña reverencia.

—La tiene usted bien ganada —le dijo escuetamente.

Entendía la ausencia de la señora Berenguer y la discreción con la que todos habían obrado, pero seguía sin conocer al autor de aquellas delicias. Así que, con cierta delicadeza y un pequeño gesto de manos, hizo que su ama de llaves le confirmara lo que él había empezado a sospechar.

—¿Quién ha cocinado hoy, entonces?

—Oh, disculpe por no haberle respondido: según me han informado, ha sido la señorita Belmonte, excelencia, pero le aseguro que esto no debe ser motivo de preocupación. Tengo un nuevo cocinero cuyas credenciales...

—Olvídelo —dijo interrumpiéndola suavemente.

Notó que la señora Berenguer le miraba desconcertada. Diego se sentó en una de las sillas de los comensales alzando el vuelo de su chupa para que esta no se arrugase.

—Verá, señora Berenguer, tanto la comida del mediodía como la cena han sido posiblemente dos de los mejores preparados culinarios que he probado en mi vida. Me atrevería a decir que no se come así ni en los mejores banquetes del rey.

El rostro del ama de llaves se ensanchó ante su afirmación, casi negó con la cabeza, sin comprender.

—Deseo que la señorita Belmonte sea a partir de ahora nuestra cocinera jefe —dijo con media sonrisa dibujada entre los labios—. Puede estar tranquila, ya no tiene usted que preocuparse por la celebración. Es obvio que la señorita Belmonte tiene no solo un talento fuera de toda duda, sino una diligencia precisa y un conocimiento espléndido de las necesidades de la cocina de boca de un duque.

Diego, que nunca le había dado demasiada importancia a la mesa, había comprobado la diferencia entre una cocina pobre y una calidad inigualable. Estaba seguro de que tanto la cena privada que tenía la costumbre de celebrar en un *petit comité* antes del baile de Castamar como la cata posterior de viandas iban a sorprender a todos los comensales. «Tal vez se coma y se beba más que se baile», se dijo sonriendo para sí. Él, pese a que la corriente francesa aconsejaba lo contrario, siempre había preferido no hacer fastos innecesarios. Pensaba que la comida en demasía sobre una mesa no era un motivo de prestigio, sino de irracionalidad. Pero el buen hacer de la señorita Belmonte

le había hecho consciente de que una extraordinaria cocina le otorgaría prestigio. Y la suya ahora era incomparable. Tenía la certeza de que los mismísimos Pedro Benoist y Pedro Chatelain, jefes de cocina de boca de los reyes, harían lo que fuera por contratar a aquella muchacha en cuanto probasen sus delicias. Obviamente, no lo iba a permitir.

—Puede retirarse, señora Berenguer —dijo sencillamente.

La dueña se despidió con una reverencia corta, afirmando que procedería según sus deseos, y salió del saloncito con el asombro en sus pupilas acampanadas. Diego se enterneció. La pobre había visto frustrado su viaje a Madrid y las posibles entrevistas que allí hubiera realizado. Sin embargo, él había comprendido que el problema no lo tenían ahora, sino que lo habían tenido antes por su culpa, al conformarse con la señora Escrivá tras la muerte de Macario Moreno. Había sido su mujer la que siempre había cuidado de los detalles: la decoración, la ropa, las joyas, el tipo de comida dependiendo de la temporada y el gusto exquisito por las cosas pequeñas. En algún momento ella le había sugerido algún cambio a este respecto y él no le había hecho mucho caso, enfrascado en la guerra del rey Felipe. Ahora veía clara la necesidad de contar con una cocinera de nivel. No solo por el prestigio ante otras casas nobles e invitados, sino también por lo que ganarían cada día al desayunar, comer y cenar, pues la comida dejaría de ser un simple acto alimenticio para ser un deleite. «Ay, mi querida Alba —dijo para sí—. Cuánta razón tenías al cuidar los pequeños detalles». Abrió de nuevo el libro de Flavio Josefo y continuó leyendo la toma de Masada por parte de los romanos.

CAPÍTULO 9

15 de octubre de 1720, medianoche

Úrsula se sentó en la silla de madera y esta se quejó como una anciana dolorida. Bebió de su taza caliente de leche y miel para reconfortarse por el día tan atareado que había llevado, mientras esperaba al tímido sumiller, el señor Moguer, en su despacho. En toda su vida de servicio había ocurrido algo semejante. Clara Belmonte, de levantarse esa mañana como una simple oficial de cocina, había pasado a acostarse, sin saberlo todavía, como la nueva veedor de viandas y cocinera jefe de la cocina de boca del duque. Úrsula estaba completamente anonadada y no podía dar crédito a que su excelencia hubiera dejado a una oficial a cargo de un convite de tal magnitud.

A pesar de que al día siguiente una hornada de buenos sirvientes se incorporaría al servicio como apoyo a la celebración, esto no garantizaba la fluidez profusa de guisos y viandas. Se dijo que, por seguridad, guardaría las credenciales del experimentado cocinero que había encontrado en Madrid. Le costaba creer que una muchacha tan joven como Clara Belmonte hubiera podido impresionar con sus platos a don Diego tanto como para ponerla a la cabeza de la cocina. Por contra, lo que consideraba menos probable aún, y no quería pensar tal cosa, era que tal vez el señor se hubiera encaprichado de la muchacha, lo cual sí podría representar un problema. Aunque se decía que el duque nunca daría un paso en falso en este sentido, pues era un hombre de honor y no tomaría a la chica en sus brazos para convertirla en una barragana, ese tipo de inclinaciones podrían conducir a su excelencia a agradar a la fémica de muchas formas, incluida la de menospreciar la autoridad de su ama de llaves si se interponía. Sin embargo, si este sentimiento le había llevado a favorecerla dentro de la servidumbre, la situación era más grave de lo que ella había supuesto, pues solo habían pasado seis días desde su llegada y estaba gobernando la cocina. Por ahora prefería pensar que se debía a las excelencias en el arte culinario de la joven.

Después de hablar con el duque, Úrsula había hecho salir de la cama a Elisa Costa para que la acompañara hasta el corredor de los varones. Una vez allí, ordenó a un somnoliento señor Moguer que se adentrase y bajase a su despacho. Elisa Costa, por supuesto, había estado presente en todo momento con el fin de que nadie pudiera decir que era una visita licenciosa. Mientras el

señor Moguer se vestía, la sirvienta y ella habían descendido. Después conminó a Elisa a que calentase en los rescoldos leche con miel. Gracias a eso Úrsula se había atemperado el cuerpo sorbo tras sorbo mientras aguardaba. Tomó otro sorbo y fue entonces cuando el primer lacayo apareció con su cuello delgado y su mirada de perro triste. Llamó a la puerta que ella había dejado entornada y le dio el paso ordenándole que la mantuviese entreabierta. Fuera, la doncella seguía haciendo guardia, a una distancia prudencial para que no pudiera oír nada de la conversación. Úrsula le indicó al hombre que se acercara. Este, temblando ante la inesperada petición, tenía grabado en su rostro el miedo. Tal vez pensaba que le había hecho llamar por estar descontenta con su servicio. Técnicamente, él no se hallaba bajo su jurisdicción directa, pero era suficientemente inteligente para saber que el poder de la servidumbre lo ostentaba ella de facto y que bastaba su criterio para verse expulsado. El lacayo se aproximó como le había indicado y Úrsula le conminó a tratar el asunto en voz baja y con discreción.

—Usted dirá, doña Úrsula —dijo.

—Señor Moguer, estoy..., estoy francamente sorprendida. Dígame, ¿la señorita

Belmonte ha tenido algún contacto con su excelencia?

El rostro del hombre se relajó, sabiendo que solo deseaba información de lo acaecido

durante aquel día en su ausencia.

—No, estuvo todo el día en la cocina, hasta donde yo sé —contestó. —¿Está seguro? —le inquirió para ver si alguno de sus gestos le delataba y estaba encubriendo a la muchacha.

—Absolutamente —le dijo sin dudar un segundo —. Yo mismo he servido al señor

durante casi todo el día. Solo ya entrada la tarde se me ordenó que asistiera a los invitados de

su excelencia, don Francisco y don Alfredo, que regresaban de caza. No sé si en ese momento

podieron tener algún contacto, siempre que el señor bajara a los fogones, claro, pues a la

señorita Clara no le ha dado tiempo a abandonar la cocina en todo el día.

Estaba claro que no mentía, y también era obvio que cualquier contacto entre la

señorita Belmonte y su excelencia había partido de él y no de ella.

—El señor me ha ordenado que a partir de mañana la señorita Clara sea la nueva

veedor de vianda y la cocinera de boca de su excelencia —repuso Úrsula.

—Si me permite la opinión, no me extraña en absoluto. En honor a la verdad, la

comida y la cena que ha preparado la señorita Clara para la servidumbre han sido

sencillamente... deliciosas —dijo el señor Moguer con el ánimo de aclarar la situación. —Ya veo —contestó ella.

Tenía que rendirse a las evidencias: aquella muchacha era extraordinaria en muchos

sentidos y una caja de sorpresas. Miró a los ojos somnolientos y ojerosos del señor Moguer y,

tras darle las gracias, le dijo que podían regresar a la cama tanto él como la señorita Cost a. Se

recostó y, dando un trago al tazón de leche con miel, se dijo que, precisamente por lo atípico

de la situación, debía tenerla más vigilada.

Todos y cada uno de los miembros del servicio tenían secretos, pequeños vicios sin

importancia que ella había ido desgranando con el paso de los años. Conocer estas faltas era

lo que le había conferido el poder de gobernar Castamar con mano de hierro: los descansos

del señor Moguer a media mañana para tomarse su copita de anís; las furtivas y curiosas

miradas de Elisa Costa, que, escondida, vigilaba a las amistades del señor soñando con algún

romance imposible, como estos días de atrás con el atractivo marqués de Soto; la falta de

preparación de la ayuda de cocina, Carmen del Castillo; las visitas furtivas de la s dos

galopines de cocina a sus familias cuando bajaban a Madrid al mercado de abastos; los

excesos del señor Galindo, cochero del duque, con el aguardiente los domingos; los pequeños

hurtos de jabón entre las lavanderas, y así una larga lista en cuya cabe za

estaba el secreto de don Melquíades Elquiza. Por eso tenía que descubrir los defectos de la joven cocinera, que la harían tener un control efectivo sobre ella. Por su parte, Úrsula no se permitía el menor desliz. De ella los demás sabían poco, y nada de sus secretos, pues el único que era suficientemente notorio —dirigir Castamar para su excelencia— no era punible. Ella, que en el pasado había padecido en sus propias carnes una vida de opresión, con un pánico que le había impedido saber cuándo debía hablar, sentarse, comer o asentir, se había jurado que bajo ningún concepto permitiría ser gobernada por ningún hombre o mujer de su misma condición.

En solo seis días la señorita Belmonte se había alejado de su control y ella apenas sabía cómo había ocurrido. Su carácter independiente, su espíritu formado, su determinación a la hora de abordar los problemas, su talento en la cocina y aquel aire de cierta superioridad intelectual que acompañaba a su innegable belleza la avisaban de que no sería fácil encontrar sus debilidades, pues debía de esconderlas muy bien. Úrsula apuró el tazón de leche caliente diciéndose a sí misma que, si no tenía cuidado, Clara Belmonte podría convertirse en una oponente.

16 de octubre de 1720, por la mañana

Al clarear el día, apareció en la cocina doña Úrsula justo cuando Clara estaba lavándole las manos a la pobre Rosalía con agua calentada en los fogones. Lo primero que pensó es que venía por alguna queja sobre ella. Sin embargo, con su tono desabrido le dijo que la siguiera. Sintió una excitación profunda y un hormigueo en las manos mientras ascendían hacia la galería de la servidumbre y se acercaban al ala de las dependencias de los criados del duque.

—Su excelencia me ha comunicado su deseo de que a partir de ahora sea

usted la cocinera jefe de Castamar —le dijo la dueña.

Se lo dijo sin siquiera volverse, y a ella la pilló tan de sorpresa que mantuvo la cabeza gacha para evitar que doña Úrsula viera sus mejillas encendidas y su sonrisa.

Antes de llegar al corredor donde se ubicaban las alcobas de la servidumbre de cámara, doña Úrsula se desvió hacia una puerta de roble. En el cuarterón central había un pequeño cartel de madera que indicaba que se adentraban en las alcobas del servicio de cocina. Un largo pasillo se extendía interrumpido por los quicios de las puertas, que, como un ejército obediente, formaban en hilera. La mayor parte de la ayuda de cocina se había establecido en aquellas habitaciones sencillas para dar cobertura al festejo. Al cruzar el pasaje, y por cómo el servicio de boca las fue saludando, dedujo que todas las dependencias sabían ya que ella era la jefe de cocina de Castamar. Correspondió a cada saludo ordenadamente antes de subir por unas escaleras hasta las habitaciones que daban cabida a los jefes de dependencia. El corredor, más corto y algo más estrecho, alojaba cinco puertas en los laterales y una sexta al fondo.

Al llegar hasta allí doña Úrsula abrió la puerta con diligencia y sin mirarla. Por su rostro hierático, Clara comprendió que no le había gustado ascenderla. La dueña debía de sentirse confusa ante aquella iniciativa y, tal vez, juzgaba que no estaba preparada para llevar un evento como el que iba a acontecer. No era así, llevaba toda la vida preparándose para esto. Como primera ayuda de cocina en la casa de Alberoni, ya en más de una ocasión había cocinado para pequeñas multitudes que visitaban a su ilustrísima, dirigiendo sus propios equipos. Obviamente en su interior burbujeaba cierto miedo por si algo no salía bien, pues no era lo mismo una comida para cinco o diez personas que para el caudal de invitados que se esperaba en Castamar. Suponía que la señora Escrivá, en estos casos, delegaba los menús en los cocineros jefes subalternos y sus equipos, y esperaba que estos lo hicieran adecuadamente bajo su autoridad. Mandar sí se le daba bien. En cierta forma, ella tendría que hacer lo mismo: más que cocinar, tendría que supervisar que todo estaba en su punto de sal, de especias, de azúcar, y por supuesto con la decoración adecuada para cada plato.

—Quisiera pedirle el favor de que le comunicara a su excelencia el inmenso honor que me hace al depositar su confianza en mí —rogó a la dueña antes de entrar en la habitación.

—Este será su aposento a partir de ahora —dijo por toda respuesta doña

Úrsula tendiéndole la llave del cuarto —. Su salario se verá aumentado a veinticinco reales de vellón al día que se complementarán con cuatro reales más por hacer de veedor de viandas.

Los ojos se le abrieron de par en par. Aquel salario estaba cerca de los que debían de cobrar los cocineros jefes en la corte. ¡Con ese sueldo incluso podría ahorrar para comprar en el futuro una vivienda propia! No tendría que gastar en comida ni alojamiento...

La alcoba estaba apenas decorada con lo imprescindible para el uso, pero a ella le pareció una de las salas de invitados de su excelencia. Pegado en la esquina derecha del cuarto se levantaba un catre ancho, sencillo y sin cabecera, con un colchón relleno de lana, recubierto con sábanas de lino fino y un par de almohadas de paño. Sobre él y dobladas adecuadamente, vio dispuestas varias mantas y un cobertor que esperaban a ser extendidos. Había también un armario estrecho a su izquierda, una balda sujeta a la pared enfrente, varios braseros y un par de candiles con el sebo cargado. Frente a ella colgaba de la pared una sobria cornucopia con el espejo desleído y la pintura dorada desconchada. Mostraba dos bujías recién puestas sobre la pequeña mesa pegada a la única ventana de la estancia. Afortunadamente, esta tenía unos visillos gruesos que impedían ver el exterior.

—He de suponer que se hará cargo de la señorita Rosalía, como lo hacía la señora Escrivá. En caso contrario, tendré que llamar a la beneficencia para que la internen —dijo doña Úrsula haciendo de la última frase una advertencia severa.

Clara, que había cruzado el umbral de la puerta, se dio la vuelta y se tomó un momento de silencio, tratando de imaginar qué sentimiento anidaba en el alma de aquella mujer.

—No es necesario que llame a nadie, doña Úrsula —le respondió serena—. Le garantizo que no será difícil cuidarla mejor que la señora Escrivá.

Sintió que la dueña se molestaba y, cuando dio un paso hacia ella, Clara tuvo que hacer un acto de voluntad para mantenerle la mirada.

—No olvide, señorita Belmonte, que yo gobierno esta casa, y para mí sigue a prueba. Ya sabe cuál es su nuevo cuarto, ahora regrese a la cocina.

Clara hizo una reverencia sencilla y sin decir palabra se alejó en dirección a los fogones, guardándose la llave en el mandil y sintiendo la mirada de doña Úrsula en su espalda. Entusiasmada, iba pensando que las horas siguientes serían un duro pero placentero frenesí para ella. Se puso manos a la obra y, antes de que saliera el sol, ya tenía listo el desayuno que se serviría en las

estancias superiores. Preparado este primer plato del día, apenas tuvo tiempo de dar de desayunar a la pobre Rosalía y encargó a Emilia Quijano, una de las galopines, que terminase esta tarea y la limpiase, indicándole que después podía dejarla en el patio trasero jugando donde se situaban las carretas de viandas los días de lluvia.

Apenas un rato después, un ejército de mozos ordinarios, galopines, entretenidos, oficiales, sotayudas, ayudas de cocina, cocineros jefe y ujieres de viandas se puso a su cargo. Para dar cabida a esta ingente cantidad de servidumbre se abrieron las tres cocinas paralelas, con sus jefes y personal respectivos, y varios corredores con alcobas que siempre permanecían cerrados a excepción de estos días singulares. Esa noche se celebraría una cena privada, con los más íntimos, para más tarde iniciar el festejo, durante el cual se seguiría comiendo y bebiendo en abundancia. Se inauguraría el acto en los jardines con una larga sesión de fuegos artificiales que harían brillar de blanco el cielo nocturno de Castamar. La fiesta se extendería todo el día siguiente y finalizaría pasada la segunda noche.

A lo largo del día, fue organizando los menús de la comida, la cena privada de su excelencia con sus amistades más cercanas y los que, más tarde, se servirían al resto del banquete. Esa noche y durante toda la celebración se requerirían caldos de consumados, jaleas, menestras y sopas iniciales de volatería, hechas a base de pollos cebados y pichones bien desplumados, incluyendo algunos otros con libras de ternera. Dispuso que algunas de ellas estuvieran hechas al *chandeau*, con varias yemas de huevo, vino, canela y azúcar. Este tipo de platos se los había encargado al jefe de cocina Martín Garrido, pues según sus referencias era un experto en sopas de volatería. Aun así, probó cada uno de los caldos, añadiendo canela y clavo donde hacía falta, especias y un punto de sal. No tenía queja de él, pues el hombre, de cejas pobladas y pasada la media edad, había aceptado sus órdenes sin problemas. Destinó también a esta cocina cierto tipo de platos para los segundos, como la fritada de mollejas, hígados, pernil y madreallas, sesos de ternera, jamón y menudillos, y criadillas de cordero. Para ese mismo día ordenó otros platos variados, como el hígado asado de puerco, albóndigas de ave y la lengua de vaca suavemente especiada con perejil, hierbabuena, ajo y miga de pan. Además, debían generar algunos entrantes, como manitas de cerdo embarradas, huevos rellenos, varios faisanes acompañados de salsa de champiñones sobre camas de apios y pan de trigo, así como varios platos de fiambres y encurtidos.

Por otro lado, la segunda cocina, al mando del francés Jean -Pierre de Champfleury —un cocinero jefe afamado por sus carnes a la brasa y guarniciones—, estaría encargada de los segundos en general y debía preparar piezas de gran tamaño, incluidos los pastelones de caza mayor. Acostumbrado a hacer lo que quisiera con la señora Escrivá, a Champfleury no le gustó que ella le ordenara montar los filetes de pato sobre una cama de salsa de naranja, dar más sustancia a las guarniciones de ganso o aromatizar los perdigones con trufa. Después de corregirle, el francés, fingiendo cortesía, se había girado refunfuñando en su idioma, creyendo que ella no le entendería: «No permito que una mujer cuestione mi paladar. Está en su punto». Clara, educadamente, se había acercado y con una sonrisa le había respondido: «Por supuesto que lo permite, para eso está usted aquí». El cocinero no volvió a responder y, tras añadir algo más de caldo al ganso y trufar los filetes de perdigones, ella quedó satisfecha. Más allá de este incidente, en las grandes piezas de ganado —como lomos de vaca braseados con salsa inglesa, a la fricandó, mechada con tocino, salchichas o jamón , pernils de cerdo, cabritos y cuchifritos— apenas tuvo que corregirle y le dio la enhorabuena sin rencor alguno.

En su cocina propiamente dicha, había dispuesto bajo su mando a una tercera cocinera jefe, Alfonsina Serrano, una mujer solvente que tenía el gusto tirando a soso, pero era humilde y voluntariosa. Al contrario que al francés, no le importó nada que la corrigiese. De hecho, se encargó de los terceros, los platos de asado, que servirían de forma combinada codornices, palomos, capones, pollos y pollas cebadas. También realizarían en paralelo una segunda hornada de guisos generales de ave, rellenos de criadillas escabechadas en aceite, higadillas y pichón con anchoas y alcaparras. Más tarde debía preparar otra tanda de emparrillados de volatería hechos lentamente, mientras se untaba, a pocos, un majado de pan de trigo, tocino de cerdo, yema de huevo y pimienta. Para los postres se había contratado a varios reposteros y un repostero jefe a los que ordenó elaborar hojaldres, tortas de cremas y costradas, tanto saladas como dulces, bizcochos rellenos de crema y sin ella, de chocolate, bollos de leche, dulce de guindas, dulces de huevo, natillas, crema quemada y, por último, fruta almibarada, que utilizarían durante todo el festejo.

Clara bebió un poco de agua y se secó el sudor con un paño limpio, escrutando los menús para esa noche y el día posterior. Mientras repasaba las órdenes de complementar los segundos con espetones de caza menor, levantó un instante la vista y miró hacia el patio. Al principio no comprendió qué era aquella

figura que se movía tras los cuarterones de cristal biselado y mantuvo su concentración en los guisos en cazuela. «Deben cocinarlos pausadamente hasta tener los ajos rubios, la cebolla bien mareada, aderezados con vino de buena calidad, vinagre, clavo, pimienta, azafrán y un poco de agua —se dijo para recordarlo—, y los estofados de carne, en puchero a fuego bajo, sobre una cama de tocino en dados, especiados e incluyendo un poquito de jengibre».

Dio por cerrado ese capítulo y comenzó a repasar en su cuadernillo los menús de pescado que había diseñado para los de estómago más ligero. Dirigió de nuevo su mirada hacia las cristaleras y comprobó que la silueta deshinchada ascendía ahora hacia los tejadillos de las cocheras por uno de los pilares. Se dijo, en un pensamiento secundario, que alguno de los de furriera tendría orden de subirse allí arriba. Por eso regresó a su lista de lubinas, sollos, anguilas, meros y rodaballos, así como los mariscos, incluidas las langostas, almejas en su salsa y las tortas de camarón. Acompañaría todo con frutas preparadas y, más tarde, servirían ensaladas labradas y reales para bajar la comida. «Perfecto», se dijo, y pasó a comprobar el capítulo de bebidas. Había pensado servir un surtido de bebidas refrescantes principalmente en las meriendas y a la tarde: horchata de chufa; agua de limón; leche helada; bebida imperial hecha de azumbre de leche y dos pollas jóvenes; la aurora, macerada a base de horchata muy espesa, ralladura de limón y de na ranja; y el agua de canela. Así como una variedad de bebidas destiladas con alcohol. Repasó el agua de anís, los rosolís, el vino blanco y tinto de la mejor calidad, de Valdepeñas, de Jerez, de Alicante y Málaga Virgen. Por supuesto, se consumiría una cantidad importante de chocolate en todos los estados y sería necesaria nieve de la fresquera para enfriar líquidos y bebidas.

Se mojó la yema de los dedos, y pasaba la página para comprobar su último capítulo de apuntes y cenas cuando posó de nuevo las pupilas sobre la mancha de color que aparecía ya a tres metros de altura. Aquel individuo, un borrón que avanzaba con torpeza tras los cuarterones de cristal velado, estaba ascendiendo por el pilar con sus propias manos y sin usar una escalera. Se acercó lentamente hacia la puerta de la cocina, con el gesto fruncido por la extrañeza, guiada por la curiosidad de saber quién era. Volvió a escrutar durante el trayecto sus notas y recordó que ya habían ido preparando las legumbres de varias ollas podridas para el día de mañana, con garbanzos, hortalizas, col, chorizo, morcillo, morcilla, cerdo, relleno de huevo y pan, gallina, pollo, unto gallego y, por supuesto, patata. Cada departamento debía seguir sus instrucciones al pie de la letra, sobre todo en materia de d

ecoración, que había pensado en motivos florales, siluetas de hojaldre, moldadas de chocolate, frutas cortadas delicadamente, plumas de faisán recortadas y abiertas simulando un pavo real y todo un mundo de color y formas. «Todo acompañamiento menor de cada plato —se dijo— debe ir presentado...». Su pensamiento se cortó de raíz al comprender por fin quién era la persona que escalaba tras el cristal biselado. Tomando aire y tratando de no pensar en la inmensidad vacía del patio, deslizó la mirada hacia fuera y lanzó un pequeño gemido ahogado. Allí, a punto de coronar el tejado de las cocheras de descarga, estaba Rosalía, trepando a más de cinco metros de altura. Su primera intención fue salir en su busca, pero sintió que su debilidad la amarraba al quicio de la puerta recordándole que su cuerpo no estaba libre de sus cadenas. Aun así, dio un paso hacia fuera, comenzando a temblar y percibiendo cómo un sudor frío apresaba su frente.

—¡Rosalía, no subas! ¡Rosalía! —chilló impotente desde la puerta.

La muchacha se detuvo al oírla y la miró, soltándose de una mano para saludarla.

—Quiero volar... —le contestó con la boca llena de baba.

Clara apretó los dientes y dio un paso hacia delante. Tras ella, la cocina al completo se arremolinó al oír sus gritos.

—¡Rosalía! ¡Baja ya! —chilló otra vez ella con la voz tomada.

La chica, al ver que los mozos y ayudas de cocina la imprecaban, comenzó a dudar. Clara sintió que sus fuerzas flaqueaban, y para evitar ser vista, se pegó a la pared ya fuera del patio. Rosalía ascendió unos pasos más.

—Pero yo puedo volar...

Clara intentó gritar, pero fue inútil; sus fuerzas la abandonaron y tuvo que agarrarse al muro para no caerse del mareo. Rosalía apoyaba apenas la punta de los pies entre los sillares del pilar y seguía ascendiendo. Las galopines y Carmen del Castillo le chillaban desde dentro. De pronto la puerta de servicio, aquella a la que ella había estado llamando desesperada tras su llegada a Castamar, se abrió. Apareció tras ella Elisa Costa, que cruzó el patio y se situó bajo Rosalía.

—¡Baja de ahí inmediatamente! —le espetó a la muchacha señalando el suelo con el brazo.

Rosalía comenzó a descender y, al llegar abajo, se echó a llorar desconsolada.

—Te hemos dicho mil veces que no subas ahí, que te vas a caer —dijo Elisa al pasar junto a ella con Rosalía.

Clara ahogó como pudo un gemido entre arcadas. Debía entrar y fingir que no

le ocurría nada, pero le era imposible moverse. Elisa se giró hacia ella y dudó unos segundos al verla pegada al quicio de la puerta con los ojos en pánico. La doncella no comprendió el motivo de su estado, pero tomó de la mano a Rosalía y la condujo a la cocina. Clara se mordió los labios, pero las náuseas iban en aumento y su cuerpo vibraba sin control. Todos iban a darse cuenta. Desvió la mirada y vio que Elisa se había detenido bajo el umbral de la cancela cubriéndola. Cerró los ojos y, extendiendo su mano como una ciega, tomó la de Elisa, que se la apretó. Clara evitó mirar el patio, que parecía querer engullirla, y penetró en la cocina guiada por esta. Al entrar Elisa la abrazó diciéndole que Rosalía estaba a salvo y no debía preocuparse. Clara, apoyada en su hombro, supo que le estaba dando tiempo para recuperarse. Abrió los ojos, ya al cobijo de los fogones, y se separó de Elisa dándole las gracias. La cocina había reanudado sus labores como si nada, y ella, con el paño de lino, se limpió el sudor frío. Con las fuerzas recuperadas, se acercó a Rosalía, que estaba hecha un ovillo en una esquina del fondo, y la imprecó.

—Puedo volar —decía chupándose el dedo.

—¡No puedes! ¡¿Entiendes?, no puedes! —le chilló enérgica—. Así que no lo intentes más, ¡nunca más!

—Cada cierto tiempo le da por subirse —le dijo Elisa—, no es la primera vez.

Clara asintió.

—Gracias —repitió tomándola de la mano otra vez.

Elisa negó con la cabeza sin darle importancia y se marchó con su aire alegre. Ella regresó a sus menús sin quitar ojo a Rosalía, que al poco se quedó dormida resoplando. Debía vigilarla con más atención. Si en un descuido suyo a la pobre le sucedía algún mal, no podría perdonárselo, y además doña Úrsula lo utilizaría para expulsarla de Castamar por negligencia en su cuidado.

CAPÍTULO 10

16 de octubre de 1720, antes de desayunar

Diego había salido a mostrar a la señorita Amelia los emplazamientos cercanos de la villa. Había sido una ocurrencia de su madre, a la que se unió Gabriel pero no el marqués, pues era de despertarse tarde. Alfredo y Francisco, por su parte, habían partido hacia Madrid al clarear el día para encargarse de sus asuntos y no regresarían hasta la cena. Tras cumplir con el papel de anfitrión, había distinguido la zona boscosa por donde solía cabalgar con Alba en mañanas como aquella buscando retiro, antes de que el invierno se les echara encima. Mientras Gabriel y su madre explicaban a la señorita Amelia las excelencias de los viveros de peces que tenían, él decidió adelantarse hasta allí, atraído por los recuerdos. Acarició el cuello del corcel, que había sido de su mujer, y galopó hasta entrar en la fronda hallando cierto regocijo en la soledad. Cruzó el encinar dejando la capellanía y el panteón familiar a la derecha, y continuó a la vera del arroyo de Cabeceras. Cada vez que pisaba aquel paraje, algo alejado de la hacienda principal, recordaba el día en que todo había cambiado.

Aquella mañana de nueve años atrás, él se había levantado antes, pues la reina María Luisa había organizado una colación para tomar unas jícaras de chocolate y dulces. Alfredo y Francisco le habían dicho el día anterior que estarían allí esperándole. Así, sentados los tres en uno de los patios soleados del palacio del Buen Retiro, estuvieron hablando de la política de entonces y de la marcha de la guerra; en aquellos momentos todo parec ía apuntar a que la ganarían. Entonces Alba había irrumpido en el patio, con su figura exuberante y aquel vestido azul celeste compuesto de una preciosa basquiña y una casaca corta de sus bordados dorados. Con el cabello recogido realzando su cuello fino y elegante, se había retirado un tocado que le velaba parte del rostro y sus inmensos ojos azules. Había caminado entre los ilustres deteniéndose a saludar, creando inconscientemente aquel clima de expectación, como si la reina en persona hubiera entrado en el patio.

Francisco y Alfredo la habían saludado y ella, coqueta, había permitido que la ayudaran a sentarse, mientras extendía un abanico nacarado. Luego, con su sonrisa destructora de imperios, le había hecho notar a Diego un enfado fingido, diciendo públicamente que se había encontrado sola y desamparada,

pues él se había olvidado por completo de su paseo matinal a caballo. Alfredo había sonreído, prediciendo que la armada de Diego estaba ya derrotada antes de presentar batalla.

«Nunca tuve oportunidad de victoria», le había respondido él.

Tras despedirse de sus amistades, abandonó el Buen Retiro y regresó junto a Alba a Castamar, que charlaba sobre su insolencia y sobre cómo sería castigado de las formas más horrosas posibles. Se rio ahora al recordarlo. Para Alba la vida era un puro disfrute. Adoraba cabalgar, bailar, leer, cantar, tocar el clavecín, reír y, por encima de casi todo, viajar. Antes de casarse con él, ella ya había viajado por Europa. Sin embargo, la guerra había truncado sus deseos y se había sentido encerrada los últimos años.

«¡Pero cuándo va a terminar esto! —le había dicho en una ocasión—. Es que estos catalanes no se rendirán nunca...».

«No solo no tienen intención de hacerlo, sino que lucharán hasta que no puedan más», le había contestado él.

Y así lo habían hecho. El sitio de Cardona, que nunca fue conquistado por las tropas borbónicas, daba cuenta de ello. La plaza había rendido armas solo al final de la guerra, cuando Barcelona había caído frente a los suyos. Tenía que reconocer el valor del pueblo catalán y el respeto que le merecía. Para Alba, en cambio, la guerra era un incordio. Odiaba la violencia y le parecía que era algo propio de las bestias, no de los hombres. Además, según ella, uno solo se podía preocupar, y siempre durante un tiempo limitado, por aquellas cosas que tenían solución. Por contra, con las que no la tenían era mejor resignarse lo antes posible.

Diego se adentró en el bosque de castaños y encinas, y avanzó al paso por el sendero que solían recorrer juntos. Ascendió una pequeña vaguada y al coronarla se aupó un poco sobre los estribos para admirar el paisaje. Bajo aquella arboleda inmensa, mientras oía el arroyo de Cabeceras correr rápido hacia el Manzanares, se internó una vez más hacia el lugar donde había perdido a su mujer. Habían llegado hasta allí haciendo una carrera, que como siempre ella había ganado. La apuesta había sido la celebración de su cumpleaños, aunque se habría hecho igual venciera quien venciera. «Dios santo, si se hacía todos los años», se dijo sonriendo melancólico. Recordó que ella había sonreído con ese candor especial y le había besado, sabiéndose ganadora en cualquiera de las situaciones posibles.

—La echa de menos, supongo. —Oyó una voz femenina cortando de raíz sus recuerdos embriagadores e hirientes.

Su caballo cabeceó y al girar encontró a la señorita Amelia. Observó su piel fina y sus rasgos agradables, sus labios delicados y la nariz recta y precisa que delineaba un rostro algo afilado. Ella se acercaba sobre uno de los caballos de la regalada de Castamar. Él la saludó inclinando la cabeza y supuso, por las voces que llegaban rebotadas desde los árboles, que su madre y su hermano debían de andar cerca.

—Mucho. Alba y yo estuvimos muy unidos, nos conocíamos desde que éramos niños. Murió aplastada por este caballo —aclaró Diego acariciando el pelaje dorado de su montura.

Ella se silenció un momento y le dedicó una mirada intensa, como si tratara de transmitirle que comprendía y lamentaba su pérdida. Diego le devolvió la suya, clara y sencilla, haciéndole entender que no necesitaba de su consuelo. La señorita Amelia rompió la quietud desviando la mirada hacia el caballo de Diego.

—Muchos lo habrían sacrificado.

Él dejó escapar una sonrisa suspirada.

—La culpa no fue del corcel. Evidentemente, algo lo asustó... Y yo no pude evitarlo —terminó de decir con voz dura.

Amelia se acercó e, inclinándose sobre su silla de montar, deslizó una mano sobre la suya. Diego observó el gesto y la miró a los ojos. Era agradable el contacto de una piel femenina como la de la señorita Amelia, y se dijo que había pasado tanto tiempo que casi había olvidado ese delicado placer.

—Supongo que ha sufrido mucho —susurró ella.

—Eso no importa —contestó con cierta acritud retirando la mano.

—Claro que importa, don Diego —le dijo tomándosela otra vez.

Él la miró tratando de averiguar si ese sentimiento de piedad hacia él era real o si lo movía un interés de otro tipo. Quizá era una mezcla de ambas cosas. Había algo en su gesto que le indicaba que ya no era la damisela dulce e ingenua que había conocido años atrás. Quizá era un visaje más pesado, cargado de cierta dureza que solo se aprende sufriendo los pesares de la vida. Se mantuvieron en silencio unos instantes, hasta que desde el otro lado se oyeron de nuevo las voces de su madre y Gabriel, que llegaban en su busca.

—Vaya, estáis aquí. Venga, querida Amelia. Voy a enseñarle una de las vistas más bellas de Castamar —dijo su madre, sentada al estilo amazona con su porte elegante.

La señorita Amelia le dedicó a Diego una última mirada.

—Si me disculpa... —le dijo retirando la mano en una caricia ingenua.

Ella se dirigió hacia doña Mercedes sobre su montura y Diego hizo un ademán educado, mientras Gabriel se acercaba lentamente a él. Su hermano se detuvo y miró por encima del hombro para comprobar si su madre y la señorita Castro se habían alejado lo suficiente.

—Ten cuidado con ella —le dijo Gabriel con mirada desconfiada—. No es la joven tierna que conocimos. Ayer la vi muy cerca de don Enrique de Arcona. Hablaban en susurros.

Diego asintió meditando si aquellos dos podían traerse algo entre manos. Según le habían dicho, se habían encontrado fortuitamente en la Corrala del Príncipe, tras la representación. Sin embargo, no le parecía una muchacha que jugara a las intrigas y tampoco comprendía qué asuntos podían vincularla a un hombre como el marqués.

—Gracias, hermano —contestó antes de espolear al caballo para unirse a su madre y a su invitada.

Gabriel le siguió y él deslizó por última vez la mirada hacia el lugar donde nueve años antes había fallecido Alba. Aún no había sido capaz de comprender qué había ocurrido entonces. Tras la carrera, ambos iban al paso, ella hablando de la necesidad imperiosa de reformar toda el ala derecha del palacio y él, extrañado, diciendo que no hacía ni un mes que se habían acabado las terceras obras en esa ala para adecuarla a su gusto.

«Entero. No me gusta nada», había insistido ella.

«Alba, ¿otra vez? —le había preguntado él con cierta irritación—. No me gusta despilfarrar dinero».

Y ella le había insistido con los labios agitados:

«Tienes razón. Te reconozco que es verdad. Ha quedado como quiero, pero hay que cambiarlo».

«¿Por qué?», había preguntado él.

Ella se había callado, pícara, dando a entender que guardaba un secreto. Una sonrisa había iluminado su rostro, y destiló unas palabras que le habían llenado de un gozo inmenso: «Pues porque es demasiado sobrio para un niño». Él había detenido los caballos, la había mirado interrogante y le había bastado el brillo de sus ojos para entenderlo. Le dijo que la amaba y acercándose lentamente la besó.

Fue entonces, con los ojos cerrados, cuando sintió que el rostro de su mujer se despegaba del suyo brutalmente. Al abrir los párpados había comprobado que su propio caballo, a dos patas, se había erguido sin previo aviso. Se había aupado sobre los estribos para controlarlo y, al desviar la mirada hacia la

derecha, había visto cómo el caballo de su mujer, encabritado como el suyo, caía hacia atrás con ella. Alba, jinete experimentada, había tratado de amarrar las riendas y auparse como él, pero le fue imposible. Su cabalgadura saltó literalmente en el aire para caer hacia atrás. Viéndose atrapada bajo el caballo, intentó saltar hacia un lado, pero fue demasiado tarde y se estrelló contra el suelo. El lomo, la grupa y la nalga del equino cayeron sobre su pecho como una mecedora, arrancando de su fino cuerpo un crujido salvaje de huesos rotos. El impacto fue tan brutal que retumbó el suelo. El equino se puso en pie al instante y, al hacerlo, le descoyuntó más huesos sin que Alba lanzara siquiera un gemido. Para cuando él quiso reaccionar, ella tenía el pecho hundido, y un hilillo de vida se deshivaba en cada intento de tomar aire.

Nadie pudo comprender por qué los caballos habían reaccionado de aquella forma. Ambos corceles, el de Alba y el suyo, eran mellizos, muy tranquilos. El caballero mayor, Belisario Coral, no pudo explicar aquella reacción. Apuntó que tal vez el equino se hubiera asustado ante una culebra, quizá una víbora, tan comunes en la sierra de Madrid, o por la picadura de un insecto. A él, en aquellos momentos, ya no le importó. Enterrar a su ángel había sido el dolor más agudo que su espíritu hubiera soportado jamás. Durante aquellos días oscuros tan solo lloró el cadáver de Alba y el de su hijo nonato, y desde aquel fatídico día necesitó pensar que Alba seguía en Castamar, de alguna forma incomprensible; en espíritu, velando por él y por los suyos.

Detuvo el caballo embargado por un pensamiento que le hizo sentir un miedo atroz. Algo se había removido en su interior de una forma inexplicable y por primera vez en nueve años sintió que Alba se había ido hacía mucho tiempo de Castamar. Supo que el único que se aferraba al pasado era él.

Regresaron todos por el camino largo, él obviando las miradas furtivas de la señorita Amelia, su madre explicando las excelencias de la hacienda y Gabriel en silencio, como siempre, tratando de no llamar la atención. Al entrar en las caballerizas varios palafreneros mayores y su primer caballero sujetaron las riendas para que desmontaran. Después la señorita Amelia se colgó de su antebrazo y se dirigieron por el pequeño sendero empedrado hacia el edificio principal.

—No sé si ha estado alguna vez en mi tierra, excelencia —le dijo ella—. Es tan hermosa.

—Para ser sincero, tengo propiedades en Sevilla, Málaga y Huelva, pero no en Cádiz —contestó él—. Tal vez tendría que adquirir algunas tierras cerca del cortijo de su padre, tiene una fama de belleza que llega hasta Madrid.

Ella esbozó una fugaz sonrisa y guardó silencio, y a Diego le pareció que con su cortesía había despertado un desasosiego olvidado en el interior de la joven.

Penetraron por la fachada principal y, guiados por el señor Elquiza, alcanzaron el salón, donde estaba dispuesta ya una excelente vajilla talaverana y la mantelería de encaje de la fábrica de La Coruña para el desayuno. Al entrar percibieron un aroma de pan tostado, consumado de ave, huevos frescos, bollería recién hecha de leche, tortas dulces y saladas de aceite, chocolate y varios tipos de bizcochos, así como algunos fiambres, cortados por su tallador, de jamón de bellota ibérico y lomo embuchado y sin tripa. Aquel aroma desencadenó todo tipo de elogios. El marqués, impaciente por sentarse a la mesa, los esperaba para desayunar con ellos.

—¡Al fin están ustedes aquí! —exclamó haciendo un breve saludo dedicado a su madre, a la señorita Amelia y también a él, y que ignoraba expresamente a Gabriel—. No creía poder soportar más la deliciosa fragancia de estas viandas sin hincarles el diente.

Se sentaron a la mesa, y Diego hizo una señal a su mayordomo mayor para que los gentilhombres, guiados por el sumiller, sirvieran el consumado. Cuando se destapó la cubierta de porcelana de la sopera, Diego esperó unos segundos para ver cómo la pequeña conversación informal moría progresivamente. El aroma a carne de ave tierna con pequeñas lonchas de pan tostado, clavillo y canela se mezcló con los del chocolate, los panecillos de leche, las tortas de aceite, provocando pequeños suspiros de placer. Cruzó una mirada cómplice con su hermano, que se rio silenciosamente desde el otro lado de la mesa. Después de catar el consumado, su madre cerró los ojos tratando de retener aquel sabor que poseía un cuerpo solemne; la señorita Amelia, que se deshacía en halagos, tuvo que probar varias cucharadas seguidas con el fin de mantener la intensa sensación en su paladar; el marqués se quedaba mirando el caldo con el ceño fruncido, sin comprender cómo una simple sopa podía poseer tal carácter.

—Querido amigo, le envidio —dijo don Enrique—. Sin ninguna duda, estos platos los ha elaborado un cocinero de la más alta excelencia culinaria.

—Hijo mío, no le dejes marchar —apostilló su madre mientras se deleitaba con otra cucharada sopera—. Ese hombre posee cualidades envidiables y únicas.

Diego asintió, disfrutando del desayuno como el resto.

—Es una mujer. Y sí, ciertamente parece tenerlas —le contestó.

Se produjo un nuevo silencio sazonado de suspiros y, para cuando comenzaron con la bizcochería, Diego volvió a repetirse que había encontrado un tesoro en su nueva cocinera.

—Una mujer con aptitudes, entonces —dijo su madre—. Si está sirviendo, entiendo que no está casada.

—En efecto —añadió Diego—. Según me dijo la señora Berenguer, además es una muchacha instruida.

—¿Entonces sabe leer y escribir? —inquirió con tono escéptico el marqués.

Solo pudo asentir. Saboreó el chocolate suave, casi como una crema, con el dulzor justo y un punto final de amargura que lo convertía en una a malgama perfecta. Al rato el marqués levantó su taza de chocolate, mientras apuraba un panecillo de leche, afirmando que debía de ser un caso extraordinario lo de poseer una cocinera instruida.

—En inglés, francés y lenguas muertas, según tengo entendido —le contestó.

—Santo Dios... —apostilló don Enrique—. Con esas aptitudes, no me extraña que no se haya casado. Una mujer de la servidumbre así debe de ser insoportable como esposa.

Todos asintieron ante el comentario del marqués dándolo por bueno. Sin embargo, a él le había removido algo en su interior. Tal vez la imagen de aquella muchacha dulce le había hecho contraste con el juicio rápido de don Enrique. Ciertamente tenía que dar la razón a las palabras del marqués. A una joven con aquella educación le habría sido fácil encontrar un marido con su padre vivo capaz de aportar una buena dote. Pero una vez muerto, su educación habría sido un factor a la contra, pues una mujer con tal nivel de cultura, capaz de leer en su lengua a los empiristas ingleses, como Locke y Bacon, o a los racionalistas franceses, como Descartes, dejaría de idiota a cualquier marido. Si incluso entre los nobles habría quien tendría miedo de una mujer así, no digamos ya entre los hombres del pueblo llano, que apenas sabían leer un bando real.

Don Enrique estaba en lo cierto, pero, pese a esto, Diego levantó un momento la vista y le miró algo molesto, entrecerrando los párpados. Este no se percató. Tenía la sensación de que aquel comentario liviano que todos suscribían llegaba cargado de una impertinencia sutil. Notó que le asaltaba uno de sus accesos de ira y tuvo ganas de contestarle fuera de lugar. Se contuvo y se concentró en el sabor del bizcocho. Su madre, tras limpiarse suavemente con la servilleta enmarcada en puntillas, dijo sorprenderse de que una mujer así no hubiera encontrado marido con el padre vivo.

—¿No tiene aspiración alguna de tener hijos? —terminó por preguntar su madre.

—Será poco agraciada, o demasiado mayor —dijo don Enrique.

—Más bien es lo contrario —dijo Diego algo más seco, y añadió para sí pero en voz alta—: Una cocinera que es una señorita...

Su hermano, que reconoció su hastío ante el tono del marqués, le hizo un gesto desde el otro lado de la mesa para que no se dejara llevar por su temperamento. Sin embargo, sus pensamientos no estaban ya en don Enrique, sino que, con su última frase, había regresado a él esa curiosidad abierta sobre Clara Belmonte que llevaba varios días bullendo en su interior. De pronto fue consciente de que aquella muchacha no era sino una señorita de bien, y que verla trabajar en las cocinas era lo que había estado desencajado en su pensamiento constantemente. Lo que no sabía ahora era si trabajar en la cocina era una consecuencia de la desgracia de su vida o algo motivado por su exceso de cultura. Diego, sin previo aviso, se levantó de la mesa. Al resto no le dio tiempo a reaccionar y apenas pudieron levantarse por cortesía.

—Discúlpenme —dijo a destiempo, mientras echaba a andar hacia las cocinas ante la mirada atónita de todos sus invitados.

16 de octubre de 1720, durante el desayuno

Clara chascó la lengua con discreción. Doña Úrsula había aparecido justo cuando, tras la puerta de los fogones, se había acumulado una gran cantidad de sirvientes atraídos por el olor de la cocina. Con aquel tono desabrido había preguntado qué hacían allí parados olfateando unas viandas que obviamente no iban a probar. Todos tuvieron la intención de desaparecer, pero, muy al contrario, la dueña los detuvo y les ordenó entrar en la cocina.

—Como saben, esta noche empieza la celebración anual de Castamar y confío en que todo transcurra a la perfección, tal y como desearía doña Alba, que aunque no esté con nosotros sigue siendo el alma de esta casa. Si descubro de nuevo esta actitud indolente en alguno de ustedes, habrá consecuencias directas. Espero que haya quedado claro. Retírense —sentenció la dueña.

Esta vez nadie que tuviera que ver con la cocina se quedó allí. Doña Úrsula aguardó a que todos se fueran y le dedicó una mirada indicando que la advertencia también había ido por ella. Clara, sin embargo, pudo ver que no había dejado de olfatear inconscientemente los vapores que aromatizaban toda la estancia y los pasillos aledaños. Justo cuando la dueña desaparecía tras la puerta, apareció el señor duque en plena estancia. Doña Úrsula, con aquella cara de sorpresa ante lo incontrolable, le hizo una reverencia.

—¿Necesita algo su excelencia? —le preguntó la dueña.

Clara, al verle de cuerpo presente frente a ella, había hecho un a reverencia inmediata siguiendo a todos los miembros del equipo. Don Diego, como si no existiera la pregunta del ama de llaves, la dejó tras las puertas sin siquiera contestar.

—¿Está bien su mano, señorita Belmonte? —le preguntó el duque.

Clara, desorientada, asintió tras unos segundos de cierto nerviosismo. De soslayo comprobó que la puerta de los fogones se había entreabierto y que la dueña observaba la escena.

—Sí, excelencia, gracias por su preocupación —le contestó desconcertada, siendo consciente de que él le había hablado de usted.

El señor la miraba. Clara tragó saliva, sin saber qué hacer o decir. A don Diego parecía no importarle que toda la batería de los miembros de la cocina estuviera allí frente a él contemplando aquella escena insólita. Rosalía, que se había despertado, emitió entonces un sonido gutural señalando a su excelencia desde el fondo de su escondrijo.

—No se moleste, señor —dijo Clara previendo que el duque se enfadase —. No sabe realmente lo que hace.

Don Diego se acercó a Rosalía y, con suavidad, le acarició la cara.

—¿Cómo estás, Rosalía? —le preguntó mientras esta sonreía —. No se preocupe. Es la hija de mi difunta nodriza, alguien a quien yo apreciaba mucho.

De nuevo se dirigía a ella como si fuera una señorita.

—Lo desconocía, excelencia —contestó Clara intentando controlar los nervios.

—He bajado personalmente para verla... —le dijo.

La servidumbre de la cocina, congelada con las cabezas gachas ante la presencia del señor, pegó sus mentones al pecho entre miradas robadas y furtivas. Clara se sonrojó y percibió cómo, tras la puerta, doña Úrsula daba un pequeño paso tenso hacia el interior. Don Diego se acercó a Clara y, como en las anteriores ocasiones, le levantó el mentón. Ella olió de nuevo aquella fragancia que le recordaba a su padre y el tacto suave de sus dedos bajo su barbilla.

—... pues deseo hacerle una pregunta —terminó de decir tratando de cazar su mirada.

Clara desvió los ojos a sus subalternos, esforzándose en mantener la compostura. Sus carrillos pulsantes, cargados de rojo, debían dejar claro la

vergüenza que sentía.

—Excelencia... —dijo posando la mirada en la casaca color crema del señor.

—Míreme —le ordenó él de forma directa.

Le obedeció y atisbó, en el ámbar que rodeaba sus pupilas, el color de la tristeza cohabitando con una fuerza que parecía no temer nada.

—Mientras degustábamos su exquisita comida ha surgido una conversación interesante.

—Usted dirá, excelencia —le dijo ella mirándole ya sin cortapisas, pensando que, pese al decoro debido a ser mujer, no se dejaría vencer por la timidez.

—Se ha sugerido que es extraño que una mujer de su instrucción no esté bien casada, sino que, por el contrario, se gane la vida en las cocinas. Incluso se ha llegado a proponer la teoría de que carece de aspiraciones en este sentido —le expuso con sencillez.

Clara tragó saliva antes de contestar y meditó sus palabras para que el mensaje no fuera equívoco o pudiera dar lugar a interpretaciones erróneas.

—Nada más lejos de mi ánimo, excelencia. Casarme adecuadamente está entre mis aspiraciones, pero debo confesarle que amo tanto cocinar como amo la vida misma. Por eso le expresé a doña Úrsula el honor que me hace su excelencia al depositar su confianza en mí. En esta cocina me siento afortunada.

—¿Más que si se casara con un buen marido? —le preguntó él aún sujetando su mentón con el ceño fruncido por la extrañeza.

—Así es.

Don Diego frunció más el ceño y la soltó.

—¿Y cómo es eso posible? ¿No es la aspiración natural de la mujer el casamiento y el alumbramiento de una nueva descendencia?

Parecía ponerla a prueba, más que comprobar su opinión sobre el asunto.

—Así es. Mi padre siempre me enseñó a pensar que esto debía ser así, excelencia —le contestó más serena—. Pero mi madre también me enseñó que podía tener otras aspiraciones, aparte del matrimonio.

Se oyó un pequeño suspiro entre la servidumbre, que no pasó desapercibido para ella ni para don Diego. Clara comprobó que la servidumbre tenía ya los ojos como platos y, aunque no decían nada, se lanzaban miradas de desconcierto entre sí.

—Entonces, ¿he de concluir que no desea casarse? —le dijo sin dejar de mirarla.

No comprendía por qué él la estaba interrogando públicamente, pero no podía

desencadenarse de la fuerza abrumadora de sus pupilas. Agachó la cabeza durante unos instantes, y después miró al duque otra vez.

—Desconozco si encontraré al hombre que pueda soportar este tipo de pensamientos que se juzgan inapropiados para las de mi sexo, excelencia, pero cada vez que cocino entre el hollín y los fogones yo siento una satisfacción plena —le explicó—. Y... tengo el convencimiento de que estar casada con cualquier hombre me alejaría de esta felicidad.

Entonces el duque hizo algo que la tomó desprevenida y que encendió aún más las miradas de toda la cocina: se acercó a ella y, con el ánimo resuelto, inclinó la cabeza ante ella igual que lo haría con una dama.

—No todos los hombres tienen el mismo carácter y ánimo. Estoy seguro de que en el futuro podrá encontrar alguno que no solo soporte sus pensamientos, sino que se sienta orgulloso de que su esposa los tenga —le dijo mientras se inclinaba—. Señorita Belmonte.

Ella no pudo ni contestarle, tan solo hizo una reverencia a la par que el resto de los presentes y, al levantar la cabeza, se encontró con la mirada terrorífica y anonadada de doña Úrsula. Clara se giró y se centró en la cocina sintiendo que sus piernas temblaban. De soslayo le dio la impresión de que el dragón seguía en la puerta, tratando de comprender qué estaba pasando entre el señor y ella, una pregunta a la que Clara no podía dar respuesta.

16 octubre de 1720, después de desayunar

Cuando Diego regresó al saloncito, el marqués ya había terminado de desayunar, su madre descansaba en una de las poltronas y doña Amelia y su hermano hablaban al fondo de la sala de algún tema intrascendente. Se sentó, como si apenas hubieran transcurrido unos instantes y la conversación que le había motivado a bajar hasta las cocinas no hubiera terminado.

—Ama la cocina, por eso no se casa —explicó secamente al marqués.

Este entornó las cejas, algo atónito, dejando claro que su comportamiento estaba fuera de lugar y llegaba tarde a una conversación concluida hacía tiempo. Su madre, de hecho, cruzó una mirada rápida con el marqués quitando importancia a su frase.

—Amigo mío, sin ánimo de molestarle, no sabía que se tomara estas conversaciones ligeras tan en serio —le dijo sonriendo.

Diego volvió a percibir aquel tono condescendiente que le hizo sonreír fingidamente y le forzó a hacer un gesto para rebajar la intensidad de su anterior comentario. Aquel ilustre parecía tener una habilidad especial para utilizar convenciones sociales como finas pullas dirigidas solo a su persona. Tal

vez la primera intuición que había tenido el día en que los presentaron no estaba tan desencaminada. Se controló, y le miró sin parpadear. El marqués esta vez le devolvió la mirada y fue entonces cuando descubrió un destello peligroso tras aquella sonrisa enmarcada. Su madre le sonrió y terminó por concluir lo que había empezado don Enrique:

—Lo que quiere decir don Enrique es que lo que opine la cocinera no importa, hijo mío —aclaró su madre desde el otro lado de la sala.

—Por supuesto —contestó él.

El marqués se limitó a mantenerle la mirada unos instantes más y, después, se acercó a doña Mercedes. Esta, tan ajena como el resto, le sonrió y le propuso jugar a las damas. Diego echó mano a la taza de chocolate pensando que, quizá, los dardos sutiles de don Enrique tenían un propósito y no correspondían tan solo a una forma natural de ser. Su sonrisa impecable le susurraba que no le temía en absoluto. Sin embargo, este no parecía consciente de que estaba agitando al tigre de su interior; uno que, de seguir así, aparecería y no sería en ningún caso de su agrado.

CAPÍTULO 11

16 de octubre de 1720, media mañana

Hernaldo oyó varios golpes en la puerta y abrió los párpados somnoliento. Supuso que su hija Adela habría salido a comprar a la plaza de la Cebada mientras él dormía. Se irguió en su jergón quejumbroso y atisbó que la chimenea apenas humeaba ya de la noche anterior. Debía de ser mediodía, pues las contraventanas del cuchitril dividían en haces rotos la luz del sol que bañaba el polvo en suspensión. Llamaron por vez tercera y, ajustándose los pantalones de cuero desgastado y las botas, desenvainó el espadín, regalo de su señor, y cogió el cuchillo afilado. Madrid no era un lugar seguro, y menos para él, que había concertado encuentros con el Creador a muchos desdichados. No estaba de más que se presentase un hermano o pariente de alguno reclamando venganza. Aceptaba morir así un día, iba de oficio. Se levantó descamisado, con el cuerpo cubierto de cicatrices, y gritó que, si volvían a aporrear la madera, saldría y degollaría al que lo hiciera. Fuera quien fuese se tomó en serio su advertencia.

—¿Quién va? —preguntó acercándose a la puerta.

—Una entrega —dijo la voz de un zagal.

Solo la entreabrió poniendo la bota en el quicio por si había problemas. Un muchacho

de apenas doce inviernos estaba en el descansillo.

—Aquí tiene, señó —le dijo entregándole un pequeño objeto envuelto en un trapo—.

El Zurdo le dijo que le esperaría en el *Zaguá pa' cobrar* lo suyo.

Tomó el objeto y despidió al muchacho. Se aseguró de que la puerta estaba bien

cerrada y lo descubrió. La llave de metal que apareció, sin valor, le hizo esbozar una sonrisa.

Eran buenas noticias para su señor, don Enrique de Arcona. Aquello permitiría al marqués

libertad de acción dentro de Castamar. Suspiró y comenzó a vestirse. Conseguir la llave había

sido el primero de los encargos de Enrique. El segundo lo tendría que realizar esa mañana e

implicaba a doña Sol Montijos, una mujer con la que más valía tener cuidado. Hacía tiempo que doña Sol, también marquesa, era una aliada conveniente del marqués, y este le había pedido algún tipo de colaboración. Desconocía los términos de dicha petición y lo único que sabía con seguridad era que doña Sol asistiría como invitada con su marido a la cena privada de esa noche en Castamar, algo que convenía a los planes de don Enrique. Ella, a cambio del servicio requerido por su señor, le había pedido unos días para meditar su precio. No podía imaginar cuál sería. Doña Sol Montijos era una mujer endiablada que, casada con un hombre veinte años mayor que ella, tenía el fuego en el cuerpo y era astuta como una serpiente. Finalmente, la noche anterior había llegado a su casa una nota del marqués afirmando que doña Sol ya había «determinado su contrapartida». A él, que aprendió a leer y a escribir a duras penas con los curas de su pueblo, le costó desentrañar el lenguaje culto del marqués y eso que en alguna ocasión le había rogado que simplificase las frases. Después de un rato releendo las líneas había comprendido la orden. Esa mañana debía visitarla para recabar dicha información. Se envainó el espadín, se ajustó el colete de cuero y ocultó la vizcaína a la espalda, por si tenía que echar mano de ella rápidamente. Él, que provenía de los tercios, curtidos en las batallas europeas cuando tenían al Hechizado como rey de España y esta se desangraba cediendo su ya menguada hegemonía a los franceses, sabía que en un duelo no había honor, tan solo la vulgar destreza; las tretas aprendidas en la vida militar y entre los angostillos, de noche, cuando por unos reales le ajustaban cuentas a un desdichado lanzándole el sombrero a los ojos para acto seguido pararle el espinazo en dos con la hoja. En esos

lances no había
nada más que matar rápido y bien, y más cuando uno se encontraba con alguien del oficio.
Entonces se hacía una de muchas, como la torneada, desviando su estocada con la hoja y
dejando su estoque volado por encima del hombro para girar rápido y darle matarile lo antes
posible. Así se evitaba dejar uno el pellejo.
Seguramente por esta instrucción que no podía dar ningún maestro, Hernaldo era
capaz de percibir el miedo latiendo en el interior de las personas. Pensó que este temor que
anidaba en muchos era un reflejo de lo que acontecía en España. Esta había quedado reducida
a una fachada. El más grande imperio de Europa, convertido en una marioneta francesa.
«Manda huevos. Media vida peleando a los galos para que ahora sean los dueños». Por eso, al
ordenar el de Versalles la disolución de los tercios hacía más de quince años, supo que su
vida militar se había acabado. Licenciado, con más de cuarenta años a cuestas, solo había
sabido vender su acero a intereses de desalmados por unos reales de vellón. No había tardado
en acabar en la cárcel de Sevilla, condenado a la horca por destripar a dos porteros y a un
alguacil en un mal encuentro en el mesón de Tresaguas.
Hernaldo levantó el pequeño vaso de aguardiente y lo bebió de un trago, disfrutando
el ardor de aquella bebida que le recordaba que aún estaba vivo. Al hacerlo su memoria le
llevó a aquel agujero perdido, donde después de un año de palizas y humillaciones de los
carceleros, tras haber aceptado que moriría ahorcado y meándose encima, apareció un ilustre
paseándose por la galería como si estuviera en el Alcázar de Madrid. Su perfume había

tamizado los efluvios concentrados de la cárcel. Se detuvo frente a él con el carcelero a sus espaldas.

«Este es —había dicho el carcelero señalándole—. Mañana le sacan al cadalso». Hernaldo había alzado la vista un momento y el ilustre, con el pañuelo sobre la nariz, le había escrutado.

«Entiendo. Entonces puede que sea el hombre que necesito».

El carcelero le había golpeado con el fin de que atendiera al señor. Él apenas percibió

esto; se echó hacia atrás por instinto, acostumbrado a la garrota y al dolor. Le estaba

imprecando para que se pusiera en pie cuando el ilustre levantó la mano y, dándole un os

reales, le dijo al carcelero que se retirase. Después se giró lentamente. Con el bastón había

apartado el cabello que le cubría la cara y había alzado su mentón pronunciando su nombre.

Hernaldo le había mirado nervioso, aceptando que la visita de un ilustre solo le traería más

dolor antes de abandonar la vida.

«Tranquilo, no he venido a causarte más daño», había dicho don Enrique al contemplar su rostro aterrado.

«¿Qué quiere de mí?», le había preguntado separándose un poco.

Entonces, el marqués había pronunciado unas palabras que él ya no olvidaría mientras viviera en esta tierra de Dios.

«Estás a punto de morir, Hernaldo de la Marca, pero, si me escuchas, puede que tu

vida sea más larga y más cómoda a partir de ahora», le había dicho acucillándose. Él había negado con la cabeza y el gesto torcido. No comprendía. Don Enrique había

abierto las manos y había sonreído como si estuviera delante de un niño.

«¿Quieres morir en la horca esta noche o no?».

Él se había removido todavía más extrañado, al entender que debía contestar.

«No... No, señor».

«Escucha, Hernaldo —había dicho entonces don Enrique mientras se acercaba a su

rostro tapándose boca y nariz con el pañuelo, y disponiendo el bastón sobre su hombro —.

Estamos en guerra. Una guerra que decidirá el destino de Europa, el de España y el de su rey.

Has servido durante toda tu vida como soldado a la casa de los Habsburgo, y me temo que no

podrás hacerlo más, pero podrás servir a la casa de Arcona».

Recordaba ahora cómo aquella pro posición, caída del cielo, le había hecho sentir un

aprecio inmediato por aquel hombre, como si fuese un ángel. Era obvio que el marqués no

fue buscando a aquella cárcel a Hernaldo de la Marca, sino a alguien que cumpliera una serie

de requisitos, y él los cumplía. Recordaba también cómo se lanzó hacia sus manos,

besándose las, y cómo don Enrique se había retirado un poco.

«Sáqueme de aquí y le juro que le serviré como serví al rey Carlos. Hasta la última

gota de mi sangre será suya, ilustrísima», le dijo.

Don Enrique había erguido un dedo deshaciéndose de su contacto.

«Empieza por no tocarme si yo no te lo digo —le había dicho con media sonrisa

mientras él le pedía una y otra vez perdón —. Antes de cerrar este trato quiero que entiendas

algo, Hernaldo. Voy a liberarte bajo mi custodia; si se te ocurre traicionar mi confianza, no

solo volverás aquí, sino que me encargaré personalmente de que tus carceleros estén

pendientes de ti cada día. ¿Has entendido esto?».

Él asintió diciéndole que no habría más se ñor que él y que moriría a su lado.

«Me convertiré en el instrumento para ejecutar sus deseos y no le fallaré jamás —le

había terminado de decir—. Tiene mi palabra de honor».

El marqués se había puesto en pie y había depositado la cabeza leonada de su bastón

sobre sus labios de reo ordenándole que guardara silencio con un ademán de su mano. «Hernaldo, llegarán días en que tengas que elegir ser fiel o perderte.

Recuerda

entonces tus palabras de hoy. La fidelidad solo se prueba en los peores momentos de tormenta», le había dicho, para después perderse por aquella galería de reos que era el infierno en vida.

De aquello hacía ya quince largos años. Desde entonces había servido al marqués en lo bueno y en lo malo y, tal como le juró, estaba decidido a morir por él si se daba el caso.

Servir a los Habsburgo solo le había traído desgracias y los Borbones solo le licenciaron tras

años de servicio con más pena que gloria. Don Enrique, sin embargo, había demostrado ser

un señor digno, astuto, valiente y prudente a un tiempo, y también capaz y poderoso. Ya en el

pasado, cuando le ordenó perpetrar la muerte del Castamar de una forma sutil y poco

convencional, casi lo había conseguido. Muy pocos conocían aquellos detalles, y de saberse

terminarían todos en la horca y su señor condenado, pero precisamente aquella había sido una

de las veces en las que él pudo demostrar su lealtad: el trágico accidente de doña Alba.

Ningún docto pudo explicar por qué su caballo la había aplastado de forma brutal. Para

Hernaldo, en cambio, el suceso era un libro abierto, pues llevaba su firma.

Para la tarea, conocía a un boticario especial izado, uno de esos dedicados a prestar

servicio con su conocimiento donde otros no llegan. Había cruzado medio Madrid hasta una

pequeña botica situada en la calle de los Reyes, a las afueras, cerca del paseo limítrofe de los Recoletos Agustinos. Allí, Vicente Hermosilla le dio la solución que él buscaba. El viejo había hallado una fórmula que al principio le pareció cosa de brujería, pero sin duda no dejaba huellas: un silbato de madera lavada. Al mostrárselo, su mente de soldado no dio crédito. Fue necesario que le demostrase cómo podía aquello dar muerte a alguien sin dejar

pruebas. El anciano lo tomó y sopló por él sin que este emitiera sonido alguno. De pronto, el

mastín del boticario apareció por la trastienda y se sentó junto a él.

«El silbato no emite ningún sonido audible para las personas, pero sí para los animales», le informó Hermosilla.

«Parece brujería», dijo Hernaldo.

«No, no. Es la naturaleza, fíjese. Con un soplido el perro acude, con dos... — Sopló y

el mastín se marchó por donde había ve nido—. ¿Ve?».

«Bueno, ¿y qué quiere que haga exactamente con esto?», le preguntó. «Ah, Hernaldo, con las armas no dudo que sea usted muy hábil, pero en estas lides...

Utilice el silbato para adiestrar el animal que desee. Asocie el sonido inaudible a un dolor, a

la rabia, a lo que usted quiera, para que el causante de la muerte que quiere provocar sea el

animal —le explicó de forma sencilla—. Puede, por ejemplo, amaestrar a un perro para que

ataque en cuanto sople el silbato. Nadie podrá decir que usted estuvo involucrado, parecerá

un accidente».

Sin duda, aquel hombre de ciencia había dado con la clave para enviar a don Diego al

otro barrio sin que se abriera una investigación, por más que a él el duque no le pareciese un

mal hombre. Según decían, era un noble hecho a la guerra que había demostrado

sobradamente su valor en el campo de batalla, y eso él lo respetaba. Por supuesto, su sentir

particular sobre el de Castamar no era un impedimento para darle matarile. El destinatario del

aplustamiento había sido don Diego y no su esposa, pero aquel día los esposos habían

intercambiado los caballos gemelos con los que solían pasear. Si la fortuna los hubiera

acompañado aquel día, ahora el duque sería pasto de gusanos en vez de serlo su mujer. «Todo

el esfuerzo para nada», se había dicho en múltiples ocasiones. La suerte no los había

acompañado ni en aquel ardid ni en la guerra pasada, pero era cuestión de tiempo que lo hiciera.

Se terminó de enfundar un pistolón de avancarga y salió por la puerta hacia la casa de

la marquesa de Villamar con el propósito de cumplir la tarea que su señor le había

encomendado. Si había algo por lo que podía apostar con seguridad era que, de una forma o

de otra, don Enrique conseguiría la grandeza de España y la desgracia de Casta mar.

Mismo día, 16 de octubre de 1720. Media mañana

La cocina se había convertido en una algazara de vapores, hornillos calientes, fogones, leña y carbón; de mozos de cocina eviscerando tripas de cordero y pescado, desnervando las partes duras; de ayudantes deshuesando, napando la carne con salsa de almendras, confitando en azúcar, mechando carnes con manteca de cerdo y lardeando otras con albardillas finas de tocino. Toda aquella tolvanera de gente, cacerolas, sartenes, espumaderas, espetones y brocas de trinchar había alejado de su pensamiento el incidente de Rosalía — que casi le había costado la vida a la pobre —, así como la inesperada visita de don Diego a los fogones. Tan solo de vez en cuando recordaba el rostro estupefacto de doña Úrsula. Una intervención así por parte de don Diego ya era insólita, pero si además se despedía de la cocinera jefe con el saludo propio a una señorita de bien, entonces toda aquella escena se convertía en un despropósito.

Clara se giró y tomó aliento, recordando la intervención de su señor y los ojos de lechuza que se le habían quedado a la dueña. Sonrió un poco, sintiéndose algo malvada, al pensar que por fin algo escapaba al férreo control del dragón. Por lo demás, aquella algarabía también le había imposibilitado conocer a la moza de oficio que había ocupado su antiguo puesto al ser ella ascendida: Beatriz Ulloa, una muchacha gansona sin mucho conocimiento. Clara suponía que doña Úrsula había preferido contratarla con la hornada para la celebración a fin de evitar que ella pudiera escoger a alguien afín de entre todos los empleados temporales. La había puesto a dirigir a los sollastres para que estos no dejaran de limpiar, sin estorbar al resto de los ayudas y mozos de

cocina más avezados.

Removió un poco más el estofado y lo cató para tasar si tenía la cantidad oportuna de vino. Vio que no y, con suavidad, incorporó un pequeño hilo del tinto mezclándolo con cuidado. Después lo dejó en manos de la jefa de cocina Alfonsina Serrano y de nuevo depositó la vista sobre su nueva moza de oficio, que dormiría en el mismo hogar en el que ella había amanecido ese día. La veía torpe con el cuchillo mientras cortaba la patata en *batonnet*. Sin embargo, tras aquellos ojillos castaños reconocía el brillo de la supervivencia, el que se instala bajo las pupilas cuando has sufrido y penado en esta vida. El mismo brillo que ella llevaba grabado en su estampa.

Mientras se encaminaba por uno de los corredores hacia el resto de las cocinas, oyó de pronto la melodía de un clavecín que alguien estaba interpretando extraordinariamente bien en los pisos superiores. Recordó el día en el que ella, practicando con su hermana frente al teclado, esperaba la llegada de su padre para comer, según les había escrito él unos días antes. No llegó nunca. Lo hizo un mensajero con una carta escrita por el secretario de Guerra, don José de Grimaldo. Fue ella quien abrió la puerta para dar la bienvenida a su progenitor y tirarle del moflete cariñosamente. Tras leer la misiva, tuvo que sentarse ante la s miradas atónitas de su madre y su hermana, que solo le preguntaban qué estaba ocurriendo. Clara, con los ojos cargados de lágrimas, había tardado en responder:

«Nada —había dicho—. No ocurre nada».

Después de aquello perdió el conocimiento. Cuando re gresó de la inconsciencia, su vida ya no era la misma: su padre había muerto y ella sufría de un mal nervioso que le impedía salir a los espacios abiertos. Algunos días más tarde pudo conocer de boca del propio secretario las circunstancias reales que acom pañaron a la muerte de su padre.

«Murió como un héroe y un patriota», había comenzado don José de Grimaldo.

Al parecer, un destacamento austracista que se había infiltrado tras las líneas borbónicas asaltó el campamento hospitalario que dirigía su pa dre en busca del opio y de la comida. Su progenitor, al ser avisado, plantó defensa junto con los soldados menos graves y un retén sobre el puente del río Tajuña. Mientras ellos defendían el campamento, ordenó esconder todas las reservas de opio y comida y puso a salvo al otro lado del río a pacientes y mujeres. Más tarde supieron que entre ellos estaba uno de los sobrinos terceros del rey.

«Su padre aguantó cerca de una hora, pero siendo él uno de los últimos y viendo que los austracistas matarían a todos los heridos si cruzaban el puente,

lo voló con él dentro —dijo con la voz solemne el secretario—. Lamento su pérdida. Su padre era un hombre honesto, bueno y valiente. Salvó muchas vidas esa noche. Sé que el rey, al enterarse de dicha noticia, dijo que debía concederle alguna gracia póstumamente».

Aquella gracia nunca llegó. Pese a que escribieron algunos pliegos, la guerra se llevó todas las buenas intenciones, y nunca comprendió por qué el Borbón no hizo honor a las palabras que dijo. Desde entonces solo había conocido penuria y sufrimiento, salvo algunos momentos especiales.

Sus pensamientos se detuvieron al girar una esquina y encontrarse de frente con doña Úrsula, que descendía de una escalera amplia situada a la derecha del pasillo. Junto a ella caminaban dos muchachas que, por los mandiles con los que iban ataviadas, parecían ayudas extra de cocina. Al verla, la dueña la detuvo con un gesto sencillo de su mano como un director de orquesta. Clara comprobó que aún tenía el rostro descompuesto por la visita inesperada de don Diego, y contuvo una sonrisa.

—Sus excelencias don Diego y doña Mercedes, junto con su ilustrísima don Enrique y la señorita Castro, van a hacer una comida campestre en los jardines de Villacor —la informó sin darle opción apenas a saludarla.

—Uno de los ujieres de viandas ya me ha avisado por orden de don Melquíades.

Según tengo entendido, don Gabriel también los acompañará —le dijo Clara. —Efectivamente, así es —respondió la dueña elevando un poco el entrecejo como si eso no fuera importante.

Clara percibió una cierta incomodidad en el ama de llaves, quizá por verse obligada a

servir a un negro. Comprendía que esto fuera así, pero, si don Gabriel era un hombre libre,

tenía el mismo derecho a gozar de su libertad que cualquier otro, y si el señor se había criado

con él como si fueran hermanos, era lógico que le amara como tal. Clara no sentía ninguna

incomodidad en cocinar también para él. Ella preparaba la comida de cualquiera de la

servidumbre, incluidos muchos que poseían ahora un rango inferior. De hecho, si el señor

deseara que preparase un plato para alimentar a su ganado, lo haría sin

rechistar. —Estas son sus dos nuevas ayudas para la celebración —dijo doña Úrsula cambiando de tema con brusquedad.

Dolores Carvajal y Benita González, ambas al menos diez años mayores que ella, la saludaron adecuadamente, pero con una pizca de escepticismo en los ojos. —Es un placer conocerlas —les dijo ella saludándolas de nuevo como una señorita, sin pensar.

Al momento se percató de que lo había vuelto a hacer, traicionada por su educación, y se irritó consigo misma. Las dos mujeres la miraron sin saber qué decir e hicieron una torpe inclinación. Doña Úrsula arrugó el gesto y Clara supo que iba a aprovechar aquel desliz suyo para afianzar su poder sobre ella.

—A partir de ahora, ustedes dos quedan bajo las órdenes de la cocinera jefe, aquí presente. Señorita Belmonte, ¿podemos hablar un momento? —preguntó.

Clara asintió y les dio órdenes para que fueran preparando algunas computas de acompañamiento. Doña Úrsula esperó, con un mohín desabrido en el rostro, a que las dos ayudas se alejasen. Clara aguardó paciente su ataque.

—Señorita Belmonte, tenga usted cuidado de no confundir la cocina con un salón de baile de su excelencia. A estas simples doncellas su cortesía les sobra, vienen aquí a trabajar —le dijo con aquel tono autoritario y avasallador.

Clara esperó unos segundos antes de responder.

—Con el debido respeto, doña Úrsula, muestro la cortesía que me inculcó mi madre

—le contestó—. No creo que mi educación haga ningún mal a estas...

Debía de ser la primera vez que alguien le replicaba en esos términos, porque doña

Úrsula abrió los ojos de par en par y la cortó de raíz:

—Disculpe, señorita Belmonte —la advirtió con la mirada—, es obvio que le

enseñó

muy buenos modales, pero no los adecuados para manejar a la servidumbre de una cocina,

pues también es obvio que su madre no pasó mucho tiempo en ella salvo para divertirse. Clara apretó los puños hasta que sus nudillos palidecieron y se dispuso a contestarle,

pero doña Úrsula no le dio opción.

—Y es obvio que no le supo enseñar cuándo debía acatar una orden directa y callarse

—concluyó—. Trate a la servidumbre con la corrección justa, no vaya a ser que ahor a todos

nos creamos que somos su excelencia. Vuelva al trabajo.

Clara se limitó a acatar su orden. Recorrió el pasillo encaminándose hacia las cocinas.

Sabía que aquel arrebato se debía más a la escena que había presenciado en los fogones que al

saludo cortés que ella había realizado. Este quizá pecase de excesivo, pero en ningún caso

podría molestar a nadie. Continuó su trayecto, con las pupilas de doña Úrsula grabadas en su

nuca desde el otro lado del corredor. Al rato miró hacia atrás para ver si seguía allí cuando,

justo al cruzar las escaleras que conducían a pisos superiores, le llamó la atención una figura

que debía de haber estado escuchando. Era Elisa, que pegada a la pared le hizo un gesto en

silencio para que siguiese andando. Clara no dijo nada. Al fondo, la dueña seguía rumiando

algo.

No fue hasta más tarde, cuando llegó a la cocina principal tras haber supervisado las otras dos, que encontró a Elisa Costa esperándola en el patio mientras fingía que trabajaba con una cubeta donde llevaba ropa limpia, doblada y planchada. En cuanto la vio le hizo una señal, cogió su barreño y se dirigió hacia la portezuela de carga. Clara asintió con disimulo y tomó el rumbo hacia el pasillo acodado. Salió por las puertas y permaneció a una distancia prudencial de la cocina hasta que al poco apareció Elisa, con la cubeta llena de ropa, por el otro extremo de la galería.

—He oído a la vieja bruja. No te preocupes, es así con todo el mundo —le susurró. —Sí, lo he notado. Incluso con don Gabriel —dijo Clara.

—No soporta servir a un negro —le contestó Elisa—. ¡Recórcholis, a nadie nos gusta,

pero como ella tiene esas ínfulas...! Hasta cierto punto es normal. Es un negro, al fin y al cabo. Dicen que no son como nosotros, que no son muy listos. Pero don Abel, el difunto padre de don Diego, le crio como a un hijo.

Clara comprendió en aquel instante que Elisa era una muchacha sencilla a la que le gustaba hablar en demasía. Se sabía que las clases humildes, de las que ella formaba parte ahora, socializaban de una manera muy diferente a la que sus padres le habían enseñado a ella. Era una forma sin decoro, donde todos se veían dentro de un mismo mundo y se conocían por sus nombres de manera directa. Posiblemente porque todos sufrían de igual modo las inclemencias de la vida.

—La vieja bruja nunca soportó tener que tratar al negro como a un señor —continuó, como una lluvia incesante—. Le costó tanto que, según dicen, estuvo a punto de irse de la casa. Incluso don Diego le dijo que lo hiciera si no podía soportar tal idea.

—Pero se quedó —dijo Clara en voz baja—. Adora tener el poder sobre la servidumbre.

—Claro. Pero vive *amargá* como una almendra, que hasta el marido prefirió largarse a aguantarla —dijo elevando la voz sin darse cuenta—. ¡Años sin conocer varón, eso le pasa!

Clara miró hacia todos los lados pensando que en cualquier instante podía aparecer alguien.

—Por favor, baja la voz —le pidió entre risas.

—La vieja bruja no puede oírme, la he visto irse a los pisos superiores —contestó Elisa.

Estaban riéndose cuando, desde el otro extremo del corredor, se oyeron las carcajadas de Rosalía. Había aparecido como un fantasma y sin mediar más palabras comenzó a gritar «¡Vieja bruja, vieja bruja!» mientras se reía sin malicia. Clara y Elisa corrieron hasta ella para tratar de callarla. Justo cuando Clara le decía que no podía decir eso bajo ningún concepto, tuvo la sensación de que la puerta de la cocina se había balanceado suavemente, como si alguien, desde el otro lado, hubiera estado escuchando su conversación durante todo ese tiempo.

CAPÍTULO 12

16 de octubre de 1720, mediodía

Melquíades estaba escribiendo unas últimas líneas en su cuadernillo. Desde que había sido nombrado mayordomo de Castamar tras el fallecimiento del que fuera su predecesor y padre, don Ricardo Elquiza, rellenaba aquellos dietarios como si fueran cuadernos de bitácora, narrando los acontecimientos más importantes del día a día. Después de terminarlos, los coleccionaba numerados en una estantería de su despacho, como un pequeño tesoro. Se sentía en cierta forma como un cronista, describiendo cada jornada con todo tipo de detalles e incluso añadiendo algunas ilustraciones. Por supuesto, no tenía intención alguna de publicarlos, aquel empeño era un divertimento personal a la par que una forma de ordenar la vida en la hacienda. El lujo de los cuadernillos de lomos finos se lo proveía el señor duque. Su librero, gran conocedor de las imprentas, ordenaba encuadernar algunos interfoliados a un taller madrileño regentado desde la muerte de su esposo por doña Isabel María de Arroyo. La señora enviaba cada seis meses un paquete con cuatro libretos en blanco al librero del señor, y este, a su vez, los despachaba a Castamar a cargo del duque. Por supuesto, Melquíades había intentado costearlos él en más de una ocasión, pero don Diego se había negado rotundamente.

Ahora, mientras esperaba a su sobrino para darle instrucciones precisas, describía el intento de despido de Clara Belmonte, que le había sido revelado por su buen amigo Simón Casona. Al parecer, la contratación de la joven, que en principio no pasaba de ser una muchacha más de las muchas que circulaban por Castamar, había puesto patas arriba todo el servicio. En cuanto se enteraron de que una simple moza de oficio había tomado el puesto de la señora Escrivá, comenzó el correveidile entre los criados. Las malas lenguas llegaron a decir que la muchacha se había ganado los favores del duque y por eso había saltado a ser la jefe de tres cocinas completas en la celebración. Por supuesto, le había bastado oír un par de comentarios de ese tipo entre doncellas, sotayudas, gentilhombres y ujieres para cortarlo de raíz con la autoridad propia de su cargo. Aun así, las malas lenguas no se acallaron por completo hasta la hora de comer del día previo.

El sabor del potaje de garbanzos con espinacas de Clara Belmonte había

deja do perplejos a todos. Acostumbrados a la cocina sobria de la señora Escrivá, de sopas de pan, berenjenas rellenas y asadas y algún postre demasiado azucarado, aquello les había sabido a todos a gloria bendita. Algunos miembros de la servidumbre, incluso, habían querido que les explicara en plena comida cómo había obtenido tal sabor. La muchacha, algo tímida, había explicado cómo debían hacerse las espinacas, los garbanzos, el huevo cocido y las patatas controlando el fuego bajo en una vasija de barro sobre una hornalla.

Al terminar el primer plato nadie hablaba ya del motivo del ascenso, pues era obvio. La dueña, por su parte, aún no había probado la cocina de la joven, pues había pasado la víspera en Madrid en busca de un cocinero. Tan solo había catado el desayuno de esa mañana, y por la forma en la que la vio enarcar las cejas supo que la había sorprendido. Melquíades la conocía demasiado bien: doña Úrsula no había dicho nada porque su soberbia se lo impedía, y él debía confesar que el pequeño descuadre en el control férreo que la dueña tenía sobre Castamar significaba un soplo de aire fresco en pleno agosto.

La primera vez que vio a la dueña la había juzgado como la perfecta ama de llaves, y pese a todos los años acosado por aquella mujer, tenía que admitir que lo era. Antes de que doña Úrsula descubriera su secreto, Melquíades se había sentido profundamente atraído por ella. Tal vez por su forma diligente de hacer las cosas, por su perfeccionismo y la dedicación que ponía en su trabajo. Nunca dejó de reconocer que, tras su gesto adusto, era una mujer de muy buen ver. Secretamente a veces, incluso ante sí mismo, había tenido la esperanza de que, dentro del paraje yermo que era el espíritu de doña Úrsula, floreciese algo de piedad; que tal vez, regándolo con su cariño, podría descubrir el lado más humano de aquella mujer de acero. Pero esto solo había sido una ilusión estúpida y, conforme fue pasando el tiempo, su esperanza se tornó hueca. Por eso cada vez que rememoraba cómo ella, abusando de su confianza, descubrió su secreto, se llamaba estúpido. Había sucedido meses después de su entrada en Castamar como ama de llaves, cuando él ya la miraba de soslayo sin que ella se percatara. Melquíades había estado a punto de mostrar alguno de sus cálidos sentimientos a la gobernanta cuando ella destruyó cualquier afición de ese tipo. Recordaba con precisión meridiana cómo doña Úrsula había entrado en su despacho para informarle de que doña Alba, aquel ángel de mujer, requería su presencia. «Aquel día nefasto en el que todo salió mal —se dijo—. Doña Alba murió y yo dejé de ser el

verdadero mayordomo de Castamar». Melquíades, que en aquel momento se encontraba escribiendo su diario, había salido de allí con premura junto a la dueña, olvidando el cuadernillo abierto sobre la mesa. Fue a medio camino cuando recordó su descuido y, meticoloso como era, quiso repararlo al instante. Doña Úrsula, diligentemente, se había ofrecido a ir en su lugar y guardar el diario en su sitio para que él acudiera sin dilación frente a doña Alba. Su ingenuidad le jugó una mala pasada y, a la postre, le había transformado en una marioneta.

«Cuento con su discreción», le había dicho él.

«Por supuesto, don Melquíades. Nada más lejos de mi intención que leer sus confidencias personales», había respondido doña Úrsula sin pestañear.

Así le pidió que guardara el cuadernillo que había dejado sobre la mesa en su pequeña alacena, dándole la llave de esta. Él, confiado, se había dirigido al saloncito donde le esperaba doña Alba. Y mientras la señora le revelaba que estaba encinta y que deseaba darle una sorpresa esa misma tarde al duque, doña Úrsula había descubierto la carta, accidentalmente o no, al colocar el cuadernillo en el armario. La maldita carta que comprometía todo su futuro. Él mismo la había metido en el cuadernillo dos días antes, cuando alguien le interrumpió con un asunto sobre las polillas en los armarios mientras estaba meditando si debía de destruirla. Luego la había olvidado. Ese despiste y su ingenuidad le habían condenado a ser el farsante que se paseaba por Castamar dando órdenes. Él era el principal comediante de aquella tragicomedia ridícula. Se castigaba a sí mismo duramente por esto, pues no tenía el valor suficiente para desvelar a su señor la naturaleza de esa carta y los actos impíos que se mostraban en ella. Y hasta que no encontrase el valor para hacer tal cosa, doña Úrsula le tendría en sus manos, le acosaría y asífi xiaría tanto como quisiese.

Se odiaba por su cobardía, e incluso por los sentimientos que había tenido hacia ella y que de vez en cuando asaltaban su interior como una vieja voz olvidada. Se reprobaba a sí mismo diciéndose que no era más que un medio hombre, un muñeco roto del que colgaban falsas medallas de autoridad. Durante aquellos años había estado a punto en tres ocasiones de confesar todo al duque, pero al final, temblando frente a él y empapado en sudor, se había retirado acusando malestar. Muchas veces había pensado en abandonar la hacienda, pero con cincuenta y cinco años le costaría encontrar otro empleo de mayordomo mayor. Además, le inquietaba que doña Úrsula hiciera uso de aquella carta allí donde estuviera, buscándole la ruina. Por eso era un

prisionero de Castamar, como lo era don Gabriel, a su propio modo. Ambos, cada uno en su nivel, eran prisioneros en una jaula de oro. Así habían transcurrido los años, y con ellos, las posibilidades de Melquíades de labrarse otra vida lejos de aquella hacienda habían menguado mientras que su secreto se había hecho cada vez más pesado.

Dos golpes en la puerta interrumpieron su escritura. Cerró el cuadernillo antes de dar la orden de que pasaran. Su sobrino, Roberto Velázquez, vestido con la librea impecable, entró y se cuadró ante él con los ojillos brillantes. Tenía las orejas grandes, el bozo ya marcado y una percha que, pese a su delgadez y altura, le convertía en un mozo bien lucido.

—Don Melquíades, ¿me ha hecho llamar? —le dijo con la barbilla levantada.

—Sí, sí, Roberto, pasa. Como sabes, hoy su excelencia almorzará en los jardines de Villacor —dijo—. Habla con don Pedro Cebrián, nuestro primer caballero, o en su defecto con don Belisario Coral, que es el caballero mayor, y le transmites la necesidad de trasladar hasta allí dos carruajes.

Tal como esperaba, el muchacho se sintió extrañado, pues el señor y sus invitados deseaban hacer el camino a pie. No tenía sentido llevar los carruajes. Esperó paciente a que su sobrino le preguntase. Quería hacerle comprender que un buen mozo o ayuda debe prever cualquier situación e ir un paso por delante.

—Disculpe, don Melquíades —dijo el muchacho sin familiaridades, tal como le tenía dicho—, según ha dicho el propio don Diego, sus excelencias e invitados irán andando.

—Dado el breve tiempo que llevas en esta casa —le contestó haciendo una pequeña pausa dramática—, imagino que no conoces los jardines de Villacor. El muchacho negó con la cabeza y agachó el mentón un poco.

—Están situados a menos de media legua en dirección oeste, son un enclave estupendo para disfrutar de la vida campestre —le dijo—. Estoy tratando de evitar que cometas errores que otros ya cometieron en el pasado. Si te has fijado, he marcado una distancia entre la casa y los parterres de Villacor, ¿no es así?

El muchacho asintió con los vapores recorriendo su rostro por el nerviosismo, sin atisbar adónde quería llegar su tío con todo aquello. Melquíades esperó unos momentos antes de hacerle saber qué es lo que podía pasar en esa media legua de distancia. El consejo que su sobrino iba a recibir hoy lo había aprendido él de su padre, Ricardo Elquiza, que le había reprochado no haber tenido más visión en el pasado.

«Servir es anticiparse a los deseos del señor —le había dicho—. La anticipación es una cualidad esencial de todo buen criado».

Ahora era necesario que su sobrino lo aprendiese.

—Es suficiente distancia para que, si el tiempo empeora, sus excelencias lleguen completamente empapados —explicó—. Encárgate de que los carruajes estén allí por si acaso.

—Gracias, don Melquíades —dijo el chico memorizando la lección.

—La próxima vez espero que esta propuesta salga de ti. Debes prevenir este tipo de inconvenientes. De cualquier forma, si se diera el caso, la idea siempre fue tuya, ¿queda claro?

Roberto se extrañó, afirmando que obviamente no era así, pero bastó una mirada suya para que su sobrino no pusiera más objeciones. Tras colocarle el cuello de la camisa, le puso la mano en el hombro y le dijo que lo estaba haciendo bien. El muchacho salió de la sala caminando casi de puntillas, tratando de mantener el aire elegante de un caballero con vestiduras nuevas. Lamentablemente, pronto se daría cuenta de que no lo era y que, como todos los que habían nacido sin hidalguía, necesitaría trabajar el resto de sus días para conseguir el sustento.

Entonces Melquíades percibió un aroma embriagador a olla podrida, un cocido que mezclaba de una forma cautivadora las legumbres, el chorizo, la carne de morcillo tierna, los morros de puerco, su rabo, el relleno de pan y huevo, los huesos de caña, el repollo... Aquella fragancia había quedado en el ambiente después de que su sobrino cerrara la puerta anticipando la comida que tendrían hoy.

Los efluvios ascendieron lentamente hasta él, haciéndole recordar que había alguien nuevo en las cocinas; alguien muy distinto que podía traer, sin saberlo, grandes cambios. Pensó entonces que tendría que conocer a Clara Belmonte de man era personal, pues al fin y al cabo, aunque fuera de nombre, seguía siendo el mayordomo mayor de la hacienda. Aunque la esperanza en este tipo de situaciones era una enemiga, se permitió, llevado por la bondad de los aromas, el pensamiento de que algún día Castamar volvería a ser suyo.

Cada hora que pasaba en Castamar, Enrique se sentía más a gusto. Don Diego se había revelado como un hombre algo desabrido; en su opinión, no tan distinguido como se hubiera esperado de un grande de España, pero lo suficiente para su linaje. Lo más destacable de él era su talante dividido, y aún no tenía claro qué atributo preponderaba. El hombre de Estado que habitaba en don Diego era culto y leído, preparado desde niño para gobernar Castamar y

ser un elegido en la corte, capaz de controlar las situaciones peligrosas, de medir sus actos y las consecuencias, de elaborar planes para conseguir sus objetivos. Por contra, bajo esta piel se escondía una fiera rugiente que, de aparecer, devastaría todo a su paso.

Al último dardo lanzado en el desayuno habían seguido algunos otros sobre la servidumbre y los negros, opiniones comúnmente aceptadas pero que sabía que don Diego reprobaba. Notaba que había empezado a irritar al duque con sus comentarios, pero estos eran aún sutiles, con el fin de comenzar a indisponerle contra él sin que el resto notara su intención. De hecho, pronto elevaría lo molesto de sus comentarios con el fin de sacarle de quicio. Le satisfacía ver que la naturaleza del duque navegaba en favor de su plan.

En realidad, Enrique conocía el talante débil del duque para con la servidumbre desde antes de llegar a la hacienda, pero esos días lo había comprobado con sus propios ojos: esa forma de dirigirse al mayordomo mayor, el respeto afable hacia el ama de llaves, o la propia anécdota que había contado doña Mercedes el día de su llegada sobre el castigo al ilustre por haber maltratado al jardinero. Para Enrique, como para la mayoría de los apellidos nobles, eran pérdidas de tiempo. Maquiavelo ya decía en *El príncipe* que quien construye sobre el pueblo construye sobre barro, y entre que le amasen o temiesen a uno, era mejor lo segundo. A Enrique el amor que su servidumbre le tuviera le era indiferente, él no les tenía ninguno. Los criados debían servir desde el fondo del que provenían, pues este era su elemento. Además, su libertad debían racionarla los señores, pues la mayoría de ellos no sabían qué hacer con ella ni cómo encauzar sus vidas. En general, las clases llanas eran budoques cortos de entendederas, y por supuesto no eran ni serían nunca sus iguales.

Ahora, mientras caminaba hacia los jardines de Villacor junto a la señorita Amelia y al propio don Diego, meditó cómo había ido tejiendo su plan. No había sido fácil encontrar una candidata para seducir a don Diego. Tenía que cumplir ciertos requisitos: dar apariencia de respetabilidad, pero que hubiera conocido varón, estar entrenada en las lides de la seducción y, sobre todo, ser manipulable, hallarse en una situación crítica de la que él pudiera sacar provecho. Después de esperar y esperar, acechando a todas las familias ricas o nobles caídas en desgracia, apareció por casualidad. Doña Mercedes le había revelado su existencia en un comentario sin importancia:

«Creedme, marqués, la única joven que consiguió obtener de mi hijo cierta atención, a pesar de su dolor, fue la señorita Amelia Castro, y eso que lo

intentaron muchas. Una criatura deliciosa, de familia andaluza respetable aunque sin título. Y es más, os diré que, si mi hijo se hubiera prendado de ella, no me hubiera opuesto a su matrimonio con tal de que pudiera sacarle de la tristeza, pese al escaso linaje de la joven. Aun así, no se consiguió nada y mi hijo sigue siendo un alma perdida».

Por eso había volcado su atención en la desgracia de la señorita Castro. Y ahora ella caminaba ingenua frente a él, con el mayor de los desparpajos, envolviendo en sus artes de seducción a don Diego, justo lo que Enrique quería. A su espalda avanzaba el hermanastro del duque, que no le quitaba la vista de encima. De salir bien sus planes, qué poco se podía imaginar el membrillo lo que le tenía preparado a él.

—La verdad, don Diego, en mi última visita no conocí Villacor —decía en ese momento la señorita Amelia.

—Pues fue un fallo imperdonable al que pondremos remedio hoy —respondió don Diego.

Enrique, que no soportaba este tipo de conversaciones, se distrajo pensando en cómo había acrecentado la desgracia de la señorita Castro: primero compró su hacienda, después las deudas que su padre había dejado y, por último, satisfizo los impagos que ella tenía; propagó por Cádiz gran parte del escándalo de ser la mantenida de cierto caballero, y finalmente, tras provocar su caída en el infortunio y la desesperación, le hizo saber por medio de una conocida suya, Verónica Salazar —viuda de cierto calado social en Cádiz que había aceptado gustosa el pago de más de cien escudos —, que la soltería inexpugnable de don Diego tal vez ya no lo era tanto.

—Doña Mercedes me dijo que es uno de sus lugares favoritos —añadía ella.

—Y de toda la familia. Sobre todo en primavera, que el verdor es mayor —decía don Diego con una sonrisa.

«Pobre señorita Castro —se dijo Enrique—. Tan ajena, tan llena de deseos frustrados». Poco podía sospechar ella que sus intrigas habían provocado su huida hacia Madrid. Enrique solo se había sentado a esperar pacientemente su petición de ayuda y su llegada, mientras los secuaces de Hernaldo de la Marca vigilaban a la señorita Amelia de cerca. Al final se encontraron en la Corrala del Príncipe, ella con la intención de atisbar posible marido y él con la de que cumpliera el papel que había dispuesto para ella. Cuán magnífico había sido aquel teatro de las apariencias, sin duda una representación mucho más grandiosa que la que se había dado sobre las tablas aquel día.

—Y su madre, don Diego, ¿no caminará con nosotros? —dijo Enrique para

entrar en la conversación y hacer notar su presencia.

—Salió temprano. Le encanta pasear hasta Villacor por la mañana —contestó el duque.

Amelia Castro, que deseaba toda la atención del duque, le sonrió coqueta.

—De haberlo sabido, tal vez me hubiera ido con ella. Una mujer sola con dos hombres..., no creo que esté del todo bien visto —les dijo mirando a ambos.

«Torpe por su parte», se dijo Enrique. Si deseaba obtener la mano del Castamar no debía dejar fuera nunca a su hermanastro. Con dicho comentario había puesto de manifiesto que no veía en el negro a un verdadero miembro de la familia, sino un bozal domesticado, mientras que para don Diego aquel descendiente de africanos era un hermano. Aun así, supo que el duque no se lo tomaría en cuenta, debía de tener el talante acostumbrado a este tipo de lapsus.

—Le doy mi palabra de que no correrá ningún peligro. Está usted con tres caballeros —replicó el duque.

Ella advirtió su desliz y le sonrió dulcemente.

—Me quedo satisfecha, don Diego —le dijo—. Nadie podría sentirse más segura protegida por dos ilustres de Castamar y el marqués de Soto.

Enrique sonrió en respuesta al halago, aunque, en su fuero interno, lo hizo más por ver que ella estaba a la altura de las circunstancias. «Buena rectificación», se dijo. Oyeron el sonido de la rueda torturada de una carretilla y a su izquierda surgió la figura enorme y algo contrahecha del jardinero. Transportaba plantas de pequeñas dimensiones con su abono cubierto de cenizas. El hombre se detuvo y, quitándose la gorra, les hizo un saludo.

—Buenos días tengan su excelencia, ilustrísima y todos sus acompañantes.

—Buenos días, Simón. Caminábamos hacia los jardines de Villacor —respondió el duque tratando con familiaridad al jardinero.

—Acompañé a su madre hará ya un rato hasta allí, pues así me lo pidió ella. En esta época del año es una maravilla —contestó el hombre con cierto tono alegre.

Don Diego y su hermano se detuvieron unos instantes a intercambiar impresiones con el criado, y Enrique, al verlo, dio un par de zancadas hasta alcanzar la posición de la joven.

—Señorita Castro, ayer nos interrumpieron —comenzó— y no pude decirle que no deseo que se sienta incómoda a mi lado.

—Todo lo contrario, don Enrique, no puede imaginarse el agradecimiento que siento por usted —contestó ella serena y en voz baja.

—No deseo que me agradezca nada —le dijo él caminando con las manos a la

espalda—. Ya conoce mis motivaciones. Solo déjeme ser un benefactor para usted.

—¿Más aún? Sería una descortesía por mi parte.

Notó cómo se agitaba. Podía sentir cómo aquella cabecita giraba tratando de averiguar si sus palabras eran ciertas. Estiró una mano enguantada hasta tocar la suya y ella no supo cómo reaccionar.

—Comprendo —asintió—. Tiene usted razón, apenas nos conocemos de unos días. Por eso, para que entienda que no permitiré su desventura, esta mañana he ordenado a mi administrador, el señor Barroso, que tenga a bien satisfacer en mi nombre todas sus deudas... Las de su padre y las suyas —detalló Enrique—. Incluida la recompra del cortijo familiar. Ahora sus deudas ya no existen.

—¡Pero don Enrique! —le susurró con los ojos como platos.

Le divirtió el temblor de los labios de la señorita Amelia, que reflejaba su miedo, su desorientación, la incredulidad. Ella había huido de Cádiz, de los acreedores y de su desgastada reputación para verse en manos de un único acreedor. La pobre había vislumbrado de golpe que él, pese a haberla ayudado desinteresadamente, era ahora el dueño de su vida entera.

—Yo... no podré pagárselas nunca —dijo—. Me es imposible...

—Tranquícese, no se preocupe usted de nada. Se me hacía insoportable la idea de verla sufrir teniendo en mi mano el poder ayudarla. Una señorita como usted no puede verse rebajada a un estatus inferior del que le corresponde. — Le sonrió atento—. Además, si desea la mano de don Diego, difícilmente la conseguirá sin una mínima dote. A todas luces, bien lo sabe usted, se vería como un casamiento ventajoso.

En cierta forma ya lo era, por cuanto ella no tenía título y don Diego era un grande inmemorial de España. Pese a esto, tenía a su favor que en la corte se había instalado la idea de que el duque moriría soltero.

—A riesgo de ofenderle... —tanteó la señorita Castro mirándole atónita—. Dígame usted la verdad..., ¿qué desea de mí?

Don Enrique no contestó y sonrió tranquilo al percatarse de que el duque y su hermanastro se acercaban a ellos a su espalda.

Se separó sutilmente de la señorita Amelia simulando un buen entendimiento entre ellos, mientras don Diego se disponía al otro lado de ella y, más allá, el negro le flanqueaba sin dejar de escrutarle.

—Tiene usted aquí una servidumbre muy competente: la cocina, los jardines. Me tiene muy impresionada, don Diego —se sumó a su fingimiento la señorita

Castro.

—El servicio es una de las mejores cosas de Castamar —dijo don Gabriel participando inesperadamente en la conversación—. Mi hermano siempre se ha caracterizado por cuidarlo mucho.

Enrique sintió que el mestizo le miraba desde el otro lado del grupo. Aquel impertinente era una molestia. Aparecía en momentos y lugares inoportunos, como el primer día, y no dejaba de vigilarle. Se dijo que estaba todavía lejos de poder darle el escarmiento adecuado a su insolencia, debía sujetar las riendas de su propia impaciencia.

—El jardinero parece algo mayor para encargarse él solo de tanto terreno —apostilló sin dedicar ni una mirada a don Gabriel.

Habían llegado al final de un sendero entre juncos secos y arena pedregosa. El paisaje estaba salpicado de encinas y rocas voluminosas del granito gris, duro y liso propio de la sierra de Madrid.

—Lo es, y aunque posee innumerables ayudas, es terco como una mula, don Enrique —le contestó don Diego—. Nuestro mayordomo, el señor Elquiza, le ha proporcionado cerca de siete jardineros, pero siempre termina haciendo el trabajo él en vez de delegar.

—Es un mal común en la naturaleza de la servidumbre no saber gobernar a otros —dijo Enrique.

—He leído en algún sitio que un criado de mal comportamiento suele deberse a un señor que gobierna mal —apostilló la señorita Castro con una sonrisa dulce y cándida.

—Haría bien en no hacer caso a los libros donde se cuentan tales cosas. Por mi experiencia eso no tiene sentido —intervino él.

—Por mi experiencia, en cambio, solo puedo afirmar lo contrario, don Enrique —contestó el duque luciendo media sonrisa—. La señorita Castro está acertada en su juicio por cuanto las malas órdenes de un señor son siempre cumplidas por sus criados. Yo diría que entre la servidumbre hay tal variedad de caracteres como entre los de alta cuna.

—Discrepo, amigo mío, es de común acuerdo que los sirvientes en general no poseen la fuerza de carácter necesaria para gobernar a otros, y solo en casos excepcionales se acierta a ver una inclinación al mando en ciertos siervos relevantes, como un mayordomo o un contralor.

Don Diego no le contestó y se encogió de hombros para no hacer de aquello una discusión mayor. Él se quedó en silencio, diciéndose que el duque mostraba la misma debilidad de carácter que había demostrado su padre

dando la libertad a un negro. Caminó sintiendo que, pese a su manio bra de acercamiento a la señorita Castro, ese mismo día tendría que tomar la iniciativa con ella si quería que su estrategia llegara a buen puerto. Pasearon durante media hora más, y esta vez la señorita Amelia, aprendiendo de sus errores, incorporó en la conversación al hermanastro del duque. Este correspondió con algún comentario vacuo, sin intención de profundizar.

Ascendieron un par de altozanos hasta que se internaron en una gran fronda donde convivían los árboles silvestres con jardineras artificiales de piedra y un sendero cubierto por una pequeña capa de mortero. Lo cruzaron dejando el arroyo de Cabeceras al pie de la colina, y ascendieron zigzagueando hasta coronarla.

Allí, bajo un gran encinar, hallaron a doña Mercedes, acuartelada en una silla y rodeada por un pequeño grupo de gentilhombres, un ujier de viandas y varios mozos. Detrás había un pequeño caserón de dos pisos, al que el duque llamó «la dehesa de Villacor». Les dijo que llevaba sin abrirse mucho tiempo, pero que cada año se le daba un repaso para que se conservara en buen estado. Al acercarse, Enrique pudo comprobar cómo desde aquella colina se avistaba a lo lejos el Alcázar y el río Manzanares. Tras saludar a doña Mercedes, se recostó en un pequeño diván aterciopelado que de seguro habían sacado de la casa. Se quedó contemplando las vistas, extasiado por la belleza del momento, e hizo que le trajeran algunas uvas y un vino dulce de Málaga.

—Con franqueza, don Diego, este diván es una pieza enormemente cómoda. Tendré que encargarme uno tan exacto como un hermano gemelo —dijo Enrique con los ojos entrecerrados.

El duque sonrió y, a modo de anécdota, afirmó que el mueble sobre el que se había acomodado era el preferido de su esposa. Enrique sintió que se le congelaba la sonrisa y el espíritu, y pudo vislumbrar, durante unos segundos frente a él, la cara de ángel de Alba susurrándole aquella frase maravillosa que le dedicaba cada vez que se veían en las colaciones, en los bailes y en los espectáculos del palacio del Buen Retiro: «Es usted el hombre más apuesto de toda la corte».

CAPÍTULO 13

16 de octubre de 1720, antes de comer

Sentada en su despacho, media hora después de que los señores partieran hacia Villacor, Úrsula se repetía que, si deseaba gobernar las cocinas como controlaba el resto de la hacienda, tenía que saber más sobre Clara Belmonte. «Todos guardan secretos —se repitió—. Todos tienen un pasado».

Ella misma había tenido uno que le había dejado llena el alma de buitres, escondidos en los rincones, dispuestos a devorar a cualquiera que mirase dentro: Elías Pereda, un hombre enorme, de brazos fuertes y dedos duros como enebros. Contrajo matrimonio con él a los veintiocho años, huyendo de las palizas y abusos de su padre. Ingenuamente, antes de pasar por la vicaría, Úrsula pensó que Elías era un buen partido, pues estaba posicionado como un primer caballero del barón de Robles. Se convenció a sí misma de que dejaría atrás la vida tan dura que su padre le había dado y buscó en él una salida. Nunca le quiso. Él, por el contrario, sí se había prendado de ella. Al menos, al principio. Había sido todo pasión y amor antes del matrimonio, pero, apenas recién casados y ya habiéndose metido entre sus piernas, vio en ella a una mujer a la que despreciar y golpear hasta apagar los fuegos de su frustración por perder la vida entera en los juegos de naipes. Era un adicto y un mal jugador, y tras sus borracheras en el mesón, llegaba siempre ebrio de resentimiento para forzarla rasgándole las enaguas y penetrándola sin pudor, noche tras noche. Ella nunca sabía bien si resistirse para recibir una paliza y después el forzamiento, o sol o resignarse con lo último. Una vez cogió un cuchillo de cocina con la intención de defenderse, y él le sonrió como si le diera más placer y la molió a palos con su correa, dejándole el cuerpo cubierto de sangre y la piel levantada.

Otras noches, las menos, cuando venía eufórico por haber ganado algunos reales, se tumbaba en el jergón tras ella, oliendo a hircismo, y le decía que la amaba, que no podía vivir sin ella, y se quedaba allí acariciándole la cabeza. En aquellos momentos absurdos, Elías trataba de aplacar los remordimientos diciendo que era ella la culpable de su mal humor, que él no deseaba hacerle daño, que se veía obligado por su terquedad. Sin embargo, lo peor vino después.

Gracias a las enseñanzas del padre Aurelio y de las monjas del con vento

de Nuestra Señora de las Maravillas —donde había aprendido algo de números, algo de geografía, y a leer y escribir correctamente el castellano —, Úrsula se abrió camino desde moza ordinaria hasta ser ama de llaves. Su padre, un zote holgazán, le había permitido trabajar solo con el fin de que le mantuviera, pero al menos ella había tenido cierta independencia con los reales que escondía. Elías, por contra, le exigió que abandonase su trabajo de inmediato, alegando que no permitiría que su mujer trabajara cuando su sueldo daba de sobra para ambos.

Mientras, las conocidas de la calle de la Palma, donde vivían, le daban la enhorabuena entre sonrisas desdentadas, declarando la suerte que tenía de que Elías la quitara de trabajar, como los hombres respetables. No tenían ni idea. Pronto su matrimonio no fue más que una farsa mal estrenada. El único deseo de su marido era que Úrsula le sirviera solo a él, mientras se divertía con su barragana y las bordionas del burdel. «Menudo bellaco malnacido —se dijo Úrsula sintiendo el habitual amargor que le traía pensar en él —. Si le dejas, acaba conmigo». Una vez, mientras le veía llegar beodo del mesón ya de madrugada tras las ventanas de la casa, un parroquiano de la zona le había preguntado si iba a calentar la cama a su esposa. Elías le había sonreído, ebrio, y le había dicho que Úrsula no servía para otra cosa.

«Un día la vas a matar», le había contestado el otro.

«No, hombre, no —había dicho Elías babeando el olor a vino —, ¡alguien me tiene que calentar la cama, coño!».

Esa noche la había intentado forzar varias veces sin que su miembro reaccionase. Por cada una de ellas la golpeó con una sartén en la espalda, acusándola de ser odiosa y fría.

Úrsula puso final a aquel mal casamiento una noche de 1704. En el saloncito comedor de su pequeña casa, Elías la había mirado con escepticismo cuando ella le dijo que le dejaba.

«Qué dices, mujer, te has vuelto loca», le contestó mientras sorbía la sopa directamente de la escudilla.

Ella aguardó aterrada su cólera. Se lo repitió y, haciendo acopio de su valor, le miró a los ojos para decirle que no le amaba, que no le había amado nunca y que se había casado con él por despecho hacia su padre. Él la contempló como quien mira a un despojo.

«Úrsula, no puedes dejarme. Soy tu marido. Anda, ponme más sopa, no vaya a ser que me caliente», le dijo sin prestarle más atención.

«Póntela tú», le contestó ella y, con toda la rabia que había acumulado en la vi

da, le lanzó la escudilla a la cara.

Él dudó unos instantes. Después se acercó en dos pasos hacia ella, que no se movió y mantuvo el insulto en los ojos. Elías le cruzó la cara haciéndole vibrar hasta los tímpanos. Sus mandíbulas crujieron, se desorientó y cayó al suelo con el labio roto.

«No juegues con fuego, Úrsula».

Ella se levantó despacio, con la boca encharcada en rojo, hasta ponerse frente a él.

«Tu poder sobre mí ha acabado esta noche», le dijo con los ojos encendidos y el cuerpo agitado por el miedo.

Le escupió a la cara como colofón. Él, con el rostro contraído por la incredulidad y por la ira, alzó el puño. Ella permaneció firme, con el mentón erguido, robándole todo su poder. Entonces, cuando Elías iba a desfigurarle el rostro, varios golpes en la puerta le habían hecho detenerse.

«¡Abran en nombre del rey!», se había oído.

Las sonoras llamadas de los alcaldes, alguaciles y una pequeña escuadra de su majestad simbolizaron para ella la rotura definitiva de sus cadenas. Las palabras desabridas de la guardia conminándole a que abriera la puerta al principio dejaron frío a Elías. Fue entonces cuando la miró.

«¿Qué está pasando aquí, Úrsula? —le preguntó mientras avanzaba hacia ella sacando de su refajo un cuchillo de siete muescas—. ¡¿Qué has hecho?!».

Ella, que esperaba su reacción, se colocó detrás de la mesa y comenzó a gritar diciendo que el traidor deseaba matarla. Elías tiró la mesa y la silla a un lado, pero los balines de los mosquetes volaron la cerradura y, para cuando quiso darse cuenta, varios soldados le apuntaban. Le prendieron, acusado por su propia mujer de ser un colaborador austracista.

La mayoría de los vecinos sospechó que no lo era, y que en realidad Úrsula lo había pergeñado por quitarse de encima un marido que le pegaba. Sin embargo, nadie dijo nada. Elías tenía algunas simpatías en el vecindario, pero no las suficientes como para que alzasen la voz en su defensa sin la seguridad de que era inocente de los cargos. En plena guerra, uno se podía ver en un mal lance si defendía a alguien que después resultaba ser culpable, pese a que realmente no lo fuera. Solo algunas vecinas, que sufrían de sus mismos males, habían cruzado una mirada comprensiva y silenciosa con ella el día en que abandonó la calle de la Palma. Aun así, la mayoría de los vecinos ya habían enjuiciado su calvario mucho antes. «Algo hará para que le pegue», «Esa no es una buena mujer», o «Si no hace más que calentarle hasta que salta».

Por eso Úrsula no miró atrás. Cogió todo el dinero que había reunido y se dirigió a Castamar, donde una semana antes ya había conseguido trabajo sin que se enterase su marido. Era una hacienda alejada y, para cuando él saliera de prisión, si es que salía de donde fuera que le llevarsen, no le sería posible encontrarla. ¡Qué poco se imaginaba ella entonces que su pasado no la abandonaría tan fácilmente! Con todo, aquel día fue el primer paso de su liberación, y cuando abandonó la villa de Madrid en dirección a la de Castamar, Úrsula se dijo que nunca más, pasara lo que pasase, permitiría a un hombre controlar su voluntad y su vida.

Una llamada en la puerta de su pequeño despacho la hizo regresar de sus recuerdos. Úrsula dio orden de que entraran y la nueva oficial de cocina, Beatriz Ulloa, obedeció con paso tímido pidiendo permiso para personarse. Úrsula sabía que, pese a esa imagen de aparente ingenuidad, Ulloa no perdería la ocasión de sacar provecho de cualquier situación.

—Verá, doña Úrsula, no quisiera pecar de indiscreta, pero... —dijo simulando recato.

—Te contraté para que fueras indiscreta, muchacha. Si no lo eres, es mejor que te vayas ya de esta casa —le dijo tajante, para que quedaran claras sus intenciones y no hacerle perder el tiempo con hipocresías.

—Sí, doña Úrsula, por eso venía a informar la de la conversación que han tenido la señorita Costa y la señorita Belmonte —le dijo—. Hablaron...

Se detuvo, pensando quizá en qué consecuencias tendría que en un futuro la descubriesen como confidente.

—No tengo todo el día —la urgió Úrsula

La muchacha asintió tomando de nuevo la iniciativa.

—Hablaron del mal carácter de usted, y la señorita Costa añadió que el motivo de su naturaleza agriada es que no ha... conocido varón desde hace mucho tiempo —dijo la joven inclinando la cabeza con los mofletes sonrojados—. Incluso se atrevió a mencionar que... su marido... la abandonó porque es usted una... vieja bruja.

Úrsula sabía lo que la servidumbre decía de ella y le importaba bien poco. Había escuchado conversaciones y rumores de todo tipo y condición respecto de su persona, algunas incluso le habían parecido graciosas. Una muchacha que duró poco tiempo en el servicio pensaba que ella hacía pactos secretos con el diablo y fornicaba con él por las noches. «Santo Dios bendito —se había dicho entonces—. La imaginación de algunas gentes se inflama con el miedo de una forma extraordinaria». Por eso la opinión de Elisa Costa sobre

ella no era algo que la afectase. Tenía una armadura por piel, forjada por el dolor y el sufrimiento, y bien poco le importaba a ella la opinión de una sirvienta bajo su mando.

—¿Algo más? —le inquirió.

—Sí, según Elisa, usted no puede soportar la idea de servir al hermano del señor por ser negro, y la señorita Belmonte afirmó que le gusta tener el poder de la casa.

Se extendió un silencio. Úrsula pensó que Beatriz Ulloa estaba disfrutando al poder decirle a la cara los insultos de otros sin sufrir represalias. No le importó. La joven solo era un peón que debía servir a sus intereses y, si no lo hacía, estaría buscando empleo en los mesones en un santiamén. Además, Elisa Costa tenía razón. No soportaba la idea de servir a un bozal domesticable salido de África, que había tenido la suerte de encontrar un alma caritativa en don Abel de Castamar. Sin embargo, así eran las cosas y así los arranques de los grandes señores, dueños de las vidas para lo bueno y lo malo de todos ellos. La miró inquisitiva por si quería añadir algo más.

—Eso es todo —dijo con la cabeza gacha y los ojos asustados—. Espero haber actuado correctamente, doña Úrsula. Ya sabe que lo que más deseo es hacer carrera en...

—Has actuado como debías —interrumpió su alegato de lealtad, dedicación y servicio—. Para esto te traje, para que me contaras todo lo que ocurría dentro de esa cocina. Demos gracias a Dios de que tienes una memoria prodigiosa para estas cosas, tal como me dijo tu madre.

La muchacha asintió.

—¿Llegaron a hablar de su excelencia? —preguntó Úrsula.

Beatriz negó con la cabeza. Le dio la sensación de que se había presentado ante ella con el fin de promocionarse, más que para informarla.

—Sobre todo quiero saber de la señorita Belmonte, ¿comprendes? —le recordó—. Vigíla bien. Ahora vete y sigue así.

La joven desapareció por la puerta y Úrsula se quedó de nuevo sola en su despacho, entre los buitres escondidos de su espíritu. Se sentía algo cansada, y se dijo que ostentar el poder era agotador, pues no cabía tiempo para la felicidad, para los momentos pequeños, para ese amor que parecía destinado solo a los señores. No había ni un instante para otro fin que no fuera alimentar aquel poder y retenerlo. Pero ella tenía esto asumido. De no hacerlo así, se podría ver de pronto sin él, y entonces no sería más que otra mujer maltratada por la vida, como las muchas que había en aquella España de Dios, que

arrastraban a sus espaldas dolor, resentimiento y pocas alegrías.

16 de octubre de 1720, en la comida

Amelia había concluido años atrás que las mujeres no eran más que espíritus quebradizos bajo las leyes de los hombres. Que el casamiento, la vida en sociedad, estaban diseñados para la libertad masculina, y que sus encantos y los que pudiera mantener duran te esos años de juventud se escaparían sin remedio. Por eso casarse bien era tan importante para una dama. Ahora ella, con sus deudas impagables en manos de don Enrique, no sabía en qué tierra estaba pisando. Con solo pensarlo necesitaba tragar saliva para ahogar la pena y la frustración. Tenía que conservar la cabeza fría y tal vez mantener al marqués alejado.

Aquel hombre la hacía estremecerse. Había algo profundamente atractivo en él. Tenía una belleza embriagadora. En tan solo dos días, había despertado en ella sentimientos contradictorios e incontrolables. Por un lado, se sentía atraída hacia él y no podía evitarlo: él simbolizaba sus ideales de éxito, de elegancia, de estatus, y era, por definición, el hipotético marido al que naturalmente hubiera aspirado. Su forma de expresarse, su inteligencia, su osadía ante don Horacio y aquella forma sensual de mirarla la agitaban por dentro enardeciendo sus pasiones más bajas y alentando su imaginación con pensamientos que la habían sorprendido esa medianoche entre la vergüenza y el deseo. Se castigaba a sí misma por aquellas ideas. Por otro lado, sin embargo, la voz de su cautela le hacía estar alerta. «Nadie compra todas las deudas de una muchacha sin fortuna y mancillada —se dijo—. Quiere algo de ti». La prueba de ello es que en ningún caso el marqués había hablado de un posible compromiso matrimonial entre ellos. Es más, la había alentado a que se casara con don Diego. «Benefactor» era como se había definido. Un término sutil que podía esconder un significado mucho más oscuro.

Hiciera lo que hiciera, estaba ya en sus manos; ella solo podía rezar por que estas fueran benévolas y sinceras. Don Enrique era conocedor del escándalo con el que cargaba desde Cádiz y también su único acreedor. Bastaba una palabra suya para que el rumor de su malograda reputación se extendiera como la peste entre la alta sociedad. Por eso su desesperación la conducía una y otra vez a creer en sus palabras.

Por otro lado estaba don Diego, que a diferencia del marqués estaba por encima de las intrigas y de la corte. Era el perfecto caballero, sobriamente elegante, tan seguro de sí mismo que su sola presencia la reconfortaba, como si nada malo pudiera sucederle mientras él estuviera cerca. Pese a ser un

hombre invadido por la pena, su mirada le transmitía una fuerza arrolladora y sentía que, si conseguía enamorarle, no la dejaría nunca. Con un hombre así, ella correría el riesgo de perderse por siempre en él. Estaba realmente fascinada con el duque y la fortuna que se desplegaba en Castamar, como le había pasado en su primera visita aquel verano inalcanzable. Era una de las fortunas más importantes de España. Tenía tierras por toda la Península, plantaciones en las Américas, villas en los Territorios Bajos, en el ducado de Parma, propiedades heredadas en Londres y París, e incluso una pequeña flota de barcos en Cartagena y Málaga. Se decía que la suya era una de las pocas casas nobles que podía competir con el caudal del antiguo duque de Medinaceli, que había terminado muriendo, acusado por conspiración contra el rey, en el castillo de Pamplona nueve años atrás. Castamar era uno de los linajes más cercanos al corazón del rey. Doña Mercedes le había desvelado que el monarca había exhortado a don Diego a seguir su ejemplo y tomar nueva esposa.

«Los males del corazón no se curan por voluntad propia, primo, solo los mitiga el tiempo», le había respondido el duque no hacía mucho, según su madre.

Ahora, a Amelia solo le interesaba seducir a don Diego y disimular la desazón terrible que le había provocado el marqués con la compra de sus deudas. Por eso no dejaba de intentar captar su mirada, mientras doña Mercedes devoraba un cuarto de pera en almíbar.

Habían comenzado con «la comida de bodegón», propia de las salidas campestres, antes de la hora habitual, pues el tiempo y la caminata les habían abierto el apetito. Dos aguadores se encargaban de servir el agua de limón, el agua de canela y la bebida imperial hecha en azumbre de leche. Los gentilhombres habían desplegado varias libras de queso finamente cortadas, algunas decoradas con un poco de aceite de oliva muy refinado, uvas, dulces de yema, hojuelas enmeladas y pan de trigo traído de la panetería, hecho esa misma mañana. Además, antes habían degustado un pastelón de carne de gamo, cazado el día previo, que había silenciado a todos los presentes. Servido junto con el vino de Valdepeñas y Alicante que habían escanciado los coperos, había reducido la tertulia a pequeñas muestras de placer al degustar las viandas, hasta que doña Mercedes había afirmado que era delicioso.

—Yo he de decir, don Diego, que hacía tiempo que no disfrutaba tanto de un paisaje y de una comida tan deliciosa —dijo Amelia clavándole las pupilas. El duque volvió los ojos hacia ella y le fue difícil soportar su mirada, tan

directa y prolongada. Disimuladamente, tuvo que posar la vista en su copa, rellena de deliciosa bebida imperial.

—Me alegro, señorita Castro —dijo don Diego al fin—. Muchas veces he venido a este lugar con el fin de liberar mi mente con la vista del paisaje y una buena lectura.

—Querida Amelia, como ya sabe, Diego es un excelente lector —dijo doña Mercedes.

Don Diego rebajó los halagos de su madre sonriendo, y su hermanastro le rogó que leyera algo para los asistentes. Él se negó, aludiendo a que no quería hacer de aquella tarde algo tedioso. Amelia esperó el momento oportuno y, mientras miraba de soslayo al marqués, que no le quitaba ojo, afirmó que a ella le encantaría escuchar algo de poesía.

—Hacedme el favor, la última vez que fui vuestra invitada me leísteis en dos ocasiones y siempre me quedé con ganas de una tercera —dijo tratando de convencerle.

Deseó que en su ruego no se percibiera la turbación que sentía por dentro. El aura atractiva del marqués era una presencia implacable.

—Vamos, hijo, no seas tan remilgado —le azuzó su madre.

Don Diego sonrió y se puso en pie.

—Está bien, está bien —les dijo—. Pero recordad que no es traidor el que avisa, luego no quiero reproches si arruino la tarde.

—Don Diego, tenga cuidado con ser flexible ante las mujeres —apuntó don Enrique mientras intercalaba un sorbito del agua de canela —, pueden dominarle a uno.

Amelia le miró fingiendo una sonrisa y haciendo acopio de todo su valor. Don Diego pareció no percatarse de las segundas intenciones, pero el mestizo la escrutó casi de inmediato, como si supiera que había un código entrelazado entre el marqués y ella. Por su parte, doña Mercedes solo se abanicó, ajena a todo aquel teatro.

—Parece que ya estoy en esa situación, don Enrique. Suerte que siempre que vengo a Villacor traigo conmigo varios libros y creo poder complacer a las damas —contestó el duque mientras se ponía en pie con una educación exquisita.

Se alejó unos pasos hacia el gran encinar que, apartado de ellos, coronaba la colina cobijando los enseres que habían traído sus criados. Amelia se dio cuenta al instante de que sería una oportunidad única para quedarse a solas con él y separarse del marqués.

—Hágame el favor de dejarme elegir entre los libros que ha traído —solicitó esperando a que él la invitase a seguirle.

—Le aviso de que la señorita Castro, según he sabido, es una amante de la lectura —apostilló el marqués.

Esta vez ella no miró a don Enrique —cuyas palabras parecían respaldar sus planes—, solo esperó a que el duque la invitara a acompañarle. Este, con aquella mirada insoportablemente franca, le sonrió y, extendiendo su brazo para que se acomodara en él, le pidió que eligiera ella misma. Se irguió con su ayuda, y se encaminaron hacia la corona de la colina. Detrás pudo oír cómo la buena de doña Mercedes afirmaba, mientras se alejaban, que ella era una criatura adorable. El marqués contestó que estaba seguro de que pronto encontraría un marido. Apenas pudo escuchar más, pues don Diego y ella alcanzaron la cima y rodearon la gran encina buscando un pequeño arcón donde él había guardado, bajo llave, varios títulos. Ella se acuclilló cerca de él y comenzó por descartar a Lope y a Garcilaso, afirmando que debían encontrar algo más intenso. El duque fue a mostrarle algún volumen más y ella se apresuró a coger el mismo con el fin de rozar sus manos.

—Los sonetos de Quevedo me parecen una elección... acertada —le dijo con una sonrisa, sintiendo sus manos cruzadas de pronto.

Don Diego se detuvo unos segundos mirando su mano. Se giró hacia ella lentamente y en silencio. Ella trató de mantenerle la mirada, pero le fue difícil. Deseó que aquel mar embravecido suyo la apartase de los marqueses enigmáticos, de los lobos salvajes y los perros de presa. Él se acercó, y su esperanza creció al ver que su otra mano cogía la suya. Se agitó, pues por primera vez tomaba la iniciativa.

—Señorita Castro, ¿me permite llamarla por su nombre? —le preguntó educado y con cierta dulzura.

Ella asintió casi sin dudarlo, como si pudiera revelar algo que ella no había visto en él hasta entonces.

—Amelia, reconozco en usted esa fuerza poderosa que lleva a superarse incluso en las peores circunstancias, y sea lo que sea lo que le esté pasando...

Don Diego se detuvo y ella se percibió vulnerable, como si aquel hombre pudiera bucear en los senderos secretos de su alma, y se separó un momento.

—No le entiendo, yo... —comenzó a decirle cuando él posó suavemente un dedo en sus labios en un acto osado al estar solos.

—Chsss —le dijo clavando sus pupilas en ella—. Permítame la osadía de ofrecerle, pese a que no me lo ha pedido, una sugerencia, por la amistad que

nos unió un día: sea lo que sea lo que le está ocurriendo, no se deje llevar por malos consejeros.

Tragó saliva, llevada por el nerviosismo, sin saber qué hacer o decir.

—¿Por..., por qué me dice esto? —le preguntó tratando de controlarse.

—Porque sé que para sobrevivir en este mundo a veces hacemos cosas de las que nos arrepentimos toda la vida.

Su turbación se hizo ostensible. Tragó saliva de nuevo. Don Diego parecía adentrarse en los pozos secos y desangelados que la vida había dejado en su alma, como si él pudiera llenarlos de agua fresca con un solo gesto. Recordó de pronto cómo había sido rechazada por el que iba a ser su futuro esposo, el barón de Zahara, que desapareció de su vida tan rápido como había sabido la desgracia de sus padres. Se recordó abandonada por sus amistades, que la ignoraron sin recibirla, sin invitarla más, cruzándose de acera como si fuera unaapestada. Sus palabras se anudaron en la garganta como una cadena ceñida al cuello. Por último, rememoró al conde de Guadalmin, don Arturo de Orca y Nardiel, amigo de su padre y quince años mayor que ella, que había aparecido en el momento justo para rescatarla de su desgajada vida, con el fin aparente de protegerla.

Sintió que sus ojos se aguaban cuando don Diego se acercó un poco más a ella. Intentó pronunciar alguna palabra, pero su gorguera se hizo más fuerte y solo pudo tragar para intentar desembarazarse de ella. Él le seguía cogiendo la mano. No pudo aguantar su mirada por más tiempo, y llena de vergüenza recordó cómo don Arturo le había alquilado una vivienda digna, haciéndose cargo de sus deudas, diciendo que no deseaba nada más que cumplir con la amistad familiar. Cuando quiso darse cuenta, la mitad de Cádiz decía de ella que era una barragana, una amante insidiosa y mantenida. Esa misma noche se había encarado con don Arturo, y este terminó confesando que lo único que deseaba era tomarla. Sobre la mesa puso una pequeña fortuna por si se decidía a aceptar, y si no era así, esa misma noche haría que la echaran de allí a patadas. Pobre como una rata, sin más posesión que el desgastado ajuar de su madre y sus ropajes de apariencia, se desvistió y entró en la habitación.

Al día siguiente se despidió de Verónica Salazar, la única amiga que le fue fiel, a quien tuvo que ver a hurtadillas para no provocar su caída en la deshonra. Verónica tuvo la gentileza de proporcionarle una pequeña casa de su propiedad para aposentar a su madre en El Escorial, con cuatro criados para cuidarla mientras ella trataba de encontrar un marido que solucionase sus problemas. Tras aquella noche fatídica, con la modesta fortuna pagada con el

precio de su virginidad, partió hacia Madrid con su madre en la diligencia por consejo de su buena amiga. En Cádiz dejó su honra, a su padre muerto y las deudas.

Bajó la cabeza, abrumada por su propia deshonestidad.

—Míreme. Mi fuerza está con usted, Amelia —le dijo don Diego con sencillez.

Ella clavó sus pupilas abrumadas en él y de nuevo percibió aquel brillo que no fingía nunca. Se sintió intimidada y reconfortada a un tiempo, como si aquel hombre pudiera borrar con un soplo todos sus problemas. Entonces don Diego, con cierta suavidad, llevó la palma abierta de ella hasta su propio pecho.

—En este corazón no encontrará amor ni pasión, pero quiero que sepa que, si lo desea, puede usted contar con mi amistad sincera, y por supuesto con mi ayuda —le dijo.

Amelia intentó apartar sus recuerdos, pero no pudo. Las imágenes de aquella noche impía se agolparon en su mente: el barón sobre ella, su piel seca, penetrándola, lacerando para siempre su cuerpo y su espíritu. Ahora el nudo invisible de la memoria estaba ceñido a su garganta y le era imposible deshacerse de él. En un acto de profunda voluntad, tomó aire para no quedarse sin respiración y consiguió articular algunas palabras.

—Si..., si pudiera hablar con franqueza..., yo... —tartamudeó con los párpados humedecidos—. Yo... le contaría que...

—¿Se encuentran ustedes bien? —Voló de repente la voz del marqués desde detrás del encinar—. Doña Mercedes se impacienta por las lecturas prometidas.

Amelia se giró secándose la lágrimas, y don Diego se interpuso con el fin de cubrir su estado con su figura.

—Ya hemos elegido, don Enrique —dijo el duque en tono cordial, enseñándole el tomo al marqués—. Espero que sea de su agrado.

—Seguro que han hecho la mejor elección —contestó este esperando para regresar juntos.

Don Diego aguardó un momento y se volvió para ayudarla a incorporarse. Ella trató de recomponerse y caminó junto a él hacia la ensenada mirándole de soslayo. Por un instante, aquel hombre había metido los brazos dentro de su espíritu, infundiéndole tal sensación de seguridad que casi se había abandonado al impulso de contarle sus circunstancias. Y lo más probable era que se comportase como toda la sociedad gaditana. No debía engañarse, no

era una muchacha ingenua, ya no. Ese paso solo lo podía dar cuando tu viera la certeza absoluta de que su futuro estaba bien asegurado.

Sintió un miedo atroz que le recordó la situación en la que se encontraba: asfixiada de deudas, su madre desvalida en una casa prestada en El Escorial y ella buscando fortuna. De pronto vio aquella preciosa villa, Castamar, como un campo de batalla, donde ella podía ser un trofeo para don Enrique, y una damisela con la honra perdida para don Diego.

Comprendió que tal vez se estaba celebrando una partida de ajedrez en la que ella se había visto envuelta, una más grande y compleja que sus intereses de cazar marido. Se llamó estúpida por no haberse dado cuenta de que acercarse a una de las mayores fortunas de España no estaría exento de este tipo de peligros. Mientras descendía apoyada en el brazo de don Diego, su desconfianza creció de forma exagerada, llevada por el pánico, y se dijo que no podía confiar en nadie: ni en la amabilidad de doña Mercedes, pues podía ser fingida; ni en la franqueza de don Diego, pues podía ser falsa; ni mucho menos en el negro, «don Gabriel», que no dejaba de vigilarla, y, por supuesto, no podía confiar a ciegas en don Enrique de Arcona, pues no estaba segura de que estuviese mostrando sus cartas. Supo que, si se dejaba llevar otra vez por sus emociones, como había estado a punto de hacer bajo el encinar, esto podría conducirla a perder su nombre, su desgastada credibilidad y, en último caso, su vida como señorita de bien. Ella era solo una muñeca rota entre aquellos gigantes, pero se dijo que incluso una muñeca rota tenía derecho a luchar por su futuro.

CAPÍTULO 14

16 de octubre de 1720, mediodía

Si había algo que Francisco tenía claro sobre Alfredo es que era de los mejores manejando el espadín, salvando a Diego, cuya maestría era legendaria. Alfredo, con menos tacto sin duda, era sin embargo un erudito de la verdadera destreza, y además conocedor del estilo francés y el toscano, capaz de cambiar de uno a otro con eficacia. Incluso conocía la forma de manejar la capa y la daga a lo español, con ambas manos y con igual habilidad. Rozaba ya la cincuentena, y eso le permitía a él, más joven, instigarle un poco. Aun así, en más de una ocasión Alfredo le hacía caer en alguna celada. Dejaba, quizá, una parada tardía en cuarta más débil de lo acostumbrado, que le avisaba que era un momento idóneo para contraatacar, cuando en realidad se lanzaba contra su espadín romo.

Tras varios lances breves, en la mayoría de los cuales se había visto perdedor, Francisco y Alfredo decidieron asistir al refresco de sus majestades a media mañana en el palacio del Buen Retiro. Se aposentaron bajo un quitasol gruesamente guarnecido con tela, donde les sirvieron unas auroras en un par de copas con demasiado limón y canela, y poca horchata para su gusto. Allí hablaron de política, de la guerra encendida que Europa, incluida Francia, había mantenido con España por Sicilia y Cerdeña. Al final, España había tenido que firmar la rendición en La Haya frente a la entente, cediendo Cerdeña y Sicilia. Tras un rato Francisco se sintió hastiado por el tema de conversación y lo cambió hacia algo mucho más interesante para él:

—¿Vas a llevar a alguien a la fiesta de Castamar esta noche?

—No, no encontré compañía adecuada —le contestó Alfredo—. Me temo que enamorarse a mis años no es pertinente ni prudente, y fingir enamoramiento menos aún.

—Siempre te lo he dicho, al final tendrás que casarte —le contestó Francisco—. Nadie puede tener descendencia por ti.

Mientras que, llegado el momento oportuno, Francisco se sabía capaz de casarse con cualquier mujer atendiendo a su posición, título y riqueza, con el fin de tener descendencia y ampliar las posesiones familiares, Alfredo no deseaba fingir en un matrimonio mal convenido. Así habían pasado los años y, mientras que Alfredo había rechazado todas las posibilidades de matrimonio,

él las eludía saltando de un escándalo a otro. Al final, su padre decidió enviarle al centro parisino Collège de Louis -le-Grand para ver si hacían carrera de él. Después, al estallar la guerra, se vio alistado con dieciocho años en el ejército, en un regimiento de Dragones costeado por su padre. Tras tres años de guerra, y antes de fallecer por dos balines de plomo entre sus costillas, sufridos en la batalla de Almansa, su padre le dijo por primera y última vez que siempre le había querido, y que esperaba que demostrase en todo momento valor para engrandecer el apellido que portaba.

«Francisco, hijo mío, debes tomar esposa y tener descendencia, varón a ser posible», le dijo en el lecho de muerte.

Habían pasado trece años desde que Francisco le jurase que sí, que haría lo posible por perpetuar la dinastía Marlango. Por fortuna, su padre no le había obligado a decidir una fecha. Obviamente honraría la palabra que le había dado, pero a su debido tiempo.

Alfredo, al ver que él seguía guardando silencio, le miró de soslayo y, como si fuese un sabueso, preparó su nueva intervención.

—¿Debo entender que tú sí has invitado a alguien a la celebración?

Él, dando un sorbo a su bebida, ignoró el comentario de su amigo con picardía. Al igual que Diego, él veía a Alfredo como un hermano mayor. Era niño aún cuando su padre había dispuesto que asistiera a las clases del mismo reputado preceptor que enseñaba al futuro barón de Aguasdulces, don Alfredo de Carrión. Francisco debía de tener diez años, Alfredo algo más de veinte y se convirtió en una referencia para él. Antes no había tenido otra, pues no había conocido a su madre, la condesa, fallecida al darle a luz, y con un padre ausente, supo a sus primeros años que la soledad es un estado constante que solo a veces se llena. Adivinó enseguida que cada vez que su progenitor le miraba veía en él al asesino de su esposa. Por eso nunca esperó de él afecto alguno, mientras que había encontrado en Alfredo y en Diego a sus dos únicos amigos. Tampoco necesitaba más, pues se encontraba a gusto en soledad. Los amigos eran de las pocas cosas que uno podía elegir en la vida, junto con los amores pasajeros. Por eso prefería tener pocos y buenos. Por supuesto, al margen de esta consideración estaban los conocidos de la corte, que le abundaban de forma general y servían para correrías nocturnas, pero no para afrontar problemas verdaderos.

—Insisto, dado que te haces rogar según tu costumbre —dijo sonriendo Alfredo—, ¿debo pensar que tú sí has invitado a alguien?

—Puede... —respondió travieso dibujando media sonrisa, y bebió un poco de

aurora antes de contestar.

—Te conozco demasiado bien y he oído ya algunos rumores que espero no sean ciertos —dijo su amigo temiendo que la fiesta terminase en un cruce de aceros al alba.

Francisco lanzó una carcajada.

—¿Tan predecible soy?

—Para mí, como una novela ya leída...

En boca de Alfredo, tales preguntas no eran anecdóticas. Su amigo conocía de sobra el tipo de féminas que le encandilaban, y que, salvo en ciertas ocasiones en las que no podía evitar la tentación de la carne, en general prefería las que habían sido casadas prematuramente con un hombre mayor, aquellas sobre las que habían pasado los años sin haber disfrutado del arte de amar. Este debía practicarse con astucia y de forma sorpresiva, otorgándole a la amante aquello que deseaba pero que no era capaz de pedir. A él le placía conducir a esas mujeres al éxtasis, ver cómo toda su educación, su saber estar y buena maneras desaparecían para convertirse en violentos espasmos, jadeos incontenibles y palabras malsonantes que ellas mismas no podían creer que hubieran pronunciado. Lógicamente, esto había desencadenado algunos pequeños escándalos arreglados al amanecer en un par de duelos rápidos contra maridos demasiado cornudos y demasiado mayores.

Por el contrario, las muchachas puras y virginales eran algo tedioso: se tenía que entregar, porque así al menos le obligaba su decoro personal, a enseñarlas y guiarlas en los movimientos oportunos durante todo el trance del acto. Además, su reputación de seductor se había extendido entre ellas, y sus padres ya las habían aleccionado contra él. «Evitad al conde de Armiño —decían—, lleva la lujuria oculta tras sus buenos modales». Y era cierto. Bien se lo decía su buena amiga Leonor, a la que quería como una hermana, en alguna de sus cartas desde Valencia: «Querido, hasta aquí ha llegado a mis oídos que la hija pequeña del barón Rodrigo del Valle anda desconsolada porque no le has correspondido en las visitas».

—¿Crees que no he oído los rumores que te relacionan con doña Sol Montijos? —dijo Alfredo enarcando una ceja—. Sé que ha sido invitada a la celebración e imagino que ha sido por ti.

—Querido Alfredo, no sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes... —replicó—. Debes tener cuidado con ella. Puede que sea un bocado demasiado grande.

Francisco ya no pudo contenerse y se rio, sabiendo cómo discurriría la

conversación a partir de aquel punto. Era obvio que en la corte se habían extendido los rumores de sus dos encuentros con doña Sol, para su gusto demasiado castos y con su marido demasiado cerca. Adoraba verse envuelto en aquellas batallas, celebradas entre miradas y susurros, ocultos en el lenguaje de los abanicos. Para él, el acto del fornicio no era otra cosa que la culminación de una obra representada ante el público de la corte pero solo revelada en los entreactos, entre bambalinas y tramoyas, más allá del telón que separaba a los amantes de las miradas indiscretas.

Así se preparaba cada día a conciencia, siendo aseado en seco por sus doncellas y gentilhombres, que le perfumaban con aromas de lavanda y romero; afeitado por su barbero, que adecentaba sus pelucas o sus peinados recogidos en una coleta con un lazo de tul; sus manos, suavizadas con aceites esenciales de pomelo y bergamota; vestido con un traje diferente cada mañana, la chupa de tafetán de seda y casaca a juego debían estar pulcras, con su botonera de plata y oro sobre camisas almidonadas, y los detalles sutiles — los zapatos de tacón, las medias blancas, los guantes aterciopelados, el bastón con cabeza de nácar, oro o plata, los pañuelos de encaje perfumados —, siempre adecuados. Todo ello con el único propósito de prepararse para la conflagración de gestos y ademanes.

En esas contiendas había conocido muchas victorias y algunas derrotas. Le gustaba acercarse lentamente primero, ser presentado con toda respetabilidad, para luego deslizar un roce, una mirada intrusa, un gesto preciso, todo ello sin voluntad a parente, sin dejar constancia del cortejo que estaba llevando a cabo. La mujer para él tenía un secreto, un misterio que estaba más allá de las palabras y de los actos individuales de cada una. Era una suerte de esencia que compartían todas ellas y las convertía en criaturas deliciosas. Lo mejor de esto era que por mucho que uno buceara entre sus senos, en el mar de su voluptuosidad, no podía más que aprehenderlo durante unos instantes, como una idea difusa que se escurría entre los dedos como la brisa del mar. Era este elixir que nunca podía ser descubierto lo que las convertía en criaturas celestiales.

Por eso, cuando oía que un hombre había tenido relaciones carnales y tocamientos antinaturales con otro, se estremecía y pensaba que esos pobres desdichados sufrían de un mal perverso. Eran conocidas las tendencias sodomitas de algunos ilustres, y en todos los casos estaban marginados con lógica, pues no eran hombres propiamente dichos y tal vez lo suyo fuera contagioso. El único punto a favor que tenían los invertidos era que no

suponían una competencia para las féminas.

—Aseguran que le encanta seducir jóvenes para luego despreciarlos —le dijo Alfredo apurando la copa.

—En tal caso, no sé por qué ha de interesarme.

Bien sabía él que doña Sol era precisamente el tipo de mujer que deseaba conquistar por encima de todo. Acababa de rebasar la cuarentena, casada en segundas nupcias, y mantenía una belleza embriagadora. La edad la había dotado de un aura enigmática que realzaba su figura bajo los acampanados guardainfantes. Él, acariciando con su mirada las turgencias de sus pechos, se había sentido imantado por aquellos iris perversamente azules y el cabello negro que se escondía bajo la peluca y el delicado tocado. Sin duda, era mucho más atractiva ahora que de joven, cuando sus encantos naturales no tenían el halo avieso de la edad. Inteligente, astuta y manipuladora, había bastado cruzar con ella dos miradas veladas por el abanico en el paseo matutino por el Buen Retiro para que ella le dedicase una sonrisa mientras caminaba sujeta al antebrazo de su esposo, el marqués de Villamar. A solo unos pasos de su marido, un hombre un tanto obeso y carente de gusto que no había dejado de hablar de política, doña Sol había entablado una conversación trivial con él. Suponía que, después de aquel encuentro, ella se habría informado de su reputación, al igual que él se había informado de la suya.

—Dime que no pretendes seducirla en la fiesta de Castamar.

—¿Partimos ya? —contestó Francisco con una media sonrisa desconsiderada. Su amigo se levantó y asintió. Estaba claro por su expresión que doña Sol Montijos era a su juicio un plato peligroso que podía terminar de forma desagradable. Alfredo adelgazó los labios y no dijo nada, pero su amigo sabía que en cuanto terminasen de despedirse de los asistentes al refresco desearía saber todo lo que tenía pensado. Alfredo, en el fondo, asistía a sus aventuras amorosas como si estuviera ante una representación de *El burlador de Sevilla y convidado de piedra*, por eso él prefería no contarle los detalles hasta el momento oportuno para así hacerle disfrutar del teatrillo que era toda aquella hoguera de las vanidades. Efectivamente, en cuanto abandonaron el Retiro y se internaron a pie en la Carrera de San Jerónimo, dirigiendo los caballos con las riendas, Alfredo le puso la mano en el hombro y detuvo un poco su marcha.

—Eres un licencioso.

—Y yo tengo la sensación de que te has convertido en una vieja gallina fisgona.

—Algo deberías decirme —le espetó con una sonrisa—, soy mayor que tú y

puedo darte algún consejo.

—¡Ja!

Francisco no soltó prenda. Cabalgaron en silencio hasta cruzar el puente Segoviana en dirección a Castamar. No quería que Alfredo le sonsacara nada de lo que tenía planeado para esa noche. Sin embargo, en su interior sentía la voz de la lascivia burbujeando silenciosamente. Era un susurro que conocía muy bien y le impelía a recordar una y otra vez los senos turgentes de doña Sol tras la cotilla, sus tobillos finos y elegantes bajo el refajo, y aquel gesto desafiante escondido en sus labios.

16 de octubre de 1720, por la tarde

Clara golpeó con los nudillos en la puerta esperando a que el mayordomo mayor le concediera el paso. Suponía que la había hecho llamar esa mañana, justo antes de comer, con la intención de conocerla en persona. En la comida y cena de estados del día anterior ella solo había visto a don Melquíades presidiendo la mesa, y tan solo la habían felicitado por el potaje de espinacas con garbanzos. La voz ronca del señor Elquiza surgió desde el otro lado del portón de su despacho permitiendo su entrada.

Don Melquíades, con su mostacho arreglado y su librea impoluta, se levantó nada más verla. Ella le hizo un saludo adecuado y él, con una sonrisa que no podía disimular, la recibió como si ella fuera un pariente al que hacía mucho tiempo que no veía. Dejó un cuadernillo numerado en la estantería y se volvió hacia ella.

—Le he hecho llamar porque lleva ya varios días en la casa y no hemos tenido el placer de conversar.

—Muchas gracias, don Melquíades —respondió Clara diligente—. Estoy muy a gusto, en proceso de adaptación. —Aún tenía que recordarse, casi como si fuese un acto de fe, que ella era la cocinera jefe. Sin embargo, y pese a la estrecha vigilancia a la que la tenía sometida doña Úrsula, comenzaba a sentir que Castamar era el lugar que había estado aguardando desde que su madre se había marchado y su hermana había emigrado a tierras austríacas—. Espero no decepcionar la confianza que puso usted en mí al contratarme.

—Tonterías, señorita Belmonte, tonterías. Con cada comida se gana usted más el derecho a estar en esta hacienda. Incluso su excelencia ha mencionado su maravilloso talento —le dijo él con una simpatía desbordante.

—Le agradezco sus palabras —respondió Clara, y se preguntó si aquella extraordinaria amabilidad podía deberse a un interés oculto .

Pronto aquel brillo en los ojos le hizo comprender que don Melquíades no

escondía segundas intenciones, sino que aquello era una acción espontánea y sincera que le había nacido de lo más profundo de su espíritu. Por alguna extraña razón, ella había su puesto un motivo de regocijo para él. A veces le había visto con otros miembros de la servidumbre, y siempre se mostraba respetuoso aunque distante, algo lógico dentro del papel de un mayordomo. No obstante, allí, con ella, se deshacía en halagos.

—Por mi parte, no he llegado tan feliz a la hora de comer desde que cocinaba mi madre, que en paz descansa. De hecho, después de la comida y la cena de ayer, todos se preguntan con qué nos sorprenderá usted hoy.

—Bueno, hoy habrá olla podrida por la celebración, y espero que esté a la altura de las expectativas, don Melquíades —le dijo Clara algo abrumada—. La cena de esta noche me temo que ha consumido todos mis esfuerzos.

—No sea modesta. Lo he olido al pasar y ya deseo sentarme a la mesa —le contestó.

Ella sonrió y trató de no ruborizarse. Se sintió conmovida por la muestra de respeto y afecto que desplegaba don Melquíades hacia ella.

—La mejor manera de comprobar si el aroma de la olla se corresponde con su sabor es catarla —le sugirió correspondiendo a su afabilidad.

Él asintió y, sonriendo bajo el bigote, levantó la mano indicándole el camino, si bien antes de salir la tomó del brazo y la detuvo unos segundos, con cierta solemnidad.

—Señorita Belmonte, déjeme tomarme la libertad de decirle algo.

—Por supuesto, don Melquíades —dijo Clara.

—Todos estamos encantados con su presencia, y aquellos a los que no les guste... tendrán que soportarla.

Clara abrió un poco los párpados al oír aquello y se sintió reconfortada por las palabras que aquel hombre grande y algo panzón le había dedicado. Tras darle las gracias, salieron juntos del despacho hacia uno de los dos salones comedor de la servidumbre, en la planta baja. Suponía que la frase de don Melquíades aludía a doña Úrsula, pues en principio ella no conocía a más miembros del servicio que pudieran estar incómodos con su presencia. Esa afirmación, sin duda, ponía de relieve no solo que la dueña se hubiera sentido molesta con su promoción, sino que además don Melquíades y la dueña no pensaban de la misma forma respecto a su presencia en Castamar. Siempre había creído que el mayordomo no tenía opinión sobre su estancia allí, y había dado por supuesto que solo vio en ella unas buenas credenciales y las excelentes referencias de su amiga, la buena señora Moncada. En general, un

mayordomo mayor, y más de una casa ducal como esta, no concedía demasiada importancia a la contratación de una moza de oficio. Pero si él y el señor estaban tan contentos con su trabajo, poco podía importarle a ella la opinión de doña Úrsula y su vigilancia constante. Aun así, en su interior habitaba una pequeña vocecita que le decía que no era bueno estar en medio de una guerra abierta, si es que existía tal cosa entre los miembros del bureo de Castamar.

Llegaron al comedor, donde el último turno del servicio estaba ya sentado esperando la llegada de don Melquíades. Todos se levantaron al verle y él, con un ademán, más hábito ensayado por la costumbre que gesto protocolario, les indicó que tomaran asiento. Aquella estancia alargada como una alabarda, con las paredes encaladas y forradas de pino barnizado hasta media altura, le producía una impresión profunda. Sentía, de forma simbólica, que penetraba en un territorio ajeno, gobernado por la mano acerada de doña Úrsula, allí sentada a la derecha de la presidencia de la mesa. La escrutaba con aquella mirada de hielo capaz de congelar el ánimo. Por el gesto impreciso entre las comisuras de sus labios y de los párpados, supo que a la dueña no le había pasado inadvertido que don Melquíades y ella hubieran llegado juntos.

Don Melquíades se sentó y dio orden para que el servicio de cocina sirviera el caldo de la olla. Como el día anterior, todos los comensales callaron, atrapados en las emanaciones que ascendían de los platos. Clara se felicitó por aquel mutismo. Durante unos minutos solo se oyeron los sorbos del caldo, y más allá el ajeteo del resto de la servidumbre, que se movía agitada por las estancias adyacentes.

—Francamente, señorita Belmonte, que yo recuerde, la servidumbre de Castamar no ha comido de forma tan espléndida nunca —afirmó de manera categórica don Melquíades.

Al instante, el sumiller del señor Moguer y el señor Ibáñez, ayuda de cámara de su excelencia, se sumaron a la enhorabuena. Muchos otros asintieron mientras sorbían el caldo sin despegar apenas la cuchara del plato. Ella lo agradeció.

—El mérito no solo es mío, sino también de mis ayudas de cocina, sotayudas, mozos y galopines —les aclaró, y miró de soslayo a doña Úrsula para saber la reacción que tenía de su comida en ella.

La dueña, con las mejillas encendidas por el sabor y los ojos vidriosos por los vapores, no podía remediar que el color de su rostro la delatase. Pese a esto, su soberbia le impedía manifestarse al respecto. A Clara le pareció una mujer insufrible, pues en el fondo ella solo había tratado de ganarse su respeto y que

comprendiera que no suponía ninguna amenaza para la cocina de Castamar, sino todo lo contrario. Ella solo deseaba que le complaciera su trabajo y que, después de la alteración que había supuesto su ascenso, su relación se normalizara. Sin embargo, el silencio de doña Úrsula demostró que, para la dueña, afirmar que la olla hacía las delicias de la servidumbre y de su paladar era ver su poder menguado. Para la gobernanta esas palabras no serían simplemente un halago sincero, sino una claudicación, una aceptación de que su saber hacer en la cocina había derrotado su autoridad. «Realmente no sé qué hacer con esta mujer», se dijo.

—Es usted una cocinera extraordinaria —intervino Simón Casona desde el otro lado de la mesa interrumpiendo sus pensamientos.

—Y porque no han probado ustedes los panecillos calientes hechos con miel y manteca de Flandes que le prepara a su excelencia —dijo Elisa—. La otra mañana me dejó tomar uno de los sobrantes de la masa y nunca he probado nada que tuviera un sabor tan agradable.

El sumiller, los cocheros, los ayudas de cámara y los gentilhombres intercambiaron opiniones sobre el fabuloso sabor de la comida entre sonrisas y alborozos. Clara se secó los labios al terminar el caldo, sonriendo algo tímida.

—Van ustedes a sacarme los colores —les dijo apabullada ante los halagos.

—Teniendo en cuenta sus artes culinarias, no queda más remedio que hacerlo y que usted lo soporte, señorita Belmonte —dijo don Melquíades despertando las risas del resto de la servidumbre.

De soslayo, vio que doña Úrsula apretaba la cuchara entre los dedos, amarga como el vinagre, y remataba su caldo sin decir nada. A decir verdad, su silencio era tan notorio que lo decía todo, pero después de lo que le había dicho sobre su querida madre en la galería, aludiendo a que solo bajaba a las cocinas a divertirse, aquel baño de humildad le estaba bien empleado. Vio que don Melquíades, mientras se reía tapándose la boca, desviaba a una mirada inquisitiva a doña Úrsula. Aquel brillo cargado de revanchismo le reveló a Clara que había algo mucho más profundo que simples desavenencias entre ambos. Observó después a los comensales, que seguían riendo y comiendo sin fijarse en aquellas pupilas de don Melquíades, cargadas de significado y fijadas en el ama de llaves.

—¿Qué le parece, doña Úrsula? ¿No es sencillamente delicioso? —preguntó el mayordomo—. No dice usted nada.

Las risas se detuvieron casi en el acto, y todos depositaron sus miradas en la

dueña, que había levantado la cabeza clavando sus ojos en los de don Melquíades, con el rictus pétreo. Se mantuvieron así unos instantes. Clara sentía que sus pupilas estaban planeando una venganza devastadora por aquella osadía. La sala entera aguardó, mientras Clara se preguntaba cómo doña Úrsula se permitía ese tipo de desafío al mayordomo mayor de Castamar. Este, con la sonrisa camuflada por su bigote, arqueó las cejas un poco esperando una contestación. La dueña giró la vista escrutando a todos los comensales, que automáticamente agacharon los rostros. Luego miró a Clara con el invierno en los ojos y ella, manteniendo la cabeza alta, vislumbró algo que la estremeció.

Doña Úrsula se había quedado en silencio durante aquellos segundos eternos no solo por el duelo personal que pudiera tener con don Melquíades, sino porque de alguna forma había creído que ella había tenido que ver en aquella afrenta. Se imaginó de pronto el cuadro que el ama de llaves se había formado cuando don Melquíades y ella entraron juntos en el comedor justo antes de sentarse a comer.

—Delicioso, sí. Enhorabuena, señorita Belmonte —dijo lapidaria.

—Gracias, doña Úrsula —contestó Clara bajando, ahora sí, la cabeza.

Tomó aire y, mientras servían el resto del cocido, se dijo que aquella victoria del mayordomo frente a doña Úrsula había sido tomada por esta como un desafío. Uno que Clara había lanzado a su autoridad. Por eso, mientras terminaba el caldo de ave, pensó que, si antes la gobernanta sentía incomodidad ante ella, ahora se había convertido en una verdadera adversaria. Aun así, con cada cucharada ingerida, su voluntad adquiría una mayor firmeza, y se decía que no permitiría bajo ningún concepto que aquella ama de llaves amargada la expulsara injustamente de las dependencias de su cocina.

CAPÍTULO 15

16 de octubre de 1720, después de la comida

Enrique no conocía la desesperanza que provoca la pobreza y estaba seguro de que no podía ni imaginar la devastación que causaba en los espíritus en los que hincaba sus garras. Suponía que era una suerte de terror que lo inundaba todo, una tormenta de hielo que obligaba a las personas a perder la dignidad para sobrevivir. Y es que el imperativo era precisamente lo único que atisbaba de la pobreza, un instrumento de presión por medio del cual él conseguía parte de sus objetivos. Decían que el hambre, la miseria y las deudas eran el verdadero alimento de la muerte, pues acortaban a bocados la vida de las personas, llevándose lo mejor de sus años y robándoles las alegrías. Pocos eran los caracteres que soportaban aquello con la voluntad en alto, sin dejarse vencer ante tal adversidad ni perder sus principios por el camino. Él sabía utilizar esto acariciando las teclas adecuadas para que la melodía de los espíritus fuera acorde con sus deseos.

La pobre Amelia Castro creía que él no notaba su miedo, que había podido esconder su desesperación real bajo las buenas maneras. Después de oír a don Diego recitar los sonetos de pasadas glorias como Quevedo, había propuesto alegremente leer por turnos a otros autores, incluido algo de la obra teatral *Don Juan de Espina en Milán*, de José de Cañizares. La sorpresa la había dado el impertinente membrillo, pues había traído una obra y en voz alta dijo que le dedicaba la lectura a él.

«*El valiente negro en Flandes* —había dicho—, de Andrés de Claramonte».

El tiznado trataba de incomodarle leyéndole un texto sobre un esclavo negro, emeritense, que terminaba siendo libre y un alto mando de los tercios. «Menuda estupidez —se dijo Enrique—. Nadie en su sano juicio dejaría a un negro comandar un tercio». Se recostó sin concederle la menor consideración, aunque sonrió manteniendo la farsa. Sabía que el mestizo deseaba mostrarle que estaba tan cultivado como cualquier caballero, que no era un esclavo recién sacado de África que no sabía leer ni hablar cristiano.

Soportó aquella lectura vulgar hasta que la señorita Castro los deleitó con una divertida seguidilla que cantó deliciosamente, acompañada por una guitarra que habían traído de la casa. Enrique, que era amigo de este tipo de actividades por ser necesarias para el esparcimiento, no dejó de pensar sin

embargo en si Hernaldo habría conseguido la llave maestra que le permitiría moverse por Castamar a su antojo. De ser así, cuando saliera a cabalgar con las últimas luces del sol antes de la cena, su hombre se la entregaría y su plan sería mucho más sencillo. Se decía a sí mismo que debía tener paciencia cuando la lluvia hizo acto de aparición. Se cubrieron bajo los quitasoles de inmediato, cobijados bajo el árbol mientras la servidumbre recogía el mimbre, los manteles y la cubertería.

—Me temo que las sombrillas no aguantarán mucho sin calarse —dijo molesto.

Don Diego afirmó que se guarecerían en la casona hasta que escampase, pero uno de los mozos se acercó a ellos y haciendo un saludo más torpe que afortunado los informó de que no era necesaria tal cosa.

—Tuve la precaución de decirle al señor Cebrián que trajera los coches, previendo esta circunstancia —añadió—. Están detrás de la colina.

—Bien previsto... —dijo don Diego esperando a que el criado dijera su nombre.

—Roberto Velázquez, excelencia.

—El sobrino del señor Elquiza, ¿cierto? —preguntó amable.

El muchacho asintió, y don Diego le felicitó urgiéndole a que trajera los coches lo antes posible. Enrique pensó que aquel contratiempo podía ser una oportunidad para quedarse a solas con la señorita Castro. Supuso que el duque y el negro se dirigirían al segundo coche, más alejado, con el fin de proteger a su madre de la lluvia. Él iría tras la señorita Castro, que, ansiosa por guarecerse del chubasco y posiblemente de él, volaría hacia el primero. Por eso, antes de que llegaran las berlinas, se situó junto a don Diego, alejado de ella para que no sospechara de sus intenciones, y le dijo a este que habían tenido mala suerte con el tiempo, con el fin de entablar mientras tanto una conversación intrascendental. Tan pronto como llegaron las carrozas, el duque le hizo un saludo de cortesía y cogió a su madre de la mano para asistirle.

Efectivamente, la señorita Castro, pensando que don Diego la seguía de cerca, partió hacia la primera. Enrique fue tras ella raudo, mientras el negro subía en la segunda. La señorita Castro subió rápido el escalón y se introdujo. Al darse la vuelta mostrando su mejor sonrisa, pensando que encontraría a don Diego, su rostro se descabalgó ligeramente al verle a él, convirtiendo sus labios en una línea delgada. Enrique no le dio tiempo a reaccionar y ascendió, bloqueando la salida para impedirle la salida, y echó las cortinillas. En cuanto

el coche arrancó, se estableció un silencio tenso, ella evitando su mirada y él aguardando paciente. Por fin le miró.

—Marqués —dijo la señorita Castro—, sea usted sincero conmigo... ¿Qué desea de mí?

Él chascó la lengua fingiendo otra vez que aquella pregunta le era desagradable.

—Señorita Castro..., la he ayudado desinteresadamente. Ya le dije que mi ánimo no soporta verla en esta injusticia. Yo solo deseo su amistad, y corresponder a la que ya tengo con nuestra amiga en común, Verónica Salazar. Ella apretó las mandíbulas de impotencia mientras su mente buscaba salida a un laberinto que no tenía ninguna. Él adoraba aquel ímpetu de superviviente que hacía que un ser humano se rebelase ante la adversidad, incluso armado con aire y humo.

—Bien sabe usted que no deseo insultarle, don Enrique. Le estoy inmensamente agradecida.

—Pues haga honor a su agradecimiento y confíe en mí. No tengo más que buenas disposiciones hacia usted. Déjeme ayudarla y conseguirá usted un marido en don Diego.

—No se ofenda si me es difícil hacerlo —dijo turbada—. Usted sabe que ya fui engañada con ardides de buenos deseos y ayudas, para tan solo perder mi honra. Eso no..., no ocurrirá otra vez.

—Por supuesto que no —contestó él sereno y comprensivo—. Es una luchadora y esto es lo que más me gusta de usted.

—Marqués, por favor, comprenda que estoy... —La voz se le quebró un poco — aterrada.

Él la tomó de la mano con suavidad para consolarla y ella no la retiró. La miró a los ojos y ella le devolvió unas pupilas vulnerables y acuosas cargadas del anhelo de creer en sus palabras y del miedo a arrepentirse de hacerlo. Aquella pobre no tenía alternativa, y la desesperación que la obligaba a desconfiar, a la vez, no le permitiría mantener sus principios durante mucho tiempo. Era lógico. Después de haber tejido los hilos para hacerle sentirse cautiva de una sociedad intolerante que no la dejaba respirar, prisionera de una orquesta conformada por normas y deberes, por leyes invisibles y el decálogo divino, él estaba allí para ofrecerle la salvación. En el fondo, como otros señores de alcurnia, él solo había actuado como el director de la farsa social, esperando a que la armonía de aquel compendio de reglas funcionase como lo que eran: unas tenazas capaces de doblegar espíritus. Por eso se acercó para preparar el

momento en que ella se vería libre de aquellas cadenas.

—Déjeme que yo sea su benefactor y no volverá a tener problemas —le repitió mientras se quedaba cerca de su rostro —, de ningún tipo.

Al imaginarse de pronto liberada de deudas, de presiones y fingimientos, no pudo evitar desconfiar de esta esperanza. La pobreza había hincado ya sus garras en ella y comenzaba a reclamar su espíritu, aporreando las puertas construidas con principios que ella solo pudo mantener cuando su padre estaba vivo y era un rico comerciante.

—Solo deseo su bien.

Se atenuó el brillo en los ojos de ella, como si se abandonase al cansancio de vivir al borde del abismo haciendo equilibrios entre gestos fingidos y riquezas disimuladas, y atisbando una solución a su desgraciada vida.

—No veo cómo, don Enrique —dijo la señorita Castro—. Me pesa tanto el pasado.

Entonces Enrique se cambió de asiento para derramar el veneno sobre su oído.

—Mañana tendrá usted suficiente dinero para no necesitar a nadie nunca más, ni siquiera a mí —le dijo tomándose la libertad de rozarle el lóbulo con los labios, como fruto de la casualidad al hacerle una confidencia que no pudieran oír los cocheros.

Ella le miró con lógico escepticismo.

—Una fortuna que la proveerá de una renta fija de por vida, con la que podrá mantener servidumbre, propiedades y estatus —bisbiseó Enrique sin titubeos, mientras aspiraba el perfume de su cuello.

La señorita Castro abrió los párpados, y apenas sin darse cuenta, se vio vencida. Enrique le susurraba de nuevo rozándola con sus labios en cada sílaba. Ella sintió que su cabello se erizaba y se retiró un poco, y él aguardó un poco más.

—No me mienta, por Dios —le dijo con menos fuerza.

Enrique siguió vertiendo promesas, desfilando las riquezas que llegarían a sus manos.

—La villa de Cádiz pasará a ser suya en usufructo, y yo renunciaré al derecho de reclamarla hasta que, Dios no lo quiera, usted muera. Además, será dueña en propiedad de la casa de Madrid que perdió su padre.

Al verse ella de pronto ante tal circunstancia, las puertas levantadas del espíritu se fragmentaron por fin. Ahora fue su desesperanza la que brotó en el anhelo incontenible de escapar del precipicio.

—¿Cómo puedo estar segura de lo que dice? —le preguntó con cierta

agitación y el deseo brotando apenas de sus labios.

Enrique sonrió al contemplar su obra.

—Si esto no es suficiente, dígame qué más puedo hacer para ganarme su confianza —le contestó girando su rostro con los dedos para que se miraran de cerca.

—No puedo... —dijo al notar cómo la mano desenguantada de Enrique le recorría el mentón— fiarme de usted.

—Seguro que encuentra una forma, señorita Castro —afirmó deslizando sus labios sobre el lóbulo de nuevo y rozándole el carrillo al regresar de su confidencia.

Ella suspiró, viendo cerca el término de la negociación que le daría su ansiada independencia, mientras se agitaban sus pechos bajo el corpiño. Silenciada al fin la voz de su sensatez que la alertaba contra él, colapsada por las deudas y el sufrimiento de aquellos últimos años, capituló demandando su seguridad:

—Lo pondrá por escrito ante un escribano —le dijo Amelia, tras un ahogo, mirándole a los ojos.

Él sonrió saboreando su victoria, y le acarició el rostro como un devoto amante.

—Puede usted poner al Altísimo por testigo de que así será —le dijo Enrique deslizando la yema de sus dedos hacia la nuca.

Ella gimió y, llamándole embaucador en un susurro, se agitó sin poder controlarse. Sonriendo ante su rendición completa, él no le contestó. La miró, como el más perfecto galán, y la besó en los labios suavemente, encendiendo sus mejillas, para después rozar su lengua con la suya. Ella se dejó llevar, acalorada. Enrique percibió que nunca la habían besado de aquella manera, y que su deseo había permanecido sepultado.

Deslizó sus dedos dibujando una línea sensual desde su cuello de cisne hasta sus pechos, para que sintiera despertar su cuerpo y las necesidades de la carne. Ella, inflamada por la pasión, le cogió de los cabellos y le separó.

—Dígame de una vez qué querrá de mí... —le preguntó otra vez, desfallecida.

Él no contestó. Levantándole las faldas le acarició las piernas y, mientras ella se estremecía, se agachó hasta su sexo para provocarle un placer que no había conocido. Ella, sobrecogida al principio por su inexperiencia, se tuvo que llevar la mano a la boca para que sus gemidos no se oyeran más allá de la berlina. Se sentía ahora embargada por el gozo y la esperanza de haber evitado el precipicio. Aun así, Enrique, que conocía los ánimos desconfiados de los supervivientes, sabía que en el interior de la señorita Amelia una

vocecilla le susurraba que quizá hubiera pactado con el diablo. Ella misma había acallado esa voz molesta bajo el peso de su necesidad. A él solo le restaba regocijarse al saber que Amelia Castro ya era suya.

16 de octubre de 1720, anochecer

Hernaldo cabalgó sin prisas, tal cual era su costumbre, con el sombrero calado y la capa un poco embozada. La luna llena permitía montar sin el fanal encendido. Se dirigía en busca de don Enrique para entregarle la llave. Sabía que su señor se alegraría de tenerla, y él se alegraba de serle útil una vez más. Alzó un poco la vista y pudo ver el vallado de piedra que circundaba el señorío de Castamar, y comenzó a rodearlo.

Siempre que se acercaba a aquellas tierras, tenía la sensación de aproximarse a un camposanto del que él era el sepulturero. Se había pasado media vida conviviendo con la muerte, administrándola a cualquier destemplado, sin pensar si la merecía o no, con tal de quitarse el hambre de encima. Para él aquello iba de oficio, en el que era mejor que muchos. Sin embargo, el fallecimiento de doña Alba de Montepardo no había sido de esos trabajos de los que uno se olvida. Era una pequeña herida persistente en su orgullo, que le recordaba el fracaso en cuanto se acercaba a aquella hacienda: en vez de dar finiquito al duque, acabó doña Alba en la tumba.

«En el fondo nosotros causamos la muerte de la duquesa con el complot para asesinar a su marido», se dijo. Eso mismo le hizo saber a don Enrique en una ocasión, y su señor, con una mirada asesina, le contestó que el único culpable era don Diego por su idea de cambiar los caballos aquella mañana. «No vuelvas a pronunciar esas palabras nunca más —añadió—, a riesgo de que dejes de ser mi criado y pierdas la cabeza».

Nunca más las repitió. «Es lo malo de las conspiraciones. Uno siempre tiene que matar para que se lleven a cabo, a veces son accidentes y otras no». Su señor y él habían dejado unas cuantas tras de sí, bien camufladas para que no levantaran sospechas. Ligada a la de doña Alba, le vino a la memoria una de las raras ocasiones en que despachar a un hombre le había supuesto cierta complacencia. Trató de recordar el nombre de aquel fulano, un tuerto perdonavidas, pero se le escapó entre los recodos de la mente.

Por aquella época, Hernaldo había estado buscando algún caballero que pudiera entrenar al caballo de don Diego. Debía asegurarse de que el hombre capaz de llevar esa tarea a cabo no fuera un destemplado caballero sin experiencia, pues no era fácil. El corcel, tras el debido entrenamiento y al sonido del silbato, debía erguirse a dos patas y dejarse caer después sobre el

jinete con todo su peso. Al final, después de mucho buscar, el perdonavidas tuerto de los arrabales de Lavapiés había aparecido hablándole de un hombre conocido como el Zurdo, un fulano malencarado y peligroso, medio caballero medio matarife, al que mejor no buscar las cosquillas. Desde que Hernaldo lo conoció tuvo el presentimiento de que entre ellos podían saltar los aceros en cualquier momento.

«Sabe lo que hace —le dijo el Tuerto al recomendárselo —, ha entrenado a muchos caballos de señores ilustres. Le puedes encontrar en El Zaguán, suele frecuentarlo por una bordona del lugar».

El Zaguán era un burdel de Lavapiés habitual de jugadores, timadores destemplados, rameras, soldados de fortuna, vagos y malentretenidos. Hernaldo largó al Tuerto con maravedíes y continuó su camino.

Fue más tarde ya, después de la muerte de doña Alba, que el Tuerto apareció en su vida con dos matarifes del oficio reclamando escudos por su silencio. Hernaldo no tardó en despacharlos, a él y a los dos blandones. El último, en cuanto vio cómo se las gastaba partiendo el esternón del Tuerto con una cuarta de acero y descerrajando un balín en la cabeza de su compañero, trató de negociar olvidando lo ocurrido. Demasiado tarde. Alguien del oficio debería saberlo. Los fulanos a los que él rajaba no solían ser buenos cristianos, y él tampoco lo era. Eran jugadores, bebedores, sodomitas, enemigos, mercenarios..., todo aquello que a don Enrique le pudiera molestar o fuera necesario que desapareciera. «Por eso no recuerdas sus nombres», se dijo ahora mientras bordeaba la valla de piedra de varios codos de alto.

Cabalgó al trote hasta que encontró el encinar que disimulaba un ancho hueco horadado en el muro. Sus hombres lo habían hecho hacía dos noches con el fin de que pudiera entrar en la finca sin ser visto. Penetró algo más alerta y se dirigió hacia el punto acordado, una espesa arboleda relativamente cercana. Su señor le aguardaba sobre su corcel, y al verle le indicó que se apresurara. Aceleró el trote y solo cuando estuvo próximo a él comenzó a susurrar:

—Debo volver antes de que me echen en falta, pronto se sentarán a cenar —le dijo—. ¿Lo has conseguido?

Él solo le mostró la llave y una media sonrisa de satisfacción. Don Enrique la guardó con su aire elegante y le miró orgulloso de su éxito. Le agradaba que el marqués le mirase de aquella manera. Para él era su mejor pago.

—Por su gesto, entiendo que Amelia Castro ya está en sus redes —dijo Hernaldo.

Don Enrique se limitó a sonreír de lado.

—Me alegro, ilustrísima.

—¿Visitaste a doña Sol? ¿Te dijo ya qué desea por mi encargo?

—Que despachemos a su marido, el marqués de Villamar, en un accidente casual. Según dijo, es un lastre en su vida que ya pesa demasiado. Supongo que lo decía con veneno, porque es un gordo seboso.

Don Enrique, como si estuviera esperand o semejante tipo de pago, sonrió de nuevo por el comentario.

—Prepáralo, pero no corras. Su precio no admite un pago por partes, así que ella tendrá que ir cumpliendo primero el suyo —le dijo, y aguijó al caballo para marcharse.

—Lo tendré todo listo para cuando llegue el momento, ilustrísima.

Él asintió y Hernaldo esperó a que su señor desapareciera entre la espesura. Después comenzó su camino de regreso hacia Madrid, imaginando los ojos pedregosos del Zurdo cuando le diera su suma. Soltó una carcaja da suave. Todo parecía ir tal y como su señor había planeado: Amelia Castro ya estaba en Castamar, doña Sol ya había acordado su precio, y ellos ahora solo tenían que aguardar a que madurasen aquellas frutas. Pobre don Diego, poco podía sospechar que la desgracia se cernía sobre él, su familia y sus seres queridos como una parca implacable.

CAPÍTULO 16

16 de octubre de 1720, por la noche

Diego deseaba acabar la conversación que había dejado a medias en Villacor con la señorita Castro. Así que en cuanto su madre entró en la casa junto a Gabriel, esperó a que el marqués desapareciera escaleras arriba y se acercó a ella desde detrás. La tomó delicadamente del brazo para detener su avance.

—¿Me hará el favor de su compañía u n poco más? —le rogó—. Hablaremos más tranquilos en uno de estos salones.

—Tan solo con la condición de que me llame ya por mi nombre —le contestó ella aceptando su invitación.

Aun así, por su gesto, supuso que se sintió incómoda; tal vez le avergonzab a haberse emocionado frente a él. Diego le cedió el paso y cerró la puerta del saloncito tras de sí.

—Amelia —le dijo tras unos momentos de pausa —, ¿está usted bien? Tuve la sensación de que nos interrumpieron cuando estaba a punto de confesarme algo.

Ella disimuló su sonrisa fingiendo normalidad, como si sus lágrimas bajo el castañar de Villacor no hubieran existido nunca. Titubeó y apartó la mirada.

—No me haga usted caso, don Diego. La pérdida de mi padre en ocasiones me sobrecoge y me comporto com o una tonta.

Él comprendió que el ánimo de sincerarse de la señorita Castro se había esfumado. Probablemente había obrado en ella la influencia de don Enrique, y suponía también cierta desconfianza hacia él mismo, pues después de todo apenas se conocían . Aun así, tuvo la intuición de que las motivaciones de la señorita Castro para mantenerse en silencio estaban más en el primer motivo que en el segundo. Se despidió con una pequeña inclinación con el fin de asearse y cambiarse de ropa cuando la señorita A melia le detuvo pronunciando su nombre, como si quisiera darle alguna explicación sobre aquel cambio de parecer. Él se detuvo, como correspondía a un caballero, pero no la dejó seguir, pues en el fondo ella iba a mentirle y él no soportaba la hipocresía.

—No finja usted conmigo, señorita Amelia —le dijo—. No lo necesita y yo tampoco. Es obvio que en el trayecto desde Villacor hasta aquí usted ya no

tiene el mismo ánimo sincero.

Después de aquello ella enmudeció y él la dejó a solas. Sus amigos Alfredo y Francisco le aguardaban en uno de los salones de la planta, y hacia allí se dirigió. Estuvieron reunidos los tres, junto con Gabriel, hasta la hora de la cena, debatiendo sobre el equilibrio de poderes en el continente y las posibles aspiraciones del rey Felipe al trono de Francia.

Entrada la tarde y con el sol cayendo, un gentilhombre le avisó de la llegada de la primera invitada, y Diego salió a recibirla. Se trataba de doña Almudena Belizón y Villarejo, baronesa de Belizón, con quien mantenía una profunda amistad. Se había casado muy joven y había perdido a su marido, veinte años mayor que ella, tras un empacho de langostinos. Era una invitada habitual de Castamar, principalmente porque Alba había sido su mentora en la corte. Confiaba casi todos sus asuntos importantes en él, pues no le quedaba pariente vivo tras la guerra.

No mucho más tarde, le informaron de la llegada de los marqueses de Villamar, don Esteban y doña Sol. Era la primera vez que asistían a la velada privada y, para su sorpresa, llegaban invitados por Francisco. Todos los convidados tenían la potestad de traer consigo a un acompañante, siempre y cuando advirtieran que en la mesa habría un hombre negro como uno más. Por la mirada y la sonrisa que había esbozado su amigo al decírselo, supuso que la invitación de los marqueses tenía que ver más con la presencia de doña Sol que con el marido, a quien él conocía poco. Alfredo le había regañado como un hermano mayor por tomarse la libertad de invitar a una mujer que tenía fama de mantener *affaires* con jóvenes a espaldas de su esposo. Diego reconoció que le había hecho gracia y, quitándole importancia al asunto, los recibió encantado.

Tras las debidas presentaciones de los marqueses de Villamar, acudieron todos temprano al salón comedor para la cena en *petit comité*, pues así habría tiempo para atender lo mejor posible a todos los huéspedes e invitados que vendrían más tarde, incluido el rey. Sonrió pensando que en ocasiones había tenido que cenar dos veces, cuando el rey le había pedido conversar en la mesa.

Diego esperó a que se acomodaran todos mientras él se mantenía de pie. En cuanto Gabriel tomó asiento, un silencio tenso se extendió en la mesa. Diego desvió la mirada a los marqueses de Villamar. Él sudaba, lanzando miradas escurridizas a Gabriel, y doña Sol le ignoraba como si no fuera más que un sirviente mal ubicado en el salón. La mayoría de los nobles que aceptaban

venir lo hacían por la imposibilidad de rechazar la invitación de un duque tan cercano a la Corona. Deseaban su amistad y sus favores, y acudían encantados a pesar del aviso sobre su hermano. El problema solía llegar más tarde, cuando se enfrentaban al hecho real de compartir mesa con un hombre negro.

Con el fin de romper el silencio tenso, Diego ofreció su pequeño discurso de bienvenida. Al finalizar y sentarse, su hermano se levantó y le dijo que quería hacer un brindis. Aquello le extrañó, pues Gabriel no era de llamar la atención. De hecho, en cuanto terminase la cena privada, se recluía en su habitación para no volver a aparecer hasta que terminaran los festejos, como todos los años.

«Gabriel, nunca debes aparecer entre ellos; no trates de que te acepten, no confundas tus privilegios en Castamar con los que no tienes en el mundo exterior —le había dicho su padre tantas veces—. Solo conseguirás tu desgracia».

Lamentablemente, su padre tenía razón.

—Deseaba decir unas palabras este año con el fin de deseáros fortuna a todos y muchos años de buenas amistades —dijo Gabriel con la copa en alto—. Hermano, sabes que te admiro, que te quiero y que siempre estaré a tu lado, cuidando de que nada malo te suceda. Por Castamar.

Diego comprendió el motivo de aquel brindis mientras sorbía su copa. Aquella frase final marcaba una línea a don Enrique de Arcona. A Gabriel no le gustaba aquel ilustre porque sospechaba que tenía intenciones ocultas, y le había sugerido que en algún momento debían saber algo más por precaución, aunque fuera hacia su madre. Sin embargo, él no estaba de acuerdo con el afán protector de su hermano. Los comentarios hirientes y desafortunados del marqués lograban irritarle, pero no veía en ellos intenciones peligrosas hacia su progenitora. Tan solo a veces sentía una ligera incomodidad cuando el marqués se mostraba agasajador con ella, demostrando una amistad profunda.

—Querido amigo —dijo don Enrique—, he de hacerle, en este preciso instante, una petición formal: présteme a su cocinera para mis festejos.

«Ya puede esperar a que venga el Juicio Final», se dijo Diego para sus adentros. Aquella cocinera cuya los iba a acostumar a comer tan bien que al final todos los días de Castamar, nobleza y servidumbre, se verían frustrados con cualquier otra comida que probasen. Los invitados se rieron ante la ocurrencia y fueron generosos alabando la comida.

Después de los primeros, los segundos y el asado, entre conversaciones fútiles, miradas intencionadas entre Francisco y doña Sol, y algunos comentarios

del marqués, las declaraciones más notorias que flotaron en el ambiente durante la velada versaron sobre la exquisitez de los platos, sobre todo de la volatería, que parecía tan t ierna como la infancia. La cena había sido un deleite de los sentidos y, solo al final, la conversación se había tornado algo desagradable cuando comenzaron a chismorrear sobre la corte y sus escándalos.

Diego trataba de evitar siempre aquel tipo de conversaciones en el que de pronto uno se veía atrapado con las cadenas de la cortesía, obligado a oír y a pronunciarse sobre la vida del resto. Mientras tomaba unas tortas de crema con barquillos de postre, se inició una conversación entre los comensales sobre doña Leonor, condesa de Bazán, amiga suya y de Francisco, que residía en Valencia gran parte del año. Habían bastado un par de críticas sobre su fama en la corte para que ambos se mirasen, conocedores de los derroteros que iba a tomar aquel discurso. Doña Leonor había contraído dos veces matrimonio, y ambos esposos se le habían muerto. El último, Roberto de Bazán, amigo personal suyo, había fenecido heroicamente en la batalla de Almansa, como el padre de Francisco y tantos otros hombres en esos años. Este había dejado a Leonor sola, con veinticinco años y sin descendencia. Desde entonces, su edad y su fortuna le habían otorgado una independencia que ya no deseaba perder en un matrimonio, y por eso había decidido no volver a casarse.

—No afirmo que sea cierta la ligereza de cascos que se le achaca a doña Leonor, pero tampoco seré yo quien niegue sus inclinaciones a llevarse al lecho a vasallos y caballeros —había dicho don Enrique entre risas y levantando las del resto.

Doña Sol aludió a la necesidad de doña Leonor de buscar a los muchachos entre las correderas de Madrid, a altas horas de la noche; su madre, a la incapacidad para concebir un hijo pese a que, a la vez, se rumoreaba que tenía un bastardo; Alfredo sentenció, como conocedor en la materia, que eso se debía a su extrema concupiscencia contenida; la señora Belizón dijo haber oído que había perdido la honra antes del matrimonio, y que muchos le achacaban una naturaleza insidiosa y disoluta.

Diego vislumbró cómo Francisco se removía incómodo en el asiento ante el circo de calumnias del que participaban todos: su madre, la señorita Castro, la señora Belizón, doña Sol, Alfredo y, por supuesto, don Enrique. Este, torticero, contó la historia de cómo un supuesto amante de doña Leonor se había cruzado con su marido, el conde de Bazán, portando el primero una casaca del armario del segundo. Don Roberto, para salir del entuerto y que no

se supiera que él era un cornudo y su mujer una adúltera, había dicho con elegancia que ambos tenían el mismo sastrero. Tan solo don Esteban, el marqués de Villamar, estaba ausente, dedicado a los postres. El pobre no se percataba de que Francisco, ajeno a la discusión ya, había descendido la mano bajo la mesa para acariciar sutilmente la pierna de su esposa y que esta se la había retirado con suavidad.

Diego miró a Francisco para que interviniese. Este lo hizo un par de veces intentando que la conversación fluyera por otros lugares. Finalmente su paciencia se vio agotada cuando don Enrique le preguntó si estaba enterado de alguna nueva correría de la dama. —¡Basta! —dijo Diego golpeando la mesa con la mano abierta.

—¿Disculpe? —preguntó con su tono jactancioso el marqués.

—Se acabó hablar sobre doña Leonor. No me agrada, pues es amiga mía. A aquel que tenga algo que sugerir, comentar o compartir sobre su vida o persona le ruego que no lo haga en mi presencia y menos aún bajo mi techo.

Después de este incidente la conversación regresó a sus cauces y todos hablaron de las excelencias de la comida. Por eso, al terminar los postres, tras las felicitaciones continuas de los comensales y sus alabanzas al cocinero, Diego había decidido comunicárselas a la señorita Belmonte en persona, pues en justicia pensaba que así debía hacerlo. Sin dar más explicaciones, pidió disculpas por la necesidad de retirarse y abandonó el salón con una escueta sonrisa.

Mismo día, 16 de octubre de 1720

Clara no dejaba de pensar que si en esos momentos la cena privada estaba haciendo las delicias de los invitados y del duque, tendría el puesto de cocinera asegurado. Hacía ya dos horas que había comenzado esta, pero de seguido vendría el banquete general, con muchos más invitados y la presencia misma de los reyes. Por supuesto, la cena de sus majestades la supervisarían sus cocineros personales, Pedro Benoist y Pedro Chatelain, pero de quedar ellos satisfechos no tendría ya que preocuparse de ir vagando de lado a lado buscando un trabajo mal pagado. En tan solo un mes podría tener dinero suficiente para volver a escribir a su hermana y su madre sin causarles a ellas gasto.

Clara terminó de revisar la volatería asada y roció las piezas de nuevo con la reducción que había preparado a base de manteca, polvo de pimienta, pan rallado y yema de huevo. Habían asado muchas aves para luego aderezarlas con miel, melaza o confituras. Tras esto, se acercó a los lomos de vaca.

Aspiró el aroma de la carne roja asada, que había destilado gran parte de su grasa sobre rebanadas de pan tostado que ella misma había colocado bajo el trincherero. El suntuoso olor le agitó los recuerdos y se vio frente al recetario de su madre, uno que había ido coleccionando poco a poco con fórmulas propias y otras de diversas fuentes.

Aquellos momentos se mezclaron con otros, en cascada, hasta que sus labios dibujaron una sonrisa triste. Sintió nostalgia de oír cantar a su madre cuando, tras el baño, les acariciaba la nuca y peinaba el cabello a su hermana y a ella. La pobre lo había seguido haciendo incluso cuando Clara se había convertido en una muerta en vida tras el fallecimiento de su padre. Tras perder el conocimiento al saber que su padre ya nunca volvería a casa, se desencadenó en ella un horror profundo a verse en un espacio abierto. Por eso tuvo que permanecer en cama durante muchas semanas, sin apenas comer y bebiendo lo justo. Una noche, cansada de las sábanas y de sus constantes sudores fríos, se había puesto en pie cargada de náuseas y, avanzando por el pasillo, que se le hizo eterno, se había dirigido hacia el salón guiada por la luz de las lámparas de cera que se filtraban por el quicio de las puertas. Fue a entrar, pero las voces de su madre y su hermana la detuvieron.

«¿Sigue sin probar bocado?», había preguntado su madre.

«Así es. Cada vez que se pone en pie, se marea. No quiere salir», respondió su hermana.

Cómo se arrepentía de aquella debilidad, de la preocupación que les había hecho pasar justo cuando más la necesitaban. Sentía que un nido de cuervos armados de remordimientos se había instalado en su interior y la devoraban constantemente por haber sido una pusilánime. Nunca se perdonaría aquello. Su padre recién muerto, y ella aportando más dolor y preocupación a la familia. Esa noche su madre y su hermana hablaron en susurros, para no despertarla, sobre el calvario que se les avecinaba. Su hogar estaba incluido en el mayorazgo que su bisabuelo, Santiago Belmonte, estableció después de una vida como alto funcionario de la corte del tercer Felipe, bajo el mando del duque de Lerma y luego del de Uceda. En él se había dispuesto que este conjunto de bienes indivisible debía pasar al primogénito varón o, en su defecto, al varón más cercano por parentesco. Tan solo en el caso de que no hubiera ningún hombre, el mayorazgo podía pasar a la primogénita de las hembras. Así había estado sucediendo desde entonces y precisamente por eso su tío Julián, de naturaleza envidiosa y de carácter cobista, había visto en la muerte de su hermano mayor una oportunidad para medrar. Escuchando sus

codicias tras los buenos modales, había escrito una carta a la madre de Clara para personarse y hacerse cargo de la herencia que, según su derecho, administraría para su beneficio.

A diferencia de su padre, su tío nunca buscó el estudio como medio para alcanzar más conocimiento, sino tan solo sus objetivos, y mientras su abuelo le mantenía, había aprovechado todas las posibilidades que le brindaba su posición para terminar Leyes. Se hizo un buen legista y, gracias a su necesidad de agasajar a los prohombres, pudo trabajar como escriba del marqués de Valdetorres. Su padre y él dejaron de tratarse como hermanos desde antes del nacimiento de Clara, cuando descubrieron que el tío Julián había seducido y dejado encinta a una muchacha de apenas quince años, amiga de la familia, prometiéndole un casamiento que no tenía la intención de llevar a cabo. El abuelo, don Pedro Belmonte, que era un hombre que caminaba recto por esta vida de Dios como un cirio nuevo de misa, intervino antes de que lo acusaran de estupro y el asunto se pusiera en manos de la Justicia. Aseguró a la familia de la joven que su hijo la tomaría en matrimonio y que él aportaría una generosa dote. Se casaron bajo la sombra del escándalo, pero la chica murió en el parto junto con el niño. El tío Julián salió de aquello libre de cargas y con los bolsillos llenos, y aun así, tuvo la osadía de afirmar que su mujer no había sido un buen negocio.

Al morir el abuelo, siendo Clara muy pequeña, su padre heredó el mayorazgo y echó a patadas a su tío de todas las propiedades; le dejó solo una pequeña casa en Salamanca y algo de dinero en metálico de la legítima. Clara y su hermana solo le habían conocido por visitas esporádicas, cuando acudía a su padre con sus buenas maneras y con proposiciones gazmoñas para persuadirle de que le introdujera en la corte. Por eso aquella noche, cuando su madre dijo que su tío vendría a arrebatárselos todo su mundo, había palidecido, apoyándose sudorosa contra la pared del pasillo.

«Tranquila, mi niña —había dicho su madre a Elvira tratando de protegerla del miedo—. Tenemos algunos ahorrillos para ir tirando y pensaré en algo. Por ahora no le digas nada a tu hermana. Necesitamos que se recupere».

El eco de aquellas palabras eran todavía rasgaduras en el espíritu de Clara. Arrugó el ceño mientras guisaba y se dijo que debía quitarse las malas memoranzas de encima o no estaría a la altura de las circunstancias en la cena. Su padre siempre le había dicho que el pasado adiestra para el devenir, pero en ningún caso uno puede vivir en él, pues se convierte en una losa. No obstante tampoco en el futuro, pues al final este solo es niebla en los ojos. La

felicidad se instalaba en un camino estrecho, entre evitar pensar demasiado en el mañana y no recordar demasiado el ayer. Bastaba, según su padre, con disfrutar lo pequeño e inmediato.

«No pienses en que se acabará ni en lo que ya has disfrutado —le había dicho su padre mientras comían un dulce—. Si lo meditas en exceso, solo sentirás tristeza y serás incapaz de disfrutarlo. Siente el sabor sin pensar en nada más». El brioso golpe en la puerta que uno de los ujieres de viandas dio al entrar en la cocina la hizo regresar a su presente. Se concentró otra vez en el trabajo, entre la barahúnda de las chairas sobre las que los sollastres afilaban los aceros, de los tajadores donde se picaba la carne, de las cuchillas de media luna para cortar el gigote y el bullicio ensordecedor de voces y golpes. La cocina era como una estampida en desorden aparente. La hueste de sirvient es le pareció a Clara una marea interminable de personas que llegaban a los fogones como las olas a la orilla, para desaparecer más tarde por entre las puertas cargando con las viandas sobre bandejas de plata y porcelana. Disfrutó de aquel maravilloso ajet reo: las exprimideras, los almireces que pasaban de mano en mano de los mozos de cocina para moler especias y ajos, las cazuelas burbujeadas, el entrechocar de espumaderas y espetones, los cazos, los tenedores de trinchar y el constante movimiento de las trébedes, de tres y cuatro pies acerados, que se utilizaban para poner al fuego los peroles y las sartenes, se convirtieron durante toda la tarde y hasta entrada la noche en un concierto armónico que la inspiró.

Clara revisó las otras dos cocinas, y se quedó tranquila al ver que todo estaba a punto. Después regresó a la principal y continuó preparando unos gazapos en guiso que los cazadores del señor habían traído esta mañana. Se ajustó el cabello tras la cofia cuando sintió a Rosalía tirándole del mandil y pidiéndole jugar con las ascuas de los fogones. La pobre, que veía aquellas luces anaranjadas destacando sobre el negro y pensaba que podía tocarlas, se había quemado la yema de los dedos. Por esta costumbre suya, en el pasado había recibido más de una bofetada de la señora Escrivá. Clara le acarició la cabeza y le dijo que al día siguiente sacaría algo de tiempo para jugar a la gallinita ciega con ella si, a cambio, cesaba de tocar las brasas. Rosalía se abrazó a ella entre risas de alegría con sus babas colgonas. Clara miró hacia atrás y vio aparecer a Elisa junto a los ujieres que custodiaban las grandes soperas de porcelana azul de la Real Fábrica de la ciudad holandesa de Delft.

—Desde que han terminado de servir los postres, solo se oyen «mmm» y «aaaah» —le susurró al oído Elisa con picardía y disimulo—. Por cierto, el

marqués de Soto está irresistible. Qué modales...

Era la tercera vez que Elisa había bajado a informarla sobre la cena y de paso sobre el marqués. Tenía la suerte de estar sirviendo de apoyo a la dependencia de panetería y cava, dirigida por don Herbasio García, un hombre obeso que se balanceaba toscamente al andar, pero que tenía un gusto excelente sobre vinos. Gracias a esto, Elisa podía retirar el juego de servilletas de fino paño y encaje del que Carmen del Castillo, su segunda, estaba completamente enamorada. «¿Quién no? —se había dicho Clara en ocasiones —, es un deleite tocarlas». Al parecer, eran obra de la fábrica de paños y tintes de Béjar, con las que el duque de esta localidad, don Juan Manuel, había obsequiado a don Diego y doña Alba en el pasado.

Clara suspiró aliviada al saber que el señor y sus amistades habían quedado satisfechos. Pensó que, ahora que la cena privada estaba completamente servida, podía tomarse un respiro. Elisa y ella salieron hacia la galería acodada que conducía a la despensa.

—Gracias por la confianza —le dijo.

Elisa dejó entornada la puerta y le quitó importancia a su gesto, mientras de soslayo observaba a Beatriz Ulloa, la moza de cocina, que se había acercado a ellas disimulando. Le hizo una seña a Clara para señalársela. La verdad era que, cada vez que estaban juntas, Beatriz se acercaba.

—No me importa lo más mínimo —le respondió Clara—. Si quiere espiar, que espíe.

A excepción de su enfermedad, ella no tenía nada que ocultar. Su amiga contrajo el gesto con cierta indignación y, tomándola por el brazo, la hizo avanzar por la galería alejándose de las cocinas.

—Te digo que la bruja y la Beatriz se traen algo entre manos —le dijo—, siempre que estamos juntas pone el oído. No te extrañe que le vaya contando todo lo que hablamos. Con esa cara de mosquita muerta...

—Si es así, no importa. Es un problema de doña Úrsula y de la señorita Ulloa —le contestó ella—. Preocuparse demasiado por estas cosas solo las empeoran.

Elisa se secó el sudor con un pequeño lienzo.

—Estás demasiado bien enseñada —le dijo.

Clara se rio un poco mientras llegaba hasta ellas de nuevo la música de la capilla de Castamar, donde ensayaban algunas piezas de baile de salón. A lo largo del día había reconocido el sonido de las gavotas y las gallardas, e incluso los acordes de bailes franceses más del gusto del monarca, como

minués, paspiés y la contradanza, que se había puesto de moda. Recordó su propia presentación en sociedad ante la difunta reina María Luisa de Saboya, en uno de los bailes celebrados por el conde de Montemar, amigo personal de su padre.

—Me encantaría asistir a uno de estos bailes y, a ser posible, cazar algún marido con fortuna —musitó de súbito Elisa, que ponía tanta atención como ella sobre los acordes.

—Cuando mi padre vivía, asistí a algunos —le dijo Clara—. Si no hubiera sido porque eran tiempos de guerra, habría bailado en más.

—Debes echarlos mucho de menos.

—No demasiado, lo que más echo en falta es leer. Mi padre tenía una biblioteca como esta cocina de grande y cada semana tenía un libro nuevo.

Elisa, llevada por la música, dio un pequeño brinco y comenzó a escenificar cómo sería su intervención.

—Señorita Elisa, ¿me concede este baile? —decía para luego añadir, posicionándose en el lado opuesto—: Por supuesto, don Enrique.

Clara se rio ante su actuación y aplaudió. Elisa continuó, fingiendo moverse al unísono con su caballero imaginario.

—Sé que no tengo ni idea de bailar —afirmó entre risas.

Clara se enterneció al ver los sueños sencillos e inalcanzables de su amiga, que se volteaba torpemente imitando los pasos de los bailes de salón. Elisa, que la miraba sonriendo en cada giro, le confesó que su mayor deseo en el mundo era encontrar un marido.

—Ojalá el marqués me lo propusiera..., o su excelencia misma —dijo riéndose a carcajadas por lo imposible del asunto—. El señor siempre me ha parecido un hombre muy atractivo.

—Me parece un caballero de carácter fuerte y algo hosco, pero creo que tras esa rudeza inicial se esconde un corazón bello —dijo Clara—. Creo que es... bueno.

—Señorita Belmonte.

La voz había surgido desde el otro lado de la galería. Clara desvió la mirada y allí, casi como una aparición iluminada a contraluz por los candiles, apareció la figura de don Diego. Elisa y ella hicieron un saludo y apenas pudieron intercambiar una mirada de asombro. No sabían cuánto llevaba allí y cuánto había oído de su conversación. Clara no quería ni pensar si había escuchado su comentario sobre él y, como en otras ocasiones, su timidez le encendió las mejillas. Disimuló su turbación agachando la cabeza. Esa misma mañana,

antes de partir a los jardines de Villacor, se había presentado en la cocina y la había interrogado. Y otra vez estaba allí, caminando hacia ella con aquella seguridad, sin quitarle la mirada de encima.

El duque ignoró la presencia de Elisa y, con la misma suavidad que otras veces, le ordenó que le mirase. Clara levantó los ojos hasta que se encontró con los suyos, y se estableció un silencio, una ausencia de sonido que engulló el coro de repiqueteos metálicos y sordos procedente de los fogones. Incluso desaparecieron los acordes del minué que ensayaban en las plantas superiores. Tragó saliva. Sin que pudiera evitarlo, se instaló por sorpresa en ella una quietud dulce y tuvo la certeza inexplicable de que no sentía ya ninguna incomodidad al mirarle, que sus mejillas ardientes se habían serenado y que los ojos claros de don Diego eran como un cielo tranquilo donde reflejarse.

Mismo día, 16 de octubre de 1720

—Míreme, señorita Belmonte —le ordenó Diego, y esperó a encontrarse con sus pupilas.

Su cocinera levantó la mirada y ambos se quedaron en silencio. Diego se dijo que aquellos ojos reflejaban una determinación que le recordaba a la de Alba. Tal vez la de Clara Belmonte era más dura, más sobria y directa que la de su difunta esposa, quizá porque había pasado por durezas de la vida que la habían transformado para sobrevivir en un ambiente para el que no fue criada. Pese a su timidez elegante, propia en una muchacha educada, la señorita Belmonte le miraba sin temor, como un hombre. Diego se quedó atónito, encadenado a esos ojos de canela, sin decir nada, mirándola como quien contempla una obra de arte.

—Solo he bajado para expresarle las felicitaciones efusivas y constantes que he recibido hacia usted por la extraordinaria cena que ha preparado esta noche —le dijo pausadamente.

—Me siento halagada por las palabras de sus invitados y estoy muy agradecida por su gesto de venir a comunicármelo en persona —le contestó la señorita Belmonte con aquella educación exquisita que contrastaba con su oficio de cocinera.

—Decirle también que entre las felicitaciones que le he comunicado se encuentra, por supuesto, la mía —le dijo él.

—Es un honor el que me hace, excelencia —dijo ella después de unos instantes.

Diego no contestó. De pronto, se sintió incómodo al darse cuenta de que estaba frente a su cocinera y no frente a la hija educada de un doctor. Se

despidió de ella como lo haría un caballero, e ignorando la presencia de la doncella, se dio la vuelta y se marchó, pero, tras doblar la esquina y sin saber por qué, aminoró el paso para escuchar las risas nerviosas de las dos muchachas.

Ascendía de regreso hacia los pisos superiores cuando, sin previo aviso, se reconoció en aquel espíritu alegre y distendido que hacía años que no habitaba en él. Se había sentido travieso otra vez. Se había acercado a la cocina llegando por detrás, desde la cava pequeña. Justo al llegar a la galería acodada había oído un par de voces y, al aproximarse, había derramado su vista, curioso y algo divertido, desde la esquina para ver a la señorita Belmonte y a una doncella del servicio. Fue a inter venir, pero, antes de hacerlo, decidió escuchar un segundo su conversación, como un pícaro. Se sonrió diciéndose que ya no era un infante, como cuando espiaba a la primera de sus tres ayas, Adelaida Robles. Entonces se escabullía por entre los orificios estrechos de los maderámenes de su alcoba para observar en silencio cómo ella, de la que estaba profundamente enamorado con la ingenuidad de un niño de diez años, se desvestía para meterse en la cama. Fue una lástima para él que Adelaida se casara con un vascuence y le abandonara para formar su propia familia. «A todos nos rompen el corazón alguna vez», se dijo.

Se percibió, por un instante, como si la guerra y la pérdida de Alba no hubieran dejado sus huellas sobre él; no se sintió culpable por la muerte de su esposa, ni por sentir aquel grano de felicidad que le había otorgado el escuchar esa conversación ajena. Sonrió y prosiguió su camino. Avanzaba ya hacia las voces y risas del salón principal cuando sintió de nuevo aquel desasosiego en el estómago, mezcla de entusiasmo y complacencia, que le avisaba de que algo en él estaba cambiando.

CAPÍTULO 17

16-18 de octubre de 1720

Amelia no dejaba de oír una voz interior que le exigía prudencia. Se dijo que debía seguir con su plan inicial de conseguir a don Diego por ahora. Lo que había ocurrido esa tarde en el carro no podía volver a pasar, no hasta que el marqués realmente firmara e todo lo prometido. De ser así, ella ya sería libre de verdad para decidir qué tipo de vida quería llevar. Pese a esta voz, no podía eliminar de su cuerpo el deseo escandaloso de que el marqués la hiciera suya. Ya en la cena privada de esa noche, pese a evitar al marqués todo lo que pudo, fue cruzar un par de sonrisas con él y su ánimo se encendió de nuevo. Estaba tan atractivo que no pudo evitar recordar la suavidad y ternura con la que había despertado su deseo. Nada que ver con la libido desatada y soez del conde de Guadalmin en Cádiz.

Sin embargo, para su sorpresa, en la fiesta, entre los fuegos artificiales, los salones de baile y los brindis, don Enrique había mantenido la distancia. De hecho, se sintió satisfecha al comprobar cómo el marqués aparecía aquí y allá favoreciendo sus encuentros con don Diego. A veces dando conversación a los moscones, otras sugiriendo algún brindis para que ella se integrara y en alguna ocasión atrayendo las miradas para tratar de dejarlos más a solas. Así ella pudo relajarse un poco y disfrutar del baile con don Diego, don Alfredo y otros caballeros. Al final, cansada de coquetear con el duque sin mucho éxito, decidió retirarse a sus aposentos. «Bastante para la primera noche de festejos», se dijo.

Ahora, mientras la doncella de cámara la ayudaba a desvestirse deshaciéndose del corpiño y el miriñaque, bastó que la muchacha le rozara la nuca para que recordase el tacto del marqués. Tras despedirla, Amelia se introdujo en la cama henchida de algodón, entre las sábanas almidonadas, y apagó la vela del candil. Pese a que estaba agotada, las imágenes del rostro del marqués la azoraron durante un rato agitando su deseo y su pensamiento hasta que la atrapó el sueño. Se vio flotar sobre un mar sereno, cuyas olas le alisaban los cabellos y acariciaban su cuerpo. Se dejó arrastrar por aquella sensación placentera, y se percibió turbada, con los pómulos encrespados y los labios humedecidos. Fue de pronto cuando comprendió que unos brazos recorrían sus pechos y su sexo, y un olor a melocotón la embriagaba. Percibió

unos labios recorriendo su nuca, y se despertó conmocionada al ser consciente de que don Enrique estaba en su cama, desnudo junto a ella. Lamentó no haber cerrado la puerta con llave cuando salió la doncella. Trató de separarse, pero su mano le apretó con suavidad el sexo y la hizo gemir, más que gritar, mientras se balanceaba libidinoso sobre su espalda.

—Déjese llevar, señorita Amelia —le susurró como si fuera el propio diablo—. No se preocupe, que mañana recibirá usted los papeles del escribano para su lectura.

Ella gimió con los carrillos inflamados e intentó zafarse, pero él la apresó aún más contra su pecho, que parecía un volcán, y siguió acariciándola sin prisa. Oía tan bien, era tan atractiva su carne y tan seductores sus palabras que, enojada y confusa, excitada e impelida por los susurros que aquel hombre vertía en sus oídos, pronto no tuvo que luchar contra él, sino contra sí misma.

—Abandónese, sé que me desea como yo a usted —la retó—. Voy a dedicarme a su cuerpo hasta que la mañana nos descubra, susurrándole palabras licenciosas mientras la hago mía; me voy a convertir en un devoto de su sexo, de sus curvas, de sus senos, y voy a besar todas las esquinas de su piel proporcionándole un placer que la llevará al éxtasis. Voy a descubrir para usted placeres secretos por los que navegaremos hasta desfallecer y, para cuando terminemos, usted ya será otra, pues no podrá olvidar jamás este amanecer nuestro, en el que un varón la hizo suya verdaderamente.

Desear a aquel hombre era terrible. Tenía el cuerpo encendido y en pie de guerra contra su voluntad. Sin poder evitarlo, notó que su entrepierna se humedecía y él empezó a tomarla suavemente. Entonces advirtió que él llevaba puesta a una vaina de suave tripa aceitada sobre su miembro viril. Había oído hablar de aquellos instrumentos que utilizaban los hombres cuando visitaban a las bordionas para evitarse enfermedades, y se sintió insultada y abrumada a un tiempo. Ella, que solo había conocido varón una vez y se había entregado bajo coacción, se veía tratada como una casquivana. Aun así, no pudo más que gemir. Las palabras bisbiseadas de don Enrique resonaban como un martillo sobre sus tímpanos y no sabía si santiguarse en un esfuerzo inútil de controlar el calor que ascendía desde su vientre. Así claudicó. Estaba tan cansada de vivir cerca del precipicio, tan exhausta. Se abandonó arrastrada por sus melifluas palabras, que la embriagaban hasta el alma y desataban en ella una pulsión salvaje para que la tomase más fuerte. Llevada por el placer de la carne, se acomodó curvando su espalda mientras su razón menguaba de forma imparable.

—Es usted el diablo en persona —le susurró.

—Solo para darle el placer que se merece, señorita Ameli a —le dijo jugando con sus labios y sus senos.

—Qué va a hacer usted de mí...

El marqués la tomó tres veces antes de que el alba despuntara, vomitando palabras sucias que la escandalizaban y la encendían a un tiempo. Se vio vencida por aquel hombre tiránico —el único puente que tenía para estabilizar su vida — y por su propia lujuria.

Cuando despertó, él ya no estaba en la alcoba, pero, efectivamente, antes del desayuno cumplió su promesa: los papeles que le otorgaban una acaudalada renta vitalicia, la casa de Madrid y el usufructo permanente de la villa de Cádiz llegaron lacrados en un cartapacio a su cuarto. Los revisó con detenimiento. Parecían estar en orden, así que decidió enviarlos a un legista de confianza de su padre, en Madrid, por medio de un paje, para confirmar su validez. Aunque no conocía el objetivo último de don Enrique, lo único que le importaba a ella era salir de la pobreza. Seducir a don Diego hasta el punto de que este se comprometiera a convertirla en su esposa era su plan original y también el prioritario. Pero si don Enrique le proveía de fortuna, no veía por qué perder su independencia. Aun así, hasta que recibiera la contestación de su legista en unas semanas, continuaría con su estrategia de acercamiento al duque. Don Enrique no era de fiar, la tomaba por la noche mientras la ayudaba a desposarse con don Diego por el día, y esto era algo que no cuadraba con las buenas intenciones.

Tras el desayuno y un paseo a solas por los jardines, se hizo la encontradiza con el duque, pero él apenas la atendió un momento, pues tuvo que regresar al interior en cuanto oyó que sus majestades se habían despertado. Se pasó todo el día cumpliendo su papel de anfitrión, atendiendo a los monarcas y a otros ilustres, pero sobre todo a la reina. Incluso los esfuerzos sutiles de don Enrique para hacer que estuvieran en los mismos círculos fueron en vano.

Dada la imposibilidad, ella gastó su tiempo con doña Mercedes y doña Sol Montijos, entre conocidos de épocas mejores y comentarios hirientes sobre terceros. De vez en cuando recordaba la noche anterior con el marqués y se estremecía de deseo. Ya en la comida, don Enrique, con una sonrisa más sensual que nunca, demostró su astucia y consiguió integrarla en una conversación con don Diego pidiéndole a ella consejo sobre los baños en Cádiz. No dio mucho de sí, pues fue una charla de unos minutos que se vio

interrumpida cuando aparecieron las viandas. Volaron los comentarios sobre la exquisitez de los preparados, la carne, la volatería, los consumados, las ensaladas y los postres. Ella tampoco pudo evitar expresar su aprobación al catar los dulces de leche con crema pastelera.

Más entrada la tarde intentó acercarse al duque, pero siempre tenía un erizo de personas a su alrededor. Dudó si sería adecuado entablar conversación con su hermano para afianzar lazos, pero no halló rastro de él en todo el día. Era obvio que mantenía las distancias con toda la corte. Tras la siesta, las obras de teatro, música de cámara y lecturas variadas, don Enrique hizo acto de aparición en un cruce en los pasillos, regalándole un par de susurros.

—Trataré de que se encuentre con don Diego.

Pasó de largo, y a Amelia —que no podía dejar de darle vueltas— ni siquiera le dio tiempo a preguntarle por qué tanto interés en su posible casamiento con el duque. Al fin le puso empeño y consiguió bailar con él, y gracias a la intervención de doña Mercedes, obviamente promovida por el marqués, pudo repetir un par de veces más. Aun así, para cuando intentó quedarse a solas, el rey Felipe mandó llamar a don Diego y ya no se separó de él en toda la noche. Amelia se resignó y, tras los fuegos artificiales y la opereta, regresó a la paz de su aposento. Esta vez cerró con llave, en contra del deseo de que don Enrique regresase para robarle el sentido. La dejó sobre la mesilla, se acostó y se sintió humedecer al pensar en él. Sabía que su cuerpo deseaba lo contrario que su razón. Pese a todo, entrada la noche le sintió de nuevo lamiendo sus pechos y su sexo, asaltada en pleno sueño y arrebatando de ella sus gemidos y el alma misma.

—Déjese llevar... —le susurró haciéndola suya y despertando el diablo en su interior. Entre jadeos, supuso que había sobornado a algún criado que tuviera llave. Fuera como fuese, tenía que reconocer que era un amante excepcional. El marqués le estaba descubriendo la sensualidad que habitaba en el cuerpo masculino. Don Enrique se apretó más y le hizo sentir un éxtasis que ascendió desde su sexo a su cabeza hasta hacerla gemir incontrolablemente, con la cara sobre la almohada. Entonces la tomó con fuerza, sin detenerse un instante, provocándole un placer en oleadas constantes, hasta que, llevada por una urgencia desbocada, ella le rogó que la hiciera suya más veces. «Qué me ha hecho este hombre maldito, que me hace pecar contra Dios y el decoro», pensó al oírse hablar así a sí misma. Había sucumbido por dos noches ya. Sus pensamientos se balanceaban entre la

supuesta castidad de una mujer de honra y la sensación poderosa que la embargaba al sentirle dentro. Tras caer en el delirio, durmieron hasta que el alba empezó a romper la oscuridad. Entonces don Enrique se acomodó sobre ella deseando tomarla una vez más, pero ella se separó antes de recaer en la lujuria.

—En cuanto firmemos los papeles podremos navegar juntos de nuevo, pero no antes..., por favor —le suplicó.

Él le sonrió y no le dijo nada. Recogió su ropa y, a medio vestir, se desvaneció como un fantasma.

Durmió hasta entrada la mañana, pero pudo oír cómo la marabunta de invitados, incluidos los reyes, abandonaban Castamar. Ella, tras un desayuno delicioso, ordenó a la servidumbre que empacara sus pertenencias. Mientras cargaban el faetón con su equipaje, don Enrique se le acercó y le sugirió que debía quedarse más tiempo en la hacienda.

—Todavía no entiendo por qué desea usted mi enlace con el duque —le dijo sin poder contenerse.

—Tan solo porque usted lo desea, ¿no es así? —respondió él lacónico.

—Por supuesto —contestó ella al paso en un susurro y con una sonrisa de compromiso—. Aun así, alargar mi estancia es del todo imposible. Es obvio que él se cuestionará mis intenciones si deseo quedarme más tiempo sin motivo aparente.

El marqués mostró un rostro complacido, pero algo en el interior de Amelia la avisó de que no le gustaba su marcha de Castamar.

—Buscaremos mejor ocasión, querida —le aseguró él—. En cuanto a los papeles, dígame usted cuándo firmarlos.

—A ser posible y si usted tiene a bi en, esta misma semana —le dijo—. Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí, marqués.

Tras despedirse adecuadamente de todos, invitados y anfitriones, don Enrique montó a caballo y partió al galope. Ella se preparó para montar en el faetón que la llevaría de vuelta a Madrid. Pensaba que había llegado a Castamar casi virgen, casta y puritana, sin experiencia en las lides del amor; portando una fachada de cierta posición en apariencia, pero pobre y endeudada, al borde del precipicio. Sin embargo, ahora abandonaba la hacienda a punto de ser una joven acaudalada y con cierta experiencia en el amancebamiento.

—Este tiempo aquí debe de haberle alegrado el corazón a usted, querida niña, y me alegro —le dijo doña Mercedes a modo de despedida—. Se va más risueña y menos taciturna.

—En Castamar he encontrado gran parte de la paz que necesitaba mi dolorido corazón tras la muerte de mi padre —le respondió ella sonriéndole y pensando que el cambio se le debía notar.

Se terminó de despedir de doña Mercedes, que partió a hacia Valladolid, y seguidamente, a solas ya, de don Diego. El duque le hizo una pequeña inclinación.

—Está usted invitada a regresar siempre que lo desee, señorita Amelia.

Seguía manteniendo aquella mirada capaz de arrebatarse el aliento con su sinceridad inadecuada.

—Le tomo la palabra —le respondió ella.

Ya en el faetón, mientras se despedía del jardín otoñal teñido de rojizos y canelas, se dijo a sí misma que los planes de don Enrique le traían sin cuidado. En el momento en que firmase y tuviese su ansiada independencia, no pensaba seguir ningún plan del marqués. En cuanto a sus intereses matrimoniales, buscaría en don Diego un amigo leal, más que un esposo, con el único interés de hacerse con su corazón. Había vislumbrado que un hombre como él, de amarla profundamente, no permitiría nunca que nada malo le ocurriese, y si don Enrique no era el hombre que aparentaba y trataba de hacer algún tipo de jugada contra ella, el duque de Castamar sería capaz de transformar toda la opulencia del marqués en la de un cordero dispuesto a ser degollado.

18 de octubre de 1720

Úrsula asintió cuando el lacayo le dio el mensaje de que su excelencia deseaba verla. Ordenó a las doncellas de furriera y a los mozos de oficio que terminasen de adecentar las estancias antes de cerrar el ala izquierda de la casa. Gran parte de los invitados se habían hospedado allí, y ahora debían quedar en perfecto estado de conservación hasta el año siguiente. Según le informó el paje, su excelencia se encontraba despachando con el grefier, don Alfonso Corbo, que hacía las veces de administrador y secretario de la hacienda. Mientras cruzaba el edificio de un extremo al otro yendo a su encuentro, Úrsula iba pensando que ese año había sido un éxito. La servidumbre había estado a la altura de las circunstancias y tenía que reconocer que la señorita Belmonte había cumplido sobradamente con la tarea que se le había asignado. Los fuegos artificiales, las actuaciones de las cofradías, las capillas de música, los pasatiempos y, sobre todo, la comida habían sido del mayor de los agrados para los monarcas y el resto de los invitados. La cocinera jefe de Castamar se había ganado el respeto de su

excelencia y conquistado los paladares de los reyes. Bastó que probaran aquella ambrosía para levantar la cabeza preguntando si el jefe de cocina de don Diego era francés. Su sorpresa había sido todavía mayor cuando habían descubierto que no era cocinero, sino cocinera, y tampoco francés, sino española.

Tras esto, las alabanzas por parte de los ilustres habían sido constantes durante la celebración. Con cada halago que don Diego había recibido, Clara Belmonte extendía su raigambre sobre la hacienda y esto menguaba su propio poder. No había nada con lo que pudiera amenazarla o coaccionarla para tenerla atada excepto su autoridad, y era sabido que en la mayoría de las casas nobiliarias la cocinera jefe constituía un cargo en sí mismo que solo dependía de mayordomía. Por mucho que le pesara, Úrsula no era un varón y nunca podría ser mayordomo, por lo que, tarde o temprano, la dependencia de cocina podía pasar directamente a cargo de don Melquíades.

Ahora, como otras veces, meditaba cómo aquella muchacha que vivía entre clases se había convertido en la jefe de boca del duque. «Ha sido tan rápido que no lo he visto venir —se dijo mientras atravesaba los pasillos de Castamar con su mirada atenta a todo—. No te castigues, Úrsula. Nadie hubiera previsto esto». Aquella muchacha había conseguido ascender en ocho días un mundo, mientras que ella había pasado sus mejores años limpiando en la casa del duque de Villares para mantener a su padre. Todavía recordaba a aquella vieja chocha, doña Perfila, la dueña de la casa. Recién entrada ella a trabajar como entretenida de furriera, con apenas veinte años cumplidos y la cara amoratada por la paliza que le había dado su padre la noche anterior, el ama de llaves había entrado en el salón de música para congelarla con su voz acerada y sus órdenes. Parada frente a ella, le había levantado el rostro con desdén y, sin ella saberlo, le había dado una lección de lo que sería su vida de servicio de ahí en adelante si no espabilaba.

«Veo que te ha vuelto a pegar el borracho de tu padre —le había dicho autoritaria—. Espero que no sea un problema para tu trabajo».

Ella, atemorizada, se lo negó categóricamente, y antes de que se fuese, llevada por su inexperiencia, había querido hacerse valer.

«Doña Perfila —le dijo—, sé leer, escribir y algo de matemáticas».

La dueña, erigida en su pedestal, la había mirado como si fuera un gusano y había chascado la lengua.

«¿Y por qué crees que me interesa saber tal cosa?», le había preguntado.

«Tal vez le pueda ser de mayor ayuda», le contestó Úrsula con las manos

cruzadas delante de ella y la cabeza gacha.

«¿En otro puesto diferente, quieres decir?», preguntó enarcando una ceja.

Úrsula había asentido, dándole a entender que estaría bien donde ella dispusiese. La mujer se había quedado en silencio antes de jactarse con una carcajada seca y corta. Después se había girado y, mientras se dirigía hacia la puerta, había elevado la mano por encima del hombro para marcar un ademán tajante.

«Lo mejor que puedes hacer es trabajar, no vaya a ser que al final tu padre te mate a palos por vaga», añadió con su tono hiriente.

Ese día Úrsula comenzó a comprender que no había buenas personas en el mundo, salvo casos excepcionales, como doña Alba. Ascendió los últimos mamperlanes que la conducían a la galería ancha, plagada de cuadros de los ancestros de Castamar desde el primer duque, allá por el tiempo de los Reyes Católicos. Caminó apenas si n jadear —pues estaba en buena forma pese a su edad— hasta llegar frente a dos puertas de madera de roble con cuarterones. Llamó con diligencia y esperó a que el duque le permitiera el paso. Tardó un poco, como era de costumbre. Cuando lo hizo y ella entró, se cruzó con el grefier, don Alfonso Corbo, que le hizo un saludo cortés. Úrsula le devolvió una pequeña reverencia mientras don Diego seguía escribiendo sobre su escritorio, acompañado de los utensilios propios de escribanía y la pluma de cisne en los dedos.

—Su excelencia, los equipajes de doña Mercedes y don Enrique están preparados —le informó creyendo que tal vez era este el motivo de la llamada.

—Perfecto —dijo el duque mientras escribía.

Ella esperó inmóvil unos minutos, hasta que don Diego firmó la carta. Con cierto ritual, tomó la salvadera, esparció unos granos de arena de secado sobre el papel con el fin de enjugar la tinta y, cuando comprobó que estaba totalmente impresa, lo cerró y lo lacró con su sello. Al fin lo extendió hacia ella con el rostro sonriente. Ella se acercó servicial y, al tomarlo, sintió todavía la cera caliente.

—¿Conoce la librería de la calle Mayor? —le preguntó.

Ella asintió.

—No he estado nunca, pero sé que su excelencia ha encargado allí muchos de sus volúmenes, principalmente de botánica.

—La nota que le entrego no es el acostumbrado pedido de libros de botánica, sino un encargo especial —declaró.

Úrsula intuyó que aquel pliego podía tener que ver directamente con la señorita Belmonte, y un latigazo le recorrió la espina dorsal.

—Dígale al muchacho nuevo, Roberto, que tome una de las yeguas y le lleve este pedido al librero, el señor Bernabé —le dijo don Diego sin percatarse de su desazón.

Úrsula, disimulando su creciente agitación y tras hacerle una reverencia, se despidió afirmando que así se haría. En cuanto salió, se encaminó a grandes zancadas hacia su pequeño despacho. Por el camino se cruzó con un grupo de mozos de furriera y ordenó buscar de inmediato a Roberto Velázquez, el sobrino de don Melquíades, para que acudiera a verla. Chascó la lengua y mantuvo los labios presionados en una delgada línea hasta que alcanzó la planta de la servidumbre y entró en su despacho.

Allí, tras la seguridad del portón y con los nervios algo agitados, tomó un abrecartas, quebró sutilmente el lacre de la nota y la leyó. Tras las presentaciones protocolarias hacia el librero, el señor le pedía un volumen específico de cocina o un recetario representativo de alguna cultura, tal vez de algún maestro afamado, a ser posible en castellano, latín o, en última instancia, en alguna lengua foránea. Sin dudarle, Úrsula encendió un cabo de vela aproximándolo a la llama de una de las lámparas y, tomando una barra de lacre, destiló un par de finas gotas sobre el sello para disimular su apertura. Estaba esperando a que se solidificara cuando sonó la llamada de Roberto Velázquez sobre la puerta. Le permitió el acceso y le extendió la nota, deseando quedarse a solas para poder reflexionar cuidadosamente sobre aquella nueva circunstancia.

Cuando salió el mozo, cerró la puerta y apoyó la espalda en ella con el fin de sosegar su ánimo y pensar qué pasos debía dar ahora. Era obvio que Clara Belmonte había obtenido el afecto de don Diego. Cuando aquel volumen le fuera entregado comenzaría a establecerse un lazo entre ellos en el que Úrsula ya no podría influir, y esta vinculación brindaría a la señorita Belmonte un acceso directo a don Diego, privilegio que en la actualidad solo tenían ella y el pavisoso jefe de jardinería. Tendría que vigilar si llegaban más libros a la hacienda. Tras el éxito de la celebración, esa muchacha se había convertido en una amenaza muy peligrosa para su autoridad.

Caminó hacia las habitaciones superiores tras cerrar su despacho con llave, añorando con intensidad los días pasados, cuando doña Alba regía la casa y ella se sentía segura bajo su protección. Cuán agradecida le estaba, cuánto la añoraba y qué tranquilo era el mundo cuando ella vivía. Nunca olvidaría aquel

día entre los rosales y las estatuas de los parterres, cuando Úrsula caminaba hacia el pequeño cenador. Preparaba lo necesario para que la duquesa y su primo don Rodrigo, duque de Castañeda y Villalonga, recién venido de Cartagena, pudieran tomar chocolate y pastas de almendras. Entonces su marido había surgido de repente y la había empotrado contra la pared verde del parterre, tomándola por el cuello. Elías, tuerto y con los signos de haber padecido una tortura extrema, tenía la venganza marcada en su rostro.

«Me ha costado mucho encontrarte, ramera indecente —le dijo con la baba y la ira descabalgándose por las comisuras de sus labios—. Vas a pagar por lo que me han hecho».

Había apretado tan fuerte que había estado a punto de partirle el cuello. Sintió que su vida volaba rápido fuera de su cuerpo y le sobrevinía un vahído que creyó el último de su vida cuando sobre el gajate de su marido había aparecido la punta acerada de un espadín.

«Suéltala o te parto el cuello en dos», ordenó una voz autoritaria.

La mirada de Elías pasó tan rápido de la ira al terror profundo que la soltó de inmediato, y ella, casi desvanecida, había caído al suelo como un muñeco roto buscando aire. Junto a ellos habían aparecido dos gentilhombres, un par de capitanes de la guardia de Castamar, dos ayudas de cámara, doña Alba y su primo don Rodrigo, que sujetaba su estoque sobre el cuello de su marido. Úrsula pudo entonces respirar, con mucho esfuerzo, entre toses y a bocanadas, como si quisiera atrapar la vida que se le había escapado unos instantes. Don Rodrigo había presionado con el espadín, cortando superficialmente la carne sobre la nuez de Elías, y le espetó que se pusiera de rodillas, con las manos pegadas al suelo. Este, con los ojos fuera de las órbitas, obedeció al tiempo que uno de los capitanes de la guardia de Castamar la ayudaba a ponerse en pie. Entonces doña Alba, con su particular elegancia, se acercó a ella para cerciorarse de que estaba en perfecto estado.

«¿Está usted bien, señora Berenguer?», le preguntó mientras Úrsula asentía entre la vergüenza y el dolor del cuello.

La duquesa se había girado hacia el malnacido de Elías.

«¿Quién es usted y qué hace en mis jardines?», le exigió explicaciones.

Por su tono de desprecio, Elías había comprendido que, si no daba una razón convincente, podía verse colgado de una soga o en galeras.

«Soy su marido..., excelencia... Su marido. Esta mala mujer me acusó en falso de traidor al rey, y por eso he sufrido tortura —contestó entrecortadamente—. Me soltaron ayer, al no encontrar prueba ninguna».

Don Rodrigo guardó el espadín y se dirigió hacia su prima.

«Esto es un asunto privado entre marido y mujer. Lo mejor que podemos hacer es no inmiscuirnos».

Úrsula, desesperada al oír aquello, se había tirado a sus pies.

«No me abandone, mi señora, por favor», le rogó con el pánico cargado en su rostro y las manos temblorosas.

«Si su marido le pega, tendrá algún motivo», dijo don Rodrigo a doña Alba.

Ella se volvió, autoritaria, y mirando a su primo pronunció unas palabras que Úrsula no había podido olvidar. Unas palabras que habían significado desde entonces su libertad, la seguridad de que nadie podría hacerle daño nunca más y, por supuesto, su amor incondicional por aquella mujer.

«Primo, tus palabras no son las de un caballero, y por supuesto que no es un asunto privado. Esta mujer está a mi servicio y no permito que le ocurra ningún mal», había dicho categórica.

Luego se había aproximado a Elías y, con la punta del quitasol cerrado, le había alzado la cabeza obligándole a mirarla.

«Escúchame bien, saco de pulgas maloliente: si en dos días no has desaparecido de la capital, haré que te den el garrote por traidor a la Corona. Lo más cerca de Madrid que te permito estar es Finisterre, ¿has comprendido?».

Elías había asentido con el cuerpo temblando por el miedo de verse otra vez torturado. Hasta que doña Alba no comprobó en Elías la verdad de su compromiso más allá del terror, no le permitió levantarse. Le despidió, avisándole de que iba a preocuparse mucho de si cumplía su palabra. Aquella había sido la última vez que Úrsula había visto a su marido. Nunca más le escribió ni apareció en Castamar, ni siquiera tras la muerte de doña Alba. Tal vez porque sabía que el duque le ofrecería la misma protección y sería menos compasivo de lo que había sido la duquesa. Después del suceso, doña Alba le dijo que nunca más tendría que preocuparse de ese problema. Ella, con los ojos llenos de lágrimas y tras pedirle permiso, le había besado las manos en señal de gratitud. La duquesa, con su habitual serenidad, le había dicho que regresase a la casa y se tomase el día libre para su propio descanso. Úrsula se había negado a tal privilegio con el máximo de los respetos, afirmando que no dejaría de servirla jamás, y menos aquella tarde. Mientras se alejaba, había podido oír cómo doña Alba, tomando del brazo a su primo, le había aleccionado indicándole que en el futuro no expresase ante ella opiniones propias de gente inculta y poco formada.

«Las mujeres, por su condición femenina, deben ser defendidas de hombres así, y un caballero no puede permitir dicho maltrato, y menos aún de un marido».

Don Rodrigo, apabullado ante el arrebato de su prima, se había disculpado afirmando que tenía razón y que debía perdonarle cuanto antes. Doña Alba le dijo, entre enfados fingidos, que no le perdonaría nunca a menos que hiciera méritos necesarios. «Así era ella —se dijo Úrsula—, no había en el mundo una ama de llaves que pudiera estar más orgullosa de su señora que yo». Desde aquel momento nació una relación entre ambas que estaba más allá de la servidumbre y del rango de duquesa. Doña Alba la había protegido en todos los sentidos: le había subido el sueldo, sus competencias, y no confiaba en nadie de la servidumbre como en ella.

Llegó a las dependencias del ala que debía cerrarse, y allí, en uno de los salones, se cruzó con un cuadro a tamaño natural de su antigua señora, radiante sobre la chimenea, con su tocado, enfundada en raso y seda, sentada con el abanico extendido y su porte aristocrático. Se detuvo a admirarla. «Ojalá estuviera aquí, excelencia —le dijo en sus pensamientos—. Qué poco me importaría entonces la señorita Clara Belmonte y su llegada a la cocina».

CAPÍTULO 18

Mismo día, 18 de octubre de 1720

Tras despachar esa mañana con su greffier y despedir a todos los invitados, Diego decidió tocar el clavicémbalo un poco. La noche anterior, y a petición de la reina, había interpretado junto con su maestro de capilla Álvaro Luna unas piezas de François Couperin, y al recordarlo había sentido deseo de hacerlo de nuevo. Durante aquellos días se había sentido extraño, algo agitado. Había algo novedoso en la forma en que sentía la lejanía de Alba, como si su pena fuera ahora más un lamento que un dolor extremo y, por más que lo pensaba, no podía comprender qué había generado en él tal cambio. Alba ocuparía siempre un lugar en su corazón, pero quizá se había hartado de decir que no deseaba olvidar a su mujer cuando en realidad ya estaba hastiado de que su muerte lo rodease todo. Tras concluir el homenaje a Alba, terminaba siempre abrazado a las sábanas ausentes y a su vieja conocida, la frustración. No obstante, esta vez no había sido así y, pese a que los paisajes yermos seguían instalados en su alma, en su interior germinaba un nuevo cauce que podía irrigar su sequía.

Tal vez por todo ello se había dejado llevar por un impulso algo juvenil y había decidido comprar el libro para Clara Belmonte. Esa extraña agitación que sintió al hacerlo, instalada en la boca de su estómago, le había sugerido la noche anterior que era mejor deambular por los pasillos de Castamar, en silencio, meditando el cambio que se estaba operando en él, que regresar a su alcoba sin preguntarse nada. Así lo había hecho y, cuando el último invitado se fue a dormir, había preferido cavilar con las manos a la espalda, entre los jaspes y los marcos dorados que engalanaban los cuadros de la larga dinastía de Castamar.

No se imaginaba que su paseo y meditación se verían contenidos por un encuentro casual con su amigo Francisco. El muy bribón, deseando continuar el festejo en la alcoba de doña Sol Montijos, cruzaba el corredor a lo lejos con un candelabro en la mano. Diego, sorprendido, sostuvo el paso y, para que no se viera interrumpido el *affaire* amoroso que de seguro iba a tener lugar frente a él, se ocultó con mucho tiento bajo la sombra proyectada por el umbral de uno de los salones. Francisco había llamado a la puerta de la marquesa de Villamar con cuidado, hasta que la dama apareció con el rostro

desencajado preguntándole si se había vuelto loco. Le arrancó una sonrisa el recordar la maniobra de su amigo en la cena hacía dos días, cuando deslizaba la mano por debajo de la mesa para tratar de acariciar a la dama. Esta, entonces, le había retirado sutilmente la mano sin llamar la atención. Por contra, cuando abrió la puerta, llevaba el escándalo enmascarado en el rostro. «Su presencia es quien ha motivado mi locura», le pareció que susurraba Francisco.

Ella había intentado detenerle mientras se acercaba, pero sus gestos dejaban entrever que estaba deseando que se aproximase incluso más. Francisco, con su sonrisa más pícaro, había dejado el candelabro sobre el mármol de una de las repisas y se había deslizado hacia ella. Doña Sol había tratado de oponer una resistencia fingida declarando que su marido dormía a apenas unos metros de ellos, en la cama de la habitación de al lado.

«Esta situación es justo la que lo hace más emocionante», contestó Francisco.

«Si da un paso más, mis gritos se oirán en toda la casa», amenazó ella de forma directa.

«Créame, doña Sol, espero poder despertar en usted algunos cuantos», le confesó antes de besarla como un encantador de serpientes.

Habían cerrado la puerta en el más absoluto silencio, para hacer de don Esteban un cornudo, de doña Sol una adúltera y de Francisco un licencioso. Lo más gracioso era que estas condiciones no eran algo nuevo. Llevaban cada uno por su lado cumpliendo ese papel desde hacía mucho tiempo. A Diego no le importaba que Francisco sedujera a una mujer bajo su casa, siempre que fuera en secreto y no una dama casadera. Esa conversación ya la habían tenido cuando Alba estaba viva. Esta, pese a que había sido su amiga fiel, que escuchaba todas sus confidencias y aventuras de alcoba, le había dejado claro que en Castamar, en aquellos días de festejo, nunca permitiría que una dama virginal perdiera la honra con sus ardides de galán al más puro estilo del don Juan de Molière. Gracias a Dios, los gustos de Francisco iban dirigidos hacia mujeres adultas. Por eso, pese a este pequeño encuentro, Diego había continuado su andadura en silencio.

Cuando el claro del día le descubrió, algo cansado tras su paseo por las galerías de Castamar, pidió el desayuno pensando ya en qué le prepararía su jefe de cocina. Como era de esperar, no le había defraudado y este apareció con el consumado de ave en su justo punto de sal, costras calientes que desprendían un suave sabor a limón dulce, los huevos escalfados al punto de nieve, los panecillos endulzados con miel y almendras, y por supuesto el

chocolate amargo. Todo venía finamente decorado, como si cada plato fuese un lienzo: en algunas ocasiones de dentro afuera y en otras más imaginativas, engalanadas con pequeñas flores de mazapán, almíbar líquido conformando ondas sinuosas, e incluso algún ramillete aromático sencillo.

Al terminar, otra vez estuvo a punto de pedir alguna vianda más llevado por la gula, pero el señor Elquiza le había informado de la partida de los invitados y había salido a despedirlos uno por uno. La última de todos ellos había sido la señorita Amelia, que desde su conversación sincera en Villacor no se había vuelto a abrir con él. Habían compartido un par de bailes durante el festejo. Si bien la conocía de un verano, sentía cariño por ella —o quizá fuese piedad, o una mezcla—, intuyendo que tras aquella cortina de apariencias se encontraba un alma herida que necesitaba de consuelo y cercanía. Se decía que algo no cuadraba en la señorita Amelia y en su errática relación con don Enrique. Gabriel, desconfiado por naturaleza, no le había quitado el ojo de encima y, por supuesto, menos aún a don Enrique. De hecho, su hermano había decidido realizar algunas pesquisas sobre él y sobre la señorita Amelia, y así evitar males mayores. Para ello, ya en Madrid, recurriría a un hombre de su confianza, antiguo esclavo, llamado Daniel Forrado.

Continuó ahora deslizando los dedos por las teclas del clavicémbalo, dejando fluir su renacida necesidad y que aquella extraña agitación le embriagase un poco. Reanudar aquella costumbre suya de tocar la mañana de los viernes debía de haber cogido por sorpresa a toda la servidumbre. Cómo le hubiera gustado a Alba oírle interpretar las sonatas de Couperin, con los dedos ágiles volando sobre las claves, matizando la fuerza de los pasajes, deshilachando las melodías en su multitud cromática. Su Alba era una mujer dedicada a los placeres estéticos que veía en el miedo, la angustia y lo zafio un enemigo de la belleza. Recordaba, mientras ejecutaba sobre las cuerdas del clavecín la textura adecuada de la pieza, cómo ella ignoraba todas las circunstancias futuras, todos los peligros, como si no existiesen.

«Los acontecimientos futuros son ilusiones, mi amor, no existen —le decía tratando de calmar sus angustias de la guerra—. Es una estupidez agobiarse por malos presagios cuando no sabemos si ocurrirán. Puestos a crear ilusiones, es mucho más divertido imaginar las mejores posibles».

Él, más atado a la tierra, tenía que hacer un esfuerzo por complacerla, aunque en ocasiones su miedo le hacía desahogarse, por la noche, después de hacerle el amor, cuando se daba cuenta de cuánto la amaba.

«Estoy preocupado, Alba. Es la segunda vez que Felipe tiene que salir de

Madrid y la segunda que el archiduque entra en la capital —le había dicho una madrugada, en la época en que los austracistas habían tomado la ciudad por segunda vez—. Además, sé que tenemos traidores que desean acabar con la vida de Felipe. Enemigos que están entre los miembros de la corte, que parecen partidarios de los Borbones..., pero son solo cuervos».

Ella, con su espíritu resuelto, le contestó que en efecto era la segunda vez que el archiduque Carlos entraba y también la segunda en que nadie le aclamaba como nuevo rey. Él le había sonreído y besado en los labios, acomodándose sobre su pecho, y con el miedo hablando por su boca le dijo que, si Felipe perdía la guerra, ellos lo perderían todo. Aquel conflicto hizo aflorar los miedos en todos los espíritus con el fin de gobernarlos tiránicamente, desde los mediocres hasta los más nobles. Cada ilustre lidió con el miedo a su manera: enfrentándose a él y apostándolo todo, como era su caso; evitando apostar, entre las apariencias de fidelidad, el honor y la palabra, para quedarse con el bando vencedor; apoyando a ambos bandos con igual ahínco, traicionando como una medida de supervivencia, como hicieron muchos cortesanos candongos, habituados a medrar por medio de halagos y lisonjas... A Alba, que tenía una fe ciega en el destino, le bastaba con que él estuviera protegiendo al rey Felipe para creer que nada malo podría pasar.

«¿Quién le puso a salvo aquella noche fatídica en Almenar?», le preguntaba siempre con aquella sonrisa disimulada, refiriéndose a la vez que habían tenido que huir del campo de batalla y, rodeados, Diego había sacado al rey de las líneas enemigas.

Salvo su mujer, nadie en aquellos meses de incertidumbre habría afirmado que ellos ganarían la guerra, pero gracias a Dios el tiempo había dado la razón a Alba.

Terminaba de interpretar otra tocata de Alessandro Scarlatti cuando oyó unos golpes en la puerta. Dio orden de entrar y el joven Velázquez, el sobrino de don Melquíades, se presentó ante él con lo que imaginaba era un volumen envuelto en papel de estraza y atado con un cordón de bramante. Seguro que era su encargo, adquirido en la librería de la calle Mayor. Se sonrió al tomarlo entre las manos y despidió al muchacho sin mucho protocolo. Lo abrió con el fino abrecartas de su escribanía, y contempló una encuadernación sincera y desgastada que mostraba sobre el cuero grabado una inscripción en latín con el autor y el título de la obra: *Apicii Coelii* (Arte coquinaria). Junto a él descubrió una nota del señor Bernabé, con buena caligrafía como era de esperar en un librero de calidad.

Me agrada comunicar a su excelencia que hace unos años cayó en mis manos, en uno de mis viajes a las imprentas de las Provincias Unidas, el libro que le hago llegar. Como podrá comprobar su excelencia, en la primera página del mismo se indica que es un ejemplar de una segunda edición, impresa en Ámsterdam por el impresor Janssonio -Waesbergios en 1709. Es, según he constatado, uno de los primeros libros sobre la cocina romana, y quién sabe si de la cocina en general, escrito en latín por Marcus Gavius Apicius. Su título original es «De Re Coquinaria». Respecto del autor, no he podido encontrar mucha más información.

Espero que el libro sea de su agrado, y como siempre no dude en contactar conmigo para cualquier otra necesidad que le surgiese. Se despide atentamente,

Don Manuel Bernabé, su librero de la calle Mayor

Se sentó y, con regocijo infantil, meditó sobre cómo le haría entrega del obsequio a la señorita Belmonte. En ningún caso podía ofrecérselo personalmente, pues eso equivaldría a lanzar un mensaje erróneo sobre sus intenciones, como si él fuera ese tipo de ilustre que, aprovechando su situación de señor, establecía relaciones con los miembros de la servidumbre por divertimento. Tampoco podría hacérselo llegar por medio de un sirviente, pues esto acarrearía habladurías y pondría en una situación incómoda a la señorita Belmonte. Además, solo era un obsequio por su labor al frente de la cocina, no quería que trascendiese. Lo mejor sería que el libro apareciera de forma espontánea en su cuarto y que fuera ella la que decidiese, como muchacha educada, si deseaba aceptarlo. Decidido y con sumo cuidado, tomó una de las cuartillas de su buró, la pluma de cisne bien afilada y perfilada, y con buena caligrafía se dispuso a escribir una nota adjunta para su destinataria.

Mismo día, 18 de octubre de 1720

Emilio el Zurdo tragó el potaje de judías secas y arroz, y percibió los trozos de cebolla y ajo machacados con el azafrán. Levantó la mirada y vio entrar por la puerta a Hernaldo de la Marca. Andaba a grandes zancadas, mostrando esa fea cicatriz que le dividía el carrillo derecho en dos desde la mandíbula hasta la comisura de los labios. Nunca habría camaradería entre ellos. Primero porque ambos eran de ese tipo de hombres que no tiene amigos, y segundo porque sabían que uno de los dos podía dar muerte al otro en un parpadeo. Además, aquel fulano había afrontado su paso al otro mundo en muchas ocasiones, acostumbrado a utilizar la vulgar destreza en el campo de

batalla o entre los angostillos de Madrid. «Con alguien que evita tanto su visita al otro barrio, es mejor despachar lo que sea rápido», se dijo Emilio.

—Parece que tienes hambre, Zurdo —le dijo Hernaldo.

—Pídete algo —contestó él mientras el soldado se sentaba.

Últimamente se acercaba más a menudo a la mancebía de El Zaguán porque la cocina

había mejorado. El Sebas, el dueño del local, se había dejado convencer por una de sus putas para llevar la cocina. Y lo cierto era que hacía buenos guisos. La Zalamera, conocida así entre los asiduos, había sido todo un descubrimiento. Desde que el Sebas no cocinaba y lo hacía ella, El Zaguán comenzaba a estar lleno de clientela y su dueño estaba de lo más contento.

«Lo que hace una buena cocina, copón», le había dicho el otro día el Sebas al oído para que la Zalamera no lo oyera y pudiera pedirle más dinero. Él, sonriendo, simplemente le había contestado que no subiera los precios y listo, pues El Zaguán no era un mesón decente, sino una mancebía. Sebas, al que conocía desde hacía años, era célebre por el montón de putas baratas que le hacían el negocio. Los porquerones y porteros de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte no le perturbaban demasiado, pues algunos hacían uso de los servicios de forma gratuita al menos una vez a la semana. Por su parte, él era asiduo del local. Al principio lo frecuentó por disfrutar de vez en cuando de Jacinta, una bordona medio desdentada que a cambio de unos maravedíes era capaz de hacer cualquier cosa entre las sábanas. Más tarde porque, aparte de que era barato comer allí pese al vino aguado, era el lugar donde acudía regularmente en busca de trabajo, ya fuera de caballero o matarife. Con los años, se pasaba por allí como si fuera un local propio, comía y esperaba.

A veces aparecía el criado de una casa con recursos que necesitaba domar a sus potros, o algún soldado ya licenciado que buscaba contratarle como matarife para despachar juntos a algún fulano destemplado. La asiduidad de estos menesteres se la debía en su mayor parte a conocer a los caballeros mayores de las casas nobles. Más tarde, gracias a las recomendaciones de estos y a su buen hacer, había podido trabajar en las caballerizas de cuantos señores le habían contratado. De este modo, se había ganado la vida como caballero, mientras por otro lado ejecutaba los trabajos sucios de muchos de estos ilustres. Ya eran muchos años dedicado a sus dos ocupaciones y la fama de buen navajero, rápido y eficaz era de sobra conocida en el barranco de Lavapiés.

Amedrentar a un petimetre o dar un par de mojadas a un soldado borracho que

debía dinero no le provocaba más que indiferencia. Por el contrario, adoraba compartir el tiempo con los caballos. Era de las pocas cosas que le hacían feliz en la vida. Ningún equino le había juzgado nunca, ni le había traicionado ni se había encabritado contra él sin razón. En su compañía se sentía como si no tuviera pecados ante el Señor, como absuelto de todos los vicios, delitos y bajas pasiones que había cometido en su vida. «El animal más bello de la tierra», se había dicho siempre. Por eso cuidaba de ellos lavando su pelaje, peinando sus crines y retirando sus excrementos, sin sentir obligación ninguna. Le gustaba acariciarlos, susurrarles palabras hermosas y amaestrarlos con delicadeza. Su sueño era ahorrar lo suficiente para montar una yeguada en las cercanías de Madrid, una reserva de caballos de estirpe, a ser posible cartujanos de la zona de Jerez, y con las influencias de algunos conocidos, criar sementales y vender buenos ejemplares a los nobles señores de la corte. Pero comprar el terreno, edificar las cuadras y elegir las yeguas y los sementales no era barato, y aunque comenzase de forma modesta, necesitaba una fortuna. Después de quince años, seguía lejos de conseguirla: tan solo tenía unos ocho mil reales para algo que debía de costar unos cientos de miles. Aun así, su amor por los equinos y ese sueño mantenían el equilibrio en su vida. De hecho, la defensa que hacía de ese animal le había llevado incluso a pasar cierto tiempo en la cárcel, pues había rajado la cara a un petimetre que golpeaba con la fusta sin parar a su jamelgo anciano porque se negaba a caminar. El pobre caballo estaba mal herrado y tenía los cascos crecidos desde hacía semanas, por lo que sentía un dolor más profundo al caminar que por los latigazos que le sacudía su dueño. «Si le hubieran dejado, lo habría destripado», se había dicho después.

La cárcel no le había cambiado mucho. Un par de bullas y pendencies para perder años de vida entre cuatro paredes y reos grill etados. Al salir, había vuelto a adiestrar los corceles de ciertos señores, marcando bien el aire de cada tranco, desde el paso simple de cuatro tiempos, amplio y franco, al galope entroncado o el de riendas largas. Y precisamente por esto, un conocido le había presentado hacía diez años a Hernaldo de la Marca para un trabajo espinoso. Desde entonces apenas se habían cruzado en El Zaguán y algunos lugares de malvivir, intercambiando miradas y saludos escuetos, sabedores de que ambos compartían secretos que les podían costar el pellejo. Así había ocurrido hasta hacía poco, cuando Hernaldo se presentó ante él pidiéndole la llave maestra de Castamar. Una que él tenía desde su trabajo allí. De hecho, si él estaba ahora allí sentado era para zanjar el pago que le

debía aquel desgraciado peligroso, capaz de rajarle a uno el cuello de un tajo. —¿Sirvió la llave? —le preguntó el Zurdo mientras relamía la cuchara de madera. Por respuesta, Hernaldo dejó caer la talega con los reales y se sentó frente a él. —No estoy aquí solo por eso —añadió señalando la bolsa—. Es un trabajo sencillo.

Emilio asintió, bebió un poco de vino y se sonrió algo irónico. Precisamente el encargo más difícil que había hecho jamás había venido de Hernaldo de la Marca diez años atrás. En aquella ocasión se le pidió amaestrar el caballo de don Diego de Castamar para que, cuando el corcel oyera el pitido insonoro producido por un silbato mudo, se pusiera a dos patas y se desplomase sobre el jinete con toda su fuerza y peso. Para él la dificultad no estribó en entrenar al animal, sino en saber que debía romper el espíritu puro de aquel corcel por medio del dolor, el terror y la angustia hasta convertirlo en un asesino de hombres. Incluso estuvo a punto de renunciar al encargo, pero no pudo. Hernaldo le puso una cantidad de dinero que hacía que su yeguada fuera un poco más real, y le dejó claro que de no hacerlo habría consecuencias.

Tras aceptar, el primer caballero de Castamar sufrió un oportuno asalto nocturno que le había postrado en cama. Él apareció días después para sustituirle, recomendado por el caballero mayor del barón de Noblevilla, que días antes había obtenido un suculento estipendio por tal recomendación. Tras la aceptación de don Melquíades, el mayordomo de Castamar, se hizo con el acceso al caballo de don Diego, un semental de pura raza andaluza, tipo barroco, de pelaje dorado con el cuello musculoso, y las crines y la cola abundantes. Era un ejemplar magnífico, nacido junto a su hermano gemelo en las caballerizas reales de Córdoba. «Con un animal así a cualquiera se le partiría el alma», se había dicho mientras lo entrenaba a escondidas. Cada chasquido del látigo había sido una punzada en su interior. Dos semanas más tarde, entrando en plena noche en el despacho de mayordomía, pudo hacer copia con moldes de arcilla de la llave maestra de Castamar. Nada de todo aquello había sido fácil. Por eso, cuando de la boca de Hernaldo salían las palabras «trabajo sencillo», le venían los recuerdos de aquel sucio encargo y se le revolvían las tripas. Claro que poco se podía imaginar el soldado que realmente nunca había acabado el entrenamiento de aquel caballo. Apenas había pasado una semana del acuerdo, cuando Jacinta, la puta que se beneficiaba, le hizo llegar un encargo nuevo por medio de un señor. Más tarde resultó ser un escriba que representaba los intereses de una dama de alcurnia. Poco se podía imaginar él entonces a quién le conduciría cuando quiso

averiguar su nombre. Ese tipo de trabajos, donde se mezclan los intereses de muchos, solo arrastran fortuna o desgracia, y la mayor de las veces ambas. Por eso se pensó si aceptar y se hizo querer para que el riesgo mereciera la pena, pues la pretensión de la ilustre no era que se adiestrase el caballo de don Diego, sino el de su mujer, doña Alba. El escribano, un pancista llamado Carlos Durán, le había ofrecido una suma excelente de reales y él había aceptado. El día en el que debía morir don Diego, nadie entendió por qué su caballo solo se encabritó, mientras que el de su mujer completó la maniobra hasta aplastarla. Horas más tarde del suceso, Hernaldo había aparecido en El Zaguán con el gesto contrariado y la muerte en los ojos. En cuanto salieron al patio de atrás, el cabrón malasangre le cogió del cuello, y con aquellas manazas le había empotrado contra los pernos de la portezuela.

«Hijo de mala perra, ¡dime qué coño ha pasado o te parto el cuello! El caballo que cayó fue el de doña Alba de Castamar», le había dicho entonces.

Él, sereno como correspondía a los que van de oficio, le había hecho notar la punta de la albaceteña pegada al colete duro de cuero, directa al vientre.

«Muy rápido tienes que ir para romperme el cuello antes de que te raje las tripas y te desangres como un gorrino», le contestó manteniendo el pulso.

El soldado se lo pensó un poco y le soltó, imprecándole para que se explicase. Él, que tenía su argumento preparado, le miró tranquilo todavía sujetando la navaja en la siniestra.

«Los caballos son gemelos. Los intercambiaron», le dijo.

Hernaldo le miró tratando de vislumbrar la verdad.

«Espero que no me hayas dado una puñalada traperera», le avisó con la mano en el espadín.

Él, todavía con cierto dolor en el cuello y resquemor en el espíritu, le escrutó agitando suavemente la empuñadura negra de su hoja en la palma de su mano.

«¿Para qué iba yo a querer matar a la señora esa? Me pagaste para acobardar al caballo, y eso es lo que hice», zanjó su discurso.

Así quedó todo. Hernaldo se fue, convencido de que tenía sentido lo que le había dicho. Y al marqués también se lo debió de parecer cuando no hubo represalias.

Emilio terminó de comer y se limpió el caldo de los morros con la manga. Miró a Hernaldo y, antes de seguir con la conversación, le dijo a Jacinta que le esperase en el cuarto, que tenía ganas de ella. Hernaldo se pasó la mano por la cicatriz y bajó la voz:

—Se trata del negro de don Diego de Castamar —le musitó—. A partir de

ahora tienes que vigilarlo.

—¿Y eso? —le preguntó lacónico.

—Porque el muy bastardo nos está vigilando a nosotros —le contestó y, tirando otra bolsa con reales de vellón, se acercó a él amenazante —, y porque te estoy pagando para que tengas punto en boca y hagas el puto trabajo.

CAPÍTULO 19

19 de octubre de 1720

Tras aquellos primeros nueve días, Clara tenía la impresión de que su estancia en Castamar se consolidaba, sobre todo con doña Úrsula, que parecía ir aceptando que ella era la jefe de cocina. Deseaba que la aparente tranquilidad pudiera extenderse al invierno y que su presencia no supusiera ninguna amenaza para aquella mujer insufrible. Ya el frío de la noche anterior había propiciado que Rosalía apareciera golpeando la puerta de su alcoba con los pies gélidos. En cuanto Clara le había abierto la puerta, la pobre desdichada se había abrazado a ella. Rosalía dormía al principio en la antigua alcoba de su madre, la nodriza de don Diego, pero apenas pasada la medianoche se despertaba dando alaridos que soliviantaban a toda la servidumbre. La encontraban siempre cerca de las ascuas de la cocina, tumbada en el suelo.

Durante mucho tiempo, según le había contado Elisa, nadie había sabido el porqué de aquellos chillidos de terror. Don Diego, incluso, llamó al doctor Evaristo. Este concluyó que se trataba de algún desorden de origen nervioso ocasionado por la pérdida de la madre, que se arreglaría con unas infusiones de manzanilla. Como no dio resultado, el doctor sugirió que la internasen en algún hospital para dementes, a lo que el duque se negó por haber jurado a su madre que la cuidaría. Llegó a decirle al médico que, o encontraba una solución, o si era necesario recurriría a sus servicios todas las noches del año para que la atendiera él personalmente. Pese a la amenaza, el bueno del doctor no había hallado remedio ninguno.

Fue el señor Casona el que consiguió dar con la clave de su mal. Una noche decidió quedarse cerca de ella, en el cuarto de al lado; Rosalía, en efecto, se levantó pegando alaridos desgarradores, que se calmaron en cuanto el señor Casona encendió el cabo de vela: resultó que Rosalía tenía un miedo atroz a la oscuridad y por eso, cuando se despertaba completamente a oscuras, sentía tal pánico que salía corriendo hacia el único lugar donde había luz: las cocinas. Después de esto se acordó que durmiera con un cabo encendido, pero en ocasiones este se apagaba y Rosalía volvía a las andadas. Además, se añadía el riesgo de mantener una vela prendida cerca de una muchacha que podía ponerse a jugar con ella y terminar incendiándolo todo. De nuevo el

señor Casona dio con la clave al construir un cobertizo con ventana exclusivo para Rosalía, por donde entraba la luz de los farolillos del jardín y a menudo la de la luna. Desde entonces Rosalía había dejado de ser una molestia.

Aun así, Clara preveía que, en las noches invernales venideras, la muchacha preferiría meterse en su cama buscando su calor. Era consciente de que Rosalía se había encariñado con ella, como si fuese una hermana mayor, y no le importaba cumplir ese papel. Aprovechando esta situación, antes de que amaneciera y tras avivar el calor de la estancia con los braseros, hirvió agua en los fogones en el más absoluto secreto y la derramó, ya en su habitación, sobre media cuba. Así, con un poco de jabón de Castilla que había hecho ella misma a base de aceite de oliva, sal y almarjo pero reducido en agua, se bañó —lavándose bien el vello de las axilas para evitar la concentración de olor malsano, y después la cabeza — y bañó a Rosalía. Era consciente de que si alguien las veía pensaría que estaba a loca, pero su padre la había acostumbrado al baño regular desde pequeña y, poco a poco, este se había convertido en un placer para ella, tanto en los días de invierno, si tenía un barreño grande y estaba cerca de la chimenea, como en los de verano, cuando el calor apretaba en Madrid y bañarse la refrescaba.

La gran mayoría de sus colegas doctores no estaban de acuerdo con la teoría de que la exposición al agua caliente pudiera evitar la propagación de las dolencias. A decir verdad, era más bien lo contrario, pues muchos sostenían que bañarse a menudo dilataba los poros de la piel y esto permitía la entrada de dichos males en el cuerpo. Aconsejaban siempre la limpieza en seco, y solo algunos en agua tibia como prescripción médica, cuando era necesario reequilibrar los humores. Sin embargo, su padre había puesto en práctica el baño tibio consigo mismo y no se había indispuerto nunca. Además, desde muy joven y gracias a los posibles del abuelo, coleccionaba libros de todo tipo y condición, obras médicas francesas e inglesas. De entre todas las recolectadas, una de las joyas que había encontrado fue precisamente *De morbis artificum diatriba*, del italiano Bernardino Ramazzini, donde se asociaban cierto tipo de dolencias a los emplazamientos de trabajo como una de las fuentes directas del contagio de enfermedades. El libro había llegado a sus manos en 1702, en un viaje a la Universidad de Padua, y en él había visto corroboradas gran parte de sus creencias en este sentido. Con los años, algunos nobles habían ido modificando los hábitos poco a poco, sobre todo las damas, y habían terminado incorporando el baño como uno de ellos, pero más como placer que por mantener la salud. Parecía que el tiempo terminaría

por dar la razón a su padre.

Rosalía, que apenas sabía nada de esto, solo había disfrutado con el agua tibia, salpicando las paredes y el suelo, mientras ella la limpiaba. Después la aclaró con una jofaina que lograba mantener caliente dejándola sobre una trébede encima del brasero. Ya limpias las dos, tras ajustarse la cofia y el delantal, salió en silencio una vez dormida Rosalía. Abrió la puerta con cierto sigilo cuando vio un objeto envuelto en papel de estraza y un cordón de bramante bajo el dintel, y nadie a la vista que pudiese haberlo dejado. Lo levantó. Por el peso y el tamaño comprendió que era un libro antes de abrirlo. Con sumo cuidado deshizo la lazada y descubrió el volumen encuadernado en un cuero curtido. Fue entonces cuando se le escurrió entre los dedos una pequeña nota adjunta, lacrada con el escudo de armas del duque. Arrugando el entrecejo cerró la puerta para evitar miradas indiscretas. Leyó el título, el nombre del autor romano y hojeó algunas páginas escritas en latín vernáculo. «Un recetario de cocina de la época romana», se dijo. Deslizó la mano sobre el encuadernado, acariciando su textura, y después lo pegó a su nariz para aspirar su olor añejo. Con cierta premura, lo depositó como si fuera un tesoro sobre la cama, y abrió el sobre lacrado.

Querida señorita Belmonte, sería una lástima que un talento como el suyo no tuviera un adecuado desarrollo por falta de libros que leer. Por este motivo me he permitido la osadía de regalarle este presente. Si le hubiera disgustado mi atrevimiento, bastará con que deje el libro en su puerta tal como lo ha hallado. De ser así, le pido de antemano disculpas, pues nada más lejos de mi intención que ofenderla. Si por el contrario le agrada mi obsequio, permítame indicarle que no será el último y podrá ir encontrando otros volúmenes según yo los adquiera. Los colocaré en la bodega pequeña, justo en la pequeña hornacina que hay detrás de la cuarta cava. De esta forma impediremos habladurías desagradables e innecesarias para su persona.

Según las indicaciones del librero de la calle Mayor, parece un volumen realmente instructivo en lo referente a la cocina de la época romana. En caso de que lo haya leído, espero que disfrute recordando pasajes y recetas que pudiera tener olvidados. Deseo que vea en este acto tan solo un sincero intento de satisfacer su necesidad lectora, pues no escondo ninguna otra intención más allá de lo manifestado.

Don Diego de Castamar, duque de Castamar

Clara sintió que el corazón se le aceleraba al leer las líneas tan deliciosamente dibujadas sobre la nota. Tenían un trazo algo inclinado y

elegante, perfectamente reconocibles. Durante un momento la inquietó que el intenciones sobre ella más allá de las descritas, pero don Diego parecía todo un caballero del que era difícil dudar. Se tomó unos segundos más para ella y releyó las frases, aspirando el perfume de rosa y alhucema que desprendía del papel y que ya le era tan reconocible. Si aceptaba aquel obsequio, sin duda tan apreciado por su inclinación natural hacia los libros, entonces se establecería un vínculo de algún tipo de naturaleza difusa, pues en el fondo ella seguía siendo su criada, y no una señorita de bien, tolerando el regalo de un caballero. Además, parecía tener la intención de ir regalándole una pequeña colección, una idea que sin duda la emocionaba. Si aceptaba el primero, sería de coherencia lógica aceptar el resto. Suponía que este ejemplar, por su rareza y condición, debía de estar rondando los trescientos reales, una suma difícil de alcanzar sin ahorro, incluso para la jefe de cocina. Por contra, la carta afirmaba claramente que su deseo era «satisfacer su necesidad lectora», algo del todo lícito en un señor respecto de su servidumbre.

Decidió quedárselo, entusiasmada con poder leer de nuevo, y, confiando en la palabra de don Diego, colocó el volumen sobre la balda vacía de la pared. Con el ánimo algo agitado, salió de su alcoba para dirigirse a los fogones. Caminó rápido y en silencio, tratando de no despertar al resto de la servidumbre, a la que todavía le quedaba alguna hora de sueño. Si aún fuese una señorita de bien, habría pasado el día leyendo y señalando las recetas más interesantes con el fin de ponerlas en práctica.

Hacía demasiado tiempo que no le ocurrían tantas cosas buenas, posiblemente desde la llegada de su tío Julián Belmonte reclamando su herencia. Aún podía recordar sus andares pomposos y su carácter trapalón, engalanado con buenos modales, el día en que su madre, su hermana y ella le habían dado la bienvenida al que había dejado de ser su hogar. Ella, tras el saludo, se había retirado asistida por su hermana, incapaz de soportar estar expuesta a la amplitud del salón. Aun así, Elvira y ella se habían quedado escuchando tras las puertas. Su tío Julián rompió el silencio tenso haciendo mención precisamente a su estado de salud. Su madre, correctamente, le había indicado que Clara se encontraba envuelta en esa debilidad desde la repentina muerte de su padre.

«Entiendo..., pobre muchacha. La impresión de perder a un padre puede ser devastadora», dijo con sus modales fingidos.

«Lo es. Como la de perder a un hermano», dijo su madre remarcando que él no parecía afectado en absoluto.

«Qué bien cuidada está la casa de mi padre. Todo está en su sitio, tal y como lo recordaba», cambió él de tema mientras paseaba por la sala escrutando los objetos.

«A partir de este momento puede estar como usted desee, pues el mayorazgo ha pasado a ser de su propiedad», le contestó su madre con acrimonia.

Él había guardado silencio acariciándose con el pulgar la yema de los dedos redondeados y duque tuviera

«Querida cuñada, no puedo consentir que diga eso. No he venido hasta aquí con la pretensión de arrebatárselos su hogar, sino muy al contrario, deseo que todas ustedes continúen viviendo aquí junto a mí».

Su madre se había escandalizado al creer que él deseaba reducirla a la condición de invitada en la que había sido su propia casa. Finalmente él hizo aparecer una propuesta directa sobre sus intenciones perversas.

«Casarnos sería una salida honrada para usted, querida. Yo ganaría dos hijas en vez de dos sobrinas, y usted y ellas no se verían arrojadas al infortunio».

«Señor, me temo que se me hace imposible...».

«Además, y al convertirme en su marido —había continuado ofendiéndola —, se beneficiaría de mi experiencia como legista y podría administrar el total de la herencia de mi hermano, que de seguro usted malgastaría por su propia condición de mujer».

«Como le decía, su proposición se me hace inaceptable, pues casarme con usted, pese a las ventajas económicas que supondría, no solo sería la mayor de las desgracias para mí y para mis hijas por motivos evidentes, sino que traicionaría por completo la memoria de mi difunto marido».

Con esa frase su madre había sentenciado, gracias a Dios, cualquier posibilidad de futuro junto al tío, y a la vez la forma de vida que conocían hasta ese momento. Expulsadas de la casa con apenas algo de dinero, se habían trasladado a una habitación de alquiler. El casero era Darío Jiménez, uno de esos hombres solitarios que se había apolillado en su trabajo como recaudador de rentas para un burgués rico de Madrid. La primera vez que Clara le vio, con los mofletes gruesos y sus labios dilatados, andaba inclinándose hacia los lados y balanceando una barriga enorme.

Aquella mudanza bastó para que las amistades que hasta entonces habían tenido el gusto de visitarlas no las recibieran más; ninguna de ellas se mostró compasiva. De la posible gracia póstuma de la que el rey hizo mención tampoco hubo respuesta a sus cartas. Incluso cuando se personaron para hablar con don José de Grimaldo, su asistente le excusó por estar absorbido por

asuntos de la guerra. Pronto los pequeños ahorros se agotaron mientras su madre desgastaba sus años de vida en encontrar un trabajo de cocinera. El devenir las condujo a una situación extrema. Su antigua condición social pesaba mucho, pues nadie quería tener trabajando a una señora o una señorita de bien. Acudieron a las casas ilustres pensando que estas serían menos reticentes a contratar a una viuda desahuciada, dado que estas familias estaban situadas en el escalafón superior de la sociedad. Mientras tanto, ellas se vieron pelando ajos para venderlos en los mercados al peso por unos reales de vellón que apenas ayudaban. El tiempo transcurrió como una densa roca, arrastrando la decepción y la ruina con ella.

Un día, estando ya en el límite, tras contemplar la derrota y el fracaso desfigurando el rostro de su madre por la acumulación de días infructuosos, descargó su frustración sobre su hermana, que todavía pensaba ingenuamente que podrían mantenerse vendiendo los ajos pelados. Ella le había recriminado su inconsciencia. «Pobrecilla..., qué inocente era», se había dicho muchas veces desde entonces. Como era su costumbre, evitó ahondar en los acontecimientos posteriores, pues cada vez que caía en la trampa, la tristeza se le impregnaba en el espíritu como una brea pegajosa.

Gracias al Señor, aquellos duros inicios también habían quedado atrás, y no eran más que remembranzas en un sótano olvidado y húmedo de su memoria. Su pasado la había instalado en una contradicción, en un dilema que se veía obligada a resolver cada día. Educada para ser una señorita, ilustrada como un hombre culto, se encontraba trabajando como cocinera para un gran señor. Y todos los días se decía que la señorita de bien ya no existía más que en su interior. Sin embargo, desde aquel sótano polvoriento surgía una vocecita lánguida y cansada que le advertía en susurros que, pese a todo, no podía olvidar quién era realmente. Por eso, ahora que el duque de Castamar le había regalado una edición de un recetario de la época romana, ella no podía hallar una respuesta adecuada con la que corresponder a su gesto, pues la Clara Belmonte señorita educada le habría escrito de inmediato una nota reconociéndole su cortesía y amabilidad, mostrándose halagada y abrumada a un tiempo por el honor que él le había concedido; le habría hecho llegar esta nota con todo su agradecimiento y le habría hecho saber que deseaba recompensar su gesto de alguna forma. No obstante, en su situación actual, hacer tal cosa se podría considerar un intento de escalar dentro de la servidumbre o, entre las malas lenguas, un interés directo en conseguir las atenciones del duque en materia amorosa. Por eso no podía escribir línea

alguna, pese a que su educación así se lo exigiese. Ella era su cocinera, y él, el señor de Castamar.

Al entrar en los fogones, se dijo que su única posibilidad era enviarle un mensaje sutil y sencillo por medio de su propio trabajo. Por eso se dispuso a preparar un menú ideal en el que añadiría la lengua de ternera, uno de sus platos más apreciados y que, según le había dicho Carmen del Castillo, su segunda, el señor no probaba desde hacía mucho tiempo, pues la señora Escrivá nunca se arriesgaba con platos que no conocía. Ella, muy al contrario, lo hacía constantemente y, en particular, este lo había preparado ya en varias ocasiones con resultados excelentes.

Le sorprendería con una apertura distinta a la costumbre, e incluiría varias cazue las de barro con los menudillos de pollo en pepitoria, unas bandejas con los sesos de carnero embarrados, que eran tan de su gusto, y algunas otras con albondiguillas de ave. También pondría unas pequeñas morcillas de puerco hechas con matalahúva y orégano , y una buena asadura de vaca con jengibre, alcaravea, perejil y pimienta. Por supuesto, con su toque especial, un poquito de vinagre. Después dispondría el plato principal de la lengua de ternera, que tendría que filetear y componer de forma exquisita para que con solo ponerla en el paladar se desliera con suavidad. Por último, finalizaría con un dulce de guindas y ensalada real labrada, que se conformaría en otros con manzanas camuesas, granos de granada, aceitunas arbequinas, hierbabuena, unos cogollos de lechuga y unas rodajas de limón.

Sabía que la comida no sería abundante, pero había comenzado a darse cuenta de que las comidas copiosas no eran del gusto del duque, por más que se estilasen entre los nobles de la corte. Tal vez este pequeño menú, don de se integraba uno de sus platos más apreciados, serviría para que él notase su agradecimiento. Para que esto fuese más evidente, le haría llegar por medio del sumiller la indicación oportuna para que acompañase la lengua de ternera con unos champiñones de temporada que prepararía a tal efecto.

Tras comprobar que la cocina había quedado en perfecto estado de limpieza la noche anterior, se dirigió hacia el guardamangier para recolectar todo lo necesario. Sonrió para sí. Estaba segura de que, de esta forma silenciosa, completamente ordinaria y sencilla, nadie podría notar la correspondencia sutil que establecería con el duque, mientras que él sabría lo halagada que se sentía por el presente que había tenido a bien regalarle.

Mismo día, 19 de octubre de 1720

Diego se sentó el último a la mesa. Solo entonces el señor Moguer, el

sumiller, hizo pasar, bajo la atenta vigilancia del mayordomo, a los gentilhombres de boca que les servirían ese día. Únicamente su hermano y él degustarían de nuevo la coc ina preparada por la señorita Belmonte. Además, había esperado ansioso la comida, pues Gabriel había regresado de Madrid hacía dos horas, después de investigar a don Enrique y a la señorita Castro, y quería reunirse con él. Por el rostro pétreo y el gesto tenso de su hermano, Diego suponía que su preocupación iba en aumento.

El sumiller se acercó y le susurró que la cocinera había preparado un menú especial donde no abrirían la comida con el caldo de ave al uso, sino con una serie de entrantes variados, más cercano a una comida de bodegón como las que se hacían en las salidas campestres que a las de salón. Le extrañó el cambio, pero aceptó e hizo un gesto de asentimiento para que dispusieran las viandas. Su hermano, al ver aquella pequeña variedad de platos de carne, le sonrió admirado. Diego pidió que les sirvieran un poco de todo, y se dispuso a catar los sesos embarrados, que le resultaron deliciosos. Durante un momento, Gabriel y él se mantuvieron en silencio, masticando extasiados las albóndigas de av e, las morcillas y la asadura de vaca.

La señorita Belmonte había cuidado todos los detalles en aquella comida, alterando el orden lógico del menú y escogiendo uno de sus platos favoritos, que no probaba hacía tiempo. Diego bebió un pequeño sorbo del vi no alicantino y de pronto sospechó que aquel despliegue de sabores no era casual. Era, más bien, una nota indirecta del agradecimiento que sentía la señorita Belmonte por el obsequio que le había entregado. Se dijo que su cocinera, además de culta, era precavida. Nadie de la servidumbre podría decir nada al respecto, ni siquiera un leve chismorreó, y él a su vez podía darse por enterado. Vio que de algún modo estaban compartiendo un lenguaje secreto de aromas y sabores sujeto a los detalles, a lo pequeño e invisible que atrapaba los sentidos. Esta sospecha se la confirmó el sumiller, Andrés Moguer, cuando al acercarse le comentó que la cocinera había indicado que los champiñones añadirían una sutil suavidad a la lengua, que era tan de su gusto.

Cuánto hubiera disfrutado aquella comida su padre, se dijo, y al levantar la vista hacia Gabriel, tuvo la sensación extraña de que Abel de Castamar estaba allí, junto a ellos, como en tantas ocasiones. Había aprendido tanto de él... Donde el resto del mundo veía esclav os, una raza inferior, su padre veía seres humanos que sangraban ante las heridas, sufrían ante el dolor y reían si se veían invadidos por la alegría. Por eso, durante mucho tiempo, su padre se

había culpado de haber rescatado a Gabriel, pues decía que con ese acto había alimentado al monstruo mercantil insaciable que gobierna el espíritu de los hombres. El precio de Gabriel había sido cerca de cuatro mil reales de vellón, por ser un niño y tener toda una vida por delante para servir. Normalmente, pasados los cuarenta los esclavos se regalaban y los más magnánimos los libertaban.

«Si hay algo contra lo que el hombre debe luchar por encima de muchas cosas es contra sí mismo —le había dicho en numerosas ocasiones su padre—, pues todo el que desea ser un librepensador se enfrenta a una tarea primigenia y ardua: desterrar de sí mismo las ideas que le han sido inculcadas tomando como autoridad la costumbre y no el exhaustivo análisis de la razón».

Su padre le había mostrado el camino del análisis racional como el más seguro y fiable, y precisamente por esa capacidad analítica tan propia de su progenitor, con el paso del tiempo este había llegado a la conclusión de que la compra y la liberación de Gabriel, pese al beneficio que supuso para el mercado del tráfico de hombres, había tenido un efecto beneficioso en su primogénito: Diego había crecido exento de ese tipo de ideas preconcebidas, tan extendidas en la sociedad.

Diego observó a su hermano, invadido por el sabor de las morcillas de arroz crujientes. Pese a que ambos estaban deseosos de cambiar impresiones sobre las pesquisas de Daniel Forrado —él de saberlas y Gabriel de contarlas—, la conversación no se inició. Si los entrantes les habían parecido exquisitos, los filetes de lengua estaban tan suaves que se deshacían en el paladar. Olvidaron de golpe sus inquietudes y apenas intercambiaron miradas de fruición, entre gestos sutiles y ademanes que confirmaban la excelencia de los platos. No fue hasta las ensaladas cuando Gabriel comenzó a explicar lo que a ambos les inquietaba.

—Daniel vino a verme ayer a casa —empezó refiriéndose al palacete que tenían en el número 10 de la calle Leganitos—. Don Enrique no ha tenido contacto alguno con la señorita Castro, o por lo menos ninguno que yo haya visto mientras le seguía. Sin embargo, he sabido por mi hombre que la señorita Amelia tenía heredados de su padre muchos problemas económicos. Huyó de Cádiz debido a esto.

Diego esperó un segundo mientras se limpiaba los labios con una de las servilletas de fino paño. Comprendió que, para una joven como la señorita Amelia, la presión de los acreedores de su padre debía de haber sido una carga difícil de soportar.

—Tal vez eso explique su comportamiento errático —comentó.

—No del todo, Diego —le dijo su hermano—. Ya no tiene esas deudas. Daniel visitó a algunos de sus acreedores y han quedado todas satisfechas: han sido pagadas íntegramente, al parecer, por la propia señora Castro.

De inmediato pensó en don Enrique, ¿sería capaz de seducir a una muchacha en una situación desesperada, regalando sus oídos con palabras salvadoras, cuando en verdad solo buscaba un interés personal? Su hermano le miró a los ojos adivinando sus reflexiones.

—Piensa esto: una muchacha sin posibles, asediada por las deudas y de repente paga todo: ese dinero no es suyo, Diego. Mucho me temo que ella se ha dejado seducir por la riqueza y la voluntad de un hombre poderoso —se anticipó Gabriel—. Tienes un alto concepto de la señorita Amelia.

Él negó con la cabeza diciéndole que no era exactamente eso. Sabía lo que había visto en sus ojos al mirarla en Villacor, y tenía la sensación de que la señorita Castro no había fingido cuando sus párpados se cargaron de lágrimas.

—Puede que se haya dejado llevar por la desesperación y haya aceptado ayuda de quien no debe, pero no veo maldad en ella. Posiblemente su ahogo del día de Villacor tenía que ver con la situación que la pobre había estado arrastrando. Ahora estoy seguro de que aquella muchacha estuvo a punto de sincerarse conmigo.

—Hermano, algo me dice que don Enrique tiene algún oscuro interés en ti y en Castamar. ¿Y si ha sido él quien ha proporcionado posibles a la señorita Castro para que juegue de algún modo en nuestra contra?

—¿Y qué interés sería ese? ¿Qué lo motivaría? —le preguntó.

—Lo ignoro, pero es lo que quiero averiguar. ¿Acaso no viste cómo buscaba irritarte a cada paso? Y esa conversación que interrumpí entre la señorita Amelia y él en uno de los salones...

—Gabriel, en Castamar, don Enrique solo se ha comportado como cualquier ilustre. No ha expresado opiniones más duras ni más desagradables que cualquier otro, opiniones que además toda la sociedad comparte, incluida nuestra madre. Solo a nosotros nos parecen fuera de lugar por la educación que recibimos de padre. Ver en esas pullas una intención oculta es pura especulación.

—No tanta, cuando tú eres el duque de Castamar.

—Por ahora, es mejor seguir con la vigilancia y no hacer nada que pueda comprometernos.

Gabriel se removi6 en la silla, algo agitado por sus palabras, y chasc6 la lengua.

—Déjame sonsacar la informaci6n al lacayo de don Enrique —le insistió—, un tal Hernaldo de la Marca.

—No —se neg6 tajante—. Tal vez don Enrique tenga intenciones ladinas para con nosotros, pero no tenemos pruebas, ni siquiera un indicio claro de que existan tales inclinaciones. No sabemos si es 6l el que ha pagado las deudas de la se1orita Castro, y si es as6, tampoco sabemos el porqu6. No tenemos certezas ni siquiera de que esto sea un plan contra nosotros, por mucho que la intuici6n nos alerte. Esas sospechas no bastan para actuar contra un noble.

Terminaron la comida de una forma agridulce, cambiando de tema, sobre Francisc o y sus conquistas, y m6s tarde sobre la expectaci6n que hab6a causado la comida dispuesta durante la celebraci6n entre los ilustres de la corte. Su hermano le dijo que marchar6 de nuevo en cuanto tuviera el equipaje preparado. No se lo impidi6. Sab6a que , cuando a Gabriel se le met6a una idea en la cabeza, nada le deten6a, y ahora, tras su negativa a actuar, necesitaba estar en Madrid, cerca de las posibles noticias.

Dos horas despu6s su hermano part6a hacia la capital y 6l se quedaba solo meditando sobre su conversaci6n. Mientras ve6a el caballo de Gabriel perderse al galope por la alameda, sin saber por qu6, record6 el sabor de la lengua de ternera, tan suave como una cuajada. Se sonri6 al pensar que la comida de la se1orita Belmonte ten6a la cualidad de alejar de su mente los problemas. Sin embargo, le sobrevino de pronto una duda desajustada. Fue un pensamiento trabado que le imped6a discernir si era solo la comida de su cocinera lo que distanciaba las tribulaciones o si, por el contrario, era el recuerdo de sus ojos color canela cargados de determinaci6n.

PARTE SEGUNDA

20 de enero de 1721 - 28 de enero de 1721

CAPÍTULO 20

20 de enero de 1721

Enrique contempló la oscuridad de la tarde. El invierno cubría con un capuz el cielo de Madrid, y su ánimo estaba enlutado de la misma forma. La noche había caído sobre su hacienda y mientras esperaba en el salón del primer piso la llegada de Hernaldo, rem oloneaba entre sus pensamientos sobre la señorita Castro mientras la observaba desde la ventana del primer piso. Ella, tras uno de sus encuentros, esperaba ahora a que la recogiese la berlina en uno de los patios de la casa.

Había firmado su independencia tres meses atrás, al poco de abandonar Castamar, y al instante, y tal y como él esperaba, la señorita Amelia había comenzado a pensar que el casamiento con don Diego no era ya tan necesario. No deseaba perder su recién adquirida independencia. Él esperó una semana más para estirar su romance antes de poner en marcha la segunda parte de su plan respecto a ella. Sus pasadas deudas o el verse en la exclusión social ya no eran en ningún caso las amenazas más coercitivas. Ella, tranquila, instalada en el falso supuesto de que siendo amantes estaba completamente a salvo de él, había tratado de sonsacarle de nuevo, y en tentativas torpes, el motivo por el que deseaba que ella se prometiese con don Diego. Él siempre terminaba por afirmarle que solo favorecía los deseos de ella. Así, se encontraban en casa de ella y de él como furtivos, hasta que la arrastraba al éxtasis. Ella, entonces, conducida por la lascivia, cometía actos poco castos. Después se sentía turbada, como si no pudiera reconocerse y se escandalizaba consigo misma por haber cometido pecados contra el decoro y contra Dios. ¡Cuánto había disfrutado él esos días viendo cómo la educación de la señorita Amelia se revolvía como un chacal contra ella!

Puso fin a su juego de seducción justamente la noche en la que ella le había dicho, sonriendo, que aquella costumbre suya de hablar de usted solo tenía como objetivo el excitar su imaginación hacia los asuntos carnales.

«Es una razón, pero no es la única —se había sincerado—. Se trata de confianza, mi querida señorita Amelia, y es obvio que usted no tiene ganada la mía».

Ella se volvió completamente extrañada.

«Pensé que nuestra intimidad, al menos...».

«Pensó mal —la interrumpió secamente—. Debe usted regresar a Castamar. Ha pasado ya una semana y es preciso que llegue a prometerse con el duque».

«Me temo que no estoy en disposición de hacer tal cosa —le había dicho ella luchando por comenzar su ruptura —. Don Diego es un...».

«Entiendo que su madre goza de buena salud y que usted desea que la conserve», le había cortado él tajante.

Ella, con la tensión cargada en las mandíbulas, le preguntó a qué se refería con semejante frase.

«Mientras usted cumpla lo que le pido, le puedo asegurar que su madre seguirá recibiendo los mejores cuidados».

El pánico se apoderó aún más de ella, congelando su rictus.

«Pobre señorita Castro —le dijo Enrique con sorna—. Otra vez desvalida ante el depredador».

Ella se había puesto en pie, temblando como un pajarillo caído del nido, y con todo el coraje del que fue capaz le dijo que la casa donde descansaba su madre pertenecía a su amiga Verónica Salazar, y que no permitiría que él le pusiese un solo dedo encima.

«Se equivoca usted. Esa casa es de mi propiedad, pero, si insiste en ponerlo en duda, puedo entregarle a su madre por partes».

«Voy a..., a acudir... al duque —le había dicho llena de terror, con los ojos acuosos, mientras retrocedía alejándose de él con la mano en la boca —, y...».

Él se había levantado y la había seguido.

«No sea absurda, señorita Castro. —Se había carcajeado—. ¿Cómo le explicará a don Diego que vino a Madrid con el fin de seducirle y contraer esponsales cuando ya era una mujer sin honra? Yo tengo pruebas de eso y lo sabe todo Cádiz. O tal vez yo mismo le cuento que me engañó bajo promesa de matrimonio, cuando en verdad solo pretendía mejorar su posición frente a Castamar. Y de esto también tengo pruebas, dado que he saldado todas sus deudas y alojo a su madre en mi casa de El Escorial».

Ella, aterrorizada, se había girado y había echado a andar rápido mientras él avanzaba hacia ella, salón tras salón. Con cada mirada que ella lanzaba hacia atrás, su necesidad por abandonar la casa crecía. Al verla huir tan vulnerable, gozó. Por eso había corrido hasta alcanzarla. La había cogido del cabello y había tirado brutalmente de él. Su fino cuello se curvó hacia atrás y gimió de dolor. Sin darle opción a reaccionar, le había empotrado el puño en el estómago. Ella se encorvó de dolor esputando babas y, con un sonido gutural,

se desplomó en el suelo. A horcajadas sobre ella, viendo cómo trataba en vano de defenderse, tuvo que hacer un esfuerzo por no pedirle que luchara con más vehemencia. La apresó con su cuerpo y le tapó nariz y boca con las manos. Ella braceaba en un intento fútil de retirárselas. Había contemplado su rostro mientras se colapsaba. Durante un instante sintió que había algo hermoso como una obra de arte en la señorita Amelia: aquel deseo enorme de sobrevivir fluctuando por las venas hinchadas de sus sienes; siempre había admirado su coraje. Ella se había convulsionado un poco, y fue perdiendo fuerza, hasta que comenzó a desfallecer. Entonces la soltó y le dejó respirar. Ella empezó a toser sin control, aspirando a bocanadas el aire que le faltaba, y él se deslizó hasta rozar el lóbulo de su oreja.

«Escúcheme con atención, querida señorita Castro —le dijo muy lentamente—. Toda su vida es mía, su madre respira porque yo lo permito, usted respira porque yo lo permito. Si por alguna razón tuviera la debilidad de hablar con don Diego o con cualquier otro, me enteraría de inmediato y sepa usted que a su madre no la volvería a ver nunca más, salvo en pequeños trozos que mis hombres tendrán el placer de enviarle».

«Es usted un monstruo», le dijo entre toses.

«Cierto, lo soy —replicó él—. Por eso, si la vida de su madre no bastara para sujetar su lengua, ponga usted la suya en este órdago, pues tengo dadas órdenes a los míos para que abandone este mundo de Dios con mucho dolor. Puede asentir usted si me ha entendido».

Ella, incapaz de controlar la tos, le había mirado colapsada por el miedo, con el rostro vestido de noche pétrea. Tras un breve momento en el que trataba de controlar sus espasmos, había tragado saliva y, tras una pequeña pausa, había asentido.

«Veo que nos entendemos, querida —le había dicho él poniéndose en pie—. Deseo que regrese a Castamar cuanto antes. Mientras busca usted una excusa para entrar, le propongo como incentivo que venga a verme tres noches por semana para satisfacer mi apetito con usted. Espero que no me haga ir a buscarla».

Dicho esto, se había estirado el traje y había comenzado a alejarse por el corredor que formaban los salones conectados de su casa.

«Así que esto es lo que quería usted de mí —le había dicho ella desde el suelo, con el resuello tomado y con las lágrimas resbalando silenciosas por las mejillas—. Que fuera su barragana».

Él se detuvo y le dedicó una media mirada desde lejos.

«Oh, no, querida —le había contestado—. Eso solo lo quiero a partir de ahora . Antes solo quise seducirla para que fuera usted mi amante voluntariamente, es usted una criatura deliciosa. Ahora puede irse, tengo cosas que hacer, señorita Castro».

Desde aquel instante hasta esa misma noche habían pasado el Adviento y la Navidad sin apenas cambios, y esto le exasperaba. Tal y como él esperaba, la señorita Amelia trató de regresar lo antes posible a Castamar para no verse obligada a afrontar sus encuentros sexuales y cumplir sus deseos. Sin embargo, todos sus intentos se habían visto frustrados durante aquellos meses. Primero pretendieron que se hiciese la encontradiza con don Diego en varios refrescos, pero este no acudió; también en el teatro y en la corte, pero de nuevo no apareció; antes de la llegada del invierno realizaron varias salidas a la sierra de Madrid invitándole a unirse a ellos, pero una y otra vez él había declinado con amabilidad la oferta. Enrique, incluso, había hecho cabalgar a la señorita Castro cerca de Castamar con el fin de que se encontrasen. Ninguna de estas acciones había tenido éxito. Se había arrepentido de no haberla forzado a quedarse tras la celebración de octubre. Ahora ya era tarde. Tras el último fracaso en casa de la condesa de Arcos, cuando don Diego reiteró su ausencia a unas lecturas escogidas de la obra *Selva de las musas* de Eugenio Gerardo Lobo, Enrique tuvo la sensación de que aquel hombre no iba a salir de su hacienda en la vida.

Al final comprendió que la vía galante dejaba al azar demasiadas variables. Debía buscar un medio más expeditivo. Además, con el paso del tiempo la señorita Castro estaba cada vez más desmejorada y apática. Sus encuentros, en los que ella ahora apenas ponía entusiasmo, debían de ser la causa en gran medida. A él no le importaba mucho.

Su oportunidad se la brindó el negro, que parecía muy interesado en espiar cada paso que él daba. Lo utilizaría para hacer volver a la señorita Castro a Castamar, jugando con la caballerosidad de ambos hermanos. Estaba seguro de que iba a despertar en su enemigo el instinto protector de los corazones bondadosos. Por eso ahora esperaba la llegada de Hernaldo para poner su plan en marcha esa misma noche.

Este apareció puntual para decirle que todo estaba preparado y que solo tenía que dar la orden.

—La señorita está en el patio de cocheras —dijo Enrique antes de darle un trago al rosolí—. Recuerda que no la quiero muerta, solo suficientemente asustada. Y nada de forzarla, debe parecer un asalto casual.

Luego le despidió afirmando que no estaría tranquilo hasta que él volviera. Hernaldo se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida. Fue en ese instante cuando Enrique recordó algo y sonrió para sí, acusándose de su falta de memoria por olvidar uno de los detalles más importantes para que su estrategia condujera al éxito. Además, aquel pormenor enseñaría a la señorita Castro que las mujeres que intercambiaban riqueza a cambio de favores carnales deben aprender lo antes posible cuál es su posición en la vida con respecto a los hombres.

—Rájale la cara —le ordenó.

—Gustará menos —contestó Hernaldo.

—Cierto, pero inspirará más pena —le dijo apurando el rosolí—. Y don Diego siente debilidad por los seres indefensos. Una vez se enamore, para él el físico ya no será un problema.

Hernaldo asintió con la cabeza, casi más como un saludo militar, y se perdió caminando por la galería. Enrique observó los nubarrones que, cansados de soportar la carga, se desplomaban en forma de aguacero sobre las calles de Madrid. Esa noche se daría un avance importante para su venganza. Sus otros intereses, los políticos, estaban estancados y solo se pondrían en marcha si en la corte se daba oportunidad para ello. Dado que la opción del emperador austríaco no era válida ya, tendría que serlo la del Borbón. Por ahora poco se podía hacer, España había cedido ante media Europa unida y lo único que había evidenciado esto era su debilidad. Por su parte, había realizado algunas misiones diplomáticas de escasa importancia, con motivo del acuerdo bilateral que estrecharía los lazos entre las naciones de Francia y España. José de Grimaldo, secretario de Estado y buen conocido suyo, estaba preparando el tratado que se firmaría en breve a este respecto, seguramente en Madrid, y le había pedido su consejo y su intervención en ciertos momentos. Aquello era una forma de allanar el camino para conseguir la grandeza de España que tanto deseaba mientras cerraba el capítulo de Castamar, que ya había durado bastante.

Caminó lentamente hasta sentarse en el diván. Un relámpago inundó el salón por completo proyectando sombras fantasmagóricas, y él sonrió pensando en la pobre Amelia Castro, que se vería dentro de poco golpeada y con su dulce rostro marcado de por vida, tirada sobre algún barrizal. Qué inestable y cambiante era la vida.

Mismo día, 20 de enero de 1721

Gabriel cabalgó al galope hacia la arboleda convenida con el ánimo

inquieto. Meses atrás, había pactado con su hombre, Daniel Forrado, un sistema simple para verse en secreto. Cada vez que fuera preciso reunirse, su informador o él debían hacerse llegar un as tarjetas de visita marcadas sutilmente. Así, de esta forma silenciosa, se avisaban uno al otro de que era preciso reunirse en un hayedo alledaño al camino de Móstoles, en dirección a Castamar. Daniel, para mayor cuidado, le hacía llegar esta misiva a la casa de Leganitos siempre a través de alguno de los zagales, de tal forma que no pudieran relacionarlos. Tras la entrega, él se dirigía al punto de encuentro a caballo. La mayoría de las ocasiones, para despistar a posibles espías del marqués, ponía rumbo al puente Segoviana; otras, como había hecho esa mañana, iba hacia el norte para luego descender por la fuente de Palo y tomar el Camino del Río o Prado Nuevo, hasta la ribera del Manzanares. Estaba seguro de que Daniel debía haber averiguado algo importante, tal vez lo suficiente para que su hermano se decidiera a actuar.

Daniel era bastante hábil para obtener la información de toda la servidumbre negra de Madrid, pues era respetado y muy conocido como benefactor entre los suyos. Él lo había conocido tiempo atrás, como esclavo de un amigo de la familia que había llegado a Castamar de visita. A sus sesenta años tenía la espalda ya curvada de trabajar cargando peso como porteador del equipaje del único amo que había tenido desde niño. Gabriel, en aquella visita, había convencido a Diego de que comprase la carta de ahorría de Daniel a su dueño, dada la amistad, pues era consciente de que nadie lo tomaría en serio si la oferta de compra la hacía él mismo. Quería hacer por Daniel lo que su padre había hecho por él. De ahí que, tras conseguir su liberación, le enseñase a escribir y leer, y aunque lo hacía con dificultad, ahora podía ganarse la vida. Aun así, Daniel había interiorizado de alguna forma que ser criado libre de un hombre negro era un puesto más bajo y denigrante que ser esclavo de un hombre blanco. Por eso acabó prefiriendo trabajar fuera de Castamar como capataz de esclavos que servirle a él. Gracias a esto, tenía una situación envidiable para poder enterarse de todo lo necesario.

Por fin Gabriel entró en el hayedo. Daniel, con el cabello largo, esperaba cerca de una mula de carga. Parecía algo nervioso y se acercó con su sonrisa hueca al verle.

—Buenos días tenga, señor —le dijo.

—Buenos días, Daniel.

—Tengo algunas nuevas que contarle —añadió mirando a los lados para

asegurar que nadie podía estar escuchándolos —. La señorita Amelia ha cambiado completamente su forma de vida desde hace un par de meses. Como le dije, visitó varias veces la escribanía para firmar ciertos documentos y, tras esto, contrató un sastre, una dama de compañía y una berlina pequeña con su propio cochero. Pero lo más interesante es que no hace mucho se ha instalado en su nueva casa de Madrid junto con servidumbre.

—Tiene rentas propias —concluyó él.

Estaba claro que aquel cambio de vida no era casual, y su intuición le seguía alertando de que el marqués tenía algo que ver en ello.

—Eso parece, don Gabriel —continuó Daniel—. Las visitas siguen ocurriendo: don Enrique envía su carruaje con servicio incluido cada ciertos días y ella acude solícita, señor.

—¿Ella continúa yendo con su carabina? —le preguntó Gabriel.

—Sí, sí. No se preocupe, sé todo lo que ocurre en la nueva casa de la señorita Castro. Mi primo es uno de sus lacayos y me dice que la señorita duerme poco, tiene el rostro y la figura cansada. No parece feliz.

Algo no encajaba. Ella era una muchacha libre y él un ilustre soltero, por lo que podían mantener una relación en público como parte de una amistad, un cortejo o bajo la premisa de un futuro casamiento. De ahí la carabina, para garantizar la honorabilidad de dichos encuentros. Sin embargo, si ella tenía ya saldadas las deudas y esa amistad con el marqués era sincera, no tenía sentido que se mostrase abiertamente infeliz. Fuera como fuese, tenía claro que estaban en connivencia, y por esto formaban parte de una misma amenaza, si es que esta existía y no se había vuelto loco. Esto no se acercaba a la tesis defendida por Diego, que no veía en ella nada oscuro.

—Por otro lado, el hombre del marqués, Hernaldo de la Marca —le dijo—, se ha desplazado en dos ocasiones ya a una mancebía de los suburbios llamada El Zaguán, por el barranco de Lavapiés, donde se reúne con otros matarifes como él. Me da la sensación de que pudieran estar preparando algo.

—Buen trabajo, Daniel —le felicitó—. Continúa vigilante. Posiblemente mañana te requiera para que me conduzcas hasta la mancebía.

—No es un sitio para un caballero —le aconsejó Daniel bajando la cabeza —, y menos si es negro.

—No te preocupes por eso.

Hizo cabecear a su montura y cabalgó de regreso a la capital.

Pese a toda esta información, dudaba de que Diego se arriesgase. No quería dar un paso en falso y él reconocía que en esto era prudente, pero también

pensaba que era necesario tomar la iniciativa. Si su hermano le hubiera dejado, a estas alturas sabrían ya qué estaba tramando aquella serpiente de don Enrique. Habría cogido a Hernaldo de la Marca y le habría hecho cantar todo. No ignoraba que hacer esto era un riesgo, pues si don Enrique no tenía intenciones ocultas, el delito lo cometerían ellos. Sin embargo, intuía que cuanto más tardasen en actuar, más oportunidades de éxito tendrían los planes del marqués. Por eso, en cuanto llegó a su mansión de la capital, escribió sendas invitaciones a don Alfredo y a don Francisco para que cenaran con él esa noche. Bien sabía él que, si su hermano se enteraba de que estaba avisando a sus amigos, acabaría gritándole «¡No me escuchas, Gabriel!». Pero estaba tan seguro de que el marqués tenía alguna intención oculta que necesitaba ayuda para llegar donde él no podía. Sospechaba que don Enrique se había ganado el afecto de su madre con el fin de situarse dentro de la hacienda antes de la celebración. Lo había intuido al descubrirle junto a la señorita Amelia en el salón; por sus miradas silenciosas cargadas de un significado que se le escapaba; por la poca cortesía de sus comentarios hirientes, que buscaban contrariar a Diego constantemente, como si le estuviera poniendo a prueba.

Después de comer y dormir un poco, le llegaron dos tarjetas con la confirmación de que vendrían a cenar con él don Francisco y don Alfredo. Aquella invitación era atípica, pues eran amigos por parte de Diego y normalmente era este quien los citaba. Al caer ya la tarde, aparecieron ambos con el visaje interrogativo en el rostro.

Gabriel aguardó para contarles sus sospechas hasta después de la cena, cuando se dispusieron en uno de los salones y sobre ellos se descargaba un cielo encapotado de nubes negras. Cuando terminó, ninguno de los dos hizo comentario alguno. Su gesto de interrogación se había cargado de cierta pesadumbre. Don Francisco, sentado con las piernas cruzadas y con la mano apoyada sobre su bastón, terminaba de apurar un anís. Al otro lado de la estancia, don Alfredo observaba la tormenta a través de la ventana. Gabriel desvió durante unos instantes la mirada hacia la chimenea y se sintió otra vez como un ser ajeno a la realidad que le circundaba. No sabía decir si era una conclusión racional o tan solo un sentimiento. A veces todo el mundo a su alrededor perdía cualquier significado objetivo y no podía discernir por qué él estaba allí, por qué había sido agraciado con aquella vida de blancos.

—Comprendo el motivo por el que nos ha hecho llamar. —La voz de don Alfredo le hizo regresar a lo complejo y extraño de su vida —. Y ha obrado

bien al hacerlo, aunque a su hermano no le gustará que lo haya hecho. Es necesaria nuestra intervención, no de forma directa, pero sí cautelosa. Debemos asegurarnos de si el marqués trama algo antes de dar un paso en falso.

Don Francisco brindó por eso levantando la copa.

—Puedo preguntar en la corte a ciertas... damas que han compartido lecho con don Enrique —dijo don Francisco—. Tal vez saquemos algo en claro de su personalidad.

—Es precisamente lo que necesitaba —dijo Gabriel desde el sillón orejero—. La corte no es lugar para el color de mi piel.

Se rieron un poco por su forma de decirlo.

—Don Gabriel... —le dijo don Alfredo con la mirada ausente en la tormenta—. Estoy convencido de que en un futuro la esclavitud se verá como una abominación, pero, hasta que llegue ese tiempo, su posición dentro de la alta sociedad es completamente extraordinaria.

Gabriel asintió y fue a añadir algo cuando golpearon varias veces la puerta del salón. Dio el paso y uno de los gentilhombres cruzó el umbral portando sobre una pequeña salvilla de plata su propia tarjeta de visita. Se quedó mirándola extrañado. Era de nuevo la tarjeta de su hombre. O Daniel Forrado había averiguado algo de suma importancia o había ocurrido algo de gravedad para enviarle por segunda vez la tarjeta en menos de diez horas, sobre todo ya entrada la noche y con aquel aguacero azotando Madrid.

—Es de mi hombre, debe de haber algún problema. Tengo que salir —les dijo.

—Permítanos ir con usted —dijo don Francisco poniéndose en pie.

Descendieron los tres en silencio por las escaleras hacia el patio interior, contagiándose el ánimo con los relámpagos. Ya en las cuadras, mientras se encorsetaba el pesado gabán de cuero y el tricornio, tuvo la sensación de que algo malo había ocurrido. Tras ordenar a la servidumbre que les procurasen varias lámparas de mechas planas, Gabriel pensó que tal vez don Francisco y don Alfredo iban a una trampa preparada solo para él. Mientras montaba ayudado por el palafrenero, se detuvo un instante.

—Ustedes no tienen el deber de acompañarme y comprendería, sin perjuicio de nuestra amistad, que no lo hicieran —les dijo.

—No diga usted sandeces —contestó Alfredo espoleando su caballo.

—No creo tener nada más que añadir, querido don Gabriel —apostilló don Francisco cabalgando ya tras don Alfredo y sonriendo como si aquello fuera más un juego que un lance peligroso.

Gabriel azuzó a su corcel y descendieron los tres la calle Leganitos en dirección norte, con el agua cayendo a raudales sobre ellos. Tomaron el camino más corto y salieron a campo abierto. Cabalgaron hasta la ribera del Manzanares y de ahí hacia el sur. La noche era tan cerrada que apenas veían dos palmos, así que en cuanto cruzaron el puente Segoviana y dejaron atrás la fuente del Ángel de la Guarda aminoraron la marcha. Gabriel echó una mirada hacia atrás. Madrid surgió decorada por los relámpagos como un lienzo tenebroso emergido de la negrura. Apenas llegaban a distinguirse algunas luces del Alcázar, tenues y desarregladas. Se adentraron cabalgando a un trote acelerado por el camino de Móstoles hacia el punto de encuentro. Pronto las ropas comenzaron a calarse y el chaquetón de cuero ganó peso.

Pasada más de una hora soportando la ventisca, remontaron en dirección al arroyo de Cabeceras hasta alcanzar el emplazamiento. Entraron a caballo, al paso, con los sentidos alerta y tensos. Descabalaron a una seña de Alfredo y con la luz de las lámparas, algo exiguas pese al óleo, se adentraron a pie en la espesura. Con paso firme y la otra mano en el pomo de la espada, avanzaron algunos metros hasta que, frente a ellos, surgió una figura negra tendida sobre un pequeño embalse teñido de rojo. Se detuvieron al instante mirando hacia todos los lados y Gabriel llevó la vista hacia el reguero deshilachado de sangre. Se aproximaron con cautela hasta que comprendieron que aquel era el cuerpo de un hombre muerto.

—Daniel —murmuró Gabriel sobrecogido.

Tenía las tripas cosidas por varias cuartas de acero de algún malnacido, y presentaba un segundo pinchazo seco y conciso entre los pulmones. Se acuclilló y le cerró los párpados para cubrirle los ojos vidriosos. Le dedicó unas palabras mientras don Alfredo le preguntaba si era su hombre. Gabriel asintió, cuando un rayo quebró el cielo en dos iluminando hasta más allá del huerto de las Minillas.

Fue entonces cuando percibió una segunda figura tirada algo más lejos. Se levantó de golpe, y don Francisco y don Alfredo desenvainaron sus espadas, atentos a cualquier movimiento que pudiera provenir de la espesura. Gabriel se acercó y alzó la lámpara. Era el cuerpo de una mujer. Allí, con la ropa jironada, un corte profundo en la mejilla, los pómulos amoratados y los labios reventados en carmesí, se hundía bajo el barro y la tormenta la figura aterida y castigada de la señorita Castro.

—¡Santo Dios! —masculló en alto Gabriel.

Se lanzó hacia ella y la protegió con su gabán de cuero. Don Alfredo

comprobó su estado poniéndolos como testigos por el decoro. Parecía inconsciente.

—El pulso es débil. No aprecio fracturas de huesos, pero está fría. Debe de llevar bastante tiempo bajo la lluvia. Tenemos que darle el máximo calor posible —dijo.

Gabriel la tomó entre sus brazos sin dudarle y la llevó hacia su cabalgadura. Pensó en dirigirse a la casa de Leganitos de inmediato, pero se detuvo. Al menos le supondría más de dos horas entre llegar a la casa, acomodarla, buscar a un doctor decente y no cualquier matasanos. El doctor Evaristo residía cerca de Castamar, precisamente para emergencias, y era un hombre de sobrada reputación. Estarían allí en menos de una hora.

—Hay que llevarla a Castamar —dijo—. Don Francisco, ¿haría el favor de adelantarse para avisar al doctor Evaristo?

—Déjelo de mi cuenta —le respondió este partiendo en el acto.

Don Alfredo le dijo que se quedaría para guardarle las espaldas. Acomodaron a la joven sobre el caballo una vez que Gabriel ya se había subido a él, y la arroparon con un sudadero extra que don Alfredo llevaba siempre bajo la silla en los días de invierno. Pese al temporal inclemente, la manta conservaba el calor del cuerpo del equino. Esto debió de reconfortar a la señorita Castro, pues lanzó un gemido para quedar completamente sin sentido.

Cabalgaron forzando lo justo a los corceles, que ya respiraban entrecortados, hasta que, después de una hora larga y calados hasta los huesos, contemplaron los muretes de la hacienda de Castamar. Gabriel recordó al pobre Daniel, tirado sobre un lodazal y encharcado bajo su propia sangre, y apretó los puños. Se ocuparía de darle cristiana sepultura más adelante. Aquella villanía no había sido casual. Ahora ya estaba seguro de que su intuición con la amenaza de don Enrique era correcta. Pese a la falta de pruebas, sabía que los secuaces del marqués habían enviado con su tarjeta de visita un mensaje claro, uno que le marcaba una línea roja que no debía traspasar a riesgo de mayores problemas: «No se investiga a don Enrique de Arcona».

CAPÍTULO 21

Mismo día, 20 de enero de 1721

Clara miró a través de los cristales biselados de la cocina. Sobre sus cabezas se amontonaba un carro de nubes colapsadas que pronto descargarían un aguacero sobre Madrid, y toda la servidumbre andaba agitada como si un rayo fuera a fulminar Castamar. A ella, sin embargo, aquellos días desasosegados de invierno le gustaban, pues la invitaban al recogimiento de la lectura frente al fuego. Había cerrado la cancela de la cocina que conducía al patio para que el frío no se colara demasiado y tener controlada a Rosalía, a la que había acostumbrado esos meses a sentarse sobre una banqueta de madera en vez de estar tirada por los suelos. En dos ocasiones la muchacha había estado a punto de salirse, pero con la excusa del temporal, Clara le había dicho a Beatriz Ulloa que la vigilase si ella no estaba en la cocina.

Como siempre, había preparado el desayuno del señor, incluyendo su pequeña jícara de porcelana rebosante de chocolate caliente y los huevos poché, hechos con un poquito de vinagre. Durante las últimas semanas se había visto liberada de preparar comida para don Gabriel, pues este se había instalado en Madrid y venía a Castamar solo de forma intermitente. Por eso, con algo más de tiempo libre, había escrito unas letras a su hermana y a su madre para indicarles que, tras aquellos meses, había hecho de Castamar su nuevo hogar. Tras escribir las misivas, se había dedicado a poner en práctica recetas de los libros que el señor le había ido entregando a escondidas. De esta forma le transmitía su agradecimiento por los obsequios, que para ella eran un tesoro. Además, tenían la involuntaria colaboración del sumiller, Andrés Moguer, que informaba de su parte al señor si el plato preparado era típico de la Antigua Roma, o si por el contrario era francés, catalán o puramente castellano. Cada vez que encontraba un encuadernado detrás de la cuarta cava, se sentía como una jovencita recogiendo las notas secretas de un pretendiente alocado. Sabía bien que no era lo mismo, pues ni don Diego era un joven enamorado ni ella una jovencita ilusionada, pero esto no restaba importancia al hecho de que su señor se preocupara por alimentar su afección lectora, tan mermada desde la muerte de su padre.

Ella había ido colocando los libros sobre su balda de madera de más antiguo a más moderno, destacando de entre todos los recetarios cortesanos,

conventuales o de cualquier otra índole aquellos que le parecían un tesoro. Así había dispuesto el *De re coquinaria*, después el *Llibre de Sent Soví* de autor anónimo, más tarde el *Llibre del Coch*, basado en el primero y ampliado por el maestro Ruperto de Nola, cocinero del rey Fernando de Nápoles; el famoso tratado de don Enrique de Villena sobre los oficios de corte, *Arte cisoria*, y un conocidísimo libro en italiano, *Banchetti, compositioni di v ivande et apparecchio generale*, de Cristoforo da Messisbugo. Pero, de entre todos ellos, si cabía destacar uno era el que le había hecho llegar hoy mismo: la obra de don Francisco Martínez Montiño, *Arte de cocina, pastelería, vizcochería y conservería*. Lo consideraba un tesoro y por eso, esa misma mañana, tras encontrar el nuevo volumen en la hornacina, había regresado con él oculto en el refajo y más resplandeciente que nunca. Antes de dejarlo descansar junto con el resto, los había cogido todos y los había dejado bajo la cama, envueltos en una manta, con el fin de recordar limpiarles el polvo uno a uno esa noche.

Tras ponerse con el desayuno, llevada por la emoción, no había podido resistirse a la tentación de escribir unas líneas a su excelencia por primera vez, y se las había dejado en la hornacina de la bodega.

El libro es, sin duda, una joya. No tengo palabras para agradecerle su generosa deferencia hacia mi persona. Permítame compensarle su gentileza y altruismo de la mejor manera que sé. Continuaré preparando para su excelencia, si así es de su agrado, algunas recetas de las lecturas que ha tenido a bien entregarme.

Atentamente,

Señorita Clara Belmonte

Desde entonces no había dejado de pensar en su nuevo recetario. Era uno de los libros más influyentes en la cocina del pasado siglo y ardía en deseos de perderse entre sus secretos. Su mente llevaba viajando todo el día cuando de pronto sintió un frío invernizo en la nuca. Se giró, molesta al ver abierta la cancela que daba al patio, hacia Carmen del Castillo.

—¿La has abierto tú? Entra demasiado frío.

Esta se encogió de hombros, y a ella la invadió un sentimiento de urgencia carente de lógica. Algo faltaba en la cocina y no sabía exactamente el qué. Se movió con cautela hacia la puerta revisando todo, y se cruzó con la mirada de Beatriz Ulloa, que le sonrió mientras picaba la carne para el relleno. Fue entonces cuando comprendió lo que era. Se movió hacia la cancela retirando de su camino la banqueta vacía donde debería estar sentada Rosalía, y la

encontró subida al sobrado de las cocheras de descarga. Llevada por un impulso, sin pensar en las consecuencias que le causaría su aflicción, salió de golpe al patio dando alaridos para que bajara. Rosalía la miró desde arriba, y con los brazos extendidos afirmó que era capaz de volar. Clara apenas dio un par de pasos cuando de repente el impluvio se le vino encima y se detuvo en seco. Su debilidad la atrapó de golpe y el sudor frío se convirtió en un ancla pesada.

—Rosa... lía, Rosalía —masculló sin poder respirar—. Beatriz..., bájala.

Mientras caía de rodillas hiperventilando, pudo oír al resto de los miembros de cocina que gritaban desaforados para que la muchacha bajara del tejadillo. Uno de los mozos de cocheras comenzó a escalar por la viga cuando Rosalía la miró y, balanceando su baba en una sonrisa, se lanzó al vacío en picado. El cráneo se le astilló emitiendo un crujido de huesos quebrados, y su cuerpo se venció de tal forma que el rostro quedó mirando al cielo. Tras el golpe hubo un chillido que le silenció hasta el alma y que resonó en las galerías de su espíritu sembrando en él un humor ceniciento. Clara, con un hilillo de aire en los pulmones, la cabeza abotargada y el corazón latiéndole desbocado, apenas pudo levantar un poco la cabeza para ver la mirada hueca y la sonrisa destartalada de Rosalía. Entonces, mientras recogían a la desdichada del suelo frío del patio, sintió que sus fuerzas ya no la acompañaban y que caía en una negrura insondable.

Unas palmaditas en la mejilla la obligaron a abrir los párpados. Se encontró tumbada sobre su cama, sin los zapatos. No podía pensar claramente y tenía la vista borrosa. Cerró los ojos sin comprender si lo que había vivido era una pesadilla o la realidad. De nuevo alguien le abofeteó la cara suavemente con el fin de que recobrará el sentido. Una mano huesuda le irguió la cabeza con delicadeza y le puso el borde de un vaso en los labios para que bebiera un poco de agua fresca. Cuando pudo fijar la vista en la persona que estaba frente a ella, comprobó que era doña Úrsula. Fue entonces cuando comprendió que Rosalía estaba muerta y que sus pupilas vaciadas de vida se le habían quedado engarzadas a su espíritu. Estaría por siempre mirándola desde el otro lado, con el cuello contorsionado y el cráneo hundido, la boca descolgada de la mandíbula y su sangre discurriendo entre los huecos acanalados del mortero.

Se le encharcaron los ojos al recordar la caída y apenas pudo mantener la mirada a la dueña, que después de darle el vaso de agua se había quedado de pie frente a ella. De pronto sintió presión al recordar que, al estar en su

habitación, vería todos los libros que su excelencia le había regalado, y desvió la mirada hacia la balda donde los había dispuesto, pero no halló allí ninguno. Entonces recordó que esa misma mañana los había dejado bajo la cama para limpiarlos por la noche y, pese a la honda amargura que la embargaba, sintió alivio al menos por no ser descubierta con todos aquellos volúmenes que su sueldo no podía pagar. Trató de hablar, pero las palabras, encadenadas a su garganta, no brotaron, y todo quedó en un lamento. Doña Úrsula extendió entonces su voz de invierno informándola de que el doctor Evaristo la había inspeccionado hacía rato y había dado instrucciones de despertarla pasada no más de media hora.

—Ha desatendido sus obligaciones para con la pobre disminuida —le dijo además la dueña señalándola con el dedo—. Es usted la única culpable del fallecimiento de la muchacha.

Clara levantó el rostro abrumado de lágrimas e intentó hablar de nuevo, con la voz quebrada y el espíritu tomado en cada aliento. Doña Úrsula tenía razón y no podía quitársela; no podía, como otras veces, acudir a su fortaleza moral para enfrentarse a aquella mujer que parecía haber nacido con la guerra implantada en su alma. Rosalía estaba muerta por su descuido, por su estúpida creencia orgullosa de que ella cuidaría mejor de la muchacha que la señora Escrivá, por su incompetencia y secretismo. Si hubiera dejado claro que le resultaba imposible salir a los espacios abiertos, si no hubiera guardado silencio, la muchacha podría estar viva.

—No me fijé en que se había subido, yo...

—Cállese. Todavía recuerdo sus palabras garantizando el bienestar de Rosalía —le imprecó la dueña—. Eso sin contar el hecho de que ha guardado silencio sobre la grave enfermedad de origen nervioso que sufre. ¡No se atreverá a negarlo! ¿Qué es exactamente lo que le pasa?

Era obvio que doña Úrsula había investigado sobre su aflicción en cuanto los miembros de cocina la informaron sobre su extraño comportamiento y posterior desmayo en el patio. De seguro que habría interrogado al doctor Evaristo para averiguar por qué motivo una persona en perfecto estado se veía desfallecida entre sudores y sin poder apenas hablar por el solo hecho de salir al patio. Si ella hubiera hallado muerta a Rosalía, podría argumentar que habría sido la impresión de verla así, pero Clara había caído de rodillas y sin habla mucho antes de que Rosalía saltase. Negó con la cabeza pidiendo sinceras disculpas por su negligencia.

—Me es..., me es imposible situarme en espacios abiertos sin sufrir sudores y

debilidades hasta el desvanecimiento —desveló.

Doña Úrsula, con su mirada cargada de hielo, hizo un gesto de desaprobación. —Sus excusas no devolverán la vida a la pobre infeliz —concluyó.

Clara se puso de pie lentamente y la miró con los ojos rasgados por el dolor, con la culpabilidad gobernando sus mejillas y los labios colmados con los reproches silenciosos que se hacía a sí misma. Trató de decir algo, pero la dueña levantó la mano para que guardara silencio.

—Es increíble que aceptase la responsabilidad del cuidado de esa chiquilla sabiendo que sufría tal dolencia. Mañana al amanecer la quiero fuera de Castamar. Se prescinde de sus servicios de forma permanente desde ahora mismo. Puede permanecer aquí hasta mañana. Carmen del Castillo se ocupará en su ausencia de la cocina —le dijo de forma taxativa—. Al amanecer, pase por mi despacho para recoger su libranza.

Cuando la puerta se cerró, Clara se quedó tumbada con las rodillas encogidas, llorando desconsoladamente. Se sintió sola, como tantas veces durante los últimos años, pero sabedora de que a la mañana siguiente le esperaba un destierro que la hundiría aún más en la pobreza. La muerte de Rosalía la acompañaría en todas las referencias que en un futuro pudiera dar. Doña Úrsula se encargaría de que así fuera y, pese a su éxito en la celebración de Castamar, había grandes posibilidades de que la tachasen de irresponsable en cada casa noble en la que pidiera trabajo. Esto la pondría en una situación de constante riesgo que la obligaría a trabajar en oficios por debajo de su rango o, aunque fuera en el suyo, cobrando mucho menos.

Pero ahora no le preocupaba, solo tenía en mente el cadáver de la desdichada y la decepción que le supondría al duque saber que había guardado un secreto sobre su dolencia nerviosa. No quería ni pensar qué horribles ideas tendría ahora don Diego de ella. Su secreto había acabado con la vida de la hija disminuida de su nodriza. Se sentía tan arrepentida, tan consternada por haberle defraudado, por haber creado en él unas expectativas sobre su conducta intachable cuando en realidad era una mentirosa... Él, que se había comportado con ella más como un caballero que como un señor, que la había obsequiado con sus amados tratados de cocina, veía recompensada su amabilidad con engaño.

Se sintió sucia por no haber tenido el coraje de superar la vergüenza y contarle su problema, por no haber puesto en su conocimiento su enfermedad. De haberlo hecho, la desgracia se podía haber evitado. Extrajo los libros de cocina de debajo de la cama y, con el alma rota, los fue limpiando y los

colocó como si fuesen retazos de su espíritu quebrado, pero no sintió ninguna gana de leerlos. Se tumbó, arrebuñada, y se quedó dormida sin dejar de pensar en la decepción que sentiría el duque y en el destino funesto que le esperaba al día siguiente.

No se despertó hasta que Elisa apareció con unas gachas y pan para que comiese. No tenía muchas fuerzas, pero el empeño de su amiga asistiéndola hizo que probase algo y bebiese agua. Elisa, después de secarle los labios con un paño, le exigió que no se condenara a sí misma por esa muerte. Rosalía, según ella, llevaba intentando lanzarse desde las cocheras desde que tenía edad para subirse al sobrado y no había sido tan feliz como desde que ella se hizo cargo de su cuidado. Asintió, dejando que las palabras volaran livianas, sin menguar su dolor.

—Apenas amanezca tendré que dejar Castamar, Elisa —le dijo compungida—. No sé qué va a ser de mí.

Elisa frunció el ceño y negó con la cabeza, como si aquello no tuviera sentido.

—Según he oído, el señor duque ha dado la orden tajante a doña Úrsula de que no abandones Castamar.

Clara abrió los ojos completamente anonadada. ¡El duque se había negado a expulsarla, pese a que había ocultado su dolencia, pese a ser culpable de la muerte de la hija de su nodriza! Elisa se despidió alegando que la dueña aparecería en cualquier momento y era mejor no provocarla. De nuevo se quedó sola, meditando la tragedia, y se volvió a dormir tratando de descansar sus ojos secos de lágrimas.

Pasó tiempo hasta que, en efecto, doña Úrsula la despertó llamando a la puerta. La luz que penetraba por entre las comisuras de los visillos de la ventana la avisó de que ya estaba cayendo la tarde. Clara abrió, recolocándose el cabello para dar una mejor impresión, y le hizo un saludo educado agachando la cabeza. Doña Úrsula la miró de arriba abajo, como intentando averiguar cuánto había sufrido en aquellas horas.

—Señorita Belmonte, he reconsiderado mi decisión acerca de su estancia en Castamar: debe incorporarse a trabajar mañana, como siempre —le ordenó.

El orgullo no le permitía a la gobernanta admitir la verdad: que solo cumplía los deseos de don Diego. Clara asintió y fue a darle las gracias, pero la dueña se dio la vuelta y la dejó con la palabra en los labios. Clara cerró y se sentó en la cama. Sin pensarlo mucho, sacó los libros y tomó el tratado de Martínez Montañón. Lo hojeó, acariciando su encuadernado, y en el interior de sus páginas se le fueron las horas, sentada, olfateando el aroma desgastado de las páginas

y el que don Diego dejaba en todo lo que tocaba.

Al caer la noche reconoció los pasos sigilosos del duque tras la puerta de su alcoba. Los había oído con anterioridad, cuando el señor recorría las estancias cercanas a la bodega pequeña y tenía a bien dejarle los volúmenes en la hornacina secreta. Ella se había quedado en aquellas ocasiones con la mejilla pegada a la puerta de la bodega, imaginando como una tonta que se cruzaban por accidente para tener una conversación, como si ella fuera una señorita presentada en sociedad y él un caballero amigo que venía a visitarla. Por supuesto, él nunca cruzaba aquel umbral hacia las cocinas. Muy al contrario, solo depositaba el volumen tras la cava y se marchaba tan silencioso como había venido por la puerta grande. Después ella esperaba el tiempo oportuno y se colaba a hurtadillas hasta llegar al lugar secreto. Allí retiraba una de las botellas de tinto de Valdepeñas y deslizaba la mano hasta encontrar una oquedad del tamaño de un estante. En cuanto tomaba el nuevo encuadernado, se lo guardaba en el refajo deseando encontrar una nota suya, cortésmente escrita, en la que le deseaba una feliz lectura.

Tenía que reconocerse que no había día en que no abriera la puerta de la bodega con anhelo. Sin embargo, en aquella ocasión don Diego no estaba en la bodega pequeña, sino en su alcoba, y era difícil que hubiera bajado allí para entregarle un nuevo ejemplar cuando le había obsequiado con uno esa misma mañana. Por eso esperó, conteniendo el aliento y secándose las lágrimas, y percibió cómo los pasos se detenían durante unos segundos frente a la puerta. Se propagó un silencio. Ella trató de discernir algún sonido indicativo de sus acciones, pero no oía nada, ni siquiera su respiración tras la madera. «Está dudando si llamar», se dijo Clara. Ella se levantó muy despacio, evitando cualquier ruido que la delatara, y se dirigió hacia la cornucopia desvencijada de la pared pellizcándose los mofletes un poco. Fue en ese momento cuando oyó unos golpes suaves en la puerta. «Ha llamado», se dijo con el aire bloqueado en sus pulmones. Esperó unos segundos, como era de rigor para no mostrar premura, y abrió la puerta.

En efecto, don Diego estaba ahí mismo, impecablemente vestido con un traje color crema, con la chupa puesta sobre el chaleco bien abotonado, las manos a la espalda, y desplegando su perfume a espliego y rosas. Ella le saludó como haría una señorita y él le correspondió con un gesto caballeroso.

—Mi querida señorita Belmonte, no deseo importarla —le dijo tan seguro de sí mismo como siempre—. Me he tomado la libertad de llamar a su alcoba con la intención de dedicarle unas palabras de consuelo. Si le parece bien, me

quedaré en la puerta para no invadir su intimidad.

Ella le sonrió como pudo.

—Es un inmenso honor el que me hace al venir hasta mi puerta —le respondió con la voz tomada.

—Deseo hacerle saber que siento muchísimo la muerte de Rosalía. Ha sido una tragedia para todos —le dijo él.

Clara quiso pronunciar unas palabras, pero apenas susurró las dos primeras. La necesidad de expresar toda la culpa por la muerte de Rosalía, su arrepentimiento por no haber avisado de su dolencia, el dolor por la decepción que imaginaba que él habría sentido, y la amargura e impotencia de no poder cambiar ya el curso de los acontecimientos se habían encadenado a sus labios. Trató de contener la catarata de sentimientos.

—Siento... profundamente haber ocultado mi... dolencia —declaró de manera entrecortada mientras percibía que sus párpados eran dos presas rebosantes que dentro de poco no podrían contener más sus lágrimas.

—Su dolencia, señorita Belmonte, pese a que debería haberla puesto en conocimiento de doña Úrsula, no es lo que ha provocado la muerte de Rosalía. Fue ella la que se subió y se lanzó al vacío, y mucho me temo que, aunque usted hubiera estado en plenas facultades, no lo habría evitado. La pobre no podía discurrir con normalidad y eso no es culpa suya —le dijo él manteniendo sus manos a la espalda—. Sé que usted hizo todo lo posible para socorrerla. No debe castigarse.

Clara le miró con la barbilla temblorosa por el llanto. Le taladró con sus pupilas acuosas, brillando los iris acanelados, intentando expresar todo su arrepentimiento; su necesidad imperiosa de pedir perdón cuando ella misma no podía perdonarse; el remordimiento por haberle decepcionado; la pesadumbre; la tristeza profunda que la invadía. Percibió cómo surgía desde su estómago una catarata de sentimientos mezclados. Sin embargo, cuanto más porfiaba por controlar el conglomerado sentimental de su alma, más pugnaba este por salir, más se inundaban sus ojos, más vibraba todo su cuerpo. Bajó la cabeza avergonzada en cuanto él se percató de lo violento de su estado, y apretó los labios hasta convertirlos en una delgada línea tratando de poner barreras.

—Señorita Belmonte... —dijo el duque preocupado.

Clara, con la cabeza gacha, agitada, vio cómo su presa se liberaba. Sin poder contenerse comenzó a llorar desconsolada, sintiéndose aún peor de lo que ya estaba, reprochándose parecer una víctima necesitada de consuelo cuando era

la causante de la tragedia.

—Lo siento, excelencia, lo siento, lo siento mucho —repetía sin ser consciente de que su frente se acercaba al pecho de don Diego—. Perdóneme, se lo suplico, se lo suplico..., yo... no debí ocultar..., yo debí estar...

Don Diego le levantó la cabeza suavemente y le clavó aquellos ojos claros que rebosaban sinceridad. Ella, sin poder controlar el caudal de palabras y lágrimas, se vio de pronto rodeada por sus brazos. No supo cómo, pero apoyó su cabeza en su pecho.

—Está bien, tranquilícese. Chsss. Debe ser usted más indulgente consigo misma —le dijo en un susurro—. Sé por propia experiencia cómo la culpabilidad, la contrición y el dolor se apoderan del alma en momentos como el que está padeciendo.

Deseó que aquella protección durase una eternidad, que don Diego no se fuera nunca y que todos sus años de dolor desaparecieran engullidos por aquella mirada suya que no temía a nada. Fue él quien se separó y le irguió el mentón, como era ya una costumbre entre ellos. Allí, pegada a él sin saber cómo, Clara se abandonó al calor que desprendían sus pupilas; se bañó de él y tuvo la sensación de que él se perdía en ella. Fue entonces cuando, con un gesto muy leve, él se acercó a sus labios y ella los acomodó sutilmente para recibirle. Se mantuvieron así durante unos instantes, congelados como una escultura de Bernini, hasta que él, manteniendo encadenadas sus pupilas a las de ella, se detuvo. Ella, que lo notó, suspiró y se reprochó quedarse quieta, y de inmediato la voz de la cordura la obligó a retirarse. El duque esperó unos segundos prudentemente.

—Tenga —le dijo entregándole un pañuelo—. Lo necesita más que yo.

Ella, llevada por el decoro, retrocedió dándole las gracias y secándose los ojos.

—Excelencia, perdone mis lágrimas —pidió con los carrillos completamente rojos—. Han sido fruto del momento, me siento tan avergonzada...

—No debe excusarse, señorita Belmonte. Sus lágrimas no pueden molestar a nadie y menos a mí. Tome, esto es para usted.

Hasta que se lo mostró, no se dio cuenta de que había estado sujetando todo el rato un paquete envuelto en el mismo papel de estraza con un cruce de hilos de bramante con el que envolvía cada volumen. Trató de controlar las lágrimas y le expresó lo inmensamente agradecida que se sentía.

—Cójalo —insistió él—. Se lo habría entregado esta misma mañana junto con el otro de haberlo tenido, pero aunque ordené los dos a la vez, este segundo

volumen ha llegado de Madrid esta misma tarde.

—Excelencia, no sé... —le dijo con los sentimientos deslizándose por el exterior de su piel—. Yo...

—No me dé las gracias. Soy yo quien disfruta al entregarle cada paquete. Le ruego que tenga la amabilidad de abrirlo una vez me haya ido.

—Faltaría más, excelencia —le contestó ruborizada.

—Le haré saber al señor Elquiza que se tomará usted unos días de descanso. Ella fue a asentir, pero finalmente no lo hizo.

—Si no le supone una molestia, desearía volver mañana mismo al trabajo. Creo que es lo que más necesito ahora.

Aunque le reiteró la necesidad de que descansase, don Diego no puso objeción alguna si ese era su deseo. Se despidió, siempre como un caballero, y se perdió por la galería. Al llegar al fondo del corredor, abrió la puerta y la miró, silueteado en negro, con la luz a su espalda. Ella se quedó apoyada en la puerta sin desviar la mirada un ápice hasta que él hizo un nuevo saludo y desapareció.

Clara cerró la puerta con los pensamientos en un torbellino, mezclados entre los recuerdos de Rosalía, la mirada glacial de doña Úrsula, las suaves palabras del señor Casona, la cotidianidad de los asados, los vapores de los consumados, el olor a matalahúva, jengibre, romero, albahaca y, por supuesto, el que ahora flotaba en el ambiente, el de don Diego, su sonrisa, y el acercamiento inesperado hacia sus labios.

Apenas podía dar crédito a que él casi la hubiera besado, a que ella hubiera deseado que la besase. No atinaba a dar con respuestas a las preguntas que surgían sin parar en su mente: ¿por qué había deseado tan intensamente que él, de pronto, lo hiciese?, ¿por qué él se había detenido y ella retirado? Todo giraba sin parar dentro de su cabeza, desordenado y confuso, y tuvo que apoyar la espalda contra la puerta de su alcoba y cerrar los ojos para calmar el huracán interior. Entonces advirtió que aún tenía entre las manos el volumen envuelto y acordonado. Al abrirlo, descubrió un libro que adoraba y que ya había leído muchas veces en la biblioteca de su padre. Era una edición francesa encuadernada apenas, y mostraba el título orgullosamente grabado encima, *Le Viandier*. Aquella joya era posiblemente uno de los libros más influyentes de la cocina medieval, escrito por el maestro cocinero Guillaume Tirel. Acariciaba sus páginas cuando encontró una pequeña nota adjunta tras la cubierta. La desplegó con emoción y percibió que este nuevo gesto del duque podría abrir las compuertas otra vez de la tristeza, el agradecimiento y

la contrición hasta desparramar su ánimo desangelado.

Me he permitido adjuntarle esta nota a l libro que le entrego. Según me comentan, pertenece a la mejor tradición de la cocina francesa. Supongo que usted sabrá apreciarlo mucho mejor que yo. Con este obsequio deseo hacerle llegar mis palabras de aliento y consuelo, para que no sienta que está u sted sola en su dolor.

Sinceramente suyo,

Don Diego de Castamar, duque de Castamar

Protegió el libro en su pecho rodeándolo con los brazos y se dejó caer sobre la cama. Se cubrió con el cobertor y de nuevo lloró hasta que, cansada por la angust ia, se abandonó a un sueño trágico donde se veía inmersa vagando entre fantasmas, recuerdos e imágenes del pasado. Su padre la visitaba junto a Rosalía, que la miraba sin parpadear y le decía que al fin podía volar gracias a ella, a su descuido. Se vio a s í misma en los grandes salones del Buen Retiro, donde una vez había estado siendo ella mucho más joven, bailando entre caballeros conocidos que galantemente le pedían un baile, sin darse cuenta de que la muerte danzaba ya con ellos, esperando que fuesen a participar de una guerra que exigiría sus vidas en pago. Bailó casi sin descanso una pavana, un minué y varias gallardas, con cadáveres de jóvenes ingenuos que le sonreían mientras fuera del edificio, a lo lejos, retumbaban los cañonazos anunciando el avance de una batalla. Se sintió desorientada entre los cortesanos hasta que, pasando de mano en mano, de una contradanza a otra, apareció don Diego para sujetarla antes de que el mareo la hiciera desmayarse. Oyó de pronto las baterías de la artillería tronand o más cerca, haciendo vibrar los cristales, y se apretó más contra su cuerpo buscando la seguridad.

«No tema, señorita Belmonte, ya estoy aquí», le dijo.

Las bombardas comenzaron a caer sobre los cuarterones del techo, y el salón se llenó de escombros, anciano y encofrado, saturado de polvo. Sin embargo, pese al derrumbe de paredes y muertos, ella se mantuvo incólume entre tanta desolación. La figura inmensa de don Diego seguía allí abrazándola, como si fuera un ángel de la guarda que hubiera desplegado un escudo divino sobre ella. Oyendo crepitar a lo lejos salvas atronadoras e incesantes, recostó su cabeza en su pecho como si así fuera a evitar escuchar los estruendos de la artillería.

«Señorita Belmonte, despierte —le dijo él—. La necesitan».

La voz de don Diego se mezclaba ahora con otra más femenina y más dura.

Se extendió un eco perdido por las esquinas de su conciencia, mientras abría los ojos buscando ubicarse. La voz del duque se transformó en la de doña Úrsula, y los cañones vomitando fuego, en los golpes en la puerta de su alcoba. Comprendió que no entraba luz por la ventana y ya era de noche. Fuera parecía que la tormenta se había desatado para castigar a todo ser vivo que caminase sobre la Tierra. Se irguió, somnolienta, y abrió la puerta tan aprisa como pudo. Doña Úrsula dejó de aporrear la madera en cuanto la vio, y le dio una orden de que se adecentara lo antes posible, pues se necesitaban sus servicios urgentemente.

Los ojos de hielo nerviosos y la mandíbula apretada de la dueña le arrancaron un mal presentimiento, como si a don Diego le hubiera sucedido una desgracia. Cerró la puerta afirmando que saldría enseguida y oyó cómo el ama de llaves se alejaba con pasos cortos y rápidos. Se arregló lo más rápido que pudo, mientras la preocupación crecía en ella de una forma incontrolada. De pronto fue consciente de que, durante aquellos meses, se había estado negando una evidencia: que en su interior había crecido un sentimiento más profundo hacia don Diego. El intercambio ingenuo de libros por preparaciones culinarias había establecido un vínculo silencioso que se había disparado en ella al pensar que él había sufrido algún tipo de mal.

Entró en la cocina atándose la cofia y halló a Beatriz Ulloa calentando un puchero de agua en el fogón.

—¿Sabes lo que está ocurriendo? —le preguntó Clara de inmediato.

Esta negó con la cabeza.

—Me han pedido que caliente agua por orden del doctor Evaristo —dijo.

La desazón se desbocó aún más.

—¿El doctor Evaristo? ¿Su excelencia se encuentra mal?

—No lo sé —le contestó su oficial—, pero por los rostros parece un asunto grave.

Esta contestación la agitó y, justo cuando iba a hablar, apareció en la cocina sujetando un candil doña Úrsula, extendiendo una pequeña cuartilla hacia ella y ordenándole que preparase lo que allí ponía. Ella, en cuanto la leyó, comprendió de qué se trataba y sin poder evitarlo levantó la cabeza.

—Doña Úrsula, ¿su excelencia ha sufrido algún mal? —le preguntó directa.

La dueña la miró como si fuera un insecto inmundo.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Sé perfectamente que esto que tengo que preparar es una cataplasma para una herida de arma blanca y no un remedio para el dolor de estómago —le

dijo mostrándole la cuartilla—. Mi padre era médico.

La dueña, como si estuviera perdiendo el tiempo en cuestiones innecesarias, enarcó una ceja.

—Haga lo que se le ordena y deje de ser una molestia —zanjó.

—¿Molestia? —dijo Clara notando que la turbación la estaba sacando de sus casillas—. Doña Úrsula, solo deseo saber si su excelencia ha sufrido algún tipo de daño.

La gobernanta se dio la vuelta y le exigió, justo al salir por la puerta, que dejara de hacerle perder el tiempo. Clara, indignada por su descortesía, con la inquietud estrujada en su vientre y su enojo suspendido sobre sus mejillas, dio un paso hacia ella.

—No lo haré.

Doña Úrsula se detuvo en el umbral al oírla, y se giró hacia ella con la mirada centelleando y el rostro apenas contenido. Beatriz contemplaba la escena atónita.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó la dueña incrédula.

—Que no prepararé esto hasta que usted me diga si su excelencia ha sufrido algún daño.

—Señorita Belmonte, yo no tengo la obligación de decirle nada. Si no se pone inmediatamente a ello, buscaré a alguien que lo haga, y le juro por lo más sagrado que a partir de mañana no encontrará casa donde practicar su amada cocina —le contestó con una frialdad airosa—. Y tú no te quedes ahí mirando y ayúdala —terminó por decir a Beatriz, que hizo una genuflexión aterrorizada.

Luego se giró y desapareció de la cocina dejándola allí plantada con su ira y con la cuartilla en su mano temblorosa. También ella se dio la vuelta y, apoyándose en la mesa, inspiró hondo con el fin de tranquilizarse. Mientras despegaba los labios y estos volvían a su color rosado, comprendió de pronto que había desafiado la autoridad de la dueña de forma directa y que, con ello, le había dado una nueva oportunidad para expulsarla de Castamar. Lo más increíble y curioso de todo era que en ningún caso doña Úrsula lo había hecho.

CAPÍTULO 22

Mismo día, 20 de enero de 1721

Había llegado el día que Úrsula temía tanto. El día en que su poder sobre la servidumbre de Castamar menguaba. Siempre había creído que los secretos sobre las personas otorgaban poder sobre ellas, pero lo cierto es que solo otorgaban poder sobre los débiles de espíritu. Por contra, los fuertes de carácter se enfrentaban a las consecuencias con el miedo en las entrañas pero mirando fijamente, con la cabeza alta y sin ceder ni un milímetro al chantaje. Clara Belmonte era de estos últimos, y lo peor era que su presencia hacía que otros recordasen el coraje que tenían olvidado. Úrsula coronaba las escaleras haciendo retemblar el suelo con sus tacones firmes avisando de su llegada. Había recogido la cataplasma de manos de Beatriz Ulloa y ahora ascendía rápidamente e para llevársela al doctor Evaristo. Esa noche habían traído a la señorita Amelia cubierta de sangre y con la cara sajada. Al parecer, unos desalmados habían asaltado su coche y, después de robarle, la habían golpeado y dejado tirada en el campo cerca del camino de Móstoles. «Válgame Dios, hacer esto a una pobre criatura indefensa. Bárbaros —se dijo Úrsula—. Los hombres son unos salvajes a los que despellejaría con gusto». Sintió el peso del inmenso fardo de odio y cólera que llevaba cargado a su espalda, y pensó que se había vuelto más pesado con el desafío de la cocinera.

Nadie en los años que llevaba en Castamar había retado su autoridad de aquella forma, nadie se había atrevido a contrariarla; si acaso, don Melquíades, que como mayordomo de vez en cuando se sentía en la obligación de ejercer como tal. Ahora aquella cocinera surgida de una casa de bien, a caballo entre la servidumbre, que solo conocía el trabajo, y los ilustres, que dedicaban su vida a los actos sociales, se erigía como una figura retadora por la que todos sentían algún tipo de predilección. Incluso el señor duque parecía medio embobado, como cuando le regaló aquel libro meses atrás. «Gracias a Dios solo ha sido uno», se decía Úrsula. Desde que la muchacha había entrado a servir en la casa, su mundo, el que tanto le había costado construir, se tambaleaba. Prueba de ello era que, pese al enfrentamiento que acababa de tener lugar en la cocina, su excelencia le había dejado claro que no estaba en su mano expulsarla. Tal y como ella sospechaba, su vínculo con el señor se había fortalecido inexplicablemente, pues

Úrsula había estado muy pendiente de si ambos tenían algún tipo de contacto. Sin embargo, ese mismo día comprobó qué lejos estaba ya de gobernar sobre Clara Belmonte.

Cuando el doctor Evaristo la advirtió de que la señorita Belmonte se había desmayado porque sufría algún tipo de aflicción nerviosa, había sentido un regocijo inmenso al pensar que se desharía de ella para siempre. Por eso la había expulsado de inmediato y había volado a informar a don Diego. Este había recibido la noticia de la muerte de Rosalía como era de esperar: con consternación. Tenía mucho afecto a su nodriza y siempre había querido que su hija fuera cuidada adecuadamente.

«Hágase cargo de los responsorios, que se le dé una misa y sea enterrada en el cementerio de Castamar», le pidió a Úrsula.

«Hay algo más, excelencia —le dijo, y don Diego frunció el ceño—. La muerte de Rosalía se debe a una falta grave de la señorita Belmonte».

«¿En qué sentido?».

«Verá, excelencia, la señorita Belmonte mintió —le dijo deslizándose el golpe de efecto que había preparado minuciosamente—. El mismo día de su llegada me ocultó de forma deliberada que sufre una grave enfermedad nerviosa que le impide permanecer en espacios abiertos. Por supuesto, si la señorita Belmonte me hubiera informado sobre el mal que la aquejaba, nunca la habría puesto al cargo de la pobre chica. Su engaño es lo que imposibilitó el salvamento de Rosalía».

Don Diego se había acercado a la chimenea para calentarse y había aguardado unos instantes antes de contestar:

«No se culpe, señora Berenguer, por algo que desconocía».

Úrsula asintió mientras don Diego de nuevo caía en su mutismo. Esperó unos momentos más para dejarle meditar sobre todo aquello, y dejó caer la frase que llevaba tanto tiempo deseando decir:

«Si me lo permite, hoy mismo buscaré otra cocinera».

Al señor le centellearon de súbito los ojos, como si su propuesta contrariase todo lo establecido. Fue como si su frase hubiera liberado una catapulta.

«No», contestó de inmediato y de forma taxativa.

Ella, que pensaba que ya tenía el éxito en sus manos, se vio zarandeada por una negativa que no dejaba lugar a la duda. Conocía aquella forma de reaccionar del duque cuando algo contrariaba sus deseos de forma que él consideraba injusta y supo que no habría nada que ella pudiera decir para que él cambiase de opinión. Pese a esto, lo había intentado desesperadamente.

«Excelencia, fue irresponsable hacerse cargo de esta criatura conociendo su enfermedad. La omitió a sabiendas».

«He dicho que no», repitió más tajante aún.

«Como ordene».

Se despidió haciendo una reverencia y se dirigía hacia la salida de la biblioteca cuando don Diego le pidió que se detuviera. Se acercó hasta Úrsula con paso tranquilo y admitió que había sido rudo con ella. Úrsula no se lo tuvo en cuenta, pues sabía que tenía el ánimo de un león manso que de vez en cuando recuerda su fiereza. Si había un señor capaz de despertar en ella el perdón ese era don Diego. Tenía el alma más noble que un hombre podía poseer, y si alguien se colaba en ella, si se instalaba en su corazón, podía conseguir de él lo que quisiera. Clara Belmonte parecía haber traspasado el caparazón duro e inexpugnable de su amor por doña Alba. Por alguna razón que no llegaba a comprender, don Diego se había encariñado con aquella cocinera, seguramente porque le habría dado pena conocer su historia. «Maldita sea, si todas las vidas de Castamar son una tragedia», se había dicho Úrsula.

«Señora Berenguer, tiene usted razón en el hecho de que la señorita Belmonte ha ocultado su enfermedad y que eso ha sido un acto irresponsable. Pero no debemos juzgarla tan severamente. No creo que ahora nadie se sienta peor que ella por esta trágica pérdida. Conociendo el ánimo de nuestra cocinera, dudo que haya juez más duro con ella que ella misma. Créame cuando le digo que el mayor castigo que puede sufrir uno se lo producen sus propios remordimientos —había dicho, y en esta última frase su voz fue taciturna—. Nosotros, en todo caso, debemos tener la voluntad de ayudarla a superarlo».

Con el alma congestionada por la indignación, Úrsula tuvo que regresar a la habitación de Clara Belmonte y hacerle ver que había cambiado de opinión, que sus servicios no eran prescindibles. Se había enojado consigo misma por haber sido impulsiva, por no haber sabido esperar y guardarse aquel secreto como una amenaza que le hubiera permitido controlarla. Pero aquella batalla perdida ante la cocinera no había sido la única. Unas horas más tarde, a la hora de la comida, se le abrió el frente de don Melquíades, que, tal vez influido por el cambio en las cocinas, se puso en pie de guerra. Justo al llegar ella, el señor Moguer, el sumiller, le preguntaba al mayordomo por el estado de la joven y este, preocupado, había dicho que el ánimo de la señorita Belmonte era fuerte.

«El duque me ha informado de que la señorita Belmonte desea volver hoy

mismo al trabajo —añadió el mayordomo—. Por supuesto, no he permitido tal cosa».

Aquello fue demasiado. Si su excelencia había informado a don Melquíades del deseo de la cocinera, es que este la había visitado en persona. Úrsula, con su ira burbujeando, tal vez porque el encontronazo con la muchacha ya hervía en su interior, tal vez por la negativa del duque o su visita, o tal vez porque don Melquíades se había permitido el lujo de ratificar que la cocinera se tomase unos días de descanso sin siquiera pasar por su aprobación, chasqueó los dedos levantando el índice.

«La próxima vez, don Melquíades, espero ser informada de esta decisión antes», le dijo frente a toda la mesa.

«Doña Úrsula —le contestó él lanzando la servilleta con fuerza sobre la mesa—, puedo tomar este tipo de decisiones solo».

«En el futuro, si no le importa, agradecería que me informase si alguien del personal va a ser sustituido temporalmente», insistió ella con desagrado.

«Lo haré cuando estime oportuno».

«Espero que lo estime oportuno».

«Doña Úrsula, cálese de una vez —dijo don Melquíades golpeando la mesa con la palma abierta—. Soy el mayordomo de esta casa desde mucho antes de que usted viniera y la informaré cuando yo considere oportuno hacerlo».

Un silencio de roca se instaló en los rostros atónitos de la servidumbre, que hasta ese momento no habían conocido aquellas diferencias. Úrsula sabía bien que la guerra a cara descubierta solo le traería consecuencias negativas, pues era obvio que todos los criados apoyarían a don Melquíades al considerar que él era la autoridad máxima, de modo que le pidió educadamente hablar en su despacho. Don Melquíades dio orden a los demás de seguir comiendo y que no los esperasen, y se incorporó mascullando que le concedería su petición.

Ya a solas, ella le había vuelto a ordenar que, por el bien de su futuro, la informase debidamente de todo. Pero aquel Melquíades ya no era el hombre vencido de antaño. En los tres meses de estancia de la cocinera se había producido un cambio en él, como si hubiera encontrado el valor que un día había anidado en su corazón.

A gritos, con la mirada llena de tigres rugientes, le dijo que la informaría tan oportunamente como ella lo había hecho al despedir y readmitir a Clara Belmonte. Ella había resoplado. ¡Por supuesto que no lo había puesto en su conocimiento, ya sabía que su oportunismo le impediría hacer lo necesario! Clara Belmonte era culpable de mentir a sus superiores y debía salir de la

casa lo antes posible, pese a que el corazón bueno de don Diego la perdonase y don Melquíades la protegiera para aumentar su poder.

«Yo soy el mayordomo de Castamar y no le permitiré nunca más coaccionarme», sentenció iracundo, acercándose a ella como un monstruo mitológico reprimido, mirándola desde arriba.

Úrsula, con el cuerpo agitado y la guerra en la boca, estrechó la distancia entre ambos con el dedo en alto.

«Esta casa la gobiernó yo, y no pienso ceder ni un ápice de ese terreno, y menos ante un hombre como usted, que ha traicionado la confianza de su señor», le dijo con acritud.

Estaban a escasos centímetros el uno del otro, él mirando su rostro enjuto y ella las arrugas que el tiempo le había regalado a él en las comisuras de sus ojos. Fue entonces cuando, tras los destellos de ira que emitían las pupilas de don Melquíades, atisbó una mirada en él que la descolocó, como si tras aquella fuerza arrebatada su alma quisiera abandonar aquella guerra que se había instalado entre ambos. Aun así, no dijeron nada más. Él había dejado claro que no seguiría cediendo a sus amenazas, y ella, que enseñaría la carta que había encontrado en sus cuadernillos azules.

Mientras coronaba ahora las escaleras, supo que en aquel instante exacto con don Melquíades el dominio férreo que había establecido sobre Castamar había comenzado a deshilvanarse entre sus dedos. Por supuesto, todavía tenía opciones poderosas que jugar, y lo haría sin lugar a dudas, se dijo. Comenzaría por don Melquíades y sus líneas delatoras, escritas en la carta que ella tenía, y mientras, buscaría una solución para atajar el problema de la señorita Belmonte. Tal vez una pista para la futura resolución de su problema radicara en el apasionamiento que había demostrado Clara Belmonte hacia su excelencia. No sabía aún de qué modo, pero tenía la sensación de que esta oportunidad aparecería en algún momento.

Al fin llegó a la habitación de invitados donde habían acomodado a la pobre señorita Castro, que lucía pálida y ojerosa, con un sudor frío que atenazaba su rostro y un tembleque que hacía vibrar las sábanas de lino suave. Entregó la cataplasma al doctor Evaristo y se despidió de su excelencia, don Diego, y de su hermano, que al parecer era quien la había traído a caballo. Esperaba por el bien del señor que don Gabriel no estuviera implicado o fuera el culpable de lo que le había pasado a la muchacha. «Los negros siempre son una fuente de problemas —se dijo—, tal vez la haya salvado para esconder sus propios delitos».

Al salir de la estancia se encontró con Elisa Costa, que traía varias toallas blancas y una jofaina llena de agua caliente por orden del doctor. Le concedió permiso para continuar, aunque supo que tarde o temprano informaría a Clara Belmonte de que don Diego se hallaba perfectamente. Caminó sobre el suelo azulejado de la galería y se dirigió a supervisar las alcobas que había ordenado preparar para los invitados del señor, don Francisco y don Alfredo, que habían aparecido uno junto al doctor y el otro con el negro. Úrsula suspiró, y apretó los dientes.

Mismo día, 20 de enero de 1721

Apenas Diego terminaba de dar las directrices cuando su hermano y Alfredo, empapados y jadeantes, entraron acarreado entre los brazos a la pobre señorita Amelia, que navegaba en una duermevela inquietante. Después de hacer que la desnudaran algunas doncellas y la cubrieran con un camisón de Alba, la habían tendido bajo varias mantas con el fin de que entrara en calor. El doctor Evaristo había dictado a doña Úrsula los condimentos adecuados para que prepararan en cocina una cataplasma para la herida que tenía en el rostro. Alfredo, Francisco y Gabriel se habían quitado las ropas húmedas y se habían quedado en el salón, cerca de la chimenea, arropados con frazadas. Minutos después don Melquíades los avisó de que la señorita Castro estaba ya en cama y el doctor Evaristo la estaba reconociendo. Tan solo su hermano y él habían subido hasta la habitación; por cómo resoplaba, Diego presentía que Gabriel estaba iracundo.

Había llegado con la amargura en su estómago por la muerte de Daniel, mascullando que estaba claro que don Enrique se hallaba detrás de todo aquello. Posiblemente tenía razón, pero le faltaban pruebas. Ciertamente alguien le hizo llegar su propia tarjeta de visita marcada, la misma que utilizaba como reclamo con su propio hombre, el mismo que vigilaba al marqués. Aun así, esto solo era una prueba circunstancial de la vinculación de don Enrique con el caso.

Gabriel ahora se paseaba nervioso, mientras el doctor Evaristo aplicaba la cataplasma lenitiva sobre el rostro cosido de la señorita Castro. Bajaba la voz al hablar, en susurros retirados, afirmando una y otra vez que los esbirros de don Enrique habían matado a Daniel. Diego se acercó a él y, tomándole del brazo, le separó aún más del doctor para hacerle entender, en bisbiseos, que necesitaban evidencias definitivas de que el marqués estaba detrás de aquello. Supuso que esto se convertiría en breve en la acostumbrada discusión: Gabriel deseando actuar y él evitando hacerlo hasta tener algo con lo que acusar a don

Enrique. Su hermano, llevado por la furia, se había girado rasgando su pregunta retórica entre dientes:

—¿Qué más pruebas deseas? —dijo señalando a la señorita Amelia.

Diego sintió su tigre interior rugiendo doloridamente ante el acoso de su hermano por la impotencia de no haber podido proteger mejor a aquella muchacha y sus propios deseos de actuar.

—¡Pruebas! ¡Gabriel, pruebas! —dijo alzando la voz tajante y haciendo que el doctor Evaristo se sobresaltara. Cerró los puños y susurró de nuevo —: ¿Crees que esta situación no me inquieta? Pero no puedo acusar ante el rey a Enrique de Arcona, marqués de Soto y Campomedina, sin pruebas que evidencien su implicación en estos actos... Y te recuerdo que todavía no ha hecho nada contra nosotros. Nada que podamos probar, ¡nada!

Su última palabra hizo levantar la cabeza al doctor otra vez, que, disimulando su incomodidad, ponía toda su atención en la muchacha. Gabriel se volvió hacia Diego con aquel ímpetu protector que le caracterizaba.

—Déjame coger a ese secuaz suyo, Hernaldo de la Marca —le propuso otra vez.

—No —lo detuvo Diego—. Si damos ese paso, en cuanto el marqués lo sepa, nos tendrá en sus manos.

Gabriel, frustrado por su imposición, arrugó el ceño.

—¡Eres el hombre más terco que conozco! —exclamó.

Bien lo sabía él. Pero no expondría a Castamar a un paso en falso que les hiciera perder su posición y renombre por culpa del sibilino don Enrique. Sabía de sobra que Gabriel no incumpliría su orden y que, precisamente por eso, se sentía encerrado en la jaula. Sin embargo, su hermano era lo bastante listo para encontrar resquicios por los que colarse, algo que no debía volver a ocurrir.

—Y además, he de decirte que no me gusta que hayas involucrado a Alfredo y Francisco —le reprochó alzando la voz—. No necesito su protección y no es lo que deseo para esta circunstancia. Ahora están en el salón de abajo calentándose frente al fuego de la chimenea y esperando a ser informados de un problema que no tenían.

—Me da lo mismo. Son tus amigos —replicó su hermano—. Y que sepas que desde que murió Alba muges como una res vieja.

El pobre doctor Evaristo les pidió cortésmente que discutieran en otro sitio. Diego miró a su hermano con los ojos encendidos.

—Está bien. Ya que la has traído tú, encárgate de que no le falte de nada —le

dijo saliendo por la puerta y cerrándola a su espalda.

Gabriel ya no le respondió y Diego descendió hasta el salón donde se encontraban Francisco y Alfredo para agradecerles su preocupación. En cuanto entró, los informó de que el pronóstico de la paciente era todavía reservado, pues tenía fiebre y estaba dolorida por los golpes. Antes de que pudiera intentar paliar la desazón de sus amigos, el propio Alfredo le interrumpió:

—Ya no puedes hacer nada para evitar nuestra participación. Ya estamos aquí y vamos a ayudarte.

—Puede que sea solo un asunto entre criados..., pero es muy improbable, amigo mío —repuso Francisco—. Ese aviso llegó a vuestra casa de Leganitos y a nombre de Gabriel con un propósito, y, sinceramente, no creo que fuera solo para que descubriéramos a un sirviente negro muerto en la arboleda. Me temo que alguien quería que encontrásemos a la señorita Amelia, si no, ¿por qué dejarla viva allí precisamente, y al lado de un hombre con el que no tenía relación alguna?

Diego no quiso debatir más y, después de darles las gracias, se despidió y caminó como solía hacerlo, con las manos a la espalda, tratando de desentrañar aquella maraña. Era obvio que el espionaje de Daniel Forrado había sido descubierto y que el pobre había pagado las consecuencias. Don Enrique era peligroso, un brillante cortesano, intrigante y capaz de acometer cualquier plan con el fin de obtener sus beneficios. Uno de esos hombres que cualquiera preferiría mantener lejos como enemigo, por sus golpes traicioneros y silenciosos, que no se veían hasta que ya era demasiado tarde. También tenía fama en la corte por haber sobrevivido a varios duelos en Francia y el reino de Nápoles gracias a su pericia de buen tirador. A buen seguro que ese aire insolente y altanero le había provocado más de un lance. Por suerte para él, los había solucionado a pistola y no con el estoque. Según Francisco, el marqués era un esgrimista mediocre y siempre trataba de evitar encuentros con el acero más allá de las reuniones lúdicas. Pese a su carácter insoportable y sutilmente hiriente, y sus artes veladas, Diego no podía dilucidar qué interés tenía aquel hombre en Castamar, en él o en su familia, más allá de ser amigo de su madre. Él mismo no había entablado más de una o dos conversaciones con él antes de su aparición en Castamar, y ni siquiera recordaba el día en que se conocieron. Aun así, sabía que la clave para descifrar los propósitos del marqués para con Castamar pasaba por desvelar los motivos que le impulsaban. Debía admitir que tras la entrega de la tarjeta

de visita en la mansión de Leganitos se translucía una intención para que encontraran al pobre Daniel sin vida y a la señorita Amelia en un estado lamentable. Sin embargo, esto podían haberlo provocado ellos sin querer, por poner vigilancia a don Enrique y los suyos. Sabía de sobra que, salvo unas pocas excepciones, la corte era un avispero en el que todos buscaban el favor real. Y precisamente don Enrique era de ese tipo de hombres que buscaría una forma alternativa de conseguir sus aspiraciones, fueran las que fueran. Tal vez su vigilancia había interferido en otros planes suyos que nada tenían que ver con ellos. De ser así, pese a no ser culpables de lo ocurrido, sí podían haber provocado en parte estos sucesos.

Justo era esto lo que su hermano no entendía, pues había vivido alejado de la corte, sin conocer sus entresijos, su política. Había que tener un especial sentido para vivir entre los cortesanos, conocer bien las alianzas y las celadas para no caer en una a la primera de cambio. No obstante, si don Enrique estaba detrás de ese ataque, si la señorita Amelia era solo una herramienta en ese entramado, y si su deseo era que Gabriel y no otro la encontrara, su intuición le avisaba de que el marqués tenía unos planes ulteriores para con él. Lo que no sabía este era a quién se estaba enfrentando realmente. Si era culpable de la muerte de Daniel Forrado y de lo que le había pasado a la señorita Amelia, o si tramaba algo contra Castamar, despertaría entonces a una fiera que no buscaría más satisfacción que meterle una bala en la cabeza o traspasarle el pecho con el espadín. No trataría de buscar el favor real ni su arbitrio, y ninguna justicia que no fuera la suya intervendría en el asunto. Por eso, mientras caminaba intentó relajarse y, sin darse cuenta, pensó de nuevo en la señorita Belmonte. No entendía por qué, pero aquella muchacha de ojos terrosos se había colado en sus pensamientos, y en cada desayuno, en cada comida y cena, tenía la necesidad de conversar con ella. Se conocía a sí mismo lo suficiente para saber que aquella atracción tan particular que burbujaba en su espíritu solo la había sentido una vez en la vida: con Alba. Al principio no había querido hacer caso a aquel hormigueo interior. Había preferido negarlo con excusas inconscientes: por Alba, por su memoria, por su posición de señor frente a ella y por la de ella frente a él. Así había sido mientras se establecía un vínculo mudo entre sus libros regalados y las viandas que ella le preparaba. Pronto él había pasado a considerarla, porque así era, una señorita, además de su cocinera, pensando que a quello no pasaría de ser una relación especial entre sirvienta y señor. Esa relación, sin embargo, había crecido sin darse cuenta hasta que esa misma tarde ella, como un

animalillo desamparado, le había rogado el perdón que no podía concederse a sí misma por la muerte de Rosalía. Entonces algo en su interior, poderoso y casi descontrolado, había brotado desbordando sus diques, abriendo un caudal a presión que llevaba encerrado desde hacía nueve años, y arrastrado por esa corriente solo había deseado besarla y hacerla suya. Se contuvo por el decoro y el respeto que le tenía. Era su criada, y él nunca traspasaría esa línea, pues hacerlo supondría una deshonra para ella. Él no era como Francisco, dispuesto a tener amantes aquí y allá, y antes de cualquier implicación con ella protegería por encima de todo su virtud.

Dobló la esquina y se acercó a su alcoba. El señor Moguer estaba allí esperando por si necesitaba algo. Le dio las buenas noches y, tras dejar que le asistiera para despojarse del batín de seda, le despidió. Se introdujo en la cama, descolgó los biseles y oyó la tormenta fuera rugiendo y reclamando su dominio sobre la tierra. Acarició las sábanas, como cada noche, rememorando el calor que desprendía el cuerpo de Alba, y tuvo la sensación velada de que de alguna forma su mujer estaba más lejos que de costumbre. A diferencia de otras veces, sintió cierta complacencia, como si supiera que Alba se encontraba en un lugar mejor y desde allí bendijera el extracto de felicidad que le hacía sentir la presencia de Clara Belmonte.

Cerró los ojos y, mientras se dejaba invadir por la noche, tuvo un presentimiento fugaz que le avisaba de que, si su voz interior, la que burbujeaba haciéndole cosquillas en el estómago, se hacía más potente, tarde o temprano tendría que escucharla. Y sabía que seguir los dictados de esta voz le abocaría a luchar contra un mundo que no soportaría ver a un duque enamorado de su cocinera. El problema era que, si llegaba ese momento, no habría nadie capaz de hacerle cambiar de opinión.

CAPÍTULO 23

21 de enero de 1721

Francisco se desperezó e inconscientemente abrazó la almohada creyendo que era Sol Montijos. Pronto la luz de la mañana y el frío de la estancia le hicieron comprender que estaba apoyando la cara sobre el plumón y no sobre los mullidos pechos de su amante. Suspiró un poco al recordar el trágico suceso de la noche anterior y sintió lástima de la pobre señorita Amelia. «Malditos hombres bárbaros —se dijo—, no les han enseñado a cuidar lo femenino. Ojalá los cuelguen a todos». Nadie merecía ser tratado de esa forma, pero menos una señorita de bien. Deseó que se recuperase pronto y recordó que debía decirle a Alfredo de pasar a verla cuando el doctor diera permiso para ello.

Se incorporó buscando uno de los nuevos escusados. Diego los había mandado construir en Castamar a semejanza de los de París. A pesar de la comodidad de poder sentarse en la banqueta de descanso, él seguía prefiriendo la bacinilla de plata, más a mano bajo la cama. Hizo llamar a uno de los gentilhombres para que le preparara un baño en las magníficas cubas de cobre. A diferencia de Diego, que se bañaba por la extravagante idea de mantenerse limpio, él lo hacía tan solo por puro placer, como con casi todas las cosas prohibidas de la vida. Tras tomar el baño, se hizo perfumar el cuerpo con aceites esenciales y más tarde llamó al barbero de la casa. Finalmente tuvo que ponerse uno de los trajes que dejaba en Castamar para emergencias. Prefería estos, aunque lo luciera por segunda o tal vez tercera vez, antes que uno de Diego, que le quedaría grande y le haría parecer un fante.

Nada más le tomaría prestado uno de sus pulcros pañuelos de seda holandeses, y solo como una costumbre adquirida por el tiempo, el afecto y la cordialidad. Su gentilhomme ya estaría avisado por su amigo y vendría con un juego de pañuelos para escoger. Aquella broma entre ellos había surgido hacía años, cuando por un descuido él había perdido su pañuelo y su amigo Diego le había regalado uno en una pequeña caja. Cuando comprobó que estaba hecho de suave seda, le había dicho irónicamente que perdería el suyo siempre que viniera a Castamar. Diego, siguiéndole la broma, le prometió que siempre que tuviera necesidad de uno podría escogerlo entre su colección

personal, pues los reponía cada seis meses por orden expresa de Alba.

Mientras leía la *Gaceta de Madrid* y aguardaba a que su gentilhombre terminara de calzarle, Francisco recordó de nuevo el cuerpo de Sol desnuda, perfilada apenas entre las sábanas, y sonrió para sí. Desde la fiesta de octubre mantenían una relación menos secreta que licenciosa. Sus encuentros pasados la medianoche; sus entradas furtivas en la alcoba de su casa de Madrid para arrebatarse el aliento mientras su marido dormía en la sala de al lado; los galanteos esporádicos y fingidos durante las colaciones de los nobles de la corte; los asaltos entre tiempos en los salones olvidados de algún anfitrión... Todo ello le brindaba un aderezo vital que sabía solo tendría ahora, en aquella edad perfecta entre la juventud inexperta y la madurez cálida. Sin embargo, su divertimento se había instalado muy a su pesar en una situación desagradable, pues en su último encuentro a principios de año se habían despedido de forma poco cortés. Tras haber pasado toda la noche entregados al placer, ella se levantó y le dijo que se fuera. No había comprendido aquel arrebató, pues él había pensado que, estando su marido fuera de Madrid durante al menos dos días, aprovecharían aquella ocasión para estar juntos.

«Del hecho de que mi marido esté ausente no se concluye a la fuerza que debamos pasar juntos todo ese tiempo», le indicó volviéndose con indiferencia.

«Por supuesto, querida, mi presencia nunca sería obligada —le dijo extrañado por su reacción y, enfundándose los calzones con tranquilidad, añadió —: Ya me habían avisado de tu comportamiento errático».

Mientras se peinaba frente al tocador, ella le había sonreído con cierta superioridad y le había contestado que hablar de su comportamiento errático era solo una muestra de que él se sentía expuesto al rechazo. Más extraña todavía aún, Francisco había fruncido el ceño abrochándose la camisa.

«No comprendo a qué te refieres».

«Me refiero al hecho de que los hombres no soportáis que una mujer os rechazaros, mientras que nosotras, más expuestas y supuestamente más débiles, aprendemos a sobrellevar el desprecio, la humillación y la desatención desde muy jóvenes», había concluido con su aire de frialdad.

A él le había hecho gracia aquello. Sus palabras denotaban una considerable carga de amargura, y comprendió que su despedida abrupta era parte del juego estúpido que algunas mujeres de mediana edad se sentían inclinadas a representar para mantener cierto estatus de dignidad entre sus amantes. Estaba dando por hecho que él tenía una implicación emocional en aquel intercambio

secreto de concupiscencia.

«Querida, no sé lo que estás pensando, pero para mí nuestras visitas clandestinas son exclusivamente eso. Si quieres que me vaya, me voy», le dijo.

«Pues vete», contestó ella con más indiferencia.

«Puedes al menos fingir un poco de cortesía al despedirme», le exigió.

Ella se había acercado juguetona, tratándole como a un niño enfadado y, besándole en el cuello, le había dicho que eso era más de lo que se merecía. Sol deseaba practicar el juego de la seducción como forma de poder, algo bastante más aburrido que sus reuniones secretas, sus galanteos y complicidades. Aquel pasatiempo peligroso, que solía terminar con el corazón roto de alguien, Francisco lo había vivido tantas veces como amantes despechadas coleccionaba. Él la miró antes de irse, aun sabiendo que ella se mantendría indiferente frente al espejo de su tocador, y le preguntó si realmente deseaba jugar a ese juego.

«Es el entretenimiento más divertido que conozco y, además, nunca he perdido un lance», respondió ella apenas volviendo la cabeza.

Él asintió al verla decidida y se encogió de hombros mientras caminaba hacia la salida, pensando que su *affaire* con Sol Montijos había terminado tal y como lo conocía hasta ese momento. Abrió la puerta del dormitorio y, justo antes de cruzar el umbral, le dijo sin girarse:

«Para todo hay una primera vez».

Cerró cortésmente la puerta, y desde aquello no había vuelto a verla. No es que le importara mucho que la relación se hubiera acabado así, ni siquiera que hubiera partido de ella la iniciativa. Comprendía bien que en los lances del amor ambas partes debían estar involucradas, y respetaba el hecho de que una de ellas le pusiera fin si ese era su deseo. Sin embargo, no soportaba mezclar este acto con la descortesía y el desdén. Para él estaba fuera de toda lógica perder la educación y el decoro, incluso cuando a uno le descubriese el cornudo del marido. En esos casos lo mejor era actuar con circunspección, y si el fulano deseaba que se le diera satisfacción, pues se le daba, con padrinos y testigos y al alba, lejos de Madrid, para no llamar la atención de la autoridad, dado que el rey Felipe hacía ya cinco años que había promulgado una pragmática que prohibía los duelos bajo pena de muerte y confiscación de los bienes. Pero lo cierto era que nadie impedía los rieptos, y menos si eran de la aristocracia madrileña. El duelo siempre sería una cuestión de honor y deshonor, de ofensa y ofendidos, principalmente entre los nobles, que veían en esto una solución directa a cualquier problema.

Él, en su caso, había tenido tres a lo largo de su vida. Dos a espada y uno a pistola, y había salido bien parado de todos ellos, no sin algo de fortuna. Por el contrario, los maridos agraviados habían sufrido en su orgullo herido doblemente al verse derrotados también. Aun así, nunca quitó la vida a ninguno de ellos, solo unas punzadas superficiales a los dos primeros y un disparo a la oreja al tercero. En todos los desafíos, él siempre se comportó como mandaban los cánones de la rectitud. Por eso el desaire que le había mostrado su amante carecía para él de razón, y hacía que aquel divertimento pasajero hubiera dejado de tener tanto interés.

Francisco, tras ajustarse una peluca corta que terminaba en tres trenzados recogidos en argollas de metal labrado y tres cintas sedosas de color celeste, bajó al salón, donde debían estar sus amigos tomando el desayuno. Alfredo, Diego y don Gabriel parlamentaban sobre el estado de la muchacha en torno a unas viandas descaradamente mediocres. Alfredo, apoyado sobre la repisa de la chimenea encendida, le saludó levantando la jícara. Diego, desde el fondo, le indicó que se uniera al desayuno aunque no fuera igual que los anteriores. Al parecer, su cocinera estaba ausente, con su permiso, por un asunto trágico que había acaecido en la casa. Tras sentarse y hacer que le sirviesen huevos pasados por agua, supo que la señorita Castro estaba ya fuera de peligro, si bien soportaba un gran dolor. Don Gabriel se estaba haciendo responsable de sus cuidados y, según dijo, había ordenado recoger el cuerpo de su confidente y encargarse del entierro. Además, se había avisado a la Sala de Alcaldes de Casa y Corte con el fin de que porteros, alguaciles y alcaldes dieran caza a los culpables de dicho acto.

—Será difícil que los apresen —advirtió desplegando su servilleta.

Diego le miró circunspecto, con los labios desteñidos por la presión. Estaba claro que aquella situación le exasperaba, y Francisco esperó a que expusiera lo que estaba pensando.

—Solo encontrarían a los asaltantes en caso de que se tratase de un asalto a una mujer rica; si, además, lo ha planeado don Enrique, quienes lo perpetraron deben estar ya muy lejos o incluso muertos —expuso pausadamente.

Francisco bebió un poco del chocolate caliente de una jícara de fina fayenza y, tras limpiarse los labios, miró a sus amigos.

—Es absurdo maltratar así a una mujer —objetó.

Para Francisco, aquello no sobrevivía al análisis de la razón. Dañar a una mujer era un signo evidente de debilidad masculina. El hombre, por su posición superior, debía ser protector de lo femenino, amante de su naturaleza

y custodio de la delicadeza que toda mujer poseía, en mayor o menor medida. El maltrato era un acto repugnante a toda conciencia, además de ser un acto contrario a todo ser cristiano.

—Según dijo don Gabriel, el marqués de Soto y ella se han visto en los últimos meses.

—Aun así, desconocemos si es simplemente una amistad o algo más serio —dijo Alfredo.

—Imaginemos, pues, que pudieran haberse comprometido. Él salda todas sus deudas en pro de tomar esponsales, y ella, tras verse libre, decide romper su compromiso. El marqués, llevado por los celos, la castiga: sería en tal caso un acto de venganza.

—Eso no explicaría por qué dejarla tirada al lado de un negro muerto y avisarnos por medio de la tarjeta —dijo Alfredo. Y a continuación miró a Gabriel —: No lo tome como una ofensa.

—Tal vez se enteró de que le vigilabais y saldo dos pájaros de un tiro —añadió Francisco mientras catava el chocolate demasiado azucarado—. Solo puedo decir que en la corte mantiene una muy buena reputación.

Las noticias que había tenido Francisco en la corte sobre el marqués eran representativas de ese prestigio: un hombre educado, generoso con el dinero, al que apenas se le conocían amantes. No tenía en su haber ni un escándalo político o de faldas, y era un defensor férreo de los Borbones.

—Lo único que podemos dar por cierto es que no creo que la señorita Castro esté premeditadamente en esta situación —añadió don Gabriel mientras daba varias caladas exhalando el humo—. Cuando despierte tal vez nos aclare algo. Francisco se sonrió ante el comentario y observó a Alfredo, que se giró hacia ellos con su aire sereno. Tras dar un pequeño trago a una taza de fina loza, se acomodó sobre uno de los sillones del salón y chascó la lengua.

Diego se levantó y paseó por la sala.

—Caballeros —dijo Diego—. Soy consciente de que la señorita Amelia no ha llegado a esta situación *motu proprio*, pero quién sabe si fue empujada por un individuo peligroso que ha jugado con ella. Don Enrique pudo aprovecharse de una muchacha en una situación desesperada para su propio interés.

No dijo nada más, pero Francisco tuvo la sensación de que se sentía desasosegado. Si el marqués estaba detrás de todo aquello, era un jugador hábil, capaz de cualquier maniobra para conseguir sus objetivos ocultos.

Propuso jugar a las veintiuna o a las quínoles para relajar el ambiente, aunque Diego ni siquiera contestó. Fue don Gabriel quien, al ver que su hermano

miraba absorto por la ventana, se acercó a Francisco y le dijo que estaría encantado de continuar la partida de ajedrez. Llevaban ya con ella varios meses y, si bien al principio don Gabriel había preparado una celada oculta mientras atacaba su enroque, él, en una segunda fase, se había revuelto bien, protegiendo su rey con las torres y peones para más tarde lanzar una tímida ofensiva con su caballería. Accedió y salieron juntos recordando que debía empezar él a mover. Dejaron atrás a Alfredo y a Diego sumidos en sus pensamientos, rodeados de un silencio amalgamado de contradicciones. Al centrarse sobre el damero, Francisco tuvo el presentimiento de que, de alguna forma, ellos también eran peones en una partida de ajedrez, una en la que su amistad se vería puesta a prueba.

Mismo día, 21 de enero de 1721

Sol se abrazó al olor de Francisco otra vez, aspirando la fragancia de hierbabuena que había dejado su perfume hacía días sobre la almohada. «Pues vete», fueron las últimas palabras que le dijo, y él, con exquisita formalidad, se despidió mucho más educadamente que ella. Sin embargo, cuando Francisco abandonó sus aposentos, Sol había tenido la intuición de que no era como en otras ocasiones, donde sus amantes, más jóvenes que ella, agraviados, habían estallado en rabieta y rencores. Este, por contra, con una frialdad sorprendente, había desaparecido de su vida. Ni un encuentro en las colonias, ni una tarjeta de visita, ni siquiera un regalo, como habían hecho otros. Él se desvaneció sin más, como si ella hubiera sido un pasatiempo, y el único recuerdo que dejó era su olor a hierbabuena sobre la almohada. Por eso cada noche se conformaba con enlazarse al cabezal en vez de abrazarle a él.

Se reprochaba aquel paso en falso. Tal vez tenía que haberlo postergado hasta verle mucho más implicado en la relación, más centrado en su persona. Se dejó engañar por su delicadeza, por sus halagos, sus pequeños regalos y su constante atención. Aquella entrega ardiente entre las sábanas, sus apariciones nocturnas como un corsario, al estilo del ahorcado capitán pirata Jack Rackham, para tomarla mientras el cornudo de su marido estaba apenas a cuatro tabiques de ellos, le habían parecido indicaciones suficientes de que estaba prendado de ella. Pero era obvio que se equivocaba. Le preocupaba su distancia. No ya porque le echara de menos, sino porque tras el pasatiempo de seducción había mucho más en juego.

Un mes antes de la fiesta de Castamar, don Enrique de Arcona, uno de los hombres más peligrosos que conocía, se le había acercado después de que ella consintiera con una de sus acostumbradas señas con el abanico. Había sido en

una de las representaciones en el Coliseo del Buen Retiro, en uno de los aposentos del primer piso, donde, como viejos conocidos que eran, él le dijo que era hora de una nueva colaboración. Ella había estado receptiva. Era obvio que el marqués deseaba hacerle algún requerimiento, y ella sabía desde hacía tiempo cuál sería el suyo. Por eso, en aquella conversación donde no se dijo nada pero se intuyó todo, él le hizo una de sus peticiones deshonestas.

Aprovechando su incipiente relación con Francisco y sus encuentros públicos, Sol debía describir su amistad y gran confianza con Francisco en una correspondencia sostenida entre ella y el marqués de Soto. La última carta pondría en manos de don Enrique el prestigio de Francisco. Aquella petición no estaba exenta de riesgos para cualquiera, pero a ella la implicaba mucho más. Francisco era íntimo amigo de don Diego de Castamar, de quien ella tenía motivos más que suficientes, que guardaba bien en secreto, para mantenerse a larga distancia.

«¿Puedo preguntar por qué desea que haga tal cosa?», le había inquirido, refiriéndose a Francisco, mientras se extendía sobre ellos la voz del actor principal.

«Bien sabe que no, querida», le contestó el marqués.

Sol sonrió, sabiendo que a continuación el marqués le preguntaría su precio. Sin embargo, él dejó transcurrir el tiempo hasta el final de la velada sin preguntar qué era lo que ella codiciaba. Y precisamente porque don Enrique no lo había preguntado y porque siempre hay que hacerse de rogar, le dijo al despedirse que necesitaría tiempo para pensar un pago acorde con su petición. Semanas después, se había rendido ante la paciencia implacable de aquel hombre y le había hecho llegar una nota sencilla: «Puede usted visitarme cuando desee». No había tardado mucho en aparecer Hernaldo de la Marca, hombre siniestro donde los hubiera, para conocer su respuesta.

«Deseo ser libre otra vez —le dijo la mañana del día en que comenzaban los festejos en Castamar—. Libre como lo era antes de casarme con mi esposo. El marqués de Villamar es un lastre en mi vida que ya pesa demasiado».

No hicieron falta más palabras para que Hernaldo comprendiera cuál era el único modo en que ella volvería al estado de viudedad, esta vez heredando el título y obteniendo así la autonomía suficiente para controlar la riqueza que se había ganado en vida. Desde entonces, ella había cumplido lo pactado con el marqués y había ido entregando la correspondencia hasta el día de la ruptura con don Francisco. Tan solo se había guardado la última carta, aquella que ponía en jaque la reputación de su joven amante. Este pliego era sin duda el

que más deseaba don Enrique, pero ella no lo entregaría hasta que se satisficiera su pago. «Guarda siempre una baza —le aconsejaba su padre—. Recuerda, Sol, que tu belleza es un arma poderosa, pero no es eterna». Por eso se había dado prisa en ascender.

Su progenitor, un hombre adinerado de Valladolid, no le dejó a su muerte título alguno, tan solo una muy buena dote que utilizó para casarse en primeras nupcias con un escribano de la Hacienda pública, Demetrio Velarde, un hombre casi treinta años mayor que ella. Esto le había permitido a Sol entablar relaciones con la corte.

Tras la muerte natural de su primer marido, se propuso obtener un título. Había puesto los ojos sobre don Rodrigo, duque de Castañeda y Villalonga, ilustre de Cartagena que había venido a Madrid en busca de esposa y con intenciones de establecerse en la capital. ¡Qué poco se podía imaginar que aquella empresa estaría destinada al fracaso! Le había conocido en uno de los refrescos de la difunta reina María Luisa, en ausencia del rey Felipe, que seguía embarcado en la guerra contra el austriaco. ¡Ah, los hombres y sus guerras! Ella había estado con don Rodrigo toda la tarde coqueteando sutilmente. Así, al tiempo que él declaraba que durante su estancia allí se alojaba en casa de una prima suya, ella había hecho que sus dedos coincidieran al alcanzar el mismo pastelillo que tomaban con la bebida imperial. Don Rodrigo hizo de ella el centro de sus atenciones. Durante las semanas siguientes se cruzaron pequeñas notas que indicaban el interés del duque. Fue en un nuevo encuentro, en casa de la condesa de Arcos, cuando él apareció con una mujer de porte inigualable y más joven que ella, lo que amenazaba con destruir todo su plan. Llevada por las malas lenguas que le dijeron que era una posible competidora, se había acercado a él con la discreción de una dama reputada. Entonces Rodrigo las presentó:

«Mi acompañante es doña Alba de Montepardo, mi querida Sol».

«Una amiga de don Rodrigo siempre es bienvenida a nuestro pequeño grupo de amistades. Debemos admitirla sin dilación, querido mío», había dicho Sol ninguneándola al darle a entender que la recién llegada no poseía círculo de amistades propio y que debían hacerle así un favor. Deseaba rebajar su condición social para dejar claro que el acceso a don Rodrigo solo dependía de ella.

Al principio, por el gesto de extrañeza de la recién llegada, Sol supuso que había achacado aquella descortesía a un gesto torpe pero no malintencionado por su parte. El problema llegó después, cuando don Rodrigo, inocentemente,

alabó las dotes sociales de doña Alba afirmando que acapararía la atención en cuanto fuera presentada.

«Me temo que Rodrigo es demasiado exagerado con...».

«Cosa lógica, querido —había interrumpido Sol a doña Alba con la obvia intención de ignorarla—. Posee un candor especial».

Doña Alba sonrió y le indicó a su primo que debía saludar lo antes posible a la reina. Él, excusándose, partió a hacerlo, y una vez estuvo lo suficientemente alejado, Sol se había acercado a ella sonriendo.

«Discúlpeme que sea tan directa —le dijo—. Veo que tiene especial interés en don Rodrigo, pero sinceramente pierde usted el tiempo, él nunca se fijaría en una mujer como usted, y además, en confidencia le diré que ya hay otra que ocupa su corazón».

Sol esperaba su reproche, no obstante doña Alba soltó una pequeña carcajada y la miró con cierta condescendencia.

«Aun así, le diré que he oído hablar tanto sobre usted que tengo la intención de que seamos amigas toda la vida», le susurró Sol como si fuera un secreto.

«Espero que haya oído de mí solo el oídos», le dijo Alba.

«Por supuesto que así ha sido», añadió ella fingiendo aún más.

Entonces doña Alba cambió sutilmente su rictus y en sus pupilas se esbozó un matiz peligroso.

«A diferencia de usted, yo, sin embargo, no he tenido el placer de escuchar nada sobre su persona. De hecho, no sabía de su existencia hasta esta mañana por boca de mi primo, que tuvo la gentileza de acompañarme a esta reunión social con la intención de presentármela», le dijo con una voz meliflua e inalterable.

Fue en ese instante cuando Sol comprendió que aquella mujer no tenía pretensión casadera para con Rodrigo. Sonrió fingiendo normalidad, intentando evitar la confrontación que ella misma había iniciado, y le respondió que no podía entender el motivo de aquellas palabras.

«Mi querida doña Sol, claro que comprende... —la interrumpió doña Alba con un gesto delicado—. No sé por qué motivo ha creído que yo podría ser competencia suya para con mi primo. Él está ciertamente inclinado hacia su persona, pero tiene ciertas reservas, pues ha oído algunos rumores sobre usted que le han inquietado. Posiblemente por eso ha buscado mi consejo».

Supo que nada de lo que dijera entonces pararía aquel descalabro.

«Doña Alba, he debido de cometer algún error imperdonable, pues estoy deseando ser una gran amiga suya...».

«Esa pretensión no es solo suya, otros la tienen y la tuvieron ya en el pasado. Pero, sinceramente, querida, después de esta tarde dudo que mi primo vuelva a fijar en usted sus atenciones».

«Doña Alba, yo no he tenido ninguna intención», le trató de decir ella.

«Querida, querida, por supuesto que ha tenido intención, y eso es lo que lo hace más divertido —le había contestado despiadadamente—. Porque verás, amiga mía, yo soy doña Alba de Castamar, Grande entre los Grandes de España; “mi círculo” es el círculo, y el resto no son importantes».

Al día siguiente toda la aristocracia madrileña había desaparecido. Las puertas, que siempre estaban abiertas para ella, se convirtieron en bloques de piedra. Dejaron de llegar las invitaciones a refrescos y colaciones, a lecturas y meriendas de bodegón. Desesperada, acudió a un hombre que había conocido en el entierro de su primer marido, don Enrique de Arcona. Este, al contrario que el resto, la recibió en su propia casa; incluso la invitó a tomar chocolate con dulces. Allí, tratando de contener la angustia y ocultando su amargura, le había rogado al marqués que intercediera por ella frente a doña Alba, pues había oído que se conocían desde hacía mucho. Él le dijo que llevaban años distanciados, pero que por pura coincidencia sí tenía información fidedigna de lo que acaecía en Castamar. Gracias a esto podría avisarla para que, cuando doña Alba saliera de la finca, ella pudiera hacerse la encontradiza y así arreglar sus desavenencias. Ella se lo agradeció inmensamente, más de lo que había demostrado, y en cuanto subió a su berlina ordenó a su escribano que averiguase quién era el confidente del marqués. Aquella ocasión fue la primera en la que el marqués y ella colaboraron.

En los días posteriores, y pese a ser avisada en sucesivas ocasiones por don Enrique, doña Alba siempre le hacía el vacío. Pasadas ya varias semanas, desolada en el ostracismo, recibió de don Rodrigo, para su sorpresa, una tarjeta de visita para que se encontraran en los jardines del palacio del Buen Retiro. Por supuesto, había accedido de inmediato y, llevada por la desesperación, creyó que don Rodrigo le pediría la mano más allá de los consejos de su prima. Y así había sido y ella había aceptado, hasta que él dijo que su pretensión era regresar a Cartagena y abandonar Madrid, pues su fortuna estaba ya en declive y, aunque le daría una vida digna, no podía sustentar vivir en la corte. En aquel momento decidió rechazar un título y una fortuna poco cuantiosa en pro de una búsqueda superior que ahora tenía completamente velada por doña Alba.

Sin embargo, ella no era de esas mujeres sencillas y sumisas. Desde bien

joven, su padre le había inculcado la ambición de prosperar, y estaba segura de que ninguno de los dos, él desde la tumba y ella desde aquel baldaquino jaspeado, se sentía defraudado por sus progresos. Por eso había declinado el ofrecimiento de don Rodrigo, y le había importado poco que se observase que tenía más interés en su patrimonio y nobleza que en su persona. Horas después la duquesa, rodeada de amigas entre los parterres cercanos al palacio del Buen Retiro, se había reído de ella en público haciéndole saber que su primo aún poseía su inmensa fortuna y que aquella pequeña argucia solo había demostrado sus verdaderas pretensiones.

En ese instante, mientras las carcajadas desgarraban su orgullo y veía que todo su trabajo estaba ya perdido, juró vengarse de doña Alba aunque le costase la vida. Y lo había conseguido, vaya si lo había conseguido, se dijo ahora recordando cómo había cosido y descosido aquí y allá para alcanzar su objetivo. Ella y no otro había sido la artífice de la muerte de doña Alba.

La oportunidad para vengarse de esta la había encontrado al recordar que don Enrique tenía un infiltrado en Castamar. Toda su obsesión había sido saber quién era. Tiempo después su escribano, que le servía desde los tiempos de su padre, averiguó por fin que se trataba de Emilio el Zurdo, un caballero cuya misión era entrenar el caballo de don Diego como una arma mortal. No había sido fácil convencer a aquel fulano para que entrenara la montura de la duquesa en lugar de la del duque. Los planes de don Enrique tenían una fecha y no poseía tiempo para entrenar secretamente a ambos equinos. Su escribano, el Zurdo y ella fueron partícipes de un juego peligroso. De saberse, no solo ganarían en don Diego un enemigo que la destruiría sin dudar, sino también en don Enrique, que acabaría con sus vidas aún más rápido.

Así, al fin, obtuvo su recompensa y doña Alba murió. Aliviada, tras su asesinato, ella pudo recuperar su prestigio poco a poco, hasta que, pasados los años, había aparecido el viejo chocho de don Esteban, marqués de Villamar. Persuadido por sus encantos, se había desposado con ella, consiguiendo Sol al fin su ansiada posición y fortuna. «Todo es cuestión de porfiar en esta vida», se dijo ahora.

Se desperezó aspirando la fragancia robada de la almohada de Francisco mientras su mayordomo semanal se presentaba para avisarla de que tenía una visita urgente aguardando en el salón de caza, Hernaldo de la Marca. «El pago —se dijo—. Tal vez obtenga mi independencia de una vez por todas». Había estado aguardando con cierto anhelo la aparición de aquel hombre, y por eso le hizo esperar hasta que estuvo dispuesta. Después, perfectamente

arreglada, con el deseado pliego en su bocamanga, descendió de su dormitorio y entró en la estancia. El siniestro hombre del marqués la escrutó con su mirada hueca y le dedicó un saludo torpe que ella no correspondió.

—Dígale a don Enrique que he cumplido lo pactado y sigo aguardando mi pago —le espetó altanera, sin dar opción a protocolos—. Ya han pasado meses.

El secuaz esperó un poco y se acercó a ella imprudentemente. Sol aguardó, clavando los ojos en aquella mirada de cuervo, avisándole de que, de cruzar esa línea invisible que separaba a la alta aristocracia del resto, no saldría vivo de allí. Le bastaba dar una orden a su leal escribano para que aquel soldado acabara ahorcado en plaza pública.

—No es usted muy creyente —le dijo aterrador.

—Yo solo creo en mí, en el dinero y en el poder de mi estatus.

—Pues entonces no tema tanto —afirmó al tiempo que le tendía un paño de lino cubierto de manchas carmesíes—. Ya puede vestirse de luto. Un accidente en la calesa, los caballos se volvieron locos.

Sol mostró su complacencia con la noticia y, tras coger el pañuelo cruento, comprobó que en él estaban las iniciales de su ya difunto esposo. Se sintió entonces dichosa al saber que había completado una escalada y alcanzado la cima. Miró al secuaz y le dedicó una mueca de sutil satisfacción.

—Aquí tienes el arma que destruirá el prestigio de ese engreído, yo por mi parte he terminado mi relación con él —le dijo extendiendo la carta lacrada—. Puedes irte, y dile al marqués que espero no verle en mucho tiempo. Únicamente me llama para colaboraciones en las que solo gana él.

—Así se lo transmitiré.

El hombre se retiró y Sol sonrió levemente al pensar que su padre estaría orgulloso de ella. Sin darse cuenta, su mano apretaba el pañuelo como si aferrase el título, tan fuerte que las yemas de los dedos empalidecían en contraste con las salpicaduras granas.

CAPÍTULO 24

22 de enero de 1721

Clara se levantó temprano con el fin de volver a trabajar lo antes posible y no seguir pensando demasiado en la muerte de Rosalía. Además, desde la noche anterior tenía el corazón en un puño, pues aún no sabía quién era el destinatario de la cataplasma.

Antes de que comenzase a pensar los menús, don Melquíades requirió su presencia en su despacho. Allí le explicó que el motivo de llamarla era expresarle sus condolencias por la muerte de la muchacha y decirle que, aunque había ocultado su enfermedad y esto no era un acto del que pudiera vanagloriarse, comprendía el motivo que la había llevado a no contarlo.

«Señorita Belmonte, de ninguna forma voy a permitir que, con un suceso de tal gravedad sobre sus espaldas, regrese usted al trabajo», concluyó.

Clara se había visto obligada a aceptar de buen grado la preocupación de don Melquíades. Había querido preguntar por su excelencia y su estado, pero por temor a las habladurías prefirió no hacerlo. Así pasó todo el día, leyendo, descansando y pensando en la muerte de Rosalía, llorando entre tiempos, cuando la tristeza se adueñaba de ella.

Ahora, con la culpabilidad cargada a sus espaldas, caminaba hacia los fogones. Tras ordenar todo lo necesario para el día, envió por medio de una marmitona un mensaje para que Elisa bajase a las cocinas en cuanto tuviera oportunidad. De cuando en cuando, tuvo que tomarse un respiro en las alacenas para contener las lágrimas y no llorar delante de sus subalternos. Al regresar una de esas veces, más entera, se desesperó al ver que Beatriz Ulloa cortaba mal la carne de ternera sobre el tajador. Aquella muchacha la irritaba. Inculca y torpe, perdía la oportunidad de aprender un oficio tan solo porque se sabía segura bajo el ala de doña Úrsula. Se acercó y, haciendo uso de su paciencia, le tomó el cuchillo y le mostró cómo debía cortar la carne en trozos proporcionales y regulares para el guiso. Beatriz suspiró como si aquello fuera más un castigo que una lección. Clara no le prestó más atención y la dejó para completar los menús junto con Carmen del Castillo, que con el tiempo se había convertido en una mejor segunda, aprendiendo todo lo que podía.

El servicio de cocina comenzaba a preparar el desayuno de los señores

cuando Elisa asomó sonriente desde el otro lado de la puerta. Clara se dirigió hacia el descansillo con el corazón latiendo rápido y cerró la puerta de la cocina tras ella. Deseaba salir de dudas cuanto antes.

—Don Diego está bien —le dijo al instante Elisa—. Fue la señorita Castro. Unos maleantes la asaltaron..., la trajeron muy malherida. Ya no tienes que preocuparte más por tu excelencia —terminó con cierta picaresca.

Clara se sintió aliviada, aunque lamentó profundamente lo que le había sucedido a la señorita Castro.

—No es «mi» excelencia. Solo me preocupo por él. Como hacemos todos —le susurró—. Y baja la voz.

Elisa se rio de ella.

—Pues tu preocupación te ha llevado a enfrentarte a doña Úrsula, y ahora toda la servidumbre lo sabe —afirmó, tomándole la mano, con tono irónico.

Clara se tensó al escuchar aquello, pero se relajó al oír que no era la única que había tenido un encontronazo con la dueña. El propio don Melquíades había protagonizado una batalla campal en plena comida de estados. Incluso había golpeado la mesa. Dueña y mayordomo se habían retirado al despacho de él a continuar con su discusión. Algunos, los más chismosos, los siguieron tratando de no perder apunte hasta que el señor Moguer los llamó al orden para que regresaran a la mesa. Aquello le confirmó a Clara que entre don Melquíades y doña Úrsula se libraba una guerra, oculta todos esos años a los ojos de la servidumbre. De pronto, comprendió que ella había sido un revulsivo que había puesto de manifiesto su enquistada relación.

—No te imaginas cómo cambió el rostro de la dueña cuando don Melquíades dio el manotazo en la mesa con la servilleta. Se quedó de...

La doncella interrumpió su discurso y entrecerró los párpados. Sin decir nada se acercó a la puerta y la abrió suavemente. Tras ella se descubrió la figura de Beatriz, que intentaba escuchar la conversación mientras picaba unos pimientos. A Elisa le cambió el rostro y oprimió los labios hasta decolorarlos.

—¿Tú qué estás escuchando, metemueros? ¡Lárgate a husmear a otra parte! —le espetó haciendo que medio personal de la cocina desviara la vista hacia ellas.

Beatriz, que no se lo esperaba, dio un salto hacia atrás y levantó el mentón ofendida, como si fuera injusto lo que le había dicho. Se encaró con el rostro contraído:

—Yo trabajo en esta cocina. La única que no está en su sitio eres tú.

Clara se interpuso y cortó la situación de raíz enviando a Beatriz a pelar ajos y

diciendo a Elisa que sería mejor que se fuese antes de que aquello fuera a mayores.

—No te fies de esa. Cuando el diablo no tiene qué hacer mata moscas con el rabo —le dijo Elisa mirando todavía airada a Beatriz.

Clara la calmó diciéndole que se olvidase de Beatriz y su necesidad por espiarlas. Su amiga la miró y se rio marchándose por el pasillo. Sin embargo, ella no iba a dejarlo pasar. En cuanto entró en la cocina, se acercó a Beatriz y le susurró taxativa que dejara de espiar de una vez y que la acompañara. No soportaba los espíritus indolentes, abocados al fracaso antes de empezar una tarea porque no ponen en ello el esmero suficiente. Su madre le había enseñado que, si iba a hacer algo, debía hacerlo bien y tomarse el tiempo suficiente para que así fuera. Por contra, Beatriz solo lo malgastaba cortando mal cebolla y ajos, sin prestar siquiera un mínimo de atención.

La joven fue tras ella y cruzaron la cocina ante las miradas furtivas del resto del personal. En cuanto salieron al corredor acodado, Clara se giró y la miró, esperando ver algún tipo de actitud más diligente, pero solo encontró la mirada descarada de una muchacha inculta que se hacía la abanderada de un poder que no era suyo.

—Beatriz, llevas aquí ya meses y todavía no eres capaz de cortar adecuadamente en juliana —le dijo—. Es obvio que no eres una oficial de cocina, y que tan solo conseguiste el puesto por la mano de doña Úrsula con el fin de ser sus ojos en la cocina.

Ella se encogió de hombros mostrando que no tenía amor propio siquiera. Parecía que aquellas palabras, que habrían hecho sonrojarse a cualquiera, se las hubiera dicho a otro. Clara comprendió entonces que la displicencia era connatural a aquella muchacha, que debía de haber estado brincando de trabajo en trabajo sin oficio ni beneficio: una vez habría estado como doncella, otras de sollastre de cocina. Supuso que por este motivo había sido atractiva a ojos de doña Úrsula, pues era justo eso lo que buscaba para el puesto: ese espíritu sin dignidad que acatase las órdenes sin cuestionarse su sentido moral, alguien que fuera una devota seguidora de su causa con el fin de mantener una libranza y un puesto más allá de sus capacidades.

—Pues no sé hacerlo mejor, ¿qué quiere que le haga?

—Quiero que lo hagas bien.

—Pues no sé hacerlo mejor —le repitió desafiante—. Si no le gusta, puede hablar con la dueña.

Clara chascó la lengua preguntándose cómo Beatriz no era capaz de darse

cuenta de que era una marioneta en manos de doña Úrsula. Sus pobres entendederas no llegaban más lejos.

—Ambas sabemos que no te despedirá, pero, si crees que tendrás mejores referencias de doña Úrsula que cuando llegaste, estás muy equivocada. Y tampoco esperes las mías con esta actitud —le espetó en un susurro forzado.

La muchacha, con su mirada engreída, hizo un intento de ser contestataria y abrió la boca pronunciando apenas unas palabras que Clara cortó de inmediato.

—Cállate y escucha —le dijo—. Puede que un día doña Úrsula se canse de ti, o yo me harte de tu actitud y hable con don Melquíades. Puede incluso que yo me vaya y entre un nuevo jefe de cocina, y entonces ¿qué? Te expulsarían por inútil sin dudarle y doña Úrsula no tendría contemplaciones en permitirlo, porque sería absurdo mantener un indolente en el servicio de cocina cuando ya no necesita un infiltrado. ¿Qué ocurrirá cuando te veas fuera de Castamar? La que se morirá de hambre serás tú, no la dueña. Saldrás de aquí tan vacía como llegaste y habrás desperdiciado la oportunidad de aprender de mí un oficio que te dará de comer.

A Beatriz se le torció el gesto y su mirada altiva se desvaneció. La sola idea de verse fuera de la heredad la aterrorizó tanto que incluso retrocedió un paso.

—No voy a enseñarte más, cuando decidas que deseas aprender el oficio me lo dices —zanjó Clara—. Deja lo que estés haciendo y ponte a fregar, dado que eso es todo a lo que aspiras.

Se giró sin darle opción a contestar y se perdió por el pasillo. Detrás de ella se quedó la figura triste y algo descolorida de Beatriz, soportando el peso del miedo en su barbilla temblorosa, sin rastro del pavoneo que había tenido hacía solo unos instantes.

Clara, con el permiso de su excelencia y del mayordomo para tomarse el tiempo que necesitase, avisó a su segunda de que no podía continuar y regresó a su alcoba con el ánimo turbado. Tenía ya demasiada carga en su espíritu empapado de contradicciones, y la discusión con la oficial había despertado en ella un sentimiento de honda tristeza. Tampoco se sintió a salvo en su cuarto cuando cerró las cortinas de la ventana y se tumbó con la cara pegada al colchón. Estuvo recordando vivencias amargas del pasado. La pobreza extrema con la que habían vivido comiendo solo patatas, iguales a las que se daban al ganado y que años atrás sorprendían a su padre al verlas en la olla podrida. Sintió la lejanía de su madre viajando tal vez a Roma, a los Estados Pontificios, y la nostalgia de sus consejos. Después se acordó de su hermana

Elvira, que en los tiempos de más hambruna se había desvivido por ella guiándola como un lazarillo, soportando sus frustraciones en silencio. Tras ella surgió el fantasma de Rosalía, con el rostro macilento y sus ojitos huecos, mirándola con el cuello partido desde el frío patio de descarga.

Clara se giró sobre la almohada y continuó navegando en su memoria hasta que el sueño la visitó en silencio y se adueñó de su cuerpo. El último de los pensamientos que tuvo llegó cargado de esas imágenes sencillas y potentes que tanto l e habían arrebatado el aliento en los últimos días: don Diego se acercaba a ella y le levantaba el mentón suavemente con el fin de enjugarle las lágrimas con un pañuelo de lino que, como siempre, desprendía su fragancia esencial a alhucema.

Mismo día, 22 de enero de 1721

Amelia se despertó al percibir un latigazo de dolor entre las costillas, tan agudo que le arrebató el aliento de inmediato. Se sintió perdida, incapaz de ubicarse, y un terror intenso se adueñó de su alma. Trató de hablar, pero tenía la lengua hinchada como un trozo de metal y apenas pudo gorgotear. Se movió un poco, hasta que comprendió que descansaba bajo unas suaves sábanas de lino y que, por los sonidos, había alguien a su cuidado. Trató de abrir los párpados, sintiéndose encerrada en su cuerpo dolorido, pero le fue imposible. Un dolor lacerante le recorría el rostro y comprobó que su ojo izquierdo era un sillar de granito, latiendo y completamente cerrado. El derecho logró abrirlo con una punzada hiriente.

Distinguió a dos figuras manchadas que se habían acercado a ella al ver que había tomado consciencia. Al sentirlas acercarse volvieron las imágenes y el terror de lo que había acontecido cuando el cochero, en plena noche de regreso a su casa tras verse con el marqués, detuvo los caballos y salió corriendo. A ella no le había dado tiempo a entender qué ocurría cuando un hombre encapuchado que desprendía un olor a sudor podrido le golpeó con los nudillos rocosos en la cara. El impacto fue tal que solo percibió cómo su cabeza se volteaba con un crujido y perdía el conocimiento. Cuando despertó la estaban sacando del coche a rastras, tirando de ella por los cabellos como si fuera una pieza de ganado. La estrellaron contra el barro y bajo la lluvia. Aterrorizada, había intentado escapar resbalando por el lodazal hasta que, tropezando, cayó sobre el cuerpo rígido e inerte de un hombre negro. Había chillado de horror, pensando que la forzarían y después abandonarían su cuerpo sin vida junto con el de un bozal muerto. Trató de levantarse de nuevo y, escurriéndose con su propia falda, había caído de bruces. Una bota le

golpeó las costillas. Tendida en el suelo, hecha un ovillo y gritando de pánico, la habían molido a golpes con estacas gruesas durante un tiempo eterno, hasta que sus gritos se ahogaron bajo la sensación completa del dolor. Justo cuando su conciencia estaba tan paralizada como su cuerpo, el más fuerte de ellos, que parecía el líder, se acercó a ella desenvainando un cuchillo y anunció que había llegado la hora de su muerte. Entonces, tirándole de los pelos, sacó su cabeza de entre el barro y le rajó el rostro, marcándole la mejilla derecha.

Al recordarlo levantó la mano con sumo esfuerzo e intentó alcanzar la mejilla. Una de las figuras borrosas la detuvo y, con voz an ciana, le dijo que no debía tocarse, pues la herida podía infectarse y sería peor.

—Soy el doctor Evaristo —dijo—. Se encuentra usted en buenas manos.

Comenzó a llorar a trompicones, desbordada, al comprender que había perdido la hermosura de su rostro, que sería una paria social a la que todo el mundo compadecería. Se sintió tan desvalida como si continuara en aquel barro, justo cuando aquel hombre bestializado la había volteado para abandonarla tendida boca arriba con el rostro tan rajado como el alma. Su maltrecho espíritu servía ahora como alimento de un festín de hienas. Había caído del desprestigio del conde de Guadalmin a la crueldad de don Enrique , que durante aquellos meses la había obligado a mantener relaciones. No tuvo fuerzas siquiera para insultarle...

Dedujo ya que estaba de vuelta en Castamar, en alguna de las habitaciones de invitados. Como siempre, no tenía ninguna prueba de que su asalto lo hubiese provocado don Enrique, pero bastaba saber que estaba en la hacienda de don Diego para sospecharlo. Deducía que aquella obsesión por conseguir que ella se desposara con el duque solo podía conducir al desprestigio de este. Seguramente deseaba utilizar de alguna forma su honra marchita contra don Diego después de prometerse. Aun así, quedaba fuera de su esfera saber qué impulsaba al marqués a hacer todo esto.

Abrió la boca y pidió un poco de agua. El anciano doctor, que lucía una peluca corta y empolvada, la ayudó a beber mientras indicaba a la segunda figura, una muchacha del servicio, que avisara a don Gabriel para que viniera.

—No quiero... que nadie me vea... en este estado —logró decir.

—Lamento desilusionarla, señorita Amelia, pero la tra jeron en peores condiciones que las actuales. No será nuevo para ellos —le dijo—. Lleva en ese estado de duermevela cerca de dos días y, gracias a Dios, hoy la fiebre ha desaparecido por completo.

—¿Quién me... trajo... hasta aquí? ¿Fue... don Diego?

—No, señorita, fue don Gabriel, y de no haber sido por él dudo que estuviera viva.

Mientras le tomaba el pulso y la temperatura, la figura del doctor comenzó a aclararse. El hombre dejó su muñeca sobre la cama, recogió su pequeño cartapacio y se dirigió hacia la salida indicándole que ahora tenía que descansar y dejar que la naturaleza hiciera el resto. Al cruzar el umbral, ella pudo oír la voz del hermano de don Diego preguntando por su estado. Se quedó callada soportando las lágrimas, sin comprender cómo le debía la vida a un negro, a un paria entre los señores, hermanastro de un Grande de España, un apellido que solo era capaz de mantener dentro de los límites de Castamar. Le pareció que la vida era una ironía siniestra, pues ella ahora era tan paria como él. La invitarían a las colaciones casi como un acto benéfico, y al acabar el día no habría hombre de posición que quisiera casarse con ella.

Cuando don Gabriel penetró en la sala, a pesar de que fuera un negro ella sintió vergüenza de que pudiera verla con aquel aspecto, con los ojos hinchados y amoratados, con el corte cosido en la mejilla derecha.

—No debe avergonzarse, señorita Castro —le dijo amablemente—. Tiene que guardar el mayor reposo posible. Está usted segura. Ya se han puesto en conocimiento de los alcaldes de Casa y Corte los sucesos con el fin de que den con los criminales.

Ella intentó sonreír, pero solo consiguió una mueca con su cara inflamada. Pudo susurrar un «gracias», tratando de hacerle entender el sentimiento que la invadía al saber que había sido él quien le había salvado la vida.

—Lo que debe hacer es descansar —le dijo él—. Es todavía de mañana y le vendrá bien un sueño antes de almorzar.

Al ver la sencillez con la que había recibido su agradecimiento, Amelia recordó que ella era parte de la malicia con la que el marqués operaba contra Castamar. Quiso deshacerse de todo, sin valorar las consecuencias para su madre y para ella, pero el terror era tan profundo que solo consiguió que sus lágrimas le encharcaran los párpados. Sintió una punzada lacerante en los iris.

—Yo... —balbuceó con mucho esfuerzo.

—No, por favor, no se fuerce.

Don Gabriel le aseguró que nada le faltaría allí y que estaba en buenas manos con el doctor Evaristo. Se dirigió hacia la puerta con el fin de no molestarla más, y Amelia sintió pánico a quedarse sola otra vez. Se arrebujó entre las sábanas pese al dolor que esto le producía en las costillas y, con los ojos empañados, llevada por su angustia, le pidió que esperase unos momentos.

—Deseo... hacerle una... petición... inusual —dijo.

—Lo que necesite, señorita Castro.

—¿Le importaría... quedarse a... mi lado y... cogermela mano?

—Por supuesto —respondió él sin más—. Con su permiso, me tomaré la licencia de acercar la silla a la cama.

Tenía un tacto firme y suave, y los dedos anchos y poderosos. No le importó que fuera negro, ni si tenía o no autonomía para dirigirse a sí mismo; solo deseaba que aquella mano no la soltase nunca.

—Debo confesarle... que estoy... aterrorizada.

—Duerma usted tranquila, no le pasará nada. No mientras yo esté aquí.

Se quedó amarrada a la mano de don Gabriel, como una náufraga que se aferra al bote salvavidas que es su última posibilidad de sobrevivir ante la tempestad, mientras él le sonreía amablemente con el fin de reconfortarla. Tuvo un sueño pacífico, salvo alguna ocasión en que se movió agitada por la imagen esporádica del hombre corpulento que le había destrozado su belleza.

Cuando se despertó era ya mediodía. Don Gabriel se había quedado dormido junto a ella y seguía aferrando su mano. Amelia le miró y se dijo que sus rasgos, más finos de lo habitual en su raza, el mentón fuerte, sus ojos penetrantes y profundos, el cabello corto y rizado y sus labios casi dibujados le conferían una belleza delicada. Llamaron a la puerta y don Gabriel abrió los ojos de inmediato encontrándose con los suyos. Ella sintió un rubor que solo hubiera experimentado con un caballero, y separó abruptamente su mano de la de él.

—Disculpe que me haya quedado traspuesto —le dijo mientras se incorporaba.

Se sintió estúpida por haber provocado aquella situación. Estaba ensimismada mirando su rostro, que de pronto le había parecido hermoso, y al retirar la mano sobresaltada, él había notado su rechazo. Había sido injusta con el hombre que menos lo merecía, y cuando él dio la orden de que pasaran y le sirvieran el consumado de ave, pan de trigo y una pieza de pichón asada, se sintió inclinada a rogarle que no se fuera con el fin de disculparse.

Rezó para que la doncella se retirase lo antes posible, pues a la vez se sentía incapaz de pedirle públicamente que se quedara. Deseaba, en todo caso, cierta intimidad para que entre la servidumbre no se extendiese el rumor de que Amelia Castro le había rogado a un hombre negro que permaneciera junto a ella. No dijo nada y él se despidió como un caballero, como exigía su educación, y ella se sumió en cierto desasosiego. Comió y volvió a descansar

ansiendo que, antes de que terminase el día, don Gabriel regresara para poder dedicarle unas disculpas. Lamentablemente, no lo hizo. Antes de conciliar el sueño, se armó de valor para que los destellos de la chimenea no le recordasen demasiado a la penumbra que guarecía la berlina y a los latigazos que caían del cielo la noche en que su vida y su rostro habían quedado marcados para siempre.

CAPÍTULO 25

23 de enero de 1721

Tras el último enfrentamiento con doña Úrsula, Melquíades tardó dos días en decidirse. La dueña le había acechado como un búho para ver si su sublevación frente a la servidumbre se iba a quedar solo en eso o, por el contrario, iba a ser el principio de un cambio en Castamar. Después de una batalla interna, con el pasado de granito sobre sus hombros, él adoptó la resolución de no seguir viviendo en la más absoluta indignidad. Lo más curioso del asunto es que, cuando por fin tomó esta decisión, se operó un cambio en su interior, uno que le había hecho mantener la cabeza alta mientras caminaba hacia el salón donde el duque había retomado su antigua costumbre de tocar el clavicémbalo.

Por supuesto hacía ya años que se arrepentía de lo que había hecho; sobre todo, de traicionar a un hombre tan honorable como don Diego. Se había justificado muchas veces aludiendo a que eran tiempos de guerra. Sin embargo, con el transcurrir de la vida, sus actos se habían convertido en una losa de mármol sobre su conciencia, más allá de la extorsión a la que le había sometido doña Úrsula. No le disgustaba haber combatido por los intereses de Cataluña, pero no al precio de engañar a su señor. Debería haber abandonado Castamar y unirse a la lucha. Pero él nunca había sido de ánimo belicoso y, en cualquier caso, no era comparable la lealtad hacia el actual emperador con la que predicaba a don Diego. Por eso ahora, con su decisión de revelar su secreto al duque, su espíritu castigado y hastiado de dolor se sentía algo aliviado; como si al rescatar la dignidad característica de los Elquiza recuperase cierto control momentáneo de su vida. No le había importado que alguno de los espías de doña Úrsula se apresurase a avisarla. Para ella también era cuestión de tiempo que su reinado se terminara, en cuanto él fuera expulsado habría un nuevo mayordomo al que no podría chantajear. Con el rostro empapado en sudor, Melquíades recorrió la galería por la que se descolgaban las notas musicales del teclado. Se acercó hasta la puerta, esperó a que el duque acabase la pieza y solo entonces pidió permiso para personarse. Entró en cuanto oyó la voz de su señor permitiéndole el paso.

—Buenos días, excelencia, desearía tratar un asunto en privado en cuanto fuera un buen momento para usted —le rogó.

Don Diego se levantó con su mejor sonrisa y le dijo que aquel instante era tan bueno como cualquier otro. El mayordomo penetró en la sala con una pequeña inclinación de cabeza y, justo antes de que pudiera hablar, sonaron dos golpes en la puerta. Conocía de sobra aquella forma de llamar contundente y sobria. Doña Úrsula apareció en el umbral con el resuello tomado por la carrera que, imaginaba, se había dado para llegar a tiempo.

—Excelencia —dijo la gobernanta sin dudarlo —, desearía tener una conversación a solas con usted a lo largo de la mañana.

Fue entonces cuando el entrecejo de don Diego se hilvanó un poco, sospechando que estaba pasando algo grave cuando los dos miembros del bureo principal de la servidumbre tenían que tratar asuntos privados. Melquíades se peinó el bigote, como siempre, y crispó los puños. No había llegado hasta allí para ver cómo doña Úrsula manejaba aquel asunto a sus espaldas y, antes de que desapareciera por la puerta, intervino:

—Si a su excelencia no le importa, preferiría tratar mi asunto delante de doña Úrsula, pues también le compete.

Don Diego asintió más extrañado aún. Doña Úrsula fingía un gesto de compungida tristeza, sabedora de que la verdad también le haría algo de daño, pues llevaba demasiados años en silencio. Melquíades levantó la barbilla, mientras intentaba contener la respiración descontrolada, y miró al duque.

—Sé que con las palabras que le voy a decir habré decepcionado a su señoría tal vez para toda la vida, y comprenderé que no desee tenerme más en Castamar.

—Dios santo, señor Elquiza, no imagino qué puede ser tan grave.

Tragó saliva mientras cruzaba una mirada tensa con doña Úrsula, que le miraba con un hielo cargado de desprecio. Volvió a centrarse en don Diego, que seguía expectante. Sus próximas frases sellarían para siempre su futuro.

—Excelencia, durante la guerra aproveché mi posición dentro de Castamar para robar secretos de su señoría para el bando austracista. La señora Berenguer encontró hace años las notas que tenía guardadas que prueban tal cosa. Su presencia aquí no responde más que a mostrárselas, para mi vergüenza —le dijo sin detenerse.

Don Diego le miró con la cabeza ladeada y el gesto torvo, al conocer la traición del que consideraba un fiel servidor, alguien de su familia. Incrédulo, apretó los labios hasta decolorarlos y los puños hasta que la sangre dejó de fluir en sus nudillos. Melquíades inclinó la cabeza hasta que su papada se plegó sobre su pecho.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el duque acercándose a él.

Melquíades pudo sentir cómo su respiración exhalaba la decepción a la que le había sometido. Alzó la vista para ver a don Diego enervado, como si su figura hubiera crecido de pronto hasta convertirse en uno de los titanes de Hesíodo.

—Fui partidario del emperador Carlos, excelencia. Aunque, obviamente, después de que abandonara al pueblo catalán como lo hizo, ya no...

—¡¡Silencio!! —bramó como un animal herido, de tal forma que hasta doña Úrsula dio un paso atrás—. Usted me ha... ¿traicionado? —continuó mientras sus ojos se enrojecían, acuosos, como si la ira impidiera que se desprendieran las lágrimas de la decepción—. La lealtad de mi casa hacia usted ha sido incuestionable y... ¿me lo ha pagado de esta forma?

Pese a su corpulencia, Melquíades se hizo pequeño, como si la vergüenza le hubiera terminado por convertir en un ser despreciable, carente de honor y palabra. No podía alegar nada, no podía discutir la acusación de don Diego, tan solo podía aceptar su expulsión o un peor destino con la mayor de las deshonras. Ciertamente, él había sido el depositario de la confianza de toda la familia, y ahora las palabras se le agolpaban como una cascada apresurada impidiéndole siquiera hablar, como si fueran un dogal que le impedía tragar su traición, aquel acto deleznable que le acompañaría por siempre. Con una fuerza atroz, don Diego golpeó la bandeja del desayuno y la estrelló contra la pared con una furia descontrolada, y después, con una mirada salvaje, se acercó hasta él con el dedo en alto. Doña Úrsula retrocedió otro paso, sorprendida ante el impacto que había resonado por toda la estancia.

—¡Vergüenza! ¡No le reconozco, no sé quién es! ¡No sé por qué está en mi casa! Si fuera usted mi igual, le retaría aquí mismo. ¡¡Fuera!!

El duque clavó sus iris brillantes sobre sus acobardados ojos, y un silencio acerado cargado de sentimientos defraudados e incredulidad inundó la sala. A Melquíades se le empañaron los ojos y cada lágrima le abrió heridas lacerantes en el alma, tratando de rogar un perdón que sabía no merecía. Don Diego se alejó de golpe, caminando en círculos erráticos, sin saber qué más decir.

—Sí, excelencia. Abandonaré Casta...

—¡Usted no hará nada! —chilló de nuevo aproximándose otra vez con su jauría detrás de él—. ¡¡Usted no es nada!! ¡No puede respirar si yo no lo ordeno! ¡No puede pensar si no lo ordeno! ¡No puede irse hasta que yo lo ordene! ¡Fuera de mi vista!

Y golpeó con la palma abierta la mesa haciendo que doña Úrsula se estremeciera ante su violencia. Melquíades apenas la miró cuando se despidió y salió por la puerta sabiendo que había dejado tras de sí una parte de su dignidad y de su honra, una que ya no podría recuperar jamás. Sabía que la dueña fingiría consternación en cuanto el duque le pidiera explicaciones de por qué había tardado tanto tiempo en informarle. Astuta como un zorro, antes de separarse de la puerta, Melquíades pudo oír cómo explicaba al señor que siempre había querido ahorrarle el sufrimiento de conocer una verdad tan dolorosa. Sin embargo, con el paso de los años se le había antojado insoportable.

Melquíades anduvo unos pasos alejándose por la galería sin saber adónde ir, como un pecio a la deriva. Mientras, al otro lado de la tabiquería, se oían los gruñidos de un iracundo don Diego descabalgando ahora sobre doña Úrsula toda su decepción.

—¡Usted no puede decidir esto, usted se debe a mí! —le chilló.

—Sí, excelencia. Le pido perdón por mi falta de juicio en este asunto.

—¡Fuera! —gritó justo cuando Melquíades llegaba a la esquina de la galería.

Entonces vio cómo doña Úrsula salía del salón, y desde el umbral de la puerta, ya cerrada, le clavaba una mirada henchida de orgullo, una que le decía que al contrario de lo que él creía, ahora comenzaba su verdadero reinado. Melquíades supo que se convertiría en una gobernanta implacable, retrasando todo lo posible la entrada de un nuevo mayordomo, evitando que los semanarios pudieran ascender a un puesto por encima de su estatus. Retardaría todo lo que pudiese aquel evento, hasta que un día el propio don Diego, al ver que la hacienda seguía funcionando con una normalidad aplastante, juzgase que no era necesario un mayordomo mayor, tratando tal vez de evitar una nueva situación de decepción.

Melquíades levantó el mentón, aceptando su derrota como quien cambia de manos la llave de la ciudad ante la imposibilidad de mantenerla. Aquel asedio había durado ya demasiados años, y él tal vez con el tiempo pudiera llegar a olvidar esta etapa negra de su vida. Se reprobó seguir admirando el carácter fuerte y eficaz de su enemiga, diciéndose que aquella mujer no conocería nunca el amor ni la calidez que pudiera darle otra alma humana. A veces se había descubierto imaginando cómo habrían sido aquellos diez años en Castamar si ella hubiera tenido otro temperamento. Incluso ahora, en la más absoluta derrota, no podía dejar de recrear a otra doña Úrsula sin aquel resentimiento que tenía de la vida, otra más amable y complaciente. «No seas

estúpido —se espetó—. Es mejor olvidar todo lo que esta mujer te ha traído». Debía irse cuanto más lejos mejor, seguramente a su tierra, a su amada Cataluña.

Allí había vivido su infancia entera al cuidado de su tío y en compañía de sus primos. Su padre, siendo él un lactante de apenas un año y con su hermana todavía en la barriga de su madre, había partido hacia Madrid con el fin de prosperar en la capital. Doce años después, su padre era el mayordomo de Castamar y él abandonaba Cataluña junto con su madre y su hermana menor, Ángeles, para reencontrarse con él. Desde entonces no había vuelto y tal vez era hora de regresar. Con sus ahorros podría montar un pequeño negocio, una panadería quizá, con el que salir adelante. Aquel sueño se le antojaba inalcanzable. Bien sabía él que, si su fama de traidor se extendía, viviría en la más absoluta miseria. Por eso, mientras cruzaba aquella mirada con su enemiga, le decía con la suya que ojalá, pese a sus expectativas, pudiera ver cómo un mayordomo volvía a poner en orden la jerarquía de aquella hacienda. Ella le respondió con el hielo de su victoria hasta que se marchó y desapareció por el corredor, dejándole allí como si no fuera más que uno de los rostros pintados que colgaban de la pared.

Se recluyó en su alcoba como si fuese un prisionero, consciente de que los días se harían más largos y las noches más solitarias a la espera de la resolución de su señoría. Ahora, con la guerra finalizada, ya no temía acabar frente a un pelotón de fusilamiento, pero tal vez el duque terminase por decretar su destierro de España por traición a su casa, o incluso algo peor. Fuera como fuese, él ya solo estaba en manos de Dios y de su excelencia, y pese al miedo que le producía su situación, pese a tener el estómago encogido y las entrañas llenas de piedras, sentía que se había descolgado de sus hombros un fardo repleto de pasados. Se preparó para abandonar Castamar y recogió sus pertenencias, sus ahorros, y dejó espacio para su mayor tesoro, los cuadernillos de pastas duras donde había ido apuntando el día a día de la heredad como si fueran un cuaderno de bitácora. Tendría que recogerlos cuando don Diego lo permitiera o, con un poco de suerte, pedir a su sobrino que los guardase por él. Sabía que este pronto se enteraría de la traición y tal vez vendría decepcionado a repudiarle, o quizá no desease verle más. Doña Úrsula estaría preparada, diligente para difundir su traición quizá en la comida de estados, con toda la servidumbre reunida.

Sin embargo, pasó toda la mañana y no vino nadie, ni siquiera con la comida de ese día ni con la cena. Decidido al menos a no morir de hambre, se dirigió

a una de las quintas cercanas a Castamar. No fue hasta el día siguiente, a la hora de comer, que apareció la propia Clara Belmonte con una bandeja. Se excusó por no haber aparecido el día anterior, afirmando que doña Úrsula había informado de la situación solo a los jefes de dependencia, excluyéndola a sabiendas. Había sido el señor Casona, el jefe de jardinería, el que le había terminado por contar todo.

—No debe preocuparse —le dijo él—. Bajé a la pequeña taberna del camino de Boadilla.

Clara Belmonte se había mostrado inflexible, dando por sentado que, mientras ella fuera la jefe de cocina, él tendría sus comidas diarias y lo que necesitase, pese a doña Úrsula. Había sido un ingenuo al pensar que la dueña haría público el motivo de su caída en desgracia. Había sido mucho más insidiosa, permitiendo que el rumor se extendiera solo, de forma que nadie pudiera expresar solidaridad con su situación. Ella ya había dejado claro que nadie debía visitarle, si bien la señorita Belmonte había transgredido la orden. Según afirmó esta, lo había hecho saber por medio de una nota, para que constara que no dejaría de venir a verle mientras estuviera en esta situación. Imaginó el rostro de la dueña con las mejillas encendidas por la ira. No se hacía una idea Clara Belmonte de cuánto se había ganado su corazón con aquel acto. Según sus propias palabras, le apenaba mucho su situación y más aún que dejara de ser el mayordomo de Castamar. Él le intentó explicar estúpidamente el motivo de su traición al duque, pues había obrado en conciencia y desde el final de la guerra solo había sentido un profundo arrepentimiento. Ella le escuchó amablemente y le contestó con un dicho de su madre: «Estos casos siempre son una buena oportunidad para el perdón».

Tras la visita de la señorita Belmonte, terminó de comer un caldo suntuoso que acompañaba una gallina en pepitoria, macerada con huevo hervido en su punto. Le supo a gloria untar el pan de trigo en la salsa desleída. Al terminar de comer, cuando componía un bodegón inconsciente dejando la cuchara sobre el plato, entre las migas de la masa madre de la hogaza y el vaso de vino apurado, la puerta se abrió de golpe. Sin que hubiera mediado una llamada, Roberto entró furibundo y caminó en círculos, nervioso, con los ojos desencajados, llevándose las manos a la cabeza y despeinándose.

—¿Es cierto, tío? —le preguntaba sin cesar.

Melquíades, como si fuera un cuadro de Zurbarán, con la luz del mediodía bañando aún la composición de la que formaba parte, trató de hacerle entender que habían sido tiempos de guerra. Pero a su sobrino solo le

interesaba saber si las palabras que había oído de boca de doña Úrsula eran ciertas. Dejó de dar explicaciones y se lo confirmó. El muchacho, completamente aterrorizado, le miró incrédulo.

—Dios mío, Dios mío —dijo con los puños crispados—. Tanta enseñanza, tanta anticipación, tanta corrección y modales, ¿para qué? ¿Para qué me ha estado enseñando?

—Eres mi sobrino, te estaba preparando para...

—No. No se atreva a decir eso. Ha guardado el secreto... hasta ahora. Ni madre ni yo sabíamos nada.

—Somos catalanes...

—¡Me da lo mismo! No lo entiende, ¿verdad? Ni yo ni mi madre encontraremos trabajo, seremos unos parias. Nadie en España contratará al sobrino del traidor de Castamar. Basta con que el señor nos expulse para que vivamos para siempre en la indigencia.

Su sobrino, lleno de decepción, como si con la verdad sobre su pasado hubiera cubierto su figura algo idealizada por un barro espeso y negro, se quedó mirándole con los ojos llenos de incompreensión. Melquíades se acercó, intentando serenar su angustia, y depositó la mano sobre el hombro del muchacho.

—Su excelencia no te culpará... —le dijo al fin.

—Lo hará, y si no él, el resto del mundo sí, tío.

—Don Diego nunca te echará por mis faltas —trató de calmarle—, solo lo haría por las tuyas. Le conozco desde que...

—Usted ha traído la deshonra a toda la familia. Tengo que decírselo al duque. Tengo que encontrar la ocasión de decirle que yo he sido traicionado tanto como él.

Intentó disuadirle, hacerle entender que era mejor no hablar con don Diego en aquellos momentos de tormenta. Su sobrino no quiso escucharle más, y tras terminar su frase se dirigió a la puerta y la cerró de golpe. Entonces Melquíades sintió que la soledad, que se había quedado flotando como una bruma espesa e invisible, se instalaría en su vida durante muchos años.

Mismo día, 23 de enero de 1721

Enrique amaneció de un humor espléndido y por eso prefirió desayunar en la cama, como hacía antes, cuando no tenía la cabeza llena de planes fallidos. Se había desplazado en un viaje de dos días hasta su finca de Soto de Navamedina, situada en la cuenca alta del Manzanares. Después de tomar un par de huevos pasados por agua y chocolate amargo, atendió el correo. La

mayoría eran tarjetas de invitación a colaciones, refrescos y alguna lectura aburrida. Tan solo hubo una mal escrita, de Hernaldo, a la que prestó atención. Al parecer, unos porteadores de viandas que subían a la hacienda del duque le habían informado a cambio de unos reales de que la señorita Amelia estaba en cama y recibía las constantes atenciones del médico y, lo más sorprendente, del negro.

Ni siquiera había contemplado la posibilidad de que la señorita Castro terminase seduciendo a ese bozal inmundo, pero al hacerlo se dijo que sería tan adecuado para sus planes como que sedujera al propio don Diego. Tras acicalarse, salió a cabalgar por la vega del arroyo de Valdeurraca, para más tarde practicar el tiro con pistola, algo que solía hacer hasta tres veces por semana. Era considerado uno de los mejores tiradores de Madrid. Con una pistola de duelo, bien cebada y calibrada, podía acertar en un blanco a veinte pasos sin problema. Y este era precisamente el fin que le esperaba al valiente don Diego, no sin antes perder todo su prestigio y honorabilidad. El duque le había arrebatado su más preciado tesoro, posiblemente lo único que había amado en su vida, y al perderlo hizo de él un hombre despiadado. Recordaba bien las largas horas de verano en su finca, cuando la guerra aún estaba por decidir en los primeros años y él recibía a su queridísima Alba con su mejor sonrisa. La había conocido en un refresco en la casa del duque de Medina Sidonia y, desde la primera vez que la vio, habían sentido el uno por el otro esa inclinación que los hacía estar juntos susurrándose confidencias. A ella le encantaba opinar sobre los asuntos de la corte, había nacido para vivir en una armonía hedonista; amaba la música, la poesía, el arte y, por supuesto, hacía gala siempre de una educación exquisita, imprescindible para interpretar la realidad. A él le fascinaba aquella elegancia, la capacidad de cuidar cada detalle, cada gesto. No pasaba un día sin que echase de menos su perfume a lavanda y a ligo de hierbabuena. ¡Cómo olvidar su sonrisa conquistadora y sus ojos poderosos, que le miraban a uno hasta escrutarle el alma!

Chasqueó la lengua mientras su armero cebaba la pistola y él comprobaba la fuerza del viento que desviaría el proyectil. Pese a ser capaz de calcular y anticipar la naturaleza humana, nunca pudo vislumbrar cómo Alba se le escurrió de las manos como una brisa fresca de mañana. Al recordar cuán ingenuo había sido, mientras apuntaba a la diana sobre el castaño, se dijo que no debería haber sido tan paciente.

Una tarde de verano ella, como era su costumbre, le había invitado a chocolate para informarle de los últimos acontecimientos sociales, que

conocía mucho antes de que aparecieran en la *Gaceta de Madrid*. Con su gracia natural, había bromeado aludiendo a que, cada vez que él entraba en la corte, arrebatava los corazones de todas las damas. Él, con sutileza, le dejó caer que podía haber una por la que se sentía inclinado, y ella, casi de inmediato, afirmó que a ella le podía suceder lo mismo hacia un caballero. En aquel momento, mientras contemplaba el azul del mar en sus ojos brillantes, se sintió muy dichoso. Siempre había intuido que él era el elegido de su corazón. Ella se había reído con su natural frescura cuando él le pidió que le susurrara el nombre al oído.

«Hace trampa, es su turno», dijo ella desplegando su abanico. «Lo sé, pero empecé yo. Justo es que dé usted este paso», le respondió él. Ella, entonces, con su sonrisa impecable, se había acercado a su oreja. «¿Me guardará el secreto?», le preguntó con sus labios rozándole el lóbulo. En ese instante, con el cabello erizado, había tenido una necesidad imperativa de hacerla suya sobre la alfombra árabe del salón. Cómo la deseaba. Asintió y sonrió, esperando que ella dijera: «Usted, mi querido marqués, es usted el que me ha arrebatado el corazón».

«Don Diego de Castamar —dijo sin embargo—. Mañana se anunciará la ceremonia y el festejo para dentro de unos meses. ¡Reconozca que le he dado una primicia!».

Él había sonreído fingidamente, tanto como sus artes de mascarada le permitían, y se dijo que en los días venideros se preguntaría cómo se había dejado velar tanto por su propia razón, siempre tan fría. Cada vez que los ojos azules de Alba de Montepardo le miraron; cada vez que posó su delicada muñeca sobre su antebrazo; cada vez que le acarició el cabello alborotándosele; cada vez que se rio espontáneamente, retirándole un resto de crema azucarada de la comisura de los labios; cada vez que bailaron juntos; cada vez que se quedaron atrapados en un silencio único, sin poder apenas suspirar un momento, él se había engañado. Por eso, en aquella ocasión se negó a revelar el nombre de su amada, y tras despedirla pasó cuatro noches sin dormir pensando en volarle la cabeza a don Diego sin dilación.

Pero se conocía a sí mismo y él no era un hombre de impulsos. Ella, además, ya había elegido. Por eso, tras la boda —a la que no asistió pese a ser invitado— tuvo su último encuentro con Alba. Allí, bajo la luz del atardecer, quiso dilucidar si era un completo ingenuo o, por el contrario, había visto reflejos de algo real. Cuando Alba entró en su salón con su sonrisa de casada, algo murió en su alma, algo que nunca más regresaría a él. Otro pedazo de

humanidad, uno de los últimos, que a lo largo del camino de la vida fue perdiendo a jirones. Se excusó por no haber podido ir al enlace aludiendo a los quehaceres de la guerra. Ella, sin ocultar cierto enfado por no haberle tenido allí, había detectado la mentira entre sus labios.

«Es usted uno de los hombres más allegados a mi corazón y merezco saber el motivo real de su ausencia —afirmó categórica—. Dígame, ¿no desea ya usted mi amistad? ¿Le he desagradado yo en algo?».

«En absoluto, querida doña Alba. Usted no podría».

«¿Entonces dígame qué es! Ha dejado de visitarme, y tampoco contesta a mis cartas. Me tiene desolada... Es usted mi mejor amigo y ni siquiera ha venido a mi boda ni ha presentado sus respetos a mi marido».

Tenía que reconocer que la forma imperiosa en la que le acusaba le había hecho enamorarse aún más de ella. Tragó saliva antes de contestar, y sin poder afirmar directamente que la amaba, trató de explicar por qué le había hecho venir aquel día.

«No creo que pueda verla más, doña Alba».

«No le entiendo —dijo ella aproximándose a él y tomándole de la mano—. Don Enrique, dígame la verdad. ¿En qué le he ofendido? Necesito la verdad, y así lo podré entender».

«Me temo que me resulta muy doloroso verla...».

No supo si la reacción de Alba fue fingida o si se esperaba aquello. Lo cierto es que, disimulada o no, su reacción fue de extrañeza, y él supo que aquella mirada se le grabaría por siempre en el alma. Incluso ahora, después de dieciséis años, le resultaba imposible olvidar el brillo de sus ojos azules, aturquesados por el color de aquella tarde. Guardó silencio y ella, con su dulzura habitual, se acercó hasta él y depositó la mano sobre su mejilla. Él la escrutó deseando que esa mano no se despegara jamás de su rostro.

«¿Por qué le duele verme si nunca antes le ocurrió tal cosa?», le susurró.

«Antes no estaba usted casada», le confesó.

Alba le miró comprendiendo que su alma era de ella, que su sangre, sus órganos, su voluntad y cada suspiro de aire eran de ella, y que, si le correspondía, no habría nadie en la tierra capaz de separarlos.

«Don Enrique...», dijo abrumada.

Así, como tantas otras veces, sus ojos se quedaron anclados en los del otro. Él se acercó un poco y ella, con los ojos brillantes, giró su rostro hacia él. Con tanta suavidad como cuando ella le rozaba el lóbulo de la oreja al hacerle una confidencia, depositó sus labios sobre los de ella. Alba abrió apenas los

suyos hasta que sus lenguas se rozaron tímidamente. Entonces, llevado por los meses de espera, la tomó de la cintura y la besó con pasión. Ella gimió un poco y se dejó arrastrar, como si hubiera estado guardando su pasión tanto como él. Aquellos segundos de gloria se cortaron en seco cuando ella se separó de él. Supo, al oír su voz diciendo que no, que eso sería todo lo que tendría de Alba de Castamar. Se giró sin darle opción a más y se dirigió hacia la puerta. Él se interpuso delicadamente.

«No se vaya. Usted siente algo por mí».

«Don Enrique, no lo haga, por favor».

«Si me lo dijera, yo movería el mundo para tenerla. No habría nada...».

«Don Enrique... —le interrumpió—. Mi inclinación hacia usted no sería más que un romance deshonesto para ambos».

«No me importa si la tengo a mi lado».

«Pero a mí sí».

Se extendió un silencio algo tenso y de nuevo quedaron anclados por unos segundos. Ella le tomó la mano con ternura.

«De iniciar la relación que desea, esta llevará a la desesperación y al deshonor tanto a usted como a mi marido. A usted le aprecio lo suficiente para no hacerle sufrir, pero a Diego le amo con toda el alma y nada podrá hacer que le traicione. Ni por usted ni por nadie. Jamás».

La ilusión de la pasión que se había destilado en aquel beso fugaz dejó de tener importancia tras aquellas frases. No podía competir con la firmeza y sinceridad de sus palabras. Aceptando la derrota de toda su escuadra, asintió y le besó la mano como forma de despedida. Ella le miró con los ojos acuosos a punto de desbordarse.

«¿Ve como tenemos que dejar de vernos?», le dijo él con la voz tomada.

«Añoraré nuestras conversaciones», dijo ella con una lágrima recorriéndole el rostro.

«Yo lo añoraré todo de usted», replicó dejándole libre el camino.

Ella se dirigió hacia la salida sin mirar atrás. Ya no la acompañó, sabedor de que ella deseaba irse lo antes posible.

«Alba —le dijo justo antes de que abriese la puerta —, recordaré nuestro beso como el más grato de los recuerdos».

«Por supuesto, don Enrique... Entienda que yo debo olvidarlo para siempre», dijo cerrando la puerta tras de sí.

Después de aquello se habían encontrado esporádicamente en algunas pequeñas reuniones sociales, en los refrescos de la reina en el palacio del

Buen Retiro o en alguna de las corralas cuando había representación. En sus encuentros no habían podido evitar mirarse, anclando sus pupilas apenas por unos instantes, donde se entreveía la añoranza de los tiempos en que caminaban juntos. En aquellos momentos fugaces, doña Alba siempre correspondía con una sonrisa amable y sus ojos de mar, haciéndole entender que nunca dejaría de tener un pequeño espacio en su corazón. Él la correspondía advirtiéndole con la mirada que ella ocuparía la totalidad del suyo. Así se conformó, torturado por el paso del tiempo que le susurraba cada día que ella no era suya. Su resignación solo había incrementado su hastío y su cólera fría.

Tenía que reconocerse que aquella ocasión, cuando Alba abandonó el salón de su casa, fue la primera de las dos veces en las que se había sentido completamente derrotado. La segunda fue años más tarde, cuando Hernaldo de la Marca le comunicó su muerte accidental. Si la primera vez don Diego le arrebató a la mujer que amaba casándose con ella, la segunda se la arrancó de cuajo. Él, que había esperado que la muerte de don Diego recondujera a Alba a sus brazos buscando el único hombre amigo que nunca la había decepcionado, vio cómo todo su plan se desvanecía. Por eso, cuando le dijeron que don Diego había preferido montar el caballo de su mujer en vez del suyo, su odio rebotó hasta tal punto que habría golpeado con el bastón a Hernaldo hasta reducirle a una masa de carne en el suelo. Su secuaz creyó que su ira se debía a que su interés político había fallado. Hernaldo no conoció la verdadera razón de su tristeza hasta tiempo después, cuando su duelo se alargó de tal forma que no se podía deber ya a motivos políticos.

Se trataba de un dolor tan profundo que le devoraría las entrañas en forma de alcohol durante mucho tiempo. Así fue como en su interior se deslavazó el último jirón de piedad que podía tener como ser humano. Después solo sintió un desprecio infame por aquel duque que con sus acciones u omisiones había sido el causante de que sus planes para con los Borbones no fructificasen, de que él no pudiera ser un Grande de España y de haberle robado lo que más amaba en esta vida. Por eso, cada vez que practicaba el tiro apuntando a la corteza del castaño, se imaginaba que la diana era la cabeza de don Diego, y sentía una plena satisfacción cuando no erraba el blanco.

CAPÍTULO 26

Mismo día, 23 de enero de 1721

Era ya muy de mañana, más allá de las doce, cuando Hernaldo llegó a su pequeña casa con las manos teñidas de sangre. Adela dormía tras el cortinaje raído. Había tratado de entrar en silencio y lavarse antes que ella despertara, como otras veces, pero ella tenía el oído fino y bastó cerrar la puerta para que abriera los ojos. Su hija era todo lo que un hombre podría desear como mujer. Por eso quería que encontrase un buen marido, uno que la quisiese y la cuidase. A él, por su parte, solo le restaba protegerla hasta que eso sucediera.

Adela había aparecido en su vida de una forma poco común, pues él se enteró de su existencia cuando la cría ya contaba nueve años. Su madre, una mujer de campo, conocía su oficio de largo y ni siquiera le informó del asunto, pues él iba y venía alistándose y licenciándose sin parar, y más en los tiempos de los tercios. Él le envió algún dinero mientras estuvieron juntos, pero después de su último traslado a Madrid le había perdido el rastro, hasta que un día Adela llamó a su puerta. Su madre, enferma de fiebres y desesperada al ver que abandonaba en este mundo de Dios a una niña desvalida, le dijo que viajara hasta Madrid y buscara a su padre. La pequeña, con un anillo, un cuchillo y una hogaza dura de pan de legumbres, había cruzado esos caminos olvidados y llenos de peligros hasta llegar a su puerta. La primera vez que la vio se la cerró en las narices y le dijo que se marchara a buscar otro familiar. En aquellos tiempos una hija era lo que menos deseaba en su vida, y si su madre la había criado durante nueve años, ya era hora de que se las valiera por sí misma. Estuvo dos días apostada bajo el dintel de su puerta. Al fin, cansado de tenerla allí, decidió abrir para que entrase, aceptando que, siendo su hija y habiendo llegado hasta allí, tendría que hacer por cuidarla. Sin embargo, ella ya no estaba, así que se tuvo que calzar para descender los escalones de madera hasta la calle. Por más que trató de localizarla, fue infructuoso. Pensó que se había ido definitivamente cuando, al girar la cabeza para regresar a la casa, la vio acompañada de un chulo de putas. La llevaba de la mano, como un corderillo, hacia un angostillo de mala muerte que olía a sexo rancio. Conocía bien al fulano; trabajaba para un gerifalte que tenía mancebías por todo el arrabal. La guiaba hacia el callejón de los Suspiros, donde por la noche las alcahuetas de calle contagiaban la sífilis a cualquier desgraciado. Estuvo a

punto de dejarla ir, con las tripas anudadas, pero la niña giró la cabeza, con su aire ingenuo, y algo en su interior se removió. Se dijo que no había hecho en su vida nada digno a los ojos de Dios y que ese día no permitiría que ningún baladrón hijo de la gran puta le pusiese una mano encima a aquella niña.

Cuando llegó, él tenía los pantalones bajados y Adela le decía que su padre aparecería en cualquier momento. Y así fue. Le cosió las tripas, le cortó el miembro y le rajó el gaznate sin darle tiempo a subirse las perneras.

«Si quieres, puedes quedarte —le dijo después a Adela—, pero quiero que sepas que esto es a lo que me dedico».

La niña se le había abrazado y él supo que Dios mismo le había hecho llegar aquel regalo precioso. Esa noche, mientras ella dormía, fue a arreglar cuentas con el gerifalte, pues al fin y al cabo había dado matarile a uno de los suyos. Al principio se puso gallito afirmando que ahora le debía dinero. Él se limitó a decir que si quería cobrar avisase a su señor, don Enrique de Arcona, que estaría encantado de cerrarle las mancebías y joderlos a todos bien. La deuda se dio por saldada y allí paz y después gloria. Desde entonces hasta el día de hoy, su hija se había convertido en su tesoro, el único de su vida, y no podía separarse de ella.

Al incorporarse y ver sus manos con sangre sobre el aguamanil, Adela no dijo nada. Estaba acostumbrada a que él apareciera decorado de carmesí y, en el peor de los casos, con alguna fea cuchillada que ella había tenido que coser. Él le dijo que no se levanta.

—Te pondré un poco del estofado de ayer —le dijo ayudándole a quitarse las botas—. ¿Cómo ha ido la noche?

Ella ya sabía la respuesta. Aun así, le contestó:

—Dura —le dijo con su voz ronca.

—¿Por qué? —preguntó Adela.

Hernaldo anticipó que sacaría el tema otra vez. Uno recurrente, donde ella le pedía que se fueran de Madrid, a la costa, y que abandonaran aquel tugurio infecto de rufianes y ramera.

—Ya sabes por qué..., he tenido que trabajar mucho.

Le sirvió el estofado, con poca carne y mucha verdura. Su «pajarillo» era una cocinera corriente, pero a él qué le importaba, solo quería para ella que no terminase deslomada, trabajando en casa de un rico o un ilustre sin escrúpulos por una libranza de mierda. Por eso le había dicho que tenía que aprender a escribir y leer, algo de números y, a ser posible, de otras materias, que el día de mañana le permitieran, si no encontraba un buen marido, ser institutriz,

enseñando y cuidando a niños pudientes, o una maestra para pobres.

—Esta mañana bajé temprano a la plaza de la Cebada. He oído que se han encontrado muertos cerca del Manzanares —le dijo—. Los porteros y alguaciles dicen que fueron los que dieron la paliza salvaje a aquella pobre muchacha.

—Sí —dijo él lacónico.

Se había pasado media noche destripando a los rufianes malcarados y soldados de fortuna que habían participado con él en el asunto de la señorita Castro. Algunos, viendo que Castamar había presionado a las autoridades de Casa y Corte para encontrar a los culpables, fueron a pedir más soldada a cambio de no hacerse los boquirrotos con algún alguacil. Él había ido quedando con los cuatro malparidos, a horas diferentes a lo largo de la noche, dándoles muerte y silenciándolos para siempre. Tan solo uno se le había revuelto a tiempo y, al ver que iba a rajarle el vientre, le había plantado cara con su vizcaína en ristre. Habían cruzado cuatro estocadas, muy rápidas, hasta que su enemigo le intentó hacer una garatusa, girando la hoja sobre la suya con el fin de apartarla y ensartarle el cuello. Él, que lo vio venir, se adelantó dejando su muñeca suelta para, cortándole su iniciativa, partirle en dos el esternón.

—¿Has sido tú? —le preguntó Adela.

Él respondió tomando otra cucharada de estofado. Ella guardó silencio mirándole fijamente mientras tomaba asiento sobre la banqueta de madera. Él no dijo nada, eran asuntos peligrosos. Le insistió con la mirada para que hablara de una vez y él meneó la cabeza molesto. Adela chascó la lengua en señal de enfado y de resignación. Ambos sentimientos habían ido creciendo en su hija cada vez que aparecía tiznado con la sangre de algún desgraciado. Para ella, don Enrique no era más que un noble que le utilizaba para sus fines. Pero él no estaba de acuerdo: el marqués era muchas cosas, pero no era desleal con los suyos, y menos aún un ingrato. Ya en el pasado había tenido ocasión de sacrificarle en pro de sus propios planes y no lo había hecho. De haberle entregado a la justicia, por ejemplo, como el asesino de doña Alba, se habría ganado la confianza de don Diego y la del rey, incluso podría haber conseguido la grandeza de España. Además, en otras muchas ocasiones el marqués había dado ya muestras de gratitud y de formas variadas: había sido generoso con el dinero para que no les faltase de nada, y cada vez que su hija enfermaba o él caía herido, había pagado los costes de medicinas, cirujanos y doctores. No había habido ni un solo día en que no tuviera dinero en mano

gracias a él, y en más de una ocasión le dijo que no deseaba que pasase privación alguna y que, de enterarse, se arriesgaba a molestarle. Por supuesto, Hernaldo no hizo demasiado uso de esa venia, porque una cosa era estar bien pagado y otra ser un pedigüeño. Pero aparte de la generosidad y entrega del marqués, este había confiado en él sus más íntimos secretos, se había preocupado por la educación de su hija, cuyas clases costeaba, y les había regalado la casa en la que vivían escriturándola a su nombre. Ningún Habsburgo o Borbón le había dado tanto jamás. Por eso le debía lealtad entera.

—Es tarde para cambiar de vida —dijo al fin—, es lo que he aprendido desde niño.

—¿Y yo? —le preguntó algo alterada, dándole a entender que deseaba otro tipo de vida.

—Es diferente, pajarillo. Tú eres diferente. Tienes toda la vida por delante. Casarte con un buen hombre y tener hijos y, si acaso no pudieras, Dios no lo quiera, serás una buena institutriz. El marqués te colocará en una buena casa en cuanto termines tus estudios.

Su hija, como otras veces, guardó silencio para no repetir aquellas palabras de los últimos tiempos: la posibilidad de otra vida. Una más tranquila, en la que pasar su vejez, después de tanta guerra, muerte y desolación. Sabía de sobra que aquel sueño era inalcanzable, uno de esos que nunca se cumplen y que solo sirven para provocar desesperación y sentir la dureza de la vida golpeándole a uno el lomo. Conocía el brillo de aquellos iris color azabache que le pedían cambiar de vida, dejar al marqués, viajar a la costa y vivir cerca del mar.

—No —dijo él de pronto—. No sueñes con imposibles.

—Padre, no quiero pasarme la vida sin saber si te ha pasado algo, si vendrás a cenar, si...

Hernaldo entonces se levantó y la abrazó fuerte, invadido por el pánico de perderla como hija, y le susurró tratando de tranquilizarla, haciéndole comprender que su unión al marqués era algo incuestionable, un juramento al que se debía como hombre. Ambos se quedaron enlazados durante un buen rato hasta que ella se separó y, besándole en la mejilla, le dijo que le quería. Él sonrió y dejó que se marchara a las clases con sus maestros. Cuando cerró la puerta tuvo una sensación ya antigua que le avisaba de que la discusión solo era el principio de un cambio inevitable. Recordó al marqués entonces, con su aire terrorífico y astuto, capaz de llevar cualquier empresa a cabo, y se

consoló diciéndose que su señor podría encontrar la solución a cualquier problema. Se sentó en la mesa y terminó de comer el estofado ya frío, con el alma atribulada y la mente inquieta.

24 de enero de 1721

Úrsula esperó sentada tras aquel buró que había pasado a estar bajo su control como toda la servidumbre de la hacienda. Había tardado poco más de un día en cambiar su pequeño cuarto de dueña por el despacho de don Melquíades. Mandó retirar sus pertenencias y guardarlas adecuadamente bajo llave en uno de los almacenes de descarga, incluida por supuesto la colección de inútiles libritos de bitácora que el mayordomo había coleccionado todos esos años. Si deseaba recuperarlos, tendría que pedirselos, y eso sería otro duro golpe para su orgullo. Con esto deseaba hacerle ver que ella siempre había tenido el poder y que, dado que había decidido romper su desgastado acuerdo confesando sus delitos de traición al señor, era hora de que desapareciera de una vez por todas de Castamar. Su golpe de mano delante de toda la servidumbre durante la comida de estados y su aire contestatario le habían costado el puesto y seguramente la vida acomodada que llevaba hasta ese momento. Don Diego con suerte lo desterraría a Orán o, a lo peor, le condenaría a una vida en galeras. Ella, por su parte, dejó pasar dos días hasta que don Diego se calmase para presentarse frente a él y expresarle su más respetuoso arrepentimiento por no haber desvelado la verdad a tiempo. Don Diego, que aún enfurecía en cuanto se sacaba el tema, la perdonó entendiendo que ella había buscado erróneamente su bien.

—Tomaré la dirección de Castamar hasta encontrar un nuevo mayordomo mayor —le dijo Úrsula con el mejor de sus semblantes compungidos, algo que por su puesto tenía la intención de que no ocurriera nunca.

Don Diego aceptó asintiendo, pues confiaba en ella más que en nadie para controlar a los mayordomos semanarios. Estos ya se habían posicionado para hacer valer sus calificaciones y tomar el relevo de don Melquíades, pero ninguno tenía la antigüedad y el acceso al duque que tenía ella. De ahí que, tras la orden de don Diego para que se hiciera cargo de todo —pues de facto desde hacía años estaba funcionando como un verdadero contralor—, se hubiese instalado en el despacho del mayordomo. Su intención era hacer valer su autoridad y mostrar una ostentación clara de su poder. Oía murmurar a toda la servidumbre de Castamar. Todos sabían que no había ya más dueña que doña Úrsula, y se sentía satisfecha. De ser una simple doncella en sus orígenes, se había aupado más allá incluso de lo que le permitía su género.

Pensó que doña Alba estaría orgullosa de lo que había conseguido, evitando que un advenedizo austracista y traidor a su casa dirigiera Castamar. Si la señora hubiera estado con vida, habría exigido mucho más que una simple destitución, se decía Úrsula. Por eso la mañana de la caída de don Melquíades hizo venir, uno a uno, a los mayordomos semanarios, al sumiller Andrés Moguer, al negociado o jefe de guarda rropa Jorge Marín, al caballero mayor don Belisario Coral, al grefier Alfonso Corbo y, finalmente, al jefe de jardinería Simón Casona para informarlos de la traición de don Melquíades. Por supuesto, había evitado llamar a Clara Belmonte, dejando claro que e no la tenía en cuenta como jefe de cocina. A los demás les indicó que a partir de ese momento ella era la nueva gobernanta de la casa. Durante aquel tránsito todo debía funcionar perfectamente, esperaba la mayor de las colaboraciones, y las visitas a don Melquíades estaban prohibidas. Todos asintieron sin chistar, a excepción del jardinero, que como siempre tuvo que alzar la voz:

—¿Cuándo tiene usted planteado traer a un nuevo mayordomo?

Ella le escrutó de arriba abajo.

—Regresen a sus obligaciones.

El anciano le devolvió una mirada penetrante, como si adivinara que por las galerías

de Castamar no habría un nuevo mayordomo mientras ella fuese la dueña de la heredad. Fue a girarse cuando Simón la detuvo con su voz calmada:

—Sepa usted que visitaré a don Melquíades cuando así lo estime oportuno, y si tiene algún problema, lo habla con su excelencia.

—Usted verá —le había advertido Úrsula, y añadió para sí: «Carcamal rebelde...». Una amenaza velada que, ambos sabían de sobra, no llegaría a ningún sitio. Sin

embargo, pese al engorroso jardinero, Castamar era ya suyo desde hacía más de un día.

Ahora, con el ánimo más resuelto, esperaba la llegada de su infiltrada en la cocina, que según le había dicho poseía información de su interés. Tras la caída de don Melquíades le tocaba el turno a la dichosa cocinera, que en solo unos meses había cuestionado su poder con sus aires contestatarios de niña rica. Como era de esperar, Beatriz Ulloa llamó a la puerta al poco rato y ella le permitió el paso. La tímida muchacha, fingiendo ser apocada, entró e hizo una reverencia torpe y sin elegancia. La despedazó con la mirada desde el otro lado del buró antes siquiera de que abriese la boca, y la chica vibró como un pajarito al alba, embargada por el respeto que le tenía. Le indicó sobriamente

que hablase.

—La señorita Belmonte y don Diego mantienen una relación secreta gracias a notas y libros que al parecer el duque anda regalándole —afirmó categórica su espía.

Úrsula enarcó una ceja y entrecerró los ojos . Había supuesto que aquel primer encargo al librero había sido un acto aislado por parte de su excelencia. Su vigilancia había sido burlada y no comprendía cómo. Estaba claro que el duque había tomado las suficientes precauciones para no ser descubierto y que tenía a alguien de la más absoluta confianza para que introdujese los volúmenes dentro de la hacienda sin llamar la atención. Había estado en el cuarto de Clara Belmonte hacía unos días y no había visto ni siquiera el volumen del que sí tenía constancia. Este detalle le hizo concluir que lo que decía su infiltrada era cierto. Sintió una pequeña punzada de terror al pensar que se había establecido una relación directa y profunda entre su excelencia y la cocinera: por eso la negativa del duque había sido tan rotunda. Era prioritario conocer lo antes posible la naturaleza de dicha relación. Sin dudarle, le dio a Beatriz una de las llaves maestras del ala de la servidumbre y le dijo que, con mucho cuidado, se deslizara hasta la habitación de Clara Belmonte y buscara hasta hallar los libros.

—De seguro que existen algunas notas escritas —le dijo—. Tráeme una de ellas y vuelve rápido.

La muchacha tomó la llave y se dirigió hacia la salida con su gesto de inocencia fingida.

—¡Espera! Si eres descubierta, te expulso de inmediato, y si rebelas que era una orden mía, además daré malas referencias de ti, con lo que no encontrarás trabajo en una casa respetable de por vida —le advirtió Úrsula antes de que saliera.

La muchacha desapareció sabiendo que se jugaba el puesto y media vida. Ya a solas, Úrsula se levantó y caminó por la sala con cierto nerviosismo. Hacer que la cocinera llegara al convencimiento de que debía abandonar Castamar sería algo más complicado que deshacerse del mayordomo, pero lo sería aún más si en verdad tenía una relación epistolar con su excelencia. Si este vínculo entre la cocinera y el duque se había estrechado, pronto la señorita Belmonte pediría su independencia y la de sus subalternos. Conocía de sobra el carácter de su señor, y si deseaba que ella se quedara, no habría nada que no hiciera para ver su deseo cumplido. Por otro lado, la señorita Belmonte no cometería una negligencia en su oficio tal que provocara su despido. Hasta el propio rey

Felipe había escrito tras la cena de Castamar para dar la enhorabuena por las fantásticas viandas, su sabor y presentación. Además, bastaba observar el caso de Rosalía y su negligencia para darse cuenta de que nunca sería despedida. Personalmente, la muerte de Rosalía le había parecido una trage día, pero, por qué no decirlo, también un acto de beneficencia divina; había sido una carga para todos y un sufrir constante para ella. «Dios la tenga en su gloria», se dijo. Se acercó a la sobria coqueta y abrió el armario inferior de dos puertas. Extrajo el rosolí que don Melquíades guardaba para calentarse el pecho en invierno y se sirvió una copa. Lo apuró de un trago, esperando que la quemazón del aguardiente le apaciguara el miedo que se le había instalado en la boca del estómago. Su inquietud fue en aumento al comprobar que Beatriz no aparecía, y mantuvo congelado el aliento junto a su imaginación para no adelantar sucesos negativos. Se paseó de nuevo hasta el buró y se sentó, meditando cómo podía llegar a hacer que Clara Belmonte deseara salir de Castamar. Si por ella fuera, le firmaría unas referencias impecables para que se instalase de cocinera en cualquier otra casa ilustre y los dejara en paz con sus aires de señorita culta. Habían cruzado ya una línea a partir de la cual aquella muchacha y el la no podrían estar juntas bajo el mismo techo durante mucho más tiempo.

Sonaron dos golpes en la puerta. Dio la orden de entrar con el cuerpo en tensión, dudando si aparecería Beatriz Ulloa sola o acompañada por Clara Belmonte por haberla descubierto en sus aposentos. Suspiró aliviada, fingiendo calma, al ver que la primera aparecía sola con las manos en la faltriquera. Esta cerró la puerta y le mostró una nota entre los dedos. Llevaba el lacre de Castamar, y pudo ver el trazo elegante de tinta de su excelencia.

—Clara Belmonte tiene un montón de libros en su estantería —dijo—. Esto estaba entre los pliegues del último de ellos. Parece que con cada uno hay una nota y...

—Dámela —le dijo arrebatándosela de las manos sin poder contener su urgencia.

La leyó con detenimiento. Definitivamente, la señorita Belmonte mantenía correspondencia privada con don Diego. No le dio la sensación de que se hubieran cruzado los límites de la corrección, pese a que esta relación epistolar ya de por sí tenía un sabor clandestino. Lo peor fue que el señor parecía creer que estaba escribiendo las notas a una señorita de bien, que aunque no fuera su igual, sí parecía una damisela de alta clase.

—Como no sé leer ni escribir, no he podido saber qué dice —terminó de

apostillar Beatriz—. Si lo desea, puedo tratar de buscar...

—No. Ya has hecho bastante. Toma. Pon la nota donde la encontraste con la mayor discreción y tráeme la llave inmediatamente.

La muchacha asintió con un saludo poco fino y se fue hacia la salida mientras ella se quedaba embriagada de pensamientos contradictorios. Durante un instante no se dio cuenta de que Beatriz se había detenido bajo el dintel de la puerta. Alzó la vista y la vio allí de pie mirándola con cara de perro triste.

—¿Qué ocurre, niña? —le preguntó con el ceño fruncido.

—Había pensado que... tal vez usted pudiera enseñarme a leer y a escribir.

La miró extrañada, sin comprender de dónde había sacado la idea de que ella era una maestra altruista. Si al menos mostrara aptitudes, podría haber pensado que tenía un sentido, pero Beatriz Ulloa era una de esas chicas sin demasiadas luces, cuya única aspiración en la vida era pasar por ella con un oficio que le diera para vivir y poco más. Malgastar el tiempo con ella sería como abonar un campo muerto al que le falta hacer el barbecho.

—Tú no necesitas leer y escribir. No eres oficial de cocina en realidad y apenas llegas a ser una galopín —le dijo con cierto desdén—. Recuerda que solo te di el puesto para que cumplieras la función que haces.

—Sí, pero he pensado que algún día yo podría...

Úrsula se carcajeó negando con la cabeza. ¿Cómo era posible que la gente pudiera engañarse tanto, hasta el punto de creer que podía cambiar su naturaleza? Aquella pobre desdichada había visto en Clara Belmonte un posible modelo y en su fuero interno se había creído capaz de alcanzar algún grado de maestría. Se rio sin disimulos, y la muchacha se sintió humillada y bajó el mentón.

—¿Algún día qué? ¿Crees que ahora te vas a convertir en una señorita de provecho? Eres lo que eres y no lo cambiarás nunca —le dijo lapidariamente—. Así es la vida. Ahora, fuera.

La muchacha asintió y, sin decir ninguna insensatez más, se marchó para cumplir sus órdenes. Ella, por su parte, se sentó en su trono, tras el buró, y meditó cuidadosamente sus acciones. Comprobada la relación entre el señor y la cocinera, estaba claro que no tenía ningún margen de maniobra, a excepción de la paciencia. Tal vez esa relación se torciera en algún momento, o se complicase con algún evento imposible de prever. De ser así, ella ejecutaría con toda prontitud su expulsión. Por el contrario, si esa circunstancia no se daba, tendría que lidiar con ella durante más tiempo, teniéndola bajo su mando y tratando de interrumpir aquella relación perniciosa que se había

establecido en tan solo unos meses. Sabía que interferir en los deseos del señor era un juego peligroso, pues, de llegar a sus oídos, ella perdería su credibilidad en favor de la de la cocinera. Por eso tenía que hilar fino, dejar hacer más por omisión que por acción, hasta que pudiera dar un paso en la dirección adecuada. Al menos así, pese a que no pudiera echarla de inmediato, podría contenerla bajo su mandato a la espera de mejores vientos.

Aguardó a que Beatriz volviese con la llave y, cuando lo hizo y confirmó que todo estaba en orden, Úrsula salió de la sala con el fin de dirigirse a las plantas superiores. Se sintió aun así la dueña entera de Castamar y, al caminar por las galerías de la parte alta, mientras los mayordomos semanarios y los gentilhombres se inclinaban diciendo su nombre respetuosamente, se sintió poderosa, investida de un poder casi divino que podía fulminar o proteger a todos ellos como un demiurgo.

CAPÍTULO 27

Mismo día, 24 de enero de 1721

«La traición deja un amargor pegadizo e inconfundible en el fondo del espíritu —se dijo Diego—. Se pasa de la incredulidad al reproche, y viceversa, como si uno estuviera balanceándose sobre el péndulo de un reloj de carillón». Por un lado, Diego veía imposible que el hijo de Ricardo Elquiza, mayordomo de su padre, hubiera deshonrado su propio nombre y el juramento de servicio a los Castamar. ¡Don Melquíades había utilizado su puesto para pasar información a sus enemigos! «Si su padre levantase la cabeza, se revolvería en su tumba», se decía mientras caminaba.

Oyó cerrarse una puerta a lo lejos y sintió una brisa. Fuera se había levantado un aire frío que se colaba por entre las galerías y chimeneas del palacio. De alguna forma, se contagió del espíritu agitado del céfiro. Se sentía dividido desde que su mayordomo se había sincerado con él. Por un lado, había tenido durante todos aquellos años a un austracista entre los suyos, un espía que había robado secretos de su casa para el bando enemigo, y él no soportaba la deslealtad. Sin embargo, cuando recordaba al señor Elquiza, con la cabeza gacha y el rictus constreñido de arrepentimiento y culpa, sentía que aquel hombre había pagado con creces su propia torpeza. Sabía también que, en tiempos de guerra, un hombre debe seguir su propia conciencia, y esto era precisamente lo que el señor Elquiza había hecho. Aquella decisión debía haberle supuesto grandes penalidades internas, tratando de conjugar su lealtad a Castamar y su lealtad al pueblo catalán. Ahora él se encontraba en el mismo dilema al que se había enfrentado su majestad Felipe respecto a los catalanes al término de la guerra.

Durante mucho tiempo, Diego manifestó estar en contra de la represión a los catalanes, incluso se mostró en desacuerdo cuando se les había privado del Consejo de Ciento y de sus Cortes por el Decreto de Nueva Planta, hacía cinco años. Además, algo más tarde, cuando Felipe le había escrito informándole del inicio de la construcción de los acuartelamientos y la ciudadela, él le había dirigido una misiva asesorando que esos baluartes solo encarnarían el símbolo opresor de un monarca ilustrado. Pese a esto, Felipe había accedido por temor a nuevas insurrecciones, y muchos otros lo habían aprovechado para desatar las vejaciones sobre el pueblo catalán. Él le

escribió nuevamente declarando que se mostraba más grandeza perdonando a los vencidos que castigándolos, pero no surtió efecto. Desde entonces, los acuartelamientos solo sirvieron para castigar aún más a un pueblo que ya con los Habsburgo se había visto como moneda de cambio en la revuelta de los segadores del siglo pasado.

La disyuntiva era la misma: perdonar o castigar. El problema era que su voz racional se hallaba sepultada por la decepción y la ira. Por eso había preferido posponer la decisión hasta que menguara su cólera, ordenando que el mayordomo se mantuviese en la hacienda hasta que él dictase una sentencia justa y sosegada. Agradeció que Alba no hubiera tenido que presenciar esto, pues, después de la señora Berenguer, el mayordomo le era de los sirvientes más queridos. Por el contrario, su hermano tendría que enterarse de la mala noticia a su llegada.

Gabriel, tras comprobar que la señorita Castro se encontraba en mejor estado y despedirse de Francisco y Alfredo, había partido dos días atrás hacia Valladolid con el fin de prevenir a su madre respecto de don Enrique. Mientras le ensillaban el caballo para partir, Diego se había acercado a él con una leve sonrisa. Su hermano, mirándole de reojo, había medio sonreído también. No habían cruzado palabra desde la discusión ante el doctor Evaristo, y Gabriel sabía bien que él no era de soportar largas esperas por cosas pequeñas.

«Siento haberte gritado», le había dicho Diego.

«Siento haber dicho que mugías como una res vieja», le contestó su hermano, y ambos se rieron.

No era la primera vez que estaban en desacuerdo en algo y los dos tenían el suficiente carácter tanto para mantener su opinión como para dejarla a un lado pasado un tiempo prudencial. Sabía que Gabriel no movería un dedo sin una prueba concluyente contra don Enrique, y también que haría todo lo posible por conseguirla. Precisamente porque le conocía tan bien, sabía asimismo que Castamar se le había ido quedando pequeño a Gabriel. Un mundo reducido a una finca era poco mundo. Su hermano tenía un espíritu indómito, y era consciente de que algún día partiría hacia lugares donde el color de su piel no importase. Nunca habían hablado de esto, y de hecho sabía que tendrían una sola conversación sobre ello el día en que Gabriel le comunicara su marcha de Castamar. Amaba a su hermano con toda su alma, y verle partir sin saber si le vería más era algo que no deseaba, pero no se opondría.

Entró en su despacho hasta su escritorio, elaborado de fina marquetería por el

ebanista André-Charles Boulle, que ya había creado bellas piezas para el abuelo del rey Felipe. Ojeó los lacres del correo que había recibido mientras pensaba que debería visitar a la señorita Castro para ver su evolución. Desde la marcha de Gabriel no había querido pasar más tiempo del necesario en su compañía. Era obvio que ella se sentía incómoda ante él y, a cada rato, trataba de taparse la cicatriz que le cruzaba el rostro. Comenzó ahora a despachar el correo y descubrió una misiva del rey Felipe, que le escribía de tiempo en tiempo. Iba a abrir el sello cuando oyó dos tímidos golpes en la puerta. Dio orden de entrar y levantó la cabeza.

Tardó unos momentos en aparecer el sobrino del señor Elquiza. No recordaba bien el nombre del muchacho, pero sí que había sido lo bastante avisado para prever la necesidad de tener unos carruajes cerca el día que habían visitado Villacor. Le pidió de forma algo marcial si podía hablar con él y fue entonces cuando le vino a la memoria su nombre: Roberto. El muchacho, al ver que recordaba su nombre, sonrió y se estiró la librea, en un intento de parecer impecable ante él. Al verle nervioso, supuso que venía a abogar por su tío, y si finalmente decidía un destino para el mayordomo fuera de Castamar, era lógico que el joven tratase de mantener cierta dignidad; tal vez quisiera abandonar también la hacienda. Aun así, no era necesario venir a comunicárselo en persona. Sin embargo, si el muchacho había tenido el valor de excusar los actos de su tío, no se negaría a escucharle. Su padre le había enseñado que los problemas que acarrea la servidumbre eran también los problemas de todo buen señor, y que debía estar para procurar la solución a los suyos. Respetaría la decisión de la familia, y en ningún caso culpabilizaría por las acciones del tío a su sobrino.

—Excelencia, solo deseaba que comprendiera usted que ni mi madre ni yo supimos nunca de tan traidora y mezquina acción. De saberlo, habríamos acudido de inmediato a declarárselo. Nosotros no somos unos... felones como mi tío, nunca traicionaríamos su confianza...

Irguió la cabeza y alzó la mano deteniéndole de inmediato. Le habían cogido por sorpresa las declaraciones del joven.

—¿No has venido con la intención de interceder por tu tío? —le preguntó Diego por si estaba en un error.

El muchacho negó de inmediato, llamando «sucio traidor» al señor Elquiza y, de no haberle detenido él otra vez, hubiera dicho una sarta de improperios aún peores.

—¡Silencio! —le dijo con voz atronadora. El muchacho se quedó hierático y

pálido ante su orden y retrocedió unos pasos aterrorizado —. Antes de decir algo más en contra de tu tío, piensa que ha sido la persona que ha cuidado de Castamar, de mi difunta esposa, de mi difunto padre, de mi madre, de mi hermano y, por supuesto, de mí. Así que no tolero que mentes su nombre de esa forma. ¿Tienes algo más que decirme sobre tu tío?

—No, excelencia —respondió el joven con el mentón pegado al pecho.

—Pues fuera —dijo, tras lo que el muchacho desapareció como si nunca hubiera estado allí—. ¡Santo Dios, qué familia! —masculló Diego enfadado.

Tratando de calmarse puso de nuevo su atención sobre la misiva del rey. Como otras veces, le informaba de su necesidad de abdicar y del peso de la Corona, sus constantes achaques de tristeza y el deseo que a veces sentía de tenerle de nuevo como capitán de las Guardias de Corps. Le preguntaba por su estado de ánimo, por su añoranza por Alba, y le conminaba a recuperar su espíritu voluntarioso. «Sé que nunca ha perdido la fuerza de su espíritu, primo, ni ese carácter recio que fue un baluarte en la guerra contra el austriaco». Diego sonrió al leer eso, y se disponía a responderle cuando entre las cartas vio una en la que no se había fijado. Era de su hermano, escrita desde la casa de su madre. Debía de haberla escrito el mismo día que llegó a Valladolid y habría llegado por correo privado esa misma mañana. Abrió el lacre y leyó con atención:

Querido hermano:

Te escribo para hacerte saber que pasaré unos días junto a madre, pues este es su deseo y así me lo ha comunicado. Ya sabes lo testaruda que puede ser y no tengo las fuerzas suficientes para negarle nada. Contarte también que he tenido la conversación sobre don Enrique con ella, y afirma que decimos insensateces, pues conoce bien al ilustre señor y, según ella, es incapaz de hacer daño a un ser vivo, y menos aún a la señorita Amelia, con la que mantuvo una relación de lo más cordial en Castamar. Por supuesto, le he hecho ver que discrepo completamente y que, pese a mi falta de pruebas, debía prometerme que tendría la máxima precaución con él y no hablar de nuestras sospechas ni de nada relacionado con Castamar. Mientras tomábamos unas tazas de café, ella mezclado con marrasquino y yo con leche y azúcar —como te he dicho en otras ocasiones, esta bebida, pese al amargor, parece muy tonificante—, aceptó a regañadientes, afirmando que es lo bastante anciana para saber manejar estos asuntos sin que se note. Para nuestra tranquilidad, confirmó que no tenía intención de ver a don Enrique en mucho tiempo, pues tenía la agenda muy apretada. No obstante, dijo que no dejaría de tratarle

como a un amigo o de la familia, a menos que se demostrase lo contrario, por lo que creo que no podremos impedir que le vuelva a invitar a finales de año a la celebración de Castamar.

Adjunto a esta carta otra lacrada para la señorita Castro, pues no deseo que piense que me he evadido de mis obligaciones de anfitrión y deseaba explicarle con mis propias palabras el motivo de mi partida y mi pronto regreso. Aunque sé que no es necesario que te lo diga, te ruego que en mi ausencia vigiles que no le falte de nada. Creo que necesita de nuestra ayuda y, si bien antes me inclinaba a pensar que podía estar conjurando contra nosotros, creo que tenías razón, hermano: a la vista de los sucesos trágicos que ha vivido, ella es una víctima de don Enrique más que cualquier otro. Supongo que esta afirmación te habrá arrancado una sonrisa de cierta vanagloria, pues te conozco lo suficiente. ¿Acaso no decía Alba siempre que, si había un deporte favorito para ti, era el de poseer razón allí donde discutías?

Dicho esto, espero que todo siga dentro de la normalidad. En un par de días regresaré a Castamar, así que espera mi llegada la noche del sábado al domingo si no tengo contratiempos.

Te quiere tu hermano,

Don Gabriel de Castamar.

Posdata: Avisada ya madre sobre la supuesta peligrosidad de don Enrique, a mi regreso, y mientras nuestros amigos hacen más pesquisas en la corte, tengo la intención de investigar la mancebía El Zaguán. Según me habló mi hombre antes de su muerte, el secuaz de Hernaldo la visitó con asiduidad. Debo averiguar dónde se encuentra, y ver si algún parroquiano puede contarme algo más sobre la identidad de aquellos hombres que se reunieron con el marqués.

Tal como había predicho su hermano, él había sonreído socarronamente al ver que al fin le daba la razón sobre la señorita Amelia. Sin embargo, al leer las últimas líneas, su sonrisa desapareció. No le gustaba que Gabriel se acercase a una mancebía de los suburbios. Podía ser una excusa para que ocurriera algún suceso desagradable. Junto a la carta encontró el sobre dirigido a la señorita Amelia. Alzó la vista y contempló el cuadro enmarcado en pan de oro de Alba más allá, y se preguntó qué habría hecho ella en aquella situación tan extraña: su mayordomo era un traidor desleal o un hombre arrepentido de sus errores; don Enrique, un ilustre que deseaba mal para Castamar o tan solo un licenciado y altivo noble; la señorita Amelia, una joven indefensa víctima de poderosos o una ambiciosa sin escrúpulos. Aquellas

dudas se habían ido amontonando dentro de él como un castillo de naipes, y una mala decisión podía precipitar el desastre. De estar allí, Alba habría sabido qué hacer, excepto quizá sobre lo único que estaba fuera de aquella baraja: la señorita Belmonte.

No podía negar que encontraba placer en regalarle aquellos ejemplares y en que ella, tras leerlos, le dedicase aquellos platos cocinados con tanta maestría. Pero debía reconocerse que había ya algo más, pues si lo primero le proporcionaba regocijo, más aún lo hacía el haber recibido unas líneas suyas tras su última entrega. No sabía adónde conduciría aquello, pero era innegable que no deseaba que se detuviese. Pensando en esto dejó sus preocupaciones y, tomando la pluma de ganso, demoró la respuesta al rey y comenzó a escribir de nuevo a su librero con el fin de que se hiciera con algún otro volumen de interés culinario.

26 de enero de 1721

Cada vez que se cruzaba con aquellas miradas cargadas de desprecio, sentía la intolerancia del pueblo español, que al observarle no veía a un caballero, sino a un negro disfrazado o un esclavo demasiado bien tratado por su señor. Después surgía en ellos la extrañeza, la imposibilidad de comprender cómo un negro rico portaba en su cabalgadura el blasón de Castamar. Así había sido a su llegada a Valladolid y así había sido a su salida. Había vivido tanto ese desprecio que ya no le afectaba.

Tras pasar dos días con su madre y otros dos de cabalgada, había llegado a la noche a Castamar, tal y como había prometido a su hermano. Pese a que se acostó tarde, se levantó temprano para pasear por la hacienda junto a él. La decepción del señor Elquiza y la noticia de que se habían encontrado los cuatro cadáveres de los asaltantes de la señorita Amelia en la vega norte del Manzanares fueron suficientes novedades en un día. Por fortuna, esta había mejorado algo, aunque seguía en cama. Tenía intención de visitarla para ver si ella podía arrojar algo de luz a todo, pero prefirió hacerlo después de la misa de los domingos. Se confesó y comulgó, y después se despidió del capellán, que siempre tenía una sonrisa para él. De entre los ministros de Cristo en la Tierra, a don Antonio Aldecoa era sin duda al que más apreciaba. Este llevaba a rajatabla la enseñanza de que todos eran criaturas de Dios y que el Señor amaba a todas ellas por igual. Recordaba bien cómo una vez, apenas tendría él diez años cumplidos, le había preguntado por qué motivo él tenía un color diferente de piel. Su confesor se inclinó hacia él y, sonriéndole como si en su redondo rostro no le cupiese más bondad, le dijo:

«A Dios le encanta la diversidad, basta con que salgas esta tarde al campo y mires todos los colores que allí hay, los de los insectos, los animales, las nubes... ¿Acaso no es hermosa la Creación?».

Tras la misa decidió acercarse al capellán y proponerle, si así fuera el caso, officiar una misa corta a la señorita Castro, que tal vez requiriera sus servicios para confesarse y comulgar. El capellán asintió con su habitual complacencia. Gabriel se subió al caballo y, sin saber por qué, se vio embargado por una necesidad de verla. Sabía de sobra que estaría en la cama, débil y aún algo pálida. Pese a esta certeza, no pudo evitar cabalgar a galope tendido mientras se justificaba diciéndose que aquella urgencia se debía a su deseo de interrogarla acerca de sus asaltantes.

Ascendió la loma y atravesó el amplio llano hasta el palacio, donde uno de los palafreneros le esperaba para tomar las riendas y asistirle con la montura. Descabalgó jadeante, se estiró la levita y trató de retomar la normalidad del pulso antes de subir a los pisos superiores. Entró en su alcoba cuando ella le permitió el paso y le hizo una pequeña inclinación de cabeza, explicando que deseaba comprobar su progreso y preguntarle si le habían entregado la nota que había escrito para ella unos días atrás. La joven hizo un amago de sonreír asintiendo, y se tapó de inmediato el rostro avergonzada. Con gesto apocado, movió los labios murmurando lentamente que había recibido su gentil misiva y que se sentía muy agradecida. Él se acercó hasta ella con cortesía y se sentó en una de las sillas.

—No tiene que agradecer nada. Tan solo debe preocuparse por sanar lo antes posible. —Aun así..., le agradezco sus diligentes... cuidados y su... apoyo —le dijo despacio, pero con algo más de soltura—. Deseo... decirle que... —Se tomó unos segundos con las palabras amarradas a su garganta — en la última ocasión que... usted estuvo aquí..., yo...

Supo que ella deseaba disculparse por lo que había ocurrido la vez anterior entre ellos, cuando ella le retiró su mano al entrar el servicio. Lo cierto es que él, acostumbrado a este tipo de gestos, no le había dado importancia. En el caso de la señorita Amelia, pese a que era obvio que sentía cierta aversión hacia su piel, había demostrado más disposición que muchos al rogarle que la tomara de la mano. Con mucha delicadeza la silenció.

—No debe disculparse. Sé de sobra que fue una reacción lógica.

La señorita Castro le miró tratando de contener el llanto. Él le secó las lágrimas con su pañuelo y le dijo que mantuviera las fuerzas.

—Señorita Castro, usted es una mujer inteligente. Ambos sabemos quién le

produjo esa cicatriz, pero solo usted sabe el motivo. Tal vez podría despejarme estas dudas.

Ella le miró en silencio. Gabriel percibió la duda y algo de sorpresa, y cómo su barbilla tembló intentando pronunciar unas palabras imposibles. Por alguna razón, su frase la había atenazado de tal forma que su gesto se contrajo, como si en su interior se estuviera librando una batalla. Pese a que no tenía más alternativa que preguntarle, se sintió mal por haberla perturbado. Diego tenía más razón aún de lo que había sospechado: la señorita Amelia, inconsciente o no, se había colocado o había sido dispuesta por otros para cumplir un determinado papel, uno para el que obviamente no estaba preparada.

—Yo..., me... asaltaron —dijo al fin.

Gabriel dudó unos instantes. Era evidente que estaba coaccionada por encima de su agradecimiento hacia ellos. Sintió que, pese al malestar que le producía interrogarla, no podía hacer otra cosa. Ella tenía la llave para desvelar los planes de don Enrique para con Castamar, y por eso insistió:

—Sé que eso fue así. Pero ¿no imagina quién dio la orden? ¿Quién podía desear que yo la encontrara y la trajera aquí?

Ella cerró los ojos, destilando más lágrimas, como si fuera consciente de que ellos sabían ya de las intenciones dañinas de don Enrique y de las que ella pudiera tener implicadas en este juego peligroso. La vio meditar qué decirle, y entre algún gesto de dolor, desmembró de pronto una pregunta:

—¿Por qué... cree que fue algo... premeditado?

Ahora ella deseaba saber de sus sospechas. Pese a que sabía más de lo que decía, deseaba que él mostrase sus cartas, quizá para saber cuánto conocía de la realidad que se escondía tras sus preguntas. A Gabriel no le importó. Él no tenía que esconderse, solo quería conocer la verdad y conseguir las pruebas para evitar daños mayores a Castamar.

—Los asaltantes que describió a los alguaciles han sido «silenciados». Los hallaron hace tres días a las afueras de Madrid. Y yo recibí mi propia tarjeta para que fuera a la arboleda donde solía encontrarme con mi con tacto, que vigilaba los pasos del marqués. Sé que usted y el marqués han tenido una relación cercana estos meses. Por eso deduzco que fue premeditado.

Gabriel comprendió por su gesto que ella se sintió acorralada. La miró desvelando aquella lucha interna por descargar la verdad y aceptar unas consecuencias desastrosas o seguir callando. Percibió cierta debilidad en ella, como si sus labios pudieran verbalizar la verdad y pronunciar el nombre de don Enrique de Arcona. Llevado más por su necesidad y menos por el decoro,

la presionó más, mientras ella solo repetía un «yo» solitario y constante.

—Señorita Castro, ¿quién desearía que yo la encontrara y la trajera a Castamar? ¿Fue el marqués?, ¿tal vez quiso castigarla por no acceder a desposarse? Créame que su vida y su honra están a salvo aquí.

Ella palideció y comenzó a temblar de puro terror, como si estuviera reviviendo el asalto. Le miró sin poder articular más palabras, ahogada por el miedo, y en un acto reflejo le tomó de la mano, arrebujaada entre las sábanas. Desvió la mirada avergonzada, llena de pavor, y solo pronunció unas palabras fingidas y definitivas:

—Yo... no... no..., no lo sé.

Gabriel le apretó la mano y sintió que no podía seguir aquella conversación, a riesgo de convertirse en un mal anfitrión. Permaneció junto a ella hasta que la tiritona cesó y sus párpados se cerraron para caer en un profundo sueño. Aun así, él no se movió, consciente de que su compañía mitigaba el pánico que la inundaba. Se mantuvo junto a ella acariciando su cabello oscuro. Entonces, cuando estaba a punto de soltarle la mano, ella la apretó con fuerza y, en un acto inconsciente, se la llevó a los labios y le besó los dedos.

28 de enero de 1721

El Zurdo se arqueó sobre el jergón, y al contemplar las curvas de Jacinta pensó que la existencia solo era un paseo accidentado por la supervivencia. Aquella bordona, acorralada por la vida, era la única relación sentimental que él mantenía con otro ser humano. Ella, que se sentía inexplicablemente atraída por él, le dejaba penetrarla por menos maravedíes de los que debía. En el fondo, pese a que se la beneficiaba y le tenía cierto cariño, la despreciaba por ser mujer, puta y con poco seso.

La llamó por su nombre para que se girase y le mostrase los pechos. Jacinta, sonriendo con su dentadura a medio hacer, se dio la vuelta y, cogiéndose las tetas turgentes, las apretó entre sí balanceándolas. Él se rio. A Jacinta le gustaba recrearse para él. Después se cansaba de ella y le ordenaba que avisase a la Zalamera, la cocinera del Sebas, para que preparase mesa y plato para él. Uno no podía desprenderse de las mujeres por la necesidad de tomarlas, pero la mayor parte del tiempo eran una carga molesta para él. Jacinta, en ese sentido, era cómoda: le pagaba la mitad que a otra puta, no hacía preguntas como las esposas incómodas, y a veces le había conseguido trabajos, como el de doña Alba. En aquella ocasión, Jacinta, haciendo la calle, se había topado con un zag al que preguntaba por los últimos caballeros contratados para el señorío de Castamar. Ella ya debía de haber oído que a él

lo habían requerido para esa casa y, al intuir que podía haber plata, le había dicho que quizá conociese a alguien. El zagal la había conducido hasta un angostillo. Allí, un pisaverde escribano la había interrogado desde un birlocho. Jacinta no había dicho nada de él. Solo le había contestado que tal vez pudiera conocer a uno de los caballeros de Castamar. Esa noche, mientras cenaba, la muy ramera, que como toda mujer tenía mucha astucia, le había dicho:

«Zurdo, se dice que has *dejao* la *vía* de matarife».

Se había apoyado sobre la mesa mostrando el muslo por la abertura de la falda. Él, que ya había catado muchas veces aquel plato, ni había levantado la cabeza.

«¿Quién lo dice?», le preguntó entre cucharadas soperas.

Ella le había susurrado que la gente iba y venía diciendo que ahora cuidaba caballos en Castamar. Él, tras un trago de vino tan rebajado como la comida, se encogió de hombros.

«La vida está dura y cada uno hace lo que puede por sobrevivir».

«¿Está *to' igua* de duro?», le había dicho deslizando la mano entre sus piernas. Él la había tomado con fuerza de la muñeca y la había atraído hacia sí. No le gustaba que nadie le tocara sin su permiso, y menos una ramera tan usada como las cuchillas viejas de un mal barbero.

«Si vuelves a tocarme la entrepierna, te rajo el vientre de puta que tienes», le dijo lanzándola hacia atrás.

«Está bien, *desgraciao* —le gritó ella molesta—. Venía a ofrecerte un trabajo que *ma' encargao* un señorito».

Había sido entonces cuando realmente había captado su atención. Un buen encargo podría contribuir de manera sustancial a su ansiado proyecto de montar su yeguada. Por eso la obligó a sentarse. Ella, como buena puta con carácter, se había revuelto, y a él no le había quedado más remedio que sonreír un poco para aplacar su ánimo.

«Sienta —le había dicho—. Sienta, coño, que no quiero que te vayas».

Ella había accedido de mala gana y le había vuelto a preguntar si realmente trabajaba en Castamar. Él asintió y Jacinta le sonrió como cuando le mostraba las tetas, y le dijo que prestase atención.

«*Podemo ganá* mucha plata».

Así había comenzado a consolidarse la muerte de la duquesa de Castamar, en manos de una zorra barata de alcahuetería, el escribano del birlocho y él. La conclusión de aquello se dio días después en plena noche, en una calleja

solitaria de Madrid, entre vahos de frío y un aguacero incontenible. Jacinta le había conducido hasta allí con el fin de encontrarse con el hombre de doña Sol. Por supuesto, nunca supo el nombre de su clienta por boca de aquel escribano; fue días más tarde, al seguirle hasta la mansión madrileña de la doña, entonces viuda de Velarde. Según parecía, había caído en la más absoluta de las desgracias por obra y gracia de la duquesa de Castamar. Más tarde, en el encuentro con el escribano para saldar la deuda tras el trabajo, él le había amenazado con que conocía su nombre y el de su señora, y que, de aparecer alguien para silenciarle, el secreto se haría público. No tenía forma de que esto pasase, pero le bastaba para que evitaran la tentación de atar cabos sueltos. «Todo por una puta que además no vio ni un real de vellón», se había dicho en ocasiones. Jacinta, de habérselo permitido él, se habría quedado a ver su encuentro con Carlos Durán. Pero en cuanto había aparecido el escribano, él la había largado de allí amenazándola con deslomarla a palos. «A las mujeres, cuanto más las golpeas, más te aman», se había dicho siempre. Y esto era lo que había tenido que hacer cuando un día por descuido, en uno de sus arrebatos, ella se encaró con él confesándole que había averiguado quién era el fulano Carlos Durán y que trabajaba de escribano para una señora rica. Si no llega a ser una de las putas del Sebas, la habría rajado allí mismo. Se despezó ahora. Jacinta había abandonado el cuarto, que olía a sexo y sudor, y él se vistió esperando que la cocinera tuviera preparada ya su sopa. En el salón había algunos parroquianos buscando carne entre las piernas de las rameras. El Sebas andaba pegando gritos en la cocina, detrás del tabique maltrecho que lo separaba del salón. El Zurdo, al ver que su plato no estaba sobre la mesa, chascó la lengua y se dirigió hacia allí, pensando que la Jacinta había encontrado a un cliente y había dejado a un lado su orden. Al entrar a los fogones vio al Sebas exhortando a la cocinera a no utilizar tanta judía y echar más caldo en el «puchero de los pobres». Esta marmita que se preparaba en El Zaguán era popular en la zona por barata, aguada y más salada que con sustancia, a base de alubias y verduras. El Sebas la vendía a todas horas a los que llegaban allí de paso y a los que les apretaba el hambre después de ayuntarse con las putas.

—El saco extra de judías que has usado te lo quitaré de tu sueldo —advirtió el Sebas a la Zalamera negando con la cabeza y resoplando como un caballo—. ¡Qué manía con protestar! Si no fuera porque me cocina bien, termino calentándole la cara.

El Zurdo dejó escapar una risa y le dijo que deseaba comer. El Sebas, que lo

consideraba un buen cliente, dio las órdenes oportunas para que una de las chicas le sirviese. Comer bien era una de las pocas cosas en las que el Zurdo empleaba el dinero. Al contrario que muchos matarifes destemplados, vagos, maleantes y bravucones de taberna, él no malvivía dilapidando lo que ganaba. Había ahorrado un pequeño caudal para su yeguada y tan solo utilizaba lo justo para su vida cotidiana. Ningún lujo ni vicio más allá de una buena comida decente y sin pretensiones. Dormía en una habitación de alquiler, cerca de El Zaguán, adonde nunca llevaba a nadie. Un desván apolillado y mugriento, suficiente para poder esconder el fruto de su trabajo entre los tabiques de la techumbre. Nadie se podía imaginar que entre la viga y el techo falso había depositados más de ocho mil reales de vellón.

Se sentó y le dispusieron las alubias, el vino y el pan ácimo de centeno. Al comenzar a comer vio que la Jacinta salía de hacer un servicio de las habitaciones. Tras ella, un hombre contrahecho y panzudo mostraba una sonrisa complaciente. «A este le ha dejado satisfecho», se dijo. Ella le saludó con un gesto de cabeza y él la ignoró. De hacerle caso, se acercaría con ganas de charla y era precisamente lo que detestaba tener que hacer con ella. Se concentró en el potaje y saboreó las alubias. Desde que la cocina de El Zaguán estaba en manos de la Zalamera, la comida tenía mejor sabor y los comensales no habían parado de cruzar por la puerta.

Dio un sorbo al vino cuando entró Hernaldo de la Marca, que le lanzó un saludo silencioso levantando el mentón. Desde que el soldado había venido la última vez, no habían dejado de vigilar al negro de Castamar. Tal como le había encargado Hernaldo, había buscado cuatro del oficio, discretos si no les lloraba el bolsillo, que se habían ido relevando cada vez que Gabriel de Castamar se movía. Para él, era un engendro asqueroso al que, si pudiera, destriparía como un cerdo. No soportaba el aire de señor con el que se había paseado ante él durante su trabajo en Castamar como caballero. ¡Un maldito mono africano mirándole desde arriba! De no ser porque se debía al contrato de amaestrar el caballo de doña Alba, se habría acercado en plena noche y le habría arrancado los ojos con la navaja.

Hernaldo de la Marca venía ahora más o menos cada semana para ser informado de los movimientos de aquel negro maloliente. El Zurdo miró al soldado acercarse. Normalmente él dejaba lo que estuviera haciendo y salían al patio de atrás para no ser oídos. El Sebas detuvo su avance, saludándole como parte de su oficio, para que los clientes se sintieran a gusto. Intercambiaron unas palabras cortas sobre lo duro de la vida y se despidieron.

Hernaldo dejaba ya atrás al alca hueto cuando este, llevado por su entusiasmo, dijo:

—Por cierto, ¿cómo anda tu hija? Dicen que está de buen ver.

Los pesados pasos del matarife se detuvieron en seco y el local se silenció; se llevó la mano a la vizcaína y se giró. El Sebas dio un paso atrás y pensó que Hernaldo iba a destriparle allí mismo.

—Vuelve a mentar a mi hija y te parto el espinazo en dos, saco de mierda — avisó Hernaldo en voz alta.

El Sebas retrocedió otro paso con las manos en alto, tratando de apaciguar los ánimos. Jacinta, intuyendo que se podía montar jarana, se acercó al Zurdo en busca de protección. Hernaldo, por su parte, se relajó y, sin decir una palabra más, caminó hacia él y le musitó que se vieran en la parte de atrás. Él se levantó y le dijo a Jacinta que se a lejara.

—Déjame ir contigo, que no hago *ná*... —le pidió ella.

Hernaldo se detuvo y le clavó una mirada socarrona, como si estuviera teniendo un problema conyugal con una ramera. Él se volvió hacia ella.

—¿Por qué no sigues siendo simplemente una puta y me dejas en paz? —le espetó despectivo.

—*Ere un cabrón desgraciao. Nunca me deja participá en ná*... Ni siquiera cuando te *traí* el *negosio* ese de la señora y los caballos de Ca...

El impacto a mano abierta que le dio fue tan brutal que le debieron de crujir hasta los tímpanos; la frase murió en sus labios en el acto antes de que pronunciara el nombre de la hacienda. Jacinta cayó hacia atrás. El Sebas le gritó exasperado desde el otro lado de la estancia que con el rostro inflamado produciría menos. Él levantó la mano a modo de disculpa y dejó dieciséis maravedíes sobre la mesa. Cuando se giró comprendió que la mirada de Hernaldo estaba ya puesta sobre él, interrogante. Se encogió de hombros, disimulando su inquietud. Con la mano cerca de la navaja de muesca s, musitó un lacónico «Mujeres», dando a entender que le sacaban de quicio. Hernaldo se mantuvo pensativo durante un instante y le siguió hacia fuera, mientras Jacinta comenzaba a chillar una catarata de improperios.

El Zurdo permitió que el soldado se quedara a su espalda para que pensara que el guantazo a la ramera nada tenía que ver con él. En cuanto estuvieron a solas, el viejo soldado de los tercios desvió la mano sobre el espadín.

—¿De qué trabajo hablaba la puta? —le interrogó.

—Uno que me trajo hace años para una señora del paseo de las Descalzas — le dijo sin dejar de mirar su mano de soslayo —. Quería que le domase unos

potrillos.

—¿Cuál era el nombre de la señora? —le preguntó de nuevo.

Durante un segundo valoró la posibilidad de destripar a aquel hijo de perra y huir de Madrid con su fortuna. Pero se dijo que el marqués le daría caza aunque estuviera en las Américas. Levantó el labio inferior hasta ocultar el superior y negó con la cabeza.

—La verdad es que no me acuerdo, fue hace mucho tiempo. Como muchos caballos —le contestó como si hubiera tratado de hacer memoria.

Hernaldo le escrutó. Parecía meditar sus opciones, así que acercó la mano hacia la navaja.

—¿Vamos al tajo o vamos a otra cosa? —le preguntó.

Hernaldo asintió afirmando que debían centrarse en el trabajo y que le informara de dónde había estado el negro de Castamar. Él le dijo lo que uno de sus hombres le había contado esa misma mañana: que hacía dos días había llegado de Valladolid, de visitar a su madre, y que andaba buscando El Zaguán. Por mucho que preguntase, nadie de los arrabales hablaría con un mestizo vestido de caballero. Tratarían de sacarle los cuartos dándole direcciones falsas antes de comprometer un lugar como aquel. Sin embargo, otra cosa sería con los alcaldes y porquerones de Casa y Corte, sobre todo los que patrullaban la zona. Estos sí podrían informarle si aflojaba su bolsa. En el rostro de Hernaldo de la Marca vio que no había surgido ningún gesto de sorpresa, por lo que el Zurdo dedujo que de alguna forma era algo con lo que su señor y él ya contaban.

—Busca hombres diestros. Aparecerá un día y tendremos que estar preparados —le dijo Hernaldo confirmando que aquello era parte de un plan—. Tus hombres cobrarán por día hasta que venga.

—Tendrás que decirme qué hacer cuando el negro se presente aquí...

—Vamos a darle una lección.

PARTE TERCERA

16 de octubre de 1721 - 7 de noviembre de 1721

CAPÍTULO 28

16 de octubre de 1721

Amelia llevaba días preparando su marcha, después de haber abusado de la confianza de los Castamar durante la primavera y el verano. Ahora, ya en otoño, justo el día en que comenzaría la celebración anual de la heredad, había decidido poner rumbo a El Escorial con el fin de visitar a su madre. De ella solo había recibido noticias por las cartas que le entregaba la servidumbre que la custodiaba. Entre ellas, don Enrique le había escrito para informarle, con sus palabras educadas, que esa noche asistiría a la cena de Castamar, donde esperaba encontrarla. Estaba aterrorizada. No había forma de hacerle entender a ese hombre que no podía conseguir lo que le exigía, que ella no tenía poder alguno para seducir a don Diego.

Contaba, desde luego, con la simpatía de doña Mercedes y de sus hijos, pero nada más. Y había llegado a la conclusión de que, si el marqués se daba cuenta de qué lejos estaba don Diego de desposarse por deber, y de lo alejada que se encontraba ella, por tanto, de conseguirlo, posiblemente la haría desaparecer en un accidente a ella y a madre.

Por eso había ideado una estrategia para salir de aquella raigambre. Pasaba por recuperar a su madre y salir de Madrid hacia Cádiz, y desde allí zarpar a alguna nación europea, posiblemente Francia o, si no, las Américas. Esperaba poder entregar una fortuna al mayordomo o a algún criado de la hacienda con el fin de que la sacara de allí. Si lo conseguía, se olvidaría para siempre de don Enrique. Mientras tanto, debía hacerle creer que podía lograr sus objetivos. Además, por nada del mundo revelaría su implicación en la trama a don Gabriel, por mucha estima que le hubiera tomado durante aquellos meses. No arriesgaría la vida de su madre, pero aún estando libre de esta carga, don Enrique tenía medios para perseguirla allá donde fuese y darle caza. Incluso pensó pedirle a don Gabriel que la acompañase, de tal forma que, si la servidumbre de El Escorial se negaba, este se retratase frente a él. Sin embargo, luego pensó que no le pediría tal cosa, pues no deseaba que se convirtiera en un objetivo del marqués. Por eso guardaba silencio, pese a que sentía la necesidad de sincerarse con él. Temía por su seguridad, ya que, de saber los planes de don Enrique, le tomaría como un enemigo.

Desde que la había rescatado del barro, la tormenta y una muerte segura, la

visión que tenía sobre los de su raza había cambiado. Su dedicación completa a su bienestar; las curas que él mismo le había practicado en el rostro según prescripción médica; los paseos por los jardines de Castamar y las salidas a Villacor; las pequeñas notas que le había dedicado; las lecturas con que la complacía y la música del clavecín que interpretaba para ella habían hecho que un día de primavera dejase de ver el color de su piel para ver el del fondo de su espíritu. No había un hombre más noble y protector. Don Gabriel era todo lo que desearía encontrar en un hombre: apuesto, seguro, fiable y dedicado. Por eso, ahora, con el equipaje ya embalado, estaba esperándole entristecida para despedirse. La relación no declarada que se había establecido entre ellos solo traería desgracia sobre ambos si se dejaba prosperar. Ella era una mujer soltera, con la virtud robada y el rostro marcado. Él solo tenía un rango efectivo dentro de los límites de Castamar y fuera de ellos era un negro más al que despreciar por su extraña condición.

Llamaron a la puerta y dio el paso. Tal y como se imaginaba, don Gabriel apareció vestido de manera impecable, con una casaca de tafetán y una chupa azul celeste con botonera plateada. Se giró hacia él y le hizo una pequeña genuflexión. Él se quitó el tricornio y la saludó cortésmente declarando su deseo de saber si ella mantenía la intención de abandonar Castamar.

—No deseo causarles más perjuicios de los que ya les he ocasionado y..., como ve, ya han recogido las pertenencias que tan amablemente hizo usted traer de mi casa de Madrid. Deseo visitar a mi madre.

Él asintió comprensivo. Adelgazó los labios como en otras ocasiones, cuando constreñía su intención de abordar el tema del asalto. Meses atrás, ella le había dejado claro que no conocía ninguna motivación de nadie para semejante agresión a su persona. Incluso añadió que, de saberlo, lo más prudente era callar, pues hacerlo público solo traería la desgracia sobre ella y sobre todo aquel que tuviera conocimiento al respecto. Aquellas palabras parecieron flotar entre ambos. Se produjo un silencio, como si ninguno quisiera despedirse. Hasta que él la miró con sus ojos oscuros y brillantes y liberó sus labios:

—Le reitero que deseo fervientemente que se quede a la cena de esta noche.

Ella sintió un escalofrío con tan solo pensar en don Enrique, y bajó de inmediato la mirada.

—Por supuesto que esta invitación es extensiva por parte de mi hermano y de mi madre, que como sabe le tiene un sincero aprecio —añadió—. Como le dije el otro día en nuestro paseo, me encantaría ser su acompañante.

Ella sonrió un poco cuando le vino a la memoria aquel momento.

—Le agradezco su ofrecimiento, pero ser su acompañante esta noche me pondría en una situación incómoda y creo que a usted...

—Lo comprendo. A veces olvido lo que le estoy pidiendo —la interrumpió él con suavidad—. No tema, mi invitación estaba reservada a la cena privada, entre amigos, que mi hermano tiene el gusto de ofrecer antes de la fiesta. Pese a la insistencia de mi hermano, yo nunca acudo al festejo posterior. El color de mi piel no es adecuado para la corte, y comprendo que tampoco lo es para usted. Me temo que traería habladorías constantes y sé que esto tendría... consecuencias desa...

Amelia se acercó a él y levantó la mano cortando su discurso. Sintió su respiración algo agitada y cierto olor a un aceite esencial que le recordó al tomillo en verano.

—Me ha malinterpretado, don Gabriel —le susurró—. Si bien no puedo negar que al principio de estar en Castamar tenía reticencias sobre el color de su piel, hace mucho tiempo que estas han desaparecido. En cualquier caso, nunca le haría tal deshonor, y más cuando usted me salvó la vida. Usted es el mejor acompañante que yo podría tener en la fiesta, y mi negativa no se debe ni mucho menos al color de su piel —continuó—. El no querer asistir es... por mi..., mi estúpida vanidad de mujer... —arguyó acariciándose la cicatriz cerrada que le cruzaba la mejilla—, que me impide exponerme en una fiesta de estas características.

La expresión de don Gabriel cambió de inmediato.

—Le pido disculpas por mi torpeza —le dijo—. Acostumbrado al desprecio que despierta el color de mi piel en los corazones obtusos, he pensado solo en mí, cuando debía haber pensado en su bienestar.

—No se culpe. No conmigo, que he visto su corazón y sé cómo es —le dijo Amelia restándole importancia.

Se miraron unos segundos. Ella supo que estaba haciendo otro acto de constricción. Esperó un poco y él se aproximó más.

—Permítame protegerla —le dijo—. Le juro que no consentiré que nunca nadie ose hacerle daño otra vez.

Esas palabras la conmovieron hasta el punto de querer abandonarse a ellas y sincerarse. Él le acarició la cicatriz con la yema de los dedos y ella, dubitativa, le detuvo la mano un instante para luego permitir que rozara su rostro. Sin saber cómo, cruzó ese espacio infinito entre ambos e inclinó la cabeza hasta que su frente se apoyó sobre su pecho. Fue entonces cuando

llamaron a la puerta y ambos tomaron distancia de inmediato. Don Diego apareció en la alcoba pensando que solo la encontraría a ella. Se frenó, pero don Gabriel le dijo que no debía preocuparse. Durante un segundo regresó aquella extrañeza que se instaló en ella desde las primeras veces que había visto a los dos hermanos en su intimidad. Entre ellos, tras las puertas, no existían rangos, solo una fraternidad sólida como el acero. La confianza del uno en el otro era ciega. Esto, junto a alguna charla que había mantenido con don Diego sobre la esclavitud, había terminado por abrirle los ojos a esa realidad injusta.

—Venía a rogar a la señorita Castro que se quedase esta noche a la cena... — dijo un tanto incómodo todavía.

Don Gabriel se apresuró a decir que ella tenía compromisos, pero, antes de que concluyera la frase, Amelia, llevada por un impulso, afirmó que podían esperar y que sería un placer acompañarlos esa noche. Don Diego se retiró con el fin de avisar al servicio de que habría un comensal más, y cuando este salió, don Gabriel le agradeció que se quedara.

—Es lo mínimo que puedo hacer —le contestó ella.

—En ningún caso deseo comprometerla. Sé que usted, por su buena educación...

—Le acompañaré a usted con gusto —le interrumpió.

Había obrado por una necesidad interna, tal vez motivada por la petición reiterada, tal vez por sentirse protegida en los brazos de don Gabriel, o simplemente porque se negaba a tener miedo. Él salió tras el duque excusándose y ella se quedó sola, con el terror dentro del estómago. Se sentó mirando sus manos y comprobó que estas se agitaban sin control alguno. «Sé fuerte, Amelia —se dijo—. Pase lo que pase en la cena, don Gabriel estará a tu lado, y si deseas ser libre, tienes que hacer frente a don Enrique».

Mismo día, 16 de octubre de 1721

La cena privada de don Diego y sus amigos estaba siendo «todo un éxito», según las palabras de Andrés Moguer. El sumiller, que enviaba a los camareros con pequeñas descripciones de lo que acontecía en el salón, llegó a decir que se había extendido un silencio apenas roto por los suspiros de placer al catar los trincheros, la carne, los cons umados. La vorágine de la preparación de aquel evento había comenzado tres días atrás. Primero con la llegada de doña Mercedes, la madre del duque, y don Enrique de Arcona, su invitado, y más tarde con la aparición de los amigos de su excelencia, don Francisco y don Alfredo. Clara había cumplido ya un año de servicio en

Castamar. La celebración anual instaurada desde doña Alba recibiría en la hacienda a prácticamente la totalidad de la corte madrileña. Durante dos noches y un día, Castamar brillaría con luz propia, pues esta vez, con la venia de su excelencia, había tenido el tiempo suficiente para dar instrucciones adecuadas a cada dependencia bajo su mando: ramillete, guardamangier, potajier, sausería y cava...

Ahora actuaba, por lo menos en cuanto a la cocina, como Vatel, el gran maestro de ceremonias del siglo pasado, y así se lo hizo saber a su hermana y a su madre en una carta enviada esa misma mañana. Con ello respondía a la última que había recibido de cada una de ellas, donde la informaban de que gozaban de buena salud. Clara se deleitó explicándoles, con su letra bien definida, cómo había indicado a Jacinto Suárez, el comprador de viandas, que no aceptaría ningún género que no tuviera una calidad excelente; cómo detalló a Lázaro Molás, el jefe de ramillete, el tipo de decoración que deseaba para cada mesa; la forma en que dirigió personalmente a Matilde Marrón, la jefe de sausería, sobre qué tipo de aceite de oliva utilizar, muy refinado, las jaleas, las salsas y la fruta que debían preparar y el orden de estas.

Al terminar de escribir los pliegos, se puso a programar, como si fuera una danza, la disposición en que debían aparecer los platos, las carnes y el pescado, y en qué orden, y su presentación en la mesa. Dirigiendo tres cocinas y a los mismos cocineros que tan buen resultado dieron la temporada anterior, había estado con mil ojos para que todo fuera según su criterio. Esta vez, el cocinero francés Jean -Pierre de Champfleury, que se había sentido molesto por sus indicaciones el año pasado, aceptó de buena gana todo lo que le había indicado. Al parecer, había llegado a sus oídos una alabanza del círculo cercano de la reina afirmando que la señorita Belmonte era una cocinera de cualidades extraordinarias de la que cualquier hombre podría aprender. En esta ocasión, Clara había preparado para su majestad unos pequeños platos de pasta italiana aderezada con orégano, carne, albahaca y tomate, con un poco de vino blanco y un punto de azúcar para contrarrestar la acidez.

Don Pedro Benoist y don Pedro Chatelain, los cocineros de boca de la reina y del rey, habían venido también esta vez a supervisar y catar los platos por indicación de sus majestades. Esa misma mañana, ambos le habían dado su más sincera enhorabuena y algunos buenos consejos sobre la cocción de la olla que ella había agradecido. Desde el alba apenas había podido pensar en nada más que en cocinar y dirigir, aunque de vez en cuando, en sus caminatas entre un fogón y otro, dejaba volar la imaginación hasta la balda de su cuarto,

que contaba ya con una colección de obras culinarias de más de catorce volúmenes. Desde la visita de doña Úrsula el día de la muerte de Rosalía, prefería mantenerlas tapadas con un lienzo para que, de recibir alguna visita, esta no pudiera ver los libros. Si doña Úrsula descubría los libros podría hacer alguna estrategia para desacreditarla frente a la servidumbre. Aun así, solo había recibido la visita del señor Casona trayéndole algunas ramitas de dama de noche con el fin de aromatizar la estancia.

Durante aquel tiempo la relación de Clara con la dueña había sido tan fría y distante como siempre, e incluso hacía cuatro días habían tenido uno de sus habituales desencuentros. Clara, apiadada por la situación de don Melquíades, que desde enero seguía recluido en su cuarto como un reo fantasmagórico, había decidido hablar con su excelencia con el fin de que le perdonase. Al enterarse doña Úrsula de tal evento, se había acercado a los fogones y le había ordenado en público que «dejara de entrometerse en asuntos que no eran de la cocina». Pero no fue el incidente con ella lo que la había dejado desajustada, sino la reacción de don Diego. Su petición no había caído tan bien como esperaba y su excelencia, tras escucharla, tuvo que contener la ira, bufando hasta que se fue sin decir nada, con el rictus tenso. Más tarde, ya por boca de Elisa, supo que su intervención directa en favor de don Melquíades era la última de una larga lista. La servidumbre, a diferencia de ella, había abogado por el perdón a don Melquíades de una forma velada, dejando caer circunloquios cuando pasaba el duque cerca, o destilando pequeños ambages sobre el perdón de los pecados. De hecho, estas insinuaciones se habían vuelto tan recurrentes que el propio duque, hacía ya meses, le había dicho a doña Úrsula que lo del mayordomo era un asunto privado y que no deseaba recibir más sugerencias indirectas de la servidumbre, pues ya las tenía en cuenta. Doña Úrsula, consciente de esto, informó a todos menos a ella para que al final metiera la pata. El señor había preferido contener su ira antes que estallar en gritos, pero la dueña no tardó en aparecer triunfante y decirle a Clara delante de todos que no se inmiscuyera en asuntos a los que no había sido invitada. Pese a que no le agradara doña Úrsula, ella había tenido que darle la razón. Defender a don Melquíades no era parte de sus obligaciones de cocina, pero el hombre llevaba ya cerca de nueve meses viviendo como un errante, sin poder abandonar Castamar y con el alma destrozada por haber defraudado a su excelencia.

Se sospechaba que algún miembro del servicio se había pasado por la habitación del mayordomo, pero solo Simón Casona y ella le visitaron

públicamente contra las órdenes de la dueña, con el fin de aliviar su soledad y su pesadumbre. En su caso, el la le había estado visitando para que el hombre, que había sido toda una institución en la hacienda, no quedara en un espíritu empobrecido por la soledad y el remordimiento. La última vez había sido apenas cinco días atrás. Tenía la barba crecida y el pelo largo, y su estancia era solo un reflejo de su remordimiento, tan desatendida como él, con las paredes constreñidas y los entarimados tristes.

«Espero no molestarle», le dijo Clara.

«No veo cómo podría, señorita Belmonte», le contestó educado.

Durante aquellos meses, ambos habían entablado una amistad sincera. Así, habían

ido tomando confianza, contándose lo azaroso de sus vidas. Don Melquíades, incluso, le desveló que, siendo él más joven, había estado enamorado de una muchacha de cierta alcurnia, y que la diferencia de rangos sociales había hecho imposible el casamiento: él, por ser un criado, y ella, por cumplir con los deseos paternos de tomar un esposo de cierto abolengo. Aquel amor se había marchado al norte, a tierras gallegas, y él quedó destrozado durante muchos años. En otra ocasión, pasados los meses, le confesó que, cuando doña Úrsula entró a trabajar en Castamar, había pensado que era una mujer atractiva y de buen carácter con la que podría tener una amistad duradera. Ambos se rieron por la ingenuidad de aquello.

«Todos cometemos errores —le dijo Clara tratando de animarle—. Tras la muerte de mi padre, yo fui una carga para mi madre. No podía salir ni traer dinero a casa, y mi pobre madre gastó todo lo que tenía ahorrado en mantenernos y en cuidarme. Mi hermana pequeña apenas era consciente de esto. Pese a la situación, seguía creyendo que teníamos dinero. Un día, llevada por la frustración, la reprendí severamente por su ingenuidad. Le hice ver que apenas teníamos ya para vivir, que pronto nos echarían de la habitación... Fue una carga injusta para ella».

Por estas charlas amigables y sin decirle nada al mayordomo, había determinado interceder por él ante don Diego, y tras la reacción del duque pasó más de un día completamente abatida, destemplada, como si no pudiera concentrarse ante el riesgo de haber ofendido a su excelencia. Todos esos meses, por contra, se había percibido incluso más liviana y alegre, y muchas mañanas tomaba alguno de los recetarios con el fin de agradarle y cocinar una nueva salsa, una variante del faisán o el cordero, una nueva forma de hacer la crema o preparar la fruta. Además, si ver los libros le producía regocijo,

mucho más se lo daba el saber que en cada uno de ellos había una nota escondida. A medida que pasaron la primavera y el verano, el duque y ella habían tenido la oportunidad de hablar en ciertas ocasiones puntuales, de la manera más correcta posible entre un señor y su cocinera, a la par que sus intercambios secretos habían ido creciendo. Por eso, a cada nota recibida de su excelencia fue añadiendo una copia de sus respuestas, para así poder leerlas de vez en cuando. Y era este pensamiento el que la conducía algunas noches a abrir uno por uno los libros y leer las cartas sucintas que se habían ido intercambiando.

Aquella relación epistolar había obrado un cambio en su interior. Por un lado, se sentía de algún modo cercana a su excelencia, más que cualquier otro miembro de la servidumbre; sus cartas le permitieron conocer al hombre que se escondía tras el título nobiliario. Por otro, algo en ella había ganado fuerza, la suficiente para enfrentarse al terror a los espacios abiertos, como le había confesado en una de sus pequeñas notas:

Queridísima excelencia:

Sé por boca del señor Moguer que los dulces de huevo, así como el trincherero y la pierna de cordero, fueron de su agrado, pues con suma diligencia me hicieron llegar sus felicitaciones. Pese a que reconozco que siento cierto temor a que alguna vez no pueda contentarle como ahora, me siento dichosa de que le guste tanto mi cocina. Asimismo, sus actos de generosidad hacia mi persona me han inspirado de tal forma que me he dispuesto a superar mi aprensión a los espacios abiertos.

Don Diego no tardó en responder, con su primorosa caligrafía y su trazo seguro, afirmando:

... su actitud es propia de los caracteres fuertes y espíritus resueltos, señorita Belmonte. Siga por ese camino y, sin duda, superará su aprensión antes de lo que cree. Me temo que esta semana no llegará el pedido a tiempo, pero espero entregarle el libro dentro de poco.

Ella había tenido que aguardar algo más de ocho días para recibir finalmente el nuevo ejemplar: un recetario editado en París en 1656, del cocinero Pierre de Lune, *Le nouveau cuisinier*. No tardó en contestarle con unas líneas reconociéndole que sentía una inmensa dicha al poder servir como su cocinera en Castamar. Al final, el trasiego de notas fue bastante superior al de los libros, y ambos habían intercambiado correspondencia más allá de los volúmenes. Incluso hubo ocasiones en las que Clara se quedó esperando a ver cuándo aparecía con nuevas líneas para ella. Una de las veces en las que más

regocijo y miedo a partes iguales había sentido fue en verano, cuando él, tras una comida en Villacor con sus amigos, le dejó una cuartilla escrita.

Sin duda que regalarle esos libros ha sido el mayor de los aciertos, pues disfruto plenamente con los diversos sabores de cada uno de los platos que cocina. Sin embargo, he de decirle que este disfrute solo es un pálido reflejo comparado con la satisfacción que me produce saber que están hechos con su afecto hacia mi persona.

Dos líneas más abajo añadía:

Es por esto que, del mismo modo, cada vez que degusto su cocina aflora en mí un afecto sincero hacia usted.

Estas palabras hicieron que su corazón se acelerase y su cabeza burbujeara sin parar. Se preguntaba hacia dónde caminaba aquel secreto que albergaban ambos, si hacia una cocinera y un duque carteándose secretamente en un juego inocente, o hacia algo que solo conllevaría que ella terminase yéndose con el alma partida y su carrera agotada. Tuvo tanto miedo, tanto, que le dejó sin respuesta durante cuatro días. Sin embargo, verle entrar una y otra vez en la cava fingiendo que buscaba vino cuando en realidad era su nota lo que deseaba, le había enternecido. El pobre bajó a la cava más de seis veces en ese tiempo aludiendo a que el vino estaba picado, y cada botella era solo una excusa, con lo que esos días se desperdició mucho Valdepeñas bueno. Finalmente, Clara le dejó unas líneas:

Su excelencia, he de darle las gracias, pues estoy viviendo unos meses de dicha que no conocía desde los tiempos en que mi difunto padre vivía, y...

Había añadido una frase que tachó y reescribió en varias ocasiones; tuvo que pasar la nota a limpio hasta cuatro veces:

... y sus muestras de cariño hacia mi persona, su dedicación y gentileza solo me han hecho apreciarle más cada día, excelencia, como no puede ser de otro modo.

Por eso se había cegado como una tonta por lo de don Melquíades, y cuando don Diego le bufó, con esa cara tensa y los labios casi descoloridos por la presión, se generó en ella un sentimiento de abandono y remordimiento. Al día siguiente, ya por la tarde, ella había pedido audiencia para verle y, esquivando la acechanza de doña Úrsula, entró en el salón con el fin de disculparse por su osadía anterior.

«Antes de que diga nada, tome —le dijo él con una sonrisa, tendiéndole un nuevo volumen—. Este he preferido entregárselo en mano».

Ella, sonrojada, le había dado las gracias con una genuflexión y había tomado

el libro. Entonces sus yemas se tocaron. Él prefirió mantener el libro agarrado por su extremo y ella deseó que no lo soltase, mientras bajó la tapa se extendía aquel delicioso momento.

«Solo espero que la imagen que pueda haberse formado del carácter hosco que a veces tengo se dulcifique con este gesto», le dijo con su voz armónica don Diego liberando al fin el ejemplar.

Ella comprendió enseguida a qué hacía mención.

«Excelencia, a riesgo de contrariarle y sabiendo que soy una intrusa en asunto ajeno, desearía hacerle saber... que desearía disculparme..., perdone mi franqueza y mi atrevimiento de ayer cuando traté...».

Entonces sus ojos claros se habían posado sobre ella, y don Diego se había echado a reír interrumpiéndola como si sus disculpas no fueran necesarias.

«Señorita Belmonte, es usted increíble. Sin duda, el señor Elquiza tiene en usted una excelente defensora —dijo—. Soy yo quien debe disculparse por mi reacción del otro día. Usted solo protegía a un amigo y está en todo el derecho de hacerlo».

Ella se sonrojó aún más llevada por el decoro.

«Mi intención no era más que un ruego y en ningún caso quise jugar con el aprecio que su excelencia pudiera sentir hacia mí —declaró—. Por supuesto, no emitiré juicio de valor sobre su persona si usted finalmente considera que don Melquíades no merece su perdón».

Él asintió y serenó una alegre carcajada.

«Déjeme decirle algo —le dijo—. Pese a mi decepción con don Melquíades por haber abusado de mi confianza, nunca he deseado que abandonara Castamar. Solo he dejado pasar el tiempo suficiente para que la herida doliese menos. Jamás ha estado en mi ánimo expulsarle y menos aún que fuera condenado a un destierro, pero ahora que sé que usted tampoco lo desea, menos aún. Le prometo que arreglaré esta situación antes de que termine la semana».

Embargada por la gentileza que acababa de mostrar hacia ella, le había dado otra vez las gracias y se había despedido bajo esa mirada límpida de su excelencia que nunca escondía nada. Así había pasado los dos días siguientes, entre el recuerdo de su contacto y el de sus palabras, preparando exultante la mejor recepción que uno pudiera imaginar para Castamar. Ahora, después de servir la cena y saber que había sido excelentemente recibida, se dijo que el señor estaría del todo satisfecho con el trabajo realizado. Se sintió dichosa, como si toda su vida hubiera girado sobre este momento concreto; como si

todo su hiriente pasado —la muerte de su padre, su ruina y su bagaje por el mundo de los fogones — hubiera de pronto tomado un sentido. Ella era indiscutiblemente la cocinera jefe de Castamar, y si el duque se había emocionado con la cena, entonces se sentiría pletórico de orgullo cuando comprobase lo que tenía preparado para la celebración. Sin dejar volar más sus pensamientos, se puso manos a la obra y comenzó a supervisar cada uno de los preparados que saldrían de su cocina.

CAPÍTULO 29

Mismo día, 16 de octubre de 1721

Durante aquellos meses, su hermano Gabriel no había dejado de investigar a don Enrique bajo la sospecha de que, tras sus buenos modales, escondía intereses oscuros. Sin embargo, no había conseguido ni una sola prueba, a excepción de localizar una mancebía en el barranco de Lavapiés, donde su secuaz tenía ciertas reuniones secretas. Él había insistido en ir allí, pero Diego se lo había prohibido rotundamente. Era demasiado peligroso para él. Con todo, prefirió aceptar que su madre invitara al marqués, primero por no discutir con ella, pero sobre todo porque deseaba tener cerca a esa hiena astuta.

Don Enrique había llegado hacía unos días a Castamar. El primer comentario que hizo después del saludo y las palabras corteses fue sugerir que sería bueno que la señorita Amelia no cenase con ellos, pues los obligaría a mirar su rostro desfigurado y ella se sentiría incómoda. Diego supo que Gabriel, que en aquellos meses había desarrollado un afecto profundo por ella, estuvo a punto de dejarse llevar. Pero una mirada suya bastó para que se fuera resoplando mientras él le explicaba al marqués que la señorita Amelia era invitada de la casa y que, si le resultaba insoportable ver su rostro, podía no asistir él. El cicatero don Enrique se rio afirmando que solo lo decía por ella.

La señorita Castro se sentó junto a Gabriel en la cena. Diego, como anfitrión, dio la bienvenida a todos los invitados: a su madre, que, como siempre, había perdido su sombrero a la llegada a Castamar obligando a su lacayo a perseguirlo por media escalera; a don Enrique, al que no había visto desde la pasada celebración; a la señorita Amelia, que evitó constantemente encontrarse con la mirada del marqués; a Francisco, que vino acompañado por su común amiga Leonor de Bazán, recién llegada desde Valencia; y finalmente a su querido Alfredo, que, como siempre, no había traído acompañante. A diferencia del año pasado, faltaban la baronesa de Belizón, doña Sol Montijos, marquesa de Villamar, y su pobre y orondo marido, que había fallecido a principios de año en un accidente de su carroza.

En cuanto terminó el breve discurso inaugural todos aplaudieron, y Francisco se puso en pie para hablar también.

—Queridos amigos, he de confesar que realmente no estoy en Castamar por celebración alguna, sino por las excelencias culinarias de la cocinera, que todos recuerdan bien. Si su belleza es como su cocina, el rey debería darle un título.

Todos rieron ante la ocurrencia de Francisco, que ya se acomodaba en la silla.

—¿Es bella, Diego? —le preguntó Alfredo al respecto.

—Lo es, mucho —contestó—, aunque esa solo es una de sus múltiples cualidad es.

—Es de lo más extraño la existencia de una mujer así entre la plebe —añadió Alfredo.

—Ya hablamos de esto, ¿recuerda? Extraña cocinera la suya: una solterona instruida y con cierta hermosura —dijo don Enrique con su tono altanero.

A Diego no le gustó demasiado la deriva de aquella conversación sobre la señorita Belmonte y dio la orden de traer las viandas para que comenzara la cena.

—Podría ser que, en realidad, si decidiéramos bajar a las cocinas descubriéramos que he mentido y que mi hermosa cocinera es en verdad un jefe de cocina orondo y de manos gruesas —bromeó Diego, y todos rieron mientras él lanzaba una mirada congelada al marqués—. Cenemos. ¿No creen que hemos tenido suerte con el tiempo?

Don Enrique, como si no comprendiera que debí a cambiar de tercio, le sonrió al ver que su madre afirmaba que la muchacha, de ser noble, sería la esposa perfecta excepto por su afán de dedicarse a la cocina, «tarea de mujeres sin alcurnia».

Diego dedicó a Francisco una mirada cómplice para que desviara el tema de conversación, y este se apresuró a intervenir:

—Querida doña Mercedes, en mi opinión, y sé algo de mujeres —dijo juguetón ante las sonrisas del resto—, todas son iguales bajo las ropas.

—¡Será libertino! —le dijo su madre fingiendo escándalo—. Francisco, no sea indecente.

Los hombres se carcajearon y las mujeres se miraron alteradas por su comentario. Don Enrique, con aquella sonrisa que velaba sus intereses, defendió el honor de las damas argumentando que el descender de casa noble era un grado indiscutible. A Diego le tocó un poco la fibra cuando el cretino volvió a poner en tela de juicio la belleza de la señorita Belmonte, alegando que seguro no se podía igualar a la de una señorita linajuda, que lleva la belleza desde la cuna.

—Y morirá con ella, si Dios lo desea —dijo con una mirada fugaz y apenas perceptible hacia la señorita Amelia —. ¿No lo cree así, don Diego? —le preguntó directamente.

Diego le miró entonces con los labios tensos. El marqués le mantuvo la mirada diciéndole que no sentía miedo, y él le sonrió haciéndole saber que lo tendría si seguía por ese camino. Aun así, se contuvo las ganas de afearle el comentario desafortunado, y también de decirle que su cocinera no tenía que envidiar belleza, cultura y, menos aún, carácter a ninguna mujer noble. Por eso, mientras los camareros entraban y comenzaban a servir la sopa, se mantuvo en silencio, eligiendo las palabras para no ser acusado de partidista.

—Estoy en desacuerdo con usted, marqués. Si bien la nobleza otorga cualidades indiscutibles, como la educación por ejemplo, el título no conlleva ese tipo de grado.

—Mi querido don Diego, qué vehemencia —dijo don Enrique levantando la mano con su rosolí—. Si algún día expresa en voz alta este tipo de pensamientos en la corte, tal vez piensen que es usted algún tipo de revolucionario.

—Lo lamento si le disgusta la forma en que me expreso —dijo él—. Se me acusa de cierta robustez en el habla.

El marqués se carcajeó quitándole importancia y don Diego pensó que era una hiena peligrosa disfrazada de pavo real. Alfredo, cansado de aquel oportunista, constriñó el gesto y retó directamente al marqués con una sonrisa peligrosa:

—Si tanto duda, marqués, la mejor forma de resolverlo será una apuesta. Si la cena que se le presenta la considera excelente, haremos subir a la cocinera para contemplar su hermosura, si es que la tiene, y podrá ver si es culta y refinada. Si es así, deberá reconocer públicamente su absoluta ignorancia en estos temas de los que tratamos.

Diego, al oír a su amigo, sintió una profunda necesidad de que el marqués se tragase cada una de sus palabras, de que quedara en ridículo por sus maliciosas ideas. Clara Belmonte era una criatura adorable, de las más hermosas que había visto. Era culta, refinada, tenía un don para la cocina incuestionable y, por supuesto, no cabía duda de su talante. Aun así, percibió una voz que le avisaba de que aquel juego era peligroso, que podía dejar entrever su inclinación por ella. Quiso intervenir para detener aquel juego banal, pero don Enrique apenas le dio tiempo.

—Brindo por ello —dijo aceptando el reto.

Diego, molesto, miró a Alfredo para darle a entender que no le había gustado el envite, pero su amigo ni siquiera le prestó atención. Tan solo estaba pensando en obligar al marqués a retractarse.

—Y si no fuera así, la cocinera de don Diego pasaría a estar a mi servicio — dijo de pronto categórico el marqués.

Fue entonces cuando el lance se convirtió en un verdadero desafío. Don Enrique le clavó las pupilas retándole con sus párpados algo entrecerrados, como si se estuviera produciendo un duelo donde él quedaría como un mentiroso de no aceptarlo, incapaz de probar la hermosura, instrucción y talante de la señorita Belmonte. Seguía sin entender por qué el marqués le provocaba constantemente sin llegar a cruzar la raya. Durante unos segundos la voz de su orgullo le susurró que su cocinera, con su saber estar y diligencia, silenciaría a aquel pomposo mequetrefe.

—Me parece justo —concluyó.

Mientras terminaban de servir la sopa —un suntuoso caldo de ave aderezado con huevo cocido, pan de trigo tostado y unas pequeñas tajadas de hígado frito —, se dijo que el marqués se vería obligado a aceptar la excelencia de Clara Belmonte en su oficio, pues durante más de veinte minutos el salón había quedado silenciado. Solo se había elevado un coro de pequeños gemidos de satisfacción, incluidos los del propio marqués. Más tarde, ya con los segundos, se dejaron invadir por su decoración desde el centro del plato hacia fuera y también de forma libre. La mayoría se engalanaban con motivos florales de brotes comestibles y algunos variados, incluso, con yemas de huevo al almíbar y chocolate en ralladura o espolvoreados de canela. Lo siguieron entre platos los huevos y calabacines rellenos, bofe emparrillado, el estofado en salsa negra, las albondiguillas de ternera, las carnes de membrillos de azúcar, hasta llegar a los asados y los trincheros. Cuando los comensales se acercaron a los postres apenas les quedaban ya adjetivos elogiosos: las tartaletas, el budín de arroz, las tortas de miel y cuajados de moras eran algunas de las especialidades que la señorita Belmonte había preparado para ellos.

La votación fue tan unánime que todos deseaban que ella subiera para darle la enhorabuena. Diego se sintió orgulloso de su cocinera. Nadie hubiera podido emitir siquiera un pequeño y desagradable comentario sin quedar en ridículo. Opinar sin sentido, incluso contra el decoro, era tan usual entre la aristocracia que a veces le resultaba insoportable. «La necedad no es exclusiva de don Enrique», se dijo. Había visto a menudo cómo se expresaban opiniones con el

único objetivo de alimentar los egos y la vanagloria, y en la mayoría de los casos ni siquiera aportaban nada constructivo. Con esa misma cena, cuya preparación y resultado eran de una calidad incuestionable, habrían bastado dos o tres opiniones en contra y ciertos caracteres pusilánimes para aceptar que Clara Belmonte no tenía talento alguno o que, como mucho, poseía una cierta intuición extravagante para la cocina. Este ejercicio cotidiano de opinar sin saber, por el solo hecho de ser notorio socialmente, terminaba destrozando los trabajos y las vidas de cuantos ponían empeño en algo y caían víctimas de los juicios de la vanidad. Su padre siempre le había mostrado que la opinión habla de uno tanto como los actos y, al igual que en casi todas las cosas de la vida, debía darse con sensatez, tan solo diciendo lo que uno pensaba sin utilizar ese momento para el lucimiento.

—Diego, creo que sería oportuno felicitar a la cocinera en persona. Mándala llamar —pidió Alfredo.

—Si me disculpáis, iré a buscarla personalmente —dijo ante la mirada algo atónita de su madre e invitados.

Descendió hacia las cocinas, pero en vez de llegar por la puerta principal, se acercó por el pasillo acodado que comunicaba los fogones con la cava y la alacena. Al llegar a la puerta de la cocina prefirió esperar un segundo antes de entrar. Como un ladrón de historias, derramó la vista hacia el interior tratando de localizar a la señorita Belmonte tras el oleaje incesante de cuerpos. Tuvo que aguardar un poco, hasta que, desleída entre el humo y el crepitar de los metales, entre el fuego, el aceite y el olor a la manteca de Flandes derretida, divisó su figura pequeña y volunariosa. Sonrió al verla, con aquella mirada incapaz de mentir, dando órdenes como una directora de orquesta, con un olfato escénico maravilloso que le advertía de cuándo levantar la sartén, cómo napar los lomos de vaca con el majado oportuno, cuánto debían ser sazonados o salpimentados... Diego percibió una sensación placentera por colarse a hurtadillas en el mundo de Clara Belmonte.

Igual que cuando espiaba a su institutriz, tenía el privilegio de ojear el mundo privado de su cocinera, una realidad tan alejada de la suya que nunca se hubiera podido imaginar que le fascinaría de esa forma. Se quedó atrapado por sus movimientos y le pareció una sílfide entre el mar turbulento de cangilones, zafras de aceite, búcaros de agua fresca, escudillas de barro y trébedes de metal. Vinieron a su memoria palabras que le había escrito durante todos aquellos meses, y su mente se trasladó atrás, frente a ella, bajo el dintel de su cuarto, cuando estaba abrazada a él desgajando su tristeza por la muerte

de Rosalía. ¡Y él había estado a punto de acariciar sus labios con su boca! Le pareció una criatura frágil pero corajuda, que había sufrido las inclemencias de la vida hasta el punto de dejar sobre ella una huella hiriente e imborrable. Prueba de ello era la aprensión nerviosa que sentía a cielo abierto. Él la había visto en ocasiones desde la ventana, tras los cortinones de la segunda planta, enfrentándose con determinación a su enfermedad y exponiéndose al patio. Según el señor Casona, había hecho ciertos progresos y, con la suficiente paciencia, ya era capaz de dar al menos unos pasos y permanecer sentada un rato cerca de la puerta. Su pensamiento se quebró de pronto cuando uno de los entretenidos de cocina dijo en voz alta que Castamar brillaría como en los tiempos de doña Alba. Aun así, esta vez no sintió tristeza, pues tuvo la certeza de que de alguna forma Alba deseaba que Castamar brillase como si ella estuviera viva. Sonreía, al igual que Clara, cuando por la otra puerta de los fogones apareció la señora Berenguer con su imperativa presencia.

—No comprendo de qué se están riendo. —Oyó que le decía a Clara—. Con tan solo comprobar cómo está la cocina debería estar preocupada de que todo salga a tiempo. Le recuerdo que el resto de los invitados llegará al baile en cuestión de minutos.

—Creo que eso puede esperar, señora Berenguer —intervino él. Todos se detuvieron e hicieron una reverencia—. Mis invitados han quedado francamente satisfechos con la cena de esta noche y desean conocerla, señorita Belmonte. ¿Me hace el favor de acompañarme?

Clara se limpió las manos y asintió. Diego caminó delante de ella para evitar habladurías y tan solo le sostuvo la puerta por deferencia a su sexo. Mientras avanzaban hacia el salón, recordó el reto de don Enrique. Por supuesto, no le dijo nada a ella, pues pretendía que recibiera las felicitaciones y se fuese lo antes posible. Bastaría con que se mostrase como era para que el cretino del marqués quedara desacreditado. Entraron en el salón mientras uno de los ujieres les abría las puertas. Al fondo, el señor Moguer, como sumiller, mantenía el rictus serio, recto como una pica. No obstante, pudo notar que se permitió un saludo preciso y sutil a la cocinera. Como era natural, él la presentó a todos los invitados con diligencia extrema. Ella hizo una reverencia de lo más educada y Francisco se levantó aplaudiendo sobre el dorso de la mano. Le siguió Alfredo, que le dio su más sincera enhorabuena aplaudiendo también. Ella, apocada, hizo una nueva genuflexión y mantuvo la cabeza gacha.

—Me hacen un honor —dijo con las mejillas encendidas por la vergüenza—. No sé qué puedo decirles, gracias por el... inmenso honor que me hacen.

Francisco, con su natural gracia, agitó la mano.

—Nada de eso, querida. El honor es nuestro por cuanto hemos disfrutado de cada plato.

La señorita Belmonte le miró, y a Diego le pareció que sonreía de una forma encantadora, como una dama recién presentada en sociedad. Se retiró, uniéndose al aplauso, mientras se acomodaba en su sitio. Ella dio las gracias repetidas veces con una corrección envidiable. Durante aquella pequeña ovación se sintió orgulloso de ella y de su talento. Tras unos instantes, dio orden al ujier para que la acompañase a las cocinas. Justo cuando ella se despedía decorosamente de todos, sintió sobre él la mirada inquietante del marqués.

—Ciertamente es una muchacha agraciada, don Diego. Pero antes de que se vaya quisiera poder admirarla más de cerca, por confirmar que no sea, como usted proponía, un jefe de cocina disfrazado, orondo y con manos gruesas.

La señorita Belmonte le miró con el ceño algo fruncido, sin comprender a qué venía aquello. Diego, tratando de contener su nervio, le dedicó a don Enrique una mirada de advertencia. Este se levantó y, balanceando su bastón como un pavo real, se acercó a la cocinera. Diego se removió tenso al ver a aquel sujeto cerca de ella, y se dijo que si la dejaba en ridículo le partiría el alma en dos.

—Es innegable su belleza, don Enrique —repuso Alfredo.

Notó que Clara se sentía todavía más extrañada, y Diego comenzó a darse cuenta de que aceptar la apuesta había sido un completo error, uno que podía lamentar, uno ocasionado por su estúpida necesidad de hacer ver al marqués que no tenía razón. Desvió la mirada, y de soslayo vislumbró cómo el señor Moguer le indicaba a la señorita Belmonte con un gesto fugaz que abandonara la estancia cuanto antes. Ella hizo un leve movimiento de cabeza sin comprender el significado de aquella seña.

—Me temo que ha perdido la apuesta, marqués —sentenció Leonor con una sonrisa, levantando la copa.

Fue entonces, al oír aquella palabra, cuando a ella se le torció el gesto y supo que él, más allá de la enhorabuena, la había llevado allí por un envite. Diego se sintió como un estúpido. Había creído ingenuamente que ella entraría y saldría de la sala sin consecuencias y que el marqués se vería ridiculizado al comprobar que su cocinera era tal como él la había descrito. Se había dejado ofuscar por los comentarios de don Enrique sobre la belleza de la señorita Belmonte, sobre su instrucción y sus modales. Le había enfurecido tanto que

solo había pensado en asestarle una humillante derrota. Apretó con fuerza las manos en torno a los brazos de la silla, llamándose necio al comprender las verdaderas intenciones de don Enrique. De alguna forma, el sagaz marqués se había dado cuenta de que sentía predilección por ella y deseaba incomodarlo. Su hermano le miró, dándole a entender que aquel juego no estaba bien, y menos aún que el marqués estuviera tan cerca de la señorita Belmonte admirando sus rasgos, pidiéndole que se soltara el cabello para que pudieran contemplarla mejor. Comprendió que Clara se debía de sentir, frente a un público implacable que la juzgaba en todos los sentidos, como si fuera un objeto más de la casa y no un ser humano. Ella, ajena a la relación desafiante y tensa que él tenía con aquel ilustre, de seguro estaría pensando que don Enrique era un amigo suyo divirtiéndose a su costa.

—Verás, cocinera —dijo ahora el marqués con cierta sorna—. El duque cree que la mujer puede ser virtuosa y ele vada sin importar su origen, mientras que yo mantengo que, si además posee un origen noble, se alza por encima del resto de las mujeres, pues la nobleza es un componente preciso y elevado que enaltece las virtudes femeninas de la forma más sublime y brillante. ¿Tú qué crees?

—Tenga cuidado con lo que responde, señorita Belmonte —apostilló Alfredo entusiasmado con la derrota del marqués—, pues en caso de perder la apuesta pasará al servicio de don Enrique y se verá obligada a dejar Castamar.

Diego observó a sus invitados y se dio cuenta de que, a excepción de su hermano y la señorita Amelia, que mantenían una mirada incómoda, para ellos aquello era solo un pasatiempo más, liviano e inocente. Se sintió enfurecer, y tuvo ganas de levantarse y retar allí mismo al mezquino don Enrique, pero supo que de intervenir de manera brusca pondría de manifiesto su interés personal por la señorita Belmonte más allá de toda duda, precisamente por la frivolidad con la que los demás participaban de la escena. Sería señalar a don Enrique un flanco débil, y si realmente este era un enemigo encubierto, la señorita Belmonte podría verse dentro de su telaraña, tal y como suponía se había visto la señorita Castro. No quería imaginarse lo que sería capaz de hacer para llevar a cabo sus supuestos planes si supiera de su relación cercana con su cocinera.

Cruzó una nueva mirada con ella y comprendió que la pobre se sentía impotente, fuera de su lugar, juzgada por su físico y por su intelecto. Con el cuerpo tenso, miró a su hermano para que hiciera algo a fin de parar aquella pantomima. Gabriel, al verle, comenzaba a levantarse de la silla para

intervenir cuando de pronto la señorita Belmonte habló:

—Dado que sus excelencias me piden mi opinión al respecto, se la daré gustosa.

Gabriel le miró y Diego le hizo una seña para que se detuviese, dado que ella, pese a su azoramiento, ya había intervenido. Diego la escrutó, tan valiente ante el depredador de don Enrique, sosteniéndole la mirada como si fuera una igual, y se sintió orgulloso de ella, de su tenacidad para encarar los reveses de la vida.

—No creo que la nobleza haga más distinguido ni más elevado a la mujer ni al hombre —repuso la señorita Belmonte.

Don Enrique se pavoneó hasta cruzar por detrás de ella. Diego se removió inquieto en la silla, mas fingiendo normalidad. Vio que ella se tensaba y le pareció que el marqués había deslizado el bastón cerca de sus nalgas con el fin de incomodarla, pero no estuvo seguro. Juró en silencio que, si ella mostraba el más mínimo gesto de que tal acto indecoroso se había producido, le partiría el espinazo. Pero la señorita Belmonte no dijo nada, solo mostró su cuerpo tenso, sin variación ninguna, así que Diego se mantuvo inmóvil. La sonrisa de don Enrique, dibujada con las líneas del sarcasmo, hizo que la ira trepase en su interior hasta colapsar sus mejillas. Trató de relajarse y se prometió que aquel hombre no pisaría más la hacienda de Castamar en la vida, y si su madre no deseaba venir por tal motivo, ya le daba lo mismo.

—¿Y qué pruebas tienes para argüir tal cosa, cocinera? —preguntó el marqués altivo.

—¿Qué más prueba quiere su excelencia que el hecho de saber que la mayoría de los hombres que han contribuido a la ciencia, a la música o a las artes no tenían origen noble?

La contestación silenció las risas.

—No seas insolente, niña —dijo doña Mercedes.

Él se reconoció un momento de disfrute al ver que a don Enrique se le había borrado del rostro todo su regodeo. Fue obvio que se sintió atacado por la contestación de la señorita Belmonte, pues la miró con desprecio, mientras que él no podía admirarla más.

—Te expresas con mucha precisión y soltura para ser una simple cocinera —le dijo el marqués con la evidente intención de ofenderla.

La señorita Belmonte, manteniéndole la mirada, le hizo una reverencia contestataria pero impecable.

—¿Acaso la apuesta no trataba de dilucidar esto?

Don Alfredo aplaudió y don Francisco brindó por el último comentario. Don Enrique la miró con ganas de cruzarle la cara, pero tenía el temple de los buenos intrigantes y terminó sonriendo e ignorándola. Se giró e hizo una reverencia cortesana.

—Visto lo visto, me declaro un ignorante en temas femeninos —dijo.

—Entonces, diga que se retracta de sus palabras —le obligó Diego.

El rictus del marqués quedó congelado unos instantes, hasta que volvió a enmascarar todo bajo su sonrisa.

—Me retracto de mis palabras, excelencia.

Todos aplaudieron divertidos. El marqués y Diego cruzaron una mirada, sabedores de que, en la batalla que acababan de disputar, ambos habían sufrido daño y perdido escuadras. Fue consciente, por la forma en la que se despidió la señorita Belmonte, de que tal vez la mayor de esas pérdidas iba a darse para él a continuación. Por eso, con el fin de disculparse, se excusó un segundo, mientras la reunión tomaba cierta normalidad, y salió en su busca.

La encontró en la galería alejándose rápidamente, como si desease llegar lo antes posible a los fogones donde encontrar su refugio. La llamó para detener su avance hasta dos veces, y solo entonces ella se detuvo.

—Señorita Belmonte, quiero disculparme por lo ocurrido. No lo he...

—Excelencia, no recuerdo ningún momento de mi vida en el que me haya sentido tan humillada como esta noche —le dijo con las pupilas algo cargadas, brillando de furia contenida.

—Señorita Belmonte, ha sido una torpeza imperdonable por mi parte y siento profundamente...

—¡Déjelo! —le dijo alzando la voz en un segundo—. Déjelo, excelencia. Usted es mi señor, pero no es mi amo. No soy un trofeo que se gane en una apuesta, excelencia. Cualquier caballero decente sabría esto.

Se sintió herido en lo más hondo por sus palabras. Él era un caballero decente ante todo, podía haber sido torpe pero siempre decente. Se calmó diciéndose que hablaban la ira y la impotencia por su boca, y trató de hacerle entender que su intención no había sido, ni mucho menos, que se viera expuesta de esta forma. Ella, al escucharle, con el cuerpo vibrando y atenazada por la humillación sufrida, se acercó a él como un animal herido.

—No tolero ni toleraré jamás que usted o ningún otro me trate como si fuera un objeto de intercambio en una apuesta —le dijo desafiante—. Cualquier caballero decente sabría que eso no debe hacerse —repitió.

—Señorita Belmonte, creo que se está usted excediendo... —le dijo él con las

mandíbulas ya tensas—. Soy un caballero decente.

—¡No! —le cortó tajante—. Puede que yo solo sea una cocinera y que usted, excelencia, tenga poder para tener el mundo en sus manos, pero jamás permitiré que...

—¡Cállese! —le chilló sin poder soportarlo más.

De pronto había visto a su cocinera discutiéndole de igual a igual, retándole y afirmando que no era un caballero decente, y que además no toleraba su comportamiento. Apretó las mandíbulas diciéndose que era él quien no podía permitir que una criada le juzgara, y además tan injustamente, cuando solo trataba de pedir perdón.

—Soy su señor y el señor de Castamar, y le ordeno que se calle. Estoy tratando de excusarme.

—Esta humilde cocinera no acepta sus excusas, excelencia. Deseo irme de esta casa —dijo con las mejillas empapadas por la ira.

—¡No! No deseo que se marche —le dijo él tajante.

—¿He de suponer que voy a estar retenida en Castamar entonces, como el señor Melquíades?

—¡Por supuesto que no! —le chilló.

Se extendió un silencio y ella agachó la cabeza tratando de secarse las lágrimas. Él se estiró la levita y dio dos pasos, casi sin saber qué hacer. Tenía tantos sentimientos encontrados que no sabía si dejarse llevar y besarla, o dejar que se marchara a las cocinas. Deseaba controlar aquella situación, pero solo sentía que se le desvanecía como polvo entre las manos. Fue entonces cuando Alfredo apareció por la puerta informándole de que veían ya llegar la carroza real y el séquito de sus majestades.

Ella se había girado nada más irrumpir su amigo para evitar que la vieran llorar, y él la cubrió con su cuerpo asintiendo y fingiendo normalidad. Esperó a que Alfredo desapareciera y se giró de nuevo hacia ella. La contempló allí temblando como un animalillo herido. Fue a hablar más tranquilo cuando ella le suplicó que le permitiera regresar a las cocinas, y no supo qué más decir. Deseaba abrazarla, decirle que se había equivocado, que había sido un necio, que se había dejado llevar por su orgullo..., cuando sintió la voz de su madre llamándole ante la inminente llegada del rey.

—Puede retirarse —le dijo rendido.

Se quedó allí mientras desaparecía por la galería y se reprobó haber sido un auténtico idiota. Había consentido que don Enrique controlara una situación siendo él el anfitrión. Ella tenía razón, no merecía la humillación que se le

había hecho pasar. «Estúpido», se reprendió otra vez. Suspiró y se dijo que sería bueno darle algo de tiempo para que ella se calmara; entonces intentaría explicarle por qué había sido tan estúpido de aceptar una apuesta así; que el motivo de no intervenir solo tenía el propósito de protegerla.

Se giró y se encaminó hacia la entrada del palacete con el fin de recibir a sus majestades. Al traspasar el salón pudo todavía oler el aroma del banquete y se detuvo un instante llevado por un pensamiento definitivo, uno que se le mostraba ahora de forma cristalina y veraz. Permaneció allí, inmóvil unos segundos, sabiendo que esa idea surgía desde lo más hondo de su ser y que le conducía de manera inexorable a obrar en conciencia. Aspiró un vestigio de los vapores y continuó su camino siendo ya del todo consciente de que estaba profunda y perdidamente enamorado de la señorita Belmonte.

CAPÍTULO 30

Mismo día, 16 de octubre de 1721

Pocos sabían de la maldición de poseer los dones de Afrodita, y cómo de repente la ingenuidad y hermosura jugaban en contra hasta caer en el infortunio. Sol sí lo sabía. Ella había experimentado desde su pubertad cómo su atractivo podía ser un elemento contraindicado para el ascenso social. Lo aprendió cuando caminaba en las colaciones de sociedad llevada por su padre para exhibirse como el ganado en la feria. En aquellos momentos ocurría algo desmesurado y peli groso. Ella, sin ser consciente, se convertía en el centro de las atenciones de todos los hombres, y entonces, las pupilas de estos, cargadas de deseo y lascivia, se adherían a su piel desangelada, como si pudieran sobarla, tocarle el sexo y lamerle los pechos con la simple vista. Muchas pobres se veían encadenadas a los eslabones de acero de los halagos y los flirteos, a los regalos para los sentidos que elevaban el ego, y derrochaban su juventud en devaneos estúpidos hasta que ya era demasiado tarde. Ella había comprendido desde bien joven que los deseos de los hombres, en la mayoría de los casos, los superaban, y que hacían cualquier cosa por satisfacerlos. Este conocimiento esencial fue pieza clave de su éxito. Al comprender aquella sociedad androcéntrica, hizo de su cuerpo un premio, consciente de que cuando dejase de ser joven solo la fortuna y posición que hubiera conseguido atraerían las atenciones. «En la vida solo cuenta la riqueza, el poder de tu estatus y la salud para disfrutar ambas cosas —se había dicho siempre—. La civilización solo es una organización social extravagante para que a una no la fuercen a las primeras de cambio».

Por eso, experta en estas lides, hizo esperar a don Francisco, como quien desea recoger una fruta madura a su justo tiempo. Aspiraba parecerle una diosa y no una mortal, por eso se estuvo acicalando toda la tarde. Era innegable que se habían distanciado, y él jugaba, como ella, a que no se sentía fascinado por sus encantos. Pero conocía bien la mirada lujuriosa de los hombres, la sabía analizar desde que era joven, y Francisco se moría por yacer otra vez con ella.

Desde que ella le rechazó en enero, él se volvió escurridizo, y ambos habían estado jugando al gato y al ratón: ella, de luto, dejándose cazar a ratos, y él saliendo de caza cuando su apetito se lo exigía. Habían coincidido en

eventos y colaciones, yendo cada uno por su lado en compañía variada, y se habían saludado cortésmente, sosteniendo conversaciones triviales. Le había subestimado al considerarle tan solo un joven procaz, pero había sabido mantener distancia con ella durante todo aquel año. Tan solo una noche de primavera, en la representación privada de la ópera *Las Amazonas de España*, con libreto de José de Cañizares y música de Giacomo Facco, se acortó el espacio entre ellos. Ambos habían sido invitados al Coliseo del Buen Retiro por el mayordomo mayor del rey y por sus majestades, y durante la representación estuvieron más pendientes de sus miradas soslayadas que de la ópera. Esta no tenía ya ningún misterio para ellos, ambos la habían visto al estrenarse el año anterior por el natalicio del infante Felipe.

Él le había dedicado aquella noche dos sonrisas. Ella no le había mirado directamente, solo con mesura y cierto distanciamiento para no darle de masiada importancia. Así fue hasta que, en el comienzo del dúo entre Clorilene —interpretado por María de San Miguel— y Zelauro —representado magníficamente por Águeda Ondarro—, justo cuando iniciaba la frase «No sé qué blando temor...», comprobó que él no estaba en su sitio. Ella, que había creído tener ya toda su atención, se encontró mirando su asiento vacío. En el aposento solo quedaban sus acompañantes.

Desplegó el abanico de jade contra su regazo, en el que se representaban diversos pasajes de la *Eneida*, y comenzó a abanicarse agitada. Como buen caballero debía, al menos, presentarle sus respetos tras la finalización del acto. Apenas estaba terminando este pensamiento cuando por la puerta uno de los lacayos le entregó una nota escrita. Francisco la invitaba a visitar uno de los palcos del tercer piso, vacíos todos ellos por deseo de sus augustas majestades.

«Devuélvela y transmite al remitente que no comprendo el motivo por el que cree que yo podría estar interesada en tal cosa —le dijo al lacayo—. Di al caballero que no deseo recibir más notas».

El lacayo se marchó asintiendo y ella se quedó esperando a ver a Francisco aparecer en su aposento del segundo piso, al otro lado de la herradura del Coliseo, humillado. Deseaba ver el gesto que confirmaría la derrota total de su escuadra. Era consciente de que le había tentado al humedecerse los labios mientras sonreía sin mirarle, mostrándole su nuca despejada y realzando sus pechos con la respiración. «Qué fácil es tentar a los hombres», se dijo entonces. Sin embargo, después de medio acto él no había vuelto a su sitio, y ella comenzó a sospechar que tal vez se hubiera ido por no

soportar la vergüenza de su rechazo.

Cuando se hizo un receso, caminó para hacerse la encontradiza con el marqués de Sesto, gentilhombre del rey y caballero mayor de la reina Isabel. Este la saludó desde lejos, con una cortés inclinación de cabeza, mientras mantenía una conversación con su esposa. Le dio la sensación de que estaba esperando su visita. Ella caracoleó entre los grupos aislados hasta llegar hasta él. El duque le sonrió y le dijo que don Francisco se había marchado junto a doña Margarita de Montefriso, y que, si tenía el gusto, podía reunirse con ellos para una pequeña colación. Sol, con la sonrisa congelada, le había preguntado si conocía el lugar para dicho refresco.

«Qué extraño, querida —había contestado confuso encogiéndose de hombros—. Me dijo que se lo había hecho llegar por una nota privada».

Ella fingió que lo recordaba de pronto con una sonrisa, y tras una conversación insustancial se retiró. No se podía creer que aquel desvergonzado la hubiera invitado a los aposentos del tercer piso con sus majestades tan cerca, en compañía de aquella hetaira de reconocida fama en la corte. Se sentó soliviantada, abanicándose e imaginándole con la cortesana. En cuanto se alzó el telón, desvió de soslayo la mirada hacia la segunda cazuela. Trató de concentrarse en la escena, pero le fue ya imposible. No dejaba de imaginarle acariciando otros muslos y bebiendo de otra boca que no era la suya. Sin poder soportarlo más, cuando Petronila Gibaja, la Portuguesa, comenzó a interpretar a Marfilia sobre las tablas, se escabulló hacia los aposentos, excusándose ante su compañía en que debía tomar el aire. Caminó por el pasillo aledaño hasta ascender por las escaleras, evitando hacer ruido al pasar cerca del balcón de sus majestades. Sorteó a ujieres y servidumbre hasta alcanzar el tercer piso. En completa oscuridad, anduvo a tientas, diciéndose que no era propio de ella deslizarse hasta allí a hurtadillas. Fue entonces cuando oyó un gemido, y su ardor fue, contra su voluntad, en aumento. Se aproximó al cuarto palco y comprobó que la puerta estaba abierta. Era sabido que a los reyes en general no les era grato encontrar a nadie en aquellos aposentos y por eso daban órdenes de que quedasen cerrados. Se adentró en él para descubrir entre las cortinas a Francisco de pie, entregado a las carnes de la hetaira Montefriso, que apoyaba una de sus piernas en la cintura de él. Por la sonrisa impúdica que él puso al verla, supo que había estado esperando ese momento, mientras la concubina le besaba el pecho con la mayor de las lujurias. Sol levantó el mentón con solemnidad y se giró para salir de allí y no volver. Él corrió hasta interponerse en la puerta, mientras las

voces de los intérpretes se elevaban y silenciaban sus jadeos. Ella había intentado salir forcejeando, tratando de retirar el brazo de Francisco. Él la besó con los labios cargados de deseo. Se separó de él y le abofeteó, y Francisco, sonriendo malicioso, hizo un gesto a la concubina para que se aproximara a ellos. Se sintió acorralada, pero bastó que la besara de nuevo, tomándola por la cintura, para que se dejara arrastrar por el incendio. Se retiró de él y, llevada por el des pecho, se acercó a la concubina y la besó.

«Te pagaré tres veces más —le susurró al oído—, pero me obedecerás a mí».

«Soy su más leal servidora», contestó Margarita.

Francisco, desde cierta distancia, no le quitaba ojo, y se desabrochó violentamente el chaleco y la camisola. No le importó que Margarita la besara y le acariciara los pechos. No era la primera vez que disfrutaba del cuerpo de una mujer, más como un juego que como una tendencia, con el fin de obtener lo que deseaba de los hombres. Ambos tomaron a la joven como depredadores. Más tarde la expulsaron, disponiéndose en exclusiva entre ellos hasta desfallecer. Así los había descubierto el alba, a ella descansando sobre su pecho y a él acariciando su espalda, con el silencio como compañero de estancia. Habían salido los dos del palacio del Buen Retiro sobornando al alcaide, con quien Francisco tenía ya cierto trato de amistad, para que guardara silencio. Le dio la sensación, al entrar en el salón de Máscaras, de que este había fingido sorpresa. El bribón de Francisco debía de haber planeado todo meticulosamente. La cortesana, el aposento abierto del tercer piso... Esos detalles le habían reavivado la creencia de que, en el fondo, él sentía ya algo por ella. Por eso, pensó que él había caído en sus redes.

Días más tarde su lacayo le informó que se había visto a don Francisco en compañía de cierta dama venida de Valencia. Aquello la había irritado tanto que había preferido evitar las cartas de Francisco durante dos semanas. Como la vez anterior, sus misivas dejaron de llegar y de nuevo creció la distancia entre ellos.

Solo después del caluroso verano, en un encuentro donde las damiselas mostraban sus aptitudes dibujando los rostros de los caballeros y tocando el clavecín en casa del nuevo duque de Medina Sidonia, se habían cruzado en los pasillos del palacete. Tras saludarse cortésmente, ambos pasaron de largo. Hasta el mes de octubre no se decidió a escribirle una nota sucinta con el fin de saber si asistirían juntos a la cena de Castamar. Mien tras, averiguó por medio de sus amistades que la dama en cuestión era la condesa Leonor de Bazán, a la que todos descarnaron en la anterior cena.

Después de dos días, víctima de la ansiedad, recibió una contestación escrita, más breve aún que la suya. «Estaré encantado de visitarla unas horas antes de la celebración». Por fin podría tenerle durante varios días en Castamar, sin intromisiones de ninguna otra dama. Lo único que le disgustaba era tener que encontrarse con don Enrique, del cual no se había acordado en todo el año, y por supuesto menos aún de aquel pacto que habían cerrado, aquellas cartas que firmó para los fines del marqués y que —como le repetía una vocecita interior— podrían alejar a Francisco por siempre de ella. Acto seguido, se decía que le importaba bien poco. Ningún hombre controlaría su corazón. Además, desconocía qué necesidad tenía don Enrique de acabar con la reputación de Francisco, pero con certeza solo era una forma de chantaje como los muchos que se producían constantemente en la corte. Para ella, ahora lo único que importaba era someter a don Francisco a sus caprichos. Era ya una cuestión personal.

Por eso, ahora que él había aparecido por fin en su casa, tal como decía su nota, le hizo esperar el tiempo oportuno hasta presentarse frente a él, en uno de sus salones, caminando coqueta y exhibiéndose cortésmente. Nada más entrar le confirmó, fingiendo cierto apuro, que era consciente de que llevaba algo de retraso para asistir a la celebración, pero que lo recuperarían por el camino. Francisco la miró con las pupilas brillantes, conteniendo su deseo, y le quitó importancia a su retraso aludiendo que no tenía por qué apresurarse. Ella se detuvo al detectar en su rostro cierto gesto de superioridad.

—¿Y eso por qué? ¿Se anula la cena, tal vez? —preguntó enarcando una ceja. Francisco, con su sonrisa pícaro, se acercó a ella y la tomó de la mano.

—En absoluto, querida. La cena continúa programada, pero tengo una acompañante con la que me comprometí hace tiempo y no puedo ir contigo, por lo que supongo que no querrás ir sola —le dijo, y guardó silencio escrutando su reacción—. De ahí que te enviase la nota: deseaba comunicártelo en persona.

Sol se sintió devorar por los celos, que la avisaban de que ya era mayor y de que su belleza se marchitaba. Extendió el abanico, sabedora de que había sido apuñalada en su orgullo, e hizo acopio de todas sus artes para fingir, escudándose tras una sonrisa invernal y el rostro pétreo.

—Te agradezco que me liberes del compromiso de asistir a Castamar, en realidad no tenía ganas de ir.

—Seguro —se regodeó él—. La cena sería un incordio, te comprendo perfectamente.

Ella continuó su explicación, reprochándose el justificarse más, pero sin poder evitar hacerlo. Expresó con un gesto de indiferencia su cansancio y lo que le supondría, además, asistir al festejo que tendría lugar tras la cena.

—Creo que tienes razón —le dijo él más mordaz aún—. Una fiesta como esta, donde estará toda la alta sociedad de Madrid, el rey Felipe, la reina Isabel, los Grandes de España... Incluso creo que asistirá el joven delfín Luis. Sin duda será tedioso.

Ella, helada, se lo agradeció de nuevo, mientras caía víctima de sus propios temores. Francisco se alejaba otra vez, como si en realidad ella solo hubiera sido un divertimento. Se habían dedicado durante un año a aquel peligroso juego de la vanidad y ahora se veía derrotada, al igual que él recibió aquel primer embate desprevenido cuando ella le expulsó de su casa sin cortesía alguna. Él se despidió y ella, devorada por su propia llaga, sostuvo a duras penas las ganas de abalanzarse hacia él y abofetearle y clavarle las uñas en el rostro.

—Por cierto, ¿quién es la agraciada que te acompañará? —se apresuró a preguntarle contra su propio decoro, embargada por el dolor.

Supo, al hacerlo, que había puesto la batalla en sus manos. Él, al girarse, dudó unos momentos antes de contestar, como si sopesara si debía destruir al enemigo que se bate desordenadamente en retirada. Sol deseó que al menos la respetase lo suficiente para concederle cierta salida airosa y no una humillación en la derrota. Pero la sonrisa de él no menguó ni un ápice.

—¿Tu pregunta responde a tus celos incontrolables?

Ella se rio, con su orgullo más lacerado, y le contestó que debía de conocer la poco. Francisco la miró e hizo un gesto de complacencia. Sol supo de inmediato que el posible amor que sintiera por ella no le haría dudar una segunda vez, y por esto le odió más.

—No temas... —dijo acercándose lentamente hasta quedarse a unos centímetros a ella. Y preparando su golpe mortal, susurró sarcástico —: No es una mujer que te pueda hacer la competencia: es de tu edad, tan viuda como tú, pero añade un porte aristocrático heredado de una buena familia —concluyó dejando claros los orígenes plebeyos de ella.

—Quizá sea de mi edad y con mejor herencia en el apellido —le replicó ella con la ira ya haciéndole temblar la barbilla —, pero, querido, no creo que puedas ir acompañado a esa cena por nadie más distinguido que yo.

—No seas tan presumida —respondió regalándole un beso destructor en su mejilla —. Es doña Leonor de Bazán. Ha venido desde Valencia para estar

unos días aquí y me temo que es hora de que vaya a recogerla.

Se retiró haciendo una pequeña reverencia. En cuanto él abandonó la sala, Sol tuvo que apoyarse sobre una de las coquetas de mármol para poder respirar. Sintió el corsé demasiado prieto y la respiración agitada hizo que comenzara a sudar. Su ira contenida brotó incontrolable de su garganta y, como un volcán desatado, chilló enloquecida. Se arrancó el tocado de la cabeza y, tomando uno de los jarrones de fina fayenza que decoraba una de las camareras, lo lanzó con todo su odio contra la pared. Agotada, con la respiración entrecortada, se miró en el espejo que había colgado de la chimenea. Descubrió que su espíritu maltrecho liberaba cierta presión y, mientras clavaba los ojos en su propio reflejo, se juró que aquel desaire no quedaría impune.

Mismo día, 16 de octubre de 1721

Francisco había bailado con Leonor dos lentas y varias minúas con algunas de las damiselas más atractivas de la corte. Su amigo Diego, como siempre, se mantuvo al margen, cerca de sus majestades para que nada les faltase. Su majestad Isabel se había encariñado muy especialmente de él desde su llegada a España, y le gastaba bromas ligeras en italiano ante la sonrisa afectuosa de la condesa viuda de Altamira, doña Ángela Foch de Aragón, camarera mayor de la reina. Diego sonreía con buen ánimo, pero Francisco, que le conocía bien, percibió que sus gestos eran tan solo una coraza armada de cortesía. Tras ella se escondía el verdadero sentimiento, la pesadumbre, que se había adherido a él tras ganar la apuesta al cretino de don Enrique. Parecía como si el interrogatorio a la cocinera instalase cierto desasosiego en su amigo. Por eso le puso en un brete al decirle que Leonor deseaba bailar con él. Disimulando su mala gana, él había aceptado, obligado por su caballerosidad.

Ahora Francisco —mientras Alfredo, a su lado, no dejaba de cacarear de política con otros ilustres— observaba a su amiga bailando con el anfitrión. Humedeció los labios en un Málaga Virgen y recordó a Leonor, quince años atrás, cuando él era solo un niño. Leonor y él habían pasado largas temporadas de verano en el palacete de ella y su marido Roberto de Bazán en la costa valenciana, cuando Francisco viajaba desde Francia de visita por orden de su padre. Sin embargo, tras finalizar la guerra, habían pasado los años con apenas unas cartas sencillas entre ambos y unos pocos encuentros. Entonaba el *mea culpa* en ese sentido. Fue él quien dejó de visitarla cada verano, ya con su Roberto fallecido, atraído por las aventuras en Madrid. Por eso, en cuanto

ella le escribió que estaba de camino, se sintió emocionado por verla de nuevo. Siempre había sido un ángel, muy alejada de la idea que Sol se había hecho de ella, llevada por los celos. La marquesa estaba acostumbrada a manejar a los jóvenes a su capricho, y él ni era tan joven ni tan manipulable. Pese a esto, le espoleaba el deseo como ninguna otra mujer, y durante aquel año la había añorado. Recordaba muy bien cómo le echó de su casa, nueve meses atrás, con el fin de hacerle entender que aquello era una relación de poder. Tras el gozo inicial, de camino a Castamar había sentido cierto desagrado por haberla humillado de esa forma. Pero se merecía aquel castigo. Tenía una larga lista de amantes despechados, además de dos esposos sobre cuyas muertes rumoreaban las malas lenguas. «No será para tanto», se había dicho en ocasiones. Sol era una caza fortunas que había sabido aprovechar su belleza, pero no una asesina de maridos.

Supuso que ella estaría ahora tramando una venganza terrorífica sobre él. Se rio un poco al recordarla con su rostro congelado por la ira. Tendría que andarse con cuidado, pues era capaz de introducir a una cortesana en su cama con el único objetivo de que le pegase la sífilis. Fuera como fuese, lo que no podía evitar era esa atracción animal por ella. Aun así, un sentimiento más profundo al que no quería hacer caso le decía en susurros que hubiese preferido ayuntarse con ella durante toda la celebración que estar separados. Esta desazón casi le había impulsado a dar la vuelta y decirle que olvidara lo dicho. Regresaría así al estado placentero de la relación, donde él se encontraba más cómodo y disfrutaba mucho más. Sin embargo, sabía que ella no deseaba más relación que tenerle sometido.

Leonor le miró ahora desde lejos, saludándole al terminar la contradanza con Diego, un baile originado en Inglaterra, pero que, según su propio maestro de danza, era mejor en la versión francesa. Pese a algunos puritanos que afirmaban que había pasos contra el decoro, él encontraba excesivas estas opiniones. Tenía una diversión añadida frente a otras danzas, pues se bailaba a la vez por un gran número de damas y caballeros que se entrelazaban en cruces y giros. Le devolvió la sonrisa, tranquilo mientras se imaginaba bailando con Sol entre los pasos, con las pupilas engarzadas. Su imaginación recorrió las curvas de su apreciada marquesa, su mirada cautivadora cargada de peligros, sus labios como delineados por un maestro del óleo, y la extraña necesidad que tenía de que ella estuviera allí, junto a él, sin sus estúpidos juegos de vanidad. Y sin poder evitarlo, se dijo que aquella fiesta sería mucho más aburrida que la del año pasado.

CAPÍTULO 31

17 de octubre de 1721

Pasada ya una noche desde el inicio de la celebración, Úrsula se regocijaba al ver que su doña Alba parecía regresar a la vida. Observó el retrato de su señora, una pintura donde Miguel Jacinto Meléndez la había immortalizado de cuerpo entero. Se la imaginaba a veces caminando por el gran salón de Trufaldines, o con la vista ensimismada en el gigantesco mapa de la Península que don Abel de Castamar había encargado al reputado cartógrafo Frederik de Witt, en el salón de España.

Durante aquellas dos noches y un día de efeméride, Úrsula se percibía más viva que en cualquier otra época del año. Por eso olvidaba su guerra, la del control sobre la servidumbre, y se entregaba por completo a la perfección de los festejos, para que el duque pudiera sentir en aquellas galas la presencia de su señora habitando en cada esquina. No había estado vigilante sobre la cocinera, ni sobre don Melquíades, prisionero en su propio cuarto, ni sobre las debilidades del señor Moguer y el resto de la servidumbre, salvo para que cada uno de ellos diera lo mejor de sí mismo. Sus batallas particulares no importaban ahora, solo Castamar, y la cocina de la señorita Belmonte ayudaba a sus propósitos. La noche, el baile, el desayuno, la comida, la cena, las actuaciones, los fuegos artificiales inaugurales, todo había sido perfecto. Los reyes y otros Grandes como don Diego habían alabado de nuevo el banquete, y eso le confería a la jefe de cocina un estatus cada vez más importante, uno con el que jamás hubiera soñado la señora Escrivá, que se gún había oído había terminado haciendo comidas en una quinta del camino de Aranjuez. La vida era implacable. Muestra de ello era sin duda la humillación que la noche pasada había sufrido Clara Belmonte a manos de don Enrique.

El señor Moguer había presenciado toda la escena en el salón comedor, y a la mañana siguiente toda la servidumbre conocía el hecho. Don Enrique de Arcona se tomó la libertad de rozar las nalgas de la jefe de cocina con la cabeza leonada de su bastón ante los presentes, sin que estos lo notaran. Según el sumiller, que había podido verlo desde su posición, la cocinera había resuelto la situación con dignidad. El señor Moguer se había callado los detalles por decoro, pero horas después, en conversación privada con Armenio Baras —un gentilhombre que informaba a Úrsula a cambio de ciertos

privilegios —, reveló a este que su excelencia y la cocinera mantuvieron una discusión en la galería. Por desgracia, el sumiller solo había llegado a oír ciertas voces elevadas por parte de la señorita Belmonte y de don Diego, pero nada de lo que decían.

Más allá de que sintiera alegría por si aquello detonaba la salida de la cocinera de Castamar, no hallaba satisfacción alguna en ver humillada a Clara Belmonte. Le bastaba con que desapareciera de la hacienda y los dejase tranquilos con sus aires exquisitos. Aquel desagradable hecho solo demostraba que lo mejor que podía hacer uno con los ilustres era mantener la distancia. «Cada uno en su casa y Dios en la de todos», se dijo. Clara Belmonte jugaba a ser lo que no era en todos los sentidos. Quizá la experiencia degradante que había vivido le enseñaría su posición en la escala social, y a no pretender ser lo que una vez fue y nunca más sería. Aun así, la humillación no era de su agrado, como no lo habría sido de su difunta señora. Doña Alba jamás habría permitido que aquel ilustre pomposo se tomase semejantes libertades con nadie del servicio. Por eso sintió rabia y un deseo implacable de que se azotara a aquel cretino hasta desollarle vivo. No solo por tomarse la libertad que no debía, sino porque, en el fondo, debía admitir que admiraba a la señorita Belmonte, como se reconoce el valor de un enemigo que muestra coraje en la contienda. Aunque le doliese admitirlo públicamente y dar batallas por perdidas, no organizativa de la cocinera ni por supuesto a sus determinación, su ansia de superación y la sinceridad que siempre había demostrado. Ya en su momento la cocinera pudo acusar a la señora Escrivá y mantuvo silencio por decoro, e incluso se enfrentó a ella al creer que su excelencia estaba malherido.

Pese a esto, habría deseado que ese mismo día Clara Belmonte hubiera llamado a la puerta para anunciar su salida de la finca. Al no ocurrir así, concluyó que, en cierta forma, parte de su dignidad de señorita se había perdido, demostrando que, como todos los demás, tenía miedo al hambre y a perder su posición. Úrsula chascó la lengua pensando que habría sido demasiado fácil y se abandonó al trabajo. Sentada en el despacho de mayordomía, tras haber acordado libranzas con el greffier y ordenado algunas quitas como castigo a los que consideraba que habían pecado de holgazanería, se puso a repasar lo que tenían aún por delante: la cena y los festejos de la segunda noche, y luego la clausura. Se ayudó por sus ojuelos, regalo del señor duque, para leer el plan del día cuando dos golpes secos en la puerta la devolvieron a la vorágine. Concedió el paso, esperando encontrarse el rostro

afilado y triste del sumiller, o el cuadrado y fuerte del primer caballero. Sin embargo, fue Clara Belmonte la que asomó a la estancia con el rostro alargado y los ojos enrojecidos. Le hizo aquel saludo distinguido que demostraba su educación y que la irritaba tanto, y ella esperó con las pupilas interrogantes a que hablara.

—Doña Úrsula, vengo a comunicarle que me marcho de Castamar mañana al alba —dijo—. Los desayunos de los invitados los puede preparar Carmen. Yo dejaré todo listo para que así sea.

Se desprendió de los ojuelos y se recostó en la silla. Trató de adivinar qué había ocurrido en aquella discusión con el duque para que la joven, que ya tenía un hueco indudable dentro de la servidumbre, hubiera tomado aquella decisión. Tenía que reconocer que no dejaba de sorprenderla una vez más la actitud recia de aquella muchacha. Había creído que soportaría la humillación del marqués por no perder el puesto que le estaba haciendo ganar reputación entre las casas nobles. De nuevo se había equivocado. Clara Belmonte tan solo había esperado a que finalizara su trabajo en Castamar para no abandonar al señor y a la servidumbre sin una batuta directora en la cocina. Se imaginó que tal vez la señorita que habitaba dentro de la cocinera se había tomado demasiado en serio su correspondencia secreta con don Diego. Úrsula asintió y le contestó escueta que había oído lo ocurrido en el salón. No añadió ninguna otra opinión, era innecesario y no tenía por qué solidarizarse públicamente con ella.

—Le agradecería que le entregase esta nota a su excelencia y que le dijese a don Melquíades y al señor Casona que les escribiré más adelante —dijo Clara Belmonte—. No deseo informar de mi partida.

Úrsula miró la nota lacrada que la cocinera dejaba sobre la mesa, y después posó sus restos de crédito a la capacidad artes culinarias. Respetaba su

pupilas indiferentes sobre ella. De pronto aquella muchacha más bien menuda, con sus ojos color canela y su cabello negro, le pareció una porcelana quebradiza que trataba de mantener todos sus pedazos juntos: había tomado la decisión de irse por la humillación sufrida, y nada le haría cambiar de opinión. Se imaginaba cuán duro habría sido tomar una decisión semejante, el miedo que debía sentir al verse de nuevo sola, sin referencias y sin futuro. Aun así, prefería salir por la puerta de atrás y sin causar revuelo, posible mente para evitar parecer una persona obtusa y empecinada. Así no tendría que negarse una y otra vez ante aquellos que le pidieran que se quedase. Pese a su animadversión, respetaba su integridad. Posiblemente, porque era muy

parecida a la suya, ese tipo de carácter rocoso que soporta los embates de la vida en silencio y sin victimismo. «A la mayoría les gusta dolerse de la vida, mostrándose como mártires cuando solo revelan sus espíritus groseros y mediocres», se dijo apartando la mirada de la carta de renuncia sobre la mesa. Prefería a mil Claras Belmonte, con sus aires de señoritinga refinada, que a esos caracteres patéticos y débiles. Como esperaba, la cocinera mantuvo las pupilas fijas en las suyas hasta hacerse consciente de que su mirada negra solo expresaba la victoria de la paciencia, la que había tenido durante aquellos meses, esperando un evento como este.

—Si no desea otra cosa, puede retirarse. Mañana se calculará su libranza hasta hoy. Si lo desea, el señor Ochando la conducirá hasta Madrid en el coche de colleras —le dijo volviendo a su cuaderno de notas—. Puede llevarse la comida que necesite para el camino.

Clara Belmonte continuó escrutándola unos momentos, con el mentón levantado, como pensativa. Ella no la volvió a mirar y, deseando perderla de vista cuanto antes, continuó mostrándole indiferencia. Por fin la muchacha se giró y se fue hacia la puerta. Úrsula enarcó una ceja al ver de soslayo que se detenía.

—¿Sabe, doña Úrsula?, no he llegado nunca a comprender la animosidad que desde el principio ha sentido usted por mi persona —le dijo desde el umbral.

No levantó ni la cabeza cuando ella habló, y meditó responderle con su indiferencia o con palabras que le dejasen claro lo que realmente pensaba. Esperó unos instantes más, y cuando Clara resopló para salir, la detuvo llamándola por su nombre.

—Dado que parece que requiere una respuesta, se la daré —dijo disponiendo los ojuelos sobre la mesa—. Usted no pertenece a este mundo, sino que está fuera de él. Por mucho que trabaje en las cocinas, nunca será uno de los nuestros, y por mucha educación que posea, tampoco pertenecerá al mundo de su excelencia. Y es por esto que no soporto su presencia en esta casa, pues usted supone un mundo nuevo que exige que no haya orden. Usted hace que el mundo cambie, y a mí me gusta el mundo tal como está.

—Le agradezco su sinceridad.

—No tiene por qué —afirmó, y regresó a su trabajo retomando los ojuelos.

La cocinera fue entonces a argüir alguna otra cosa, pero ella, deseando que se marchara, la interrumpió sin contemplaciones:

—Señorita Belmonte, si en algún momento ha pensado que quería mantener

una conversación profunda con usted, está muy confundida. Puede retirarse. Por fin la joven salió y, cuando se cerró la puerta, Úrsula se sintió un a de las mujeres más afortunadas de la tierra. Era la gobernanta de Castamar, no tenía a varón sobre ella y podría contratar una cocinera nueva que estuviera domesticada, sin influencia sobre el duque. Se recostó sobre su trono solitario, como a ella le gustaba llamarlo, sin sombra alguna de oposición, consciente de que había alcanzado el culmen de sus aspiraciones. Cualquier sacrificio que hubiera hecho en el pasado lo daba ya por bueno. Únicamente a veces pensaba en aquel pobre infeliz de don Melquíades, su digno oponente sometido, que se encontraba ahora solo y perdido viendo su reino y su legado en sus manos. Cuando lo hacía, adherido al regocijo de la victoria, percibía otro sentimiento que le provocaba un hormigueo incómodo en el espíritu, uno que le removía su interior hasta desencajarla. Entonces, conducida por la extrañeza, se investigaba hasta localizar la molestia íntima que perturbaba su júbilo y se descubría embargada por una sensación de pérdida. Este sentimiento que apenas reconocía en ella, que había ido colándose poco a poco durante los meses de su reinado, le susurraba desde lo más profundo que cuando don Melquíades desapareciera de su vida, esta sería no solo más aburrida, sino también infinitamente más insulsa.

Mismo día, 17 de octubre de 1721

Se le hacía duro oír todo aquel bullicio desde su olvidada habitación. Como muchas otras noches, Melquíades vació sus pupilas de lágrimas descuartizadas al ser consciente de que había sido la primera celebración sin él como mayordomo de Castamar. No pudo soportar ver los fuegos artificiales desde la ventana y, congestionado, se derrumbó sobre la cama. Llevaba ya cerca de nueve meses enclaustrado en la hacienda, paseando apenas por el ala cerrada y saliendo a hurtadillas para no encontrarse con su excelencia. Su cuarto se convirtió en una celda desde la cual observó cómo su presencia en Castamar se había ido haciendo innecesaria. Durante aquellos meses se fue cuarteando hasta convertirse en un cadáver viviente con la barba crecida; un fantasma que caminaba por las galerías espiando desde pasillos alejados cómo la servidumbre continuaba la rutina sin su supervisión. Nada había cambiado en Castamar, salvo él y doña Úrsula, que desde su trono le escrutaba como a un espíritu errabundo y fantasma que vagaba por las galerías de Castamar. Así terminaría sus días, completamente aislado o desterrado de España. Lo tenía merecido.

Al contrario de lo que pensó durante todos aquellos años, su temor a las

consecuencias se había desvanecido hasta tornar se aceptación. Era un hombre indigno, traidor a la palabra dada a sus señores. «Nada hay peor que un traidor», se había repetido durante esos meses de clausura. Él, como su padre y su tío, se debía por encima de todo a Castamar, no a un rey lejano y una tierra donde ya no vivía, por mucho que la amase. Defender a su Cataluña había supuesto uno de los mayores dolores de su vida.

Su tío Octavio, que le crio como un padre durante sus primeros doce años de vida, fue quien le enseñó el valor de la palabra de los Elquiza, el amor a la tierra donde uno nace y la importancia del vínculo sagrado de la familia. Este, defensor del emperador Carlos y teniente coronel del Ejército austracista — con cerca de sesenta años y una salud de hierro —, le había rogado ayuda al inicio de la conflagración. Su tío era consciente de que por Castamar circulaba un constante cartero de guerra y él era el receptor de todos aquellos lacrados. Melquíades gozaba de una posición privilegiada, solo tenía que curiosear las letras e informar por medio de un correo determinado. Al principio se había resistido, sin considerar la idea de traicionar la confianza de su señor, pero su creencia de que la casa de Habsburgo protegería los intereses de los catalanes y que su tío le afirmara en su carta que e abandonar a su sangre, a su familia y a Cataluña era algo peor que la muerte inclinaron la balanza. Don Diego siempre le había permitido entrar en su despacho con su correo abierto, o incluso abriéndolo cerca de él. En ocasiones terminaba de redactar los despachos mientras él esperaba para enviar las misivas. Así, desde prácticamente el inicio de la conflagración, él había escrito, redactado y enviado secretos de guerra a los austracistas: movimientos de tropas, pensamientos específicos de titulados, de Grandes de España e incluso alguno de su majestad. Se sabía responsable de la muerte de muchos soldados borbónicos. Sin embargo, aunque cada día se dijo a sí mismo que estaba haciendo lo correcto, una voz en su interior le avisaba de que don Diego siempre había sido leal con él y con toda su familia. El duque nunca les había mentido y había satisfecho siempre todas sus necesidades. Le había procurado el bien en todos los sentidos posibles. Por eso el problema para él no fue perder la guerra, sino que con cada nueva traición fue dejando en el camino gajos de su alma. Tras la muerte de doña Alba, escribió a su tío y le confirmó que no pasaría ninguna información más. La guerra, ganase quien ganase, se había acabado para él. El hermano de su padre no comprendió su negativa y le respondió unas líneas que no olvidaría nunca: «No imaginas, sobrino, el bien que has hecho a nuestra causa con toda la información que nos has

proporcionado durante estos años, y por ello mi coronel, el teniente general y yo te estamos agradecidos. No obstante, ahora, que es cuando más te necesitamos, cuando nuestras tropas se retiran hacia Barcelona tras las fatídicas Brihuega y Villaviciosa, no puedes abandonar a tu sangre, a tu tierra y a tu legítimo rey. Nadie salvo un vil traidor abandona a los suyos en tanta necesidad». Melquíades nunca contestó. Tan solo guardó la nota en uno de sus cuadernillos a la espera de saber qué hacer con ella. Quemarla terminaba por quebrar los lazos de sangre, y guardarla era una prueba evidente de su traición. La fortuna quiso que la dueña la encontrase accidentalmente. Años más tarde, cuando él era ya un hombre de paja en Castamar y la guerra tocaba a su fin, le habían llegado noticias de que su tío y sus primos habían caído en la resistencia de Barcelona. Según le escribieron, por ser el último de los Elquiza, «murieron con honor y valentía, como verdaderos catalanes», con el pecho y la cabeza agujereados por los mosquetes borbónicos.

Tras los fuegos artificiales, sintiéndose una pobre alma herida, se abandonó al sueño, que apenas le dejó descansar por la pena. Despertó ya tarde con los párpados pegados y la lengua hinchada al oír que una de las doncellas llamaba a la puerta. Por la luz que se filtraba entre los cortinajes debían de ser ya más de las dos de la tarde. Se levantó y permitió el paso. La muchacha, una joven recién contratada en el servicio, entró portando un azafate con la comida del día, que posó sobre la mesa.

—No sabía si estaba usted despierto —le dijo—. Siento molestarle. —No es molestia ninguna —le contestó él.

La doncella, con cierta timidez, añadió que ella misma le había traído el desayuno esa

mañana, pero que tras llamar varias veces y no obtener contestación se lo había llevado de nuevo. Melquíades asintió expresando su conformidad con una frase escueta hasta que la muchacha al despedirse le avisó en un susurro, como si fuese un secreto, que el duque bajaría a verle en una hora más o menos, después de comer, mientras sus majestades y el resto de los invitados dormían la siesta.

La noticia le sobrecogió de tal forma que le hizo sentir una pequeña náusea. Disimuló su gesto bajo las barbas hasta que se quedó solo. Había anhelado secretamente que el señor decidiera de forma directa su futuro y terminar con el suplicio de su encierro. Pero, ahora que estaba cerca el veredicto final, se sentía envuelto en cierta irrealidad. Además, no comprendía por qué don Diego se tomaba la molestia de visitarle en su propio cuarto, pues

lo esperable y más lógico habría sido que él acudiera a su llamada. Tal vez se debiera a algún tipo de discreción, tan propia de su excelencia, que deseaba que la servidumbre se mantuviera alejada de aquello hasta el momento oportuno.

En cuanto terminó el almuerzo, abrió de par en par la balconada para ventilar, retiró las sábanas, se aseó en seco y dispuso ropa limpia y blanca para recibir adecuadamente a su excelencia. Al acabar se sentó en la cama y, apoyando las palmas de las manos sobre las rodillas, aguardó con los nervios danzando en el estómago. En efecto, al cabo de algo más de una hora percibió los pasos por el entarimado quebradizo del pasillo. Se oyeron dos golpes, la puerta se abrió y la efigie de don Diego surgió detrás del marco, con los ojos claros relampagueando y los labios apretados. Él se puso en pie nada más verle y agachó la cabeza al tiempo que el duque le decía que deseaba mantener unas palabras con él. El tono le pareció relativamente suave para la gravedad de la situación, y con la vergüenza en los ojos se volvió a sentar sobre la cama a su orden. Al verse de nuevo en su presencia, sintió una pesada roca en la garganta, una que necesitaba expulsar lo antes posible. Por eso, cuando su excelencia fue a hablar, se adelantó, sin poder contenerse, con las palabras acudiendo al encuentro de sus labios:

—Excelencia, antes de que usted diga lo que ha venido a decir, tengo en mi interior la necesidad profunda de hacerle saber lo avergonzado, triste y arrepentido que siempre me he sentido. Serví a su padre y le he servido a usted, y yo... —Su voz se quebró tanto como tenía su espíritu—. Defendí aquello en lo que creí, al rey que deseaba...

Don Diego arrastró una de las sillas y se sentó junto a él. Con una delicadeza extrema le puso la mano sobre el hombro.

—Todos lo hicimos así —le dijo—, todos obramos en conciencia.

Con el cuerpo derrotado por la angustia de tantos meses, Melquíades se derrumbó pidiendo perdón, afirmando que no debería haberle traicionado nunca y que nunca habría más señor que él. Don Diego se recostó un poco e irguió la otra mano.

—Cálmese y escuche. Hace casi nueve meses que tuvo el valor de comunicarme su actuación en tiempos de guerra, y es el tiempo que yo he necesitado para digerirlo y venir a hablar con usted sin acritud. Ese día yo estallé y dije cosas de las cuales me arrepiento, y deseo que me haga el favor de disculparme por ellas —pidió con tono conciliador.

Melquíades levantó la cabeza negando.

—Usted no debe disculparse, excelencia, y menos...

—Escuche usted todo lo que tengo que decirle, señor Elquiza —le interrumpió sereno.

Don Diego se tomó unos segundos para continuar con su discurso, como si hubiera meditado cada palabra que iba a pronunciar en su presencia.

—Señor Elquiza, mi comportamiento no fue propio de un Castamar, y menos del señor de Castamar. Si mi difunta esposa me hubiera visto, me habría reprendido por mi actuación y no habría visitado su alcoba durante más tiempo del que lleva usted en esta.

—Tal vez en eso tenga usted razón, excelencia.

—Sé que la tengo. Por eso debo decirle que es usted el mayordomo de Castamar. Ya lo era antes de que yo fuese un infante, y no deseo que deje de serlo, o que pase un solo año en que usted no participe en los festejos, como ha hecho siempre. Antes de la cena de esta noche será restituido en su cargo, si bien espero que se incorpore al servicio a partir de mañana. Doña Alba no sería muy feliz allá donde esté si yo cometiera el error de desterrarle de esta hacienda, y créame, yo no podría vivir con ello.

Asintió tratando de serenarse, para que su excelencia viese en él la escasa dignidad que pudiera todavía albergar su carácter, y tuvo que contener las ganas de tirarse a sus pies y besarle las manos. Sabía que don Diego no era partidario de ese tipo de afecciones exageradas, así que solo intentó agradecerle el perdón que le estaba otorgando. El duque se detuvo y negó con la cabeza.

—No lo haga, señor Elquiza. No es usted más culpable que yo. Solo hemos tenido una discusión por un pasado que ya no existe. Es una orden que olvidemos esta cuestión.

—Sí, excelencia —dijo aun siendo consciente de que le llevaría mucho tiempo hacerlo.

—Además, creo que, de no haber llegado a esta solución, habría defraudado a gran parte de la servidumbre, en especial a la señorita Belmonte, que intercedió valientemente por usted ante mí —afirmó mientras se dirigía hacia la puerta—. Y la verdad, nadie desea desprenderse de una cocinera de tanto talento.

Melquíades sonrió ante la broma de su señor, tomó aire y apretó los puños, tieso como un mástil, esforzándose por mantener unos nervios que le recorrían todo el cuerpo. Sintió de pronto un cariño extremo por aquella muchacha sencilla y culta, que había dado la cara por él. Se despedía con una

reverencia sobria al ver salir a su excelencia por la puerta cuando este se detuvo.

—Por cierto, señor Elquiza, se me olvidaba, debe usted bañarse —le dijo—. Con agua caliente. Haré que le preparen un baño y le diré al señor Torres que le afeite y le acicale adecuadamente.

No se atrevió a contrariarle, pese a saber que el agua caliente podría abrir los poros de su piel a algún tipo de enfermedad, como la peste que desde el año pasado asolaba Marsella y que se estaba cobrando una cantidad de vidas ingente. «Basta ver que los animales de tierra firme no buscan el agua para bañarse, sino solo para beberla o refrescarse», se decía con toda lógica. Aun así, don Diego se bañaba de manera asidua, pues, según él, el baño era una práctica habitual en el mundo clásico, sobre todo entre los nobles romanos —a los que su excelencia había llamado «patricios»—, que al parecer aprovechaban cualquier ocasión para zambullirse en aguas termales. En opinión de Melquíades, bien de la cabeza no andarían si estaban en un elemento líquido todo el día. «¡Qué barbaridad, de seguir así moriremos todos de una ictericia!», se había dicho atusándose el mostacho cuando se lo contaba el señor Moguer.

Melquíades se sentó a la espera de que le avisaran para el baño ordenado por su excelencia, y solo entonces, cuando detuvo por unos instantes su pensamiento sobre los malos hábitos del duque, fue consciente de golpe de que había sido perdonado y comenzó a sollozar sin poder evitarlo.

Una hora después, bañado y afeitado por el señor Eduardo Torres, barbero de su excelencia, Melquíades llegaba al salón de estados en compañía de uno de los gentilhombres. En la puerta de entrada le esperaba ya don Diego, con las manos a la espalda y una sonrisa impecable. Le saludó inclinando la cabeza y su excelencia asintió, confirmándole que tras esa puerta se encontraban todos los jefes de dependencias de la servidumbre y algunos otros de importancia. El duque los había reunido allí para garantizar que, como mayordomo, volvía a tener el peso específico que le correspondía.

Entraron con cierta solemnidad, y él caminó sereno detrás de su excelencia. Nada más entrar cruzó un par de miradas con Clara Belmonte, que le sonrió en la distancia. Durante unos instantes tuvo la intuición de que su sonrisa velaba una profunda tristeza. El señor Casona también le dedicó una media sonrisa e inclinó la cabeza a modo de saludo. Sin ninguna duda, era otro de los miembros de la servidumbre que había dejado caer algunas palabras sobre su situación al duque. Vio también a su sobrino, que le rehuyó la mirada. Por

boca del señor Casona, había sido conocedor de la falta de lealtad del chico al no defenderle frente a su excelencia. Según le habían dicho, incluso había renegado de él frente a la servidumbre. No le culpaba, pues ni siquiera él podía perdonarse a sí mismo. Se dijo que, llegado el momento oportuno, mantendría una conversación privada con él para iniciar el largo camino de la reconciliación.

—Siento haber tenido que arrebatárselos de sus quehaceres, y en especial en una tarde tan importante como hoy, en el segundo día de celebración —dijo a modo de introducción el duque—. Pero era fundamental que oyesen lo que voy a decirles a todos: el señor Elquiza continuará como mayordomo, recuperando las funciones que siempre ha tenido. Si alguno de ustedes pensó mal de él, o no supo defenderle bien... —la mirada de su señor hacia su sobrino hizo que Roberto agachase la cabeza de inmediato —, si alguno de ustedes pensó que por obrar en conciencia en tiempos de guerra iba a ser castigado por mi persona, se equivocó, y si alguien pusiera en duda la autoridad del señor Elquiza por este motivo u otro, tengan por seguro que no podrán seguir en Castamar.

Su afirmación categórica extendió un silencio entre las miradas prudentes de la servidumbre. Por contra, su excelencia clavó sus pupilas circunspectas, cargadas de algún sentido oculto, en Clara Belmonte, que retiró las suyas hacia el suelo. Aquella reacción de ella, como si no desease entablar contacto siquiera con don Diego, le hizo sospechar que entre ellos había pasado algo desagradable.

—Les agradezco su paciencia, pueden volver al trabajo que tan diligentemente están haciendo.

Melquíades levantó la mirada para encontrarse con la de doña Úrsula, y no pudo disimular una pequeña sonrisa de triunfo ante su rostro ceniciento y sus pupilas derrotadas. Durante todo aquel tiempo, la consternación y el arrepentimiento no le habían dejado pensar que su vuelta a Castamar significaba el fracaso de la dueña y el fin de su despótico imperio sobre la servidumbre. Ahora, investido de la autoridad de la mayordomía, aquella mujer, que no conocía más relación que la que conlleva el poder, se vería sometida a su voluntad. Siempre había deseado que doña Úrsula se hubiera comportado de otra forma, que fuese su mano derecha como ama de llaves, una mujer en la que depositar su confianza y, por qué no decirlo, su cariño. Pero si en los primeros años ella había despertado algún sentimiento de este tipo en él, también se encargó personalmente de aniquilarlo hasta convertirlo en un

anhelo olvidado y anecdótico. Doña Úrsula le mantuvo firme la mirada, manifestando silenciosamente que seguiría presentando sus regimientos en cada esquina, en los salones llenos de tapices y en los desvanes vacíos. Castamar era para ella un campo de batalla mudo, como los mapas de Europa lo habían sido para las grandes coronas. A él ya no le importó, tan solo la examinó transmitiéndole que no había más autoridad entre la servidumbre que la suya.

CAPÍTULO 32

18 de octubre de 1721

Después de dos noches de festejos en Castamar, Enrique se despertó en la habitación de invitados de un excelente humor. Pese a que sus planes no estaban yendo todo lo bien que deseaba, había podido acercarse al delfín, Luis de Borbón, con el que ya tenía relación, y había podido estrechar lazos. Además, se había divertido aguijoneando a don Diego durante la celebración con sus comentarios, empezando por el suceso con la descarada cocinera. Sin embargo, tras leer la nota que Hernaldo le hizo llegar por medio de un paje en su desayuno, pensó que tal vez no tenía motivo para tanto optimismo. Por eso, mientras el resto de los invitados iba abandonando Castamar, salió a caballo para encontrarse con su hombre en su lugar secreto. Él, por su parte, no se iría de allí. Dejándose querer, doña Mercedes le había insistido en que se quedase tanto como ella, y él había aceptado pues deseaba permanecer junto a la duquesa, alejado de todo lo que estaba por venir para que no pudieran relacionarle.

Mientras cabalgaba hacia el punto de reunión, se decía que debía tener paciencia. Pese a que su plan original con la señorita Castro había fracasado, Enrique atisbó una evolución del mismo también adecuada a sus necesidades. Así funcionaban las buenas intrigas, pues debían navegar en un equilibrio entre un buen diseño y la capacidad de adaptarse a los cambios. «El mío siempre estuvo muy bien atado —se dijo—. Ahora solo debo corregir el rumbo un poco».

Su antiguo ardid pasaba por aguardar hasta que el duelo por Alba remitiera y, llegado ese punto, encontrar a una joven capaz de ocupar de nuevo el corazón del duque. Por antiguas referencias de doña Mercedes, la señorita Castro era la opción perfecta. Ella lo seduciría con su ayuda y la motivación necesaria, y una vez se comprometiera con don Diego, Enrique descubriría en sociedad su relación paralela con la señorita Amelia, provocando la vergüenza para toda la familia Castamar. Incluso si en un golpe de suerte él la hubiese dejado preñada en el momento oportuno, la vergüenza sería y a insoportable.

Enrique aparecería como una víctima entonces, abocado a una situación injusta por haber sido tan engañado como el propio don Diego por una astuta

cazafortunas. Lo que la señorita Amelia pudiera contar carecería de credibilidad: para todos, ella habría obtenido de Enrique riqueza, el pago de sus deudas y una posición a cambio de una promesa de matrimonio que nunca pensó en cumplir, y manteniendo una relación amorosa con él, habría seducido de forma paralela al duque hasta el altar.

Además, lo confirmaba su reputación sin tacha, sus cuentas y los contratos con Amelia, y las visitas a horas intempestivas que muchos corroborarían; daría igual que ambos llevasen meses sin verse —por supuesto, a pesar de Enrique, juraría él— desde que le rajaron la cara a ella.

Por descontado, los de Castamar sabrían que mentía en su papel de víctima y también alzarían la voz en vano esgrimiendo suposiciones sin el respaldo de pruebas. Don Diego comprendería la trampa y se vería obligado por su rancio honor de Grande de España a pedirle satisfacción. Para entonces, el duque no podría echar mano de sus amigos para limpiar su honor y el de su prometida, pues estos estarían tan vilipendiados como él gracias a ciertas acciones que había dispuesto; ni tampoco su pobre hermano, el membrillo, que habría desaparecido hacía ya meses y se encontraría de camino a las colonias inglesas de América en un barco negrero.

Por supuesto, había previsto que don Diego trataría de retarle en diferentes ocasiones para forzar el lance. Acudiría a su casa, a las corralas, a los encuentros en los palacios de los ilustres, pero él no estaría allí nunca. Sería más tarde, en uno de los refrescos en el palacio del Buen Retiro, o incluso de haberse terminado, en el Palacio Real de la Granja, en Valsaín. Allí encontraría la conclusión a su intriga, con media corte como testigo. El monarca intervendría, claro está, pues había prohibido los desafíos, pero esto a don Diego le daría lo mismo y a él también, y sería una satisfacción extra ver cómo el gran duque traicionaba la confianza del rey. Así, delante de todos, Enrique aceptaría el desafío, y tan herido tendría el orgullo el duque que no le importaría jugarse la hacienda de Castamar. De ese modo, después de que él le hubiera arrebatado lo que más le importaba —su dignidad, su honor, sus amigos y su hermano—, le sustraería el que había sido su refugio en vida. De cara al resto, Enrique, como ilustre, solo asistiría al alba a un duelo injusto, que desde luego tenía la intención de ganar con su inteligencia antes de disparar el balín.

Para ello, justo antes de establecer el lance, tendría a bien pedir a sus padrinos una charla privada con el duque con la excusa de aclarar cualquier malentendido y olvidarse de aquella insensatez. Este aceptaría, debido a su

honor, y entonces, a solas ya, él le explicaría al detalle que la muerte de doña Alba de Castamar era solo culpa suya por su estúpida decisión de intercambiar los caballos; le narraría por qué se había hecho público quién era en realidad su amigo Alfredo, el desprestigio que ya acarrearía don Francisco, y lo más importante de todo: la situación en la que se encontraba su negro. Entonces don Diego se enfrentaría a un problema irresoluble: matar al único hombre que podría decirle dónde estaba su hermano, el mismo hombre al que había desafiado en duelo públicamente, o perder el honor y no aceptar el lance tratando de encontrar a su hermano. Enrique, aun así, pensaba que, llegados a ese punto, don Diego no podría evitar desear matarle.

En ese caso, otras eventualidades estarían a su favor. Al ser él el desafiado, tendría derecho a elegir el arma, y por supuesto sería la pistola y no la espada, con la que el Castamar era un maestro incuestionable. Las ganas de venganza agitarían al duque de tal forma que le vibraría no solo el pulso, sino el cuerpo entero, hasta el punto de errar el tiro. Él, por contra, no fallaría. No era la primera vez que utilizaba una argucia así; cuando un hombre ardía consumido por la rabia y la venganza hasta límites insospechados, no pensaba con claridad, y menos aún mantenía la sangre fría. Ese día el carácter de don Diego le costaría la vida de una forma o de otra. No en vano, él, desde su llegada a Castamar, había ido granjeándose su animadversión retando su temperamento airado con pequeñas y afiladas ofensas justo para esto, para que llegado el momento su aversión le nublara más el juicio.

Pero los planes a veces fracasan, y el suyo, el que debía llevarlos hasta ese final, lo había hecho. Era lo bastante inteligente para saber que, si la señorita Amelia no había podido acercarse aún al corazón de don Diego, no lo haría ya. Además, tampoco daba la impresión de que el negro fuera a acudir a El Zaguán, donde sus hombres esperaban impacientes desde hacía meses para hacerle desaparecer. Tan sol o parecía atado el plan que había hilado sobre don Francisco y don Alfredo. Sin embargo, al ver que todavía no obtenía los éxitos deseados con los primeros, había esperado oportunamente y había mantenido su estrategia preparada, pero inactiva.

Consciente de que estaba lejos de cumplir sus objetivos, dos noches atrás, Enrique se había acercado sigiloso como un gato a la alcoba de la señorita Amelia justo antes de la cena. Tal como esperaba, la puerta estaba cerrada con la llave puesta, por lo que no pudo entrar. Fue entonces cuando oyó la voz de la criada que debía de estar ayudándola a terminar de acicalarse. Aguardó en el pasillo, oculto en una de las arcadas de los salones, hasta que la ayuda de

cámara salió. Así, mientras la doncella se perdía por el pasillo, entró. La pobre señorita Castro, que en ese instante se aproximaba a la puerta con la intención de cerrarla otra vez con llave, dio un salto hacia atrás y le amenazó con gritar mientras tomaba un candelabro en la mano. Él se giró y con su llave misma bloqueó la puerta.

«¿Cómo ha conseguido esa llave —le dijo mientras él se encogía de hombros—. Déjeme en paz».

Se había acercado intimidatorio hacia ella, que temblaba hasta el punto de que se podía oír sus dientes castañeteando sin control. En una acción rápida le arrancó el candelabro de la mano avisándola de que confiaba en que en el transcurso de esos meses no hubiera olvidado su cometido. La señorita Castro, arrinconada, había mirado hacia la puerta sin poder contestar más que con pequeños gemidos de pánico.

«Fue lamentable el asalto que sufrí, pero, según me enteré, al final los maleantes acabaron todos muertos», le dijo sarcástico.

«Fue usted quien lo organizó. Era la mejor forma de que me trajeran a Castamar».

«Nunca confesaré tal cosa», sonrió él.

Ella le escupió a la cara diciéndole que le odiaba. Él la cercó contra la pared y la abofeteó.

«Le detesto con toda el alma», le dijo la señorita Amelia mientras sus ojos expresaban el terror que la invadía.

Tenía que reconocer que adoraba su valor, tan inquebrantable. Cuanto más miedo tenía, más acciones osadas cometía.

«Pero a su madre no la detesta, ¿verdad que no? Le envía recuerdos desde El Escorial».

«Váyase o gritaré».

«No se enfade tanto... No quisiera que se le afeara su pequeña cicatriz», le dijo acariciando su mejilla cortada.

«No me toque».

«El año pasado, en este mismo cuarto, no decía usted eso».

Fue entonces cuando la cogió del cuello y se lanzó a su boca. La señorita Amelia intentó revolverse sin éxito, oponiendo toda la resistencia que pudo. Enrique sintió placer cuando aquella gata salvaje, con su odio exudado, trató de escapar de su laberinto. Se separó y la empotró contra la pared, estrangulando sus sueños de libertad. Apretó con fuerza para que comprendiera que, cuanto más porfiase, más ceñiría su presa. Ella, al notarse

ya sin aire, se rindió; abrió las manos y dejó que él satisficiera su lujuria poniendo los labios en su boca. Él se dispuso apenas a unos dedos de ella, escrutando su rostro congestionado, y la amenazó.

«¿Qué progresos ha hecho, señorita Castro?».

«Por favor... —susurró negando con la cabeza—. No haga daño a mi madre. Déjenos en paz».

Fue entonces cuando comprendió que su plan con la señorita Castro había fracasado y que estaba en un punto muerto. Por eso se volvió y se fue hacia la salida con los estertores de ella a su espalda, que trataba de masticar el aire que le faltaba. Sin embargo, más tarde, su decepción inicial se convirtió en júbilo. La señorita Castro no era ya de utilidad y por eso su estrategia debía evolucionar, de modo que se concentró en percibir los cambios de los que sí se podía sacar provecho.

Mientras bailaba el agua a doña Mercedes, había fijado la mirada en los pequeños detalles durante la cena. Estos se habían sucedido fortuitamente ante él desvelándole lo que no sabía: que la señorita Castro, sin buscarlo, había conquistado el corazón del negro y que, sin saberlo, ella misma se había prendado del membrillo. Sus muestras de cortesía, el abandono conjunto de la cena, la forma en la que se habían sentado ambos, la dedicación del negro, siempre vigilante. El bozal era su nuevo guardián, y de haberle descubierto en la alcoba de ella, él habría tenido problemas. Sin embargo, aunque esto no era exactamente lo que hubiera deseado, pensó que podría funcionar en algún sentido como su plan original. Por eso adaptó su estrategia: si la señorita Amelia no podía alcanzar el corazón del duque, sí podría en cambio yacer con el negro tantas veces como fuese necesario hasta quedar encinta. Si él se lo ordenaba, la muchacha haría cualquier cosa para salvar la vida de su madre, pues ya lo había demostrado sobradamente con su silencio después del asalto. Fornicar con el negro, por muy repugnante que a él le pareciese, no lo sería para ella.

De conseguir este objetivo, solo el rumor en la corte de que el negro libre de Castamar había yacido o, mejor aún, dejado encinta a una mujer soltera y blanca sería un escándalo insoportable para cualquier casa. No habría nadie en la corte, ni su majestad Felipe, que tanto aprecio le tenía al duque, que no le diera la espalda. Si la aristocracia había demostrado algo a lo largo del tiempo es que era capaz de superar cualquier escándalo, y lo hacía repudiando al afectado como si nunca hubiera formado parte de la élite. Por eso la nobleza permanecería por siempre en la tierra de los hombres.

Con Castamar en desgracia, él pondría otros resortes en movimiento para provocar la caída definitiva de don Diego en su ansiado duelo. Aun así, podría ser que toda su nueva estrategia debiera otra vez reformularse, pues el mensaje codificado de Hernaldo —una nota vacía con una equis marcada— hacía que fuese imperioso verse.

Ascendió por el camino que serpenteaba la montaña hasta el lugar convenido. Hernaldo debía de llevar tiempo esperándole. Su lacayo le saludó sin protocolo y él apenas levantó el mentón, manteniéndose a caballo, sin desmontar.

—Ilustrísima, tengo una mala noticia para nuestros intereses: la madre de la señorita Amelia falleció anoche —le dijo con el sombrero entre las manos inquietas—. Avisaron al cura para que le diera la extremaunción. Me temo que es público, no lo podremos ocultar.

Se maldijo por haber dejado a la anciana a cargo de una servidumbre devota para con Dios. A él, que veía a la Iglesia como otra forma de poder en la Tierra, le importaba bien poco que la difunta se fuese al otro barrio con el sacramento dado. Meditó unos instantes, comprendiendo que no solo se había esfumado su forma directa de control sobre la señorita Amelia, sino también la mordaza que aprisionaba su lengua. En cuanto la muchacha llegase a El Escorial, sabría de la muerte de su madre.

—Esta mañana estaban embalando sus pertenencias y vi al bozal junto a ella. Es muy posible que deseen dirigirse hacia allí y que el negro la acompañe —repuso en voz alta.

—En cuanto lo descubra, le cacareará a don Diego las presiones recibidas por usted —dijo Hernaldo.

—No, a don Diego no le dirá nada. Primero se lo dirá al membrillo —le contestó Enrique. Este hecho era ineludible ya, y de nuevo su estrategia hacía agua. Sin embargo, se podía controlar la situación de otra forma. Había que precipitar los planes para con el negro—. Prepara a la gente de El Zaguán, vamos a poner la miel en su boca para que acuda de una vez a nuestra telaraña. Por otro lado, quiero que envíes tres hombres experimentados a El Escorial, y otro grupo a su casa de Madrid, la de Leganitos. Cualquier comunicación con Castamar por parte del negro debe ser cortada de raíz. Una carta, un correo, o incluso él mismo si no acude a El Zaguán. Es hora de ayudar al amor, querido Hernaldo.

El soldado arqueó las cejas confuso, pues no podía comprender exactamente lo que había pasado por su imaginación. «Nada hay más punitivo que la

tragedia cuando se ama —se dijo Enrique—. Toda discusión cesa de inmediato y solo importa el amor». Conocedor de los deseos ocultos del negro y de la señorita Amelia, se dijo que, si la madre de la señorita Castro no era ya un instrumento de coacción para el silencio de esta, sin duda sí lo sería el negro. Al fin y al cabo, en sus planes siempre había estado el capturarlo, ahora tan solo iban a forzar la situación.

Mismo día, 18 de octubre de 1721

Esa misma mañana Clara había dejado atrás Castamar en la carreta del señor Galindo, uno de los cocheros de su excelencia. Por fin, con una venda en los ojos y el terror instalado en el estómago, cruzaron el puente Segoviana y entraron por la Puerta del Puente. Después ascendieron hasta la central de las cocheras de postas. Como una ciega, ayudada de una vara, Clara pudo salir del carro, y el señor Galindo le consiguió refugio en el interior del edificio. Tras despedirse de él, había comprado un pasaje en una diligencia hacia Alcalá de Henares que saldría en breve. Había oído a muchos de los sirvientes temporales de Castamar que Alcalá era ya un municipio grande donde había más casas ilustres; más rurales y de menos abolengo que la de don Diego, pero seguramente más cómodas para trabajar en las cocinas, en las que podía tener un hueco como ayuda o sotoayuda. No le sería difícil conseguir esto, sobre todo porque doña Úrsula justo antes de partir se acercó y, para su sorpresa, le extendió unas referencias inmejorables sobre su trabajo en Castamar. Aquello la había dejado atónita, pues ni las había pedido ni las esperaba. Cuando fue a preguntar el motivo de dichas referencias escritas, la dueña se adelantó interrumpiéndola.

«No hay nada en esa nota que no sea verdad», le dijo en tono hierático.

Fuera porque deseaba que se instalase en otra casa noble para no volverla a ver, fuera porque, pese a su carácter combativo, doña Úrsula no podía soportar la mediocridad, le agradeció el gesto, sabedora de que aquella carta le proporcionaría tarde o temprano un trabajo en cualquier cocina decente. Ahora ya no le importaba demasiado si tenía que rebajar su estatus con tal de abandonar la hacienda lo antes posible. Todavía recordaba cómo el amigo del duque, don Enrique de Arcona, había abusado de su proximidad y su rango para humillarla. Había sido obsceno e indecoroso, y lo peor era que don Diego se había quedado allí parado, completamente inmutable, sin importarle lo más mínimo que ella fuera víctima de su grosera apuesta, de los comentarios jocosos y de verse expuesta a esa humillación pública. «Cualquier caballero decente sabría esto», le había dicho entonces alzando la

voz. Ahora sentía haberle dedicado aquellas palabras desabridas. Sin embargo, era un defecto que no podía remediar: decir lo que pensaba en los momentos de acaloramiento. Por eso, a su vez, tenía que irse de nuevo con los sueños rotos.

Se recordó en la misma situación cuando abandonaban la casa alquilada. En aquella ocasión su madre, su hermana y ella fueron conscientes de que el apellido Belmonte, que otrora era un símbolo de erudición médica entre los aristócratas, había caído en el anonimato más profundo. Habían pasado a formar parte de un estamento diferente, de donde nunca saldrían, uno que las había alejado por siempre de aquellos tiempos donde solo importaba para las mujeres obtener un buen matrimonio. No volverían ya las colaciones con la alta sociedad madrileña, cuando oían las composiciones de guitarra de Santiago de Murcia, ni las galas del palacio del Buen Retiro cuando actuaban los Trufaldines italianos o las compañías españolas de Juan Álvarez o José de Prado; no volverían jamás a invitarlas dentro de aquel grupo selecto. Ella lo echó de menos, pero su madre, que tenía ya un mundo hecho en esos círculos, sufrió una herida que la acompañaría el resto de su vida. Para Clara, al final, aquel grupo de privilegiados al que habían pertenecido se convirtió tan solo en el «círculo de la vanidad», donde todos deseaban ser más, comer y beber más, poseer más, y se olvidaban por el camino de que la felicidad no se halla en satisfacer groseramente los placeres.

Años más tarde, cuando su madre y ella trabajaban ya en casa de don Giulio Alberoni, con su situación económica al menos normalizada, dispusieron que su hermana continuase sus clases de música con el fin de que pudiera ganarse la vida como profesora de clavicémbalo. Fue así como conoció a un muchacho tan dulce como ella, Ramiro de la Riva, excelente clavecinista, que había dado ya conciertos para varios ilustres en Madrid y en Sevilla. El muchacho quedó prendado de Elvira, y pasó más de ocho meses cortejándola, hasta que la pidió en matrimonio. Ramiro había encontrado, gracias a sus dotes, un puesto de clavecinista en el cuerpo de músicos de Jean-Joseph Fiocco, maestro de capilla de la archiduquesa María Isabel de Austria, soltera y amante de la música. Elvira, por su parte, más prendada incluso que él, solo pudo aceptar. Después de la boda, sencilla pero distinguida, donde Clara cocinó casi todo junto con su madre, ambas lloraron felices al ver partir a Elvira hacia Viena. Aunque fuera un matrimonio modesto, aquello suponía para su hermana dejar los problemas atrás. Añoraba tanto a ambas que a veces no podía dejar de imaginar lo que sería volver a

verlas en algún momento. Sin embargo, había sepultado esa idea bajo el peso de la sensatez, convenciéndose de que esto no ocurriría nunca y que esperanzarse solo le traería dolor.

El hecho de abandonar Castamar confirmaba que su vida no estaba a salvo de reveses y de desengaños. El último, sin duda, era el del duque. En su tristeza se conjugaba la decepción que había sufrido con don Diego y el perder su puesto de cocinera.

Consiguió controlar el llanto antes de que la avisaran de que el coche de colleras tirado por seis mulas partía hacia Alcalá de Henares. Se subió tras ella una señora a obesa que no dejaba de estornudar sobre un mandil de lavandera, tan descuidado como sus uñas, rotas y descoloridas por el uso de jabones abrasivos. Se tapó por instinto la boca con la mano, y la mujer, al verla, se carcajeó por su miedo al contagio.

—Es solo polvo del camino, que se me ha metido en las narices desde Toledo —chilló a medias.

Aun así, Clara se alejó un poco de ella por prudencia. A continuación, entró un hombre menudo que tenía rasgos de pájaro y lucía una tonsura natural.

—Casimiro García, para servirlos —saludó sin mucho entusiasmo mientras sujetaba un cartapacio como el mayor de sus tesoros.

Se encontró algo más cómoda al cerrar la cortinilla de la ventana y sentirse aislada en el interior del carromato, que para suerte suya era completamente cerrado. Se reclinó y se dispuso a dormir, pero en cuanto cerró los ojos una marea infinita de imágenes efervescentes brotó en su mente, y sin poder evitarlo se le encharcaron los ojos de recuerdos. Se vio asaltada por unas inmensas ganas de llorar al recordar el día en que don Diego estuvo a punto de besarla; o cuando sus dedos se rozaron en la entrega de los encuadernados; o cuando recibió cada una de sus afables palabras en todas sus visitas o en sus notas secretas; o cuando la miraba de aquella forma tan poderosa y embriagadora. Tenía que hacer un esfuerzo enorme para convencerse de que todos aquellos detalles no habían sido un espejismo, uno que se había roto hacía dos noches cuando él apostó con su persona como si fuera un jarrón decorativo y, lo peor, permitió a sus amigos, en concreto al marqués, humillarla sin mover un solo dedo. Por eso incluso abandonó los libros que él le había regalado. Aun así, no quiso que se enterase por otros de su renuncia y le había dedicado unas palabras escueltas de despedida para que entendiera el motivo de su marcha y lo profundamente arrepentida que estaba de haberle faltado al respeto al elevar la voz. Pese a su necesidad de olvidar, no pudo

evitar revivir su llegada a Castamar justo mientras salía de Madrid por la Puerta de Alcalá y los bueyes mugían, cautivos del yugo, tirando del coche. «Me he ido como entré», se dijo. Giró el rostro y lo apoyó contra el tabique de madera del carruaje, tratando de conciliar el sueño para evitar la situación embarazosa de que los demás viajeros detectasen sus lágrimas. Cerró los ojos y trató de no pensar en don Diego y sus ojos claros. Tal vez fue el cansancio de la vorágine de aquellos días, o el no haber podido conciliar el sueño durante la noche por la amargura de tener que dejar Castamar, pero, en cuanto la imagen del duque se desdibujó, sintió sus párpados como dos losas de piedra y cayó en un sueño profundo.

Despertó sobresaltada por el estruendo de un trueno que inundó toda la campiña. La mujer oronda, tras sonarse otra vez la nariz enrojecida, se rio mostrando su dentadura desmontada, y el hombre menudo le sonrió.

—No tenga miedo, solo es una tormenta —dijo sujetando todavía su cartapacio—. Ya hemos dejado Torrejón atrás.

Clara se desperezó un poco y pudo sentir cómo el aguacero golpeaba con dureza la techumbre del coche. Se alegró de haber estado dormida, pues la lavandera había descorrido la cortinilla. Agradeció que la tarde y la tormenta se les hubieran echado encima y no pudiera ver nada a través de los cristales cubiertos de vaho.

—No queda mucho —añadió la mujer—, pronto llegaremos a la Venta de los Viveros.

Apenas terminó de hablar cuando de pronto el carruaje tomó un bache profundo que le cortó la frase y el aliento. El impacto hizo que el coche se bamboleara y un crujido potente recorrió el habitáculo haciendo que todos se sujetasen. Con cierta pausa, el mayoral y el zagal que le acompañaba dieron varios gritos desde el pescante para hacer avanzar a las mulas. El coche recuperó cierta horizontalidad al salir del bache donde se había incrustado.

—Todo apunta a que vamos a calarnos —dijo el hombre del cartapacio negando con la cabeza.

Clara sintió un terror profundo al verse bajo la tormenta en un espacio abierto, sin protección de ningún tipo. Fuera se podía oír la respiración del mayoral, lanzando improperios e inspeccionando la rueda. Rezó para no tener que abandonar la seguridad que le ofrecían las cuatro paredes de madera, al tiempo que sentía que sus sudores iban en aumento. La portezuela se abrió sin previo aviso y el cochero, un hombre grueso de hombros anchos y cara plana, los miró encogiéndose de hombros.

—Me temo que tendrán que bajar todos. El eje se ha astillado y creo que necesitaré el menor peso posible, he de regresar a Madrid y llevar el carro a cocheras para que lo arreglen —dijo con voz ronca—. En Alcalá no hay dónde hacerlo.

Sin poder controlarse, Clara tragó saliva y comenzó a respirar entre pequeños suspiros, sintiendo que su corazón se aceleraba y se sentía desorientada .

—Oiga, si está lloviendo a cántaros —se quejó la lavandera.

El mayoral, calado hasta los huesos bajo su casaca de cuero, se volvió a encoger de hombros.

—Con eso no puedo hacer nada. La Venta de los Viveros está a algo más de media legua —les dijo.

Clara se hizo un ovillo al imaginarse en aquel espacio de proporciones ilimitadas que tendría que recorrer ella sola. Empezaron los temblores y sintió cierta debilidad muscular. La oronda mujer inclinó el carronato al apearse, y el hombre llamado Casimiro la siguió lanzando gruñidos entrecortados al sentir la lluvia, como si con ello pudiera evitar empaparse. El mozo bajaba ya los equipajes para dárselos a sus dueños cuando el mayoral se la quedó mirando directamente.

—Vamos, baje —ordenó.

—Señor, no me es posible..., yo no puedo. Es demasiado espacio abierto —balbució ella buscando en los bolsillos de su falda la venda para los ojos.

El mayoral la miró sin comprender, como si estuviera medio atontada o fuese corta de entendederas.

—¿Demasiado qué...? —dijo con el ceño fruncido.

—Señor, escuche, yo... —tartamudeó con la voz tomada al atisbar el abismo más allá de la portezuela—. Necesito quedarme dentro. Ha y...

—Oiga, salga del coche —la advirtió el cochero perdiendo la paciencia. Ella le intentó decir que no tenía fuerzas, que no podía salir de allí —. Mire, señorita, he dicho que fuera. ¡Que no puedo llevar peso!

Clara trató de hablar, pero sintió una convulsión que casi le hizo regurgitar la comida. El mayoral, entonces, entró en el carro y la cogió de las muñecas.

—¡Que salga, coño! —le espetó, y tiró de ella con tal fuerza que se vio expelida hacia el exterior.

Sintió que la lluvia le empapaba de temblor todo el cuerpo, mientras tropezaba con los escalones y, casi sin fuerzas para estirar las temblorosas piernas, cayó sobre el barro de bruces. Abrió apenas los ojos y comprobó que había perdido la venda en la caída. Tanteó el terreno mientras el zagal la ayudaba a

incorporarse hasta aposentarla en la pequeña vaguada, cerca del camino. Aterrorizada, permaneció de rodillas abrazada a un viejo tocón de olmo, con el pánico devorando sus entrañas y la debilidad creciendo por sus venas. El cochero imprecó desde atrás al muchacho que dejase de asistirle y se pusiera frente a las mulas para tirar del ronzal. Clara, con los ojos cerrados, buscó la venda entre los matojos cercanos sin suerte, percibiendo que las fuerzas huían de su cuerpo rápidamente. Supuso que el fuerte viento lo habría desplazado. Abrazada al tocón, trató de pedir ayuda con sus últimas fuerzas, deshilvanando un hilillo de voz apenas audible bajo la tormenta. La lavandera y el hombre menudo del cartapacio habían desaparecido por el camino tras el telón de agua y la oscuridad de la tarde. Tras ella, los bueyes comenzaban el camino de regreso a Madrid. A punto de desfallecer, con un ejército de hormigas recorriéndole brazos y piernas y robándole hasta el aliento, entreabrió los ojos un instante y divisó entre la penumbra rota por los relámpagos una arboleda alejada del camino. Pensó que si llegaba hasta ella le serviría de refugio. Se irguió endeble, apoyando el rostro sobre la corteza anciana y quebrada del olmo. Sin pensar en su equipaje, que abandonó tras ella, dio dos pasos hacia la espesura. Comprendió lo inútil de su esfuerzo en cuanto abandonó la vaguada y entró en el páramo de hierba alta. Apenas anduvo unos pasos más cuando las rodillas se le quebraron y le sobrevino un desvanecimiento. Cayó con la respiración ahogada, las náuseas dentro de su cuerpo y la vista borrosa. Supo entonces, antes de perder el sentido, que probablemente esa noche encontraría la muerte bajo la tormenta, el frío y la debilidad.

CAPÍTULO 33

Mismo día, 18 de octubre de 1721

El sumiller le informó que su hermano había partido hacia El Escorial con el fin de acompañar a la señorita Castro, y Diego se sentó a desayunar haciendo un gesto para que le sirvieran. Desplegó la servilleta y, al probar los panecillos de miel y almendras, un temor le invadió de golpe. Con cierta serenidad llamó al señor Moguer para que se aproximara .

—Averigüe quién ha cocinado esto, pues obviamente no ha sido mi cocinera —dijo. No tuvo que esperar mucho para ver aparecer al señor Elquiza. Le bastó ver la urgencia de su rostro para saber que algo no iba bien. Este torció el gesto antes de darle las noticias:

—Acabo de enterarme de que la señorita Clara Belmonte ha partido temprano hacia Madrid, y no se sabía cuál era su destino final.

Diego se puso en pie golpeando la mesa, llevado por la furia y una incipiente preocupación por que no le ocurriese nada. El señor Elquiza, al ver su desasosiego, se acercó y le tendió una nota.

—Ha dejado esto para usted —declaró.

La abrió de golpe, deseando que ella le hubiese escrito una dirección concreta entre aquellas líneas.

A su excelencia don Diego de Castamar:

Ante todo debo comunicarle que ha sido un honor estar a su servicio en las cocinas de Castamar, aunque por desgracia no haya sido por más tiempo. El motivo de esta carta no es otro que rogarle que perdone mi falta de etiqueta frente a su querida madre, don Enrique y sus amistades; que perdone las palabras que tan insolentemente proferí frente a ellos y, por último, las que le dediqué a usted.

Con independencia de que antes de ayer en aquel salón sufriera una humillación que mi orgullo no puede perdonar, no debí perder la cortesía que se me mostraba, sobre todo por su parte. Sé que hay cierta injusticia en mi petición, pues le solicito su perdón por mis faltas cuando yo no puedo perdonar sus actos ni la omisión de los mismos que yo hubiera esperado en usted, en especial cuando su amigo don Enrique de Arcona sobrepasó los límites del decoro al rozarme con su bastón impudicamente. Por este motivo, con todo el dolor de mi corazón, comprenderé que no acepte mis disculpas.

Sin otro particular, me despido de usted,
Señorita Clara Belmonte

Tras leer la nota maldijo golpeando la mesa. Don Melquíades, que ya conocía su furia, dio un paso atrás.

—¿Por qué no he sido informado antes de esto?

Don Melquíades no supo qué decir, afirmando que él se acababa de enterar por doña

Úrsula. Don Diego salió a grandes zancadas del salón y el mayordomo le siguió como un corderillo asustado.

—Dígale a don Belisario que ensille mi montura de inmediato con varias mantas —le ordenó sin mirarle avanzando por el pasillo—; al greffier, que prepare una bolsa con escudos, y a mi armero, que incorpore a mi cabalgadura mi sable de caballería, mi daga, dos de sus pistolas de avancarga cebadas, una canana de balines, una polvorera y un mosquete enfundado.

No deseaba salir por esos caminos de Dios sin sus armas y encontrarse de pronto con alguna banda de salteadores.

—¿Quiere que avise al capitán de su guardia personal? —le preguntó el mayordomo.

—No. Bastante escándalo será que salga yo en busca de la señorita Belmonte. No quiero que se diga que movilicé además a los criados.

Mientras ejecutaban todas sus peticiones, se vistió con ropa de viaje jurando que, de una forma u otra, le partiría el alma a aquel malnacido de don Enrique. ¡La había tocado de forma obscena en su presencia! «Estúpido —se recriminó arrepentido e iracundo —, tenías que haber detenido aquella farsa y haberle retado allí mismo. Tenías que haberle sacado de Castamar a patadas». Ahora era consciente del desengaño que sentía la señorita Belmonte con él. Aquel gesto sutil y tenso, que él detectó en su rostro cuando el marqués cruzó por su espalda, le ocultó el acto indecoroso de don Enrique. Diego se ajustó el cinturón recordando cómo la señorita Clara había mantenido la dignidad disimulando, soportando la vergüenza mientras el marqués se propasaba con ella. Ahora se veía embargado por una marea de sentimientos: encolerizado contra aquel insidioso hombre; enojado consigo mismo por no haberla defendido; avergonzado por la decepción que debía haberle causado; crispado por que hubiera tomado la decisión de abandonar Castamar en contra de su deseo; desasosegado al imaginarla perdida y afectada por su aprensión.

Se calzó sus botas altas de montar con la ayuda del sumiller y tomó el abrigo de cuero pesado, pues el día se había presentado ventoso y nublado y no

deseaba correr riesgos. En cuanto estuvo listo, bufando por haber subestimado la fortaleza de carácter de la señorita Clara, partió sin comunicar su salida a nadie más. Pronto sus amistades se enterarían del motivo de su precipitación, y lamentaba sobre todo que el marqués supiera de ella. Era consciente de que partir en busca de una cocinera podía convertirse en un escándalo en toda la corte y que estaba dejando un flanco desprotegido frente al posible enemigo. Pero ya no le importaba. Tan solo imaginarse el cuerpo menudo de la señorita Belmonte tirado en un vado del camino o en una fonda de mala muerte le había bastado para obviar todo lo demás. Se llamó estúpido otra vez mientras espoleaba a su montura.

Había planeado acercarse a ella tras la celebración, para reiterarle sus excusas y explicarle detenidamente la relación que tenía con don Enrique. Detallarle por qué este no era en ningún caso un amigo, y el porqué de su silencio frente a él. Creyó que ella al menos le daría esa oportunidad, con los ánimos más templados. Sin embargo, Clara Belmonte mostraba una fortaleza de carácter que desconcertaría a cualquier hombre. Mientras cabalgaba pasaron por su cabeza la gran variedad de platos que ella había cocinado para él, su sonrisa, la timidez que la embargaba en su presencia y el color canela de sus ojos, que le transmitían frescas tardes de verano.

Había recorrido la mitad del camino hasta Madrid cuando descubrió al señor Galindo, su cochero, que regresaba con el coche de colleras vacío. Gracias a él supo que la señorita Belmonte se había apeado en la posta de correo central de Madrid con el fin de tomar una diligencia, pero desconocía hacia dónde. Maldijo su suerte y azuzó al caballo, haciéndole galopar de nuevo. Una hora más tarde, cuando el tiempo desajustado de Madrid había terminado por ceder ante una tormenta inclemente, la marea de sentimientos desatados era ya simple desesperación. El dependiente de la estafeta central de correos se acordó de la señorita Belmonte al darle él la descripción, pues había creído que se trataba de una invidente. Le indicó que había salido hacía unas cinco horas camino de Alcalá de Henares. Ni siquiera se detuvo a comer, tan solo dejó que el caballo bebiera algo de agua del abrevadero y partió de inmediato. Al galope, al trote y al paso, cabalgó bajo el aguacero con el tricornio y el chaquetón de cuero henchido de agua, parando en las postas y obsequiando algunos reales a los olvidadizos para agilizar las lenguas.

Por fin alcanzó el municipio de Torrejón y llegó a la posta. Bajo la lluvia, que como un telón acerado apenas dejaba ver las siluetas de los mayores y sus carros, se acercó a un zagal que tiraba de una vieja mula testaruda. El

muchacho, al ver que era un señor, le dedicó una torpe inclinación de cabeza y se quedó clavado con la mirada gacha. Le preguntó por la diligencia que buscaba y el muchacho, casi sin mirarle, le señaló al fondo afirmando que el coche había regresado de su camino con un eje roto haría unas dos horas.

—Al llegar aquí, el travesaño estaba completamente astillado. El mayoral es aquel de allí —señaló.

Apostada bajo el zaguán, Diego divisó una figura alta que llevaba un pañuelo al cuello y hablaba con otros tres cocheros. Se acercó sobre el caballo, suspirando por que la señorita Clara se encontrara en la posta a buen recaudo, o en alguna de las posadas decentes de Torrejón. Se detuvo como una efigie negra bajo las nubes opacas y contempló al mayoral, su rostro de plato y sus brazos fuertes.

—¿Recuerda haber llevado a una muchacha en su viaje hacia Toledo? Tal vez la vio, llevaba una venda en los ojos —le preguntó desde su altura.

El mayoral se quedó pensativo y Diego rogó por que le señalara algún lugar al que dirigirse en el interior del municipio. Entonces el hombre sonrió y asintió con la cabeza.

—Sí, sí la recuerdo. Una desgraciada que no quería abandonar el coche. La muy demente decía que no podía salir porque había demasiado espacio fuera —le dijo—. La tuve que sacar a rastras.

El resto de los hombres le rieron la gracia, y Diego chascó la lengua. La sola idea de que la señorita Belmonte pudiera estar perdida bajo ese aguacero por culpa de un mayoral que no tenía dos dedos de sesera hizo que su estómago se encogiese y burbujeara la ira. El mayoral le miró con el rictus torcido, añadiendo que la había dejado con sus desvaríos a media legua de la Venta de los Viveros. Diego descabalgó lentamente de su montura y se acercó al mayoral con paso firme, mientras el resto de los cocheros rendían las carcajadas al ver su semblante pétreo. Se plantó frente al mayoral, que se irguió un poco al comprender que sus palabras le habían ofendido. El resto de los hombres enmudecieron mientras él, como buen soldado, analizaba sus brazos, su complexión y su forma de moverse torpe y carente de instrucción militar.

El mayoral levantó la cabeza y sonrió emitiendo un ruido con la boca, al creer que las reyertas contra borrachos de mancebías y mesones le darían ventaja sobre un pisaverde que no se había manchado las manos nunca. Pero las suyas estaban llenas de mucha sangre tras la guerra, y antes de que el cochero pudiese reaccionar siquiera, le empotró la suela de la bota en el estómago

proyectándole varios metros más allá. El hombre se encorvó gimiendo de dolor, y sin darle ocasión de abrir los ojos, él desenvainó el sable sobre su gaxate, haciendo la presión justa para que supiera que le partiría el espinazo en dos si se movía.

—Escucha bien, saco de pulgas, soy don Diego de Castamar —le dijo al tiempo que el resto agachaba la cabeza de inmediato al oír el nombre—. Y más te vale que encuentre a esa muchacha con vida o volveré para arrebatarte la tuya.

Sabedor de que estaba perdiendo unos momentos valiosos, Diego se giró y, con la angustia en las entrañas y la desazón de perder a Clara en el alma, montó de un salto y salió al galope hacia la Venta de los Viveros. La muralla de agua fría le calaba ya los huesos y la oscuridad se le echaba encima. Sin apenas ser consciente, comenzó a preguntarse si era hora de volver a rezar a aquel Dios tan poco piadoso que le había arrebatado a Alba. Pese a que deseaba hacerlo con todo su corazón, lo evitó, como si así agravara al Altísimo por el dolor que le había causado.

Cabalgó, con su montura resoplando tanto como su espíritu. Ascendió las colinas dejando atrás el municipio de Torrejón, mientras sobre su cabeza los cielos vibraban como un coro tenebroso avisando a los vivos de que solo eran mortales bajo el poder de la naturaleza. Pasados unos diez minutos bajo la tempestad tuvo que aflojar el paso para no reventar al caballo, y lamentó no haber cogido alguna linterna, yesca y pedernal para iluminar el camino en la noche. Siguió al trote, con la cabeza de su caballo inclinada por el cansancio y la suya suspirando por ver alguna silueta en la noche. Recorrió la mayor parte del camino arropado bajo una de sus mantas, que cargada de agua había duplicado su peso. Una hora después, al llegar a la Venta de los Viveros, su desesperación fue en aumento. La señorita Belmonte no estaba allí; solo pudo encontrar a un hombre menudo, escribano, que dijo llamarse Casimiro y que le informó de que al bajarse del coche de colleras no la había visto más.

—La lluvia era tan intensa que en todo momento di por hecho que la joven caminaba detrás, pero cuando llegué a la venta ya no la vi y pensé que había regresado con el mayoral.

Intentó hablar con otra de las ocupantes de la diligencia, pero al parecer sufría de un resfriado y la tenían aislada en el cobertizo de la venta por la fiebre. Se hizo con una vieja linterna acristalada de aceite con la mecha plana, usada para la caza, y cabalgó de nuevo. Deseando que la lluvia no terminara por apagar el exiguo pabilo, azuzó al caballo hacia el lugar que le había indicado

el tal Casimiro. Según él, se habían apeado del coche con el camino flanqueado por olmos y cerca de un gran castañar. Con las fuerzas de su caballo ya zozobrando, dejó atrás la venta y se internó de nuevo en el camino. Con el farol alumbrando apenas a dos palmos de él, fue esta vez al paso, tratando de localizar la maldita arboleda que le había indicado el escribano. Pasada la legua, prefirió desmontar y caminó hundiendo sus suelas medio palmo en el lodazal que era el sendero, con los sentidos a lerta a cualquier indicio que surgiera de entre el fango. Desesperado, lleno de impotencia al no atisbar siquiera alguna señal ni poder distinguir ya castaños de olmos, comenzó a llamarla a gritos, lleno de angustia y de frustración. No obtuvo más respuesta que los relámpagos y los truenos. Caminó por la vera del camino y sintió aquellas antiguas ganas de rezar justo en la garganta, rogando a Dios que le diera al menos una pista que seguir en aquella negrura inmensa. Se resistió otra vez y volvió a llamarla, con sus pulmones vibrando y la garganta anudada por la congoja. Extenuado, chilló de rabia, deseando arrancarle la garganta al mayoral con su filo por haber condenado a aquel ángel a semejante castigo. Recordó a Clara frente a él recibiendo el último de los libros con aquella sonrisa que ya le había conquistado el alma. Errante, tan aterrado como cuando había perdido a Alba, consciente de lo estúpido que había sido al no haberse levantado y expulsado al marqués a golpes de Castamar. Se recriminó de nuevo no haber anticipado las consecuencias tan devastadoras de no defenderla públicamente. «De haber sido la hija del doctor Belmonte invitada en Castamar, no lo habrías permitido —se dijo—. Estúpido..., has sido un estúpido. Ella siempre ha sido mucho más que una cocinera excelente». De vez en cuando las luces poderosas de la tormenta le ayudaban en su búsqueda iluminando toda la campiña y permitiéndole ver más allá del pequeño cabo que sujetaban sus manos ateridas.

Volvió a gritar, culpándose de la situación, oyendo cómo Alba le decía que no debería haberlo permitido, y a sí mismo exigiéndose buscarla hasta desfallecer. Caminó, con el frío en los huesos, negándose a rogar a Dios para encontrarla, como si el Señor le sometiera a la dura prueba del orgullo. Deambuló, con su contradicción entre el ruego y la blasfemia, durante más de otras dos horas, buscando detrás de cada olmo, de cada vendaval quebrado del sendero, hasta que impotente, con los pulmones desgastados de vociferar su nombre y el cuerpo agotado, cayó de rodillas y maldijo al cielo por ponerle en aquella situación. Chilló lleno de rabia y expelió por su garganta la amargura de aquellos diez años desde la muerte de Alba, que brotó como un

torrente de lágrimas confundidas con la lluvia. Quebrado, imprecando al Todopoderoso el resentimiento que tenía, y mostrándole su desprecio por la pérdida irreparable que supondría la señorita Belmonte para él, golpeó el suelo con fuerza.

Fue entonces cuando el candil, inclinado entre la tierra húmeda y el barro, iluminó un retal de tela granate. Lo reconoció al instante. Era la tela que ella utilizaba para salir a los espacios abiertos. La había visto en ocasiones, desde alguna de las ventanas de los pisos superiores, con ella puesta sobre los ojos cuando intentaba salir valerosamente al patio de las cocheras de descarga para superar su dolencia o cuando acudía a misa. Se levantó en el acto, alzó el candil antes de que se apagase y, tomando el caballo por las riendas, avanzó en esa dirección hacia la inmediata vaguada. Se internó campo a través por el sotobosque y gritó otra vez su nombre, pero no hubo respuesta. Elevó la mirada cuando, al fondo, la luz de un rayo iluminó una arboleda repleta de imponentes castaños, surgida de la espesura como un milagro.

Inconscientemente, le agradeció a Dios aquella imagen y supo entonces que ella debía estar cerca. Caminó en zigzag, con la noche ceñida a su espalda, esperando que un nuevo relámpago iluminara la campiña y lograra divisar alguna forma entre las briznas espesas. Andaba con tiento cuando el exiguo candil iluminó una silueta a unos tres pasos, y el cielo, despejando las dudas, mostró a continuación el cuerpo derrotado de su Clara Belmonte. Se lanzó de inmediato hacia el caballo y tomó una de las mantas secas que había colocado bajo la silla. Deseó, con el alma encogida, que continuase respirando, y en cuanto la rodeó con la frazada le dio unas palmadas en las mejillas para ver si reaccionaba. Ella entreabrió los párpados entre signos de delirio, preguntando débilmente por su padre. Diego le tocó la frente y percibió que su temperatura corporal había descendido mucho. Se preocupó aún más cuando sintió que su pulso era muy débil y concluyó que debía sufrir algún tipo de fiebre fría: necesitaba calor lo antes posible. Ella le miró con los párpados entrecerrados sin poder ubicarle, tratando de saber quién la estaba protegiendo del frío.

—Con su permiso y con el fin de auxiliarla, voy a tomarla en brazos —le dijo. Supo que la muchacha no era muy consciente de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Con la linterna en alto y la tormenta aullando sobre ellos, dio al corcel unos golpecitos suaves con la fusta sobre las patas delanteras para hacerle entender que debía tomar tierra. En cuanto lo hizo, colgó la linterna de uno de los latiguillos de la silla, echó una segunda manta sobre la señorita Belmonte y la tomó en brazos. La luz de un relámpago iluminó su rostro,

pálido y amoratado. Diego apretó los puños y se giró para montar sobre su equino, que seguía con las patas pl egadas esperando en tierra. Ella entreabrió entonces los párpados y le miró en estado de duermevela, como perdida en un mar de recuerdos.

—Olvidé decirle... —le dijo con un hilillo de voz— que creo que...

—Guarde las fuerzas, señorita Belmonte —le dijo él tratando de calentarla con su cuerpo—. No hable.

—... creo que me he prendado perdidamente de usted, excelencia.

Él se detuvo un instante, superado ante lo que acababa de oír, con el corazón latiendo fuerte en su pecho y el terror a perderla anidando pro fundo en su alma. Lleno de sentimientos encontrados, se subió sobre la silla de montar con ella en brazos. Tomó las riendas y rezó para que el caballo no estuviera demasiado cansado para alzarlos a ambos desde el suelo. Este cabeceó un poco, pero, al darle la orden, se levantó enérgico y poderoso. Lo calmó con sus palabras y, ya en pie sobre sus cuatro patas, lo arreó para que emprendiera el camino hacia la Venta de los Viveros. Fue consciente, mientras ascendía el vado cabalgando, que aunque pareciese que él le estaba salvando la vida, era ella la que había rescatado la suya. Había sido ella la que había disipado sus tinieblas durante aquel año, la que había sanado sus heridas con su sola presencia. Por eso se juró a sí mismo que, si sobrevivía a aquella noche infernal, no permitiría por nada del mundo que pudiera verse sola y desamparada de nuevo, no permitiría que nadie pudiera enjuiciarla, mofarse o mostrarse irrespetuoso por su belleza o intelecto, y por supuesto no permitiría jamás que nadie, a riesgo de perder la vida, la vulnerase por ser una sencilla cocinera.

19 de octubre de 1721

Por fin la señorita Amelia iba a revelar le lo que deseaba. Gabriel se vestía lo más rápido que podía, sabedor de que ella, tras llamar a su puerta, le había conminado a bajar al patio de la hospedería de los Jerónimos para hablar del asunto de don Enrique, propiciada su confesión por los acontecimientos que habían ocurrido en tan solo dos días. No hacía más de uno que ella se había echado a llorar en sus brazos al recibir la noticia: su madre había fallecido en una calma profunda, tras horas languideciendo. Al verla en sus últimos momentos, los criados habían avisado al párroco para que le diera el sacramento de la extremaunción, y al alba la mujer emprendió el camino para encontrarse con el Altísimo. El sacerdote había cumplido su deber y no se separó de ella hasta el final. Ellos, por su parte, llegaron al

mediodía a El Escorial, justo para recibir la devastadora noticia. La señorita Amelia se había limitado a tom ar asiento, llorando en silencio y discretamente, sin los grandes aspavientos que realizan ciertas damas para atraer la atención del resto.

Esa misma tarde celebraron una segunda misa de difuntos en la iglesia de San Bernabé gracias a la generosidad del preste, bajo una tormenta inclemente. Al término, tuvo lugar un entierro sencillo y rápido. La señorita Amelia se quedó frente a la tumba de su madre despidiéndose en silencio, bajo la mantilla y la lluvia. A Gabriel le pareció que su figura vestida de negro se confundía con las estatuas del cementerio. Tras unos momentos se había acercado con palabras de consuelo para que no terminase calada.

Siendo ya tarde, decidieron pasar la noche en la hospedería del monasterio de los Jerónimos, donde también cenar on. Después de acompañarla y decirle que ante cualquier eventualidad le despertara sin dilación, Gabriel se había retirado a descansar en su cuarto.

Durante aquellos días de celebración en Castamar se había estrechado aún más el cariño mutuo que había ido surgiendo entre ellos durante los meses de convalecencia. Cuando la tenía cerca se veía envuelto de los mejores pensamientos hacia ella, y después de analizar con perspectiva el problema que la rodeaba, estaba del todo convencido de que era solo una víctima, y no una cómplice. El día anterior a su marcha y tras informarle de que la situación con el señor Elquiza estaba solucionada, Diego había cambiado de tema.

«¿Puedes contarme qué está pasando entre la señorita Amelia y tú?». «Solo me preocupo por ella».

Diego había emitido un pequeña risita.

«Tal vez puedas refrescarme la memoria, Gabriel: ¿quién fue el que dijo “No te fies

de ella”, “Está muy cerca de don Enrique”, “Seguro que trama algo”?», le susurró al oído con una sonrisa socarrona.

«¿Te dije yo eso alguna vez? No lo creo», le contestó él con media sonrisa fingida en los labios.

«¡Serás truhan!», exclamó, y le había lanzado un cojín aterciopelado desde el otro lado de la sala.

«Está bien..., lo reconozco —le confesó al fin riendo—, me he equivocado con ella. En el fondo, sé que te regodeas porque te sientes celoso. No soportas ver que la señorita Amelia centre sus atenciones más en mí que en ti».

«¡Ja!», le replicó Diego sonriendo al tiempo que se sentaba en una poltrona.

«Aun así, cuanto más cerca esté del corazón de la señorita Amelia, más posibilidades tendré de que ella termine venciendo su miedo y me cuente lo que necesitamos».

«Te conozco lo suficiente para saber que esa mujer te gusta, y recuerda lo que nos enseñó padre. Tu esposa debe tener tu color de piel, por tu felicidad y la de tus hijos».

«Lo tengo muy presente, Diego, lo sé».

Entre ellos se extendió un silencio algo más grave hasta que el señor Elquiza los avisó de que la cena estaba preparada. Salieron dejando la conversación atrás, pero él no había dejado de darle vueltas desde entonces, pues era consciente de que se había arraigado en su interior un sentimiento más fuerte que el cariño por la señorita Castro.

Por eso no le importó en absoluto que su madre trajese a don Enrique a Castamar otra vez, pues deseaba tenerle cerca para vigilar sus acciones. Este, astuto como un zorro, no había intercambiado ni una sola mirada pública con la señorita Amelia, apenas un saludo cortés como a cualquier invitada de la casa cuando se cruzaron a su llegada. Sin embargo, justo al comenzar la cena privada, ya en el salón, la señorita Castro se había acercado a él y le había rogado que mantuviese a un ujier de su confianza en la puerta para sentirse más segura. A él le había faltado tiempo de hacerlo así, pero intuyó que le había ocurrido algo tras dejarla en su habitación cuando fueron a arreglarse.

Fuera como fuese, debía reconocer que su investigación estaba estancada mientras no lograra poner un pie en El Zaguán. Había tardado en localizarlo, pero, tras conseguirlo, su hermano le prohibió asomarse a ese lugar infecto y peligroso. Por otro lado, las pesquisas en la corte de sus amigos, don Alfredo y don Francisco, tan solo descubrieron una cercanía que don Enrique había adquirido con el joven delfín, Luis de Borbón, de apenas catorce años. Este parecía haber desarrollado un gran afecto por el marqués y le dedicaba parte de sus atenciones. Más allá de esto no podían concluir nada. Por eso en su interior sentía cierta desazón, como si estuviera a punto de atrapar un cabo que constantemente se le escabullía de entre la yema de los dedos. Hastiado de no conseguir ninguna información de la señorita Amelia, prefirió, pese a sus ruegos y negativas, cabalgar escoltando el carruaje camino de El Escorial. Con la ventanilla abierta, ella tuvo a bien contarle alguna de sus aventuras, de cuando vivía en Cádiz junto a su padre y viajaban regularmente a la capital. De modo que no esperaba en ningún caso que, al amanecer, después de pasar la noche con esa tormenta que desgarraba el cielo, ella apareciera entristecida

a la puerta de su alcoba.

«¿Recuerda cuántas veces me ha preguntado quién podría tener algún interés en que yo estuviera en Castamar?», le dijo con los ojos inundados por la pena que había arrastrado toda la noche.

Él asintió con el corazón en vilo.

«La muerte de mi madre, aunque lamentable para mí, me permite revelarle lo que desea saber —añadió—. Por primera vez en mucho tiempo voy a ser completamente sincera, aunque he de decirle que de seguro le disgustará lo que voy a contarle».

En aquel momento pensó que su perseverancia estaba siendo recompensada. Por eso ahora se aseaba tan rápido como podía, sin tiempo apenas de poner orden en sus cosas. Descendió a la salida de la hospedería y al aparecer por el patio ella tenía ya los ojos cargados. Se acercó a ella y la tomó de la mano con suavidad, afirmando que la protegería, que no debía preocuparse por nada de lo que fuera a decir. Ella no pareció tan segura. Tras cerrar los párpados durante unos instantes, le reveló aquello que estaba deseando oír: que ella había llegado a Madrid con la intención de buscar un casamiento ventajoso con su hermano; que huyó de Cádiz con el escándalo a su espalda y las deudas contraídas de su padre como una argolla al cuello, un escándalo menor de lo que se contaba, pero lo bastante indiscreto para ser comidilla de las almas torticeras; que, engañada por Verónica Salazar, que trabajaba a las órdenes del marqués, aposentó a su madre en la casa de El Escorial, propiedad de don Enrique; que este la sedujo, convirtiéndose en su único acreedor y su mayor benefactor; que ante el abismo de pobreza, ella se dejó seducir para ser su amante con el fin de verse libre de las deudas y retomar su posición social; que toda la obsesión del marqués pasaba por que ella conquistase el corazón de don Diego para terminar contrayendo esponsales, y que ella, al verse coaccionada y con el temor de perder su vida y la de su madre, se había rendido a sus demandas. Por último, con una catarata por sus mejillas, le confesó llena de pavor que, aunque carecía de pruebas, tenía la certeza de que don Enrique, ante la imposibilidad de que ella pasase más tiempo en Castamar, había organizado el terrorífico asalto a su persona. En efecto, la primera noche del pasado festejo él se había colado en su alcoba y había vuelto a amenazarla con la vida de su madre.

Gabriel había callado mientras en su interior una sombra de decepción se adueñaba de él. Apenas podía dar crédito a las palabras de la señorita Amelia, pues se había convencido de que ella no había sido consciente en

ningún sentido. Obviamente no era así, y mientras ella estallaba sin poder ya contenerse, aliviada y arrepentida, a él le embargó una oleada de desencanto. Ella, sin dulcificar nada, mezclando en sus palabras el terror y el tormento por el que había pasado, fue taladrando sus oídos hasta que su narración se le hizo insoportable. Cuando terminó, ella le miró buscando en su rostro la confirmación de que le había decepcionado, y él no lo ocultó. Le soltó la mano y guardó unos instantes más de silencio.

—Ha obrado usted muy mal, señorita Castro.

—Estoy avergonzada y comprenderé que no desee dirigirme la palabra nunca más, pero no se atreva a juzgarme —musitó con sus ojos vibrando entre la vergüenza y la indignación al verse sometida a su juicio.

—Vino usted a Castamar con la intención de seducir a mi hermano, aceptó usted el dinero de don Enrique y mantuvo relaciones a cambio... Mire adónde le ha conducido todo.

—Le ruego que no emita juicios de valor sobre mí —le dijo acercándose a él con la voz tomada—. Le he contado todo porque creía que en conciencia se lo debía, pero no siento, salvo por algunas cosas concretas, demasiado arrepentimiento.

—Señorita Castro, pues debería —le recriminó él.

—Don Gabriel, no es justo juzgar a una mujer por anhelar un buen marido, por desear un casamiento ventajoso cuando apenas tiene forma honrada de mantenerse. Las mujeres estamos sometidas a un mundo reglado por los hombres, donde lo único importante es parecer y ser portadoras de la santidad y de una belleza efímera —se revolvió agitada—. No puedo tolerar su juicio fácil cuando solo he luchado por sobrevivir, pese a que, al hacerlo, haya cometido errores.

Él la escuchó tranquilo, contemplando sus mejillas encendidas y el mar de contradicciones en el que se había sumergido. Aun así, no podía mentirle.

—No puedo aprobar su connivencia con don Enrique —le dijo Gabriel—, y ciertamente me ha defraudado usted de todas las formas posibles. Comprendo que se vio en una situación difícil, pero nunca debió aceptar dinero por... —Hizo un silencio y se miraron. Él con la decepción en los ojos y ella con la indignación en los suyos—. Terminó usted siendo su amante, señorita Amelia, no es justo que me pida que no la juzgue. Usted ha confabulado contra mi familia y pide ahora que lo acepte sin más.

—¡Yo no le he pedido nada, salvo que no me juzgue, don Gabriel! ¡Pero es obvio que no puede dejar de hacerlo! —estalló de impotencia y rabia.

Se giró al ver que había elevado la voz sin control. Él se acercó y la tomó por los hombros. Ella, sin darse la vuelta, tomó aire tratando de remediar en vano su voz ahogada.

—Me está usted juzgando por sobrevivir como mejor he podido —declaró—. ¿Acaso no sobreviven como pueden los de su color? ¿Acaso tenía yo que cargar con las deudas de mi padre y con una madre moribunda? ¿Acaso nos queda alguna otra salida a las mujeres de bien? —le dijo—. ¡Dígame usted una!

Gabriel percibió en sus palabras la humillación que ella había sufrido durante todos esos meses, en los que ella misma se había engañado, repudiado y castigado. A las damas de bien que caían en la desgracia no les restaba salvo el fingimiento de lo que no eran, mantener una fachada que no poseían, antes de caer en la ignominia.

—Puede usted casarse... —le dijo sereno.

—¡Y usted ser un esclavo! —exclamó ella.

—Quería decir que puede usted casarse... por amor —le dijo—. Y, por supuesto, es usted capaz de esto y de muchísimas cosas más.

Ella se sintió más avergonzada al comprender que le gritaba sin más motivo que su dolor, y le pidió disculpas. Él ya la había perdonado de antemano por esto. Amelia había estado bajo una presión desproporcionada, injusta, obligada a hacer cosas indignas de una dama. Apretó los labios y, mirando hacia todos los lados para comprobar que no había nadie cerca que pudiera verlos, le besó la mano.

—A pesar de la decepción que he sufrido, considero que ha tenido mucho valor al revelarme todo esto sin ocultar detalles —le dijo antes de despedirse. Debía partir hacia Castamar.

—Supongo que ya no querrá verme nunca más —le contestó asintiendo, con el rostro cubierto por el sofoco y la tristeza.

Él no la sacó de dudas. Se sentía demasiado turbado para hacer ahora una confesión que no se ajustara a un ánimo templado y, en cierto modo, prefería no estar ya en su presencia. Estaba profundamente dolido, pues quitando el hecho imperdonable de que había actuado contra su familia bajo los intereses de un hombre perverso, había herido sus intensos sentimientos hacia ella. Era consciente de que su actuación fue fruto de una circunstancia desesperada que le era difícil juzgar en toda su extensión, pero no podía perdonarla en ese momento.

—Si tiene algún tipo de problema, acuda a Castamar y aléjese del marqués

todo lo que pueda —le rogó tan solo.

Ella afirmó que partiría a Cádiz. Deseaba pasar tiempo en la finca alejada de los problemas, y los criados que allí había eran de su confianza, pues llevaban toda la vida con su familia. La villa, según le dijo, era una propiedad segura, porque la poseía en un usufructo vitalicio, y el propio marqués había renunciado a reclamarla bajo escritura, por lo que a todos los efectos era suya en vida.

—Aun así, si desea mantenerse en la capital, en cuanto yo llegue a Castamar le enviaré algunos hombres a su casa de Madrid para su propia tranquilidad —le propuso.

Ella se lo agradeció y, tras rechazar el ofrecimiento, se quedó en un silencio profundo. Por su parte, él, después de hacer una inclinación caballerosa, corrió a las cuadras con el fin de regresar lo antes posible a la finca. Pese a que era domingo, ni siquiera asistiría a misa y compensaría su ausencia asistiendo dos días entre semana.

Dio órdenes a un mozo de que ensillase su caballo y calló sus protestas por servir a un negro con la ayuda de algún maravedí extra. Con el tiempo había aprendido que el oro oculta el color mejor que cualquier manto. Entonces, al girarse, vio entrar a otro zagal de unos diez años, posiblemente un oblato de los Jerónimos, que vestía toga y traía unos andares nerviosos, con una nota en la mano.

—¿Es usted don Gabriel de Castamar?

—Así es, ¿quién lo pregunta?

—Un mensaje para usted, señor. —El chico se encogió de hombros—. Llegó un correo a caballo esta mañana y se fue tras entregar esto.

Gabriel buscó el remitente, pero no halló más que un lacre barato con olor a vino aguado. Lo rompió y leyó atentamente. Las letras estaban mal dispuestas y con poca gracia, y daba la sensación de que se había en garrapateado aprisa, pues los trazos reflejaban cierto nerviosismo:

Tengo pruebas escritas sobre las actuaciones de don Enrique de Arcona y sus motivos contra Castamar que de seguro le interesarán. Si desea saber más, traiga dinero y venga solo a El Zaguán del arrabal de Lavapiés mañana por la noche. No falte, pues al día siguiente partiré de Madrid y no creo que vuelva. Si trae usted más gente, no sabrá de mí, debo extremar las precauciones. Cuando llegue, espere a que le avisen.

Tras leerlo varias veces sopesó la situación, pues igual podía ser la solución a sus problemas que una trampa. Ahora, sabiendo lo que le había

dicho la señorita Amelia, tenía la certeza de que el marqués operaba contra ellos. No conocía los motivos ni sus fines, pero si en verdad había pruebas escritas no podía dejar pasar la ocasión. Si se acercaba a Castamar primero para avisar, su hermano le prohibiría bajar, con su acostumbrada prudencia, o en el mejor de los casos bajaría él mismo con varios hombres, lo que ahuyentaría a su confidente, fuera quien fuese.

Tensó las mandíbulas, espoleó a su caballo para que partiera al galope y decidió acercarse a El Zaguán. Mientras sentía el pecho inflamado de su montura, oyó su voz interior, sepultada como un hilillo, que le susurraba que había grandes posibilidades de que fuera una trampa. Bastaba ver que había venido un correo privado en su busca hasta El Escorial para traer una nota de alguien que, si trabajaba en una mancebía, a duras penas tendría dinero para pagar aquel servicio. Fuera como fuese, ahogó esta voz y deslizó la mano desde las riendas hasta el espadín que había cogido al salir de Castamar. Al tocarlo, notó que su inquietud se replegaba, seguro de que él seguía siendo un esgrimista tan avezado como su hermano.

CAPÍTULO 34

Mismo día, 19 de octubre de 1721

Enrique caminaba en silencio entre el clavicémbalo italiano y los cuadros que decoraban el saloncito de té de Castamar, apenas iluminados por los cabos de vela cansados. Se sentía como en su casa, imaginando que todo aquello sería suyo cuando hubiera completado su venganza. De vez en cuando miraba hacia el exterior, donde la inclemencia de aquella tormenta otoñal agitaba con vehemencia los parterres. Se sentó desgastando aquel momento y pensó que su ceguera había sido como la que gobierna los espíritus del vulgo. Los vasallos eran la alfombra sobre la que ellos caminaban por derecho. Deseaban poseer riqueza, pero la buscaban bastamente, sin decoro ni elegancia; aunque anhelaban mejorar su posición, era esta una ilusión sometida al régimen severo de la vida, que los avisaba que soñar no era una cualidad propia de su clase. Además, solo algunos nacían con el intelecto suficiente para desear cambiar aquella jerarquía preestablecida por Dios, y cuando uno lo intentaba, solo terminaba corrompiéndose a sí mismo en un vano intento de alcanzar lo que no estaba en su naturaleza, como Ícaro volando hacia el sol. ¿Acaso había una mejor prueba de su superioridad? El pueblo era iletrado, con poco seso, de una naturaleza avara y pícara que si podía evitar pagar impuestos lo hacía, y una necesaria inclinación esencial que alternaba el trabajo y la vagancia.

Se reconoció, discretamente avergonzado, que su espíritu e intelecto se habían dirigido en el asunto de don Diego con marcado paso plebeyo. Había comprendido por fin la naturaleza de los sentimientos que el duque tenía por la cocinera en una sorpresa de proporciones épicas, cuando la mañana anterior, al entrar en el saloncito de té, había encontrado a doña Mercedes con el corazón roto y lágrimas en los ojos.

«Mi hijo ha salido en busca de la muchacha esta mañana temprano —le había dicho—. El señor de Castamar, tras las faldas de una simple cocinera». Estaba claro que el duque albergaba sentimientos intensos por ella, los suficientes para hacer el ridículo saliendo en su busca. Lo importante ahora era saber cuán profundos eran estos y hasta dónde empujarían al duque para con ella. «Ojalá encontrase en la criada a una nueva Amelia», se dijo. Llegado a este punto, a él le daba lo mismo que fuera una cocinera o la señorita Amelia

quien poseyera el corazón de don Diego. Si había algo que igualaba a todos los hombres, aparte de la vejez y la muerte, era el azar, y no estaba dispuesto a renunciar a él.

Aun así, contuvo su inicial júbilo diciéndose que muchos señores perdí an la cabeza por muchachas de la servidumbre y no pasaban de ser escándalos de salón. Doña Mercedes le había rogado al respecto una discreción absoluta precisamente para evitarlo. La pobre solo pudo tomarse un chocolate caliente y sentarse a esperar que su hijo regresara. Él le aseguró que estaría con ella todo el tiempo que le necesitase. Por su parte, don Francisco y don Alfredo, al ver que el día pasaba y que don Diego no aparecía, salieron en su busca junto con algunos hombres de la guardia. El primero regresaría a Madrid a conducir a la condesa de Bazán a su casa y de allí partiría hacia el norte por el camino de Fuencarral. Don Alfredo lo haría hacia el sur. Por fortuna, doña Mercedes no quiso enviar una nota a su hijo Gabriel para no preocuparle. De hacerlo, sus hombres habrían tenido que interceptar el correo; era imperativo que el negro tarde o temprano apareciese en El Zaguán.

A la tarde, una tormenta abrumadora había sacudido cielo y tierra, y él había calmado los ánimos de la pobre dama con su consejo y compañía. Ciertamente, su cariño por aquella mujer decorosa y protocolaria, con cierta inclinación al exhibicionismo social, había ido en aumento durante aquel año, y tenía que reconocerse que muy a su pesar lamentaba que se viera envuelta en todo aquel sufrimiento cruzado.

Así habían transcurrido las horas lentas, intentando consolar a la anciana, asegurándole que don Diego habría buscado refugio en alguna posta o venta. Cuando quiso darse cuenta, doña Mercedes cabeceaba en un duermevela, y él la zarandeó levemente y la convenció de que se fuera a descansar, con el compromiso de que la avisaría en cuanto don Diego apareciera. Así lo hizo, y él se acomodó en una de las poltronas con el fin de hacer la guardia. Se entretuvo cavilando sobre don Diego y la cocinera hasta que bajo el telón acerado de la lluvia surgieron las figuras de don Alfredo, don Francisco y sus escoltas. Cargaban con las casacas empapadas de agua y fracaso.

Enrique se irguió y aguardó de pie, con una copita recién servida de anís. Entraron agotados, ya sin sus abrigos, y se acercaron de inmediato a la chimenea. Apenas le saludaron correctamente.

—Entiendo que su búsqueda ha sido infructuosa.

Ambos asintieron frotándose las manos para entrar en calor.

—Todo este asunto es desproporcionado —dijo despectivo—. Es solo una

cocinera.

Don Alfredo, que tenía la lengua afilada como la de un pájaro, le miró con el gesto torvo.

—No es de su incumbencia.

Puso cara de circunstancias, mas por dentro se carcajeó. Aquel ilustre no se podía ni imaginar que él conocía su secreto más íntimo, el que explicaba por qué nunca había tomado matrimonio, por qué no tenía amante conocida y por qué era tan reservado incluso con sus amigos más cercanos. Ciertamente, no tenía animadversión personal por aquellos dos hombres. Por eso se limitó a ignorarlos.

—La verdad, marqués, no comprendo su presencia en Castamar —afirmó categórico don Francisco.

Él se masajeó los dedos con un gesto sencillo y aguardó un segundo antes de contestarle:

—Solo estoy apoyando a mi querida amiga doña Mercedes en un momento difícil —le dijo sin dedicarle una mirada—. No sé qué le imposibilita entender esto.

El joven se puso en pie y se acercó a él con cierto aire intimidatorio.

—Todos sabemos que tiene otras intenciones.

Le divirtió ver cómo trataba de acobardarle.

—No tengo ninguna intención más allá de la manifestada.

Don Francisco, plantado ante él, le miró con el ceño fruncido y el gesto contrariado. Sin embargo, Enrique pudo ver en sus pupilas una templanza oculta que hacía de él al menos un adversario inteligente, aunque no lo bastante experto. Don Alfredo, sereno y mucho más avezado que su amigo en cuestiones políticas, carraspeó desde el fondo de la sala. —Parece que usted no pierde la compostura ante nada.

Esta vez, ignorando a don Alfredo, Enrique caminó despacio hacia don Francisco, que le mantenía la mirada entre el desafío y un desprecio frío. Se detuvo antes de contestarle, esgrimiendo un gesto de complacencia:

—No tiene sentido perderla y menos por un caballero como don Diego, que se malogra por una simple cocinera.

—Debería cuidar más sus palabras, señor. Está usted en casa de dicho caballero —le contestó don Alfredo con ese ánimo aplacado por la edad y las intrigas.

—No veo por qué. Solo estoy diciendo la verdad —argumentó Enrique mientras se mantenía a una distancia corta de don Francisco—. Y si ustedes

son sus amigos, convendrán conmigo en esto, como lo hace su madre y toda la corte de Madrid si se supiese.

El conde de Armiño adelgazó los labios y le miró con cierta autoridad. Debía reconocer que aquel joven le recordaba un tanto a él años atrás. Individualista, realista y con buen carácter para la política. Lástima que tuviera cierta debilidad por escoger mal a sus amistades e implicarse en su defensa.

—Déjeme decirle una cosa que también es cierta, don Enrique —replicó ahora con tono pragmático don Francisco—. Usted no me gusta. No me gusta su presencia, ni su rostro ni sus opiniones.

Si pretendía ofenderlo, no le conocía en absoluto. Enrique se rio antes de contestar a la exageración de su sentencia:

—Me temo que no puedo hacer nada para remediarlo.

Don Francisco mantuvo la calma con el rostro algo encendido.

—Podría callarse —sugirió don Alfredo más afilado que nunca.

—Corrijo —dijo él de pronto, levantando la mano en un ademán elegante —: me temo que no deseo hacer nada para remediarlo.

Don Francisco, sin apartar la vista, comprendió que su actitud de gallito de corral no le conduciría más que a una derrota, y se retiró hacia el sillón con su gesto algo más abigarrado y el ánimo un poco más turbado. Don Alfredo, sereno, se aproximó hasta el ventanal y observando el exterior meditó con precisión las palabras que iba a decir:

—Conozco bien a los hombres como usted, marqués. Codician lo que no tienen y destruyen lo que tienen los demás. Los hombres como usted no saben amar, y dudo que usted lo haya hecho alguna vez —le dijo tranquilo y sin dedicarle una sola mirada, como buen conocedor de los hábitos hirientes.

Él esperó un momento, ciertamente afectado, pues había amado lo suficiente para llenar tres vidas. Se aproximó a la camarera de fina marquetería donde estaba dispuesto el rosolí. Se sirvió una copa, la levantó en un brindis silencioso antes de apurarla y lanzó un golpe certero contra aquel insolente:

—Le consideraba un hombre juicioso, don Alfredo —le dijo mientras este seguía mirando por la ventana como si no le preocupara su respuesta—. Yo he amado tanto como para no desear amar de nuevo. He bajado a los infiernos por amor, he vivido en las tinieblas por amor, y por amor he destrozado mi alma. Sin embargo, en su caso, nadie sabe si es así, y menos aún hacia quién.

Al decir la última frase, don Alfredo se giró con los ojos cargados de pavor e inquina hacia él. Aun así lo hizo lentamente, clavándole la mirada en busca de algún gesto en su rostro que le confirmara si aquella afirmación la dictaba el

azar o si es que de veras conocía su secreto. Después Enrique miró de soslayo a don Francisco, que se había quedado extrañado ante su declaración y miraba a su amigo a la espera de una réplica. «La semilla está plantada», se dijo pensando que pronto aquella conversación tendría consecuencias. Era obvio que su discurso exigía una contestación por parte de don Alfredo, a riesgo de hacer más evidente su secreto. Como buen conocedor de las maneras, este se limitó a sonreír, manteniendo la mesura, y afirmó que era un hombre discreto.

Se extendió entonces un silencio avinagrado entre los tres. A don Francisco le faltaba edad para ser un igual, y don Alfredo, pese a la edad, estaba desentrenado. Cualquiera mente habituada a la intriga sabe que no es bueno entablar una batalla si no se tiene el ejército adecuado. Cayeron entonces en el más absoluto silencio, y Enrique dedicó las horas siguientes a caminar por el saloncito de té a la espera del duque, y a rezar por que encontrase a la cocinera y no les cayera un rayo que arruinara todos sus anhelos. Él mismo haría que la localizasen si a la mañana siguiente no aparecía con el duque. Se había sentado y apenas lo había atrapado el sueño cuando despuntó el alba y doña Mercedes apareció por la puerta.

—Ya están aquí.

Miró hacia los parterres y vio cómo el duque desmontaba del caballo y se dirigía hacia un coche de colleras, posiblemente alquilado para que la muchacha viajara en él. Pensó que debía estar ciertamente enamorado para pagar un carromato entero de seis mulas para ella sola, pero en cuanto la extrajo del vehículo inconsciente comprendió que este no era el único motivo. La joven tenía la piel amoratada y parecía bastante enferma. Maldijo su suerte. Si la cocinera moría, poco podría él llegar a buen puerto con sus deseos. Salieron todos hacia el recibidor, donde esperaban el mayordomo y el ama de llaves de Castamar, que siempre le había parecido la viva imagen de una urraca.

En cuanto don Diego entró, don Francisco dispuso sus brazos para que su amigo descansara el cuerpo de la joven sobre ellos. El duque parecía agotado, pero brillaba en él una determinación que Enrique admiró por unos momentos. Fue un regalo para sus oídos escuchar cómo ordenaba que la alojasen en sus propios aposentos. Doña Mercedes, ojiplática, se plantó ante él.

—Déjelo, madre —le contestó intentando evitarla.

—Esto ha llegado demasiado lejos, hijo. Lo mejor será que la cuiden hasta que se reponga y después se marche a otra casa.

—No —dijo lacónico.

Ella, irritada, le detuvo el paso.

—Quiero que se vaya —elevó la voz doña Mercedes.

—¡Ella se queda!

—¡Es la cocinera, no tu prometida! ¡No puedes alojarla en tus dependencias!

Don Diego se detuvo y se volvió colérico hacia doña Mercedes.

—¡Es exactamente lo que voy a hacer! —sentenció hierático.

Aquella frase final del duque le hizo comprender a Enrique cuán ciego había estado. Su cabeza conjugó de pronto las bruscas interrupciones para bajar personalmente a las cocinas; los gestos desabridos de don Diego al apostar por ella en la cena como si fuera una vaca; el hecho de salir tras ella en plena tormenta, el traerla en coche y ahora el comunicar oficialmente que la aposentaría como si fuera su prometida en su propio cuarto, delante de la servidumbre e invitados. ¡Bendita cocinera! Todo ese tiempo había tenido la solución a su venganza delante de sus narices y no lo había sospechado siquiera hasta ese instante. Qué poco se podía haber imaginado que la apuesta que don Alfredo propuso se había convertido en el talón de Aquiles del duque. Sin perder la ocasión, dio un paso al frente y, con cierta solemnidad, sonrió sabedor de que sus palabras le harían saltar otra vez:

—Excelencia, creo que estáis bajo el influjo de esa cocinera deslengua...

Fue entonces cuando comprendió que su lanzada podía costarle un paso en falso. Don Diego avanzó hacia él, con los ojos de león y el cuerpo tensado. Supo que su frase había desatado en él algo más que una herida. Pensó que tal vez le había llegado alguna nota del negro con las noticias que la señorita Amelia le habría revelado a la muerte de su madre. Pero por la forma en la que se detuvo ante él, con su ánimo más iracundo que controlado, comprendió que no sabía nada de esto. Aun así, Enrique retrocedió ante su embate de forma inconsciente. Algo que se reprochó de inmediato. Don Alfredo incluso se interpuso un poco para aplacar su furia, pero no pudo evitar que el duque se quedara apenas a un dedo de su rostro.

—Marqués, no le he pedido su consejo ni su compañía —le dijo al fin entre dientes—. Apártese de mi camino o le apartaré yo mismo.

Le dejó pasar. Tan solo le mantuvo la mirada, haciéndole saber que no podría amedrentarle nunca y que sus leones se encontrarían con su ejército de hienas en caso de enfrentamiento. Don Diego desapareció escaleras arriba dando órdenes de traer al doctor Evaristo. Debían disponer lo necesario para darle calor a la señorita Belmonte; así la llamó, como si fuera una dama. Era obvio

que la relación entre don Diego y la cocinera se había ido tejiendo de forma natural gracias a los avatares de la vida, y si conocía algo en la naturaleza de su enemigo es que no permitiría que nadie interfiriese en su decisión. Deseaba con todas sus fuerzas que el amor de don Diego por aquella muchacha le hiciera proponerle esponsales. Sería un escándalo asegurado, más aún si ella no era virgen. Si él la tomara por la fuerza, don Diego se enteraría tarde o temprano. Poco importaría que la muchacha dijera que había sido forzada; era una cocinera, y él, el marqués de Soto. Al de Castamar, llevado por el afán protector de su honra, no le quedaría más remedio que retarle a un duelo, y todo se desenvolvería conforme a lo previsto. Tendría que domar a aquella potrilla salvaje. Solo de pensarlo sentía ya un placer inmenso, no solo por el hecho de borrarle el aire de resabiada que tenía, sino por destrozar lo que amaba don Diego.

Doña Mercedes se acercó a él y, tomando su mano, le pidió disculpas en nombre de su hijo. Él las aceptó sin dudarle, mostrando públicamente su mejor deseo de que la «señorita Belmonte» no muriese bajo ninguna circunstancia. Por dentro, sin embargo, silenció sus otros dos anhelos: que don Diego no titubease en su amor hacia ella y que pronto él pudiera forzarla en secreto, desvirgándola para convertir ese amor de don Diego en su tumba.

Mismo día, 19 de octubre de 1721

A Sol le encantó ver cómo el rostro apacible de Francisco se transformaba en una sonrisa fingida, llena de preocupación, al verla allí sentada junto a Leonor de Bazán y en casa de él, sin previo aviso. Había pasado toda la tarde charlando y tomando chocolate con la dama. Francisco entró con paso firme, a la expectativa, y ella tuvo que reconocer que estaba arrebatadoramente atractivo con aquella suciedad del camino y su cabello suelto, algo mojado y sin la peluca. Había sonreído, tenso, al oír por boca de su amiga, mientras le besaba en la mejilla, que doña Sol era una mujer fantástica. El pobre trataba de averiguar cómo era posible que en su ausencia Sol hubiera entrado en la casa y hubiera terminado charlando con doña Leonor como dos amigas.

Estaba lejos de imaginarse que ella había enviado a su hombre de confianza, Carlos Durán, y a dos de sus lacayos más fieles para que la avisaran en cuanto él y doña Leonor regresasen de la celebración de Castamar. Sin embargo, contra todo pronóstico, aparecieron ya al caer el sol, y para su sorpresa Francisco se cambió de ropa y en plena tormenta se marchó con montura nueva. Por eso, sabiendo que él no había regresado de su prematura partida en toda la noche y que posiblemente no llegaría hasta avanzada la

tarde, se acicaló y envió una tarjeta de visita anunciando su llegada para merendar con don Francisco. Tal como ella esperaba, la condesa de Bazán le contestó con otra advirtiéndola de que su amigo no estaba en casa para evitarle el paseo. Aun así, tras asistir a misa, ella se presentó en la casa con una tableta del mejor chocolate, aludiendo que había comido fuera y que la nota no le había llegado. Por supuesto, en cuanto dijo que entonces debía marcharse, la condesa, ajena a sus juegos, le ofreció quedarse y merendar juntas por lógica cortesía.

Tras unas pequeñas y decorosas negativas, Sol había aceptado, y finalmente pasaron toda la tarde juntas hablando de los cotilleos de la corte, de las salidas a los espectáculos de Madrid y de las colaciones que celebraban el rey y la reina. Horas después la dama ya estaba encantada con sus comentarios y simpatía. Tras esto ella solo tuvo que esperar a que Francisco apareciera por la puerta, y lo había hecho justo cuando la conversación de ambas llegaba a su fin.

—¿Cómo no me has hablado de la marquesa de Villamar antes, querido? —le dijo doña Leonor.

—Posee una reputación... —respondió Francisco con una pausa intencionada tratando de adivinar sus planes — intachable.

Sol, con el mayor de los decoros, se levantó y se aproximó a él con cierto exhibicionismo.

—Tu amiga es un primor, querido. Ya me he encargado —añadió deslizando una uva entre sus dientes— de contarle todos los dimes y diretes de la corte.

Él se mantuvo a la expectativa, intercambiando miradas perversas y desgarradoras con ella que pasaron inadvertidas a la condesa. Disfrutó al verle desorientado buscando un resquicio en la muralla de sus gestos que pudiera desvelarle sus intenciones. No lo conseguiría. Ella había practicado todas las artes conocidas de la seducción, había leído todo lo escrito y había probado todas las formas de placer para conformar una defensa inexpugnable. Por primera vez le vio ceder ante el temor de lo inesperado. Se sintió gozosa, pero detuvo su júbilo concededora de que el exceso lleva a la perdición cuando la batalla aún no está ganada.

—Ya es tarde, y seguro que don Francisco desea cenar a solas con usted —dejó caer desplegando una sonrisa.

Él fue a sentenciar su despedida, pero, como esperaba, la cortesía de doña Leonor jugó de nuevo en su contra.

—Te ruego que la invites de inmediato a cenar y pasar la noche.

Él, que conocía de largo el juego, sonrió aceptando la apuesta.

—Por supuesto, debe quedarse, marquesa. Nada nos daría tanto placer —dijo con cierto retintín final.

Una vez más, Sol se negó de acuerdo a la etiqueta, hasta que presionada por don Francisco y su amiga tuvo que aceptar. La cena fue algo insustancial: un consumado de ave, espetones y asado, poco aderezado de especias y mal salpimentado. Se salvó por las miradas concupiscentes que sus pechos despertaban en él y por el juego tácito que se desarrolló por debajo de la mesa, lejos de la atención de la condesa.

Tenía que reconocer que le ardía el sexo cuando él la miraba de aquella manera mientras deslizaba su pie descalzo por debajo de su guardainfante. Sin embargo, se juró que esa noche él se tendría que dar satisfacción a sí mismo, pues no la hallaría en ella. Sol quería ver cómo su deseo le devoraba por no poder tomarla. Tal y como había planeado, contuvo su siguiente paso, esperando un comentario que le diera pie para continuar la estrategia. Tomando el último pedazo de un bizcocho imperial, que había sido lo mejor de la cena, escuchó con atención cómo doña Leonor concluía la última anécdota de esa noche: don Francisco, llevado por su pasión por la pesca, había caído en una ocasión de bruces mientras trataba de capturar alguna carpa o algún barbo en el río Júcar. La propia condesa fue la causante del remajo, pues se tomó su revancha de haber perdido a las quínolas unas horas antes y le empujó a traición. Y ahí estaba lo que ella andaba esperando.

—¿Así que le gusta a usted la pesca? —musitó Sol dirigiéndose a don Francisco.

—Depende de lo que se pesque —contestó él con los ojos encendidos.

—Si lo desea, podemos visitar mi finca de Montejo —repuso ella sonriendo pérfidamente al decirlo, y él, que vio su maniobra tarde, irguió la espalda —. El Jarama discurre por ella y hay una excelente pesca en esta época del año.

A su amiga le encantó la idea y le puso en un brete al pedírselo ante testigos. Él aceptó, tratando de controlar la situación y pensando que podría desvelar sus intenciones si la tenía cerca. Después de un breve paréntesis, durante el que concertaron iniciar el viaje, doña Leonor se retiró con mucha diligencia. Por fin se quedaron solos, y en cuanto la puerta del salón se cerró, se miraron. Él, con cierto brillo peligroso en los ojos, la avisó sin palabras de que esa noche la tomaría, y ella le advirtió en silencio que esa noche dormiría solo. De pronto, él se carcajeó.

—¿Qué pretendes? —le preguntó por fin él, incapaz de controlar su

curiosidad.

Ella aguardó unos instantes y se levantó de la silla deshaciéndose de su pie escurridizo, que anhelaba quitarle las medias.

—No toda acción tiene segundas intenciones —respondió serena.

Él se irguió y fue hacia ella incrustando aquella mi rada animal sobre su cuerpo que le decía que no se escaparía de aquel salón tan fácilmente.

—Contigo es difícil que no sea así —le dijo cerca de ella, más allá del decoro.

—Podías no haber aceptado la invitación para pescar en mi finca —le contestó sin bajar la mirada, esperando que su orgullo de hombre la advirtiera de que su amiga era intocable.

—Correré el riesgo y...

—Discúlpame, me voy a la cama —sentenció interrumpiéndole.

Se volvió y, sintiéndose victoriosa en esta batalla, caminó hacia la puerta. Él, conducido por su deseo, se adelantó, y justo cuando ella abría la puerta, Francisco se interpuso. Ahora le tenía donde ella deseaba, justo en ese delicioso momento en el que él había mostrado sus cartas y ella le rechazaría con el fin de humillarle.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó con desdén.

Él se tomó su tiempo, y la escrutó con la respiración agitada y el ánimo tan encendido que podía sentirlo sin acariciar su piel. Sol sostuvo sus ojos encadenados a los de él, mostrando toda la indiferencia de la que era capaz, sabedora de que a él le dolería. Sin embargo, a él no pareció importarle. De pronto, fue como si el deseo que veía en sus ojos quedara superado por un sentimiento más profundo que la hizo vibrar. Era la primera vez que un hombre la miraba como si estuviera admirando a su persona más preciada, como si pudiera observar la oscuridad de su alma y, aun así, le resultase bella. Se sintió atrapada e incómoda, a punto de ceder ante él, y retrocedió lentamente. Él, con el resuello algo más calmado, avanzó despacio pegado a su rostro, enzarzados entre espinas lacerantes y un silencio solo roto por sus respiraciones. Trató de huir, pero él continuó hacia ella hasta que, con una delicadeza impecable, retiró un mechón de su cabello para contemplarle mejor el rostro. Abrumada y algo perdida ante el giro de los acontecimientos, tragó saliva al comprobar que, más allá del anhelo de la carne, Francisco le estaba revelando que en su interior latían sentimientos profundos hacia ella. No pudo escapar más de él al sentir, a su espalda, la mesa bloqueando su retirada. Su voluntad se quebró ante aquella mirada que le decía demasiado, y aunque su

sensatez le gritaba que no debía mostrar sus sentimientos, estos ya habían brotado incontenibles hacia él.

Enlazados, él acarició su rostro desatando el nudo que había atenazado su alma durante toda su vida. Se sintió liberada, como si no tuviera que fingir más sus intenciones, como si no hubiera batallas, ni venganza, ni modales ni decoro. Por primera vez se dejó llevar, a partes iguales aterrizada y aliviada al mostrar sus sentimientos ante otra persona libremente. Suspiró como si se hubiera liberado de una carga insoportable, y con la voz trémula le preguntó de nuevo qué estaba haciendo. Él, sin despegarse de ella, la tomó con sus dos manos, acariciando sus mejillas hasta cogerla por la nuca.

—Apostar —le susurró, y comenzó a besarla por el cuello.

Pese a que se había jurado no pasar la noche con él, se dejó arrastrar, y ya no le importó que se deshiciera de su miriñaque. Le besó los pechos y más tarde el sexo, incendiándole el cuerpo y el alma. La levantó sobre la mesa y la tomó sin cesar un segundo, como un animal salvaje desbocado. Agarrada a su nuca, ella buscó su boca ávida, tratando de averiguar si eran capaces de engullir toda aquella pasión de golpe. Le mostró los pechos entre lasciva y amante, mientras él no dejaba de jadear del esfuerzo y del gozo. Llevado por la visión que ella le mostraba, constriñó las mandíbulas y tensó los músculos tomándola más violentamente, lo que le hizo sentirse más mujer y a él más hombre. Francisco, con su mirada transformadora, se encadenó a ella mostrándole el sentimiento profundo que albergaba su alma. Ella, desbordada y perdida, le respondió con un silencio empapado de la necesidad de amarle sin trabas. Fue entonces cuando percibió una pulsión abrasadora que la incitaba a pronunciar frases peligrosas, y se mordió los labios para contenerse. Supo que no podría encerrarlas tras los barrotes de su voluntad durante mucho tiempo, y en un esfuerzo supremo enterró esas verdades en lo más profundo de su interior, con el fin de no confesarle allí mismo que le amaba perdidamente. Al ver que pronto iba a desfallecer, se acercó a su oreja y le susurró obscenidades de todo tipo que despertaron más su empuje. Se sintió perturbada, mientras una oleada de placer le recorría ya todo el cuerpo. Él la tomó entre los brazos levantándola en el aire y se arrastraron hasta el suelo. Allí, mientras él no dejaba de hacerla suya, advirtió que tenía el rostro cubierto de lágrimas. Se pegó contra él para esquivar su mirada. Entonces, conforme llegaba un nuevo oleaje, lloró al darse cuenta de que jamás había sido amada así por nadie y de que nunca le confesaría cuánto le amaba. Sollozó entre jadeos, sin poder evitarlo, mientras se veía impelida por el gozo, consciente de que al día

siguiente toda aquella pasión se vería desvanecida por aquel juego estúpido de vanidad y poder. Comprendió desolada que este sería un instante único y aterrador en su vida, el único en el que había sido completamente libre.

CAPÍTULO 35

20 de octubre de 1721

Melquíades mojó la pluma de ave en el tintero y continuó describiendo en el cuadernillo los acontecimientos de los dos últimos días mientras esperaba la llegada de su sobrino. Desde que había recuperado algo de su maltrecha dignidad y un poco de la costumbre desgastada de ser el mayordomo de Castamar, había recibido una gran variedad de felicitaciones por parte del servicio. Muchas sinceras, como la de los señores Casona, Graneros y Moguer; otras menos, más diplomáticas, que excusaban el no haberle visitado durante aquellos meses por la orden taxativa de la dueña. Lo cierto era que la gran mayoría del servicio se alegraba de su vuelta, unos por aprecio personal y otros porque con su llegada finalizaba el régimen despótico que había instaurado doña Úrsula. Tan solo algunos mantenían distancia con él, juzgando la traición a Castamar como un acto imperdonable o incapaces de soportar su propia vergüenza por la forma en la que se comportaron con él tras su cese. No podía culparlos, seguro que él habría hecho lo mismo. Por eso, tras el discurso de su excelencia, había pedido perdón públicamente a todos ellos por haberles fallado, e igual que ya antes hiciera don Diego, les manifestó que si alguno no quería trabajar bajo su mando lo entendería. En este sentido, daría todas las facilidades para, si así lo deseaban, extender las mejores referencias, o incluso los ayudaría a buscar un puesto de trabajo en otra casa. Acto seguido, dejó claro que no consentiría una insubordinación por aquel asunto a nadie del servicio.

Mientras él hablaba, su sobrino Roberto mantuvo la cabeza gacha y no pudo ni siquiera mirarle. Por eso Melquíades dejó pasar dos días para que el muchacho reflexionase sobre su actuación para con él. Mientras, con el envío semanal de ciertos reales que hacía a su hermana Ángeles, la madre del chico, había escrito unas líneas para que se acercase a Castamar desde Buitrago de Lozoya. Durante ese tiempo su sobrino estuvo evitándole, y ahora, con su madre a punto de aparecer, había llegado el momento de tener una conversación de hombre a hombre.

En todo caso, si en aquella reunión su sobrino le rehuyó la mirada por vergüenza, hubo otros que no agacharon la cabeza. Doña Úrsula le escrutaba consciente de que ya no gobernaba Castamar y que ahora su posición estaba

bajo la suya. Para ella, además, el problema se agravó, pues en tan solo cinco horas de regresar a su puesto, Melquíades tuvo más quejas del servicio sobre la dueña que en toda su vida. «¡Santo Dios, qué mujer más insoportable! —se decía como en tantas ocasiones—. No se cansará de tener siempre el ánimo belicoso... Debe ser agotador ver a todo el mundo como un posible enemigo». Lo peor para él era saber que doña Úrsula mantendría el ánimo inflamado hasta el final. Por eso se repetía que, pese al poder del que estaba investido, debía tener cuidado con aquel dragón. «Doña Úrsula no ha dejado un buen recuerdo —se dijo—, pero aun así es innegable que Castamar ha funcionado como un reloj».

Tras el término de la celebración dos días atrás, la había hecho llamar para advertirla de que las tornas habían cambiado. Ella se presentó ante él con su gesto desangelado y frío, mirándole mientras él escribía en uno de sus cuadernillos. La hizo esperar de pie frente a él largo rato, mientras la dueña, impaciente, emitía ruiditos con la garganta para hacer notar su presencia.

«Sé perfectamente que está usted de pie en mi despacho, no hace falta que intente llamar mi atención —le dijo levantando al fin los ojos—. Las cosas van a cambiar en Castamar: para empezar, la cocina y toda la dependencia deja de estar bajo su mandato para ser una competencia exclusivamente de la jefe de cocina».

«Se ha vuelto usted loco», declaró ella abriendo los ojos de par en par.

Disfrutó contemplando su rostro atónito y su boca algo nerviosa. Doña Úrsula protestó, como era de esperar, y fue eso lo que más placer le provocó: su impotencia, su desesperación al perder el dominio que había tenido durante todos aquellos años sobre la servidumbre de Castamar. Por supuesto, si viviera doña Alba, doña Úrsula habría recurrido a ella para no perder ninguna cuota de poder, y él era lo bastante perspicaz para saber que seguramente acudiría de una forma u otra al duque. Pero en tal caso ya intervendría él, y así tendría un motivo para castigar su osadía. «Ojalá dejase toda esta batalla de lado», se dijo. La veía como uno de esos espíritus que solo se habían alimentado de su propia desgracia y del afán por medrar. Esos caracteres que cuando pierden su posición se quedan vacíos, secos y pequeños. El poder y la vanagloria en los que se ven investidos se convierten en dolor al verse despojados de ellos. Se sienten entonces desorientados, desangelados, sin familiares ni amigos. Pero Melquíades sabía de sobra que en el proceso de pérdida hacían cualquier cosa por mantenerse con él, y doña Úrsula no sería una excepción. Así, antes de despedirse, ella no dejó pasar la

oportunidad y le lanzó un dardo envenenado.

«Que sepa usted, don Melquíades, que no daré una batalla por perdida y que además es usted un iluso al creer que la señorita Belmonte sigue en Castamar».

Así se había enterado de que la joven había abandonado la finca. Se había puesto en pie de un salto mientras ella, con su rictus imperturbable, le mostraba una nota escrita por la señorita Belmonte para su excelencia.

«¿Y aceptó usted su renuncia?», preguntó con los ojos hinchados de ira, tirando fuerte de la carta y arrebatándosela de la mano.

«Por supuesto que la acepté. Esa muchacha es demasiado orgullosa para que nadie le diga dónde tiene que vivir».

«Fuera. Voy a informar a su excelencia de inmediato. A partir de ahora, mande menos y trabaje más».

Ambos habían quedado tan decepcionados con aquella conversación que no se despidieron educadamente. Él, desencantado por no poder disfrutar de su victoria ante la dueña, y ella, por no poder evitar su pérdida de poder ante él. Pero le bastó imaginar a la señorita Belmonte en estado de debilidad, por su afección a verse en los espacios abiertos, para que la preocupación por ella copara toda su atención. Había elevado una plegaria —y no fue la última de aquellos días— para que estuviera resguardada mientras ascendía a toda prisa con el fin de informar a su excelencia oportunamente. No podría haberse imaginado que el propio don Diego saldría tras ella de esa forma tan atropellada, aun cuando le conocía demasiado bien para saber que este acto no se debía a un impulso descontrolado. El señor albergaba sentimientos profundos por ella. Ahora comprendía que toda la mejoría que el señor había experimentado aqu el año tal vez se debiera al influjo sanador de la señorita Belmonte.

Cuando informó al fin a la servidumbre de la ausencia de la cocinera en la comida de estados, fue evidente que casi todos lo sabían ya. Había cierto aire de desolación y gran parte de los miembros del servicio se mostraron contrariados, mirando de soslayo a doña Úrsula, a quien culpaban por permitir que se marchara. Al llegar la cena, la tensión con respecto a la dueña se había disparado entre el servicio, tanto como la tormenta que asolaba el exterior. El señor Casona fue quien rompió el silencio:

«Doña Úrsula, no debería haber permitido que la señorita Belmonte abandonara la casa», dijo públicamente.

La dueña había dejado de comer de inmediato y le había mirado con hojas

afiladas en las pupilas. Incapaz de soportar aquella insolencia del jefe de jardinería, se secó los labios con una servilleta.

«Por si no queda claro: de estar en la misma posición, aceptaría de nuevo su renuncia —le dijo—. Lamento decirle que no siento ni sentir é culpabilidad alguna».

«Lo sé, pero yo sí, por no haberlo previsto al menos —le contestó el anciano Simón—. La culpa y el remordimiento nos convierten en seres humanos. No sé en qué la convierte a usted el carecer de ellos. Si me disculpan, me retiro al invernadero», sentenció alejándose con sus pasos cansinos y el ánimo revuelto.

Después se estableció un silencio de granito y todos se habían concentrado en la cena, aunque cada cucharada de sopa —hecha con la mejor intención por Carmen del Castillo — ponía de manifiesto la ausencia de la señorita Belmonte.

Así, Melquíades había pasado la noche en vela esperando la llegada del señor, con el espíritu inquieto y mirando a cada rato por los ventanales que daban a los parterres, zarandeados por el viento y la lluvia. Por fin, al amanecer el señor entró fatigado con ella en brazos, con el cuerpo tan empapado por la lluvia como su espíritu por la preocupación, y ordenó acomodar a la señorita Belmonte en sus propios aposentos, cosa que había descolocado no solo a la servidumbre, sino también a los invitados. Con ello, don Diego había dejado claro que su cuidado era una prioridad absoluta e incuestionable en aquella casa. De hecho, algo más tarde —mientras él custodiaba el acceso a la habitación de la señorita Clara y el doctor Evaristo examinaba la gravedad de la enferma —, pudo oír la conversación que don Diego mantuvo con su amigo don Alfredo acerca de sus sentimientos por ella.

«Soy responsable de lo que le ha sucedido a esta muchacha, Alfredo», había dicho su excelencia con seriedad.

«Dime la verdad, Diego, ¿solo sientes responsabilidad hacia ella? Porque conozco tu mirada. Espero que no estés pensando lo que creo que estás pensando».

«Alfredo, no es el momento. Cargo ya con la muerte de Alba a mis espaldas y no quiero cargar con otra muerte más, y menos por una estúpida apuesta con el cretino de don Enrique».

En este punto, el doctor Evaristo requirió su presencia y Melquíades entró en la habitación. El médico le indicó que el aposento debía mantener un calor constante y que debían dar a la joven jarabe de ajo y miel para combatir el

enfriamiento que parecía haber arraigado fuertemente en ella. Él había asentido y había esperado junto al resto el veredicto sobre la salud de la señorita.

«Está en apuros, no voy a engañarles. Esta noche es crítica. Y me temo que deben asumir que puede pasar lo peor. Su temperatura ha sufrido un cambio drástico, y de tener el cuerpo congelado ha pasado a sufrir una fiebre muy alta. Lo peor es que sus pulsaciones se habían debilitado».

El pronóstico sumió la habitación en un silencio mortuario.

«Se ha expuesto en exceso al frío y al agua», concluyó el doctor.

Lo cierto era que bastaba echar un vistazo al descolorido rostro de la señorita Belmonte para darse cuenta de que posiblemente tendrían que enterrarla en el cementerio de Castamar junto a la desgraciada de Rosalía. Al día siguiente, muchos de ellos habían acudido a la capilla de Castamar a poner velas y rezar por su sanación. Don Diego no se había retirado ni un solo segundo de la cama de la muchacha. Ni siquiera cuando el capellán Aldecoa apareció con sus andares de santurrón, balanceándose de lado a lado, para darle la extremaunción. El duque no se lo había permitido. A él, que durante todo ese día estuvo entrando y saliendo del cuarto, no dejaba de impresionarle el estado cadavérico de la señorita Belmonte. De no ser por el movimiento fluctuante del pecho al respirar, habría jurado que la pobre ya estaba muerta. Y al final, cada vez que abandonaba la habitación con el fin de hacer algún menester, tenía la sensación de que dejaba tras de sí dos posibles cadáveres. «No imagino cómo afectará la muerte de esta muchacha al ánimo ya sombrío del señor —se había dicho—. Tal vez esto quiebre por completo su espíritu ». Así había pasado el tiempo, con apenas ninguna mejoría de la señorita Clara y él reanudando los quehaceres propios de su oficio de mayordomo. Al final, hacía apenas un rato había decidido acercarse a su sobrino mientras este distribuía las mantas limpias por las alcobas de los invitados. Le había sorprendido por detrás.

«Me has estado evitando», le dijo.

«No..., no, yo...».

«Sé lo ocupado que has estado, soy yo quien supervisa tu trabajo y sé que me has estado evitando —le interrumpió al verle incapaz de levantar la cabeza—. Desearía tener unas palabras contigo esta noche en mi despacho. Después del servicio».

Dicho esto, se había dado la vuelta, y cuando se dirigía hacia el umbral del salón, su sobrino carraspeó.

«Espero encontrar el valor suficiente para hacer tal cosa».

Melquíades ni siquiera se giró, simplemente continuó andando hacia la salida de la alcoba.

«Pues te sugiero que encuentres el coraje, pues están en juego tu puesto y tu carrera», le contestó.

Esa tarde ya no hizo nada más, aparte de escribir en sus cuadernillos, rezar por el alma de la señorita Belmonte y aguardar la llegada de su hermana Ángeles. Esta apareció justo cuando estaba redactando las últimas líneas. La noche había cubierto ya Castamar como un capuz que inundó de presagios macilentos a todo el personal.

—Me gustaría esperar a que llegase tu hijo para explicarte el motivo por el que te he hecho venir, hermana mía —le dijo mientras ella asentía.

Tuvo la paciencia de permanecer en silencio mientras la pobre Ángeles, sentada con las manos en el regazo, movía los dedos nerviosa imaginando problemas. Cuando Roberto entró y encontró allí a su madre esperando en el despacho con los ojos preocupados, agachó aún más la cabeza de vergüenza. Melquíades se levantó y, antes de que su hermana pudiera decir algo, pidió a su sobrino que cerrase la puerta. Entonces, con toda la calma de la que fue capaz, le confesó lo que había hecho en los tiempos de la guerra: su traición al señor de Castamar. Ángeles le miró con los ojos como platos sin dar crédito, y sus pupilas se le inundaron de pánico pensando que pronto no habría nadie que los acogiese ni les diese un trabajo. De todas las reacciones posibles que había imaginado, la de su hermana era la que siempre tuvo más claro. Precisamente por esto nunca la cargó con aquel sufrimiento, pues era él quien había cometido delito contra su honor, y ella no era en ningún caso merecedora de dolor alguno.

—Hermano, no te preocupes, pase lo que pase, somos familia y nunca te abandonaremos. Mi hijo y yo...

—Ángeles, tranquila, tranquila. Su excelencia lo sabe todo ya y me ha perdonado —le aclaró para calmar su angustia.

—Gracias al cielo. Tu señor es un santo. —Se santiguó antes de abrazarle con el cuerpo tembloroso.

—Hermana, no te imaginas cuánto agradezco tu apoyo. No porque no estuviera seguro de antemano, sino porque deseaba que Roberto lo oyera de tu boca.

Al terminar de decir esto fue cuando su madre le miró y con la voz trémula le preguntó a su hijo qué había hecho. Él se retiró diciéndoles que era mejor que mantuvieran esa conversación a solas.

Al salir por la puerta, Melquíades tuvo la sensación de que, con lo que acababa de hacer, comenzaba a cicatrizar la herida, tan profunda que dudó que hubiese algo capaz de sanarla. Sin embargo, la piedad que su excelencia había mostrado hacia él había atemperado los remordimientos con los que se fustigó durante todos aquellos años. Lo único que deseaba ahora era que el Señor, en su infinita sabiduría, salvara la vida de la señorita Belmonte, pues estaba seguro de que con ello salvaría también la de su excelencia. Se decía que si don Diego había mostrado una capacidad inaudita para el perdón, el Altísimo tal vez pudiera mostrar su compasión para con Clara Belmonte y su espíritu castigado. Por eso, tras ordenar que acomodaran a su hermana, pidió al señor Ochando que lo llevase hasta la capilla, pues deseaba rezar con todas sus fuerzas por ella.

Mismo día, 20 de octubre de 1721

Gabriel cabalgaba cargando con la bolsa llena de escudos hacia el barranco de Lavapiés en plena noche. Desde la silla, observaba a las rameras complaciendo a sus clientes entre los angostillos, al amparo de la oscuridad; chulos destemplados vigilando a sus bordionas; capitostes altaneros que se paseaban sacando pecho, dándose ínfulas de señores de la pobreza; bribones ebrios que se complacían entre botellas vacías de vino aguado; galloferos deslenguados y perdidos que se habían arrastrado por esta vida de Dios pidiendo limosna y hurtando la comida de los puestos de la plaza de la Cebada.

La tormenta había cesado, pero el tiempo seguía desapacible como su espíritu, que, durante todo el viaje desde El Escorial hasta Madrid, se había mostrado poco convencido con la decisión de presentarse en El Zaguán. Aun así, había acudido fuertemente armado y con los sentidos alerta. Pese a estar vigilante a cada movimiento que se producía cerca de él, no se quitaba de la cabeza a la señorita Amelia. Recordaba una y otra vez cada uno de sus gestos mientras le relataba lo difícil que había sido afrontar las consecuencias de las decisiones que había tomado.

Tras su despedida, Gabriel había ido directo a Madrid, a la casa de Leganitos, con el fin de escribir un correo para Diego indicándole que estaba bien y que pasaría el día en la capital. Finalmente añadió con todo detalle lo que le había revelado la señorita Castro y su intención de visitar la mancebía de El Zaguán. Cuando terminó de escribir lacró el sobre y dio orden a su mayordomo semanario de que lo enviase a la hacienda en cuanto saliera esa noche. Al llegar la oscuridad, él había partido hacia el barranco de Lavapiés,

y la carta, hacia Castamar.

Ahora, mientras muchos le miraban llegar a caballo como un señor, alguno le señalaba con el dedo preguntándose lo de siempre: cómo era posible que un negro montara tal alazán. Se relajó al tocar la culata de su pistola cebada de avancarga y el pomo del espadín, al tiempo que su prudencia le advertía que, pese a extremar las precauciones vistiendo ropa más sencilla, debía abandonar aquel lugar lo antes posible. Descendió por la calle de San Pedro el Mayor hasta llegar a la fuente de Lavapiés. Desde allí se dirigió hacia el barranco para enfilarse hacia El Zaguán. La mancebía apareció al fondo, un local de dos pisos algo desvencijado y con un patio trasero. Surgían de él alaridos de brindis, entrecuchar de botellas, risas grotescas cargadas de hircismo y una escandalosa humanidad empapada en las paredes. Le pareció como si él fuera Dante, el hombre, ante las puertas del infierno, donde se podía leer «Lasciate ogne speranza, voi ch'entrate» *. Se acercó cabalgando al paso, recitando en bisbiseos italianos los versos que el maestro Virgilio le decía a Dante justo antes de cruzarlas: «Ed elli a me, come persona accorta: / Qui si convien lasciare ogne sospetto; / ogne viltà convien che qui sia morta. Noi siam venuti al loco ov' i' t'ho detto / che tu vedrai le genti dolorose c'hanno perduto il ben de l'intelletto» **.

Desmontó y dejó las riendas atadas al palenque, bajo el escrutinio torcido de los bravucones de taberna que tenían el insulto y el reto en las pupilas. Les devolvió la mirada sin temor, haciéndoles saber que enfrente de ellos tenían a un hombre que les daría muerte si cruzaban la frontera del desafío. El primero de los hombres escupió al suelo a su paso, pero en cuanto él se detuvo y le empotró la mirada, el matasiete miró hacia otro lado. Le ignoró y penetró en la taberna, impregnada de hombres ebrios y mujeres que comerciaban con su cuerpo. Bastó su entrada para que la algarabía se deshiciera en silencio y todas las miradas se posaran sobre él. Gabriel se humedeció los labios, dejó caer la mano cerca de la empuñadura del estoque y caminó seguro ante la incredulidad de los parroquianos. Estaba claro que nunca habían visto un negro vestido de caballero, y menos entrando en una mancebía. Fue el tabernero el que salió a su encuentro levantando el mentón y chasqueando los dedos.

—¿Dónde crees que vas, negro? —le dijo, y le señaló la puerta—. Largo de aquí. Está prohibida la entrada a los membrillos.
Sonrió un poco hasta pararse frente a él. Gabriel sabía que no era cierto, pues había allí esclavos negros bautizados; los había en toda casa noble de Madrid

que se preciara, y aunque les estaba prohibido salir de noche, sobre todo a los turcos y a los moros, los ilustres los utilizaban para todo tipo de recados. El problema era que él ni iba vestido de li brea ni parecía un esclavo, y eso era lo que más había incomodado a aquel alcahuete de mala muerte. Se acercó hasta quedarse a unos palmos de él.

—¿Se ha fijado bien en el tipo de negro con el que está usted hablando?

—Me importa un cojón el tipo...

—¡Mi nombre es don Gabriel de Castamar! —le chilló pegado a su rostro—. Y le juro que mañana al alba tendrá que buscarse usted otra ocupación, pues este local será clausurado por no ser más que una mancebía depravada.

El tabernero se quedó balbuceando, completamente anonadado, sin saber si debía inclinarse ante un ilustre o enfrentarse a un negro. Impotente, parpadeando sin saber qué hacer, dijo perdiendo fuelle y olvidando ya el tuteo:

—Es que usted... no puede entrar aquí.

—Claro que puedo. Soy el único negro de España que puede —le contestó ante el asombro de los presentes—, porque soy un Castamar y todo el reino sabe lo que significa eso.

El hombre dio un paso atrás acobardado, consciente ya de que estaba impelido a agradar a aquel negro que podía desatar el infierno en su vida. Hizo un gesto para que las bordionas comenzaran a moverse otra vez, y la algarada empezó de nuevo a rugir, con miradas furtivas hacia su persona. El padre de mancebía —nombre con el que se conocía a aquellos perdidos que se ganaban la vida ofreciendo comida y rameras —, con el alma quebrada por el terror de perder su medio de vida, le preparó ahora una mesa apartada, tal y como él le ordenó.

—Quiere usted vino... —le dijo con la voz tomada—. Si... si lo que desea es amancebarse con una puta, dudo que estas lo quieran hacer con un negro, pero... estoy seguro de que, si paga el doble..., yo puedo encargarme de que le hagan lo que desee. Además tiene suerte, pues hoy se han lavado todas.

Bastó una mirada para que el tabernero se retirase de inmediato, y él esperó sentado. No bebió ni se le acercó nadie. Estuvo aguardando cualquier señal, alguna indicación silenciosa de alguien. Comenzaba a desesperarse, tras media hora sin atisbos de su ci ta, cuando una bordiona de cabello rojo y sonrisa desgastada se le arrimó con un plato de alubias. Por cómo vestía, con la falda abierta, Gabriel supuso que era otra de las mancebas, aunque cuando se detuvo frente a él olía más a ajo y cebolla que a perfume barato y aguado.

—A mí no me importa ponerle manduca, aunque sea *usté* tizón —le dijo.

Don Gabriel la escrutó y pensó que se acercaba a él por sus ropajes caros y porque había oído el apellido de Castamar cuando había gritado.

—No deseo cenar, gracias.

La mujer levantó la pierna dejándola al descubierto hasta ponerla cerca de su entrepierna.

—Si aún no la ha *catao* —le dijo.

—Disculpe, no estoy interesado en cenar nada.

—Pruebe, bergante —insistió—, que está de *arrepucharse* los dedos. Se lo dice la Zalamera.

Gabriel se levantó y la miró a los ojos.

—Señora, le reitero por última vez que no estoy aquí buscando a mujer ning...

Ella se inclinó hacia su oído. Gabriel cogió la bolsa precavido y se mantuvo alerta. Era consciente de que media taberna tenía puestos los ojos en él.

—No seas *asín*, amor... Tú vente *pacá* conmigo, que te *vía enseñá* cosas que no *conoce*.

Entrecerró los párpados tratando de averiguar si aquella mujer era justo a quien estaba esperando. Sintió ciertas esperanzas de que todo aquello no fuera una trampa ni una pérdida de tiempo cuando la voz del alcahuete detuvo su discurso:

—Un zagal me ha dicho que le diga que hay una persona esperándole en el patio de atrás.

Gabriel no dijo nada y abandonó a la bordona detrás del tabernero, que le condujo hasta la puerta del patio. Acomodaba la vista a la oscuridad cuando encontró una figura alta entre las sombras. El bullicio parecía mantener aquel encuentro dentro de cierta normalidad. Fue a aproximarse a la figura cuando esta levantó la mano.

—No se acerque más —le dijo con voz de varón—. ¿Ha traído monedas?

—Si la información y las pruebas son contundentes, habrá una cantidad en escudos.

El hombre asintió, y justo cuando estaba a punto de volver a hablar, Gabriel notó cómo uno de los maderámenes del porche sobre los que él estaba se hundía un poco por el peso de alguien que se acercaba a hurtadillas por su espalda. Sin dudar, se lanzó a la derecha y, rozando su cabeza, cruzó una porra tachonada que se estrelló contra el suelo. Fue entonces cuando comprendió que tras él había un encapuchado. En un pestañeo, desenvainó, y con toda su fuerza incrustó el pomo de su espada en el rostro de su atacante,

que retrocedió hasta caer contra los sacos de arpillera. Se volvió y descerrajó su avancarga sobre la cabeza del primero. El hombre que le había recibido exigiendo dinero ya nunca más lo pediría. Apenas se oyó el disparo entre aquel patio de jadeos, suspiros y jarana. Percibió cómo de entre las sombras aparecían dos hombres más, y dio gracias a que ninguno de ellos tenía pistolas y cargaban hacia él tan solo con cachiporras y clavos. Dedujo de inmediato que no deseaban matarle, sino capturarlo. Debía darse prisa y acabar con ellos antes de que el asaltante al que había reventado la cara con el pomo de la espada se recuperase.

Los perdonavidas no daban crédito a que un solo hombre se enzarzara en una reyerta contra cuatro, hasta que uno de ellos lanzó un estertor profundo de sorpresa comprobando que tenía el pecho partido por su hoja. Gabriel trató de moverse rápido al percibir el ataque del cuarto, pero no pudo evitar que finalmente la clava le golpeará entre las costillas. Sintió un dolor lacerante y su grito se confundió con la algarabía del local. Rezó por que la casaca de caza le hubiera protegido algo del impacto.

Notó que su agresor iba a golpearle de nuevo y saltó hacia atrás evitando la cachiporra. Le cruzó la cara con la empuñadura de la pistola y horadó la entrepierna con el estoque. El hombre profirió un alarido, fruto de un dolor intenso, y cayó de rodillas contra la arena del patio arrastrándose a duras penas. Recuperado tras el golpe, su compañero se había levantado ya de entre los sacos de arpillera y cargaba con una navaja de muescas enorme hacia él. Gabriel se giró para encararle y se retiró hacia atrás para evitar el impacto, pero percibió un corte profundo en el brazo que le hizo soltar la pistola. Retrocedió con el fin de tomar distancia para esgrimir el espadín, pero aquel fulano era demasiado rápido y tuvo la sensación de que no le daría tiempo. En una maniobra arriesgada, cambió el sentido de la marcha y cargó hacia su enemigo evitando la hoja de la navaja, que pasó de largo. Le levantó como si fuera un muñeco, por los aires, para caer sobre él y sobre el brazo armado que había quedado atrapado entre ambos. Al hacerlo, un sonido de huesos rotos se extendió por el patio y su enemigo gimió como si estuviera en alguna de las alcobas del piso superior. Antes de que pudiera reaccionar, le golpeó en el rostro.

Se dijo que les iba a salir muy caro haberle tendido una trampa y, encendido por la violencia, Gabriel gritó incrustando una y otra vez sus puños sobre el asaltante hasta que sus nudillos se empaparon de sangre. Con el resuello tomado, respirando con dificultad, se detuvo antes de enviarle al otro barrio a

golpes y se juró que obtendría de aquel fulano toda la verdad.

—¿Quién os ha contratado? —jadeó entrecortadamente—. ¿Fue don Enrique de Arcona?

Entonces el hombre le miró, con los párpados inflamados y los labios rotos, y comenzó a reírse como poseído. Iba a golpearle otra vez para que aprendiera modales cuando comprendió el motivo de su risa. No le dio tiempo a moverse. Percibió de súbito un golpe sobre la nuca que bien le podía haber partido el cuello. Su cabeza se convirtió en un bloque de granito y su vista se cubrió de un velo de niebla. Detrás de él había un quinto hombre emboscado, que había esperado a intervenir en el momento oportuno. Intentó moverse, pero le patearon el estómago obligándole a ao villarse. Le tomaron por los pelos mientras reptaba, ya sin fuerza, y recibió golpes en la cabeza y el abdomen que cada vez sintió más lejanos. Sus pensamientos se desordenaron, y mientras presentía que alguien se movía a su lado, cuatro brazos más le tomaron por las piernas y le arrastraron por el patio hacia un lugar indeterminado. Al abrir uno de los pesados párpados, vislumbró una figura grande acuclillada sobre el matarife al que él había golpeado.

—Mira que antes eras feo, Zurdo, pero ahora el negro te ha dejado horrible —dijo la silueta con voz ronca y lejana.

«Zurdo», repitió para sí Gabriel, y deseó con todas sus fuerzas no olvidar aquel sobrenombre si caía en la inconsciencia. Entendió que había más hombres aparte de la primera hornada, y logró concluir que habían contratado dos grupos armados. Si el primero fallaba, había otro por seguridad. No habían escatimado en medios. Mientras introducían su cuerpo casi inerte en un carro y sentía las voces de sus captores distorsionadas, vislumbró entre las sombras de las cuadras una figura escondida. Antes de que el carro arrancase y él perdiese definitivamente la consciencia, aguzó la vista para comprobar que, entre las balas de paja, ocultos a la vista de sus secuestradores, se movían dos ojillos nerviosos, testigos de su captura desde la seguridad de su escondite. La reconoció de inmediato por el cabello rojizo y se sonrió al pensar que ahora su destino pasaba por la cobardía o el coraje de aquella bordona apodada la Zalamera.

CAPÍTULO 36

21 de octubre de 1721

Dos noches después de su llegada, el domingo por la mañana, Diego aún sentía que la señorita Belmonte se le escapaba entre los dedos. Pese a que esa misma mañana le bajó la fiebre y su pulso era más constante, el doctor Evaristo no había sido del todo optimista. Él se mantuvo junto a ella todo el tiempo, saliendo de la alcoba a ratos y repartiendo su preocupación entre ella y su hermano.

Desde su partida hacia El Escorial, no habían tenido noticia de Gabriel. De hecho, esa misma mañana en el desayuno, Alfredo se ofreció a ir a buscarle hasta aquel municipio. Su madre y don Enrique, por su parte, no habían dejado de cuchichear sobre su situación, como dos fantasmas curiosos que no comprenden lo que es tener el corazón arrebatado. Su madre, a medida que pasaban los días, se había ido mostrando cada vez más preocupada por la señorita Belmonte, y ya que no podía hacer nada por su otro hijo, al menos se interesaba por la salud de ella. «Siempre ha sido así —se dijo Diego la tarde anterior—. Una mujer que no soporta los cambios, pero con un corazón de oro».

Aceptar a Gabriel le había llevado un año de discusiones con su marido. Al final, lo que no consiguió el amor marital lo consiguió Gabriel en cuanto se tiró a sus faldas y la llamó «madre». Con la señorita Belmonte comenzaba a pasar lo mismo, y él lo sabía.

Alfredo, Francisco y su madre, que habían participado en la estúpida apuesta con don Enrique, parecían sentirse culpables por lo acontecido. Además, en el caso concreto de su progenitora, había empezado a preguntar a Simón Casona y al señor Elquiza sobre Clara Belmonte.

Tras la primera noche, al ver que posiblemente muriera, su madre tomó la iniciativa y le dijo al doctor Evaristo que debía permanecer en la hacienda día y noche. «Haga todo lo que pueda por salvarla. Le estaremos agradecidos». Esto no significaba que viera con buenos ojos que él pudiera llegar a pedir la mano de su propia cocinera. De hecho, sabía perfectamente que trataría de evitarlo si tenía ocasión, y no podía negar que motivos no le faltaban. Ambos eran conscientes de que la aristocracia madrileña no dejaría de verla como la cocinera que había sido.

Lo irónico de aquel asunto era que, en el supuesto de que él en su día hubi era tomado a la hija del doctor como esposa, la corte lo habría juzgado como un casamiento de lo más ventajoso para la familia Belmonte, pero al final ella habría sido aceptada como duquesa. Con el tiempo, los más allegados que conocieran su afición a la cocina la habrían visto como una extravagancia heredada inevitablemente de la clase social de la que provenía. Sin embargo, tras ser la cocinera de la hacienda, aquello pasaría de ser un matrimonio ventajoso a un escándalo y, por supuesto, la muerte social para ellos. Ningún ilustre, y menos un Grande, querría codearse con una duquesa cuyo pasado estaba en los fogones, y difícilmente tenerla entre sus amistades. No obstante, él, que sabía lo que significaba amar con toda el alma, que conocía el privilegio que eso entrañaba, no podía dejar pasar la ocasión de ser feliz de nuevo. Así que no le temblaría la mano, por mucho que el resto de la sociedad no lo aceptase.

Había perdido a Alba hacía una década y solo durante aquel año su fantasma se había ido diluyendo. Terminó de enterrarla cuando salió en busca de la señorita Belmonte bajo la tormenta. Desde ese momento fue del todo consciente de cuán enamorado estaba de ella. Por eso había meditado la cuestión, y en su mente se fue desvelando su próximo objetivo: restaurar frente a toda la sociedad a la antigua señorita Belmonte. Debía convertirla de manera efectiva en una ilustre con la aceptación real antes de que fuera la duquesa de Castamar. No deseaba que terminase llevando la vida que había tenido Gabriel, vi viendo en una jaula de oro. Ella había sido un ángel en todos los sentidos posibles, y no se merecía menos. Simón Casona se lo había dicho hacía ya un año y no sin razón. Todo lo bueno que había ocurrido en Castamar había venido de su mano. Por eso no deseaba dejarla ni un instante y, tras ver cómo Alfredo partía en busca de su hermano, él había regresado a la habitación para observar cómo su cuerpo menudo y delicado se consumía entre las fiebres y la inconsciencia.

Su piel pálida y sus cuencas hundidas no presagiaban nada bueno. Le secaba el sudor y, de vez en cuando, la obligaba a beber, entre gemidos lastimeros, tal como había ordenado el doctor. Por segunda vez en toda su vida se sentía paralizado, y la impotencia le estaba devorando el espíritu. Había maldecido a Dios, le había imprecado e insultado por mostrarle el camino de su salvación para ahora arrebatárselo de nuevo. Luego, cuando ya no podía apretar más los puños de frustración, se dijo que la culpa había sido solo suya, de su estúpido orgullo.

Así había desgranado el tiempo, entre gotas de sudor y su desasosiego. Diego apenas comió, y cuando la fiebre volvió a subirle a la enferma, su madre y el doctor creyeron oportuno que reapareciera su capellán, Antonio Aldecoa, para darle la extremaunción. Con solo oírle, antes de que pusiera un pie en su alcoba, le ordenó a gritos que se fuera. Aquello le recordó de inmediato la escena ocurrida hacía diez años, cuando Alba respiraba por un pequeño hilillo de vida y el sacerdote había entrado para officiar el sacramento. En aquella ocasión, el capellán penetró en su habitación en contra de sus órdenes y, pese a que él se abalanzó sobre don Antonio tomándole por la sotana, imprecándole que se fuera, este se había mantenido firme.

«No voy a irme, excelencia. Puede golpearme si eso hace que se sienta mejor, pero doña Alba necesita ir al paraíso y voy a darle la extremaunción. Cristo le concedió ese sacramento y usted no puede quitárselo», le había dicho entonces.

De la misma forma, el capellán entró en la habitación con pasitos cortos. Se miraron, y Diego vio de nuevo la eterna disculpa al Altísimo, aquel a quien él más culpaba.

—No permitiré que le dé la extremaunción todavía.

Su capellán asintió con su serenidad implacable.

—No estoy aquí por ella. Clara Belmonte está luchando en una batalla feroz contra la muerte y no es el momento de que sea ungida con el último sacramento.

Diego le miró comprendiendo que la presencia del padre Aldecoa tenía su objetivo en él.

—Todos creen que está enamorado de esta muchacha —le dijo—. ¿Es cierto?

Al escucharlo en voz alta, Diego se sintió extraño, como si no tuviera derecho a enamorarse de nuevo. Agachó la cabeza y no pudo más que asentir, como si se estuviera confesando. El capellán se acercó lentamente y posó la mano sobre su hombro como si fuera su padre.

—Voy a rezar por la señorita Clara de la misma forma que recé por doña Alba hace diez años. Puede usted rezar conmigo si lo desea.

Él negó con la cabeza.

—Yo no tengo ningún rezo más. Agoté con Alba todos los que tenía —murmuró—. Si entonces no sirvió de nada, no tendría sentido que ahora sí.

—No puedo obligarle a rezar, pero recuerde que la plegaria es por ella —le dijo—. Es por la señorita Belmonte por quien eleva su voz al Señor.

Conteniéndose a duras penas, le miró evitando que las lágrimas escaparan de

sus ojos y asintió como un niño. Conducido por el sacerdote, se arrodilló junto a la cama y volvió a rezar, sin esperanza ninguna, pese a haber jurado que nunca volvería a hacerlo.

Aun así, la señorita Belmonte no mejoró. La fiebre ascendió aún más, y solo de vez en cuando ella abría los ojos y levantaba apenas la mano, rozándole el rostro. Después caía en aquellos largos ratos de ausencia. Previendo lo peor, dejó ordenado al capellán que d urmiera en una de las habitaciones cercanas por si sus pulsaciones o su respiración empeoraban y le tenía que ser administrado el sacramento.

Pasó de nuevo la noche junto a ella, tomándola de la mano, sin poder evitar oír su voz martilleándole las sienes, ordenándole que no se moviera de allí. Pasó la noche completa en duermevela, durmiendo a ratos incómodos, despertándose con el corazón agitado para comprobar que seguía respirando, como si el hecho de que estuviera despierto impidiera que ella dejase de respirar. Apartó de su pensamiento lo difícil que le resultaría superar su fallecimiento. Ya se había encerrado en vida tras los muros de Castamar por la muerte de Alba, abandonando la guerra, consumido por el dolor y con la amargura como única compañera, y sabía que este segundo golpe sería aún peor.

Desvió ahora la mirada hacia la señorita Belmonte y, antes de conciliar el sueño, deseó con todas sus fuerzas no verse de nuevo con el alma desgarrada y el corazón roto.

A la mañana siguiente despertó con los primeros rayos del sol calentándole el rostro, abrió los párpados y se acercó casi como una costumbre a tocarle la frente. Fue entonces cuando percibió que ya no ardía y que tenía mejor color de piel. Suspiró de alivio. Ordenó que trajeran agua fresca para darle de beber y que dos muchachas cambiaran las sábanas y lavaran su cuerpo con agua caliente y un paño. Él esperó fuera hasta que el doctor Evaristo terminó de examinarla, y al salir mantuvo su corazón en vilo aguardando el veredicto. Le miró a la cara y el resoplido de alivio que dio este fue el mejor de los augurios.

—Si la fiebre no vuelve a subir, creo que lo peor ha pasado —dijo con una sonrisa—. Debe seguir bebiendo y, si despierta, debe comer algo. Es un milagro que la muchacha siga viva después de semejante enfriamiento.

Casi sin darse cuenta, Diego dio gracias al Señor cerrando los ojos y no pudo reprimir una sonrisa de alivio y alegría. Con las buenas nuevas, decidió bajar a desayunar y tratar de averiguar si su hermano había dado señales de

vida o si se sabía algo de Alfredo, que había partido el día anterior en su busca. Sin embargo, cuando la señora Berenguer le dijo que no tenía noticia alguna, pasó de la preocupación por la señorita Clara a la preocupación por Gabriel. «Parece que no voy a poder estar tranquilo», se dijo. Desayunó con la esperanza de recibir pronto nuevas de su hermano y, antes de que se marchase la dueña por la puerta, la detuvo haciéndole saber que debía informar a su madre, así como al resto de la servidumbre, de la mejoría de la señorita Belmonte.

—Y a don Enrique dígaselo también, señora Berenguer —añadió—. Seguro que está muy preocupado.

La dueña, percibiendo su tono irónico, le preguntó si deseaba algo más.

—Sí, espere un instante —le contestó—. Cuando la señorita Belmonte se recupere y regrese a su trabajo, quiero que me informe de cualquier problema que pueda tener en las cocinas.

—No le comprendo, excelencia. No sé qué clase de problema podría tener la señorita Belmonte en las cocinas, pues...

—Seguro que ninguno si está usted —la interrumpió—. Además, no vuelva a aceptar una dimisión de ella jamás, y menos sin antes comunicármelo de inmediato.

Ella asintió dándole la razón, y le dijo que a este respecto sería mejor que supiera el pequeño detalle de que las cocinas ya no estaban bajo su jurisdicción por orden del señor Elquiza. A Diego le extrañó la decisión de su mayordomo. Desde siempre, doña Úrsula había llevado todos aquellos asuntos de una forma extremadamente diligente. La miró frunciendo el ceño, y ella se apresuró a darle una explicación:

—Sin querer aventurarme demasiado, es muy posible que después de su incidente, señor, don Melquíades desee recompensar a su excelencia con un mayor esfuerzo y eficacia en su trabajo. Ciertamente le hice saber que era una carga de trabajo extra innecesaria para él.

Diego chascó la lengua enojado. No tenía bastantes problemas para que ahora el mayordomo de Castamar quisiera recompensarle por un pasado que había quedado enterrado y esto terminase en una servidumbre descontrolada. Ordenó a la dueña que las cocinas quedaban de nuevo bajo su competencia y le dijo que se retirase. Tras terminar de desayunar, dio un pequeño paseo a caballo y regresó a custodiar a la paciente deseando que la fiebre no subiera de nuevo. Gracias a Dios, no lo hizo, y ya por la tarde, mientras él estaba cenando, le dijeron que la señorita Belmonte se había despertado por fin y que había

manifestado tener hambre. Asintió y ordenó que le dejaran solo. Entonces, sin poder contener se, las lágrimas que no se había permitido en presencia del capellán se desbordaron más allá de la presa de sus párpados. Se tapó el rostro con las manos y se permitió llorar de la única forma en la que podían hacerlo los hombres: a solas.

22 de octubre de 1721

La nota que acababa de recibir de parte de Hernaldo tendría que haberle arrancado una sonrisa. Con la escueta frase «No fue fácil, pero está hecho», le indicaba que Gabriel de Castamar estaba ya fuera del juego. Debajo, un segundo renglón le avisaba de que la siguiente parte del plan se estaba ejecutando con éxito: «Cuenta un día desde la recepción del mensaje que tiene en su mano y se hará público. Las cartas estarán en circulación en dos días». Ambas frases no habían supuesto para Enrique el placer esperado. Al contrario, se acordó de Alba algo entristecido. Se había sentido vacío al pensar que, por mucho éxito que tuviera, no habría nada capaz de traer a Alba de vuelta. Este vacío era un viejo conocido que asolaba su alma desde incluso antes de su pérdida .

Desde siempre percibió que en su interior anidaba un pozo que lo devoraba todo y le hacía sentirse hueco. Solo en dos ocasiones había advertido que aquel torbellino engullidor menguaba. La primera fue al conocer a Alba. La segunda había sido precisamente con su muerte, cuando permaneció encerrado en su alcoba, borracho, compadeciéndose de su miserable existencia. Curiosamente su salvación vino de la mano de Hernaldo. El soldado había entrado en su cámara, pese a su prohibición, y se movió por la penumbra de la habitación desordenada y desaseada. Al verle él le imprecó que saliera de su alcoba, pero Hernaldo se había quedado frente a él mirándole sin temor alguno. El marqués se levantó y desenvainó su espadín apuntando a su cuello.

«Voy a matarte por esto, ¿lo sabes?».

«Pues hágalo, pero no voy a irme».

Había deseado pagar con aquel infeliz todas y cada una de sus penas, y que su vacío le

engullera por completo. Sin embargo, el valor que demostraban sus ojos, mirándole a los suyos, depositando la vida en sus manos incluso estando él borracho, le hizo admirarle. En toda su vida no había tenido nadie a su servicio que le llevara ni una sola vez la contraria, que se hubiera insubordinado y no aceptase sus órdenes como ley. Comenzó a reírse al

comprender que Hernaldo había sido el primero y seguramente sería el último.

«Acabo de darme cuenta de que no puedo matarte, Hernaldo —le dijo entre risas borrachas lanzando el estoque al otro lado de la habitación—. Es muy patético, pero..., sinceramente, eres el único amigo que tengo».

Al decir aquello supo que Hernaldo se había convertido en el único compañero fiel en su vida, algo que nunca hubiera sospechado cuando le rescató de la cárcel sevillana y solo buscaba un matarife para sus intrigas. El sol dado le condujo a la cama, preguntándole cuánto hacía que no conciliaba el sueño. Él se encogió de hombros y le juró que iba a destruir a don Diego de Castamar aunque le costase la vida. El soldado había asentido de forma mecánica mientras abría las sábanas. Él le había tomado por la pechera.

«¡No me escuchas! —le había gritado—. ¡Me ha arrebatado todo: la victoria en la guerra, la mujer que amaba, el título de grandeza al que estaba destinado! ¡No cejaré hasta que haya perdido todo lo que posea, aunque me vaya la vida en ello!».

Hernaldo solo suspiró y le clavó su mirada de piedra.

«No conseguiré ninguna venganza si no descansa antes», le dijo.

Se tumbó, pero pronto había sentido que, si el soldado salía de aquella sala, su vacío

se haría aún más grande. Por eso le rogó que no se fuera. Así habían permanecido la última noche de aquellos días infernales, él tumbado y el matarife sentado en la jamuga de la pared. Así habían pasado los años, con días mejores y otros con ganas de abandonar esta vida, hasta que algo en su interior cambió y un amanecer salió de aquella penumbra con el ánimo resuelto a buscar su venganza.

Desde entonces había creído que cuando fuera completando su estrategia su felicidad iría en aumento hasta ser plena. Ahora la complacencia solo era gratificante. Por fin, el destino del negro asqueroso de Castamar estaba en sus manos. Para llenar el vacío de su alma, ordenó que le pasaran la espalda por el látigo cuando le capturaran, para que no olvidara jamás el puesto que le correspondía en aquel mundo de Dios. En cuanto el negro hubiera recibido su merecido con el flagelo, le sacarían de Madrid hacia Portugal metido en una caja para venderlo como esclavo con un nombre diferente y embarcarlo rumbo a las Américas.

Tal vez con un poco de suerte su gozo aumentaría en breve. «Las cartas estarán en circulación en dos días», se dijo de nuevo. Poco se podían imaginar don Alfredo y don Francisco que la vida iba a cambiarles irremediadamente,

sometidos al más absoluto escarnio ante la corte de Madrid. El primero, un hombre intachable, gran conocedor de la política, amado y respetado por toda la corte y por sus majestades los reyes, caería en la más absoluta ignominia por ser un sodomita que había cometido delito nefando, de lo cual tenía pruebas evidentes. El segundo, porque además de libertino —pues esta fama ya se la había ganado a pulso y entre los hombres era algo valorado— era un degenerado. Como prueba de esto, tenía la correspondencia que doña Sol, marquesa de Villamar, había mantenido con él. En sus cartas, ella ponía de manifiesto su amistad y confidencias con don Francisco, y en la última misiva en concreto, le contaba a Enrique, muy preocupada, que su amigo le había desvelado un día de borrachera las orgías sodomitas que practicaba con don Alfredo de Carrión.

Que fuera falso importaba poco, pues lo de don Alfredo sí era cierto y esto haría que por contagio no hubiera defensa posible: toda la corte sabía que ambos estaban siempre juntos. Las pruebas contra uno y otro circularían junto con octavillas jocosas por toda la villa de Madrid, y a partir de ahí solo era cuestión de sentarse a esperar que la propia naturaleza morbosa de la gente hiciera el resto.

Por otro lado, el asunto de don Diego iba a ponerlo en marcha en este mismo momento, y para ello se dirigiría al encuentro de una angustiada doña Mercedes. Podría haber perdonado cualquier cosa de aquella mujer, pero no que se doliera por la desaparición de un membrillo. Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un gentilhomme que le informó de que doña Mercedes le estaba esperando ya montada en su corcel para dar un paseo por la hacienda. Asintió y dijo que acudiría en un instante. Quemó la carta de Hernaldo que acababa de recibir y salió hacia las cuadras.

Cabalgó con doña Mercedes hacia los límites de Castamar, cerca de Boadilla. Pasada media hora desde su salida, descabalgaron y, en la soledad que les proporcionaban las encinas, la dama guardaba un silencio desapacible. El marqués cruzó algunas miradas con ella, tratando de romper su mutismo, hasta que ella hizo mención por fin a la desaparición de su hijo adoptivo. Él se mostró receptivo, esperando que esa conversación cesara pronto para centrarse en la relación problemática entre el duque y la cocinera. La escrutó durante unos instantes y comprobó que, más allá de las maneras sobreactuadas, del tocado elegante y la máscara decorada de su cara, la anciana sufría una gran turbación. Aquel negro inmundado se había adueñado de su corazón. «Pobrecita —se dijo—, es una lástima que una mujer como ella sufra así por

un despojo como ese».

—Por su gesto deduzco que no han llegado noticias de don Alfredo. Doña Mercedes negó con la cabeza y pegó el mentón al pecho.

—No debe usted preocuparse. Estoy seguro de que todo terminará bien. De nuevo se vio mintiéndole con el fin de mitigar la angustia que reflejaba su rostro.

Se dijo que tal vez era uno de los pocos signos de humanidad que le quedaban, y tenía que reconocer que le hacía sentir una agradable sensación de normalidad.

—Es usted un amigo leal —dijo doña Mercedes como respuesta a su consuelo—.

Siempre ha estado conmigo en los momentos difíciles.

—Y nunca dejaré de estarlo —le contestó—. Estoy seguro de que su hijo está en perfecto estado.

Ella se mantuvo en silencio, con sus ojos claros cargados de imágenes del pasado. Él

se acomodó y no dijo nada más. Por fin ella desató los labios.

—Recuerdo cuando mi Abel lo trajo a casa —dijo—. Tan pequeño, tan callado

siempre, tan moreno... Pensé que mi marido había perdido el juicio.

A Enrique le bastó ver el gesto de pesadumbre de doña Mercedes para saber que, de

enterarse que al membrillo le estaban marcando la piel a latigazos, se le partiría el corazón. —Su marido no debió hacerla pasar por aquello. —Le tomó la mano para reconfortarla—. Adoptar un hijo de color solo es una fuente de problemas. Nadie de entre los

nuestros lo aceptará nunca como un igual. Es un disparate.

—Lo es —coincidió doña Mercedes—. Pero ahora, aunque suene extraño decirlo,

Gabriel es mi hijo, don Enrique.

Dejó pasar unos minutos en silencio.

—Si lo desea, puedo ir a buscarle personalmente. No soporto verla en esta situación. Ella se lo agradeció con un gesto y se acercó hasta su frente para depositar allí un

beso. Aquello le cogió tan desprevenido que se quedó helado. Sus padres nunca le habían

demostrado afecto. Su madre estaba dedicada a sus amantes y su padre al poder. Se quedó paralizado un instante, pues le asaltó la necesidad de liberar al negro y proteger a aquella anciana de su angustia. Saliendo al paso, casi con la voz tomada, se recompuso. —La verdadera fidelidad solo puede probarse en los peores momentos —le contestó tratando de serenarse.

Continuaron cabalgando hacia el arroyo de Cabeceras, y esperó a recomponerse del terror que le había producido aquella muestra de cariño. Comprendió que sus sentimientos por la dama le podían jugar una mala pasada, pues nunca podría ser su madre, aunque en ocasiones desease que lo hubiera sido. Tal vez, de haber sido así, su espíritu sería otro, menos cruel y más cándido. Tomó aire descartando aquellos pensamientos.

—Al menos, la cocinera ha salido adelante —dejó caer—, es un motivo de alegría. Ciertamente, no mentía. Sin la señorita Belmonte, su plan tendría que pasar por la infructuosa señorita Amelia, y esto era terreno yermo. Doña Mercedes suspiró y Enrique le leyó el pensamiento.

—Tiene usted una difícil situación, mi querida amiga.

Ella asintió sujetando las riendas del caballo y se agitó nerviosa sobre la silla.

—Lo sé. No es normal que Diego, después de tanto tiempo sin mujer alguna, termine

con una cocinera de su propio servicio —confesó de pronto.

Enrique sintió alivio al oír aquella frase, que le daba pie al inicio de su pequeña estrategia.

—Tal vez don Diego esté confuso.

—Mi hijo no ha estado confuso en su vida, y esto es lo que realmente me preocupa. Él vio el flanco abierto y, con la precisión de un alfiler, la miró con su mejor gesto de preocupación.

—El problema real de usted es esa muchacha insolente. Cuanto antes se vaya

de

Castamar, antes comenzará su hijo a sentirse mejor.

Para Enrique era ya obvio que don Diego estaba prendado de ella. Bastaba ver que no

se había separado de su cama ni un momento desde la mañana del domingo, y ya era

miércoles. Aunque la cocinera fuese en su día una señorita —que nadie lo ponía en duda—,

lo cierto es que ya no lo era y, pese a su educación, que la llamaban a opinar cuando no debía,

solo era una criada con olor a cebolla. Aguardó a que doña Mercedes concluyera lo que todos

ya sabían y lo que más temía su corazón anciano.

—Tal vez sea así. Pero Diego no permitirá que la señorita Belmonte se vaya —le

explicó la duquesa—. Conociéndole, es posible que esté pensando en hacerla su esposa..., y

sería desastroso. ¡El apellido de Castamar en el vientre de una cocinera! Y eso si es que puede

llegar a concebir, pues la muchacha ya es mayor, y según me dijo mi criado, su madre solo

engendró hijas.

—No se aflija —le dijo él comprensivo—. No soporto verla sufrir así. —No puedo ni pensarlo sin sentir un vahído.

Se sintió dichoso de que doña Mercedes fuera tan capaz de ver los problemas y sus

consecuencias. Él, mientras cruzaban uno de los puentes sobre el arroyo, se detuvo en una

pausa dramática para dar más énfasis a su propuesta.

—Si me permite sugerirle una solución...

—Dígame, sea lo que sea —le dijo ella ansiosa por oírle—. Si puede ayudar... Él se hizo el dubitativo. La dama, con la angustia en su interior, se removió en la silla

de amazona.

—No se calle, por Dios, don Enrique —le rogó.

—Lo mejor que podría hacer usted es conseguir que alguien hablara con ella, que le

hiciera ver el mal que está provocando a don Diego con su presencia. Hacerle entender el escándalo que supondría para Castamar si llegase a oídos de la corte que el duque salió cabalgando bajo la lluvia para ir tras ella y terminó instalándola en sus propios aposentos. Si además se extendiera el rumor de que tal vez desea ofrecerle matrimonio, sería algo irrecuperable —le dijo esperando a que ella confirmase que sería un desastre—. Si la muchacha decide irse por propia voluntad, su hijo saldrá de su influjo. A doña Mercedes se le iluminó el rostro. —Tal vez bastara con que le consiga otro puesto en otra casa. A esta gente de la plebe solo le importan estas cosas, en el fondo —añadió él—. Lo importante es encontrar la persona adecuada para esta misión tan delicada. Doña Mercedes ya le miraba como si él fuera el mejor candidato de todos los posibles: un ilustre, de fama y fortuna, ¡y con su saber decir y hacer! No tardó mucho en pedírselo: —Tal vez usted, con su facilidad de palabra, podría intentarlo. Por fin, las palabras que él deseaba. Ahora tendría la venia de doña Mercedes, y por tanto del servicio, que le proporcionaría la ocasión de acercarse a la muchacha. La miró con todo el cariño que pudo demostrar, abrió las manos y le contestó diligentemente que estaba encantado de ayudarla en cualquier asunto. ¡Por supuesto que iba a intentarlo, y tenía la intención de fracasar completamente! «Mi pobre anciana... Morirá de un infarto al saber que su hijo es el centro de todas las críticas». Tenía la intención de promover el escándalo llegado el momento. Una vez lanzado el rumor por terceros, sería complicado demostrar que él había sido el artífice del bulo. El

duque había dejado tan patente su inclinación por la cocinera que cualquiera de la servidumbre de Castamar podría haberlo extendido. Lo único que necesitaba saber ahora era si este tenía la intención real de contraer matrimonio. Si la impertinente joven rechazaba al duque, solo lo aumentaría, y si lo aceptaba, consumaría una relación imposible de encajar por la sociedad. Aun así, no movería ni un dedo hasta tener la certeza de la propuesta de esponsales o de su intención al menos, pues los rumores mal lanzados se podían volver contra uno tan rápido como se mueve un incendio cuando cambia el viento. Para ello necesitaba hablar con la joven a solas y sin interrupciones, y averiguarlo de su boca. Si el duque tuviera esta intención, su plan de arrastrarlo por el fango y forzar su honor hasta que lo retara a un duelo vería de nuevo el cielo abierto.

—Tranquila, mi querida amiga, estoy seguro de que todo se arreglará. Dígame cuándo y haré lo que pueda por convencer a la dichosa cocinera de que debe irse.

CAPÍTULO 37

23 de octubre de 1721

«Las intrigas serpentean sigilosas hasta que es tarde para evitar sus consecuencias», pensaba Alfredo. Llevaba demasiado tiempo entre las bambalinas de la corte para no vislumbrar que una urdimbre se cernía sobre Castamar. No hacía ni un día que el pobre Diego, al ser consciente de que su hermano no aparecía ni se tenía noticia suya, le había rogado que le buscara en El Escorial mientras él velaba por la salud de la señorita Clara.

«No debes preocuparte. Lo más seguro es que se haya quedado haciendo compañía a la señorita Castro», le dijo.

«De ser así, significará que Gabriel está más prendado de ella de lo que él mismo se imaginaba».

La respuesta de su amigo le había tomado por sorpresa. No podía imaginarse una relación entre un hombre de color y una señorita de bien. Aun así, se había dicho que él menos que nadie debía emitir juicios al respecto. No hablaron más, y Alfredo partió al galope hasta El Escorial pensando en encontrar a don Gabriel por los jardines del monasterio con la señorita Amelia. Sin embargo, allí un zagal le había dicho que don Gabriel había partido hacia Madrid el domingo al alba, tras recibir un despacho privado. La señorita Castro, con su madre ya enterrada, había salido hacia Cádiz muy afligida.

Así, Alfredo había cabalgado hacia la casa de los Castamar en la calle Leganitos para comprobar si don Gabriel se encontraba allí. La servidumbre le había aclarado que estuvo en la casa todo el lunes, pero que esa misma noche había partido dejando dicho que dos horas después de su marcha se enviara un despacho a Castamar. Aquello aumentó su preocupación. Él había estado en Castamar hasta el martes y no había llegado ningún correo esa noche ni al día siguiente.

Cambió de cabalgadura tomando un corcel del palacete y galopó hacia el camino de Illescas en busca de la señorita Amelia. Recorrió cada posta desde Getafe hasta Villaseca de la Sagra, y la noche anterior la encontró en una quinta de Toledo. Ella había decidido hacer un alto antes de proseguir su viaje, lo que le dio tiempo de alcanzarla. La joven, que estaba pasando por una gran aflicción por la pérdida de su madre, le atendió cortésmente. Él se disculpó por interrumpir su cena y le explicó el motivo de su visita. Ella no

había disimulado su desazón al saber de la desaparición de don Gabriel, afirmando que tras su despedida en El Escorial no había sabido nada de él.

Alfredo descansó en la propia quinta y al alba partió hacia Madrid, sin rastro plausible que seguir. Tras medio día de camino, descabalgó en las cuadras de su casa con la desazón en el espíritu. No podía obviar que aquella maraña de intereses parecía tener en su centro a don Enrique: la apuesta injusta sobre la señorita Clara, el asalto de la propia señorita Amelia, el asesinato de Daniel Forrado y, por último, la desaparición del hermano de Diego. Sospechaba que a don Gabriel le había ocurrido algo malo y albergaba la inquietud de que él mismo también estaba dentro de los objetivos del marqués. La frase que le había dedicado el domingo en Castamar no era fortuita: «He bajado a los infiernos por amor, he vivido en las tinieblas por amor y por amor he destrozado mi alma. Sin embargo, en su caso nadie sabe si es así, y menos aún hacia... quién». Había sentido un escalofrío entonces por temor a que conociera su secreto. «Demasiados eventos inesperados, en apariencia desconectados, pero dándose a la vez», se dijo.

Ascendió hacia el salón principal, donde su mayordomo, Rodolfo del Río, el hombre más fiel que conocía, le esperaba a las puertas con un aire desasosegado. Con una sonrisa fingida le detuvo antes de que entrase.

—Debo indicarle, ilustrísima, que don Ignacio del Monte le espera algo agitado en el salón —le anunció con pesar.

Le bastó una mirada para saber que su criado, el único que conocía su secreto, pensaba que debía echarle a patadas de la casa. Le ignoró, como quien ignora los consejos de un padre anciano, y entró en el salón, donde le esperaba el que durante tanto tiempo había sido su amante.

En cuanto cruzaron una mirada sintió renovado su deseo por él. Estaba como siempre: los ojos azules, el mentón fuerte, el cabello rubio. Tan solo algunas arrugas más cinceladas en su bello rostro. Su antiguo amor, con su sonrisa eterna, se acercó a él.

—¿No te alegras de verme? —le preguntó.

Alfredo recordó la última vez que le había visto, fuera de sí, insultándole como solo el amor insulta cuando está desgarrado. Su mayordomo descubrió que Ignacio había estado robándole grandes sumas de dinero para acudir a mesones donde terminaba presa de los usureros y el juego. Precisamente este último se había adueñado de su espíritu hasta el punto no solo de robarle, sino de pedir sumas a unos prestamistas que amenazaron con cortarle la nariz y las orejas si no las devolvía. Él, con el fin de sorprenderle en el hurto, se hizo el

dormido aquella noche después de hacer el amor y esperó a que Ignacio se levantara para ir a su despacho a sisarle. Cuando le sorprendió en pleno acto, el dolor se grabó en su espíritu. Esa noche se negó a darle el dinero, y su amante estalló, desesperado y pueril, blandiendo palabras hirientes que le habían destrozado el alma. Pese a que al final le dio dinero para que no perdiera la vida, le expulsó de la suya, aunque siempre había sabido que volvería, más tarde o más temprano, a pedir más.

—No estoy aquí por lo que crees. He venido porque te debo unas disculpas — dijo Ignacio inclinándose hacia su boca peligrosamente.

«Me miente —se dijo Alfredo—. Como siempre». Se retiró de él. Se había dejado engañar en el pasado, pero no lo haría nunca más. Se aproximó a la camarera hecha en fina marquetería parisina y preparó dos copas de aguardiente.

—Has tardado mucho en arrepentirte de tus palabras de aquella noche —le dijo.

Ignacio gesticuló, desviando la mirada como los malos jugadores, y trató de esquivar su aserción.

—Si me sigues mintiendo, ordenaré que te echen de aquí a patadas —añadió Alfredo al entregarle la copa—. ¿Cuánto has perdido esta vez?

Sin salida posible, Ignacio agachó la cabeza y asintió.

—Van a matarme si no pago.

—Vete —ordenó.

El amor que sentía por él, el que sintió en su día, no con viviría con su adicción. Ignacio, al oírlo, se acercó con la barbilla temblorosa.

—Escúchame...

—He dicho que te vayas.

—¿No has oído que van a matarme?

—No me importa.

Ignacio, con el visaje tomado por el pánico, se lanzó a sus brazos suplicando su compasión, convirtiéndose en un ser grotesco y deforme que le provocó un hondo rechazo. Buscó sus labios en vano, le declaró su amor incondicional y eterno, le dijo que nunca le había olvidado y que siempre había estado en lo más profundo de su corazón. Justo cuando Alfredo estaba a punto de empujarle y ordenar a sus lacayos que le echaran, Ignacio, a voces, le había dicho la completa verdad:

—En cuanto me vean salir de tu casa me matarán... ¡Quieren que pase la noche contigo!

Esa afirmación hizo saltar las alarmas en su interior. Los perseguidores de Ignacio sabían de sobra dónde estaba y tenían un objetivo más allá del dinero. Siempre dio por hecho que Ignacio, por su propia supervivencia, callaría su relación ilícita. La ley y la sociedad condenaban a los hombres como ellos, invertidos, y no podía imaginarse que alguien se inculpara de este delito por voluntad propia. Sin embargo, su antiguo amante había vendido su secreto a los prestamistas. Se detuvo de inmediato al comprender la frase que don Enrique de Arcona le había dedicado días atrás indicando que no se le conocía romance alguno. Supo entonces que él estaba dentro de la telaraña que el marqués había tejido para Castamar y sospechó entonces que Francisco también lo estaba. A él, el delito nefando podía conducirle al destierro permanente. Ya imaginaba octavillas impresas entre la corte, pegadas en las fachadas de las casas de Madrid con algún dibujo burlesco sobre su persona. Le abofeteó violentamente e Ignacio cayó llorando sobre la alfombra. Le producía asco. Él, que era la discreción personificada, que sobrellevaba su maldición en silencio sin compartirla con nadie, que tenía sus encuentros en la más absoluta de las oscuridades, sin escarceos públicos ni visitas indecorosas, se veía ahora expuesto a la censura de la corte, a la ignominia que traería a su apellido y a la deshonra de las habladurías. Oprimió tanto los dientes que sus mandíbulas chirriaron. Su padre, don Bernardo de Carrión, que había marcado su cuerpo con la fusta del caballo para enseñarle disciplina, se revolvería en su tumba si se destapaba aquella noticia. «Cásate y busca un heredero», había sido una frase constante en su juventud. Pero él no siguió los dictados paternos. Nunca se casó ni tuvo jamás intención de hacerlo. El matrimonio de sus padres le mostró durante muchos años cuán injusto puede ser para una mujer casarse con alguien que no la ama ni la amará nunca, y no deseaba ser responsable de la infelicidad de una esposa, a la que sometería a un matrimonio yermo y hostil.

—Les he dado nuestras cartas —dijo Ignacio confesándolo todo—. Creo que mañana nuestra relación se sabrá en todo Madrid porque las van a publicar.

Al oír aquella frase levantó el puño lleno de ira y le asaltó la imagen de su padre cuando le pegaba por no montar bien a caballo o contestar de manera inadecuada a una pregunta. Él descargó el puño con toda su fuerza contra su propia pierna, haciendo honor a su juramento de que nunca sería como su progenitor. Ignacio se tiró a sus piernas suplicando que le perdonara, que solo era un ser débil que le amaba.

—¿Quiénes son?! —le preguntó—. ¿Está don Enrique de Arcona detrás de

todo esto?

—¿Don Enrique? Es un leal amigo... —le chilló aterrorizado—. No sé por qué lo preguntas..., no sé.

Por la forma en que gesticuló supo que no mentía, pero el hecho solo de que conociera su nombre como si fuera un amigo le confirmó sus sospechas.

—¡Habla! —le chilló—. ¡O te echo a patadas para que se encarguen de ti!

—¡No lo sé! ¡Te lo juro! Son cinco embozados..., no sé qu iénes son. ¡Debo dinero a muchos!

Alfredo se desembarazó de Ignacio y salió por la puerta. Tras cambiarse de ropa, llamó a su mayordomo para saber si Ignacio seguía en la casa.

—Sigue hecho un ovillo en el saloncito.

—Prepárele una habitación —le ordenó.

—Ilustrísima, ¿será para una larga temporada?

—No me ponga esa cara de cordero degollado, señor Del Río —le dijo—. Haga que se vaya de aquí mañana, y nada de dinero. Mucho me temo que, si le echo a la calle ahora, no verá un nuevo amanecer. Yo reg reso a Leganitos para ver si don Gabriel ha aparecido, aunque mucho me temo que no será así. Después partiré a Castamar esta misma noche. Mañana será..., será un día duro, y deseo hablar con Diego antes de que... se entere por otras bocas.

Cruzó media ciudad hasta alcanzar el palacete de los de Castamar en Leganitos, pero al llegar supo que no había rastro de don Gabriel, tal como se temía. El mayordomo abrió el portón mientras él montaba cuando descubrió al otro lado a una mujer delgada y con el pelo rojizo, de los arrabales, que estaba a punto de llamar con las aldabas. El mayordomo se acercó a ella con los brazos en alto.

—Fuera —le dijo—. En esta casa no se trata con bordionas.

—¡Mal rayo te parta a ti y a tus muertos, *desgraciao!* —le gritó ella calle abajo.

—¿Quién es esa mujer? —se interesó Alfredo.

—No lo sé, ilustrísima, ha venido más de cuatro veces buscando a don Diego, asegurando que tiene algo importante que decirle —le contestó—. Es una prostituta, no es de fiar. Siempre andan con mal as artes.

Alfredo espoleó a su corcel y salió hacia ella. Esta, al verle las intenciones, echó a correr por si la golpeaba. Alfredo la llamó, pero ella apretó el paso hacia la plaza de Santo Domingo. Espoleó al caballo hasta que la flanqueó y le lanzó un a bolsa con maravedíes.

—Son tuyos si hablas conmigo.

La mujer se detuvo y, recelosa, recogió la bolsa del suelo. Él desmontó diciéndole que era Alfredo de Carrión, barón de Aguasdulces y amigo personal de don Diego. Ella le saludó con una inclinación ausente de elegancia, pero con la mirada cargada de recelo.

—No sé adónde está el negro ese —le dijo de golpe—, pero sí quién *l'atrapao*.

El corazón le dio un vuelco y se acercó aún más a ella para exigirle que se explicase sin dilación. La mujer retrocedió acobardada. Su rostro, congestionado entre el miedo y la avaricia, le indicó que parecía más una oportunista que alguien que participara en un complot. Balbuceó sin decir nada, y él, ansioso, la imprecó para que hablara de una vez.

—Yo no creo que..., que en esta bolsa haya suficiente peso —dijo ella haciendo sonar las monedas.

—¿Me estás chantajeando, mujer? —le preguntó él con el rictus ceñido.

—*Pué...*, no sé lo que *e'eso, señó* —dijo con una sonrisa entrenada y embaucadora —, *peo* si hace que pese *argo má* la bolsa, hasta *puee* montar a la Zalamera.

Necesitaba la información que ella tenía, y ordenar que la engrilletaran para que hablara le llevaría un tiempo que se le antojaba precioso, así que no negociaría una cifra estúpida.

—Está bien, no tengo más dinero aquí —le dijo—, pero si me acompañas...

La mujer negó con la cabeza y se apartó de él, desconfiada como gato callejero. Alfredo se acercó un poco, previendo cazarla si intentaba salir corriendo.

—Yo no voy a casa de *naide*, que me va la *vía* en esto. Dentro de dos horas en la plaza de la Cebada, con otra igual que esta, y le largo *to*.

Entonces él la aferró por el brazo con cierta violencia.

—Escucha bien. Te llevaré otra bolsa como esta, pero no habrá más —le dijo—. Más te vale estar allí, porque, si no, daré contigo y perderás la vida entre los grilletes.

La bordiona asintió y, antes de que pudiera retenerla, echó a correr entre los angostillos. Llevado por la urgencia, Alfredo regresó a su casa, donde, al ver que no tenía otra opción, escribió sendas cartas a Diego y a Francisco explicándoles su tendencia y la vergüenza que le embargaba por que se enterasen de esta forma de su secreto. Después escogió a varios de sus hombres para llevar las cartas, avisándolos del posible peligro que corrían. Sus despachos podían ser interceptados, y sus correos, asesinados. Debían

alcanzar sus respectivos destinos dando un gran rodeo y tomando la mayor de las precauciones.

Tras tomar los dineros, partió a caballo con los ojos atentos a cualquier movimiento. Mientras penetraba en los aledaños de la plaza de la Cebada por la Cava Alta de San Francisco, se dijo que al final todos tenían secretos que incluso se escondían a sí mismos; como Diego, que albergaba sentimientos profundos por su cocinera, o don Gabriel, por una mujer blanca. La cuestión era cómo se afrontaban las consecuencias de estos cuando se hacían públicos. Él las aceptaría con la cabeza alta, incluida la pérdida de sus amigos si fuera el caso.

Avanzó alerta y divisó a la bordona en la embocadura de la calle del Humilladero. La mujer le hizo una seña para que la siguiera hasta la cercana calle de la Sierpe, algo más íntima. Descendió siguiéndola con la mirada. La mujer dobló la esquina y, al perderla de vista, la idea de que todo aquello podía ser una trampa le cruzó el pensamiento. Pero esa opción no tenía sentido. Aquella mujer solo quería dinero; de hecho, si él hubiese tenido suficiente en su primer encuentro, habría hablado ya con él. Además, para qué organizar el escándalo y la muerte social de su persona si planeaban arrebatarse la vida antes de que esto se produjera. No tenía sentido alguno, así que descabalgó al llegar a la esquina de la calle de la Sierpe. Era un angostillo estrecho mal iluminado, acodado a la mitad y apenas empedrado. Levantó la vista y vio que la Zalamera se había detenido precisamente en la esquina interior del callejón. Alfredo avanzó con la mano izquierda en las riendas y la derecha cruzada sobre su espadín. La mujer sujetaba una lámpara de un par de cabos. Miró hacia los lados, atento, cuando el rostro de la arrabalera se contrajo en una mueca grotesca haciendo que su mentón prominente se desplazara aún más hacia delante. Una hoja ensangrentada apareció en su pecho y, tras ella, un surtidor rojo que bañó parte de la pared. Él desenvainó de inmediato y comprobó que tras su cuerpo había una figura grande, embozada, que dirigió unas palabras secas a la moribunda mientras esta lanzaba estertores incontrolados.

—Es hora de reunirse con el Creador.

El asesino retiró el espadín, y ella, sin fuerzas, cayó al suelo como un títere al que le hubieran cortado las cuerdas de la cruceta. Alfredo se lanzó hacia el asesino y este no huyó. Se limitó a esperarle con serenidad y desvió su estocada certera. Tomó la iniciativa atacando a su cuello y a su estómago, pero el tipo sabía más por oficio que por enseñanza y le lanzó una línea en cruz

vulgar y rápida. Alfredo la evitó con un tajo rápido hacia su cabeza. Su enemigo le detuvo y él recuperó el espacio para no perder la posición. Sin embargo, el asesino estrechó rápido desviando su espadín a la derecha, y, protegiéndose de su filo con su guarda, entró a matar sobre su abdomen. Alfredo se giró veloz y trató de evitar el acero. No pudo y sintió cómo le penetraba pegado a la costilla. Gimió de dolor y, sin dudar, le golpeó eficazmente con el pomo en su pecho. Su enemigo no se retiró, sino que, muy pegado, cargó hacia él empujándole hacia atrás. Alfredo sintió sus piernas trabarse sobre el suelo pedregoso y cayó de espaldas perdiendo hasta el sombrero. Pensó que el asesino aprovecharía su ventaja, pero, cuando lanzó su estocada a la desesperada, el matarife estaba desapareciendo bajo la oscuridad del angostillo.

Se levantó y se tocó el costado sintiendo una incisión profunda. Oyó entonces un tímido gorgoteo y fijó la vista en la pobre Zalamera, que en su último aliento deseaba decirle algo. Se acercó a ella dolorido y comprobó su rostro lívido tratando de pronunciar sus últimas palabras. Balbucía un nombre deslavazado entre la sangre de sus labios que no pudo escuchar bien. Pegó más la oreja a su boca, y antes de desvanecerse por completo, deslizó desfallecida unas sencillas palabras:

—El Zurdo —repetía—, el Zurdo.

Mismo día, 23 de octubre de 1721

Definitivamente, el marion de don Alfredo no llevaba el espadín para engalanar su cintura, y Hernaldo había tenido que pincharle para no perder su vida pese a la orden expresa de don Enrique de no herirle. Este deseaba que el barón sufriera escarnio por so domita, no que muriera de un mal tajo. No hacía ni un día que sus hombres le dijeron a Hernaldo que había aparecido en la casa de Leganitos preguntando por el negro. Seguramente ya sabía que Gabriel había enviado una carta a Castamar contando sus averiguaciones y que esta no había llegado nunca. Era posible también que la carrajada le hubiera contado lo mismo que al negro en El Escorial, pero fuera como fuese ya era tarde. Lo único preocupante para ellos había sido la Zalamera. De llegar un poco más tarde, la muy puta le habría cacareado al barón todo lo acontecido en El Zaguán. Esta vez debía agradecérselo al Zurdo y, por qué no decirlo, a la casualidad.

Había sido justo tras la captura del negro. De no aparecer él y sus hombres, el membrillo habría terminado por matar al Zurdo y desbaratar los planes. Sonrió al recordar cómo le había dejado el rostro, con el pómulo

izquierdo quebrado y la nariz aplastada. Desde entonces el Zurdo solo ansiaba recuperarse para flagelar al negro personalmente. Había tomado una habitación en El Zaguán para que la Jacinta le cuidara y así recuperarse lo antes posible. La víspera se reunió con él en la estancia central de la mancebía muy temprano y con el establecimiento a puerta cerrada. Deseaba advertirle de que los matones que el Zurdo había contratado para el trabajo de don Gabriel no se podían ir de la lengua, pues don Alfredo de Carrión estaba preguntando por todos los lados.

Tras esa conversación, Hernaldo se había ido, pero, según le contó después, el Zurdo oyó un ruido tras las mamparas de la cocina. Había aguardado en silencio hasta que apareció la Zalamera. Cuando le preguntó qué hacía allí tan temprano, ella contestó que le tocaba abrir el mesón esa mañana. El Zurdo no había dicho nada y había disimulado su inquietud, pero desde ese momento no le había quitado ojo. Por eso, a la mañana siguiente había seguido a la bordona hasta verla acercarse al palacete de don Diego en Madrid. Gracias a Dios, este no estaba allí, sino en Castamar. El Zurdo le había buscado urgentemente para contarle lo sucedido. El problema fue que no había podido encontrarle. Él andaba atareado haciendo circular por todo Madrid las octavillas con la caricatura del sodomita y de su amigo don Francisco. Pero la casualidad es poderosa compañera cuando sopla a favor.

Al terminar el reparto de panfletos, Hernaldo recordó cómo el Zurdo había silenciado a la Jacinta de un guantazo cuando se disponía a hablar de cierto trabajo para una señora rica. Aquel evento no le había pasado desapercibido en su día, ni tampoco las escasas explicaciones que el matarife le había dado. Se dijo que era hora de tener aquella conversación. Al entrar, las putas le dijeron que el Zurdo llevaba todo el día buscándole y que no estaba en el local. No prestó demasiada atención a esto y, al ver a la Jacinta, le dijo que subieran. Ambos ascendieron a una habitación, ella esperando de él un cliente, y él, una información que apartara su sospecha. En cuanto cerró la puerta y la puta comenzó a quitarse el corsé, la detuvo con el dedo en alto.

«Cuéntame lo de la señora rica y el encargo aquel del que ibas a hablar cuando el Zurdo te rompió la cara», le ordenó.

Ella le puso cara de circunstancias, como si no recordase nada de lo que había dicho aquel día. Entonces Hernaldo la cogió por el cuello y la puso contra la pared.

«Escucha bien —amenazó—. O me cuentas lo que sabes, o te destripo como a una puerca».

La Jacinta asintió aterrorizada y, en cuanto la soltó, entre toses, había comenzado a narrar una historia antigua, de años atrás, sobre un trabajo que el Zurdo había hecho en Castamar con unos caballos. Ella nunca había llegado a conocer a la señora que lo contrató, pero sí al hombre que había hablado por ella. Mientras ella le describía al «tipo menudo, con gafas, un pisaverde», Hernaldo ya tenía claro que aquella rata de cloaca del Zurdo se la había jugado de alguna forma. Había interrumpido el relato de la Jacinta y le había preguntado por el nombre del individuo. Ella intentó hacer memoria, pero los años no la dejaban. Hernaldo se abalanzó sobre ella.

«¡Que te juro que *me se ha olvidao!* —le gritaba—. *Me se viene Durán, o algo*».

Acongojada, se había apresurado a contar cómo había puesto en contacto al escribano con el Zurdo, pero este, en cuanto había visto el percal, la había largado para no tener que repartir nada con ella.

«Fue un hideputa —dijo indignada—. Yo le *traí* el trabajo ese, podía al menos *habeme dao* algo, digo yo, ¿no?».

La puerta del cuarto se había abierto entonces y el rostro hinchado y deforme del Zurdo había aparecido en el umbral preguntando de mal talante qué hacían juntos. Ambos se habían quedado mirándose, él con la mano en el pomo del espadín y el Zurdo sobre el mango de la albaceteña. Había meditado si rajarle allí mismo el estómago, pero se dijo que sería mejor llegar primero al fondo de la cuestión. En aquella ocasión habría sido fácil, pues había detectado la debilidad que asolaba el cuerpo de su rival. Había tirado unos maravedíes sobre el jergón afirmando que quería catar a la Jacinta, dado que tenía fama, y el Zurdo se había quedado mudo, sin moverse hasta que la puta, más hábil que él a la hora de mentir, le había gritado diciendo que dejara de joder su *negosio* y que la próxima vez llamase antes de entrar. Aquello había debido de convencer al Zurdo, que había dejado su postura peligrosa para contarle que tenían problemas con la Zalamera y que él, con el cuerpo como lo tenía, no podía hacerse cargo.

«Bastante que he salido a buscarte —había resoplado—. Esa lo va a joder todo por conseguir unos escudos. Lleva todo el día sin aparecer por El Zaguán, esperando en la casa de don Diego».

Hernaldo tuvo que correr para encontrarla regresando de allí. Pensó que ya había hablado, pero, precavido como era, aguardó antes de ejecutarla. Si la puta había cobrado, abandonaría Madrid esa misma tarde; si no, es que todavía tenía que encontrarse con su pagador. La siguió en paralelo hasta que

la vio perderse por la calle de la Sierpe. Entró por detrás y se acercó sigiloso, como buen soldado, hasta que había visto al bardaje embocándola por el otro lado. Por eso no dio opción a que la Zalamera articulase palabra alguna ante don Alfredo, y este tampoco había podido evitarlo. «Como no evitará el escándalo al amanecer», se dijo.

Ellos habían encontrado a su amante hacía más de dos años, y casi por casualidad, cuando don Enrique había asistido a una partida de naipes, en concreto al juego francés de la baceta. Este don Ignacio había apostado a crédito contra su palabra de caballero, algo ebrio, y al finalizar la noche, perdía una suma desproporcionada de escudos. Por supuesto, varios de los asistentes exigieron el pago, incluido el marqués, que ya le había lanzado a él una mirada para que se ocupase del borracho en caso de que fuera insolvente. El desdichado había afirmado que podía satisfacer todas las deudas, pues su benefactor era don Alfredo de Carrión. Fue entonces cuando el marqués intervino comprando toda la suma de sus deudas al resto de los jugadores, haciéndose su más íntimo amigo.

Durante unos meses el ingenuo sodomita encontró en don Enrique al mejor de sus amigos, que le proveyó de dinero para su adicción y de efebos para la noche. El marqués le hizo ver que su amistad estaba por encima de cualquier prejuicio y que, aunque no era partidario de la sodomía, sí creía que toda necesidad implacable debía ser satisfecha.

Finalmente una noche, ebrio y en confianza, confesó que don Alfredo había sido su amante y que tenía cartas que lo demostraban. El resto fue relativamente rápido. Don Enrique dejó de cubrirle con el juego y volvió a endeudarse rápido, por eso el sodomita no se extrañó cuando Hernaldo y cuatro hombres del oficio, embozados para que no pudiera reconocerlos, le cosieron el alma con el miedo. No hizo falta más para que entregase los pliegos. Al final, llegado el día, le secuestraron de un lupanar en plena tarde para que el alfeñique acudiera a casa de don Alfredo con el fin de pasar la noche con él. Era la mejor forma de tener un testigo fidedigno. De no ser así, él le destriparía como a un g azapo por orden de su señor. Así funcionaban las intrigas, como un castillo de naipes. De no cerrar la boca a uno a tiempo o dar un mal paso en un momento dado, todo se venía abajo. Por eso, después de haber hablado con la Jacinta, había intuido que la muerte de doña Alba no había sido un cruce casual de caballos gemelos, sino algo intencionado. Una señora rica, un escribano buscando al Zurdo... Antes de disgustar a don Enrique, iba a llegar al fondo de aquella cuestión.

Caminó hasta su hogar y pudo ver que su hija tenía encendidas las lámparas de aceite. Pronto tendría que buscar un buen marido para ella o se convertiría en una solterona sin hijos. Tenía dos o tres pretendientes en la zona, de los que para él el más ventajoso era el hijo del panadero, que pronto heredaría la tahona. De todas formas, Adela estaba preparándose para institutriz o maestra, y en caso de que tras el casamiento el fulano se pusiera a malas con ella, podía buscarse la vida sin hombre. No se había molestado él en darle esa educación para que su hija se quedara sin independencia en caso de necesitarla. No obstante, Adela, aunque le hacía gracia el hijo del panadero, seguía empeñada en abandonar Madrid con él lo antes posible. No se daba cuenta la pobre de que eso era imposible, él se debía al marqués por juramento. «Un hombre que falta a su palabra ya no es un hombre», le había dicho muchas veces.

Abrió la puerta de su casa y, en efecto, su hija le estaba colocando la cena, un estofado de alcachofas, zanahorias y pan de legumbres. Le miró y su sonrisa al recibirle se quedó congelada en un rictus grave.

—Has matado a alguien —le soltó de buenas a primeras.

Él comprobó que su colete, los guantes y las perneras estaban manchados de la sangre de la Zalamera. Se maldijo en silencio y entró cerrando la puerta hacia el aguamanil.

—Sí —contestó lacónico.

Ella no dijo nada, y sirvió el estofado sobre una escudilla y el agua en un vaso de barro. Él se sentó y comenzó a comer lentamente mientras Adela corría la cortina de arpillera cosida a trozos y se introducía en el jergón. La oyó sollozar, y se le partió el alma al ver que su hija no podía soportar aquella vida de matarife, hoy rajando el cuello a un desgraciado, mañana a una puta deslenguada y al otro a un inocente que estaba en el lugar y momento equivocados. Se levantó y con mucha ternura se sentó a su lado. Ella permaneció de espaldas.

—Yo no puedo cambiar de vida, pajarillo. Tú, sin embargo, tienes el futuro abierto. Tal vez sea hora de que dejes de cuidar a tu padre.

Ella se había revuelto con las mandíbulas tensas y le había abofeteado con todas sus fuerzas. Después se volvió a girar. Él no se lo tuvo en cuenta y, tomándole la mano, se la apretó unos instantes y regresó con cansancio a la mesa.

—Yo no te voy a dejar nunca —dijo Adela desde el otro lado de la arpillera—. Pero, si me vuelves a decir que me vaya, me hago puta solo para joderte.

Consideró justo su comentario hiriente y regresó en silencio a la escudilla.

Después de masticar el pan de legumbre con alguna alcachofa mal cocida, le contestó:

—No te lo volveré a decir jamás, pajarillo.

Ella no replicó y sus sollozos se extinguieron con el paso del tiempo. Esa noche Hernaldo apenas pudo dormir viendo los rostros de los difuntos que había despachado durante su vida de soldado. Allí, en la oscuridad de su cuarto, apoyado contra la pared, los miró a todos a sus ojos hundidos y se dijo que tarde o temprano estaría entre ellos, consumido por las llamas del infierno. Entonces, pensando en lo que le haría al Zurdo si se confirmaba lo que ya intuía, se quedó dormido, esperando que al despertar los rayos del astro rey hubiesen disipado esas sombras que cada vez le acechaban más de cerca.

CAPÍTULO 38

Mismo día, 23 de octubre de 1721

El viento se mostraba agitado y hacía retemblar los cristales de las ventanas. A Clara le daba la sensación de que el desapacible tiempo deseaba colarse por las rendijas o incluso por la chimenea, que pese a estar encendida a veces dejaba oír el silbido del céfiro. Estaba atardeciendo y se debatía entre los deseos ardientes de ver a don Diego o de que no apareciera jamás. Hacía ya un día que había retomado la conciencia y le había visto allí junto a ella, con la barba mediada y los signos evidentes de la preocupación por su estado. Apenas pudo agradecerle nada, porque él llamó al doctor Evaristo casi de inmediato.

Según Elisa, ella había estado navegando en el delirio, con el pulso muy bajo y la temperatura disparada. Apenas era capaz de recordar lo sucedido tras salir del carro y desmayarse. Solo tenía la imagen del campo abierto bajo una tormenta implacable, con su cordura deshaciéndose a cada relámpago y el cuerpo aterido. Lo último que percibió, con los ojos desvaídos, había sido más tarde, cuando don Diego, como una aparición, la obligó a no perder el conocimiento. Después de aquello no tenía más que visiones quebradas y sin sentido, que la visitaron durante su convalecencia; ángeles de la muerte con los rostros deformes de su difunto padre, su madre, su hermana, doña Úrsula e incluso de la buena de la señora Moncada en el hospital. Sin embargo, de entre todos aquellos demonios negros con rostros conocidos y perversos, se había erguido el de don Diego anclando su cuerpo a la vida al igual que Atlas, el titán, sujetando el mundo sobre sus hombros. Le vislumbró secándole la frente, tomándola de la mano e incluso postrado a sus pies rezando, cuando era sabido que su excelencia no rezaba desde la muerte de su amada esposa. Don Diego se había preocupado por ella de una forma desmedida y la había tratado como si fuera la hija del doctor Belmonte, más que como su cocinera.

Este hecho la sobrecogió aún más cuando, tras cenar un consumado de ave aderezado con huevo cocido y arroz que le preparó Carmen del Castillo, fue consciente de que estaba instalada en los aposentos privados del duque. Lo primero que pensó fue en la servidumbre. De seguro, habría ya un hervidero de comentarios. No fue hasta esa misma mañana cuando Elisa, portando un azafate de plata engalanado con chocolate caliente, huevos pasados por agua y

una selección de panecillos tier nos recién hechos, le contó todo con más detalle. Nada más saber de su marcha, el duque partió en plena mañana en su busca y, al llegar al día siguiente con ella en brazos, dio orden expresa de que la instalaran allí, lo que levantó un revuelo enorme.

«Se dice que está prendado de ti —había dicho su amiga con media sonrisilla—. Andan todos revolucionados».

Clara no contestó, luchando entre el estupor, la complacencia y la contradicción. Se había jurado olvidar por siempre a don Diego y ahora no sabía cómo asimilar que su excelencia hubiera salido a buscarla, la hubiera rescatado, atendido y aposentado en su alcoba. La señorita de bien que todavía habitaba en ella le decía que el duque se había comportado como todo un caballero, más que eso incluso, con una diligencia impecable más allá de lo que exigían las buenas formas. Por contra, la Clara Belmonte superviviente a las durezas de la vida le susurraba al oído que su excelencia permitió su escarnio sin mover un dedo. Debía pensar con mucho detenimiento hacia dónde caminaba todo aquello. Aun así, era innegable que, si antes la decepcionó por tratarla como si fuera una mercancía, e incluso por permitir que el marqués don Enrique la menospreciara públicamente sin decir una palabra en su defensa, ahora había cruzado fronteras mostrando su afecto más allá de lo que su posición social le permitía. Antes de que Elisa la abandonara, le rogó en susurros que trajera una cuba llena de agua caliente, que tomara un poco del jabón de Castilla que ella misma había hecho y guardara el más absoluto secreto.

La pobre Elisa, escandalizada y puesta en el compromiso, tardó un poco en conseguir media cuba de madera y un barreño de metal para calentar toda el agua que había ido trayendo a hurtadillas. Al terminar, se secó con un lienzo y se puso un camisón limpio. Después, con ayuda de Elisa, había podido regresar muy despacio a la cama con sábanas limpias y lavarse la boca con un colutorio autoría de un amigo de su padre, el doctor Pierre Fauchard, que había conocido en Angers durante uno de sus viajes. Ella lo preparaba habitualmente en la cocina, hirviendo jugo de limón, una pizca de alumbre de roca calcinada y sal común, para guardarlo en pequeños frascos junto al jabón bajo la cama de su cuarto. Cuando Elisa se llevó la cuba de la habitación, ella se quedó en la más profunda soledad hasta caer dormida.

Se despertó justo antes de que apareciera su amiga otra vez con la comida y los cotilleos de la servidumbre. Al desadormecerse, se extrañó de que don Diego no la hubiera visitado en toda la mañana, y más cuando no se había

separado ni un segundo en sus días febriles. Aun así, por temor a avivar las habladurías, decidió guardar su curiosidad. Tras el almuerzo se volvió a quedar sola, y el deseo de mover las piernas la llevó a intentar salir de la cama. Bastó una intentona para sentir cierta debilidad, y pronto le comenzaron los sudores. El doctor Evaristo, que la había descubierto a medio camino, la obligó a regresar con una severa reprimenda.

«Si la llega a ver su padre cometiendo esta insensatez...», le regañó.

No le quitó la razón y regresó a la cama. Después de la revisión médica se había quedado sola de nuevo con el tiempo desgranándose poco a poco. Le hubiera gustado tener libros que leer, pero a falta de ellos se había entretenido admirando el tiempo gris y macilento desde la cabecera aturquesada de la cama. Fuera, los últimos rayos del sol dejaban ver algunas copas de los álamos balanceados por el viento, y se sintió como ellos, cimbreada entre sus sentimientos y su razón. Su deseo de ver a don Diego, de agradecerle que le salvara la vida, su dedicación y cuidados, le dificultaban cada vez más cumplir su promesa de olvidarle para siempre. Esa emoción había surgido en el fondo de su voluntad, mucho más de lo que habían arraigado las fiebres en su cuerpo días atrás, y ella sabía perfectamente de dónde procedía. Era un lugar donde no quería mirar, donde don Diego se había infiltrado casi sin ella darse cuenta, un lugar peligroso al que no dejaba pasar a nadie desde la muerte de su padre y por el que podía quedar expuesta, primero por ser mujer y después por ser su criada. Aun así, jugaba a engañarse y evitaba escudriñar sus sentimientos hacia él. Sin embargo, cada vez que alguien llamaba a la puerta, ella se agitaba deseando que fuera él mientras negaba que quisiera verle. Anocheció tan lento como el transcurrir del día y cenó en la más absoluta quietud, tan solo rota por el crepitar de los leños en el hogar de la chimenea. Cuando le retiraron el servicio de la cena, se refugió entre las sábanas percibiendo la debilidad que aún la embargaba.

Cercanas ya las once, sus pensamientos se cortaron de raíz al oír dos golpes en la puerta. Tragó saliva y tuvo la impresión de que el día desapacible del exterior se agitaba más aún. En cuanto permitió el acceso, don Diego apareció envuelto en esencias y alhucema, perfectamente afeitado y vestido. Le sonrió y le pidió permiso para entrar. Ella solo pudo asentir, y él se situó en una de las sillas sin brazos de la habitación. Traía un libro entre las manos y no dejaba de acariciar el cuero de la encuadernación. Se estableció un silencio intenso, como los que solían acudir cuando estaban solos y cruzaban miradas cómplices. Por fin, él, que no apartaba la vista de ella, se levantó.

—Le pido permiso para sentarme cerca de la cabecera de la cama —le dijo. Sintió cierta extrañeza al concedérselo, pues ella seguía siendo una criada y él estaba en su casa, pero agradeció que la tratara con aquella cortesía. Don Diego se acercó la silla, se sentó y le tendió el libro. Se trataba de una obra de Domingo Hernández de Maceras, escrita el siglo anterior, que llevaba por título *Libro del arte de cocina*. Según su librero, el autor había sido cocinero del Colegio Mayor de Oviedo en Salamanca y había c entrado sus recetas en platos menos elaborados que los de la corte, pero muy efectivos. Ella, casi sin darse cuenta, estiró la mano para tomar el volumen, pero él le tomó la suya. Don Diego la retuvo un instante y la miró con aquellos ojos pintados por Murillo.

—Si me lo permite —le dijo—, antes de nada deseo excusarme por no haber podido visitarla esta mañana, como habría hecho sin duda de no haber sido imperativo que partiera hacia El Escorial. Mi hermano lleva días sin dar señales; don Alfredo, que sa lió en su busca, también, y me he visto obligado a visitar esta localidad para probar si alguien podía darme alguna información. Lamentablemente, no he podido averiguar mucho.

—No debe excusarse, excelencia —le dijo ella—. Su hermano y su complaciente amigo deben ser lo primero. Bastante ha hecho ya al cuidarme de forma tan diligente. No sabe lo agradecida que me siento.

—Señorita Belmonte, soy yo el que se siente agradecido de que esté aquí entre nosotros de nuevo, y soy yo el que se disculpa por el vergonzoso trato al que se vio sometida por mi estúpido orgullo.

Ella fue a replicarle, pero él la interrumpió:

—Desearía poder hablar primero y que me hiciera el favor de escuchar hasta que termine —le dijo en tono conciliador—. No espero que perdone la falta de cortesía que cometí hacia usted, pero deseo al menos que me deje enmendar el daño que le causé. En mi defensa, que sé que es escasa, debo decir que nada me hubiera sido más placentero que defenderla aquella noche frente a don Enrique, pero no lo hice y hubo dos causas para ello: la primera es que ese hombre no es mi amigo, más bien todo lo contrario. De hecho, fue mi orgullo el que me arrastró a participar de su estúpida apuesta sin prever las consecuencias que tendría para usted.

Ella frunció el ceño al oír aquella afirmación categórica. Había dado por supuesto que don Enrique era su amigo y que él había particip ado en aquella pantomima como parte de su talante nobiliario, alejado del sufrimiento de las clases más desfavorecidas.

—Don Enrique está invitado aquí por deseo expreso de mi madre, a quien sus buenas maneras la tienen engañada, pero albergo buenas razones para creer que desea mi mal, el de Castamar y posiblemente el de los míos. Es incluso probable que se encuentre detrás de la desaparición de mi hermano. Mi intención al no defenderla en público era evitar mostrar los profundos sentimientos que albergo hacia usted. Solo traté con mi indiferencia de... dejarla fuera de cualquier intención maliciosa que don Enrique pudiera planear contra mí.

Ella se sintió aún más sobrecogida por aquella declaración. Su forma tan llana de expresar su afecto la había agitado como si fuera una jovencita estúpida conmovida por la noble idea del matrimonio. «Controla tu nerviosismo —se dijo—, debes tranquilizarte para que no se note». Además, el discurso de don Diego dejaba claro que había cometido el error de aceptar la apuesta, pero el no defenderla de la actitud perversa del marqués tenía que ver más con su carácter protector que con la altanería de la que se acusaba a su clase.

—La segunda causa —continuó tomando algo de aire — es que no descubrí el acto impúdico de don Enrique hacia su persona hasta que leí la nota que tan atenta me escribió usted en su despedida. De haberlo sabido, puede estar bien segura de que no habría dejado ese acto sin consecuencia alguna, y ya poco me hubiera importado mi recelo a la hora de mostrar mis sentimientos en público. Clara se había ido encogiendo mientras oía su discurso. Le había juzgado mal y se sintió más conmovida aún por todo lo que don Diego había hecho por ella. Ahora fue más consciente de que abandonar Castamar para ir en su busca había delatado lo que el duque sentía por ella, más allá del decoro que exigía su título, y lo peor de todo es que lo había hecho notorio también ante el marqués. Se preguntó qué motivo le llevaba a permitir que don Enrique permaneciese en la hacienda, sobre todo si albergaba aquellas dudas sobre sus intenciones, e incluso podría ser el causante de la desaparición de don Gabriel.

—Sea como fuere, mi delito imperdonable de no defenderla y, sobre todo, de exponerla a aquella estúpida apuesta no tiene excusa posible. Como usted muy bien dijo, cualquier caballero decente lo sabría. Debo decirle que todos los presentes, y muy en especial don Alfredo, pues fue él quien inició la apuesta, me han comunicado que lamentan lo sucedido y desean que le pida perdón en su nombre.

Ella asintió sin desviar la mirada, mientras se establecía un silencio que le correspondía romper a ella. Anclada a las pupilas sobrecogedoras de don

Diego, que parecía no temer a nada, hizo un esfuerzo por hablar. Con la voz seca y los nervios agarrados en el estómago, se reclinó un poco sobre la almohada.

—Excelencia, yo... debo agradecerle en primer lugar que me haya salvado la vida y, a la vez, pedirle de nuevo disculpas por faltarle al respeto al elevar la voz aquella noche. Fui una estúpida al no permitir que se explicase. Estoy segura de que, de haberlo hecho, nada de esto habría pasado —le dijo con serenidad—. De modo que no tengo que perdonarle nada, excelencia. Ninguna criada en mi posición podría tener un señor mejor.

—Usted no es solo... una criada —le dijo—. Al menos, no para mí.

Se mantuvieron como estatuas de jardín con las manos entrelazadas, envueltos en una densa nube de deliciosa incomodidad y quietud. Durante un momento incluso le pareció que formaban parte de un grabado del pintor de cámara José García Hidalgo, fallecido poco tiempo atrás y responsable de parte de los retratos de los Castamar. El rostro apacible de don Diego la transportaba a las colaciones de principios de siglo, cuando ella bailaba el minué en los salones de don José Antonio, el amable conde de Mora, a las educadas maneras de la corte y a la despreocupación por el mañana que ya había olvidado ante la necesidad de la supervivencia. Sin embargo, debía cargarse el espíritu de prudencia, pues aunque él hubiera dicho que albergaba sentimientos profundos hacia ella, si abría la caja de su corazón sería después muy tarde para cerrarla. Fue consciente de que durante aquel instante en silencio no habían apartado los ojos el uno del otro.

—Tiene usted la mirada más intensa que jamás había visto en un hombre, excelencia —declaró sin poder controlar su pensamiento.

—Solo le devuelvo la suya —le contestó sucinto, y sonrió a medias.

Percibió cómo un miedo profundo la invadía, consciente de que, si seguía por ese camino, una simple indecisión por parte de él en ese transcurso la condenaría para siempre al ostracismo social. Mas su mirada era tan poderosa, tan segura, que calmaba todos sus demonios con solo posar sus pupilas sobre ella. Atemorizada por el futuro, fue a retirar la mirada cuando él, con una suavidad impecable, la tomó del mentón y la obligó a continuar mirándole.

—No tenga miedo de nada —le dijo—. Si usted me lo permite, no voy a dejarla jamás.

Tuvo que hacer un esfuerzo por respirar al oír aquellas palabras, y constriñó sus párpados para que no se empaparan de lágrimas. Trató de encadenar sus

labios para no revelar sus sentimientos, el terror que sentía a perderse entre las callejas que dividían sus mundos, a terminar de nuevo en la más absoluta pobreza, sometida al escarnio que suponen las expectativas frustradas. Él le puso el dedo en los labios y negó con la cabeza para que no dijera nada de lo que pudiera arrepentirse. Luego se acercó muy despacio y ella cerró los ojos, dejándose arrastrar por el más profundo de los deseos y el terror más intenso que había sentido jamás, uno que la avisaba de que debía salir de allí lo antes posible. Pero no lo hizo y, justo cuando él rozaba con sus labios los de ella, con su olor a alhucema invadiéndola por completo, rugieron dos golpes en la puerta.

Se separó avergonzada, y él, más seguro, le sonrió como si no le preocupase. Esperó unos segundos, se irguió y dio la orden de que pasaran. Doña Úrsula apareció en el umbral. A Clara le recordó, como otras veces, a un dragón negro que podía devorarla con la mirada.

—Siento molestarle, excelencia, pero ha llegado un correo de don Alfredo y pensé que querría verlo de inmediato —dijo con suma diligencia y educación. Don Diego se levantó de la silla. La dueña desvió entonces la mirada hacia ella.

—Me alegro de que su estado de salud haya mejorado —le dijo mientras ella le devolvía la mirada y se lo agradecía con un gesto—. Todos deseamos que se recupere por completo y que pronto se incorpore a la cocina —añadió la dueña dejando leer entre líneas que era allí donde debía estar y no en la alcoba del señor.

Ella no le contestó. Don Diego le dijo que podía retirarse y dejar la carta en su despacho, que él acudiría inmediatamente. El ama de llaves lanzó sobre ella su mirada aterradora de almas y se marchó tras una inclinación a su excelencia.

Clara esperó unos segundos para constatar que doña Úrsula no espiaba su conversación y miró a don Diego, que ante la noticia del correo tenía la urgencia en el rostro. Tragó saliva antes de decirle que, en su opinión, era mejor que mañana se trasladase a sus aposentos. Él asintió, como si comprendiera la situación tan delicada en la que ella se encontraba, y la contempló de nuevo como si admirase a un ángel.

—No espero buenas noticias en esa carta y mucho me temo que tendré que partir —le reveló—. Pero para su tranquilidad, a mi regreso, cuando espero esté más recuperada, me gustaría tener una conversación privada con usted.

Clara solo pudo asentir, algo congestionada, reprimiendo un impulso brutal de

pedirle que la besara definitivamente. Permaneció inmóvil, esperando encontrar las fuerzas suficientes para despedirse. Él tomó su mano, calmando de nuevo sus angustias.

—Le agradezco sus palabras —dijo al fin ella—, y aguardaré nuestra conversación con gran anhelo.

Don Diego se levantó y, sonriendo, se despidió.

Clara se quedó entonces a solas, con un terror profundo en las entrañas, tratando de no creerse demasiado que en esa conversación futura él podía pedirle su mano. Se decía que era una locura irreal, alejada de toda razón. Don Diego parecía tan seguro que, cuando se perdía en su fuerza, le daba la sensación de que no tenía que preocuparse por nada, porque de alguna forma él se ocuparía de todo. Se dejó llevar por ese pensamiento, imaginando una vida que no era suya entre las galerías inmensas de Castamar, colaciones en el palacio del Buen Retiro y visitas al Alcázar. Se vio, como en su sueño, bailando con su excelencia en un gran salón mientras fuera, en el mundo, rugían los cañones. «Ni en sus mejores sueños mi padre había soñado con tal casamiento —se dijo—, y sin dote ninguna».

Dibujó una sonrisa en los labios cuando desde el otro lado de la puerta le llegaron unas voces subidas de tono. Podría jurar que desde los pisos inferiores dos personas discutían acaloradamente. La sonrisa que había dibujado hacía unos momentos desapareció por completo y el peso de la realidad la aplastó contra las sábanas. Por un lado, se sintió confusa y aterrorizada, completamente superada por las palabras de su excelencia vaticinando una conversación a su regreso. Por otra, debía contener una excitación que no había conocido en años. Si el motivo de aquella discusión era ella, significaba que a su excelencia no le importaba su condición social ni que fuera su criada; significaba que don Diego tenía tal valentía que era capaz de poner en entredicho su linaje. Rezó para que aquellos gritos solo los hubiera oído ella y no toda la servidumbre. Sintió de pronto que en su interior se había roto la presa con la que había atado sus sentimientos, y ahora, desbocados, no era capaz de controlarlos. Se hizo más pequeña entre el lino y sin poder remediarlo comenzó a llorar, consciente al fin de que estaba irremediablemente enamorada de él.

CAPÍTULO 39

Mismo día, 23 de octubre de 1721

Recorrió los pasillos con el rostro devorado por la angustia, diciéndose a sí misma que, si doña Alba levantase la cabeza y viera de qué forma aquel hombre suyo se había dejado embaucar por la buena educación de una cocinera, se removería en su tumba hasta renegar de él. Úrsula podía comprender en parte aquella debilidad de carácter en cualquier hombre, pero no en don Diego, que siempre había sido para ella un gigante entre insectos. Había sido una ingenua, una ilusa que no sabía leer en los corazones de la gente. Se vanagloriaba de dominar las voluntades de los hombres para verse derrotada por su propia ceguera. Clara Belmonte se había instalado en el centro mismo del corazón de su excelencia a un nivel desconcertante. Si ya lo había intuido cuando el señor salió tras ella, como un perro encelado, sin guardar siquiera el decoro que debía a su difunta esposa, ahora le había quedado claro.

Al subir a la habitación de don Diego con la noticia del correo, había visto y oído más de lo que hubiera deseado. Cuando se acercó para llamar a la puerta, esta se hallaba a medio abrir y había sido testigo del desagradable encuentro de Clara Belmonte y su excelencia, cómo él le había confesado que no la dejaría jamás y cómo había terminado acercándose a sus labios para besarla. Le había bastado pensar que la cocinera podía convertirse en la señora de todo Castamar para que se le revolvieran las tripas y se viera impelida a interrumpir la escena. Sin embargo, aquello no fue lo peor.

Tras despedirse de su excelencia y la señorita Belmonte, cerró la puerta fingiendo su marcha tan solo en unos pasos y regresó de puntillas para poner la oreja sobre la madera de la puerta y así escuchar cómo el señor duque le prometía tener una charla privada con ella. Conocía lo suficiente a don Diego para saber que, si daba su palabra de matrimonio, no habría nada sobre la tierra que le detuviese, y eso significaría la perdición entera de Castamar. Además, por la forma en que ella había estado a punto de besarle, no parecía albergar intención alguna de rechazarle. Si no lo remediaba, pronto verían desfilar a los Belmonte como los dueños de aquel sagrado lugar. ¡Una cocinera que ya no vería los treinta encargada de perpetuar el apellido de Castamar! ¡Una muchacha que pertenecía a una familia donde solo había

mujeres! «Por Dios bendito —se decía Úrsula—. El duque se ha vuelto loco».

Por eso ahora caminaba apresuradamente con las náuseas en el gaznate. Al llegar a su cuarto, cerró con llave y, sin poder controlarse, extrajo el bacín limpio de debajo de la cama y vomitó la cena. Después tuvo que tumbarse sobre el jergón tratando de normalizar su respiración agitada. Debía pensar rápido cómo actuar. Se levantó llena de ira, de impotencia, y con los puños golpeó la pared una y otra vez, hasta que sintió que le iba a estallar la mano. Se recriminó haberse concentrado demasiado en la guerra de poder con don Melquíades y haber pasado por alto lo que la cocinera había conseguido con sus cartas silenciosas. De poco le sabría la victoria tras haber recuperado la jurisdicción de las cocinas si Clara Belmonte se convertía en señora de todo aquello. Tenía que encontrar aliados que pudieran comprender el peligro que se cernía sobre Castamar. Ella no tenía poder material para impedir el enlace y, por eso, debía encontrar a alguien que sí lo tuviera.

De repente su turbación menguó: si había alguien capaz de comprender la desgracia que sobrevolaba el apellido, alguien con una particular influencia sobre el duque, esa era doña Mercedes. Tenía que hacer un movimiento sutil, no podía aparecer frente a la señora y exponer que había espiado una conversación privada de su hijo. Debía ser algo más casual, más espontáneo, algo que la eximiera de indiscreta frente a don Diego. Suspiró y salió con paso firme en busca de doña Mercedes. Pensó que de seguro la encontraría en el saloncito oriental jugando a las veintiuna con su fiel amigo don Enrique. Subió las escaleras hasta el segundo piso. Caminó cruzándose con los rezagados del servicio que aún tenían tareas pendientes. Apenas les hizo caso, aunque notó cómo alguno de ellos se escondía huidizo para que no lo atormentase con alguna nueva petición o exigencia. «Vagos —pensó con desprecio—, no hay nada peor que la indolencia de estos espíritus mediocres». Por fin llegó al saloncito oriental, llamado así por la decoración que doña Alba había dispuesto para él, pues había traído objetos y muebles específicos del este, principalmente de China, de una mítica dinastía llamada Ming.

Llamó con muñeca firme y oyó la voz de doña Mercedes permitiéndole el paso. Tal como esperaba, la señora jugaba a los naipes con el marqués. Ella saludó cortésmente y preguntó si deseaban alguna cosa antes de retirarse. Doña Mercedes, mientras trataba de atisbar el palo de su naipe acercándolo a la luz de la lámpara, hizo un gesto con la mano indicando que no la necesitarían más. Úrsula le dio las gracias y entonces, tal como había planeado, le informó de que su hijo había recibido carta de don Alfredo y que

tal vez hubiera buenas noticias sobre don Gabriel. Ambos levantaron la cabeza, doña Mercedes con el gesto cargado por la incertidumbre y el marqués con un hieratismo agitado que no pudo interpretar.

—¿Hace cuánto que ha llegado ese correo? —le preguntó don Enrique. — Hace escasos minutos. Me he visto obligada a interrumpir la... —dejó pasar unos segundos, como si estuviera buscando la palabra adecuada — conversación que su excelencia mantenía con la señorita Belmonte para informar al señor en su alcoba.

Doña Mercedes se levantó para ir en su busca, obviando su breve silencio. Úrsula se dijo que había sido un mal intento cuando la voz del marqués detuvo en seco el avance de doña Mercedes.

—¿Qué tipo de conversación ha interrumpido usted exactamente?

Ella entonces se quedó callada, pues aquel ilustre ni era su señor ni le debía obediencia en presencia de doña Mercedes, a la que miró de inmediato. El gesto de la duquesa cambió por completo al comprender que la escena que había presenciado no era una simple visita de cortesía a una convaleciente. Doña Mercedes, con el rostro más sombrío, dio un paso hacia ella.

—Puede usted contestar, señora Berenguer —le dijo.

Ella, con toda su modestia, fingió no desear contarlo.

—Es un asunto privado del señor que no me compete juzgar.

—A usted no, pero a la duquesa sí —contestó don Enrique—. Hable de una vez.

De nuevo se mantuvo en silencio, consciente de que cuanto más aguantase la presión, más fuerza tendría frente a don Diego después. Tal como deseaba, doña Mercedes, temiendo lo que escondía su silencio, se acercó a ella con el rictus serio y le ordenó que confesara lo que había oído o visto, pues podía estar en juego Castamar entera.

—Señora Berenguer —le dijo con la barbilla temblorosa —, nadie dudará de su discreción, pues lo hace bajo una orden directa mía, que he sido la duquesa de esta hacienda antes que mi hijo.

Fingiendo darse por vencida lo relató todo: la declaración de incondicionalidad, el acercamiento para besarse y la intención velada para pedirle el matrimonio. Doña Mercedes tuvo que sentarse ante su relato, y ella, al finalizar, volvió a decir que había oído todo aquello por accidente, pues la puerta estaba a medio abrir. El marqués se aproximó a ella y le extendió dos reales de a cuatro, ante su mirada atónita, dándole las gracias por su servicio.

—Supongo que esto bastará como gratificación —le dijo.

Ella retrocedió un paso conteniendo su indignación con los labios descoloridos. Después le miró, heladora, ante la sorpresa del noble.

—Me siento en la obligación de rechazarlo, a un a riesgo de ofenderle, pues en todo caso mi interés no era otro que el de proteger a su excelencia — declaró categórica.

El ilustre soltó una carcajada de sorpresa y retiró el dinero.

—¡Oh, santo Dios, Enrique! La señora Berenguer no es de esa clase de servidumbre —le dijo doña Mercedes agitando la mano—. No tenga cuidado, dueña, que ha obrado usted por el bien de Castamar esta noche.

Ella se mantuvo de pie bajo la despiadada mirada de aquel noble, que con solo posar las pupilas sobre uno daba la sensación de poder aplastarlo como una hormiga. Doña Mercedes se echó a llorar compulsivamente, como si la desaparición de su hijo Gabriel y lo que acababa de escuchar fueran suficiente para impulsar ya el drama de su vida hasta el fin de su existencia. La anciana cerró los párpados desgarradamente, anticipando ser ya la víctima social de aquel enlace que todavía no se había producido. Doña Úrsula comprendió que la duquesa se imaginaba sometida a las burlas susurradas y a las miradas de escarnio por el loco e impulsivo carácter del duque. Don Enrique se acercó a ella para consolarla:

—Su hijo debe de tener el ánimo lleno de tribulaciones para perder así la razón por una cocinera —le dijo.

Doña Mercedes se puso en pie y, con un ademán irrefrenable, tiró los naipes al suelo.

—Lo que tiene es el alma llena de otra cosa. Es hora de que intervenga usted, don Enrique —dijo en alto mientras se dirigía hacia las puertas—. Señora Berenguer, tan pronto como se recupere, tendrá usted que conseguir una audiencia privada al marqués con la cocinera. Confiemos en que, si yo no puedo convencer a mi hijo de su locura, don Enrique pueda hacer comprender a esa joven la desgracia que traerá sobre Castamar si accede. Lo hará usted por mí, por sus años de lealtad, por Castamar y, por supuesto, por su señora doña Alba, que es y siempre será insustituible.

Esta vez no pudo siquiera fingir una duda. Había bastado que dijera que lo haría por doña Alba para percibir que el pecho se le llenaba de orgullo al hacer lo correcto. «Uno debe asistir a sus señores en todo lo posible, incluso ayudarlos a corregir sus posibles errores», se dijo. Asintió y, mientras ella se mantenía con la cabeza gacha, observó de soslayo cómo doña Mercedes salía en busca de su hijo dejando al marqués con los naipes en la mano. Úrsula la

siguió de inmediato, sabiendo que madre e hijo iban a tener un encontronazo y que de la victoria o derrota de uno u otro dependían ahora ella y Castamar.

A medida que caminaba con pasos cortos tras la señora, dedujo que tanto el marqués como la anciana duquesa ya habían hablado sobre cómo actuar si se daba esta circunstancia, por lo que ella solo había sido un pequeño catalizador. Doña Mercedes fue preguntando por la casa a los pocos lacayos que quedaban de guardia, que le indicaron que su hijo se encontraba en la sala de armas. Sin dudar lo se fue hacia allí, consciente de que Úrsula la seguía de cerca. Descendió la escalera con el ánimo iracundo y abrió las puertas de golpe. Don Diego, a la luz de dos lámparas encendidas de la estancia, parecía estar preparándose para salir en plena noche. Úrsula se detuvo fuera de la sala, precavida, y se pegó a la pared del pasillo exterior.

—¡Te has vuelto loco! —reprendió doña Mercedes al duque.

—Madre, no empecemos. Debo partir inmediatamente para Madrid. Es imperativo que hable con Alfredo...

—¿Crees que estoy orgullosa de que mi hijo salga detrás de una cocinera?

Úrsula contempló la escena colando su mirada cerca del quicio de la puerta. Don Diego continuaba cargando las alforjas con mecha de lámpara, balines y pólvora, mientras se le oía resoplar cada vez más nervioso.

—Madre, déjelo ya... —le contestó.

—¡No! ¿Quieres que me calle mientras veo cómo te pones en ridículo? —le dijo poniéndose delante de él.

Don Diego, negando con la cabeza, la bordeó buscando alguna manta del armario y le repitió en tono de advertencia que dejara el tema.

—¿Crees que te lo digo por esa pobre criatura que ha estado al borde de la muerte? Lo digo por ti. Si en la corte se enterasen de que...

—¡Basta! —dijo golpeando la mesa—. ¡Tengo que marchar a Madrid! ¡Es imperativo que...!

La voz se interrumpió cuando la duquesa le abofeteó. La dueña pudo ver con un único ojo apurado desde el umbral cómo don Diego apretaba las mandíbulas un instante conteniendo su rabia.

—¡A mí no me grites, Diego de Castamar! —le chilló—. ¡Soy tu madre y me debes un respeto!

El duque, con los ojos cargados, tenía los puños crispados y seguía negando con la cabeza compulsivamente. La señora continuó mientras al duque le vibraban los carrillos:

—Vas a escuchar hasta la última palabra de lo que tenga que decirte —espetó

doña Mercedes—. ¡Pusiste en peligro el apellido de tu padre y el de esta casa cuando decidiste no casarte de nuevo, lo pusiste en peligro cuando saliste tras las faldas de la cocinera y lo vuelves a poner en peligro si te planteas siquiera la insensatez que estás pensando! ¡Ni siquiera es una jovencita! ¡Quizá ni pueda darte hijos! ¡O con suerte solo hijas, como su madre! ¿Has pensado en esto? Si te casas con ella, ¿qué será del apellido de Castamar?!

—¡Pues rece para que pueda, pues ella es la única posibilidad que le queda a usted para que el linaje se perpetúe! —le dijo con voz atronadora.

—¡No así, Diego! ¡No se te entregó el legado de generaciones para esto!

—¡Basta! ¡Yo soy el señor de Castamar! —chilló él haciendo vibrar hasta las paredes y lanzando las alforjas al suelo. Después se acercó a la mesa y con su brazo barrió por los aires todo su contenido—. ¡Yo soy quien decide y gobierna este apellido, como mi padre antes que yo, y juro ante Dios que, si ella me acepta, Clara Belmonte será mi esposa aunque tenga que partir el mundo en dos con todos los que se oponen dentro, incluida usted!

Se estableció un silencio duro entre ambos. Apenas se oía la respiración agitada del duque, que continuó aprovisionándose. Úrsula intuyó que cuando saliera don Diego no sería bueno que la encontrara allí, así que abrió la puerta aledaña del tabuco en donde se guardaban los rázagos y sacos de hilaza, y se refugió allí. Tras aquella conversación entre el duque y su madre, su única oportunidad pasaba por que el marqués de Soto hiciera entrar en razón a Clara Belmonte y ella comprendiera que con aquel enlace solo traería la destrucción de Castamar.

—Con su permiso, madre, debo partir a Madrid —dijo don Diego rompiendo el silencio—. Por la nota que he recibido, me temo que todo lo que estaba pasando es producto de la mente enfermiza de don Enrique.

—Don Enrique es un amigo leal que...

—¡No le defienda! —la interrumpió—. Seguramente ese hombre ha planeado el asalto a la señorita Castro, la desaparición de Gabriel y la caída en desgracia que sufrirá don Alfredo al amanecer. No es solo que yo lo crea, Gabriel también lo pensaba y, si lo desea, puede leer que otros opinan lo mismo —concluyó extendiendo la carta de don Alfredo—. No se culpe demasiado, madre, pues he sido yo el que ha permitido que el marqués siga dentro de esta casa porque he preferido tenerle cerca. No tengo ninguna prueba y, de hecho, nadie parece tenerlas. Sin embargo, yo ya no las necesito.

—Y dicho esto, se encaminó airado hacia la puerta de la armería.

Agazapada, Úrsula esperó a que pasara de largo y con mucho tiento salió del

pequeño almacén, que olía a trigo, cebada y cáñamo, y comprobó que doña Mercedes, lejos de su acostumbrado teatro, se había apoyado sobre la pared con la carta de don Alfredo de Carrión entre sus yemas temblorosas. La tristeza había invadido a la anciana y sus ojos se habían cargado de lágrimas nada actuadas mientras leía. Casi sin fuerzas, a la señora se le cayó la carta de entre los dedos lacios. Úrsula, sintiendo una compasión enorme por ella, se presentó llamando a la puerta y se acercó para consolarla.

—Lo mejor que puede hacer, excelencia, es meterse en la cama y descansar —le sugirió asistiéndola.

Doña Mercedes se reincorporó, como si estuviera recibiendo un abucheo sobre las tablas de un escenario, y levantó la cabeza para caminar erguida. A Úrsula le dio la sensación de que era importante para ella salir de aquella estancia con la dignidad de su rango.

—Puede usted retirarse cuando lo desee, señora Berenguer —le dijo—, pues ya ha dado al día de hoy bastante energía.

Úrsula esperó a que se fuese y recogió el cuarto, que había quedado destartelado tras sufrir la furia de su excelencia. No quería que el armero, don Rodrigo Arteta, se asustase al llegar allí por la mañana y terminara pensando que habían entrado ladrones. Fue entonces cuando le llamó la atención la carta de don Alfredo que había quedado sobre el suelo. La tomó y miró hacia todas partes para comprobar que solo estaba acompañada por la luz de las dos lámparas. Leyó la primera cara, donde el ilustre detallaba su viaje a El Escorial, la desaparición de Gabriel, las sospechas sobre don Enrique de Arcona, la conversación con Amelia y el encuentro con una bordiona que había prometido darle información, sobre la que Dios mediante escribiría esa noche. En la cara opuesta, las líneas de don Alfredo mostraban un problema muy diferente.

El segundo motivo de este pliego es, sin duda, lo más difícil que he escrito y que posiblemente escribiré en toda mi vida. Pese al pudor y vergüenza que me produce, es hora de sincerarme contigo y con Francisco, a quien he enviado otra carta en este sentido. Mañana al alba todo Madrid, incluidos el rey, la reina y la corte entera, tendrán conocimiento de unas cartas que dediqué en su día a la única persona que he amado en mi vida y a la que siempre me arrepentiré de haber querido. Para mi descrédito y vileza ante Dios y ante el resto, esta persona era un hombre, don Ignacio del Monte. Este secreto me ha acompañado toda la vida y, en cierta forma, ahora que ya es público me siento liberado al poder decírtelo. No voy a negarlo ni a ocultarme. Ya lo he hecho

durante demasiado tiempo y nunca fui un cobarde. Aun así, comprenderé que no desees volver a verme ni dirigirme la palabra, así como lo entenderé de tu madre, de la cual sé que, por el afecto que me tiene, sufrirá al saberlo.

Terminado de decir esto, debo alertarte aún sobre don Enrique, pues no hace ni dos días, cuando tú buscabas a la señorita Belmonte bajo un tiempo inclemente, tuvimos cierta conversación tensa en la que le acusé de no saber amar. Su contestación me hizo intuir que conocía mi secreto. Muy posiblemente ha sido él quien haya puesto las cartas en circulación. Sé que no es una prueba concluyente, pero sí un indicio. De ser así, me temo que Francisco puede estar también bajo algún tipo de conspiración. No llego a atisbar cuál es el motivo que impulsa a dicho hombre a operar contra ti, ni contra nosotros.

Dicho esto, se despide de ti el que siempre será tu buen amigo,
Don Alfredo de Carrión, barón de Aguasdulces

Posdata: No te olvides, como ya te dije, de reiterar a tu señorita Belmonte mis más sinceras disculpas por la grosería a la que se vio expuesta por mi culpa. Los humanos no somos más que criaturas volubles, condenadas a decir una cosa y hacer otra. En cuanto obtenga la información de la bofetada, te escribiré una segunda carta.

Úrsula sintió cierto escalofrío al terminar la lectura. Ahora podía tal vez interpretar mejor la mirada de don Enrique cuando ella les había informado sobre la llegada de una misiva de don Alfredo. Aquel rictus afilado, frío, y la mirada de depredador implacable podían sugerir que había sentido cierta inquietud por si algo en sus planes no hubiera salido bien. Tal vez la carta de don Alfredo le podía poner directamente en peligro al estar en la hacienda. Si de alguna forma aquel ilustre deseaba la desgracia de Castamar y de todo cuanto la rodeaba, estaba muy lejos de imaginarse el poder destructor que habitaba en ella. Ella podía ser una simple dueña, pero haría cualquier cosa por proteger aquella casa, la casa de doña Alba y de don Diego.

Plegó la carta y se aseguró de apagar las lámparas. Después cerró la puerta y, al girarse, se topó con don Enrique frente a ella. Se estableció un silencio rocoso y arisco entre ambos. A Úrsula le dio de pronto la impresión de que, si ella había espiado la conversación de don Diego y su madre, el marqués debía de haberlos espiado a todos desde alguna otra estancia del pasillo. Le hizo una reverencia e iba a irse cuando él se adelantó hacia ella e, imbuido de todo su poder nobiliario, la detuvo.

—Deme la carta, dueña —le dijo extendiendo la mano.

—Me temo que no es para usted, ilustrísima —le contestó levantando el mentón mostrando que no se arrugaría ante él.

—Sé que no es para mí —le dijo—, pero entréguemela.

El marqués la miró como si fuera un ser insignificante al que podría aplastar y ella le devolvió sus pupilas invernizas. Sin amilanarse, sabiendo que se enfrentaba a un ilustre, esperó unos segundos y se acercó hasta su rostro con la guerra en los ojos.

—No —le contestó firme.

Don Enrique mostró entonces una sonrisa perversa, afirmando en silencio que era capaz de devorarla con solo chasquear los dedos y que mañana mismo dejaría de respirar. Ella se quedó fría como un témpano, exhibiendo la dureza de su vida, con la imagen de doña Alba en la cabeza, declarando sin palabras que no cedería ni un ápice a su voluntad, y menos por verse intimidada. El marqués sonrió aún más, como si aquello le resultase placentero, y levantó amenazante su bastón por el extremo. Ella le miró con desdén y desprecio.

—Puede pegarme si lo desea, no es la primera vez que un hombre lo hace, pero la última vez que un noble tocó a un criado de su excelencia acabó marcado por todo el cuerpo y a punto de perder la vida —le dijo glacial.

Él se rio y, con un ademán elegante propio de los de su clase, se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia los pisos superiores. Fue como si se retirase victorioso, como si el interés mostrado por aquella carta fuese completamente anecdótico y ahora se fuer a de allí con paso triunfante.

—De haber conocido su carácter antes, señora Berenguer —le dijo ya de espaldas—, habría hecho cualquier cosa por tenerla a mi servicio. ¡Es usted toda una dueña!

Las carcajadas se alejaron con la figura sinuosa de don Enrique, y ella tuvo que tomar resuello antes de reanudar la marcha. Caminó supervisando toda la casa mientras en su interior se decía que aquel individuo no era tan solo un ilustre dedicado a la vida social. A medida que avanzaba por el corredor sintió en su boca un antiguo sabor amargo, uno que había regurgitado desde el fondo de su estómago y que conocía bien: era el miedo, que la advertía de que don Enrique, la señorita Belmonte y el amor que don Diego sentía por ella podían acabar con la vida que conoció a en Castamar. Trató de desprenderse de aquella sensación, pero cuanto más pugnó por liberarse de ella, más se incrustó en sus entrañas.

Una vez en sus aposentos, se desnudó rápidamente. Tuvo que cerciorarse de que la puerta estaba cerrada, como si con ello pudiera dejar atrás la impresión

de que el fantasma de su marido la había estado siguiendo, como un zorro sigiloso, por entre los pasillos de Castamar. Se introdujo en la cama y se abrazó a las mantas. Arrebujada bajo la luz de una mecha exigua, la embargó cierto estado de espanto al imaginar que su esposo la saludaba desde el pasado, avisándola de que la vida de terror que había conocido con él podía regresar en cualquier momento.

24 de octubre de 1721

Sol se sentía desorientada mientras veía a Francisco cabalgando por la alameda de su finca. Había sido una semana inolvidable para ella, con un final dramático para él. Su amiga Leonor se había despedido de ellos el día anterior alegando que deseaba ya volver a Valencia. Lo más curioso es que, pese al dolor que le produjo a Francisco recibir la carta de su amigo Alfredo donde se ponía de manifiesto que era un sodomita, no podía imaginarse cuál iba a ser la verdadera tragedia que se cernía sobre él.

La misma noche del lunes, tras su llegada a la finca de Montejo, Sol recibió a Francisco en su alcoba con el ansia en los labios, y tras este encuentro hubo otros: al día siguiente al mediodía, tras la siesta y por la noche, cuando su amiga ya dormía. Él se mostró más solícito que nunca, colmándola de atenciones mientras paseaban, comían o salían de pesca. Los dos días siguientes fueron de los pocos en su vida en los que Sol dejó de luchar y fue olvidando, de una forma inconsciente, la afrenta que él le hizo al desprenderla como acompañante para el festejo de Castamar. No podía negar que se había abandonado a una felicidad que le era completamente desconocida.

Todo este idílico tiempo se terminó con la llegada de un correo de don Alfredo. En él se hacía saber que se había hecho pública su tendencia a la sodomía y las sospechas de que Francisco podía ser víctima de una intriga de don Enrique. Francisco, tras recibirla, había caído en un mutismo cargado de decepción y dolor. Toda la corte de Madrid sabía de la indecente inclinación de don Alfredo.

«Seguro que ha sido ese canalla de don Enrique», había dicho en voz alta. «Eso no lo sabes, querido —le contestó ella—. No puedes acusar a un marqués sin

ninguna prueba».

«Ha sido ese bastardo. Lleva ya tiempo tramando algo contra Castamar y, por lo que veo, contra nosotros por extensión».

Aquella afirmación de Francisco la había dejado profundamente preocupada. En su cabeza fluctuaba entre buscar una solución que pasara por salvar su relación y la inquietud de pensar que Francisco pudiera terminar sufriendo un mal accidente al enfrentarse al hombre más peligroso de cuantos ella había conocido: el marqués. «Lo de Alfredo me ha destrozado el corazón y no sé qué hacer... —le dijo Francisco—. No deseo verle más, y a la vez siento que debemos marchar de inmediato a Madrid por si Diego necesita mi asistencia. No sé..., no sé», decía desesperado. «Chsss, tranquilo, amor, tranquilo. Si fuera así, don Diego te escribiría —le contestó ella besándole en los labios—. Deja que las cosas se calmen y deja que tu espíritu se calme antes de volver. Uno no piensa con claridad con el corazón afectado». Bien sabía ella que, al llegar a Madrid, él acabaría descubriendo que era ella quien había propiciado que su reputación quedara mancillada. Sol le cogió del cuello suavemente y le clavó las pupilas tragando saliva. «Escúchame —le dijo dejándose llevar por su culpa—. Pase lo que pase en Madrid, no voy a dejarte en esto, quiero que sepas que yo estoy contigo». «Gracias —le respondió él—. Gracias por no utilizar esto como un arma en nuestros estúpidos juegos de poder». «Yo nunca te haría tal cosa —le contestó ella—. No con algo tan grave. Quémonos aquí, Madrid te estará esperando, deja que pase el temporal. Don Alfredo no te ha hecho ningún favor ocultándote su pecado». Él aceptó quedarse. Sol le besó expresándole cuánto le amaba, y él le devolvió un beso sincero con el alma deshecha. Mientras veía a Francisco cabalgar ausente y desangelado por la alameda, ella se

refugió en el silencio más desasosegado. Por fin había encontrado un hombre a su altura, en el que podía confiar en los momentos más turbulentos, y se le iba a escapar entre los dedos.

Solo ahora comprendía que la estrategia del marqués destrozaría la vida de Francisco mucho más de lo que había pensado. La profunda amistad que unía a Francisco con don Alfredo, el

hecho de que se los viera siempre juntos en aquella perenne hermandad, impediría que se pusieran en duda las palabras que ella misma había escrito a don Enrique. No se trataba de un chantaje donde se dieran versiones de un mismo hecho, como había pensado ingenuamente.

Había previsto que se excusaría ante Francisco alegando que había escrito aquella carta

difamatoria coaccionada por don Enrique y su siniestro secuaz. Sin embargo, él ya no la

creería. La conocía ahora lo bastante bien para saber que nadie podría someterla así y que

estaba implicada de alguna forma. No importaría que pudiera explicar a Francisco que no

sabía nada de la inclinación de su amigo ni de las implicaciones hacia él. Esto no la

escucharía. Por eso se aferraba ahora a su presencia y quería alejarle de Madrid lo máximo

posible, tratando de retener lo ya perdido. Así, dio orden a su mayordomo de que cualquier

lacrado que llegara a nombre de don Francisco pasara primero por ella.

«Maldito marqués —se dijo—. Ojalá abandone esta tierra de Dios con mucho dolor».

Dedujo que el chacal de don Enrique debía tener un plan sobre Castamar mucho más amplio

y ambicioso, uno que pasaba por desprestigiar a los amigos del duque. Aun así, el duque tenía

el favor de la Corona y pertenecía a una de las familias con más influencia y poder de toda

España. En realidad, a ella le traía sin cuidado, ahora solo le importaba no perder a Francisco. Se reclinó un poco y dejó desgranar el día, llevada por su sentimiento de derrota. Solo pudo amarle a ratos y darle calor dividida. Francisco apenas habló el resto del día, y a medida que pasaban las horas, sus ojos se fueron cargando de tristeza. Se instaló en Sol una sensación de angustia que no había experimentado en toda su vida. Pensó que tras la comida y la siesta se despertaría renovada, pero no fue así. Apenas podía consolarle sin controlar su culpa. Cuando cayó la tarde casi no cruzaron palabras, él solo quería quedarse tumbado en su regazo, mientras ella le acariciaba el cabello. Para entonces la amargura había echado raíces en su espíritu. Finalmente subieron a la alcoba y se encerró sin ánimo para cenar. Él tampoco lo hizo. Se desvistió y se introdujo en la cama junto con Francisco, embargada por la nostalgia de aquellos días felices. Se aferró entonces a él apoyando su cabeza sobre su pecho, y sin poder contenerse, la angustia desbordó sus párpados de forma silenciosa. En su interior intuía que sus lágrimas no solo eran producto de haber traicionado y manipulado al único hombre al que había amado, sino que su desconsuelo era también por ella misma. Había percibido su alma hueca, la que ella había deformado mientras alimentaba su codicia, su venganza y su rencor. Se sintió incapaz de levantar la vista hacia él. Sabía que vería reflejado en su rostro su figura grotesca, una que la señalaba con el dedo y le decía que era una asesina, una intrigante, y que solo conocía la destrucción.

CAPÍTULO 40

Mismo día, 24 de octubre de 1721

Diego se quitó el chaquetón de cuero y preguntó si su amigo se encontraba bien. El mayordomo de Alfredo le miró con ojos huidizos. Aquel gesto y su incapacidad para responder le hizo suponer que Alfredo podría haber sufrido un percance.

—¡Conteste! —le espetó Diego.

—Ha sido herido, pero..., excelencia, me ha dicho expresamente que no desea ver a nadie —le respondió.

Diego miró al criado y, apartándole con el bastón, avanzó decidido por la galería.

—¡Alfredo! —chilló atronador mientras el mayordomo le seguía tratando de convencerle—. ¡Alfredo!

—Señor duque, me dio esta nota para usted, donde le cuenta sus averiguaciones —le decía desde atrás el criado.

Diego le ignoró y continuó caminando a grandes zancadas con la determinación en los ojos. No se iría de esa casa sin ver a su amigo, y más cuando la herida se la habían causado al involucrarse en un asunto de Castamar. Tras la discusión con su madre y su partida de Castamar, acababa de llegar entrada la noche al palacete madrileño de los Aguasdulces con el corazón roto. Tomar consciencia de que su amigo era un invertido le había causado una impresión tan honda que había tenido que detener su caballo a mitad de viaje para tomar aire. Lo peor acontecería al amanecer, cuando todo Madrid señalaría a Alfredo con el dedo por mantener relaciones ilícitas con otro varón. Por su parte, no podía dejar de albergar un sentimiento encontrado. Por un lado, Diego pensaba que el pecado nefando era una verdadera tortura para el que lo sufría. Era un acto repugnante que iba en contra de la sociedad, de Dios y de toda razón, y que obligaba al afectado a vivir una doble vida secreta. Por eso, los invertidos y efebos que se movían en la corte para la satisfacción clandestina de ciertos ilustres debían pasar siempre desapercibidos o ser expulsados. No podía imaginarse siquiera lo que era sentir deseo por el cuerpo de un hombre, y menos aún sentir la necesidad de sodomizarlo o ser sodomizado. Por otro lado, quería a Alfredo como a un hermano, y su tendencia enfermiza no haría que esto cambiase jamás. Su alma

se había convertido en un crisol donde todas esas prevenciones compartían espacio con un sentimiento de piedad y compasión, y por eso avanzaba por el pasillo en dirección al saloncito preferido de su amigo llamándole a voces. Giró el picaporte ante las reticencias del mayordomo y penetró con el paso firme.

Le encontró postrado sobre su diván, con la camisa volada, una herida cosida y el rostro compungido y pálido. Alfredo no levantó la vista hacia él hasta que Diego despidió al criado para tener algo de privacidad. Entonces, con cierto cuidado como para que no se le abrieran los puntos de seda, se irguió imprecándole suavemente.

—¿Por qué no puedes respetar nada de lo que se te pide? ¿No entiendes la vergüenza que siento, Diego? Apenas puedo ni sostenerte la mirada —le dijo—. Te he ocultado este secreto indecoroso de mi naturaleza, que solo me hace odiarme, que solo me ha hecho vivir con miedo y...

Alfredo no pudo continuar, sus palabras quedaron atenuadas en la garganta. Diego se acercó a él y le abrazó. Permanecieron así unos instantes hasta que Alfredo, apoyado sobre él, se derrumbó con la debilidad en las rodillas.

—A pesar de que no comprendo tu... inclinación enfermiza, jamás te abandonaré —declaró Diego—. No dejaré de ser tu amigo por esto.

Alfredo asintió sin poder mirarle apenas.

—Gracias, Diego —le dijo completamente avergonzado—. Sé que es difícil de comprender... A veces ni yo mismo... Mi inclinación antinatural es... un deseo semejante al que tú puedes tener hacia una mujer.

«Menuda comparación —se dijo Diego para sí con cierta compasión—. Lo uno es natural por decreto divino y lo otro va contra toda lógica».

—Solo te pediré que..., si alguna vez te has sentido atraído... por... mí o si en el futuro te sucede... tal cosa, no me lo digas nunca —le dijo Diego trastabillándose por primera vez en toda su vida, lleno de rubor.

—Diego, nunca ha ocurrido y nunca ocurrirá. Te veo como a un hermano —le tranquilizó Alfredo.

Diego se alegró interiormente de que la afección de la sodomía también tuviera sus límites en la hermandad y guardó silencio. No era necesario hablar más sobre el tema y se sentía incómodo.

—Deberías alejarte de mí —le dijo entonces Alfredo—. Soy un apestado social, y si te ven conmigo, tu reputación...

—Vamos, cállate —le contestó él—. Voy a proponerle matrimonio a mi cocinera, no puede haber nada peor que eso.

Alfredo negó con la cabeza declarando que estaba loco y se acomodó en su diván acusando las molestias de la herida. Él solo le sonrió y le dijo que encontraría el modo de que esa petición matrimonial no significase una pérdida masiva de renombre a su apellido.

—Voy a restablecer el prestigio de la familia Belmonte —aseguró—. Deseo que la doten con un título antes.

—¡Santo Dios, Diego! ¿Un título? Es una cocinera —exclamó su amigo suavemente—. ¿Se puede saber cómo vas a conseguirlo?

—No lo sé todavía. Pero sí sé que no siempre fue una cocinera, Alfredo —le respondió Diego.

—Me temo que en esto, con mi desprestigio vagabundeando por todo Madrid, no te seré de ninguna ayuda.

—Gracias, amigo mío, pero ya me has sido de mucha —le dijo mirando hacia la herida de su costado.

—No es nada, un arañazo —le mintió a ojos vistas.

Diego fingió creerlo.

—¿Qué averiguaste?

Alfredo se removió en el diván y pidió algo de comer. Desde ese momento, y durante el frugal ágape, le desgranó todo su encuentro en la calle de la Sierpe y el lance que había mantenido con el asesino de la bordiona. Fuera como fuese, los últimos ester tores de la Zalamera habían delatado a un personaje llamado el Zurdo. Ese nombre no le dijo nada, aunque suponía que encontraría al susodicho en El Zaguán. Estaba convencido de que la carta que Gabriel había recibido en El Escorial le había impulsado a que brantar su orden para caer en una trampa certera en la mancebía. Según el difunto Daniel Forrado, un hombre del marqués llamado Hernaldo se reunía allí con matarifes de la zona. Estaba claro que aquel antro guardaba secretos que él necesitaba. Diego pensó que tanto Alfredo como él debían descansar y se instaló en una de las habitaciones de su amigo. Dejó dicho que le despertaran con las primeras luces, pues deseaba hacer una visita al local y encontrar al tal Zurdo.

Descansó apenas y se despertó desajustado, con un sentimiento apretado en el estómago que le revolvió el ánimo. Casi no podía recordar sus sueños, entre los desvelos que le provocaba ver el rostro de su hermano perdido y el recuerdo de su beso frustrado con Clara Belmonte. Esta última imagen onírica viajó con él hasta la vigilia y extendió la mano por el raso del cobertor de la cama susurrando el nombre de Clara. Fue entonces cuando comprendió que algún criado estaba llamando a su puerta. Al encajarse con la realidad,

comprobó por las luces que se filtraban por entre las cortinas que le habían despertado algo antes de la hora prevista. Dio la orden de paso y el criado le informó de que en el salón había una joven que deseaba verle. En principio, dicha señorita había preguntado por don Alfredo, pero al saber que él estaba en la casa había preferido hablar directamente con él. Llevado por la intriga, se puso una de las batas de su amigo y bajó a ver de quién se trataba. Para su sorpresa, era la señorita Amelia, que le saludó con una reverencia.

—Le ruego me disculpe por las horas intempestivas de la visita.

—No es molestia —le respondió Diego correspondiendo al saludo.

—La preocupación que sentía por don Gabriel y las cosas que sé me han impelido a regresar a Madrid y no concluir mi viaje hacia Cádiz —le dijo.

Él le ofreció asiento afirmando que no tenía que preocuparse por esto y le expresó sus condolencias por la reciente pérdida de su madre. Ella, acomodándose en uno de los sofás de raso, se lo agradeció mostrándole una sonrisa triste, que desvelaba un alma atormentada por la culpa y la pena. De nuevo aquellos ojillos vibraron como cuando ambos estaban en Villacor y ella había estado a punto de sincerarse con él. Algo en Amelia había cambiado, y Diego tuvo la sensación de que la cicatriz cu rada de su rostro no era más que el espejo de la que llevaba en el alma. Al ver que la joven no se decidía a hablar, Diego le ofreció desayunar.

—Se lo agradezco, pero no tengo el ánimo para desayunos, excelencia —le dijo ella rechazando amablemente su ofrecimiento.

Diego aguardó unos instantes permitiendo que la señorita Castro buscara el coraje suficiente para contarle su historia. Entonces, después de tanto tiempo, avergonzada, pudo revelarle con palabras rotas la verdad sobre su pasado: la intención de tomarle como esposo, la naturaleza de su relación con don Enrique y el chantaje y la coacción de este para que le sedujera a toda costa. Todo aquello que su boca silenció un año antes en la salida de Villacor y que ella ya le había contado a su hermano en El Escorial. Diego agradeció en silencio que le expusiera los hechos sin tratar de situarse ella como víctima y admiró su coraje.

—Si bien al principio solo buscaba un marido por supervivencia, después de reencontrarme con usted me habría sido imposible engañarle de no ser porque don Enrique amenazaba con asesinarnos a mí misma y a mi madre. Tan solo esta mordaza me obligó a guardar silencio. Tengo la certeza de que mi asalto lo provocó don Enrique con el objetivo de que regresara a Castamar, y mucho me temo que la desaparición de su hermano también es obra suya —le dijo con

el cuerpo temblando, aterrorizada —. Ha de saber su excelencia que don Alfredo vino a visitarme y ante él preferí callar todo esto, pues pensé... estúpidamente que desvelarlo de nuevo podría precipitar que asesinaran a Gabriel y hacerle desaparecer para siempre. De ser así, yo... —calló unos segundos con toda la entereza que pudo reunir, tratando de no dejarse vencer por el lloro — no me veo capaz de soportar la muerte de Gabriel. Le pido perdón.

Diego, que había estado mudo durante toda la narración, se levantó despacio observando cómo ella seguía temblorosa sobre el canapé de nogal. La tomó de las manos y la obligó con delicadeza a que se irguiera y le mirase a los ojos.

—Señorita Amelia, le agradezco enormemente su sinceridad, pues sé que no ha sido fácil, y deseo hacerle saber que me siento orgulloso de tenerla entre mis amistades —declaró—. Es usted un ejemplo de valor para cualquiera.

La abrazó y solo entonces ella se permitió llorar mientras repetía que no se perdonaría nunca si a Gabriel le hubiera pasado algo malo por su silencio forzoso.

—Que yo sepa, don Enrique sigue estando en Castamar, pero manténgase alejada de él. Para su tranquilidad, voy a hacerle llegar una guar dia armada a su casa —le dijo Diego.

Permaneció anclada bajo la protección de sus brazos, con la respiración entrecortada. Ella, para cubrir la necesidad de sentirse protegida, y él, tratando de que el miedo que la señorita tenía instalado en el estómago se desvaneciera. Por fin ella se retiró y, mirándole, se tomó la libertad de besarle en la mejilla mientras le rogaba que encontrara a don Gabriel, pues no había hombre mejor en el mundo. Pudo entrever que tras esas palabras la señorita Amelia escondía un afecto profundo por su hermano, uno que seguramente no se había declarado a sí misma. «Los enamorados somos los más ciegos ante nuestra propia afección —se dijo él entonces—. No paramos de negarlo hasta que es evidente que estamos haciendo el ridículo al esconderlo».

Aunque la señorita Castro le acababa de despejar mucho sobre la intención del marqués de perjudicar a Castamar, no conocía nada aún sobre qué lo motivaba. Aun así, esto ya carecía de importancia; aquel cretino pomposo había cruzado una raya que le iba a costar la vida.

Tras despedir a la señorita Amelia, desayunó con Alfredo y le contó sus intenciones de acudir a la mancebía en busca del tal Zurdo. Alfredo, como accionado por un resorte, levantó la vista de su huevo pasado por agua y se secó los labios con una servilleta.

—No voy a permitir que vayas solo —afirmó rotundo.

Diego no le contestó de inmediato, simplemente le miró y bebió de la taza de café, el líquido amargo y delicioso que su hermano y su madre tenían costumbre de tomar por las mañanas.

—No vas a venir, pero no te preocupes, no me faltará compañía —le dijo—. Tengo la intención de acercarme al cuartel de la Puerta de Conde Duque para ver a don Marciano Fernández.

Alfredo había arrugado el entrecejo previendo el motivo por el que iba a visitar al marqués de Moya. Este, que había sobrepasado la treintena y se había casado no hacía ni un año con la marquesa de Bedmar, había sido su elección para sustituirle como capitán al mando de la Compañía Española de las Guardias de Corps. Diego había apoyado a don Marciano en su carrera militar, principalmente por el aprecio que tenía a su hermano, el duque de Escalona, con el que le unía una entrañable amistad y el mismo gusto humanista.

—Voy a tomar a algunos de mis leales y voy a cerrar ese antro de El Zaguán —le terminó de decir—. Pero debo pedírselo a don Marciano por respeto.

En aquel momento Alfredo comprendió que no daría un paso en falso y se relajó un poco. Tras apurar su jícara de café, Diego le rogó a su amigo que escribiera sin falta a Francisco. Lo último que había sabido de él por medio de una carta es que había partido hacia la villa de doña Sol con su común amiga Leonor. Pese a que Francisco le rogó expresamente que le hiciera llegar una carta si Gabriel no aparecía, Diego no lo había hecho pensando que poco podía ayudarle ya, a más de un día de camino de la capital. Aun así, de alguna forma, Francisco ya estaba sobre aviso, pues en la carta que le revelaba su sodomía y el escándalo, Alfredo también le había transmitido sus sospechas iniciales.

—Le escribiré de nuevo —le dijo Alfredo, y en su rostro se pudo captar un gesto de cierta resignación. Diego sospechó que le dolía la ausencia de noticias de su amigo —. No sé si habrá leído la que le mandé hace tres días, pero don Enrique es un peligro muy real y no pararé hasta que se dé por enterado.

Francisco sería un estúpido si abandonaba la amistad con Alfredo por el mal que este sufría. Diego se despidió de su amigo con un sincero abrazo y montó su caballo.

Cabalgó pensando en sus próximos movimientos, consciente de que, de no poner freno a la trama de don Enrique, él y todos sus seres queridos serían

conducidos a la desgracia. Se dijo que, fuera como fuese, esa noche aparecería en El Zaguán y encontraría respuestas sobre Gabriel aunque tuviera que arrasar medio barranco de Lavapiés.

Mismo día, 24 de octubre de 1721

El Zurdo esperaba mientras uno se amancebaba con la Jacinta. Había pasado todo el día buscándola y por fin la encontró en el corralizo vacío que se situaba detrás de El Zaguán. La puta estaba allí, con las piernas abiertas y los pechos fuera, fingiendo cada suspiro y dedicando a su cliente palabras encendidas. Decidió esperar mientras el fulano se aliviaba, pues al fin y al cabo había pagado y justo era que pudiera montarla hasta desahogarse. Se sentó y sacó la albaceteña de muescas, abriéndola para contemplar su largo filo. Tenía la sensación de que esa noche podía ser la última de la vida de Jacinta, y tal vez por eso, como casi siempre que iba a despachar a algún desgraciado, sentía que no tenía prisa.

Después de la paliza que le había dado el negro asqueroso, él se había cogido una de las habitaciones superiores de El Zaguán para que la Jacinta le cuidase. «Para algo tiene que servir la muy puta, aparte de para fornicar», se había dicho. Su convalecencia le había permitido descubrir a la Zalamera escuchando lo que no debía. Por eso, cuando esa mañana el Sebas comenzó a quejarse de que no sabía nada de su cocinera, había sabido que Hernaldo no había fallado. En efecto, a mediodía, justo cuando él regresaba a Madrid después de saborear su venganza sobre el negro, ya corría la noticia de que a la Zalamera de El Zaguán la habían encontrado con el pecho partido en la calle de la Sierpe. Se lo había buscado. «Así son las putas —pensó el Zurdo—. Traicioneras como ratas». No le gustó ni un pelo descubrirla con aquel matarife de baja estofa, y menos aún no haberla vuelto a ver desde entonces.

Esperaba que la Jacinta no fuese como ella, que no se hubiera ido de la lengua, pues de ser así la destriparía como a una puerca para después huir de Madrid lo más rápido posible. Quería pedirle explicaciones de por qué la encontró con Hernaldo de la Ma rca cuando le había dicho que no se acercase; no se lo quitaba de la cabeza. Lo único que le tranquilizaba era decirse que, si el soldado supiese ya que los traicionó a todos por dinero con el asunto de los caballos de Castamar, habría aparecido de inmediato para coserle las tripas con su espadín. Por eso, viendo que era imposible encontrar a la bordiona, había preferido desatar su venganza sobre las carnes del negro.

Más recuperado, caminó hacia las afueras de Madrid de madrugada hasta una solitaria villa, retirada del camino de Toledo, propiedad del marqués. Allí

habían dejado al bozal engrillado a un aspa de madera. Siempre había creído que lo mejor que se podía hacer con un negro con ínfulas era azotarle hasta matarle, pero don Enrique deseaba venderlo como esclavo en las Américas. Los matarifes contratados ya le habían azotado, pero no lo suficiente para que él se sintiera satisfecho. Sin embargo, pese al desahogo que le había supuesto dejarle en carne viva la espalda, aquello no había sido tan liberador como esperaba. Le encontró colgado sobre sus propios excrementos, y tan solo entrar el olor fue tan fuerte que casi había vomitado. Aun así, cuando terminó, la espalda del negro era un amasijo de carne abierta. Tras flagelarle y comer un poco, había dado la orden a los hombres de que le metieran en una jaula forrada de madera que apenas se levantaba hasta la cintura de un hombre. Cuando los mercenarios le avisaron de que estaba empaquetado, ordenó que le sacaran de Madrid vía Portugal y que fuera vendido en los puertos de Lisboa. Después había regresado hacia el barranco de Lavapiés tratando de dilucidar si, con todo aquel trabajo, podría abandonar Madrid y dar un paso más hacia su sueño de la yeguada.

Al llegar a la urbe, como no andaba tranquilo con lo de Hernaldo, había preferido salir a por la Jacinta, que no estaba en la mancebía. Durante todo el día fue preguntando a perdonavidas y boquirrubios por ella, y fue ya a la noche cuando le indicaron que había aparecido con un baladrón entre los pequeños angostillos cerrados. Como un sabueso tras su presa, cruzó los soportales que servían para cortejar a los desesperados de carne para encontrarla en el corralito situado en el patio posterior de El Zaguán. La Jacinta y él habían fornicado muchas veces en aquel pequeño gallinero, lejos de las miradas obscenas, cuando la conoció amblando por las calles del barranco.

Por fin percibió que el hombre daba los últimos empujones y la ramera le dedicaba las manidas palabras de que era un toro bravío. Tras un gorgoteo soez, su cliente se subió los calzones y salió de allí sin mediar palabra. Él esperó a que el fulano se perdiera entre la oscuridad del patio y entró cerrando la puerta.

—Te he estado buscando, puta —le dijo.

Jacinta se sobresaltó y se agitó nerviosa. Aquello le indicó que igual sí se había ido de la lengua con Hernaldo. Se acercó hasta ella disponiendo su mejor sonrisa, con la navaja abierta oculta a su espalda tras el cinturón de cuero.

—He estado pensando en ti a todas horas, en tu sexo caliente y tus

sobacos poblados —le dijo, y se abalanzó besándola en el cuello.

—Zurdo, que *etoy reventá* —trató de zafarse ella.

Él se lo impidió tomándola por la muñeca y, pegándose otra vez, le dijo que quería metérsela en la boca practicando lo prohibido, que tanto le gustaba.

—Tú *quiés* que vaya al infierno —le dijo ella entre sonrisas, disimulando su angustia.

—Como todas las putas —le contestó él metiéndole la lengua en la boca.

Ella, con el miedo en la piel, intentó desembarazarse. De nuevo no se lo permitió, disfrutando aquel momento donde ella todavía creía tener alguna oportunidad. Ella le dejó besar sus pechos para disimular sus nervios y le dijo que mañana podría disfrutar de ella lo que quisiera. Él la tomó con fuerza por la cintura y fijó su mirada asesina sobre ella.

—Abre la boca —le ordenó peligroso.

Ella se quedó en silencio y tragó saliva aterrorizada. No dijo nada más, se puso de rodillas y le desabrochó el calzón. El Zurdo le mandó que hiciera su trabajo suavemente y ella se dedicó a ello con la maestría propia de los años. No era la primera vez que la obligaba a practicar lo prohibido. Sabía que a ella le desagradaban ese tipo de actos, pues consideraba que era un pecado de los más sucios, pero a él verla allí humillada le producía placer. «Las mujeres solo sirven para esto —se había dicho muchas veces mientras ella le lamía—. Dios las puso en el mundo porque ya en el paraíso estuvieron jodiéndolo todo». En alguna ocasión Jacinta le había dicho que lo que más miedo le daba era que, al morir, Dios no le perdonase la vida de pecadora que había llevado. Se hacía sus cuentas afirmando que muchos pecados le podían ser perdonados, pero algunos otros, como lamer su sexo o la sodomía, sabía que eran contrarios al Altísimo y sería muy complicado obtener clemencia. Por eso, después de cometer estos actos impuros, la desdichada seguía de rodillas, con las manos unidas, y rezaba el padrenuestro una y otra vez. «Como si eso fuera a ahorrarte las calderas», se había burlado el Zurdo en alguna ocasión. Él sabía bien que todos ellos estaban ya condenados.

Así, mientras la Jacinta se afanaba ahora por darle placer, él se deslizó la mano hacia su espalda para tomar la empuñadura de su arma. Fue entonces cuando, de pronto, la puta le provocó un dolor inefable que le hizo quedar paralizado. La Jacinta, con toda la fuerza que tenía, había estrujado sus testículos mientras le moría el miembro viril salvajemente y la boca se le llenaba de sangre. Trató de alcanzar el mango de la navaja para rajarle el cuello, pero el suplicio era tan intenso que solo pudo agitarse para zafarse de su presa dando alaridos.

Ella, como una gata salvaje, masticó su apéndice, y él creyó que con la fuerza con que tiraba de sus partes terminaría por desprendérselas. Sufriendo un calvario descomunal, a punto de desmayarse del dolor, le asestó en la cabeza varios golpes que solo empeoraron la situación, pues la ramera apretó aún más la mandíbula. Chilló como un energúmeno y, antes de quedar definitivamente castrado, desenfundó ansioso la navaja haciendo sonar las muescas. La Jacinta, que lo intuyó, se retiró rápida como una liebre. Aun así, no pudo evitar que le rajara la cara con la hoja.

Ella trató de ponerse de pie mientras él caía encorvado sobre sus rodillas. «Zurdo, date prisa o se te escapa», se dijo. En un acto de dolor extremo, extendió el brazo y la tomó por los cabellos. Ella, que apenas se había erguido, se vio de pronto de rodillas, y él, antes de que pudiera erguirse de nuevo, tiró de los pelos y la atrajo hacia sí, incrustando el acero en sus tripas de puta malparida. Oyó a la fulana lanzar un estertor profundo y siguió hendiendo el filo en ella una y otra vez, lleno de odio y rabia, destrozando sus órganos y dejando que su sangre le empapara las manos. Ambos, de rodillas el uno frente al otro, se miraron. Él, con el dolor recorriendo en sacudidas todo su cuerpo, y ella, mostrándole un asco pro fundo.

—Ya puedes pedirle a Dios que te perdone tus pecados, zorra —le dijo.

Ella cayó con apenas un hálito de vida contra el suelo, y le sonrió desde allí, como si en sus últimos momentos hubiera descubierto algo gracioso. Él, guardándose el miembro desgarrado dentro de los faldones, se le acercó para rematar el trabajo, cuando Jacinta le dedicó unas palabras:

—El Hernaldo lo sabe *tó*, hideputa —le susurró desbabando sangre y rencor.

No le dio opción de más y le abrió el cuello de lado a lado dejando que se bañara en su propia sangre. Entonces percibió que tras él había una presencia. Fue a girarse cuando sintió que su espina dorsal se tronchaba en dos y los higadillos se desprendían de su cuerpo tras la hoja de un espadín. Trató de que sus piernas le obedecieran, pero estas se habían convertido en dos apéndices mudos. Cayó de bruces y comprobó de soslayo que sobre él se hallaba Hernaldo de la Marca. Con las pocas fuerzas que le quedaban, se arrastró hacia la pared del corralizo y apoyó la espalda. Alzó la vista y comprobó que el alma de Jacinta había abandonado ya su cuerpo, mientras Hernaldo se aproximaba hasta él y, acuclillándose, le sonreía un poco.

—Joder, Zurdo, vas a morir como el hideputa que eres —le dijo—, pobre y feo.

Sonrió como pudo y le contestó que bien podía irse al infierno. Él le miró

extrañado y negó lentamente con la cabeza.

—La deslealtad no compensa, Zurdo —le dijo—. No debiste joderme. — Remátame de una puta vez y déjame en paz —le dijo.

Hernaldo se levantó y sin decir nada comenzó a irse, y el Zurdo comprendió que le iba a dejar allí, agonizando hasta la muerte, tirado como un perro. Le imprecó insultándole, pero el muy hijo de perra salió del corralito y cerró la puerta. Lleno de impotencia, chilló hasta que sus pulmones perdieron todo el aire. Con los ojos cargados de ira y su cuerpo cada vez más frío e inmutable, sintiendo que la muerte se adueñaba de todo él, se dijo que había sido un estúpido por no haber rajado a Hernaldo cuando le vio con Jacinta en el cuarto. Gritó de rabia negándose a morir, como si con eso pudiera cambiar su destino. Entonces, solo junto a ese cuerpo de mujer que le provocaba asco, odió a todos: al tragavirotes de don Enrique, al bastardo hijo de perra de Hernaldo y a la puerca de doña Sol Montijos. Se dijo que lo único que lamentaba en su vida era no haberles rajado a todos ellos el cuello y haber tenido que torturar a aquellos dos hermosos corceles hacía diez años, los más bellos ejemplares que él hubiera tocado jamás. Al recordarlos chilló por la marca que le habían dejado, imborrable. Aquel maltrato nunca mereció la pena. Se quedó allí tirado, pensando en los equinos, en la yeguada que ya nunca tendría, y en los más de ocho mil reales escondidos entre la viga y el techo falso de su desván apollado que pronto serían de otro.

CAPÍTULO 41

Mismo día, 24 de octubre de 1721

En el cuartel de la Puerta de Conde Duque, el marqués de Moya no solo recibió encantado a Diego, sino que fue lo suficientemente cortés para no preguntar nada sobre la necesidad de tomar treinta hombres armados. El actual capitán de corps de su antigua compañía le dijo que acudiera a sus más leales hombres, que él firmaría las órdenes oportunas. Además la Compañía Española no tenía guardia en el Alcázar, sino que estaba la Walona en ese servicio.

Esa noche, tras enviar unos hombres a casa de la señorita Amelia para su protección, Diego y sus más leales guardias de corps, al mando de su exempto máspreciado, Manuel Villacañas, barón de Salinas mellado, cabalgaron divididos en tres grupos. El primero entró por la Puerta de Lavapiés, el segundo por la calle Ave María y el tercero por la de Nuestra Señora del Pilar. Antes de que en El Zaguán pudieran actuar, estaba completamente rodeado por más de treinta hombres. Con tan solo descabalgarse frente al prostíbulo los parroquianos habían dejado desiertas las calles alrededor de la fuente de Lavapiés.

Diego entró en la mancebía con paso firme, escoltado por diez hombres. A medida que avanzaba se fue extendiendo un silencio sepulcral hasta que se detuvo, plantado en medio del mesón.

—¡Soy don Diego de Castamar! —proclamó.

Las bordionas se habían retirado tras las mesas, y todos los presentes se habían levantado saludándole torpemente con los párpados abiertos de par en par y sus mandíbulas descolgadas. No daban crédito a que hubiera aparecido un ilustre de su alcurnia en una mancebía de barranco.

—¿Quién es el propietario de esta pocilga? —preguntó a los presentes.

Al fondo se abrió paso tímidamente, con la cabeza gacha, una figura que con las manos cruzadas dijo llamarse Sebastián, ser el dueño del mesón y estar allí para servirle en lo que deseara. Diego se acercó a él hasta detenerse a un dedo de su rostro. Mantuvo su mirada sobre el tabernero, que la desvió de inmediato.

—Voy a reducir a cenizas este antro —le dijo—. ¿Dónde está el Zurdo?

Sin dudarle, secándose el sudor frío que le recorría el rostro, le dijo que

había salido con la Jacinta, una de las putas, a un gallinero situado en un impluvio trasero hacía ya varias horas.

—¿Y Hernaldo de la Marca? —le preguntó.

—No lo sé... Va y viene.

—¿Sabes dónde vive?

Asintió de inmediato y le indicó que su casa se situaba a un estadio de allí. — Vive con su hija. Creo que se llama Adela, que va para institutriz, según el Zurdo. Es lo que más ama Hernaldo en este mundo, ni mencionarla puede uno sin arriesgarse a perder la *vía*. —El miedo le había soltado la lengua y hablaba sin ton ni son, solo por romper el silencio—. A mí me se ocurrió una vez, sin la menor intención de que...

Ignorándole, Diego dio orden de que obtuvieran del tabernero la dirección exacta de la casa de Hernaldo y no perdió más tiempo. Cruzó el local a grandes zancadas rumbo al gallinero donde esperaba encontrar al Zurdo, y a un gesto suyo Manuel Villacañas le siguió con cuatro de sus hombres, mientras el resto de los guardias de corps controlaban la mancebía. Salió al patio trasero y dejó atrás el pequeño zaguán que enmarcaba la entrada.

Cuando llegaron a la pequeña corraliza del fondo, el tal Zurdo estaba tirado en el suelo moribundo, con una cuchillada en las tripas y una herida horrible en sus partes nobles, perdiendo la sangre y la vida junto al cadáver de una desgraciada que tenía el cuello abierto de lado a lado. Diego supuso que la mujer degollada era la tal Jacinta. El Zurdo le reconoció de inmediato, mientras que él tuvo la ligera remembranza de que le había conocido en algún instante de su pasado. Con medio rostro desfigurado y sabedor de que eran los últimos momentos de su vida, el Zurdo le sonrió sin miedo. Diego se quedó mirándole a unos pasos, mientras Manuel Villacañas y el resto inspeccionaban el pequeño corral.

—Haré un trato con usted... Aunque sé que, cuando le cuente todo lo que ignora, no podrá evitar hacer lo que quiero —le susurró a Diego sin fuerzas. Diego se acercó a él y, sin mediar palabra, consciente de que había participado en el secuestro de su hermano, le pateó las tripas. El Zurdo gimió de dolor y esputó sangre por la boca.

—Yo no hago tratos con escoria —le dijo—. Dime dónde está mi hermano o te juro que los últimos momentos de tu vida en esta tierra serán insoportables para ti.

El Zurdo se carcajeó de él desbabando un bermellón viscoso.

—No puede matarme sin antes saber qué ha sido del negro.

—No he hablado de matarte —le contestó Diego.

El Zurdo se mantuvo en silencio con los párpados a medio abrir durante unos segundos y asintió.

—Me importa una puta mierda lo que quiera hacerme.

—¿Dónde está mi hermano?! —le chilló mientras el Zurdo se desangraba —. ¿Dónde?!

—¡Que le jodan bien! —le había dicho este—. No le diré nada a menos que haya un trato.

Diego, perdiendo la paciencia, pisó la herida del abdomen, y el Zurdo comenzó a dar alaridos estremecedores. Pese a esto, cuando alivió la presión volvió a carcajearse, afirmando que a cada segundo que su orgullo le impedía tratar con él estaba más cerca de perder para siempre a su hermano. Diego se acuclilló y le tomó por el cuello.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—Quiero abandonar este mundo sabiendo que van a pagar... don Enrique y el hijo de perra de Hernaldo de la Marca —le respondió el Zurdo.

—Hecho —le dijo él sin disimular el asco que le producía —. Cuéntame todo y yo te juro por mi honor que encontrarán su castigo.

El Zurdo sonrió desfallecido, como si supiera que los simples vocablos que iba a descabargar de sus labios mortecinos el duque ya no los podría olvidar nunca.

—Yo maté a su mujer.

Diego se incorporó y dio un paso atrás incrédulo.

—¿Qué... qué has dicho?

—Yo maté a su mujer... Yo entrené a su caballo para que la aplastase a la orden de mi silbato, y de haber tenido más tiempo para adiestrar al suyo, este le habría aplastado también a usted. Ahora tendrá que decidir si me mata ya o espera a que le diga dónde está su hermano, ilustre cabrón de mierda.

Diego, con el cuerpo vibrando por la ira, apretó los puños hasta casi romperse los huesos, conteniéndose para no acabar matando al único ser que podía revelarles dónde estaba Gabriel. Comenzó a pasear como un animal herido, golpeando todo lo que encontraba, dando alaridos entre la impotencia y el desgarr o, tratando de contener el impulso asesino de acabar de una vez por todas con aquella escoria de ser humano.

Entonces, el matarife, jadeante, se convirtió en una catarata que le desveló los hechos del pasado uno detrás de otro: el plan de don Enrique para asesinarle aplastado por su caballo tras el sonido inaudible de un silbato; el encargo de

doña Sol, que le había llevado a traicionar en secreto los planes del marqués y con ello había conducido inexorablemente a Alba a la muerte; el asesinato del negro que servía a su hermano; la paliza a la joven señorita Amelia; la muerte de la Zalamera y el secuestro de Gabriel. Todo era parte del plan de don Enrique, en el que el Zurdo había participado de forma activa bajo la dirección de Hernaldo de la Marca. Lo más gracioso de todo aquel turbio asunto era, según aquel perro, que nadie tenía pruebas de los planes de don Enrique, nadie sabía cómo discurrirían estos y nadie conocía el verdadero motivo que le había impulsado a planear la destrucción de Castamar.

Diego no pudo soportarlo más y se abalanzó sobre él aullando descontrolado, con las mejillas congestionadas en una mueca de espanto y angustia. Le tomó por los pelos, con el dolor bramando en su pecho, y comenzó a golpearle en el rostro descargando los leones enfurecidos, hasta estallarle uno de los ojos y convertir su rostro en una máscara cruenta. De no ser por Manuel Villacañas y sus hombres, que le detuvieron antes de provocarle la muerte, hubiera perdido la oportunidad de encontrar a Gabriel.

El matarife mugía como el ganado enfermo y completamente aturdido, ciego de un ojo, se rio de él esputando sangre. Diego, jurando venganza para sus adentros y controlando a duras penas su furia para no partirle la cabeza, se dijo que de haberse echado a la cara al marqués y a doña Sol les habría arrancado la piel a tiras allí mismo. Se agachó de nuevo con las mandíbulas tensas y los ojos cargados de llanto esperando conocer el paradero de su hermano.

—¡Vamos! —le gritó—. Dime dónde está mi hermano y te juro ante Dios que no quedarán impunes.

—De camino a la frontera de Portugal... Irán por el camino de Coria para venderle como esclavo —le reveló entre risas cruentas—. Cuatro hombres escoltan... una galera conducida por un mayoral y dos zagales. En la parte de atrás... el puto negro... va encerrado en una jaula de barrotes de acero... forrada de madera para disimular. Y se me olvida ba, excelencia, hay algo más —le dijo el Zurdo lanzando su última sonrisa siniestra—. He azotado a su hermano marcándole la espalda de por vida. Ya puede decir que es un negr... Diego no le dio tiempo a terminar la frase. Antes de que pudiera hacerlo descargó su pistola de avancarga y le abrió un orificio en el cráneo.

26 de octubre de 1721

El sermón de aquel domingo en misa de doce le había tocado hondo. El capellán Aldecoa habló de la capacidad para el perdón, y Melquíades se

había conmovido otra vez por el gesto que con él tuvo el duque; por eso, de la misma manera que había enmendado la relación con su sobrino, se dijo a sí mismo que también debía solucionar el problema de doña Úrsula. Llevaba demasiado tiempo en guerra con la dueña y se encontraba cansado de mantener esa actitud beligerante. Aquello tenía que acabar de una vez por todas. Además, no podía dejar de reconocer que doña Úrsula estaba llena de cualidades en otros muchos sentidos. Sin lugar a dudas, a falta de cierta preparación en números de la que tal vez carecía, era una mujer capaz de ejercer de mayordomo sin que le temblase la mano. Diligente, trabajadora, seria, había mantenido siempre una disciplina férrea en el trabajo, y en todos los años de servicio nunca se le había conocido un descuido o imprudencia.

El problema siempre había sido su maldito carácter hostil y agriado, que hacía que nadie la quisiera cerca. Esperaba que con la conversación que iba a mantener con ella este pudiera verse dulcificado en parte. Aun así, sabía que sus esperanzas se podrían trincar, pues estos intentos de mejorar la relación que había entre ellos no le eran nuevos. En todos ellos se encontró con su derrota y con el ánimo belicoso de doña Úrsula. La diferencia era que en esta ocasión él tenía restituido su poder y estaba libre del dogal que ella le había impuesto al cuello durante todos estos años.

Pese a esto, la dueña se las había ingeniado para mantener la cocina bajo su mando tras una conversación con su excelencia. Él todavía no había podido hablar con don Diego a ese respecto, pero sin duda lo haría en cuanto regresase. El señor se había marchado sin previo aviso hacía ya tres días, tras una fuerte discusión con su madre. Esta quedó desconsolada, encerrada en su cuarto o paseando entre los salones con la única compañía de don Enrique. Personalmente aquel individuo siempre le había provocado malas sensaciones; generaba en él un fuerte sentimiento de animadversión sin causa justificada. Por eso ordenó al señor Moguer que dispusiera siempre cerca de doña Mercedes algún gentilhombre. Comprendía las tribulaciones que anidaban en el corazón de la duquesa. Toda la hacienda tenía las mismas: la desaparición de don Gabriel, por un lado; por otro, las intenciones matrimoniales que don Diego pudiera albergar hacia la señorita Belmonte.

En una conversación privada con el señor Casona, le confesó a este sus temores de que su excelencia, al tomar en matrimonio a su propia cocinera, trajera la desgracia para Castamar de forma ineludible. Simón, más anciano y más sabio que él, había apostillado que también traería felicidad a don Diego. Melquíades tenía sus dudas. La señorita Clara era la cocinera jefe, se viera

como se viera, pese a su educación, a sus modales y a ser hija del doctor Belmonte. Tal vez había sido por ver a doña Mercedes en esa desazón, o por no saber nada del duque ni de su hermano, por lo que su propia angustia había ido en aumento. Pese a esto, tenía que celebrar que la señorita Belmonte hubiera mejorado su estado de salud hasta el punto de que había pedido permiso a la dueña para reincorporarse al inicio de esta semana.

Oyó unos golpes fuertes y sonoros en la puerta, característicos de doña Úrsula. Le permitió el paso y esta penetró en la sala con aquel aire glacial que parecía traer la escarcha cargada en su espalda. Para empezar con buen pie, él se levantó, le acomodó una silla para que tomase asiento y él se sentó en la suya. Ella le preguntó en qué podía ayudarle y él se atusó el bigote con cierta parsimonia antes de declarar que iba a hablarle con franqueza.

—Esta situación que tenemos entre usted y yo... —Hizo una pausa tratando de buscar las mejores palabras para que ella pudiera notar sus buenas intenciones — me hastía, me desgasta. No soy un hombre rencoroso y soy capaz de apreciar que es usted un ama de llaves de formidable talento.

Se extendió el silencio y doña Úrsula enarcó una ceja, como si agradeciera el cumplido aunque no entendiera dónde iba a parar aquella conversación. Él esperó algún gesto más, pero ella se mantuvo mirándole imperturbable. Melquíades prosiguió con su discurso abriendo las manos en gestos cordiales, exponiendo que nadie de la servidumbre de la casa le tenía afecto, pues se había granjeado una fuerte animadversión de todos ellos, y en su opinión esta enemistad no le producía ningún bien. Ella enarcó aún más la ceja.

—Me son indiferentes los sentimientos que la servidumbre pueda profesar por mi persona mientras hagan bien su trabajo —afirmó.

Él dejó pasar unos instantes y se tocó la frente, pensando en lo difícil de ablandar que era el ánimo de doña Úrsula, sobre todo después de aquellos años en los que solo habían estado bregando. Tomó un poco de aire y suspiró.

—Deseo proponerle una paz permanente entre nosotros, pues es obvio que su excelencia la tiene en alta estima y nadie desea prescindir de sus servicios.

Se extendió otro silencio, y él, esta vez, esperó a que ella se manifestase. Doña Úrsula arrugó un poco los labios, con ese escepticismo que le sacaba de quicio, y apenas pestañeó.

—¿Eso es todo, don Melquíades? —le preguntó con un tono lleno de acritud.

—Sí, eh..., es una firme propuesta de paz y entendimiento.

—Sé lo que es, don Melquíades.

—Bueno, ¿y qué responde?

Ella le miró con aire de superioridad, como si su contestación no fuera a gustarle.

—Don Melquíades, usted fue un gran mayordomo hace años, pero personalmente creo que ahora es un trabajador mediocre, por no decir malo. El paso de los años le ha convertido en un mayordomo sin espíritu, ni fuerza ni talento que se ha acomodado al lento transcurrir de la vida —le dijo con absoluta indiferencia—. No puedo soportar la idea de que alguien de tan poca valía como usted se considere merecedor de Castamar y menos de pensar que está por encima de mis capacidades. Estoy convencida de que su oferta de paz, en el fondo, tan solo quiere ocultar esta idea.

Él apenas pudo dar crédito a lo que le había dicho. Se puso en pie de un salto golpeando la mesa y ella ni se inmutó. Apretó el visaje y se plantó frente a doña Úrsula bordeando el escritorio de madera, aclarando a gritos que su posible desidia y trabajo mediocre eran fruto del chantaje vil al que ella le había sometido.

—¡Usted me robó la carta de entre las páginas de mi cuadernillo con el único objeto de someterme a su voluntad, y no por fines altruistas para con Castamar! —la acusó a voces—. Usted ya ha jugado su baza y ha fracasado, así que, si tengo que despedirla, encontraré un motivo para hacerlo. Si todo lo que desea es la guerra, eso tendrá.

Ella se puso en pie envuelta en su aura insolente.

—Sinceramente, lo único que deseo de usted es que desaparezca lo antes posible de Castamar. La forma poco me importa.

Melquíades se enervó aún más al oír aquello y, tras pasear de lado a lado ante su rostro de hastío, se acercó a ella señalándola con el dedo.

—¡Es usted incorregible! —le gritó—. ¡Es usted una mujer insufrible, completamente despiadada, inhumana, cruel y desproporcionada!

—Deje de gritarme, don Melquíades, es innecesario de todo punto —le respondió con la voz más alterada.

Observó que ella oprimía su gesto como si pudiera doblar el acero, haciendo un esfuerzo descomunal para que sus pensamientos no brotaran libres de su boca. Él, llevado por el resentimiento, la animó con desprecio a que no se callara lo que tuviera que decir y luego se quedó a unos pocos dedos de su rostro de invierno, declarando a gritos que llevaba muchos años soportando su indiferencia cuando él solo había intentado ganarse su admiración y respeto. Le dijo que si en algo la había ofendido se alegraba de ello, pues su estancia en Castamar solo había servido para sembrar el odio, la discordia y la desidia

de la que tanto huía, pues nadie la quería ni la querría nunca.

—¡Para usted todo es un juego de poder! —apostilló fuera de sí—. ¡Usted no amó a doña Alba, solo le bailaba el agua para adquirir más poder entre la servidumbre!

Los ojos de doña Úrsula se irritaron al oír aquella declaración y no lo soportó más. A él ya no le importó que su frase no fuera cierta. Supo por su mirada que ella había deseado abofetearle por aquella declaración y, viendo una debilidad, atacó aún más.

—¡Nadie la vio echar una sola lágrima por la duquesa! —le gritó—. ¡Nadie! ¿Y sabe por qué? ¡Porque usted no sabe amar! ¡No amó a doña Alba, ni a don Diego ni al hijo nonato que murió aquel día con ella!

Doña Úrsula, con el cuerpo vibrando, le abofeteó el rostro. Pero él ya no podía silenciar su garganta. Sus casi diez años caóticos se desbordaron de su boca, tomada por los espíritus del dolor y la furia. Sin poder controlarse le dio una patada a la silla, que salió despedida contra la pared, y continuó chillándole sin cesar:

—¡Usted solo sabe aplastar voluntades! —gritó fuera de sí—. ¡No sabe más que despreciar a sus congéneres y tratar de gobernarlos!

—¡A los hombres hay que gobernarlos antes de que la destruyan a una, señor! —exclamó ella desahogada—. ¡No tengo la culpa de que no se entere de lo que realmente está ocurriendo en esta casa! ¡Del peligro que supone la señorita Belmonte para la reputación de Castamar! ¡Del peligro que acecha a esta familia con la presencia de don Enrique!

—¡Fuera! —le dijo él señalándole con el dedo la puerta.

—¡Usted no puede darme órdenes, señor! —le respondió ella con el espíritu iracundo.

—¡Por supuesto que puedo! —le gritó él poniéndose de puntillas hasta quedarse a un palmo de su rostro, ambos con el aliento tomado—. Encontraré la manera de expulsarla de la hacienda —le advirtió susurrándole entre dientes aproximándose más aún.

—No le tengo ningún miedo, por muchos gritos y aspavientos que dé, y menos aún a sus amenazas vacías.

—¡Fuera! —le ordenó en un gruñido—. ¡No sé cómo he podido amarla en silencio durante tantos años siendo usted como es, doña Úrsula!

El rostro de la dueña cambió de pronto ante su inesperada declaración y retrocedió un paso. Él, conteniendo el jadeo, se mantuvo enhiesto, tan sorprendido como ella por sus propias palabras. Con cierta dignidad, se estiró

la levita. Doña Úrsula le miró descompuesta, y por primera vez en su vida la vio sin palabra que responder. Le temblaba la barbilla, como si buscara algo que decir que recompusiera su ánimo. Tan solo daba pequeños pasos hacia atrás, atónita y en silencio.

—¿Qué ha dicho usted? —logró decir tras un esfuerzo titánico.

—Ya me ha oído —le repitió él más tranquilo—. No sé cómo he podido amarla en silencio durante tantos años siendo usted como es.

Ella tragó saliva, con su rostro glacial desencajado, y se fue hacia la puerta sin dilación. Él la siguió con la mirada tratando de controlar su respiración sofocada, y doña Úrsula se detuvo un instante ante el umbral. Allí se giró llena de dudas, como si no pudiera comprender ni aceptar lo que él le había dicho.

—Se ha vuelto usted completamente loco, don Melquíades —le dijo con la voz rasgada, en apenas en un susurro.

Él no le contestó. La vio salir siendo consciente de que su discusión debía de ser ya la comidilla de toda la servidumbre. Su plan de paz había fracasado completamente y solo había empeorado la situación, de por sí ya deteriorada. Se dejó caer sobre la silla y esta crujió un poco, avisando que ya era una anciana para soportar su peso. Allí, tras diez años de chantaje, de humillaciones y desprecios, ese secreto había brotado del fondo de su alma en una frase sencilla y apasionada, y con ella, cierto alivio. Había verbalizado su pensamiento de forma tan espontánea que ni él era capaz de comprender por qué lo había dicho. Seguramente porque nunca se lo había querido reconocer a sí mismo. De ahí llegaba el descanso, al verse liberado de las cadenas de su propia conciencia y de los actos de doña Úrsula.

Aquella declaración situaba ahora su discusión en una tierra de nadie, y la relación de enemistad, en un punto muerto de consecuencias impredecibles. Pero pese a su propia agitación y pese a saber que le había dado un arma poderosa a su enemiga para hacer aún más daño en su espíritu, tenía que reconocer que había disfrutado al verla con el rostro desorientado y sin saber qué decir. «Es lógico —se dijo—. No lo sé ni yo mismo». Entonces, mientras repasaba la discusión mentalmente, se percató de que no solo se había ocultado sus propios sentimientos, sino que los había encadenado tanto en las grutas olvidadas de su alma que ni siquiera los había llegado a declarar por escrito en sus cuadernillos de bitácora.

CAPÍTULO 42

27 de octubre de 1721

Gabriel abrió los párpados y sintió que había recuperado una mínima porción de sus exiguas fuerzas. La luz del sol se filtraba por los resquicios de la caja que había sido su mazmorra los últimos días. Tras su captura se había despertado desnudo, con una bolsa negra de lino sobre la cabeza y completamente encepado a dos aspas de madera, un cadalso sobre el que había ido dejando jirones de piel. A su llegada a lo que suponía una bodega o un sótano, por el frío húmedo que hacía, había intentado desembarazarse de las argollas que le mantenían sujeto al potro vertical lanzando improperios. Pronto comprendió que era inútil. Pasados los dos primeros días solo pudo decir sus lamentos para sí. Contaba el paso del tiempo por medio de las flagelaciones, pues desde que lo arrastraron allí había recibido dos sesiones diarias con un látigo de cuero endurecido sobre la espalda, desde los glúteos hasta los hombros.

Durante todo aquel tiempo nadie le dirigió la palabra, solo una paliza tras otra hasta que su voluntad se quebró. Después de este calvario, cada vez que oía los goznes de la pesada puerta abrirse se orinaba encima, lleno de terror, y sus improperios los transformaba en plegarias, rogando para que no fueran sus torturadores, sino su hermano, que llegaba al rescate. Pero en cuanto percibía el restañar del látigo sabía que sus ruegos no habían sido escuchados. Tras cada azotamiento le daban agua suficiente para que se mantuviera consciente, pan de legumbres y un caldo de verduras tan amargo que parecía que estuviera hecho con coles podridas. Concluyó que aquellos hombres querían mantenerle con vida, al menos por ahora.

A medida que transcurría su cautiverio fueron dejándole allí abandonado, como si sus captores hubieran desahogado su odio y se hubieran olvidado luego de él. Al final, la debilidad le hizo perder la cuenta del tiempo y no fue capaz de discernir cuántos días llevaba suspendido sobre aquellas aspas de tortura. El subterráneo frío y lóbrego pronto se convirtió en un pozo de su propia inmundicia, pues nadie venía a limpiar sus orines, sus excrementos ni su sangre seca, y el olor era ya insoportable. Un ejército de moscas apareció en torno a él, zumbando fuera de la cogulla negra, con el fin de devorarlo poco a poco los jirones de su espalda. Incluso sus captores, al entrar para azotarlo,

habían proferido exclamaciones de disgusto. Sus fuerzas se rindieron y comenzó a desvariarse, entre la debilidad cercana a la muerte y la pérdida de consciencia.

En el delirio acudieron a visitarle su padre y su madre, e incluso había creído ver el rostro de su hermano sacándolo de aquel encierro. Después surgieron sombras desproporcionadas a su alrededor, arañando su alma con garras frías y deseos crueles. Bailaron tratando de robarle el espíritu y la cordura, y él comenzó a gritar sin emitir sonido alguno, prisionero de su propio cuerpo. Lo visitaron súcubos e íncubos que le arrastraron hacia un abismo lleno de imágenes grotescas, de cuerpos concupiscentes y deformes que comerciaban con la carne y con las ánimas. Enfermo, sin ser consciente ya de dónde estaba, había sobrevivido por pura determinación. Con las muñecas vacías de sangre, el cuerpo deslomado y el espíritu a punto de ser derrotado, centró sus pensamientos sobre una sola idea, una que había alejado los demonios y su danza macabra.

Allí, en el pozo de su quimera, invocó la figura de la señorita Amelia. Surgió para tomarle de la mano y hacerle abrir los ojos bajo el telón de su capucha. Le acarició el rostro y besó sus labios, como si en ellos tuviera un néctar purificador. Él abrió su boca y bebió de ella hasta saciarse. Le agradeció su presencia y, desconsolado, le explicó lo estúpido que había sido al juzgarla, lo enamorado que estaba de ella y cuánto se arrepentía de haberle dedicado las palabras desabridas de su última conversación. «He sido el hombre más insensato de cuantos han pisado esta tierra —le había dicho en su alucinación—. Estoy prendado de usted y he sido tan tonto al dejarla marchar a Cádiz...». Ella no le respondió, simplemente le había clavado sus ojos verdes en los suyos negros y le había vuelto a besar. Le confesó cuánto sentía haberla herido con su actitud del todo injusta, pues realmente comprendía cuánto había sufrido, cuánto había sacrificado por sobrevivir en un mundo hecho a medida de los hombres blancos. Poco a poco la señorita Amelia se esfumó sonriendo y desvaneciéndose como un fantasma para devolverle a la cruda realidad de que estaba cautivo por grilletes de hierro a un aspa de tortura. Comprendió que su debilidad había crecido, y que todo aquel delirio regresaría otra vez para destruirle por completo. Pensó que sus alucinaciones podían ser producto de la asfixiante capucha que apenas le dejaba respirar, o de la comida, que llevara algún tipo de emulsión alucinógena. Fuera como fuese, se dijo, tenía que hacer algo.

Así, había comenzado a roer el lino de la capucha con la boca a fin de que

entrarse aire fresco. Había tardado varias horas, hasta que pudo al fin, con la lengua, separar las hebras y sentir el ambiente menos espeso en torno a su cabeza. Fue entonces cuando percibió que alguien había entrado en la celda entre arcadas al percibir el olor.

El individuo se paseó en torno a él pausadamente, y él había preguntado aterrorizado quién era. Pensó que se marcharía, pero muy al contrario, una vez allí, hizo restañar el látigo. Gabriel, sabiendo lo que se le venía encima, comenzó a llorar. El sujeto, sin mediar palabra, le azotó como un salvaje, dejándole la espalda en carne viva hasta que sus sentidos se aletargaron por tanto dolor. Aquella bestia desató su furia entre jadeos, haciendo restallar el látigo una y otra vez sobre él sin cesar un instante, sin detenerse siquiera a tomar aliento. De todos los azotamientos aquel fue el más salvaje, tanto que perdió el conocimiento.

Después de aquello no supo cuánto tiempo transcurrió. Gabriel regresó de su inconsciencia, con su peso tendido groseramente hacia un lado, con las piernas corvadas contra los maderos, sobre el orín, los excrementos y un charco de sangre. Había tratado de ponerse en pie, pero sentía su cuerpo apenas como una masa lánguida de carne suspendida de las argollas. De pronto oyó los goznes de la puerta y pensó que iba a ser azotado de nuevo por esa bestia salvaje cuando dos hombres le habían quitado los grilletes de pies y manos. Gimió lastimeramente, llevado por el momentáneo alivio de ver sus muñecas y tobillos libres, y por el dolor al sentir su espalda deshecha contra el frío suelo. Tan en silencio como le habían azotado, cargaron con su cuerpo hasta depositarle en una celda de barrotes que apenas levantaba medio cuerpo. Encogido como un huevo dentro de aquel espacio reducido, pudo por fin quitarse la capucha, sintiendo que tenía ya la barba de varios días pegada a ella. Sobre su cabeza solo pudo ver cómo se disponía a una tapa de madera, como si la cárcel de barrotes estuviera forrada completamente. Aun así, suspiró al comprender que al menos su tortura sobre aquellos dos maderámenes se había acabado.

Fuera de su pequeña mazmorra oyó voces y pequeños chasquidos de una fusta que le había encrespado el vello de nuevo. Apenas tuvo fuerzas para recolocarse sobre los barrotes tratando de apoyar la espalda lo menos posible. Así pudo dormir durante varias horas hasta que se despertó notando que se había orinado encima. Por el traqueteo de la celda, había supuesto que debía de estar sobre algún tipo de carro que le transportaba. Intentó escuchar, pero al no oír ningún bullicio comprendió que estarían ya fuera de Madrid. Encontró

algo de fuerzas para hablar a sus captores, que estaban fuera en torno al carro, pero solo uno de ellos contestó:

—Cállate, negro, no vaya a ser que te deje peor de lo que estás.

Él no dijo nada más. Cayó de nuevo en la inconsciencia, hasta que le despertó la luz del sol.

Sobre él, un muchacho de unos trece años le miraba con cierta curiosidad tapándose la boca por el olor que desprendía. Levantó la tapa de la caja y con cierta amabilidad le dio una escudilla con queso, olivas y fiambre, y una jícara de agua. Él lo devoró todo y le dio las gracias. El muchacho, con los ojos llenos de compasión, miró a derecha e izquierda y dejó caer dentro de la jaula disimuladamente una longaniza de un palmo de largo mientras recogía la escudilla y la jícara.

—Agua, más agua —le rogó al chico. Apenas le salía la voz por la garganta.

El muchacho, midiendo los riesgos, había desaparecido para volver a traerla llena.

Así habían pasado traqueteando por aquellos caminos de Dios dos noches y tres días. Estos sí los pudo contar, tal vez por las fuerzas que fue recuperando gracias a la comida y bebida extras que el zagal y el hermano pequeño de este le habían ido dando. Además, habían tenido la deferencia de cubrirle la caja con mantas para que soportara mejor las temperaturas de la serranía, pues bajaban en cuanto se ponía el sol y se encontraba de pronto tiritando de frío.

Durante aquel tiempo, con algo más de entereza, había podido identificar por diferentes conversaciones a los cuatro hombres y al mayoral, que era el padre de los dos chicos. Por lo que pudo deducir, el mayoral había aceptado llevar la carga hasta algún lugar de Portugal, tal vez Lisboa, pero sin saber que había un hombre dentro. Ciertamente era que para ellos se trataba solo de un esclavo, pero al padre de los zagales no debía de haberle gustado el trato, pues se había quejado varias veces diciendo que él no era un tratante de negros y que aquello no era lo acordado. El líder de los soldados de fortuna, en su última protesta, se le acercó amenazante diciendo que dejara de gimotear como una vieja, no fuera a ser que sus hijos lo lamentaran. El mayoral no volvió a chistar. Sin embargo, Gabriel creía que alentaba a sus hijos a darle comida y bebida sin que los cuatro destemplados se dieran cuenta.

Pese a la incomodidad del espacio y el olor que desparramaban sus propios detritus, pudo dormir un poco mejor esa noche. El camino del día anterior no fue tan abrupto. Se detuvieron a la hora de la comida y pudo ver por entre los intersticios de las maderas que estaban en algún encinar poco poblado,

seguramente cerca del camino, porque podía oír el ruido de alguna fuente natural de agua. Estiró los brazos entumecidos cuando la portezuela superior de la caja se abrió. Al levantar la cabeza vio al más pequeño de los zagales, que le pidió con el dedo que guardara silencio. Le tiró un poco de pan y queso, y le dio de beber. Gabriel le sonrió, y el muchacho le devolvió la sonrisa asintiendo, como si aquello fuera un juego. Fue a preguntarle su nombre cuando de pronto una mano enorme le cruzó la cara y la criatura cayó hacia un lado. El soldado que le había sorprendido pateó las tripas al chiquillo, que comenzó a llorar.

—El jodido crío le está dando de comer de más al negro, ¡coño! —exclamó el mercenario con voz grave, y volvió a incrustar la pierna en el estómago del niño.

Gabriel le imprecó desde el cajón agarrando los barrotes con su exigua fuerza para levantarse. El soldado fue a golpearle con la culata del mosquete, pero de pronto se detuvo ante la voz del mayoral, que había surgido desde el otro lado del campamento.

—¡Eh, hijo de la gran puta!

Gabriel pudo entrever cómo el padre del chico cruzaba el emplazamiento a grandes zancadas, con un cuchillo enorme en la mano, y sin pestañear ascendía a la galera hasta plantarse frente a aquel bastardo.

—Toca a mi hijo otra vez y te corto los huevos —le amenazó.

El soldado se le encaró y depositó su mano cerca del estoque dudando si rebanar el cuello al conductor del carro.

Detrás, los otros dos hombres se habían puesto en pie y se preparaban para rajar las piernas del mayoral, que seguía mirando desafiante al mercenario que había golpeado a su hijo.

—Templad gaitas, copón, y recoger, que se nos echa la noche encima —dijo el matarife líder desde el otro lado del emplazamiento.

El mayoral, tenso, cogió a su hijo de la nuca y bajó de la carreta protegiéndole con su cuerpo, mientras el soldado que le había golpeado mantenía la mirada sobre el conductor con ganas de rajarle el vientre. Más tarde, como si recordase el intento de Gabriel de intervenir a favor del chico, descolgó su rostro dentro de la caja mirándole. Entonces, introduciendo la culata del mosquete por entre los barrotes, comenzó a golpearle en la cabeza con él. Gabriel trató de levantar los brazos para defenderse, pero no lo consiguió, y en uno de los embates sintió que su cabeza crujía por el impacto. Percibió un vértigo intenso y se le nublaron los ojos. Levantó el mentón un poco y recibió

otro impacto brutal cerca de la sien que le dejó traspuesto, babeando sin control. Notó que sus huesos cedían y que todo alrededor se oscurecía. Creyó recibir un nuevo culatazo sobre el rostro, más fuerte que el anterior, y supo que iba a morir entre sus propias heces y orines, exactamente igual que cuando su padre, Abel de Castamar, le había encontrado hacía ya más de treinta años en la plaza gaditana de la Cruz Verde.

Mismo día, 27 de octubre de 1721

Clara solía aguantar unos minutos antes de que la debilidad atacara sus fuerzas. Sin embargo, esta vez sintió algo muy distinto y se quedó de pie, dejándolo transcurrir el tiempo sin que los vértigos acudieran a ella. Al cabo, avanzó algo más hacia el centro del patio, alejándose de la seguridad del edificio. Percibió entonces un pequeño mareo que la hizo tambalearse, pero no le importó. Tenía más fuerza que otras veces. Aunque comenzó a sudar nerviosa, algo en ella había cambiado. Intuyó que el hecho de haberse enfrentado a su aflicción durante el último año y la exposición a campo abierto que estuvo a punto de costarle la vida la habían endurecido, y su enfermedad ahora parecía languidecer. Al final, tratando de calmar su respiración, decidió regresar para no tentar su suerte. Después del fin de semana había recuperado fuerzas y no deseaba perderlas. Además, se había propuesto volver al trabajo en las cocinas esa misma mañana y por nada del mundo quería tener una recaída.

Terminó de ajustarse el tocado y salió de su cuarto pensando como siempre en don Diego. Desde que se había despedido hacía ya cuatro días de él, solo ansiaba su regreso, pues se arrepentía un poco de no haber sido algo más vehemente al expresar sus sentimientos tras aquella declaración de intenciones de tener una charla privada con ella. Debería haberle dicho cuánto aprecio y devoción sentía por él. Por eso, cada vez que llegaba alguien de la servidumbre, su corazón se agitaba y sus mejillas se ponían sonrosadas, para un instante después volver a la espera. Así había pasado las dos primeras jornadas, entre las agradables visitas del señor Casona y de don Melquíades, hasta hacía un día cuando, más recuperada, decidió que lo sensato era abandonar la habitación de don Diego y reinstalarse en su cuarto.

Entró en la cocina y saludó a todos los miembros, incluida Beatriz Ulloa, que se había acercado fingiendo más timidez de la que en verdad sentía, y le dijo que había comprendido su error y deseaba aprender de ella todo cuanto pudiera.

Clara se alegró por la muchacha. Después fue apareciendo el resto de la

servidumbre preguntándole sobre su estado con mucha educación: Carmen del Castillo, su inmediata inferior, y el resto de sus oficiales; Lázaro Molás, jefe de ramillete, y sus ayudas; el señor Moguer y varios gentilhombres; el señor Ochando, que se despidió de ella casi haciendo genuflexiones; el caballero mayor, Belisario Coral, junto con toda su cuadrilla de palafreneros, el primer caballero y los cocheros; la jefe de sausería, Matilde Marrón, y su ayuda Galatea Borca, que apareció con el guardamangier Luis Fernández. Se sintió conmovida por ser una persona tan querida, aunque con muchos de ellos no había tenido trato, como era el caso del maestro de capilla, Álvaro Luna. Pasó la mañana metida en faena hasta que Elisa entró en la cocina con su sonrisa reluciente y su ánimo desenfadado.

—Todos han mostrado un interés enorme, que agradezco, pero... —le dijo ella torciendo el gesto— no comprendo.

—Y por qué va a ser, mujer. Han dejado de verte como la cocinera de Castamar. Algunos creen que el duque te ha pedido la mano —le contestó—. Se rumorea que doña Mercedes y él tuvieron una fuerte discusión por esto. Se sonrojó al escuchar aquellas palabras. Muchos criados intuían que tal vez ella podría convertirse en la próxima duquesa. Aquello le pareció irreal y sintió un vértigo con solo pensarlo que le hizo apoyarse en la pared. Aunque realmente nadie sabía de las verdaderas intenciones de don Diego salvo ella —pues la conversación donde le había manifestado la importancia de hablar a solas había sido privada—, todos ya daban por sentado que el duque le había pedido la mano.

—Si no, ¿por qué habrían discutido su madre y él? —apostilló Elisa—. Bueno, confiesa, ¿te la ha pedido?

—¡No, no, no! —exclamó desorientada. Podía enfrentarse a todos los avatares de la vida, pero tenía que reconocer que en el campo del amor estaba perdida y aterrada—. Escucha, Elisa —le dijo cautelosa—, don Diego no me ha hecho ninguna petición. ¡Ese rumor es falso!

—Bueno, después de alojarte en su propio dormitorio y desvelarse por ti de esa forma, no dudo de que lo hará —le dijo—. Qué menos.

—¡Santo Dios! ¡Pero qué dices...! —exclamó Clara conteniendo sus sudores—. Su excelencia no tiene obligación de hacer nada ni de pedirme nada, Elisa.

—Vale, vale —le contestó la doncella—. No te enfades con el mensajero.

Clara se llevó la mano a la cabeza tratando de asimilar todo aquello, cavilando la débil posición en la que se encontraba ahora. Toda la servidumbre daba por hecho que don Diego daría ese paso, y quizá fuera así

en la conversación a la que la había emplazado. Pero ¿y si el pequeño roce de sus labios no era indicativo de esto... o simplemente él se arrepentía de lo que le había dicho? Entonces, aquel rumor frustrado desataría la mofa sobre ella: «¿Qué se habrá creído esta?», «La pobre se veía de duquesa y solo sirve para los fogones», «Una cocinera que pensaba ser la dueña de todo Castamar». Casi podía oír las risas a sus espaldas en cuanto se cruzara con algunos miembros de la servidumbre. Estaba en una posición muy peligrosa, bajo la espada de aquella expectativa. Si al final el duque no daba el paso, Clara comprendió que todas aquellas habladurías la conducirían inevitablemente a abandonar Castamar. Sin embargo, cómo desmentirlas cuando sabía que era posible que, al regreso de don Diego, este le pidiera matrimonio. Miró a los ojos de Elisa, a la que se le había agriado el ánimo por su bufido, y la tomó de la mano.

—Perdona, Elisa, siento mi genio —le dijo—. Solo espero que esto no trascienda fuera de los límites de Castamar.

Elisa sonrió de nuevo y la cogió fuerte de la mano.

—Tranquila, no sufras por eso —le contestó—. Don Melquíades ha dado orden de mantener punto en boca sobre este asunto a riesgo de ser despedidos. Supongo que no desean que esto acabe en los mentideros de la Villa de Madrid.

Se dijo que había sido una ingenua al pensar que las habladurías cesarían al regresar a su puesto.

—¿Sabes si la dueña había hecho algún comentario sobre este asunto?

La muchacha negó con la cabeza.

—Lo único que sé son los gritos que tuvo con don Melquíades —le dijo—. Bueno, yo y el resto del servicio, claro. Al parecer la dueña tenía sometido al mayordomo porque tenía pruebas de que era un traidor.

—Señorita Belmonte —dijo una voz fría desde el fondo del pasillo—. Comprendo que no esté completamente recuperada para continuar con sus labores, pero no tolero que distraiga al personal. Elisa, vuelva al trabajo.

Doña Úrsula había surgido desde las puertas de los fogones deteniendo la actividad de la cocina. Todos la saludaron con una pequeña genuflexión. Clara levantó la cabeza y comprobó que junto a ella había un muchacho, un entretenido de furriera de apenas quince años que la acompañaba servicialmente con la cabeza gacha.

—Le pido disculpas, doña Úrsula —le dijo—, ha sido culpa mía entretener a Elisa.

Esta desapareció lo más rápido que pudo. La dueña se acercó y se detuvo delante de ella. La escrutó como si pudiera ver su alma, con cierta curiosidad, preguntándose a todas luces qué había visto don Diego en ella. Se mantuvieron ambas mirándose en silencio, el más tenso que nunca habían tenido.

—Sígame —le ordenó—. Alguien desea hablar con usted.

Caminó junto al entretenido y a pasos cortos tras el rumor de los tacones de doña Úrsula, que hacían resonar los mamporlanes de madera al subir los escalones hacia el segundo piso. Una vez allí recorrieron los pasillos que conducían al ala olvidada de Castamar, que solo se abría para aposentar a los invitados en la celebración anual. Cruzaron hasta los grandes salones y el pequeño coliseo adjunto, donde doña Alba disfrutaba en vida de representaciones de teatro privadas. Avanzaron por los corredores ya olvidados hasta alcanzar uno de los salones privados de la antigua duquesa, en los confines de la hacienda.

La dueña los hizo detenerse a ambos frente a dos largas puertas engalanadas con cuarterones en pan de oro y le indicó a Clara que debía entrar. Ella asintió y, justo cuando iba a tocar el picaporte, doña Úrsula la tomó suavemente del brazo y la contuvo un instante, como si meditase las palabras que iba a decir. Ella esperó extrañada mientras el ama, con los labios apretados, la escrutaba con cierta desazón interior. Le dio la sensación de que, después de todo, había algún tipo de agitación en doña Úrsula, algo que la hacía verdaderamente humana.

—No es un secreto que ambas poseemos espíritus encontrados e imposibles de gobernar, señorita Belmonte —le dijo al fin con un tono severo—. Pero no deseo en ningún caso que entre en el salón a ciegas, pues don Enrique la aguarda tras esas puertas y ambas sabemos que es un hombre peligroso.

Clara tomó aire al comprender su nerviosismo. Recordaba perfectamente la cara atractiva del ilustre, con esa sonrisa que ocultaba una mirada amenazadora. La idea de tener que verse a solas con él hizo que se le encogiera el estómago.

—Quiero que sepa que estaré vigilante hasta que salga —terminó doña Úrsula. Clara comprendió que la dueña debía haber recibido órdenes de traerla hasta aquí posiblemente de doña Mercedes, ya que don Diego no estaba en la casa. Le dio unas gracias sinceras, pues era obvio que doña Úrsula no era una oportunista que deseara ganarse su favor por su posible matrimonio con el duque. La dueña se había comportado con el mismo tono y actitud desabrida de siempre, y no iba a cambiar su forma de hacer las cosas porque ella

podiera llegar a ser la duquesa de Castamar. Pese a que tenía la completa seguridad de que doña Úrsula desearía que ese casamiento no se produjera, dejaba claro que en ningún caso quería ser partícipe de lo que pudiera ocurrir en aquel salón, ni tampoco que ella sufriera algún daño a manos del marqués. Era obvio que había tenido tal gesto hacia ella por su propia condición de mujer y porque, de alguna forma, se sentía responsable de las gentes de Castamar por ostentar su autoridad. Clara asintió a doña Úrsula a modo de despedida, suspiró y penetró en el salón.

Efectivamente, mirando por la ventana hacia los parterres traseros de la hacienda estaba don Enrique, entre los lienzos blancos que cubrían todo el mobiliario. El marqués apenas giró la cabeza cuando ella abrió la puerta.

—Cierra la puerta y acércate —le ordenó—. Toma asiento.

Ella le hizo una reverencia según la etiqueta.

—Prefiero estar de pie, ilustrísima —le dijo manteniendo la cabeza gacha.

Él se giró posando sus ojos de depredador sobre ella y le indicó que se aproximase con dos dedos. Clara caminó intranquila, consciente de que aquel ilustre podía engullirla en un solo gesto. Don Enrique la escrutó en silencio, como si estuviera contemplando un objeto y no a una persona.

—Qué ciego he estado contigo, cocinera —le dijo.

—No puedo comprender en qué modo ha sido así —le contestó Clara cautelosa.

El marqués se acercó aún más, imbuido en un silencio hostil, y ella tuvo la sensación de que era como los animales salvajes en la serranía, cuando iban acechando lentamente con el fin de devorar a sus presas. Se detuvo ante ella como si disfrutara sintiendo su desazón. Clara evitó mostrar su agitación y se mantuvo cabizbaja esperando a que hablase. Él no lo hizo, con la evidente intención de incomodarla, y comenzó a caminar en círculos en torno a su figura, como si fuera a abalanzarse en cualquier momento sobre ella.

—¿Eres consciente del mal que le haces a don Diego? Atraerás la desgracia sobre Castamar en cuanto se haga público que el duque salió tras tus faldas como un animal en celo. Más aún si ha decidido proponerte matrimonio... ¿Lo ha hecho? —le preguntó.

Clara prefirió no decir nada. Entonces él, caminando a su espalda, depositó la cabeza de su bastón por debajo de sus nalgas, tal y como hizo semana y media atrás en la cena de fiesta. No pudo soportarlo y se separó de él. El marqués, sin abandonar su actitud amenazadora, se detuvo tras ella, cerca de su nuca.

—Te exijo que confieses si don Diego te ha propuesto matrimonio y en qué té

rminos —le susurró.

Ella resistió con los ojos encendidos y el cuerpo tenso, y volvió a retarle con su silencio. Don Enrique la obligó a girarse y le levantó la cabeza con la empuñadura de su báculo. Ella le miró al fin, manteniendo sus pupilas en alto, siendo consciente de que ahora el marqués le bloqueaba el acceso a la salida. Él acercó su rostro al suyo hasta quedar a unos dedos.

—Don Diego te ha tratado como una señorita, pero no eres más que una criada.

Ella dio un paso atrás preguntándose si de verdad doña Úrsula seguiría fuera, en el pasillo, tal y como había prometido. Ahora que se veía encerrada y alejada de todo, se dijo que tal vez la dueña solo se había cubierto las espaldas frente a don Diego al avisarla de la encerrona. Se sintió de pronto indefensa y retrocedió de nuevo ante su avance.

—Solo quiero que me contestes a la simple pregunta de si te ha propuesto matrimonio o declarado su amor, cocinera —le exigió.

—Ilustrísima, no esperará que responda a esa pregunta, pues no lo haría ni aunque me la formulase el rey de España, mucho menos ante un invitado de esta casa que no es mi señor directo —le contestó tragándose el miedo que le producía aquel individuo—. Si tantas ganas tiene de saberlo, pregúnteselo usted mismo.

—No necesito preguntárselo. Te ama, basta con ver la forma en que te mira.

—Si ese fuera el caso, no le corresponde a usted decírmelo, ilustrísima —le dijo sin rehuirle la mirada.

Él sonrió, como si aquello le produjese más placer, y detuvo su avance cerca de uno de los sofás. Allí depositó suavemente su bastón y su casaca sobre la cubierta blanca que lo protegía. Fue entonces cuando Clara supo que tenía intenciones de hacer algo más que intimidarla y tomó distancia con el fin de gritar si se abalanzaba sobre ella. A don Enrique no le importó.

—Sin duda, posees un talante altanero que no corresponde a tu posición en los fogones.

Clara solo le miró fijamente. Don Enrique se encogió de hombros y se le dibujó una sonrisa de hiena.

—Créeme si te digo que yo nunca evitaré tu casamiento, sino todo lo contrario: estoy profundamente satisfecho con su celebración y tengo pensado incluso el regalo de bodas que voy a haceros. No dirás que no soy generoso, cocinera —le dijo con una mueca socarrona—. ¿No quieres saber cuál es el regalo?

Ella se detuvo en su huida, al sentir la pared tras su espalda, y tragó más saliva.

—Contesta —le exigió el marqués en un susurro glacial—. ¿No deseas saber cuál es el regalo que tengo pensado para tu engendro de boda?

Clara frunció el ceño con el miedo en el estómago y, atrapada entre el marqués y la pared, se dijo que tenía que salir de allí. Percibió que a don Enrique le enardecía aún más su mutismo, sonriendo y avanzando hacia ella con los brazos abiertos. Apenas a unos pasos se detuvo, la miró y se dispuso a abalanzarse. Ella, sabiendo que el conflicto era inevitable, intentó bordearle para dirigirse hacia la puerta y gritar con todas sus fuerzas. No pudo. La mano del marqués se cerró como una argolla acerada sobre su cuello mientras que con la otra la tomaba por los cabellos. El golpe seco en la garganta la dejó sin aliento y solo produjo un gorgoteo.

Tirando de ella como un salvaje, don Enrique la empotró contra la pared. Ella intentó de nuevo pedir el auxilio de doña Úrsula, pero los dedos enguantados del marqués apenas dejaron surgir un exabrupto. Sintió otro golpe seco, ahora en el estómago, y se dobló con el dolor recorriéndole las tripas. Pese a esto percibió el puño del marqués hacia su rostro y se movió lo justo para que tan solo le levantara parte del cabello descolgado. Aun así, la punzada aguda del estómago le ascendió a la cabeza. La debilidad de los días pasados apareció en forma de sudor frío, y estuvo a punto de perder el conocimiento. Don Enrique la incorporó y le dio unas palmaditas en las mejillas para evitar que se desvaneciera. Ella, con la visión borrosa, lanzó una plegaria silenciosa para que doña Úrsula abriera la puerta e interrumpiera la escena.

—Chsss, responde a la pregunta. No seas maleducada, no soporto que se suspendan las conversaciones —le dijo con una frialdad glacial, como si su pregunta formara parte de una escena que previamente él se había compuesto en su cabeza—. ¿No deseas saber cuál es el regalo que tengo pensado para el duque y para ti?

Ella le miró congestionada por la falta de aire, abrumada por la debilidad. Trató de escupirle, pero las babas apenas alcanzaron a deslizarse por su mentón. Él se rio como si aquello le produjera diversión y le dijo que asintiera o le partiría el cuello. Ella se resistió, pero, al notar sus manos sobre la garganta con más fuerza, asintió al borde de la inconsciencia.

—Eso es. ¿Ves como no ha sido tan difícil, cocinera? —Sonrió mientras ella intentaba zafarse de sus garras y respirar un poco.

Clara, con el juicio nublado por la falta de aire, los golpes y la presión en la

garganta, que apenas dejaba pasar un filamento de vida en cada bocanada, comprendió que cuanto más tiempo pasaba, menos fuerza tenía para resistirse. Tras unos estertores secos y susurrados, sus lágrimas se agolparon sobre sus párpados dispuestas a desbordarse, y con las mandíbulas tensas se dijo que llorar solo le daría más satisfacción a aquella bestia.

—El regalo que deseo haceros es muy especial, pues se compone de tres partes consustanciales —dijo el marqués continuando con su interpretación—. La primera es para ti, pues tengo la intención de desvirgarte con el fin de que conozcas lo que es un hombre y me echas de menos en tu noche de bodas.

Completamente aturdida y sin fuerzas en los brazos, se agitó al oír esas palabras incrustando las uñas en las mejillas del marqués. Este, sin abandonar su sentido festivo, desprendió una mano de su cuello y la volvió a golpear de nuevo en el estómago para que dejara de forcejear. Un dolor afilado se le extendió por el abdomen y parte del pecho haciendo que su asfixia fuera más agobiante.

—Déjame terminar —continuó sereno—. La segunda parte es para don Diego, pues deseo que, al descubrir que te he golpeado y montado, me desafíe.

Trató de encorvarse, pero él se lo impidió sujetándola contra la pared, y solo pudo encoger un poco las piernas.

—Pero lo mejor de todo es la última, cocinera, pues esta es para ambos. Tengo la intención de entregarte mi semilla hoy, y tal vez dentro de nueve meses podamos celebrar el nacimiento de una nueva vida. Seguramente para entonces don Diego ya no esté entre los vivos, pero siempre podremos celebrarlo tú y yo y recordar este día inolvidable.

En ese instante Clara fue mucho más consciente de por qué don Diego no había intercedido en su defensa aquella noche. Estaba claro que aquel individuo no deseaba matarla. Quería provocar un lance y convertirla a ella en el motivo de aquel desafío, uno donde el duque podría perder la vida. Se llamó estúpida por haber confiado en la promesa de vigilancia de doña Úrsula, estúpida por obligar a don Diego a salir en su busca provocando su ruina, y estúpida por no haberle declarado su amor incondicional.

Apenas le quedaban energías para removerse cuando don Enrique la golpeó en el pecho derecho y un pinchazo le congeló todo el cuerpo. Tan solo veía ya el rostro de su agresor sonriendo, como si la escena que acababa de interpretar fuera solo el preámbulo que desataría a una bestia aún peor.

Don Enrique liberó una de sus manos y con los dientes se quitó el guante. Clara trató de zafarse, cada vez con menos fuerza, al sentir sus garras

buscando su entrepierna. El marqués sonrió afanándose en levantarle las faldas y el miriñaque. Ella, algo más libre de él, pues ya solo le apresaba la garganta con una mano, giró el cuello y consiguió tomar algo de aire. Lanzó algunos gorgoteos y percibió sus sienes latiendo con fuerza y los vapores de la debilidad recorriéndola.

De nuevo trató de gritar, pero le fue imposible desembarazarse de la argolla que era la mano de don Enrique. Percibió cómo le manoseaba el sexo bajo la falda, con el rictus congelado en una mueca horrible, como si se hubiera desatado una violencia fría en él completamente deshumanizada. Al sentir su tacto seco, cerró las piernas todo lo que pudo y advirtió que a él parecía darle más placer el forcejeo. Su espíritu se inundó de un profundo asco y terror, mientras él le susurraba indecencias para que se dejara montar contra la pared. El ilustre interpuso su muslo y, haciendo palanca con él, logró que las rodillas de Clara cedieran y se coló entre sus piernas ascendiéndola un poco en el aire. Se sintió pegada a su cadera, y él se agitó contra su sexo, dando dos embates que la hicieron sentirse viscosa, desbordada por su tacto repelente, sometida al imperio del aliento de su boca, que solo olía a carne. Supo entonces que era inevitable que la tomase por la fuerza y que la desvirgase.

La impotencia de este pensamiento la llevó a revolverse con toda la energía que le quedaba. Él presionó más su cuello contra la pared, y Clara percibió cómo sus pies apenas rozaban ya el suelo. No dejó de mirarle, a su alma repugnante, odiándole profundamente y mostrándole un desprecio que superaba con mucho al miedo. Por fin, viendo su derrota, no pudo evitar que varias lágrimas de ira recorrieran sus mejillas. Él, al ver su desesperación, se pegó a ella y se las lamió dejando su glaciador impúdico adherido a su piel. Clara sintió náuseas mientras el marqués, viendo que ya no opondría mucha más resistencia, se preparó para desembarazarse de su calzón.

Fue entonces cuando se detuvo. El rictus frío y contraído se tornó en ira, y sin que ella comprendiera por qué, la soltó de inmediato. Clara cayó al suelo, entre toses y devorando el aire a bocanadas, y levantó los ojos nublados para descubrir a doña Úrsula, la mujer dragón, tan firme como un faro en la tormenta, sujetando un afilado abrecartas contra la nuca del ilustre.

—Suéltela, bastardo hijo de perra, o le juro que le parto el cuello en dos —le dijo doña Úrsula—. Póngase detrás de mí, niña.

El marqués apretó las mandíbulas como si no pudiera creer que una simple ama de llaves echase a perder sus planes de desvirgarla. Clara, arastrándose, salió del área de don Enrique y, tratando de tomar aire, se situó detrás de la

dueña. Esta, con el abrecartas punzando aún el cuello del marqués, seguía alerta a cualquier movimiento de este. Clara se puso en pie, trastabillada por el mareo. Doña Úrsula le dedicó una mirada rápida tratando de verificar si estaba herida.

—Váyase —le ordenó.

Don Enrique hizo una intentona de voltearse y la dueña, consciente del peligro que tenían sobre ellas, presionó con la punta del abrecartas para que supiera que le traspasaría el cuello sin dudarle, aunque le costara subir al cadalso. El marqués se detuvo.

—Váyase de aquí, señorita Belmonte —le repitió la dueña—. El muchacho que me acompañaba ha ido a dar la voz de alarma.

—Yo no me voy de aquí sin usted, doña Úrsula —contestó ella.

—¡Que se vaya, le digo! —le ordenó.

—No insista —repitió Clara.

Fue entonces cuando el marqués saltó hacia delante y a un lado, tratando de evitar la hoja, y se dirigió hacia el bastón que tenía sobre el sofá. Doña Úrsula, al sentir que él se movía, lanzó su ataque sin dudarle. El filo del abrecartas paso de largo cortando la mejilla de don Enrique, que emitió un gemido de sorpresa. Clara tomó del brazo a la dueña y tiró de ella hacia la puerta. El marqués, con la urgencia en el rostro, corrió para impedirles el paso. Clara, de la mano de doña Úrsula, avanzó hacia la salida con intención de alcanzar el picaporte. Pegada a sus espaldas, podía sentir la respiración agitada del ama y algo más lejos la del marqués.

Corrió con el alma fuera del cuerpo, oyendo chillar «¡Socorro!» a doña Úrsula tras ella, cuando de pronto sintió que sus piernas se trastabillaban por su debilidad y se precipitaba hacia el pórtico sin control. Entonces, antes de que pudiera tocar el picaporte, las puertas engalanadas con cuarterones de pan de oro se abrieron de par en par, y ante sus ojos apareció don Melquíades, armado con una pistola de avancarga, y varios hombres de la guardia armada de Castamar. Ella, llevada por la inercia del traspasamiento, cayó sobre un teniente que la recogió de inmediato. Al mirar hacia atrás, vio cómo doña Úrsula se había dejado proteger por don Melquíades, que, con el arma en ristre, apuntaba al marqués y la sostenía por la cintura.

—Ilustrísima, me temo que su tiempo en esta casa se ha acabado —dijo el mayordomo—. Estos hombres le escoltarán hasta la salida.

El marqués torció el gesto y, desatando su furia, golpeó con el bastón uno de los jarrones cubiertos por lienzos blancos. Después se paseó por la sala y, co

n sumo cuidado, volvió a ponerse su casaca y ajustarse las bocamangas. Se acercó a don Melquíades y le clavó las pupilas.

—Da el mensaje al duque —le dijo tocando el pequeño reguero carmesí de su mejilla—. Comprendo que desee satisfacción por esto.

Don Melquíades, bajando ya la pistola, le devolvió un saludo de cortesía.

—Tenga usted la completa seguridad de que no habrá lugar en el mundo donde pueda esconderse de mi señor.

Don Enrique fue a encaminarse hacia la salida cuando don Melquíades se puso delante de él.

—Y tenga usted por seguro que, si hubiera hecho un daño irreparable a cualquiera de estas dos mujeres, yo mismo le habría metido este balín en la cabeza, ilustrísima —le dijo—. A pesar de no ser su igual y de que me costase la horca.

La manera tan directa y resuelta con la que se había expresado hizo que doña Úrsula mirase a don Melquíades de una forma que Clara no había visto nunca en la dueña, una mezcla de sorpresa y extrañeza. Don Enrique miró al mayordomo como si estuviese valorando acabar con él por su osadía y, tras ponerle el bastón sobre el pecho, le obligó a apartarse, pero él se mantuvo en su sitio.

—Reza al Todopoderoso para que tu señor siga con vida, pues de no hacerlo recordaré tus palabras —susurró el marqués.

Clara se incorporó apoyándose sobre los brazos del teniente y miró hacia la dueña.

—Le agradezco su intervención, don Melquíades —dijo doña Úrsula.

El mayordomo asintió sin retirar la vista del marqués, que, escoltado por cuatro guardias de Castamar, se iba haciendo cada vez más pequeño. Justo cuando estaba a punto de salir del corredor se detuvo. Se giró de tres cuartos con su acostumbrada elegancia para escrutarla directamente, cargando el rostro con su gesto más peligroso, y la señaló con el dedo. Clara irguió el mentón, pese a sentirse amedrentada por aquel individuo, y permaneció firme hasta que le perdieron de vista. Respiró entonces agitada, sintiendo todavía la mano del marqués en la entrepierna. Un acceso de asco profundo se instaló en la boca del estómago y tuvo ganas de vomitar. Se vio invadida por un sentimiento de urgencia que la hizo salir corriendo casi sin despedirse de los presentes. Con arcadas en la garganta, ordenó preparar media cuba de agua caliente y aguardó a que la llevaran a su cuarto. Esperó tragando saliva, con el cuerpo destemplado y los nervios tensos. Cuando los dos mozos se marcharon

dejando la cuba llena, no resistió más y, sin quitarse la falda ni el guardainfante, conteniendo el vómito apenas, se introdujo dentro y se lavó a fondo el sexo.

CAPÍTULO 43

29 de octubre de 1721

Diego bordeó un pequeño matorral de jaras y se ocultó detrás del tronco de un poderoso pino. Su hombres, dispuestos para el asalto, avanzaron dispersándose en abanico en el mayor de los silencios. Desde donde estaba podía ver los costillares de la zona de carga de la galera. Sobre ella destacaba la caja de madera que escondía la celda de barrotes de acero donde yacía prisionero su hermano. Avanzaron un poco más en silencio dispuestos para caer sobre los mercenarios que lo custodiaban sin dar tregua.

«Está vivo», se dijo otra vez. Se lo había estado repitiendo durante los últimos días para que su esperanza no mermase. Recordaba cómo había cabalgado aprisa, todavía con el olor a pólvora en su bocamanga, hacia la casa de don Luis de Mirabal, uno de los mejores amigos de su padre y el presidente del Consejo de Castilla, la máxima autoridad jurídica después del rey. Este, al verle allí con la cara desencajada y los guardias reales como escolta, se había asustado.

«Muchacho —le dijo tuteándole por la cercanía de toda una vida—. Parece que llevas el diablo metido en el cuerpo».

Diego no le dio tiempo a más, y entrando en el recibidor de la casa, le narró todo lo que había averiguado por boca del Zurdo. Para cuando terminó, el diablo ya danzaba con don Luis también. Manuel Villacañas y sus guardias de corps prestaron testimonio y juramento de que todo lo que había ocurrido en la corraliza de El Zaguán era cierto. Don Luis le aseguró que a partir de ese momento se ocuparía él, y antes de salir por el umbral le había detenido para avisarle de que había indicios para abrir una causa contra su amigo don Alfredo Carrión por delito nefando.

«En estas circunstancias todos somos hombres de honor, don Luis —contestó Diego—, y Alfredo aceptará la condena que le sea estipulada. Espero que en su sabiduría comprenda usted el tipo de hombre que es el barón de Aguasdulces, más allá de la inclinación enfermiza por la que se ve afectado».

Don Luis simplemente había asentido y le había asegurado que la Inquisición no tendría potestad en el juicio, pues él se encargaría de que así fuera. Nadie deseaba otra historia como la de Melchor Macanaz y una causa de fe ***.

«Si no le importa, escribiré un pliego antes de partir a Alfredo, deseo

explicarle todo lo ocurrido, y le pediré el favor de que alguno de los suyos le entregue».

«Vamos, vamos. No tienes que preocuparte de eso, muchacho».

«Gracias, don Luis. Ahora comprendo por qué mi padre le tenía en tanta estima —declaró, y ya iba a irse cuando se detuvo—. Por cierto, estoy investigando la muerte del doctor don Armando Belmonte en la guerra. ¿Le conocía usted?».

«¿Don Armando Belmonte, dices? No, nunca tuve el gusto de conocerle».

Diego le había agradecido de nuevo su ayuda. Tras despachar la nota dirigida a Alfredo, había partido de urgencia. Mientras, el anciano don Luis quedó escribiendo una carta directa al regidor, para que este a su vez dispusiese a los alcaldes de Casa y Corte, a alguaciles y porteros de su máxima confianza, y cursaran una orden silenciosa de arresto contra doña Sol, la marquesa de Villamar, por asesinato de Alba de Montepardo. Su intención, y así se lo había hecho ver Diego, era apresarla lo más discretamente posible, sin que se corriese la voz ni se produjeran rumores que pudieran alertar al marqués y a su secuaz Hernaldo, sobre todo antes de rescatar a su hermano. Precisamente el plan del marqués pasaba por estar en Castamar cerca de su madre y lejos de todo, para que nadie pudiera implicarle en ningún delito. Y esto era lo que Diego necesitaba: mantener a don Enrique ajeno a sus acciones, creyendo que su siniestro plan había obtenido éxito cuando en realidad él deshacía toda la madeja hasta que no quedase urdimbre. Por eso, antes de salir de la finca había ordenado a uno de sus capitanes que le hiciera llegar un aviso a su casa de Leganitos si el marqués abandonaba la hacienda.

Tras desbaratar la estrategia del marqués, llegaría el momento en que se encargaría personalmente de él, y justo cuando se creyese vencedor, ya estaría derrotado. Era una cuestión de honor, y don Luis, criado en la vieja escuela de la palabra y la honra, lo había comprendido.

Con la primera alborada, Diego había partido hacia Portugal junto a un nutrido grupo de hombres armados entre los que se encontraba el doctor y el cirujano de la compañía. Era consciente de que, si su hermano cruzaba la frontera y lo vendían como esclavo, sería mucho más difícil encontrarle. En su camino buscó cierto consuelo en las plegarias al Señor, pues su relación con el Todopoderoso se había estrechado a tenor de lo desvelado con relación a la muerte de Alba. No podía culpar a Dios por un accidente que causaron los hombres. Cobraba sentido ahora la frase de su capellán afirmando que la voluntad de Dios era incognoscible y que tal vez no cupiese culparle sin

conocer los motivos. Durante tanto tiempo había creído que la muerte de Alba fue un suceso divino que al ser consciente de que erraba se sintió avergonzado, como si hubiera culpado a un ser querido de un acto injusto que no había cometido. Por eso ahora, al recordar todos estos sucesos, con la desazón en los labios y el alma encogida, lanzó una nueva plegaria al Señor Todopoderoso. Esta vez no le rogaba perdón, sino que su hermano siguiera vivo.

Cabalgaron todo lo rápido que les permitían sus monturas hasta que tras cuatro días divisaron la galera a media tarde, dirigida por un mayoral y dos zagales, y escoltada por cuatro mercenarios. No la asaltaron en ese momento; aguardaron a que los secuestradores se detuvieran a las afueras del camino entre Coria y la frontera lusa para hacer noche. Cuando los soldados de fortuna se instalaron alrededor de un fuego, a unas decenas de codos, custodiando a su hermano en aquella prisión forrada de madera de la que le había hablado el Zurdo, se dijo que había llegado la hora. No podía soportar la idea de que Gabriel estuviera cautivo allí dentro como un animal. Apenas habían colocado una portezuela superior por donde le daban el agua y la comida. Supuso que habría sido poca y de mala calidad para mantenerle débil. Aguzó la vista y pudo entrever al mayoral y a los dos zagales dando de comer a los cuatro bueyes, que parecían cansados tras tirar de la galera durante días. Al avanzar hacia ellos, había comprobado que los cuatro hombres de armas hablaban distraídos en torno al fuego.

Durante los días que llevaban persiguiendo aquella endemoniada carreta, parando lo justo en las postas para cambiar caballos, no había dejado de recordar las palabras de aquel engendro de ser humano: «Yo maté a su mujer... Yo entrené a su caballo para que la aplastase a la orden de mi silbato, y de haber tenido más tiempo para adiestrar al suyo, este le habría aplastado también a usted». Si se dejaba llevar por la cólera y la venganza, mataría a todos los que estaban allí acampados. Pero los zagales apenas estaban en edad para tener barba, y de seguro que solo hacían las veces de transportistas. A los mercenarios, por su parte, los habían contratado para mantener la carga alejada de los bandidos. Estaba completamente seguro de que —salvo que alguno de ellos fuera Hernaldo de la Marca— ninguno se imaginaba que llevaban a un hombre libre, y menos aún hermano de un Grande de España. Por eso no quiso desatar la furia que llevaba dentro.

Se giró y ordenó a Manuel Villacañas, barón de Salinasmellado, y a su teniente de corps que se preparasen. Dado que no deseaba causar muertes

innecesarias, planeó aparecer por sorpresa sobre el campamento antes de que tomara las armas. Él y los suyos se acercaron caminando de árbol en árbol, aprovechando el sonido del viento para amortiguar sus pisadas hasta llegar al claro. Diego aguardó, con la paciencia suficiente, a que sus hombres estuvieran colocados, y entonces, viendo la oportunidad, hizo un ademán idéntico al que realizaban cuando salían a una encamisada en plena noche.

Salió corriendo desde detrás de las jaras hasta alcanzar el círculo. Antes de que el primero pudiera reaccionar, le incrustó el mosquete en la cara y, sin dudar, amenazó al segundo con agujerearle el pecho si se movía. Manuel, en paralelo a él, como buen veterano de guerra, no le dio tiempo al tercero a que se moviera, y viendo que iba a coger un trabuco, descargó su mosquete y le voló dos dedos de la mano. El hombre gritó de dolor hasta que su chillido se cortó en seco cuando otro de sus guardias le incrustó la culata en el cuello. El cuarto de los mercenarios, que estaba más alejado y parecía ser el líder, se lanzó a por su pistolón, pero Díaz Merino, su fornido sargento de corps, que tenía las espaldas tan anchas como un toro, le pateó la cara haciéndole saltar varias muelas. Los dos pobres zagales, al ver más de quince hombres salir de la espesura armados hasta los dientes, se tiraron al suelo, y el mayoral, que debía de ser su padre, los cubrió con su cuerpo.

—¡No abran fuego, no abran fuego! —chillaba sin parar.

Con la situación controlada, Diego saltó al carronato con una de las linternas gritando el nombre de Gabriel. Al abrir la portezuela de la caja, un olor nauseabundo casi le hizo vomitar. Cubriéndose con la bocamanga de su chaquetón, pudo atisbar, sobre sus propios excrementos y con la espalda hecha jirones, el cuerpo inerte de su hermano.

Mismo día, 29 de octubre de 1721

Tras una noche apacible de nuevo en su cama, tuvo que reconocer que tanto tiempo en la hacienda del duque le había hastiado. Justo después de partir de Castamar, Enrique había decidido enviar una nota a Hernaldo para que se personase en su casa. Esa misma mañana le avisaron de que Hernaldo había pedido audiencia para verle.

—Le recibiré en el salón de arriba —informó a su mayordomo tras encargarse de un aperitivo de encurtidos con olivas y queso curado de oveja.

Mientras aguardaba la aparición de su hombre, meditó sobre cómo las últimas acciones previstas desencadenarían la última parte de la tormenta.

Siempre se le había dado bien hacer fluir lo fatídico de la vida en la dirección deseada; es más, por lo general incluso tenía suerte a la hora de hacerlo. Por

eso le dejó un mal sabor de boca abandonar la hacienda de don Diego escoltado y sin consumir el desfloramiento de la cocinera. Aun así, estaba seguro de que tarde o temprano el duque aparecería pidiendo un desafío aciago para él. Lo cierto es que habría bastado con ponerle la mano encima a la cocinera para que el duque se dejara llevar por la furia. Era ahora momento de sentarse a ver transcurrir el lento caminar de su plan. El negro estaría ya en tierras lusas o incluso muerto, y aunque don Diego debía de andar buscando a su hermano, ya nunca le encontraría. Además, a don Alfredo se le había acusado del delito nefando y le aguardaba el destierro, o incluso algo peor. Y don Francisco estaba ya desprestigiado ante toda la sociedad, con toda probabilidad sería expulsado de la corte. ¡La última carta de doña Sol era tan magnífica! Por eso ahora esperaba tranquilo la aparición de Hernaldo, bebiendo el Valdepeñas y saboreando dos olivas deshuesadas.

De todo aquel turbio asunto, lo que más echaría de menos serían sus conversaciones con doña Mercedes. La pobre, tras ser informada de su actuación con la cocinera, le había escrito una carta lacrimógena afirmando que confiaba en él como en un hijo, y que se había comportado, inexplicablemente para ella, como un desalmado. Se sintió algo conmovido, pero al final uno no podía dejarse llevar por sentimentalismos, sobre todo cuando esa dama no era su madre. Ciertamente era que, de haberlo sido, habría matado por ella.

Mientras que doña Mercedes era una anciana venerable que siempre mantenía su porte y formación nobiliaria en cualquier lugar, su verdadera madre solo había sido una mujer triste y mal casada a la sombra de su marido. Muchas veces la había encontrado en brazos de su amante jadeando y haciendo de su padre un cornudo. Recordó con una sonrisa cómo le gustaba interrumpir cuando ella estaba llegando al orgasmo, y con cara inocente la llamaba «madre» y le preguntaba por qué gemía de esa forma. Ella, completamente turbada, se revolvía y le cruzaba la cara expulsándole de allí. A él no le importaba, y luego más tarde, en la cena junto al cabrón de su padre, hacía patente con una frase sutil que su madre había estado amancebándose con un hombre más joven. Entonces su progenitor se levantaba y con el cinturón la azotaba desatando su impotencia, con las mandíbulas desligadas y su espíritu iracundo vomitando por los ojos. Mientras, él los contemplaba y seguía cenando como si fuera un espectáculo teatral representado en la Corrala del Príncipe o de la Pacheca.

De alguna forma, aquella obra la había orquestado él y se merecía disfrutarla.

Su padre, por contra, era un hombre con ínfulas —demasiado torpe para la política — que jugaba a ser parte de los intereses de otros. De él solo aprendió lo que no se debía hacer y el ansia por el poder. «Debes ser el señor de tus vicios y el dueño de las acciones de los demás —se dijo al ver a su padre moribundo en el lecho —, justo lo contrario de lo que ha hecho tu progenitor». Este, antes de fallecer, le rogó que consiguiera la grandeza de España para el apellido Arcona. Se lo había jurado. Al fin y al cabo, lo único que tenía que agradecer al anciano era que le hubiera dado una educación adecuada a su clase.

A él, en el fondo, le crio su aya, a la que había vuelto medio loca, pues desde bien pequeño se había dedicado a atormentarla haciéndole repetir una y otra vez el mismo trabajo. Si le vestía, él se desvestía y la llamaba para que volviera a hacerlo; incluso fue capaz de prender fuego a su propia ropa y ensuciársela con la comida solo para verla arrastrarse a sus pies en busca de una nueva muda. Era una mujer inquebrantable, silenciosa, que nunca se quejó por más maldades que él hiciera. Siendo él ya un infante y ella ya una anciana, se divertía montando sobre su espalda como si fuera un caballo y haciendo que galopase. La muy desdichada solo decía: «Señorito, que no se me da bien», al tiempo que él la animaba a saltar sobre la silla. La pobre se encontró con el Señor Todopoderoso una mañana de forma silenciosa en la cama. Él, que siempre le ordenaba dormir en una cámara anexa a su dormitorio, se había levantado exasperado al comprobar que no le respondía, y al encontrarla muerta —nunca supo el motivo— se echó a llorar desconsoladamente, cosa que no hizo cuando les llegó el turno a sus padres.

«Pobre Consolación —se dijo—, nunca comprendió mi naturaleza». Según se decía, los niños poseían una malicia especial que, si no se corregía, se convertía en vileza. Él, que de por sí ya albergaba una buena dosis de esto en su espíritu, transformó esta impronta infantil en su pozo engullidor. Tal vez el criarse sin disciplina ninguna le había convertido en el ser despiadado que era. Lo único que había deseado en su vida era a Alba de Montepardo, porque ella significaba un camino a la salvación. Habría podido ocurrir que su matrimonio fuese un desastre, que la hubiera convertido en una infeliz cuando ella llegase a conocer su verdadera esencia. «Su muerte solo precipitó la naturaleza destructiva de la que estás hecho», se dijo. Sin embargo, desde que la conoció, tuvo la intuición de que Alba habría alejado la oscuridad de su espíritu, que su adoración por ella le habría transformado hasta el punto de olvidar la ambición política y las intrigas heredadas de su padre; la amaba

tanto...

Esto era algo que ya nunca podría averiguar solo porque don Diego había aceptado el simple intercambio de monturas con ella. Si el duque no hubiera sido su enemigo político, si no hubiera sido el hombre que había frustrado sus planes para entronizar al entonces archiduque Carlos, si no hubiese impedido con esto que él se convirtiera en el Grande de España que debía haber sido, si no le hubiera arrebatado a Alba cuando la estaba conquistando..., podría haber comprendido que el intercambio de caballos había sido un suceso completamente azaroso. Aun así, se veía obligado a responsabilizarle también de esto, llevado ya por su inercia de culparle de cualquier mal que ocurriese en el mundo. Don Diego debía pagar perdiendo a sus amigos, su prestigio y, por supuesto, Castamar. Una de las primeras cosas que haría cuando él fuera el amo de Castamar sería sacrificar sus caballos con el máximo dolor posible, para saber al menos que el animal que aplastó el cuerpo de su amada Alba no estaba ya entre los vivos. Le había puesto enfermo verlo lomo con lomo con su propia montura en Villacor, deglutiendo su forraje en las caballerizas mientras lo cepillaban. «Bien lo hubiera descuartizado para hacer cecina», se había dicho entonces.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando el ujier le avisó de que Hernaldo esperaba fuera del saloncito. Extendió la mano y depositó la copa sobre la rinconera. Su hombre entró y, tan cauto como siempre, no habló hasta que se cerró la puerta y él hizo una seña para que se aproximase. Fue entonces, al dedicarle una mirada sencilla, cuando comprobó en su rostro terroso un gesto desazonado. Le preguntó qué le ocurría y Hernaldo le miró apretando los labios hasta casi hacerlos desaparecer en una línea.

—No hubo intercambio de caballos —le dijo de pronto.

Él levantó una de las cejas y le miró de arriba abajo. El soldado casi temblaba al decirle aquellas palabras. Él, tranquilo como siempre, apuró la copa y se secó los labios. Después se puso en pie y se acercó lentamente hacia él.

—Disculpa, Hernaldo, ¿puedes repetirme eso? —le pidió amablemente.

—No hubo intercambio de caballos —le dijo de nuevo—. El Zurdo entrenó al caballo de doña Alba.

Él cerró los ojos recordando la única vez que la había besado y cómo ella le había correspondido. Mantuvo los párpados en clausura, tratando de contener un sentimiento entre la ira, el dolor y el remordimiento. Cuando los abrió, contempló a Hernaldo a unos pasos de él con la cabeza gacha.

—¿Y por qué esa escoria decidió hacer tal cosa? —le preguntó con la voz

tomada.

—Por dinero, ilustrísima —contestó él sin dilación—. Le pagó doña Sol Montijos, sospeché esto cuando una ramera llamada...

—No me importa —le cortó.

—El Zurdo ya está en el otro barrio, por eso...

—¡¡¡No me importa!!! —vociferó estallando de golpe.

Con cierto aplomo, Enrique se dirigió hacia el canapé elaborado con carey de las Indias y se sentó haciendo acopio de todas sus fuerzas para no dejarse llevar por los sentimientos que bullían en su interior. Tragó saliva y miró a Hernaldo, que seguía con la cabeza gacha sin decir nada más. Después, en un ejemplo de entereza, trató de dissociar su ira del arrepentimiento y la culpa, con el fin de desahogar primero esta.

—Atiende lo que voy a decir —dijo apenas recompuerto—. Deseo que te persones en casa de doña Sol sin ser visto, y una vez allí le arrancas el corazón del pecho y me lo traes.

Hernaldo le miró espirando ciertas dudas, y Enrique pudo comprender sus reservas. Segar la vida de la marquesa de esa forma atraería la atención de las altas instancias. Asesinar al Zurdo o a las putas o a los matarifes era una cosa bien distinta que arrancarle el corazón a una mujer noble. Esto pondría patas arriba Madrid en busca de su cabeza. Si él mismo había dejado clara su prohibición de asesinar directamente al Castamar en su momento, esto era lo mismo. Sin embargo, su cólera estaba a punto de hacerle vomitar, y lo único que contenía la arcada era imaginar a esa perra lujuriosa de doña Sol ahogada en su propia sangre. Ya no le importaba nada.

—Ilustrísima —insistió Hernaldo jugueteando nervioso con el tricornio entre los dedos—, con el debido respeto... Creo que eso nos expondrá...

—¡¡¡Arráncaselo!!! —le chilló aún más fuerte, y bebió con los labios apretados a la copa.

Intentó serenarse mientras Hernaldo le hacía una reverencia y se encaminaba a cumplir su orden. Enrique permaneció inmóvil, en un diálogo interior, diciéndose que la ira no era buena consejera, que la venganza directa no conduciría más que a su derrota justo cuando estaba a punto de obtener la victoria definitiva. Levantó la voz de súbito deteniendo a su lacayo, y le dijo que esperase y que no hiciera nada hasta que él así lo ordenara.

—De no ser mi hombre más cercano, te arrancarías la piel a tiras por incompetente —le dijo tratando de satisfacer su cólera—. Retírate.

Se quedó con su aflicción y su rabia como compañeras, tan solo como había

estado toda su vida. Se acercó al ventanal, desde donde veía los montes verdosos del norte de Madrid, y sin poder contenerse comenzó a llorar, frío e inmutable, sin sollozos. Como un jarrón olvidado en aquel salón, se percibió pequeño y grotesco, y tuvo ganas de acabar con su propia existencia. Don Diego le había arrebatado su sueño de la grandeza, el amor de Alba, pero definitivamente no era el culpable de la muerte de esta. Detrás de la muerte de Alba no había un capricho del duque, sino la mano de doña Sol Montijos. Su odio por don Diego no menguaba, pero surgió una inquina contra sí mismo por haber sido tan estúpido. Vencido por sus propias lágrimas, se sostuvo en los cortinajes y, poco a poco, llevado por la amargura, se dejó caer.

Permaneció allí tratando de buscar las fuerzas suficientes para acabar lo que había empezado, para que don Diego pagase y doña Sol pagase aún más, pues aunque no podía soportar la existencia del primero, la segunda había obtenido un logro que el duque no había conseguido nunca: que se odiase a sí mismo. De pronto llegó a una conclusión sencilla que había estado evitando: él era el principal culpable de la muerte de Alba. Durante todos aquellos años se había comportado como un cobarde, refugiando su culpa en el odio que sentía por su enemigo.

Al pensar esto, la amargura se quedó encadenada en su pecho y le fue imposible respirar, hasta el punto de quedar hecho un ovillo en el suelo, lanzando gorgoteos, destilando lágrimas frías sobre la alfombra. Lo atenazó una soledad descomunal vagando entre los demonios negros de su alma, y allí, en el epicentro de su dolor, se instaló una añoranza poderosa; una que le impelía a refugiarse en aquellos dos besos que habían aterrorizado y colmado de felicidad su espíritu: el que le había ofrecido doña Mercedes, como una madre, y el que le había procurado Alba, como la amante esposa de Arcona que nunca había sido.

CAPÍTULO 44

Mismo día, 29 de octubre de 1721

Francisco se despertó en sus brazos, recogido desde su espalda. Se dio la vuelta para acariciar los senos de Sol y la besó en la frente, como si esto pudiera arrancarle todas las preocupaciones. Había concluido que sus juegos de poder fueron solo una diversión. Cuando se había visto en un momento de gravedad, ella había dejado paso a una verdadera preocupación. Llevada por este sentimiento, Sol no se había despegado de él ni un solo día, asistiéndole en todo lo necesario. Precisamente por su entrega en ese asunto, había descubierto que Sol estaba ya incrustada con más fuerza en su corazón que cualquier otra mujer en su vida. Los juegos de poder y seducción habían dado paso a algo muy superior, mucho más profundo.

Habían llegado a Madrid la noche anterior, a pesar de los ruegos de Sol por seguir en su finca de Montijos. Ella quería quedarse allí hasta que todo el problema de Alfredo se viera resuelto, posiblemente con el destierro. Sin embargo, él ya no podía seguir recluido sin saber qué estaba pasando en Castamar. A su llegada, Alfredo, que debía haber puesto algún lacayo en la calle aguardando su regreso, se personó ante su puerta con el fin de hablar con él. Se produjo un suceso desagradable, los porteros le cerraron el paso y lo expulsaron de la casa. Francisco, tras dejar dicho que cualquier correo que llegara de Alfredo lo devolviesen sin abrir, le envió una nota unos minutos más tarde:

No lo intentes más, Alfredo. No deseo verte y solo servirá para que me hagas más daño y te lo hagas a ti.

Francisco se levantó acomodando la cabeza de Sol sobre la almohada con delicadeza para no despertarla. Ella gimió al ver que se despegaba, pero no abrió los ojos. Se acercó hacia su secreter y comprobó que no tenía correo de nadie. Ya le había extrañado no recibir ningún correo de Diego en la hacienda de Sol y, por qué no decirlo, también de Alfredo, pues había esperado que tratase de romper su falta de respuesta con un segundo intento. Sin embargo, no haber recibido en Madrid ninguna tarjeta de visita de algún conocido era aún más insólito. Era habitual recibir varias en una semana. Pensó que en efecto las cosas debían de estar tranquilas en Castamar, y tal vez don Enrique no era el culpable de todas las desgracias. Al fin y al cabo, la sodomía de Alfredo

era un pecado solo suyo, y habérselo ocultado durante tanto tiempo no tenía nada que ver con el marqués. Pocas cosas le asqueaban más que un invertido, y la sola idea de que su amigo hubiera tenido amoríos con varones le indisponía todo el cuerpo.

Francisco se puso la bata, se calzó unos pequeños escaarpines domésticos y se encaminó al saloncito donde solía desayunar antes del aseo, uno no demasiado grande, anexo a su habitación. Su mayordo mo le recibió con una sonrisa extraña que no pudo descifrar mientras ordenaba que le subieran el desayuno. Esperó paciente hasta que aparecieron los lacayos portando varias bandejas. Se estiraba la servilleta sobre el regazo cuando detectó en ellos cierto nerviosismo que también le extrañó. Tenían todos unas miradas huidizas y cómplices que no entendía.

—¿Ocurre algo que deba saber, señor Torres? —le preguntó a su mayordomo.

Este se quedó de piedra, como si hubiera visto una aparición del más allá, y ne gó con la cabeza más nervioso.

—Hable usted, hombre... Está claro que pasa algo.

—No..., no sabría qué decirle, señor. No hay nada que... yo...

Francisco, más confuso aún por la reacción de su mayordomo, se sintió demasiado cansado como para discutir. Ú nicamente deseaba estar solo. Bastante tenía ahora como para preocuparse de problemas domésticos.

—Está bien, déjenme desayunar tranquilo.

Sus criados salieron del salón como si tuvieran cierta urgencia y él comenzó a desayunar.

No fue hasta un rato después que oyó una de las puertas de su alcoba abrirse. Supuso que Sol se habría despertado y continuó saboreando los huevos pasados por agua. Aguardó unos minutos pensando que aparecería con su bata, pero no ocurrió así. «Seguro que se está acicalando», se dijo. Se había levantado con el fin de sorprenderla cuando percibió unas voces tras la puerta de su dormitorio. Se acercó lentamente, extrañado.

—Debemos darnos mucha prisa, señora —oyó decir a una voz de varón.

Por el intersticio de la puerta entornada descabalgó la vista y comprobó que Sol se estaba vistiendo a toda prisa, ayudada por su escribano Carlos Durán, al que había visto alguna vez en casa de ella.

—Tengo todo preparado, ilustrísima —le decía este—, incluida la caja de caudales.

Le extrañó aquella declaración. Era evidente que Sol tenía que partir aprisa con gran parte de su fortuna. Fue a llamar para interrumpir la escena, pero la

siguiente frase del escribano le detuvo:

—Se presentaron en la casa con una orden de detención —decía el hombre—. No tardarán en averiguar que se encuentra usted aquí y vendrán para apresarla. Comprendió de inmediato que Sol debía haber cometido algún tipo de delito grave. Rezó para que ella no tuviera nada que ver en la divulgación del secreto de Alfredo y que el amor que aquellos días le había dispensado no fuera una mentira. Oculto tras la puerta, la vio rodear la cama y dirigirse hacia una de las mesitas próximas al ventanal para comprobar si había alguien esperando en la calle. Mientras su suba lterno recogía del tocador las joyas que ella llevaba la noche anterior, Francisco abrió la puerta situándose entre ambos.

—¿Por qué delito te van a arrestar? —le preguntó Francisco.

Sol se sobresaltó y el escribano retrocedió un paso. Ella tartamudeó un instante y miró a su hombre aterrorizada. Tuvo que preguntárselo de nuevo. Durán, que había roto a sudar, comenzó a deslizar la mano hacia la espalda suavemente, por lo que Francisco intuyó que podía tener un arma cebada.

—Debo irme ahora mismo —declaró Sol, y se dirigió hacia el umbral.

El escribano fue a seguirla cuando él se interpuso y cerró la puerta impidiendo su salida. Un silencio grávido sobrevoló las miradas rápidas que los tres se dedicaron. Francisco avanzó un paso, acercándose a sabien das al escribano, por si le daba por intentar tomar el arma que llevara oculta.

—De aquí no sales hasta que no me cuentes cuál es el delito del que se te acusa, Sol —le dijo bloqueando el paso.

Ella le miró con los ojos cargados.

—Apártate. Debo irme. No es el momento de hablar.

Él, con cierta parsimonia, asintió.

—Es el mejor de todos los posibles —le dijo—. ¿Por qué delito te van a arrestar?

El escribano, con el cuerpo lleno de nervios, le miraba con ojos de cordero degollado, rezando por que se apartase de la puerta. Sol se aproximó a Francisco con el mentón alzado.

—Me buscan por una deuda de juego.

Él se carcajeó, consciente de su mentira, y ella, impotente, le abofeteó.

—¡Déjame salir ya, Francisco! —repitió.

—No —le contestó sereno y mirando al escribano de soslayo—. Dime por qué desean llevarte presa o te llevaré yo mismo.

Atisbó que el hombre echaba al fin la mano al interior de la casaca y, antes de

que pudiera extraer el arma, se lanzó hacia él. El escribano, poco ducho, apenas sacó un pistolón que salió despedido de su mano hacia la cama en cuanto Francisco le golpeó con el puño en la muñeca. Antes de que pudiera reaccionar, le empotró la pierna en el estómago y le hizo retroceder y encorvarse hasta caer al suelo de espaldas. El hombrecillo, sin costumbre ninguna a la violencia, le miró desde abajo y levantó las manos para que no continuara pegándole.

—Déjale de inmediato —le ordenó la voz dura de Sol.

Francisco se giró hacia ella para preguntarle de nuevo por el delito que había cometido, pero se quedó sin voz al ver a Sol con el arma enhestada apuntándole.

—Apártate de mi camino, Francisco —le dijo—. No voy a permitir que me arresten.

Comprendió que el delito debía ser muy grave para que llegase a amenazarle de esa forma. La escrutó, acercándose un poco a ella, y la volvió a interrogar sobre el delito.

—Hazte a un lado o aprieto el gatillo.

Él trató de dilucidar si llegaría a hacerlo. Sol, decidida y con los ojos brillantes, se aproximó hacia él y le encañonó la cabeza.

—¡Que te apartes! —le chilló desesperada—. ¡No ves que no quiero matarte!

Permaneció allí mientras el rostro de Sol se empapaba de amargura y desesperación. Vio cómo los ojos enrojecidos de ella se humedecían. Francisco negó con la cabeza, manteniendo su mirada, mientras el escribano se ponía en pie entre resoplidos a su espalda. Francisco se acercó aún más a Sol y extendió la mano para acariciar su rostro.

—Santo Dios, Sol —le dijo—, ¿qué has hecho?

Ella mantuvo en alto el brazo tembloroso, con la vida de él a un golpe de gatillo, invadida por la suavidad de su tacto y por los momentos que ya nunca tendrían. Desmembrada, negando con la cabeza, buscando alguna forma de articular las palabras que justificaban su arresto, se veía impelida a verbalizar lo imposible. Entonces chilló de rabia, para luego apretar los dientes. Francisco esperó, y ella, con la respiración agitada, clavándole las pupilas y con los pómulos brillantes, pudo por fin contestar a su pregunta con una simple frase que extendió un cementerio entre ambos.

—Yo ordené matar a doña Alba de Montepardo.

Y sin previo aviso, mientras pronunciaba estas palabras heladoras, desvió el cañón y descargó la avancarga sobre su brazo. Francisco percibió un latigazo

que le recorrió la espina dorsal, y apenas le dio tiempo a parpadear. Se sintió colapsado por el dolor y, para cuando abrió los ojos, ella había tirado el arma y salía por la puerta con su escribano. Se sintió completamente desubicado, con un frío glacial extendiéndosele por el brazo izquierdo y la cabeza embotada. Trató de reponerse con el fin de seguirla, pero apenas pudo dar un par de pasos antes de perder el equilibrio embargado por el vértigo.

Se tapó la herida del brazo para evitar perder más sangre, tratando de catalogar la extensión del daño. Comprendió que el balín le había atravesado de lado a lado la parte exterior del hombro. Por el volumen de sangre que manaba y por su color rojo oscuro, creyó que no había dañado ninguna arteria principal, pero era lo suficientemente grave para perder la vida si no obtenía atención médica pronto. La guerra le había dado cierta noción sobre las heridas, y el doctor de campaña ya le había explicado que la sangre roja oscura siempre fluía más lentamente que la que supuestamente circulaba por las arterias, más brillante y más rápida a la hora de abandonar el cuerpo. Chilló a su servicio para que vinieran a socorrerle, pero no fue hasta el tercer alarido que su mayordomo penetró en el saloncito anexo para alcanzar la habitación y encontrarle allí.

Este ordenó a sus gentilhombres entrar y disponerle en la cama, presionando la herida, mientras otros partían en busca de un doctor y un cirujano avezado. Su criado comenzó a buscar el balín de plomo por toda la habitación, consciente de que la tela de la ropa, al contacto con la sangre, podría producirle fiebres y la muerte. Lo halló, con el lino incrustado en rededor, alojado en una de las patas onduladas del tocador. Murmuró que había tenido suerte y Francisco rezó para que ninguna hebra se hubiera quedado en su cuerpo.

El tiempo comenzó a desgranarse lentamente.

Sus gentilhombres se turnaban para presionar la herida y evitar que saliera sangre. Sin embargo, conforme pasaban los minutos, su brazo empezó a perder color y se convirtió en un témpano de hielo pegado a su cuerpo. Mientras mordía las sábanas con el fin de mitigar el dolor, comprendió que, si la ayuda médica tardaba mucho más, moriría desangrado.

No le parecía justo dejar esta vida con todas aquellas tribulaciones en mente: el alma hecha pedazos por la carta de Alfredo; la desazón por su prestigio perdido; el balazo ardiéndole en el hombro, y en su espíritu aquellas palabras atroces al confesarle Sol que había ordenado la muerte de doña Alba.

El doctor y el cirujano aparecieron tres cuartos de hora más tarde. Le administraron opio bebido y luego aspirado tras calentarlo sobre un pequeño

cuchillo filoso. Casi de inmediato comenzó a sentir una relajación extrema hasta caer en una somnolencia deletérea y pesada. No supo si estaba muriéndose o si el cirujano había podido contener la hemorragia a tiempo; no supo si había dejado de respirar o solo dormía. Se sintió navegar, desvariando; llamaba a Alfredo y le decía que tenía un miedo atroz a la muerte. Este, sentado a su lado, le apaciguaba cogiéndole la mano, susurrándole palabras de consuelo. Antes de perder completamente la consciencia, vio el rostro de Leonor llorando a su lado y diciéndole cuánto le quería. Se abandonó al vacío recordando los pasajes más importantes de su vida. Revivió su infancia en la costa valenciana; su vida en París, en el Collège de Louis le Grand; la muerte de su padre, Rodrigo Marlango, rogándole que llevara una vida sensata, con esposa y descendencia; sus largas noches de andanza con Alfredo y Diego, y su incansable necesidad de seducir a mujeres mayores que él.

Entre vahídos se recordó de pronto en una de las entrañables veladas de Castamar con Diego y la espléndida Alba, con Alfredo y con su conquista de aquella noche, la viuda doña Cristina de Madrigales. Se empapó de una melancolía extrema deseando atrapar aquel momento, que nunca había recordado antes, como uno de los más dulces de toda su existencia. Navegó entre las risas de Alfredo, las sonrisas enormes de Alba y sus comentarios elegantes, los ademanes sobrios de Diego y las caricias que esa noche le dedicó doña Cristina. Sintió la belleza extrema de aquel instante difuso en el tiempo y, ebrio de nostalgia y belleza, se dijo en un acto postrero de su consciencia que, al igual que en una de las tragedias de Shakespeare, él iba a morir por amor y de amor. Entonces se nublaron sus ojos y ya no volvió a sentir nada.

1 de noviembre de 1721

Pese al aspecto tan deteriorado de su hermano, descubrió que su fortaleza física le había mantenido con vida. Después de sacarle de aquella jaula infecta, Diego ordenó que le lavaran con agua calentada del río Alagón. El cirujano de la compañía, Martín Ojeda, le aplicó las curas oportunas a los verdugones de la espalda. El pobre Gabriel apenas se quejaba y cuando abrió sus ojos lastimeramente solo pudo sonreír un poco. Él le dedicó palabras de consuelo y le besó en la frente. Sus leones se desataron hasta el punto de que se vio obligado a alejarse del campamento a caballo para gritar de rabia. Después tomaron el camino de regreso hasta entrar en Madrid casi cuatro días después. Nada más llegar se dirigió a su palacio de Leganitos con el fin de

hacer un alto y descansar del camino. Tras acomodar a su hermano, bañarle y hacer llamar al doctor Evaristo, decidió despachar el correo que había recibido en su ausencia.

La primera de las cartas era de su capitán avisándole de que el marqués había abandonado la hacienda hacía días. Después leyó otra de don Luis de Mirab al, el presidente del Consejo de Castilla, donde le informaba que la marquesa de Villamar, doña Sol Montijos, había huido y estaba en paradero desconocido. Al final de la misiva añadía una breve posdata: «Querido muchacho, me quedé con el nombre de don Arm ando Belmonte e hice mis averiguaciones. Al parecer, don José de Grimaldo tiene información a este respecto y me aseguró que te escribiría un pliego. Espero te ayude en tus pesquisas».

Diego sonrió. Efectivamente, allí estaba la carta del secretario de Estado don José de Grimaldo. En la guerra hubo muchos héroes anónimos, muertos a manos de los austracistas. Bien lo sabía él, que los había visto morir de uno y otro bando sobre los campos de batalla, despedazados por las bombardas. Sin embargo, intuía que el caso del doctor Belmonte había sido diferente, pues no era un doctor militar, sino un civil al que debieron de pedir ayuda, seguramente el propio secretario de Guerra. Por eso, estando en la retaguardia, a salvo, entre heridos, sangre y vísceras, no co mprendía cómo había encontrado la muerte a manos de los austracistas. Abrió con cierta ansiedad el lacre de la carta y la desplegó.

Querido don Diego:

Me agrada enormemente recibir noticias tuyas por medio de don Luis. Espero poder contestarle sus dudas respecto a don Armando Belmonte, su familia y cómo murió dando la vida valerosamente por Su Majestad. Fue un hombre de una reputación intachable y un doctor avanzado en todos los sentidos. Personalmente, no hubiera confiado mi salud a otro, estando él con vida.

Respecto a su pregunta de cómo murió, fue heroicamente, frente a un destacamento de austracistas que asaltaron el campamento hospitalario que yo mismo le pedí que dirigiera. Dejó viuda y dos hijas, a las que me encargué de transmitir todo mi apoyo y consuelo. Tras su muerte, el rey quiso darle una gracia honorífica a título póstumo, pero con la guerra en ciernes no fue posible acometer dicho asunto. Sin embargo, terminada esta y al enterarme de que su viuda me había dirigido algunas cartas rog ando ayuda, me encargué del asunto escribiendo a su casa particular.

En dicho pliego les confirmé que, después de una conversación con Su

Majestad, este en persona querría hacer honor a su deseo de concederles una gracia. Para mi sorpresa, solo tuve contestación del hermano de don Armando, don Julián Belmonte, que me remitió una carta afirmando que tanto su cuñada como sus sobrinas estaban ya en país extranjero y no volverían, pero que en todo caso él estaría dispuesto a aceptar dichas prerrogativas en nombre de la familia.

Su Majestad me dejó claro que solo concedería la gracia a la viuda o a sus hijas, pero en ningún caso a un hermano. Así que le escribí diciéndole que esto no era posible, pero que, si me decía en qué país extranjero se encontraban o si me daba la dirección, yo mismo me encargaría de ponerme en contacto con ellas. A vuelta de correo, don Julián Belmonte me hizo saber que partieron hacia Francia y de allí a alguna otra nación de Europa, pero que lamentablemente no tenía más noticias de ellas. Investigué durante unos meses en París, mas no fue fructífero, así que abandoné la empresa por imposible.

Espero, don Diego, que esta información le resulte de utilidad, y como siempre deseo que se deje caer más por la corte, ya sabe cuánta estima tienen sus majestades los reyes y yo personalmente.

Sin otro menester, reciba mis felicitaciones por los últimos festejos de Castamar. La comida fue deliciosa. Se despide de usted,

Don José de Grimaldo, secretario de Estado

Diego respiró hondo. No se imaginaba don José el favor que le había hecho al escribir aquellas líneas. Se casaría con Clara pasara lo que pasara; no obstante, deseaba que ella fuese feliz, y ahora había una posibilidad de tomarla como su esposa sin que supusiese un desprestigio para su apellido y un escándalo en la corte. Todavía no tenía claros todos los pormenores, pero aquella carta le permitía elaborar un plan que pasaba por presentar ante los reyes el caso de don Armando. Debía conseguir que la gracia real fuera un título, aun cuando sabía que el ennoblecimiento no implicaría la aceptación directa de la familia en la corte. Su pasado plebeyo entre los fogones pesaría demasiado y sería rechazada de plano. Debía buscar otros caminos para esto y debía pensarlos cuidadosamente.

Lo único de aquel asunto que todavía no le cuadraba era la intervención del tal Julián Belmonte. Por lo que él sabía, solo la viuda de don Armando había dejado España y, además, no lo había hecho hasta la caída en desgracia del cardenal Alberoni, tan solo hacía unos años. No sabía nada de la hija menor, pero era obvio por sus credenciales que la mayor, Clara, nunca había abandonado el reino de España. Supuso que en ese asunto había algo turbio, y

se juró a sí mismo que, desde la tumba y con su ayuda, sería el propio don Armando quien restituyese el prestigio de la familia Belmonte.

Sin dar más tiempo, se sentó frente a su secreter y escribió una carta a su madre para comunicarle que su hermano y él se encontraban bien y que llegarían al día siguiente. Después adjuntó otra para Clara con la intención de que supiera de él. Al terminar despachó otras dos de agradecimiento a don Luis de Mirabal y a don José de Grimaldo. Por último, dedicó unas líneas a la señorita Amelia:

Querida señorita Castro:

Le escribo con el fin de informarla de que mi hermano, por el que sé que alberga nobles sentimientos, se encuentra ya a salvo en nuestra casa de Leganitos, a la que hemos llegado hará apenas un par de horas y desde donde le redacto esta nota. Sé que esto aliviará la angustia que tiene instalada en su espíritu, y espero que también la mía. Mi hermano ha sido torturado de una forma cruel bajo el látigo y se recupera despacio, bajo el cuidado de los médicos. Por eso me permito rogarle, si usted tiene a bien, que venga y sea de nuevo invitada de mi casa. Sé que Gabriel, aunque inconsciente por el dolor que padece, agradecerá profundamente su presencia y todos los cuidados que quisiera dispensarle. Además, yo me quedaré tranquilo de que esté usted aquí, pues debo atender asuntos urgentes en Madrid y no conozco a nadie mejor para velar por mi hermano.

Usted sabe el alivio que proporciona una mano amiga en los momentos de sufrimiento, y espero que no tenga reticencia en venir por los hechos del pasado, que ya han sido olvidados. Precisamente con el deseo de persuadirla de que se reúna con nosotros en Castamar, me permito revelarle que mi hermano desea su compañía más que la mía. Mi certeza se debe a que, entre los delirios provocados por el opio y el dolor de sus heridas, no deja de pronunciar su nombre, y toma mi mano entre las suyas como si sujetara más bien la de usted. Por supuesto, espero que guarde esto como un pequeño secreto entre nosotros hasta que mi hermano esté restablecido. Según los doctores, no será rápido aunque se halle ya fuera de peligro.

Esperando su pronta llegada, se despide de usted,

Don Diego de Castamar

La envió de inmediato, con una guardia armada para que escoltase hasta allí lo más rápidamente posible a la señorita Amelia junto con la que ya tenía asignada. Entonces, ya más tranquilo, con su hermano recuperándose, la señorita Amelia en camino, sana y salva, y su proyecto de Clara viento en

popa, comenzó a repasar el plan que había creado para terminar con el marqués. No se ría enjuiciado ni transportado a Valencia o Cádiz para ser engrillado al remo de por vida; no sería condenado a que un negro le azotase noche tras noche ni a no volver a ver jamás España, ni el sol ni ninguna otra cosa salvo la espalda sudorosa de un galeote como él. No, porque aunque esto le hiciera sufrir mucho más, Diego ya no renunciaría a la satisfacción de ver a don Enrique derrotado cuando su estrategia no fuera más que polvo. No renunciaría a verle humillado cuando comprendiera que había sido él qui en le había puesto fin, ni al dolor que esto le provocaría, y finalmente, no renunciaría bajo ninguna circunstancia a mirarle a los ojos mientras le arrancaba la vida con su propio estoque.

CAPÍTULO 45

2 de noviembre de 1721

El frío se precipitaba sobre los campos de Castamar, y al amanecer ya se podía ver el rocío brillando bajo invernizos rayos del sol. Sentada en una silla, arrebujada entre las mantas tras bañarse, Clara contemplaba la alameda en el más absoluto silencio desde uno de los saloncitos superiores. Desde aquella estancia recóndita ansiaba el regreso de don Diego. Había tratado de controlar sus nervios y su desazón durante su ausencia, pero cada cierto tiempo tuvo que escaparse para observar la entrada de los parterres en una tensa espera. Se convirtió en una pequeña obsesión que la alejaba al menos del recuerdo desagradable del incidente con el marqués. Desde aquel momento no podía evitar sentir cierto desagrado de su propia piel, y había tenido que bañarse con pulsivamente. Percibía la fragancia frutal de don Enrique adherida a su tez como un hedor a jugo podrido del que le era imposible alejarse.

Le llevó un tiempo concluir que su piel no hedía y que solo era su imaginación dolorida. Por eso se obligó a no bañarse más allá de lo habitual. Con el transcurso de los días, sintió que el aroma nauseabundo del marqués se había ido separando de ella hasta desaparecer. Desde entonces solo regresaba aquel efluvio reconcentrado a momentos, cuando recordaba lo que le había ocurrido. Por supuesto, ella fingía normalidad, y volvió al trabajo, preparando la comida de doña Mercedes, que tras la marcha del marqués había quedado completamente abatida. Cuando don Melquíades le explicó lo que don Enrique había tratado de hacer con ella, la anciana no dio crédito y se puso a llorar cayendo en un desánimo que la hizo languidecer.

Clara cocinó algunos platos destinados a levantarle el ánimo a la señora, unas perdices a la fricasé, asadas en cazuela a fuego manso, con clavo, un poco de pimienta y canela; un pernil cocido al vino blanco, al que le echó una escasa libra de azúcar; una buena olla podrida, con toda la sustancia de las legumbres y la carne de morcillo y ave. Para los postres, que era lo que más disfrutaba la duquesa, había preparado una rosodoba, una tortilla a base de azúcar de pilón congelado, yemas de huevo y una pizca de canela. También elaboró un poco de turrón almendrado y, por supuesto, las natillas que tanto le gustaban.

Doña Mercedes mejoró el ánimo solo un poco, pues con el correr de los días no había aparecido nadie para informar sobre ninguno de sus hijos. Al final, Clara percibió cómo la desesperanza se había instalado también en los corazones de la servidumbre. Lo único bueno que llegó con aquella aflicción fue una paz taciturna que había ido diluyendo las habladurías sobre su posible matrimonio con don Diego. Aun así, todo parecía cargado de cierta melancolía. A Simón Casona le veía más agotado y triste, don Melquíades ordenaba todo con cierto decaimiento, y hasta doña Úrsula le parecía menos severa. Entre ambas se estableció un trato fríamente cordial y menos belicoso.

Durante los primeros días, ninguna de ellas intercambió palabra de lo ocurrido en el salón, pero teniendo en cuenta que doña Úrsula la había salvado de un forzamiento y de la pérdida completa de la honra, pensó que debía darle al menos las gracias, tal y como había hecho días antes con don Melquíades. Este último, al agradecersele, la tomó de las manos cariñosamente y le dijo que no le hubiera permitido que nada malo le pasara, incluso aunque no hubiera sido el mayordomo de Castamar. Por contra, doña Úrsula la escrutó de arriba abajo, sentada tras su escritorio, y antes de que pudiera proseguir, la interrumpió con su voz de hielo afirmando que no era necesario decir nada y que habría hecho lo mismo por cualquier otra del servicio. Ella no era una excepción. Ante su sorpresa, Clara la había tomado de la mano, y doña Úrsula la había mirado con más acritud todavía.

«Aun así, deseo darle las gracias», le dijo.

«Pues ya lo ha hecho y puede retirarse», le contestó la dueña, y apartó la mano evitando su contacto.

Desde aquel momento doña Úrsula había entrado en un extraño estado de trance, como si no supiera comprender los cambios de la hacienda. Tal vez era la rigidez de su carácter, o el saber que, si de pronto se relajaba ante el cariño de otros, este se volvería en su contra haciéndola vulnerable. «¿Acaso a todos no nos pasa lo mismo? —se dijo Clara—. ¿Quién no tiene miedo al amor...?». Si había un sentimiento que insuflaba el temor en todas las almas era este, y doña Úrsula, que parecía no haberlo sentido nunca, que solo había recibido del mundo castigo y rigidez, se encontraba desvalida ante las muestras de cariño. Quizá por eso dedicaba ahora miradas huidizas a don Melquíades en la comida de estados, y este, aunque las percibía, hacía como si no reparara en ellas disimulando ante el resto de la servidumbre.

Clara hubiera jurado que la guerra entre ambos había cesado de alguna forma que no comprendía, o, al menos, se había establecido una tregua. La gélida

mirada de doña Úrsula parecía algo más descongelada, en especial hacia don Melquíades. Incluso cuando este y la dueña se cruzaban, se hablaban con un tono más distendido. Un día, mientras caminaba hacia el guardamangier, descubrió a la dueña acariciándose los labios con la yema de sus dedos mientras miraba por el ventanal del pasillo hacia los jardines. Al entrar ella, el ama de llaves se sobresaltó y se fue enseguida, tras dirigir una mirada rápida al suelo y fingir que comprobaba el perfecto estado de las cosas. Clara le hizo una reverencia sencilla y, tras esperar a que la gobernanta saliera, se acercó a la ventana. En el exterior estaba don Melquíades junto al comprador de viandas, Jacinto Suárez, dirigiendo a los portadores que habían llegado desde Madrid. Por más que miró aquella escena no pudo comprender qué había captado la atención de doña Úrsula.

Empapada de la desfallecida tranquilidad que se respiraba en la hacienda ahora, y al ver que los días pasaban sin noticia de don Diego, su desasosiego, al igual que el de doña Mercedes, fue en aumento. Elisa le dijo que todas las mañanas, al entrar en la habitación de la duquesa, la encontraba de pie frente al ventanal esperando el regreso de don Diego y don Gabriel. Si Clara no podía pegar ojo, no podía imaginarse lo que sería para una madre perder a sus dos hijos, y sobre todo habiendo sido ella una cómplice ingenua en los planes de don Enrique. La preocupación de Clara la llevó a hacer exactamente lo mismo que doña Mercedes. Y por eso, desde el saloncito recóndito de la hacienda admiraba cada mañana la alameda deseando descubrir algún movimiento en lontananza que anunciara la llegada de don Diego o algún correo.

Esa mañana no fue una excepción y, con el cabello húmedo todavía por su baño, se estuvo cepillando bajo el calor de una manta mientras el sol desgarraba ya el cielo encapotado.

—Doña Úrsula me ha dicho que la encontraría aquí —la sobresaltó una voz desde el fondo de la sala.

Ella dio un respingo y dejó escapar un gemido ahogado. En el ángulo oscuro del salón se fue conformando una silueta hasta que apareció doña Mercedes. No se podía imaginar cómo la dueña había sabido de sus madrugadas en aquel salón, pero no le sorprendió. «Siempre se entera de todo», se dijo. Hizo una reverencia y mantuvo la cabeza gacha mientras la anciana se aproximaba a ella. Se dio cuenta de pronto de que no la había tuteado, como hizo el día de la cena en la fiesta de Castamar y como acostumbraban a hacer los ilustres con el servicio, sino que, como don Diego, le había hablado de usted. La señora se

detuvo frente a ella y su figura se vio bañada por la luz clareada del día. Le acarició el cabello húmedo y desdibujó una sonrisa triste.

—Parece compartir con mi hijo el gusto por el agua —dijo doña Mercedes.

Ella intuyó a qué se refería, mas no supo qué decir y se limitó a mirarla. La anciana mostraba ojeras de no haber dormido y arrugas cargadas de cansancio. Sin embargo, su rostro tenía cierta relajación, como si de alguna forma se hubiera liberado de la desesperación que había padecido durante aquella espera eterna. La duquesa tomó aire antes de hablar con aquel carácter regio que imprimía a sus gestos.

—Mi hijo está prendado de usted.

Clara se sonrojó al momento.

—Y es obvio que usted también lo está de él.

Los calores le hicieron brillar los ojos y sentirse desorientada. Aun así, le mantuvo la mirada, y la dama, como si tuviera el don divino de escrutar su alma, le acarició la mejilla .

—Tiene usted un ángel en la cara que habla de su buen corazón —le dijo—, y un brillo poderoso en sus pupilas que demuestra una voluntad fuerte.

Ella agradeció el cumplido con una reverencia sencilla y suspiró un poco.

—He venido a buscarla porque esta noche me ha llegado una carta de mi hijo —añadió doña Mercedes.

A Clara se le aceleró el pulso pensando que de alguna forma él seguía vivo y que tal vez eran buenas noticias.

—A mediodía le verá aparecer por esa alameda que no ha dejado de vigilar, igual que yo, durante todos estos días. Gracias a Dios, lo hará con su hermano, al que pudo rescatar antes de que llegara a Portugal para ser vendido como esclavo.

—¡Alabado sea Dios! —dijo ella sin poder contener su alivio.

A la anciana, incapaz de reprimir la emoción, se le inundaron los ojos, como si existiera en su interior una sombra de culpabilidad y remordimiento que asolara su espíritu. Doña Mercedes la miró sin poder apenas pronunciar una palabra.

—Mi hijo... mi hijo Gabriel ha... —dijo finalmente—, ha sido apaleado y azotado salvajemente y... por eso Diego ha preferido detenerse primero en Madrid para buscar ayuda urgente.

Clara, cubriéndose los labios con la mano en un gesto inconsciente, se había quedado horrorizada mientras doña Mercedes le clavaba los ojos y la tomaba de la mano.

—Mi hijo me despreciaría como madre si, además de provocar todo este dolor, le hubiera pasado a usted algo —le dijo de pronto abrazándose a ella—. No quise creer las palabras de mis hijos, ni incluso las de su amigo don Alfredo, que las puso por escrito. Todo por confiar en alguien que no era de mi sangre.

Clara, sin saber qué hacer, soportó el peso de la emoción de doña Mercedes. Enseguida le devolvió el abrazo tratando de consolarla.

—No debe culparse por los actos de un desalmado. El marqués solo ha jugado con su buen corazón, excelencia.

La duquesa se irguió y la miró con aquellos ademanes que parecían ensayados y a la vez conaturales a ella.

—Debo pedirle disculpas —le dijo por fin—, pues fui yo quien la puso en un peligro innecesario al solicitar a don Enrique que la convenciera de dejar Castamar por el bien del apellido familiar.

Clara no supo qué contestar en un primer momento y simplemente agachó la cabeza. Comprendió que era inevitable que el estamento social al que pertenecía hubiera incitado a la duquesa a ese tipo de pensamientos.

—No son necesarias sus disculpas, excelencia, pues fue usted engañada y nada sabía de las intenciones de don Enrique —dijo con cierto aplomo—. Además, yo no soy nadie para disculparla, y menos cuando su comportamiento solo ha estado motivado por el lógico amor que profesa a su hijo.

Se produjo un intercambio de miradas y Clara percibió cierta agitación interior en doña Mercedes.

—Señorita Belmonte, espero que comprenda el verdadero peligro al que se enfrenta mi hijo si decide pedirle su mano en matrimonio —le dijo.

Sabía que con eso la duquesa también la ponía a prueba; por eso, tras sus palabras, se instauró un silencio pétreo; era una forma de obligarla a decidir si sería la portadora de la desgracia para el apellido Castamar o, por el contrario, rechazaría la petición de su hijo. Clara tomó aire con cierta calma antes de responder:

—Permítame, con el mayor de los respetos hacia su persona, que me guarde la respuesta para don Diego, pues solo a él se la debo si llega tal caso —le dijo—. Pero, si en algo puedo despejar sus dudas, solo diré que cualquier mujer cabal aceptaría la petición de su excelencia aunque este fuera un hombre pobre y sin título alguno.

—Ahora veo cuánto le admira —contestó doña Mercedes—. Una es lo bastante anciana para comprender lo que significa verla a usted todas estas

madrugadas de desvelo aguardando su llegada. Quiero que sepa que no me opondré a la felicidad de mi hijo... ni a la suya, aun cuando signifique la destrucción de este apellido. Ya... ya no puedo.

Clara, que durante todo este tiempo había pensado que nunca contarían con el beneplácito de la duquesa, fue a responderle con un agradecimiento, pero doña Mercedes puso la yema de los dedos en sus labios con el fin de detenerla. La anciana la contempló intensamente, con sus pupilas brillando bajo las primeras luces del sol, y ella le devolvió una mirada sincera. La duquesa le tomó la cara entre sus manos, como si fuera una escena de teatro ensayada y no pudiera contener la emoción.

—Ojalá nunca hubiera venido a Castamar, ni cocinado para nosotros ni conocido a mi hijo. Ojalá el amor solo surgiera entre los semejantes, señorita Belmonte —le dijo con la voz tomada—. Todo sería perfecto entonces, más sencillo, más amable, menos complicado. Sin embargo, Dios no desea un mundo insulso —concluyó acercándose a su mejilla y besándola como si fuera una hija.

Luego la duquesa se separó de ella y comenzó a andar hacia la salida. Clara comprendió que, con aquel acto, doña Mercedes renunciaba a luchar contra su propio hijo y el casamiento desastroso al que se aventuraba. Posiblemente porque en su fuero interno no tenía fuerza moral de hacerle cambiar de idea a don Diego, sobre todo cuando lo había visto penar tanto tras la muerte de doña Alba. Aquella travesía por el desierto había durado diez años para que al fin su hijo encontrara la felicidad en una plebeya. Doña Mercedes, al llegar a una de las coquetas de la pared, depositó un pequeño sobre lacrado con el sello de su excelencia y le dedicó una última mirada.

—La carta que he recibido esta madrugada contenía esa nota adjunta para usted.

Sin decir nada más salió con sus andares protocolarios, al tiempo que uno de los ujieres cerraba la puerta. Clara dio varios pasos, abrió la nota con manos nerviosas y, orientándola hacia la luz, comenzó a leer.

Querida señorita Belmonte:

Dada mi tardanza en regresar, me veo obligado por decoro a dedicarle unas líneas sucintas con el fin de disculpar mi ausencia. Como habrá supuesto, han sido asuntos graves los que me han retenido fuera de la hacienda, pues se trataba de la vida de mi muy querido hermano, don Gabriel de Castamar. Dicho esto, deseo hacerle saber que mi ánimo está resuelto a tener con usted la conversación que dejamos pendiente y que, si tiene a bien concederme,

tendremos en cuanto llegue.

No crea que la distancia ha podido minar mi espíritu en cuanto al afecto profundo que le profeso, ni en la decisión que deseo comunicarle en dicha conversación. Como ya habrá comprobado, soy un hombre temperamental, de fuertes convicciones, pero nada propenso a la exageración ni a los devaneos fútiles. He preferido anunciarle esto por si en este tiempo hubiera usted albergado alguna duda sobre mis intenciones. Como le dije antes de mi partida de Castamar, yo no la dejaré jamás. Deseo hacerle saber que mi llegada a Castamar, junto a la señorita Castro y a mi hermano, que se recupera favorablemente, está prevista para esta misma mañana.

Por otro lado, y al margen de la conversación de carácter privado que deseo tener con usted y a la que ya he hecho mención en las líneas superiores, es imperativo que le haga saber a su vez ciertos sucesos del pasado que me han sido expuestos, acontecimientos que tienen que ver directamente con la muerte de su padre.

Se despide cariñosamente de usted,

Don Diego de Castamar, duque de Castamar

Se le encogió el alma por ambas noticias. La primera, porque comprendió que don Diego iba a pedirla en matrimonio. La segunda, porque no se imaginaba qué podía haber descubierto sobre la muerte de su padre, que murió valerosamente protegiendo todo el campamento hospitalario. Tuvo que leer la carta varias veces. Con solo pensar y mirar al exterior, sintió ciertos sudores.

Regresó a su alcoba meditando cómo reaccionaría cuando le viese, cómo se comportaría ella y cómo lo haría él; si acudiría a su encuentro nada más llegar o esperaría el tiempo oportuno para no despertar de masiado las habladurías. Aunque lo intentó, no pudo dormir. A la hora apareció en las cocinas para observar que el servicio de reemplazo del domingo cumplía con sus obligaciones. Después, junto con gran parte de la servidumbre de Castamar, fue a escuchar misa de doce. Su capacidad de soportar los espacios abiertos había ido en aumento en aquellos días, así que decidió prescindir de su venda en el interior del carruaje. Durante el sermón de don Antonio Aldecoa, no paró de mirar la entrada de la iglesia por si aparecía don Diego. Incluso mientras regresaba en uno de los coches cerrados que el señor Ochando dispuso para llevar y traer al servicio, solo estuvo pensando si don Diego estaría en la finca cuando ellos llegaran de misa.

Fue don Melquíades, sentado junto a ella, quien dijo que el señor debía de

haber vuelto, pues se podía ver una berlina, una galera y a varios caballerizos. Controló sus nervios, pues sabía que todos estarían observando su reacción. Aguardó con el decoro justo, agitada, ante la mirada de doña Úrsula, que iba sentada enfrente y parecía prestar más atención de soslayo a don Melquíades que a ella. En cuanto llegó, se colocó la venda en los ojos y cruzó, apoyada en el brazo del mayordomo, hacia el patio por el cual había entrado hacía más de un año a punto de desfallecer. Le agradeció a don Melquíades la gentileza de asistirle, y él, con su sonrisa estoica, le respondió que, siempre que fuera necesario su brazo, allí estaría. Se adentró en las cocinas con la agitación recorriendo su cuerpo cuando el mayordomo semanal la avisó de que el duque la esperaba en uno de los salones del segundo piso.

Anduvo hacia allí con las manos sudorosas y la respiración agitada, dejando las cocinas y las miradas interrogantes atrás, para alcanzar los mampulanes chivatos de las escaleras, y recorrió la galería hacia el saloncito de lectura donde don Diego solía tocar el clavecín. Trató de controlarse otra vez dándose excusas para no estar nerviosa. Dobló el chaflán de la galería donde se coleccionaban colgados los regios retratos de los antepasados de Castamar. Avanzó sin prestarles atención por el corredor, como si cada uno de ellos posara su vista sobre su figura para hacerla sentir incómoda. Finalmente les dedicó una mirada huidiza y se detuvo en el último de ellos, donde aparecían don Diego y doña Alba. Admiró el lienzo de la fallecida duquesa, su porte, su distinción, y suspiró con un temor clavado en las entrañas, preguntándose si ella sería capaz de estar a la altura de la aristocracia más alta de España. Enseguida le llegaron las notas del clavecín flotando por el corredor. Don Diego tocaba una pieza célebre compuesta por el maestro de la Real Capilla, don José de Torres. Se detuvo hasta que finalizó la pieza frente a dos ujieres de cámara que custodiaban la puerta, y luego uno de ellos llamó con dos golpes sonoros. Su excelencia concedió el paso y el ujier anunció su llegada tras una pequeña reverencia.

Clara penetró en el saloncito y esperó en silencio. Don Diego advirtió al criado que, una vez que cerrase la puerta, no deseaba ser interrumpido por nadie. Además, añadió que debía marcharse y comprobar que no hubiera miembros del servicio por los alrededores. Clara le escuchaba con la vista fija en el suelo, incapaz de elevar la mirada hasta que el ujier cerró la puerta y se extendió una quietud algo desconcertante para ella. Al fin alzó la vista para ver la figura de don Diego enmarcada a contraluz de los ventanales, de pie, contemplándola en un mutismo sereno.

Parecía no darle importancia a lo que pudiera murmurar el servicio al haberla llamado directamente sin dilación. Parecía no darle importancia a nada, en realidad, salvo a encontrarse con ella, como si no hubiera más tiempo que el presente y la distancia hubiera sido una tortura para él. Se aproximó hacia ella con aplomo, con esa seguridad que envolvía todos sus actos y que a veces la sobrecogía. Se puso tan nerviosa que olvidó hacerle una reverencia, y como si fuera un imán se acercó lentamente a él, inconsciente, bajo la luz difusa de aquel salón de lectura atemporal.

Se detuvo, con el corazón latiendo en su pecho como un caballo desbocado, y esperó a que él llegase frente a ella y la tomase de la mano. Con un decoro exquisito, don Diego le besó las manos, y sin decir nada, Clara dejó que su fragancia la inundase por completo, como en otras ocasiones. Comprobó que don Diego aún tenía el cabello húmedo de haberse acicalado para estar presentable ante ella, sin peluca, como era su costumbre. Se miraron con un silencio lleno de palabras.

—Señorita Belmonte —dijo él incrustando sus pupilas en las de ella—. No creo poder contener por más tiempo el deseo de besarla, así que estoy aquí ante usted con el único propósito de rogarle que me haga el honor de convertirse en mi esposa. No puedo soportar más la idea de que no sepa que la amo intensamente, más que a cualquier otra persona sobre esta tierra, y si me acepta, seré para usted el más devoto marido; la cuidaré, la protegeré y no la abandonaré jamás.

Ella, con su espíritu a punto de dejar su cuerpo, no le contestó siquiera. Solo se acercó a él en la intimidad del saloncito y asintió, dándole su conformidad, mientras le acariciaba el rostro con las manos. Él sonrió y buscó sus labios con los suyos hasta besarla. Se sintió guarecida de cualquier adversidad en cuanto él le rodeó el talle con las manos, como si abrazara un junco. Se abandonó al percibir cómo sus bocas se abrían con suavidad, bebiendo el uno del otro. Colmada por la excitación y sin poder contener el torrente de emociones, brotó en su interior un sentimiento descomunal. Había liberado, después de tanto tiempo, una devoción por aquel hombre que la amaba contra todo pronóstico. Por primera vez desde la muerte de su padre, se sintió segura y protegida por el coloso que era don Diego.

Los recuerdos hirientes del pasado se convirtieron en imágenes difusas, como si el dolor de antaño comenzase a mitigarse convirtiéndose en una etapa oscura de la vida. El peso titánico que había soportado durante todos aquellos años —la muerte de su padre, la caída en la pobreza y la desgracia, la

separación familiar — se deslió entre sus bocas. Entonces ella se deslizó hacia su cuello y, mordiéndole el lóbulo de la oreja con suavidad, destiló un bisbiseo al oído para quedarse anclada en sus brazos:

—Soy suya, excelencia, desde hace mucho tiempo.

3 de noviembre de 1721

Desde que le encontró en su palacete de Leganitos rodeado por un grupo de doctores y el doctor Evaristo, Amelia no se había separado de él. La primera impresión que tuvo al verle allí fue al entrar, mientras dos gentilhombres retiraban las sábanas sanguinolentas de la habitación. Don Gabriel yacía tumbado boca abajo, con la espalda descarnada y los puntos de seda recién cosidos conformando un mar negro que se extendía hasta las nalgas. Ella había sentido una mezcla de pudor y de angustia al verle en ese estado, con el cabello crecido y barba de varios días. Con sumo cuidado, acostumbrándose a su desnudez, se había sentado cerca de él y le había tomado la mano. Así había permanecido todo el día, vigilando sus heridas — que parecían cicatrizar correctamente — y cualquier cambio que pudiera percibir en él.

Esa misma tarde don Gabriel despertó y la sorprendió a ella dormida sobre la silla. Agitó la mano y ella, al incorporarse, se quedó muda cuando le preguntó qué hacía ahí si debía estar ya en Cádiz. Inclinandose sobre él, le explicó que se encontraba allí a petición de su hermano y que le había sido imposible seguir su camino al saber que estaba cautivo a manos de don Enrique.

«Vuestro hermano se está encargando de todos ellos, según me ha hecho saber —había concluido—. Comprenderé si desea que me vaya y...».

Don Gabriel levantó dos dedos, con la cara girada hacia ella, y la interrumpió pidiéndole que se acercase. Lo hizo diligente, y él le tomó la mano.

«No deseo de ningún modo que se vaya, pese al estado deplorable en el que me encuentro frente a usted... —Tragó saliva—. Debo confesarle algo, señorita Castro, y es que durante mi cautiverio su imagen me daba fuerzas para soportar el martirio».

Ella iba a contestar cuando llamaron a la puerta y el doctor Evaristo pidió paso. Don Gabriel había intentado soltar su mano, pero ella la asió con más fuerza aún, evitándolo, y dio el «adelante» al bueno del médico. Tras su examen, el doctor abandonó la sala arguyendo que dejaba a don Gabriel en unas manos inmejorables y que haría que trajeran la cena al enfermo en una media hora. Cuando la puerta se cerró, ella se inclinó hasta rozar el lóbulo de

su oreja.

«Yo debo confesarle que no he dejado de pensar en usted y en la forma tan desabrida en que nos despedimos».

Él asintió cerrando los ojos, dándole a entender que le había pasado lo mismo. «No debí... juzgarla —le dijo entrecortadamente—. Dejé que el despecho hablara por mí y... le pido disculpas, señorita Castro».

A ella se le humedecieron los ojos y negó con la cabeza.

«Fui yo la insensata —le había dicho—. Nunca me arrepentiré lo bastante de haberme callado el día en que su hermano me preguntó en Villacor. Usted tiene todo el derecho a despreciarme por haber...».

Entonces él había atraído su mano hacia sí, besando la yema de sus dedos. Ella se silenció de inmediato y se arrodilló frente a él mientras el miriñaque se acampanaba. Don Gabriel la escrutó, con el rostro pegado al colchón y los labios temblorosos; había tragado saliva y pronunciado una única palabra:

«Bésame».

Ella se dejó bañar en sus pupilas negras y, con mucha suavidad, se había acercado a él y había posado los labios sobre su boca. Se quedaron anclados durante unos instantes eternos, como si no fueran a separarse nunca. Permanecieron juntos hasta entrada la noche, cuando don Diego llegó y les informó que al alba partirían hacia Castamar. Ella, llevada por el cansancio de permanecer tanto tiempo despierta, se vio obligada a conciliar el sueño.

Tras el desayuno, abandonaron Madrid sin demora con el fin de llegar lo antes posible a Castamar. Más de dos horas después, a su entrada en la hacienda, doña Mercedes se desmayaba al ver a su hijo con la espalda en carne viva. Pudieron reanimarla gracias a unas sales odoríferas. Tras aquella actuación, real y artística a un tiempo, doña Mercedes celebró tenerla de nuevo en Castamar, arguyendo que no podría soportar por más tiempo la angustia de la soledad en aquellos salones desproporcionados. Ella, que solo pensaba en estar junto a don Gabriel, soportó cortésmente los constantes requerimientos de la anciana, que con el paso de las horas y viendo a su hijo fuera de peligro fue cambiando su angustia por conversaciones banales y desatadas. Aun así, Amelia visitaba a don Gabriel en cuanto tenía ocasión, y él siempre le mostraba su lado más optimista pese al dolor tan cruel que soportaba. Ella, a veces, se percataba de su alma dividida. Por un lado, se sentía completamente unida a él, encadenada al color de su piel, que cada vez le parecía más bello. Otras, advertía que su relación estaba abocada al fracaso y al sufrimiento.

Tras saber que don Diego había pedido matrimonio a su cocinera, la señorita

Belmonte, tanto ella como Gabriel le habían dado la enhorabuena. Incluso la madre de don Diego le felicitó mientras se guardaba sus reticencias en pro de la felicidad de su hijo. Solo una vez, disfrutando con ella de unas tartaletas de crema y un chocolate en uno de los salones, le llegó a comentar que debería existir una ley que impidiera el matrimonio sin el consentimiento del progenitor. La duquesa estaba segura de que un día algún rey con la suficiente inteligencia instauraría una pragmática para evitar casamientos desiguales. Don Diego, antes de partir hacia Madrid al alba, les rogó que no compartiesen la noticia con nadie hasta que su plan para restituir el apellido Belmonte diera sus frutos.

Dicho de esa forma, a Amelia le parecía irreal que la corte de Madrid fuese a tolerar el ennoblecimiento de una cocinera. Aun así, don Diego era uno de los ilustres con más poder e influencia de toda España, y ciertamente la señorita Belmonte procedía de una familia sin tacha alguna, habiendo sido su padre un hombre muy respetado entre la aristocracia.

Amelia no gozaba de esa influencia. Tenía el escándalo a sus espaldas, desde Cádiz hasta Madrid, y don Gabriel nunca podría cambiar su tez morena. A veces aún le resultaba extraño sentirse cómoda al recordar cómo había besado sus labios o tocado su mano morena; pese a su amor incondicional, un abismo marcaba la distancia entre negros y blancos. Ella había crecido creyendo que eran una raza inferior incapaz de tener criterio por sí mismos, seres nacidos para ser esclavos. En Cádiz, a su muerte algunos señores les dejaban por testamento las cartas de ahorría para liberarlos, manifestando el amor que les habían tomado. Muchos explicaban que esta inclinación surgida de los amos hacia sus siervos era completamente normal y postulaban que era un cariño semejante al que uno podía experimentar por su perro o su caballo. Sin embargo, lo que Amelia sentía por don Gabriel estaba más allá del sentimiento desigual que se tenía por un animal. Le amaba de la misma forma en la que habría podido querer al hombre blanco indicado, y este amor había transformado su antiguo punto de vista.

Estaba segura de que él también la amaba, pese a que aún no lo había manifestado con palabras. El problema al que se enfrentarían juntos inevitablemente sería el del conformismo: ¿hasta dónde podrían resignarse?, ¿hasta dónde podrían soportar estar juntos? Si no se casaban, ella sería la barragana de un hombre negro o él tendría que hacerse pasar por esclavo de una mujer blanca, lo que los llevaría a establecerse en pecado en la mayor de las deshonras. En definitiva, solo vivirían una mentira. Si por contra optaban

por el matrimonio, tal vez pudieran dar con un eclesiástico que oficiara la misa, pues nada en el derecho canónico impedía este tipo de uniones según el señor Aldecoa, pero sin duda eso conllevaría un desprestigio para Castamar, más siendo ella una mujer que ya había pasado por las manos de más de un varón.

De todas formas, sabía que el estado de don Gabriel, postrado boca abajo y con los jirones de la espalda cosidos, no propiciaba una conversación sobre su posible futuro. Por eso él había evitado el tema y ella no lo había forzado. Aun así, en alguna ocasión, para que ella supiera sus intenciones, le aclaró que él no tenía miedo. Era aquella seguridad suya la que la arrastraba, la que le decía que era el hombre de su vida y que no encontraría otro igual. A diferencia de don Diego, Gabriel tenía una sensibilidad más acusada, menos sobria, que encajaba con ella como un guante. Nunca perdería la calma y siempre la adoraría, y ella lo sabía. Le bastaba ver cómo la admiraba mientras pasaba el tiempo a su lado, jugando a las cartas, para darse cuenta de que no había nada más que ella en su pensamiento. «Cualquier mujer desearía que la adorasen así», se había dicho.

Esa noche, él la hizo llamar tras la cena para que acudiese a visitarle. La voz de don Gabriel le permitió el paso, y ella entró para descubrirle en la misma posición que hacía unas horas: boca abajo. Él sonrió nada más verla y le rogó que se sentara a su vera.

—Señorita Amelia —le dijo tomándole la mano—. Quería esperar a estar completamente recuperado, pero tenerla cerca me lo impide. Deseo que sea usted mi esposa y deseo abandonar Castamar a su lado.

Mismo día, 3 de noviembre de 1721

Diego tomó aire y se reclinó sobre el asiento de su berlina. Tras él quedaba el Alcázar y la entrevista con sus majestades los reyes. Allí, en uno de los salones que aún guardaban recuerdos de los tiempos de los Habsburgo, había mantenido una reunión privada con ellos y con José de Grimaldo. Ambos habían expuesto a sus majestades que el doctor era un héroe de guerra, un civil que había salvado muchas vidas y entregado la suya propia luchando por España, y cómo su muerte había causado la desgracia de su esposa e hijas. Los reyes, al escuchar el relato, se apiadaron tanto de la joven que habían ordenado al duque que llevara a la señorita Belmonte al Alcázar.

«Debemos conocerla personalmente y agradecer el sacrificio de su padre con una gracia —le dijo Felipe—. ¿Cuál crees que es la gracia adecuada a esta circunstancia, primo?».

«Sin duda, un título, majestad —le contestó—. Demuestra sobradamente vuestra generosidad».

«Don José, ¿qué piensa usted? ¿Le parece oportuno?».

«Ya tuvo usted en mente tal gracia, majestad», había apuntado con acierto don José de Grimaldo.

«Sea, pues, si mi amada esposa está de acuerdo», zanjó Felipe.

Isabel le miró y le sonrió con cierta picardía.

«Diego sabe que nunca me opongo a nada de lo que me pide», contestó mientras tomaba un panecillo azucarado.

Tras pasar media mañana con ellos —la reina Isabel no deseaba desprenderse de su compañía, pues decía que Felipe andaba siempre deprimido —, pudo conversar a solas con don José. Este le dijo que dejara de su cuenta el tema de la gracia y del título.

«En cuanto sea posible, organizaré un encuentro y le haré llamar».

«No sabe cuánto le agradezco esto, don José», le había dicho.

Podía dar por hecho que los reyes cumplirían su palabra. Había sido muy importante hacer valer la figura del doctor Belmonte para que el acto real se viera como una recompensa merecida hacia su familiar. Contaba con la ventaja de que los doctores, así como los licenciados y legos, gozaban de reputación entre la aristocracia. Incluso estaban exentos de pagar pechos —un tributo al rey que él mismo, como noble, tampoco pagaba—. Ahora, con los reyes como valedores de una causa justa, todos los ilustres de Madrid iban a sentir una compasión instantánea por Clara Belmonte, la verían como un símbolo del sufrimiento de la guerra que sería lícito restituir.

Tras un bache que bamboleó la berlina, se acarició el mentón y se dijo que ahora venía la parte más difícil de su plan. Partía hacia su segundo objetivo. El título no daba acceso a la corte, y la aceptación de una plebeya ennoblecida era harina de otro costal. Por eso ahora debía moverse sutilmente y conseguir que, tras la concesión del título, sus majestades aceptaran un ruego sencillo: que Clara Belmonte fuera aceptada como una de las damas de los infantes. Esta aceptación sí representaba un problema, pues las camaristas de la reina o los infantes eran de origen noble muy alto. Sin embargo, antes siquiera de poder presentar ante los reyes su segunda petición, antes de mover ni un dedo, debía buscar ciertos aliados para su causa. Otros nobles cuyo respaldo precisaba de antemano, o su plan estaría condenado al fracaso. Por eso acudía al encuentro de la condesa viuda de Altamira, doña Ángela Foch de Aragón. Esta era la camarera mayor y manejaba con mano firme todos los

puestos cercanos a la casa de la reina. Tenía a su favor que todos los años en la fiesta de Castamar había tenido la deferencia de acercarse al Alcázar a invitarla personalmente para que acudiera con su hijo. Además, había sido una de las más cercanas amigas de Alba y de las que más habían llorado su pérdida.

Si conseguía su apoyo, Clara entraría más fácilmente al servicio de los infantes y su integración en la corte sería real. Solo entonces él les diría a sus majestades lo profundamente enamorado que se hallaba de Clara Belmonte, la hija mayor de don Armando, y la salvación que significaría para su espíritu poder tomarla como esposa. Sabía que el rey, que siempre le había animado a casarse de nuevo, tal y como él mismo había hecho, y que compartía con él sus melancolías de forma epistolar, haría lo que fuera por verle regresar a la corte de vez en cuando. El caso de la reina Isabel sería diferente, pues querría conocer a la muchacha antes con el fin de dar su plácet. Si los reyes daban su venia, nadie se opondría a ese casamiento. Esta venia se pondría de manifiesto por la merced dotal. Cuando una joven doncella del séquito real se prometía para un honorable casamiento, debía abandonar la corte y, por los servicios prestados, solía obtener una gracia por parte de sus majestades con el fin de mejorar sus nupcias. Esta gracia consistía en una suma dineraria, un título o un puesto relevante. Para Diego, la gracia solo consistiría en la rúbrica final para que Clara fuera parte de su mundo. En cuanto descendió del carro, vio aparecer a la viuda de Altamira con los brazos abiertos.

—Mi querido don Diego, cuánto me ha alegrado recibir su tarjeta avisando de su visita.

—Doña Ángela —le dijo él tomándola de la mano—. Esperaba encontrarla en el Alcázar.

—He tenido que salir, con permiso de la reina, para arreglar algunos asuntos familiares.

—Sé que le di mi palabra de visitarla tras Castamar, pero créame que tengo excusa.

—Usted siempre está excusado, don Diego —añadió sonriendo—, sobran las explicaciones.

—Aun así, permítame contarle el motivo de mi retraso.

CAPÍTULO 46

5 de noviembre de 1721

Úrsula se encontraba en un territorio desconocido que la desconcertaba y le provocaba un profundo terror. Nunca en toda su vida había sentido tanto pánico como en aquellas horas, mientras miraba la puerta de su despacho y esperaba que don Melquíades la requiriera en cualquier momento. Todas sus escuadras, batallones y regimientos habían sido completamente derrotados. En su guerra contra él solo había obtenido una victoria efímera de unos meses, y su objetivo de expulsar a la cocinera había concluido en una resignación absoluta.

Hacia tres días don Diego se había dirigido a la servidumbre para hacerles saber que, a partir de aquel instante, la señorita Belmonte había recuperado el rango social perdido y pasaba a ser una invitada de la casa, por supuesto con acceso a las cocinas. Toda la servidumbre supo que el duque le había pedido la mano en el más estricto secreto convirtiéndola de facto en su prometida. Muchos lo aplaudieron, pero a Úrsula aquella visión le era del todo insoportable y tenía que huir cuando se encontraba con la señorita Belmonte, recordando a doña Alba. Todo le resultaba irreal, nada tenía sentido. Hacía trece meses esa muchacha era una simple oficial de cocina a la que había encontrado bajo la lluvia en el patio de atrás, y ahora iba a terminar gobernando los designios de Castamar. Aquello le revolvió las tripas, le hacía ver a la joven como una intrusa, un ser grotesco nacido de esa nueva era donde los estamentos se mezclaban. Incluso el propio rey lo promovía ennobleciendo a hidalgos, otorgando a familias menos ilustres cargos de importancia. «Dios bendito, adónde vamos a llegar».

Sin embargo, y muy a su pesar, tenía que reconocer que en su interior había crecido intensamente la admiración que sentía por Clara Belmonte. Sobre todo, desde que pronunció aquella frase que se le había grabado en el alma: «Yo no me voy de aquí sin usted, doña Úrsula», le había dicho sabiendo que aquel animal de don Enrique deseaba violarla. Cualquier otra habría salido corriendo aterrorizada, y más cuando ella la excusó dándole una orden directa de marcharse. Úrsula sabía bien el miedo que se sentía. Lo había sufrido demasiado tiempo con su padre, y después soportando las palizas y forzamientos de su marido. Conocía el terror que se adueña de una, y cómo

este susurra para hacerte pasar desapercibida, para evitar ser azotada con el cuero del cinturón o, peor aún, con la hebilla. Por eso, al ver los ojos de Clara Belmonte destilando miedo y determinación a un tiempo, su admiración por ella se tornó en un sentimiento de cierta dilección, y por más que se había afanado por purgarse de él, había sido inútil.

Se decía que era lógico que estuviese desorientada ante la nueva situación de ver a la señorita Belmonte como dueña de aquella casa. Tal vez lo mejor que podía hacer era abandonar Castamar antes que le reventase alguna tripa. Aun así, la señorita Belmonte, instalada ya en los cuartos de invitados, continuó bajando como si tal cosa a la cocina, preparando los menús y supervisando los fogones. Además, para mayor desaliento suyo, según el greffier Alfonso Corbo, don Diego pretendía recuperar y ennoblecer el apellido Belmonte. Conociendo el tesón del duque, si Dios no lo evitaba, nada podía hacer Úrsula para cambiar el hecho de que tendría que soportar ver a la señorita Belmonte como la duquesa doña Clara de Castamar, Grande de España.

Los rumores de que don Diego le había pedido la mano hicieron que toda la servidumbre pareciera adorarla, como si hubieran tenido cercanía con ella desde siempre. Incluso doña Mercedes parecía haberla aceptado como si tal cosa. Tenía que reconocer que la joven poseía dotes para moverse entre la aristocracia. No en vano, demostró su entereza al presentarse en su despacho junto con don Melquíades y declarar que no deseaba comunicar nada de lo que había ocurrido con el marqués a don Diego. Cualquiera muchacha en su posición, que solo deseara fama, habría preferido que don Diego perdiera el alma al defender su honor, pero debía reconocer que Clara Belmonte mostraba una preocupación sincera por don Diego, no era una cazafortunas. Aquel pacto de silencio, con el que doña Mercedes estaba de acuerdo, pretendía evitar que don Diego entrara en un arranque de furia que le hiciera perder la vida en un duelo. Por eso la señorita Belmonte, desde el suceso, se había puesto un pañuelo al cuello para disimular las marcas granates que las garras del marqués le habían producido. Aun así, a la luz de los descubrimientos sobre la muerte de doña Alba, la huida de doña Sol y la captura del hermano del señor, nadie iba a poder convencer a don Diego de que no fuera en busca del ilustre para encontrar satisfacción.

Tanto doña Mercedes como la señorita Belmonte habían intentado disuadirle de que dejara a don Enrique en manos de la Justicia del rey. Don Diego, que se había mostrado muy tranquilo mientras escuchaba aquella

petición, como si tuviera todo bajo control, les dijo que aquel hombre le había insultado de todas las formas posibles, había tratado de destruir todo lo que amaba y había causado de hecho la destrucción de su antiguo matrimonio, por lo que debía morir por su mano. Visto lo cual, para Úrsula aquel pacto de silencio era un arma de doble filo, pues el marqués haría uso de él y podría hacer que la tranquilidad de don Diego se esfumase justo antes del duelo. Por eso, al ver que nadie podía convencerle, el día anterior por la mañana Úrsula tuvo una segunda reunión con doña Mercedes, don Melquíades y la señorita Belmonte, en la que habían decidido contarle lo ocurrido.

«Si le parece bien, señorita Belmonte, dado que fue la más agredida, creo que sería lógico que fuera usted la que le comunicase la afrenta sufrida por don Enrique», propuso doña Mercedes.

La señorita Clara había asentido diligente.

«Creo que será más prudente que usted me acompañe, doña Úrsula, pues es quien salvó mi virtud —le dijo descolgando una mirada hacia ella—. Creo que es lógico que el duque sepa esto».

Por supuesto, Úrsula se negó, pues lo consideraba innecesario: si intervino con el marqués no fue por el mérito ante don Diego ni por la muchacha. Salvarla de aquel monstruo era lo mínimo que una mujer decente y cristiana podía hacer por cualquiera. Exactamente igual que doña Alba lo había hecho con ella. Aun así, doña Mercedes insistió, y no le había quedado más remedio que aceptar.

Esa misma mañana, la señorita Belmonte y ella habían ido a ver a don Diego para contarle lo ocurrido. Fuera de la estancia aguardaban don Melquíades y doña Mercedes, por si don Diego no era capaz de controlar su ánimo belicoso contra don Enrique y partía de inmediato a buscar satisfacción. Úrsula se mantuvo en silencio, mientras la prometida del señor le narraba lo ocurrido. Su excelencia, con la cara crispada, apretó los puños al saber que don Enrique había intentado forzarla.

«¿De quién fue la idea de que te vieras con él a solas?», le había preguntado con los ojos cargados.

«Eso ya no tiene importancia», le contestó la señorita Belmonte.

«Exijo saberlo, maldita sea», dijo el duque con los nudillos blancos de furia.

Su prometida le miró y con mucho temple tomó aire.

«Ya te he dicho que no te lo diré porque no es importante», le contestó.

Él golpeó la mesa con fuerza y tiró la silla hacia atrás lleno de impotencia.

«¡Por Dios bendito! —insistió desesperado—. No puedo hacer carrera de las

mujeres de esta casa, ¡dímelo!».

Úrsula, siguiendo su máxima de que el servicio debía ser fiel incluso aunque esto pudiera acarrear perjuicios con ella, dio un paso al frente y le dijo que había sido idea suya. Que ella era la única responsable, pues había accedido a la petición del marqués. Don Diego concentró sus pupilas en las suyas, y ella había temblado por primera vez desde hacía mucho tiempo ante la mirada de un hombre. Antes de que don Diego pudiera decir nada, la voz de doña Mercedes había surgido desde el fondo del salón.

«Fui yo —había dicho—. No permitiré que cargue usted con las culpas de algo que no ha hecho, señora Berenguer, y menos cuando fue quien evitó la desgracia».

El duque, congelado por la ira, apretó la copa de rosolí de forma que parecía que iba a estallar.

«Si deseas que abandone Castamar, lo comprenderé», le dijo doña Mercedes.

Don Diego se marchó de allí con el ánimo envuelto en tormenta y los labios sellados para no decir algo de lo que seguro terminaría por arrepentirse. Permaneció aislado toda la jornada y ni siquiera había deseado ver a su prometida. Finalmente, hacía un día, don Diego partía de improviso y sin despedirse. Gracias a doña Mercedes, Úrsula se enteró de que su excelencia había recibido un correo hacía días de su amigo Alfredo en el que le comunicaba que don Francisco había sido herido días atrás por la prófuga doña Sol, a la que nadie encontraba por ningún lado.

En el ánimo de todos estaba el deseo de que el duque no aprovechara la ocasión para ir hacia un suicidio. Úrsula sabía que no haría tal cosa. Don Diego era un hombre de sangre caliente, pero pasada la ira tenía el temperamento frío de un estratega. Aun así, todos los sucesos acaecidos durante aquellos últimos días se le antojaban extraños, como si viviera en un mundo que no reconocía, y si el comportamiento y el ascenso social de la señorita Belmonte le parecía incomprensible, más aún lo hacían los sentimientos que don Melquíades le había declarado en plena batalla campal.

«Ese hombre está majareta», se había dicho una y otra vez. No lograba explicarse cómo podía haberla amado en silencio después de todo el dolor que ella le había causado. Al decírselo, se sintió tan abrumada ante sus sentimientos que tuvo que salir de allí huyendo. Pero su desconcierto se vio aumentado después, cuando don Melquíades entró empuñando el pistolón y la rescató de aquel ilustre malnacido. Úrsula, que repudiaba el contacto con los hombres, se había refugiado en sus brazos y había permitido que la tomara por

la cintura. No sabía cómo había llegado a esa situación, pero no podía evitar recordar constantemente el calor confortable que había percibido al parapetarse tras su cuerpo. Por primera vez en toda su vida, su armadura se quedó a un lado para dejar espacio a un sentimiento de bienestar. Él no solo las salvó del depredador don Enrique, sino que además dijo algo al ilustre que se hendió en lo profundo de su espíritu: «Y tenga usted por seguro que, si hubiera hecho un daño irreparable a cualquiera de estas dos mujeres, yo mismo le habría metido este balín en la cabeza, ilustrísima. A pesar de no ser su igual y de que me costase la horca». No solo había defendido la honra de la señorita Belmonte, sino también la suya, frente a un ilustre tan peligroso como aquel. Nunca había sentido Úrsula la protección de un hombre hasta aquel momento, de ahí su sorpresa.

Don Melquíades, el hombre al que ella había despreciado durante todos estos años, se había convertido en un adalid, y ahora, abrumada por sus inexplicables sentimientos hacia él, en el mayor peligro al que se hubiera enfrentado nunca. Parecía que el hecho de declararle su amor en plena batalla le hubiera renovado su espíritu mortecino. De hecho, la eficacia con la que comenzó a dirigir Castamar la dejó asombrada. Era como en aquellos primeros tiempos, cuando parecía que don Melquíades podía tener el don de la ubicuidad. Su visión sobre él había cambiado radicalmente, por mucho que le costase aceptarlo. Ahora, bajo aquel aspecto macizo, no veía a su enemigo por mucho que se empeñase, sino a un hombre que la miraba con un deseo sincero, con una ternura que la rendía. Debía admitir que no se conocía lo suficiente en ese terreno inexplorado, y que incluso alguna vez había pensado en cogerle de la mano. A ratos se dio cuenta de que no paraba de mirarle, dejándola completamente descongelada, como si toda su coraza se convirtiera en humo frente a él. El problema era que su espíritu se dejaba llevar por aquella situación. Estar ahora cerca de él era un bálsamo lenitivo que le susurraba palabras peligrosas, afirmando que otro tipo de vida era posible; una en la que no estaría en pie de guerra constantemente, una en la que sus fuerzas no se verían puestas a prueba, una en la que podría conocer relaciones que no estuvieran basadas en la victoria o la derrota. Pero este cambio le daba tanto miedo, tanto terror a verse de nuevo como una marioneta, como una muñeca de trapo rota y sin carácter, que se obligaba una y otra vez a decirse que era una trampa.

Así había pasado aquellos días, intercambiando palabras exclusivas de trabajo con él hasta que don Melquíades tomó la iniciativa y la llamó para

mantener una conversación a solas. Al entrar en su despacho, Úrsula se sintió abrumada.

«No podemos seguir así, doña Úrsula, le ruego que se manifieste de alguna forma ante la declaración que le hice», le dijo él.

«No necesito decirle nada al respecto —le contestó seca—. Mi silencio lo dice todo ya, don Melquíades».

Él se quedó mirándola con los ojitos vidriosos, como si le hubiera causado un daño muy superior a todo el recibido aquellos años por sus luchas intestinas. Úrsula, bajo el silencio más aterrador de cuantos había soportado, no supo qué hacer o decir en aquel instante. Él se levantó y, con paso firme, se acercó hasta plantarse frente a ella. Sin apartar sus pupilas de ella, asintió, y a la dueña le pareció que él entendía que su estúpida declaración de amor moriría en aquel despacho.

«Pero comprenda al menos que yo necesito oírlo de su boca —le contestó él—. Dado que me he abierto a usted desnudando mis sentimientos, creo que al menos merezco que me diga que no me ama».

Se quedó paralizada. Aquel valor irreconocible que había mostrado al exponerse a ser destrozado por sus garras la descolocaba.

«Dado que así me lo pide, se lo diré —dijo ella con la voz vibrando más de lo que quisiera—. No le amo, y por supuesto no le amaré nunca. Es más, no podría amarle aunque fuera usted el último hombre sobre la Tierra. De hecho, siento por usted un gran desprecio, como le he hecho saber en otras ocasiones».

Don Melquíades la miró con una entereza descomunal, soportando sus duras palabras, y ella, dentro de su glaciación, se hizo pequeña cuando él dio un paso más, escrutando sus pupilas. Deseó que sus palabras fueran lo bastante contundentes para que nunca más volviera a insinuar nada más. «Mastuerzo —le insultó para sí—, es un hombre de lo más porfiado». Entonces don Melquíades, tras pedirle disculpas y decir que nunca más haría mención a aquel asunto, se dio la vuelta y le comentó que había mantenido una charla con don Diego acerca de las competencias de la cocina. Su espíritu combativo se volvió a relajar, y más cuando le aclaró que el señor y él habían decidido que las cocinas quedarían bajo la supervisión de Úrsula. Se retiró y, al salir, sintió un gran alivio, como si todo comenzara a volver a la normalidad. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, algo se estaba removiendo en su interior, incomodándola, como si el hecho de que don Melquíades aceptase sus palabras y, por lo tanto, la derrota ante su desconcertante declaración de amor

la hubiera dejado un singular abandono.

A la mañana siguiente, la sensación de pérdida era tan fuerte que no pudo evitar hacerse la encontradiza varias veces con él. Era como si su alma entera hubiera despertado a la vida y aquel hombre fuera un imán poderoso cuya presencia necesitaba. Se recriminaba tanto sentimiento estúpido a cada instante, pero cuanto más tiempo pasaba, más fuerte era aquella emoción que la avisaba de que su silencio no conllevaría más que la infelicidad que siempre había sentido, y perder la oportunidad de tener otro tipo de vida. Aun así, tras estos pensamientos le surgían otros que trataban de negar cualquier tipo de atracción hacia él. Entonces le insultaba en voz baja y se decía que tan solo estaba aturdida por lo inesperado de su declaración. Al final, en la tarde del día anterior, tras la partida precipitada de don Diego, no había podido evitar mirar de soslayo a don Melquíades, a ratos, en la comida de estados. Cayendo ya las luces del día, no pudo reprimir la necesidad compulsiva de saber qué estaba haciendo, y se deslizó hasta espiarle entre los salones de Castamar, mientras él despachaba con el grefier. Allí, tras la seguridad de las puertas, le había estado observando hasta notar que le veía de otra forma. Se quedó tan absorta, pegada a la pared, que don Melquíades y el secretario casi la descubren en un primer momento al salir del pequeño saloncito. Ni siquiera podía asegurar que no la hubieran visto antes de que doblara la esquina corriendo por la galería como una jovencita. Dos horas después, bajo una aparente normalidad, don Melquíades la visitó en su despacho para pedirle que observase si la plata de su excelencia estaba suficientemente limpia o debían pasarle la sedera. Nerviosa, ella afirmó que sería recomendable introducir la plata en agua caliente con sal, vinagre, limón y so sa. Entonces don Melquíades se acercó a ella sin previo aviso y le dijo una frase susurrada: «Comprendo por lo que está pasando. Y esta noche, tras la jornada de trabajo, voy a ir a hablar con usted otra vez».

«No sé a lo que se refiere, don Melquíades —contestó llena de un terror que la había hecho sujetarse a la silla—. Creo haberle dicho todo lo que necesitaba oír».

«Yo no lo creo, doña Úrsula», replicó seguro.

«Debe de estar volviéndose loco —le dijo en un intento de parecer glacial—. Daré orden enseguida de que repasen la plata».

Él salió sin decir palabra y ella se tuvo que sentar con las manos sobre el pecho con el fin de tranquilizarse. «¡Pero qué querrá este hombre que haga!», se dijo. Su espíritu la obligaba a capitular en la soledad, c onsciente de que en

ella se había instalado un deseo profundo de paz y la necesidad de sentir aquella protección y ternura tan agradables. «Entrar en ese mundo supone la aceptación de mi derrota —se decía—. No sé en qué estoy pensando. Ese hombre es un demente irresponsable, un descerebrado, un deslenguado insoportable». Aun así, pese a la sarta de insultos silenciosos que le dirigió durante aquellos días, reconocía que don Melquíades nunca había deseado la guerra. En realidad, Úrsula sabía bien que fue solo ella la que trató de someterle a él, de humillarle. «Lo que se merece», se había dicho convencida. Pero ahora esa misma frase cada vez tenía ya menos sentido en su interior, como si hubiera perdido su fuerza. «Me es absolutamente indiferente lo que venga a decirme esa impresentable medianía de hombre —resolvió al salir del despacho—. No voy a dignarme siquiera a recibirle».

Sin embargo, ahora que se acercaba el momento en el que se ocultaba el sol, se sabía aterrorizada esperando a que don Melquíades la requiriera para hablar. «De qué iba a hablar yo con semejante majadero...», se repetía. Pensando que lo mejor que podía hacer era recogerse temprano, pidió a una de las doncellas que informase al mayordomo de que se retiraba a su alcoba hasta el día siguiente. Una huida a tiempo podía valer una victoria. Su cuarto era un territorio en el que don Melquíades no podría visitarla sin levantar un escándalo. Caminó hasta la galería del servicio y, cuando cerró la puerta tras de sí, se sintió aliviada. No pudo reprimir llamarle descerebrado por obligarla a huir acobardada. Con el paso de las horas comenzó a relajarse al ver que la jornada había terminado y don Melquíades no aparecía. Se desvistió y, ya en camisión, se introdujo en la cama con los pies fríos, imaginando qué habría pasado si realmente hubieran tenido esa charla, lo que él habría declarado y lo que ella habría hecho, abrumada ante su sinceridad. Trató de conciliar el sueño volviéndose a decir que era un hombre insufrible y evitando fantasear con una escena que no se produciría. Aun así, no pudo evitar una sonrisa en su fuero interno al imaginar el mostacho del mayordomo frente a su puerta. Se inclinó para apagar las lámparas de las dos sencillas mesillas cuando oyó unos golpes en la puerta que le congelaron el alma.

«¡Es él! —se dijo—. Este hombre está loco de remate. ¡Venir a mi cuarto en plena noche!».

Se levantó con su espíritu guerrero recobrado, y poniéndose la bata se acercó a la puerta. Cuando la abrió, vio el rictus sereno de don Melquíades atusándose el mostacho.

—¿Qué quiere usted? —le susurró—. Váyase y déjeme en paz, que es de

noche y ya dormía.

—Permítame pasar —le dijo en voz alta él.

—Pero ¿ha perdido usted el poco juicio que le quedaba? ¿Quién se cree que es para venir aquí en plena noche y comprometerme? —le dijo en un bisbiseo indignado cerrando la puerta—. ¡Fuera, mastuerzo!

Don Melquíades interpuso el pie y empujó hasta abrirla y entrar en el dormitorio. Ella, atónita y con el dedo en alto, le dijo que no permitiría ningún tipo de avasallamiento por su parte, que no tenía nada que hablar con él. Don Melquíades cerró suavemente la puerta y se quedó mirándola en silencio, con los ojos brillantes.

—En cuanto se entere don Diego de que ha forzado la entrada de esta habitación, estará expulsado de Castamar —le susurró mientras él avanzaba con paso inquebrantable y ella retrocedía—. Puede darse por acabado, don Melquíades, puede decir bien alto que mañana será su último día. ¡Salga inmediatamente!

Él se quedó callado, esperando a que ella se tranquilizase un poco, hasta que detuvo su avance y tomó aire escrutándola con aquella ternura e ingenuidad que tiene la mirada de los niños.

—La amo —le dijo.

Al oírlo a ella casi se le salieron los ojos de las órbitas y se le agitó el cuerpo entero. Fue a contestar apenas cuando él se acercó aún más. Úrsula, al notar su cercanía, no supo por qué pero no dijo nada, se quedó allí parada como una idiota esperando a que él dejase de mirarla de esa forma, como si pudiera ver su espíritu herido, su alma rota después de tantos golpes. Él avanzó un paso más, y otro más retrocedió ella, hasta toparse con la pared. Con él apenas a un palmo, Úrsula le repitió con menos ímpetu que deseaba que se fuese inmediatamente, que no consentiría su abuso. Entonces, cuando él extendió la mano para rozar sus labios, ella, llevada por el nerviosismo y la impotencia, le mordió las yemas de los dedos. Él gimió un poco, pero aun así no opuso resistencia. Simplemente la miró soportando el dolor.

—Úrsula —le dijo—. Míreme.

Ella levantó la vista. No pudo evitar que su espíritu se bañase en sus pupilas y comprendió que no hacía falta guerrear más. Aflojó los dientes, con el cuerpo temblando como un junco.

—No debería amarme —le dijo en un susurro con la voz tomada—. Yo le odio.

—Pues entonces haga que me despidan mañana —le contestó en voz baja y

tierna.

—Es usted un zote, un idiota, una medianía insoportable —le dijo—, y le detesto con toda mi alma.

Entonces él, con una suavidad impecable, acercó su rostro y la besó con delicadeza. Úrsula se separó un poco y le abofeteó. Don Melquíades volvió a besarla otra vez, con más dulzura si cabe, y a ella se le inundaron los ojos y le abofeteó de nuevo el rostro. Don Melquíades la miró y volvió a posar sus labios sobre sus mejillas secándole el resentimiento de sus lágrimas.

—¿Por qué..., por qué hace esto? —le preguntó sin poder reprimirse.

—Porque la amo, la he amado desde hace mucho tiempo y jamás dejaré de amarla.

Ella le abofeteó otra vez y él, tomándola por la cintura con fuerza, la besó apasionadamente. Úrsula percibió cómo se le erizaba el vello de la nuca, y por primera vez en su vida no sintió asco de que un hombre le pusiera su boca encima. Comprendió que en lo más profundo de su alma anidaba el deseo enterrado de que la besaran por amor, ese sentimiento tan odioso y desgastado que siempre había aborrecido, y que la hacía tan escandalosamente humana como al resto.

CAPÍTULO 47

6-7 de noviembre de 1721

Mientras se adentraba por la calle Leganitos cabalgando entre transeúntes, burgueses y mozos que transportaban de aquí para allá todo tipo de enseres, Hernaldo no podía dejar de pensar en que su hija estuviera a salvo. Había pasado todos esos días en casa de don Enrique esperando a que este tomase una decisión sobre qué hacer con doña Sol, y si no llega a ser por el mensaje que había recibido de don Diego, habría seguido perdiendo el tiempo en aquella mansión, lóbrega y triste como el ánimo del marqués. Este seguía encerrado en un mutismo extremo, afectado de una melancolía que, de seguir así, le llevaría a la muerte sin necesidad de que don Diego le metiera una bala en la cabeza. Además, ahora el problema era ya otro. Hernaldo se había visto en la obligación de decidir entre la lealtad a don Enrique o a su hija, y en ese duelo solo podía haber un vencedor. El simple hecho de que aquel pliego hubiera llegado escrito a su nombre le confirmó que cuanto sostenía era completamente cierto:

A Hernaldo de la Marca:

En el día de hoy, dos de mis dos guardias de corps se han presentado en la puerta de su casa para hacer entrega de una carta escrita de mi puño y letra a su hija Adela. En ella se le detallaba la necesidad de que la escoltasen hasta mi casa de Leganitos, desde donde le escribo estas líneas.

Antes de causar más dolor y heridas de las que usted ya ha provocado, le ruego que piense en el futuro de su hija, pues no sería agradable que esta viviera bajo el desprestigio al que la someterían sus vecinos si se supiese que es la hija de un asesino. Para que comprenda la situación en la que se halla realmente, le diré que ya se conocen sus acciones delictivas para con mi esposa, para con mis amigos y para conmigo. Estamos al tanto de que bajo su mano fueron asesinados, por orden de su señor, Daniel Forrado y una prostituta llamada la Zalamera, entre otros, así como que perpetró el asalto a la señorita Castro y la captura de mi hermano, don Gabriel de Castamar.

Deseando que no tome de nuevo un camino equivocado avisando a don Enrique de esta nota, espero que se persone lo antes posible en mi casa de Leganitos con el fin de entregarse a la Justicia. De hacerlo así, le doy mi palabra de que el futuro de su hija no se verá comprometido.

Aguardando su llegada, se despide,
Don Diego de Castamar, duque de Castamar

Al leer la carta, a Hernaldo se le congeló la sangre y un terror profundo se instaló en sus vísceras. Comenzó a sudar, y con la barbilla temblorosa tuvo que tomar asiento. Jamás había experimentado un miedo como aquél, y toda la serenidad que demostraba a la hora de arrebatar la vida a los pobres desgraciados que se cruzaban con él se había desvanecido en un parpadeo. Con solo pensar en la desgracia de su hija, sus piernas temblaban. Algo se les había escapado, algún cabo suelto.

El negro ya estaría de camino a las Américas, y la Zalamera, Jacinta y el Zurdo estaban muertos. La única posibilidad era que este último hubiese dejado pruebas que, en caso de morir, llegaran a don Diego. Pero ni era tan listo ni tenía en nadie en quien confiar, y apenas sabía escribir. Cuando le partió el espinazo en dos en el corralito y le dejó allí tirado, agonizando junto a su puta muerta, no le dio la sensación de que guardara ese as en la manga. De haberlo tenido, al menos se habría jactado de ello, y fue más bien lo contrario, estaba lleno de ira y rencor. Tan solo doña Sol podría haber revelado los datos de la misión que el marqués le asignó y los hechos acaecidos en la muerte de la esposa del duque, pero era algo más complicado.

Además, el duque no decía nada en su nota de ella. Solo el Zurdo sabía todo. «Tuvo que ser él —se dijo—. Era el único que ya no tenía nada que perder». Aun así, era inexplicable. El Zurdo ya no podía andar y apenas tenía un hilo de vida cuando le dejó. Fuera como fuese, tampoco importaba ya mucho; don Diego conocía la conspiración. Solo le extrañaba que una horda de alguaciles, porteros y algún alcalde, con don Diego a la cabeza, no se hubiese plantado en la finca del marqués con el fin de arrestarlos. Era obvio que el duque tenía el poder y las influencias necesarias para hacer girar la maquinaria de la Justicia demoledoramente contra ellos. Su excelencia había preferido la más absoluta de las discreciones para desmadejar la urdimbre que ellos habían tejido. De hecho, al releer lo que decía sobre la captura del negro, le dio la sensación de que este ya había sido liberado.

Ahora él no tenía más opción que la traición. No consentiría que su hija se convirtiera en una paria, pues, si el dolor de don Diego así lo imponía, podría propagar el desprestigio de Adela con tan solo un gesto de sus dedos en todo el reino de España, incluidas las Américas. Sería estigmatizada en cuanto a su padre le azotaran y le colgaran en plaza pública; allí donde fuera, sería la hija de un traidor y una apestada a la que nadie contrataría, nadie querría casarse

con ella y acabaría metiéndose a puta. Con su propia muerte destruiría el sueño de su vida, el único que había tenido, de ver a su hija prosperar. «No permitiré que Adela pague por mis crímenes», se dijo. Él, y nadie más, era el único culpable de sus actos viles.

De poco serviría ya informar al marqués. Por eso, sin dar explicaciones había tomado uno de los caballos de don Enrique y había partido sin dilación hacia la calle Leganitos.

Acometió la entrada a la capital caída la tarde por la puerta noroeste del Conde y descendió al galope por San Juan Bautista hasta la fuente de Leganitos. Desde allí avanzó dejando atrás la calle del Almirante y la de la Flor. Cuando atisbó el palacete de don Diego, descubrió un grupo de guardias de corps apostados delante, esperando para tomar su caballo, desarmarle y escoltarle en presencia del duque. Hernaldo se detuvo y saludó al teniente con cierto aire marcial mientras le indicaban que los siguiera. Abrieron un portón de caballería que daba acceso a un gran impluvio que servía de distribuidor tanto para la casa principal como para las aledañas, el jardín y las cuadras. Allí don Diego le estaba esperando apoyado con cierto aire de tranquilidad en la balaustrada de una fuente, semejante a la de Orfeo en la plaza de la Provincia. Tenía en las manos una pequeña navaja con la que desgajaba una manzana tierna. Él se aproximó sosegado, consciente de que los guardias que le rodeaban eran soldados de élite y desarmado poco podría hacer. Don Diego le examinó catalogando sus andares, su edad, su fuerza física, como hacían los soldados expertos. No esperaba menos del noble. Temiendo que don Diego hubiera podido hacer algún mal a su hija, le preguntó dónde se encontraba Adela sin siquiera saludarle.

Don Diego no le contestó y le hizo un gesto para que guardara silencio. Se levantó masticando un trozo de la manzana y se acercó a él. Fue entonces, al observar de cerca el carácter de sus pupilas, al mantener con él un duelo silencioso entre sus miradas, cuando comprendió que el hombre al que don Enrique había querido destruir llevaba un tigre en su espíritu, que don Diego no se rendiría jamás ante ellos y que, antes de hacerlo, moriría.

—Escúchame bien, matarife —le dijo con mucha serenidad—. No equivoques jamás tus acciones con las mías.

Supo que su pregunta le había ofendido, que allí nadie le haría daño a Adela. Por la templanza con la que se movía, dedujo también que el duque estaba completamente seguro de su victoria, y que él solo estaba allí para una cosa: que su excelencia obtuviera justicia.

—No necesito a tu hija para obligarte a hacer cualquier cosa que estés imaginando —continuó sereno—. A diferencia de cómo obrarías tú y el amo para el que trabajas, la he traído aquí por su seguridad. De enterarse don Enrique de que has venido, capaz sería de ordenar que la capturasen con tal de que no hablastes. Tu hija es invitada de esta casa, cosa que tú no serás nunca.

—Le pido disculpas, excelencia —le dijo Hernaldo—, y le agradezco la deferencia para con mi Adela. Si hay algo que pueda hacer por usted antes de que me lleven a la Cárcel de Corte, dígamelo.

Don Diego asintió, se acercó hasta plantarse frente a él y le comunicó que podía abandonar este mundo de dos formas:

—En la primera, todo el mundo sabrá que eres un asesino, capaz de matar y mutilar a hombres e incluso a mujeres. Esto se convertirá en una carga insoportable para tu hija. En la segunda, iniciarás el viaje a los infiernos de manera discreta, sin ejecución pública. Este supuesto evitará que Adela sufra las consecuencias de tus actos, y además yo me encargaré de que, si no toma esposo o si el que toma no es tan bueno como cabría, encuentre una casa ilustre donde pueda ejercer de institutriz.

Hernaldo no necesitó ni un segundo para pensarlo.

—Acepto la segunda de sus propuestas —contestó sin dudar—, y le agradezco el ofrecimiento.

—Entonces entra a despedirte de tu hija, y más tarde terminaremos nuestra conversación.

Hernaldo suspiró al comprender que sus días tocaban a su fin y solo lamentó no llegar a ver a su pajarillo casada. Don Diego se dirigió hacia una de las cancelas del patio y se detuvo de pronto:

—Dime, ¿qué motivo ha impulsado a don Enrique a orquestar semejante desgracia contra mí?

—Usted robó la victoria en la guerra al bando austracista que él defendía en secreto, y con ello la posibilidad de ser un Grande de España —le contestó—. Pero tal vez hubiera podido perdonar esto y aceptar su derrota si no le hubiera arrebatado usted al ser que más amaba.

Don Diego frunció el entrecejo sin poder encontrar en su memoria algo que encajara con aquel supuesto. La extrañeza del duque le corroboró a Hernaldo la sospecha de que nunca había sabido de la profunda relación entre su mujer y don Enrique, ni de las pretensiones de este para con ella. Era obvio que la duquesa había preferido guardar silencio.

—Doña Alba, excelencia, su esposa —le dijo mientras el rictus del duque se

quedaba perplejo—. Usted se casó con ella cuando él estaba a punto de pedirla en matrimonio. La muerte de su esposa sumió al marqués en tal desesperación que casi acabó suicidándose, y si mucho no me equivoco, tal vez acabe haciéndolo ahora.

Don Diego se quedó mudo, hierático, mientras trataba de asimilar aquella información.

Hernaldo continuó el camino indicado hasta entrar por una pequeña puerta de madera que conducía a una galería. Ascendió las escaleras hasta el piso superior y el teniente le condujo a un salón. Allí, tras el pequeño crujido de la puerta al abrirse, con los ojos húmedos e hinchados por el llanto, su hija le miró sabiendo que serían los últimos instantes que compartirían. En cuanto cerraron la puerta, Adela se puso en pie, rodeó la mesa ovalada de caoba de las Indias y se detuvo frente a él.

—¿Te lo han contado todo? —le preguntó Hernaldo.

Adela asintió y, desangelada, se abrazó a su pecho desahogándose hasta empapar su camisa sucia. Él adelgazó los labios y le dijo que ella era lo mejor que le había pasado en la vida, que lo demás había sido un puro trámite y que cualquier felicidad que hubiera sentido en esta tierra de Dios se la había proporcionado ella. Adela se limitó a abrazarse con más fuerza, como cuando era niña y tenía miedo por las noches, tratando de disipar el pánico que debía tener en las entrañas.

—Es hora de que vuelas libre. Ya me he encargado de que cuando falte puedas valerte por ti misma.

Ella no fue capaz de pronunciar ninguna palabra. Hernaldo la rodeó con sus brazos como si quisiera fundirse a ella y protegerla por siempre.

—Solo he sido un hombre vil y miserable que ha tenido la suerte de tenerte.

Adela le había hecho mejor persona. Ella, temblando como el pajarillo que era, se engrilló a él más fuerte aún, con el cuerpo tomado por la angustia.

—Padre —decía solo—. Padre...

Permanecieron fundidos en un abrazo que Hernaldo congeló en su memoria, para revivirlo cuando estuviera colgando de la horca y así sacudirse el temor de verse con los fantasmas que le esperaban al otro lado. Cuando la puerta se abrió tras él, el soldado que era poseyó su espíritu con la serenidad de quien no teme a la muerte y, tras besarla en la frente, tomó un poco de distancia para decirle que recogiera todo el dinero y que, tras su ajusticiamiento, viajara a la costa para ver el mar, como siempre había querido. Ella, caída sobre sus rodillas, le atrapó para no dejarle marchar.

—Debes dejarme ir, pajarillo —le dijo—. Ya es hora de que deje de matar y que tú seas libre de mi carga.

Adela le liberó despacio, tomando aire desconsolada, y él caminó hacia el umbral. Cuando salió, se detuvo y miró una vez más hacia atrás, mientras la puerta se cerraba como preludio de lo que ocurriría con su vida. Su hija y él cruzaron una última mirada: ella diciéndole sin palabras cuánto le amaba y él dejándole dicho que ni la muerte podría destruir lo que sentía por ella. Aquel instante concluyó con el golpe del picaporte y con el grito desgarrador de Adela al otro lado. Tras eso, caminó de nuevo tras su escolta para saber qué deseaba don Diego de él.

Cuando penetró en el salón alargado, con una imponente chimenea marmórea al fondo, vio que el duque se calentaba junto al fuego. Dio orden de que le sentaran frente a él y Hernaldo de nuevo le agradeció el trato que había dispensado a su hija. Don Diego esperó unos segundos antes de hablar, escrutando su rostro ajado.

—Pensaba que eras un asesino como el Zurdo —le dijo don Diego—, otro hombre sin moral que no sabe lo que es el amor.

—Tal vez sea esa la única diferencia que existe entre el Zurdo y yo, excelencia —contestó—. No pongo en duda su palabra de que cumplirá con lo acordado respecto de mi hija, así que le juro que lo que haya que hacer se hará.

—Pasarás aquí la noche y al alba regresarás a casa de tu señor —le dijo suavemente— y le persuadirás para que acuda esa misma mañana a un robledal que está a las afueras de su finca. ¿Podrás hacerlo?

Él asintió confirmando que no habría problema. Bastaba con decirle al marqués que sus hombres y él habían capturado viva a doña Sol Montijos, a la cual odiaba intensamente. Don Diego pareció conforme con la idea, aunque al nombrar a la marquesa le pareció a Hernaldo que su rostro se ensombrecía, como si esta de alguna forma se les estuviera escapando entre los dedos. «Esa arpí a habrá puesto pies en polvorosa», se dijo Hernaldo.

Concluyó que don Diego había preferido que la Justicia no interviniese en el caso de don Enrique. Su intención era darle muerte él mismo en un duelo. Por desgracia para el marqués, no iba a ser un duelo o con avancargas como deseaba, sino a espada. Se levantó e hizo a su excelencia un saludo, dirigido más a un superior militar que a un ilustre, y arrugó el gesto sabiendo que la traición a su señor sería la última de sus villanías. Se detuvo un instante y, llevado por la curiosidad, le pidió permiso para resolver una duda. El duque le miró y asintió concediéndole tal gracia.

—¿Cómo ha descubierto todo? —le preguntó—. Fue el Zurdo, ¿verdad?

—No mereces saberlo —le respondió escuetamente, dando por zanja do el asunto—. Eres un hombre que ha equivocado sus lealtades.

Él, agradeciéndole asimismo la respuesta, fue escoltado hasta la salida pensando que posiblemente tenía razón. Toda su vida había servido a intereses de otros que solo habían causado dolor y muerte. Tal vez hubiera vivido mejor sirviendo a alguien como el duque; habría llevado una vida más tranquila vigilando su finca y sus caballos para que no le robasen. Lo único que habría calmado aquella adicción suya a la muerte y a la sangre habría sido su hija. Y mientras hubiera estado con ella, se habrían desgastado sus años caminando por Castamar y pegado a un señor que nunca le ordenaría cometer actos innobles. «Nunca fui un hombre bueno ni justo —se repitió—, solo he sabido amar a mi pajarillo. Es l o único bueno que he hecho en mi vida».

Le condujeron a una pequeña habitación de servicio, donde le dispusieron una cena y un jergón limpio. Parecía una garita, más propia de un portero que una habitación. Echaron la llave y le dejaron allí con la única compañía de la luz de la luna, que se filtraba por un pequeño ventanal rectangular descolgado del techo. Después de un potaje de alcachofas se tumbó, consciente de que el camino de su vida tocaba a su fin. «Morir es solo una diligencia más», se dijo. Cerró los ojos y, como siempre, concilió el sueño bastante rápido.

Cuando volvió a abrir los párpados, la luz de la mañana aún no entraba por el ventanuco y ya estaban aporreando la puerta de la garita para que se pusiese en marcha. Iban a escoltarle en la que sería su última misión. Una vileza más, esta vez hacia el único hombre que le había tratado con decencia.

No volvió a ver a su hija ni a don Diego. El viaje de regreso a Soto de Navamedina les llevaría unas dos horas, y Hernaldo partió de Madrid co n el ánimo resuelto para la muerte, sabiendo que así su ajusticiamiento no se convertiría en la desgracia de su hija. Cabalgó con escolta por la puerta norte de San Joaquín, dejando a su izquierda el camino del Molino Quemado, y ascendió hacia la cuenca al ta del Manzanares. Mientras el sol despuntaba a su derecha en el horizonte, se imaginó el rostro de don Enrique cuando comprendiera que su hombre más leal le había conducido a una trampa. Se sintió sucio por quebrantar lo único que no había roto nunca: su palabra.

Sin embargo, ahora que iba a dejar este mundo para arder en el infierno, le importaba poco el dolor que esto supondría al marqués, a pesar de que había sido un buen señor: había cuidado de él y de su hija, le había mantenido y procurado todo lo necesario para que no pasara hambre, y nunca le había

pedido hacer nada que estuviera fuera del contrato que en su día habían pactado.

El teniente de las Guardias de Corps le indicó un robledal que pasaba cerca del arroyo de Valdeurraca, fuera de los límites de la finca de don Enrique, como el lugar donde debía conducir al marqués. Un escenario perfecto para un duelo, lejos de los caminos y transeúntes, pegado al arroyo para poder lavar después las heridas. Asintió al teniente diciéndole que conocía de sobra el sitio. Entró en la hacienda de Soto de Navamedina y cruzó la alameda que conducía al edificio central, dispuesto en un gran bloque que se levantaba tres pisos. Dejó la montura del marqués en las caballerizas y caminó tranquilo a ejecutar su traición. Preguntó a uno de los gentilhombres de cámara dónde se encontraba el marqués y este le indicó que su ilustrísima había madrugado pronto y había salido a practicar el tiro más allá de los parterres traseros. Se encaminó hacia allí orientándose por el sonido de las pistolas. Entonces, al descubrirlo apuntando para un duelo que ya nunca tendría, le inundó un sentimiento de cal viva abrasándole las entrañas; uno que le confirmaba que no quedaba en él ya nada, ni honor, ni palabra ni lealtad, tan solo el puro trámite de traicionar y morir.

7 de noviembre de 1721

Enrique, junto a su mayordomo, su armero y dos de sus ayudantes, estaba practicando el tiro sobre la corteza de un castaño cuando le avisaron de la llegada de su hombre. Sonrió como si pudiera borrar con ello los sentimientos encontrados entre la frustración, la tristeza y la amargura. A pesar de que esa mañana se había aseado, su aspecto impecable era solo un maquillaje que cubría la verdad sobre la muerte de Alba. Por eso había pensado que lo mejor que podía hacer era disparar; imaginar que le volaba la cabeza a doña Sol conseguía relajarle.

Enrique dedicó una mirada de soslayo a Hernaldo, que se acercaba con el paso grave. Este se detuvo a unos metros esperando, y él le hizo una señal para que se aproximase. Hernaldo obedeció con tranquilidad.

—No te vi anoche —le dijo Enrique.

—Salí porque uno de mis hombres me hizo llamar avisándome de que tenían la oportunidad de capturar con vida a doña Sol.

Él le clavó sus pupilas refulgentes, como si aquella afirmación le valiera ahora media vida.

—¿La tienes? —le preguntó, y Hernaldo asintió sin dejar de mirarle a los ojos —. ¿Dónde está?

—Mis hombres la custodian en un claro cerca de la hacienda, en el robledal por el que cruza el arroyo de Valdeurraca. He preferido que la mantuvieran allí para que no pudieran relacionarle a usted —le dijo—. Es un sitio apartado y seguro, y me preocupaba que los espías de don Diego nos vieran traerla a su mansión.

Enrique se sintió invadido por una alegría macabra y marchó a grandes zancadas, sin importarle nada más. Doña Sol no se podía imaginar el dolor que iba a sufrir antes de perder la vida. Sabía que la satisfacción de verla chillar, vejada, humillada, con las uñas y los pezones arrancados, no haría sino alimentar el abismo sin fondo de su alma, pero no le importaba. Dio una orden directa a su mayordomo para que preparasen su montura, y con un ademán de la mano le ordenó a Hernaldo que le siguiera.

—Has pecado de prudente, pues los caminos están libres de pastores y mayores por orden mía, pero dado que la tienes cautiva en un sitio tan alejado la mantendremos allí hasta la noche para luego meterla en la hacienda —le dijo con los labios llenos de venganza.

Partieron ambos al galope, como si no hubiera un mañana. Cruzaron la salida de la finca y penetraron a campo través hasta coronar y descender varias colinas abruptas. Más tarde, siguiendo el curso del arroyo, enfilaron hacia el robledal. Internados entre la espesura, acometieron el claro ya desmontados por la derecha. Fue entonces cuando Enrique presintió que algo no iba bien. En aquel calvero no había nadie: ni hombres, ni carro ni doña Sol. Su rostro se arrugó y miró a Hernaldo esperando una explicación, mientras su intuición le avisaba de que el único hombre que consideraba un amigo le estaba traicionando.

—Lo siento, don Enrique —le confirmó Hernaldo—. Sé que no se lo merece. Enrique no dijo nada, tan solo se quedó hierático asistiendo a la aparición de las Guardias de Corps que los rodearon. Clavó los ojos en su hombre y le sonrió tristemente. Un desconsuelo ensombreció todo su rostro, y sus labios se decoloraron aún más cuando vio aparecer a don Diego de Castamar. Este caminaba con la levita descorrida mostrando su espadín. Hernaldo trató de hablar. Él levantó la mano y le detuvo.

—No importa, Hernaldo —le dijo—. Es hora de acabar con esta tragedia. Imagino que ya lo saben todo y, por desgracia, nosotros somos los derrotados nuevamente. Espero que Adela se encuentre en perfecto estado.

Hernaldo asintió con el rictus contraído.

Enrique caminó junto con el pozo vacío que le había acompañado toda la vida

hasta posar su mirada vencida sobre don Diego. Este le devolvió al tigre que estaba esperando para devorarlo y le tiró una espada a los pies.

—Puede usted decidir tomarla o partir hacia la Cárcel de Corte para ser juzgado y ahorcado en plaza pública meándose encima.

Enrique le miró completamente rígido. Bien sabía el duque que ningún noble deseaba morir frente a la muchedumbre, y se agachó para tomar la espada. Después la desenvainó. Don Diego se acercó a él con mucha calma y se detuvo a unos pasos.

—Deseo decirle algo antes de batirnos.

—Hágalo —le contestó Enrique esbozando una sonrisa fingida, como si todo fuera un juego—, nadie se lo impide.

—Mi hermano está a salvo, la señorita Castro y mi prometida, la señorita Belmonte, están a salvo también, y su hombre le ha traicionado... —le dijo pausadamente.

—No puedo más que felicitarle por su victoria, excelencia —le replicó Enrique en tono sarcástico.

—... y lo único que le falta a usted es tener el valor suficiente para aceptar una verdad ineludible —continuó don Diego como si no le hubiese oído.

—Tal vez sea que le odio profundamente, excelencia.

—Se equivoca, ilustrísima —le contestó don Diego con los ojos llenos de rabia, acercándose hasta quedar a unos dedos de su rostro—. Acepte de una maldita vez que el odio que siente por mí es solo un reflejo del que siente usted por sí mismo, por ser el principal y único culpable de la muerte de mi esposa, mi Alba.

El gesto de Enrique se quebró de pronto, ensombrecido, y retrocedió un paso con una sonrisa deshecha. Supo que aquellas palabras le habían herido de muerte, mucho más que cualquier acero. Comenzó a asentir, como si aquella verdad le hubiera carcomido hasta devorar toda su humanidad y ahora, en aquel preciso instante, no quedaran más que los huesos descarnados.

Se había engañado durante todos estos años como una medida de supervivencia, llenando su alma hueca de odio contra otros por no dirigirlo contra él mismo. Había cubierto la culpabilidad por la muerte de Alba con venganzas, urdimbres y engaños. Ahora ya no había callejones a los que huir ni intrigas en las que refugiarse. Las palabras de don Diego le enfrentaron a una verdad de la que había estado huyendo desde hacía diez años. Con los ojos cargados y los brazos lánguidos, posó la mirada en el duque, que no dejaba de escrutarle esperando para comenzar el duelo.

—No puedo negarle la realidad, exce lencia. Como siempre. Ella le amó más a usted, se casó con usted y murió por mi culpa. ¿Puede existir un ser más patético que yo? —Y declarando esto, aturdido por la amargura, se lanzó contra la hoja de don Diego con la guardia bajada.

Este, sin dudarlo, le partió el pecho en dos mientras escrutaba cómo la vida se le apagaba tras las pupilas.

—No saldrá indemne de este duelo —le dijo con una sonrisa desfallecida —, pues sepa que mi Alba y yo éramos dos almas afines, y pude beber de sus labios si endo usted ya su esposo.

Don Diego apretó más el espadín que le atravesaba el torso de lado a lado, y le dijo algo hueco y distante dudando de la verdad de estas palabras. Él se rio hasta que cayó de rodillas frente a su enemigo, y este le dedicó una mirada de desprecio. Gimió de dolor una última vez cuando don Diego extrajo su espadín empujándole con su bota hasta el suelo. Su vista se nubló y, entre la niebla, solo buscó a Alba, a la que llamó descabalgadamente. Se dejó entonces arrastrar por una letaní a bellísima que le acercó a recuerdos fugaces con su aya, Consolación, cuando jugaban con los aros, o con Hernaldo, cuando brindaron juntos en una cena sencilla a la que invitó él. Se vio de pronto sumido en aquellos momentos deshilachados hasta que apareció Alba, eterna, a caballo, paseando junto al Jarama; sentados durante las tardes de verano bajo las sombrillas y junto a los juegos de té con pastas; tumbados, mientras la guerra rugía fuera y ellos entrelazaban sus dedos mirando las estrellas al caer la noche; mientras observaba embelesado cómo el céfiro del sur acariciaba el vello de su nuca, en una de sus salidas a la costa. Alba, Alba, y luego Alba. Así se reconoció en todos aquellos instantes, escrutando sus labios de seda, el brillo inquieto de sus pupilas y su voz atemperada de mujer. Viajó, mientras su vida se desleía, de lienzo en lienzo, hasta que se instaló allí, en aquel día soleado de primavera en el Alcázar, entre el bullicio de la colación, el traje blanco entallado y su semblante capaz de re ndir imperios. Él había ido a buscar un par de auroras cuando al girarse la descubrió observándole embelesada desde cierta distancia. Ella apartó la vista con suavidad tras el abanico y él le sonrió aproximándose hasta entregarle la copa.

—La he sorprendido mirándome —le dijo él.

Entonces, allí, frente al mar insondable de sus pupilas, ella asintió con las mejillas deliciosamente ruborizadas y le tomó del brazo.

—Por supuesto que sí, mi querido marqués, no habría mujer en este refresco que no estuviera dispuesta a casarse con usted.

PARTE CUARTA

23 de febrero de 1722 - 26 de noviembre de 1722

CAPÍTULO 48

23 de febrero de 1722

Alfredo oteó más allá de la mura de babor contemplando el ancho mar. Para los que navegaban poco o nada, como era su caso, los primeros días a bordo eran un suplicio. Invasado por el vértigo, no paró de regurgitar. Sin embargo, tras la primera semana fue capaz de salir a la cubierta y caminar entre el sudor y los gritos de la tripulación. Ahora, tras casi dos meses de viaje, admiraba cerca del bauprés cómo el Santa Clara y sus tres puentes navegaban con bonanza hacia la puesta de sol.

Casi cuatro meses después de que su vida privada se viera expuesta, ya no lamentaba el destierro, ni siquiera el escándalo; solo le embargaba la tristeza de abandonar España sin haber llegado a ver a Francisco antes de que muriese. Su amigo, su hermano, decidió mantener la distancia hasta el fin al, y tras su fallecimiento su escribano le hizo entrega de una carta dictada de viva voz. Aterrorizado por la posibilidad de que sus últimas palabras fueran reproches y descalificaciones por el secreto que le había guardado durante todos aquellos años, la había mantenido cerrada, sin encontrar el coraje suficiente para leerla.

Por eso ahora, mientras admiraba el lomo desnudo y brillante de un muchacho de unos diecisiete años que baldeaba la cubierta; mientras este de vez en cuando le sonreía con disimulo; mientras danzaba de nuevo con el diablo, deseando acariciar la piel dorada del joven, y se decía que era un pecador inevitable, jugueteaba entre los dedos con la carta de su amigo, tratando de dilucidar si leerla o tirarla al mar sin hacerlo. Francisco podía destruir aún más su maltrecho espíritu y hacer que su culpabilidad creciese sin fronteras. El simple hecho de acudir a su entierro, que se celebró con todos los honores de su título, le hizo llorar con amargura durante varios días.

No hubo gran diferencia entre el sepelio de don Enrique, enterrado en su panteón sin testigos, y el de Francisco, apenas concurrido. Esto le dolió, pues en vida no había nadie que hubiera contado con más simpatías. Cuánto le pesaba que su propio pecado hubiera terminado afectando a su amigo Francisco. Alfredo había preferido mantenerse alejado prudentemente, pues su sentencia de destierro se había hecho pública y no deseaba que su desprestigio afectase a la familia Marlango. Desde que se conocía su desviación, nadie de

la aristocracia se había acercado a él, a excepción de Diego. Tampoco ninguno de sus amigos no ennoblecidos. Era un apestado social.

El mayor de los temores de su padre se había hecho realidad. El único que deseaba verle era su antiguo amante, Ignacio. Le salvó la vida gracias a que le mantuvo bajo su techo, y aun así, le faltó tiempo para intentar sisarle de nuevo. Su servidumbre le echó de allí a patadas. Alfredo sospechaba que incluso su mayordomo le había tendido la trampa para deshacerse de él, despejando el camino hacia la caja de caudales. No tardó mucho en saber que le habían dejado medio idiotizado de una paliza provocada por deudas de juego.

Tras el entierro de Francisco, Alfredo salió de Madrid sobriamente; solo la señorita Castro, doña Mercedes, Diego y su prometida en secreto, la señorita Belmonte, le recibieron en Castamar antes de partir. Fue enternecedor ver cómo la futura esposa de su amigo había preparado unas empanadillas de pescado —muy finas, con un adobillo excelente y una masa aderezada con vino de calidad— para agasajarle. Aparte, degustó un besugo asado presentado sobre una cama de patatas panadera, pasado por cazuela con agrio de lima, pimienta y perejil, que les abrió las ganas de hablar, aunque la tristeza y el recuerdo de Francisco estuvo presente durante toda la sobremesa, a pesar de ciertas buenas nuevas.

Habían sabido que el rey deseaba premiar con el ennoblecimiento a los Belmonte por la muerte heroica de don Armando. Las desgracias de la pobre señorita Clara fueron tan comentadas en los últimos meses que el sentimiento de piedad se instauró como tema de conversación entre la nobleza. Los reyes y cortesanos quedaron más que impresionados al conocerla. La reina Isabel, tan fascinada por los platos italianos que le había cocinado, la hizo llamar para que paseara a solas con ella por entre los parterres, bajo el sol invernal, con el fin de conocerla personalmente. Diego se preocupó de que la madre de Clara, su hermana y el esposo de esta viajaran hasta la hacienda desde diferentes puntos de Europa. A su llegada mostraron la misma educación exquisita que ella. Un mes más tarde supo que su majestad, en un acto muy protocolario, había otorgado justamente a las Belmonte el título de baronesas de Pleamar. Los cortesanos no solo alabaron la labor de sus majestades por conceder tal distinción a la hija del afamado doctor, sino que muchos grandes, al corroborar por experiencia propia la buena fama de las artes culinarias de la muchacha, terminaron por pedirle que realizara pasteles, yemas y tartaletas para ellos. Al final, el plan de Diego se fue consolidando en todos aquellos meses, y Alfredo se alegraba por él. ¡Qué mejor dote para la esposa de un

duque que ennobleciera en un acto de justicia con un título merecido!

Por su parte, desterrado de España, sintió aquella comida en Castamar y la velada tardía de después como una despedida. Todos sabían que él no podría asistir a la boda, y por eso, al despedirse, dejó dada su más sincera enhorabuena. Diego, con el rostro compungido por su marcha, le abrazó y le dijo que haría todo lo posible para conseguir su indulto y que pudiera regresar a España lo antes posible.

«Déjalo, Diego —le había contestado él—. Tengo primero que encontrar la manera de perdonarme a mí mismo por haber destrozado la honra de Francisco y haberos engañado durante tanto tiempo. Además, de regresar aquí, amigo mío, me exigirían una serie de sacrificios como casarme y..., ¿de qué me valdría volver solo para ser un paria en mi propia tierra?».

Aun así, Diego le dijo que le costaría tenerle lejos, y más tras la muerte de Francisco. Él tenía el mismo sentimiento de abandono y lejanía. Poco importó que los escoltas le acompañasen hasta Sevilla para cerciorarse de que embarcaba hacia las Américas. Además, cada vez que Diego y él nombraban a Francisco en sus conversaciones, ambos percibían en el otro ese rencor peligroso hacia uno mismo por no haber llegado a tiempo, por no haber insistido lo suficiente, por haber permitido que doña Sol escapara a Dios sabe dónde. Tiempo después del entierro, Alfredo supo que Francisco nunca había llegado a leer más cartas suyas que aquella primera; al parecer, las demás habían sido descubiertas en uno de los burós de doña Sol durante el registro de su finca de Montijos.

Cuando Diego llegó a casa de Francisco, estaba ya en los últimos estertores de su alocada vida. Según le contaron a Diego, había estado entrando y saliendo de la inconsciencia durante toda su agonía. Entre esos desvelos, Francisco se había enterado de su caída en el ostracismo y de que doña Sol era quien le había difamado. El mayordomo de Francisco le contó a Diego que, al saberlo, solo había cerrado los ojos lánguidamente y había descabalgado una sonrisa. Después solo había tenido fuerzas para dictar la carta dirigida a Alfredo antes de perder la conciencia definitivamente. Diego, al verle morir, salió de allí con el alma deshecha, con el único objetivo de batirse con don Enrique y encontrar a doña Sol. Tras despachar al primero con su acero, Diego dedicó esfuerzos y fortuna para encontrarla y traerla de vuelta a España. Alfredo, por su parte, pensaba que era ya una causa perdida, pues doña Sol, con recursos, se habría instalado en Dinamarca, Viena o tal vez Londres, y sería imposible hacerla venir. Se habría granjeado amistad s

poderosas —si no las tenía ya—, enemigas de España, que la protegerían. Sabía que a Diego no le importaría mucho esto, pues doña Sol había asesinado a dos de sus personas más amadas, y él haría lo que fuese para que lo pagase.

«Sé que lo que te voy a decir es difícil para ti —le dijo Alfredo a Diego —, pero, si no encuentras pronto a doña Sol, olvídala. Vas a casarte con una mujer fantástica y, si te empeñas en hacer justicia, solo atraerás la desgracia, descuidando a tu nueva esposa por un resarcimiento que no podrá darte nada más que vacío».

Diego agradeció su sinceridad, como si comprendiese el valor de las palabras que le había dedicado. Así, Alfredo partió de Castamar con el alma quebrada y siendo consciente de que posiblemente nunca más volvería a ver a su amigo, y que tal vez, con suerte, llegarían a la vejez manteniendo una sencilla y valiosa relación epistolar.

Se estiró ahora, apoyado en la batayola, mientras el joven que cargaba con cubos de agua sucia le lanzaba miradas de reojo, insinuando conocer el lenguaje secreto de los amantes invertidos. Alfredo recordó a otros, sobre las sábanas de su dormitorio o entre las callejas secretas de los palacios y las caballerizas, entre colaciones, refrescos, veladas y bailes. Recordó cada una de sus caras, reflejadas ahora en aquel joven que le conducía al abismo de su propia debilidad. Cerró los ojos, consciente de que el muchacho levantaba la cabeza para tentarle disimuladamente. Ansió poseer su cuerpo y su sonrisa juvenil, y se insultó por no poder contener su deseo. Tragó saliva y siguió jugueteando con las yemas de los dedos en el lacre de la carta de Francisco. En un impulso, tratando de apaciguar la ira que sentía por su propia flaqueza, se quiso castigar leyéndola y la abrió, como si las palabras escritas por un Francisco moribundo fueran a salvarle de su inclinación y posterior penitencia.

Querido Alfredo:

Voy a morir por el vicio de aceptar en mi cama a mujeres viudas y peligrosas. Ya me avisaste en su día de que doña Sol podía ser un bocado excesivamente grande.

Ahora que apenas tengo ya fuerzas para dictar estas palabras y que me sé entre la muerte y la vida, necesito de forma imperiosa dedicarte estas líneas, pues no hacerlo daría un significado distinto a la amistad que nos hemos profesado siempre. No te negaré que mi decepción al enterarme de tu afección ha sido profunda, sobre todo por el hecho de que me engañases durante tanto tiempo. Sin embargo, comprendo que lo hicieras; tu desagradable vicio es corrupto y

embrutecedor, y y o en tu lugar también me habría preocupado de que no se supiera, y más entre los míos. Pese a esta decepción, debo decirte que la amistad, el cariño y admiración que te he profesado durante toda mi vida, y más aún en mis últimos momentos, no se ha reducido un ápice. Por eso deseo que sepas que en mi corazón solo queda ya el amor sincero de nuestra amistad, pues a los hombres, cuando ven la muerte cerca, solo les importa lo que han vivido, y tú, Alfredo, has sido un hermano mayor para mí.

Seguramente, de seguir vivo no habría llegado a esta conclusión y seguramente te hubiera rechazado hasta mis últimos días, en donde te habría dedicado estas mismas líneas tratando de arañar un tiempo que ya no podré retener. Precisamente por esto, porque estoy ya a las puertas de la muerte y esta te hace tener presente toda tu vida, solo me queda ofrecerte mi última sugerencia, que nace de mi profundo cariño hacia tu persona, amigo mío: intenta en la medida de lo posible aceptar quién eres y lo que eres, pues no hay peor calamidad que odiarse a uno mismo.

Cuando llegue tu hora dentro de mucho tiempo, comprenderás, como lo comprendo yo ahora, que toda aversión que hayas tenido, toda la inquina con la que te hayas fustigado habrá sido una pérdida de tiempo. Te lo dice un hombre que, como bien sabes, ha vivido de la forma más licenciosa posible, buscando el placer de la carne sin preocuparse del mañana. Ahora, en estos momentos donde llega mi fin, comprendo que también este loco afán mío por buscar el gozo inmediato me alejó de encontrar un verdadero amor. Ya solo deseo irme en paz de este mundo.

Expresándote todo el amor que te tengo, espero guardarte desde el cielo, en donde el Señor me tendrá entre sus almas más traviesas esperando tu llegada. Ruego por que tu vida sea más feliz y algún día se encuentre cura para tu infortunio.

Siempre tu amigo,
Francisco

Alfredo desvió la vista del papel, la clavó en el oleaje decorado de espuma y se irguió un poco. Luego volvió a leer las últimas líneas y tuvo que sujetar sus lágrimas, al sentir el vacío que dejan las personas amadas cuando marchan. Detrás, el joven seguía afanándose, con un cepillo y un balde, en dejar impecable la cubierta. Consciente de que su vuelta a España sería improbable y que de hacerlo sería ya solo para morir, Alfredo no pudo evitar sentirse sucio, débil, desesperado. Se había convertido en un ser patético y sin voluntad que encontraba en la carne un refugio donde ahogar sus penas. Miró

el horizonte oscuro que se cernía tras ellos y al astro rey ocultándose enfrente, y pensó que Francisco seguramente tenía razón en su consejo; tal vez había llegado el momento de dejar toda aquella oscuridad atrás, igual que el barco lo hacía navegando hacia poniente.

Los hombres, como le había escrito su amigo, solo tienen una clara perspectiva de la vida cuando les llega la muerte, y tal vez por eso su recomendación era un bien valioso, una lección que debía aprender. No sería fácil tratar de aceptar aquella naturaleza invertida e ingobernable que no podía sujetar. Había luchado tanto contra ella, y solo había obtenido dolor y remordimiento... Sin embargo, las líneas de Francisco no le exhortaban a convivir en una eterna lucha con su monstruo, sino a fusionarse a él y a aceptarlo. Esto le obligaba a desprenderse de su educación cristiana, a aceptar que posiblemente fuera al infierno por ello y que no habría redención posible, salvo el surcar las olas de su depravación, navegar entre aguas asumiendo que era la única forma de mantenerse a flote. Debía bracear hasta que su razón fuera una amalgama con la naturaleza que Dios, o posiblemente el diablo, le había dado.

Supo que el destierro le brindaría una oportunidad para comenzar una vida en la que no se odiase tanto, una en la que su actitud hacia sí mismo fuera diferente. Ojeó la carta una última vez y abrió despacio los dedos, dejando escapar la nota de su amigo hacia el mar. Sintió alivio al hacerlo, como si al echarla a volar estuviera celebrando su propio entierro, el de toda su vida pasada. Se acomodó hasta ver cómo el pliego se posaba en el mar y era engullido por el oleaje que levantaba el casco de la nave. Se giró entonces para dirigirse hacia el camarote, y el joven levantó la mirada para escrutar algún gesto de confirmación a su deseo. Él le sonrió sutilmente para que entendiera que le estaría esperando y, mientras luchaba en su interior por no sentirse débil y manchado, algo dentro de él le dijo que este camino espinoso que se abría ante él era su única salvación para encontrar la paz consigo mismo.

18 de septiembre de 1722

Sol se aproximó a la balconada, como hacían las ancianas cuando se instalaban allí para observar el lento paso del tiempo, y derramó la vista en lontananza esperando que apareciera la berlina de su escribano. La carta del señor Durán confirmaba que llegaría a la villa pasados dos días desde la recepción de ese correo. Por eso ahora, tras desayunar un pequeño consumado de ave, aguardaba ansiosa su llegada. En el pliego su escriba le anunciaba que

había recogido una carta de don Francisco y que tenía noticias sobre él.

Sol había podido escapar por La Coruña hacia Inglaterra hasta alcanzar el condado de Hertfordshire, cerca de Londres, y durante todo el viaje no dejó de pensar en Francisco, en el daño que le había causado. Había rezado todo tipo de plegarias al Altísimo con el ruego de que estuviera vivo.

Pese a su preocupación, tras instalarse en una villa alquilada llamada Woodhall Terrace, aledaña a Hatfield, se había relacionado con los aristócratas y prohombres de la zona, cuyas esposas habían acudido a visitarla en cuanto se enteraron de que había una dama española de alcurnia. Nada menos que una marquesa, que cambiaba los aires calurosos de España por los fríos de Inglaterra. Ella les explicó que los médicos le habían prescrito que se alejara de los calores de la Península. Como cabía esperar, a los aristócratas rurales no les supuso ningún problema recibir a una dama española de educación exquisita. Fue mucho más tarde, en una colación que ella misma había celebrado, justo cuando creía que se había establecido adecuadamente en Inglaterra, cuando comenzaron ciertos problemas inesperados.

En aquella velada conoció a mister Thomas Hereby. Llegaba desde Londres de la mano de un conocido, y enviado por el primer lord del Tesoro, sir Robert Walpole, para comprobar si ella era una espía española implicada en el complot contra el rey Jorge. Al parecer, el primer ministro de facto había descubierto hacía unos años una conspiración, en la que España participaba, para destronar a la actual casa de Hannover. Ella, que no tenía idea de ningún complot, temió que esta mala coincidencia la condujera a la horca que había logrado evitar en Madrid. Sin embargo, esta eventualidad adversa se convirtió en todo lo contrario, pues tras narrar su historia —donde ella aparecía como una víctima ingenua seducida por don Enrique—, comprendieron que les sería de utilidad mantenerla con vida, dada la imposibilidad de Sol de regresar a España. Gracias a esto, los ingleses la tomaron como consejera extraoficial sobre la corte española, para que pudiera señalar las cabezas prominentes de esta y sus relaciones.

Pasados cinco meses desde su llegada, en las primeras semanas de mayo, su posición en Inglaterra se afianzó, y era habitual que mister Hereby apareciese en su casa para recabar información sobre el rey Felipe y la corte. A las pocas semanas de esto, Sol ya había puesto la vista en sir Nicholas Hubbington, un acaudalado señor rural tan viudo como ella que no esperaba más de la vida que la caza y los encuentros sociales.

Finalmente, su escribano Carlos Durán —al que debía la vida por haber dispuesto las cajas de caudales y la berlina que les permitieron escapar hasta los puertos gallegos — había regresado a España en secreto con el propósito de recoger el resto de su fortuna y objetos de valor. Utilizaría para tal propósito a algún hombre de confianza que actuase como testaferrero para vender sus propiedades que allí tenía y recaudar lo máximo posible sin levantar sospechas. Para ello, realizaría pequeñas subastas secretas a las que invitaría a un determinado número de familias acaudaladas con verdadero interés por las propiedades. Mientras, ella se quedó sola en aquella tierra inhóspita, como si aguardara el regreso de un marido.

Durante todos aquellos meses, pese a la compañía de los ilustres cercanos, se sintió cada vez más desamparada, y a menudo se sorprendía hablando de España a sus nuevas amistades, tal vez más de la cuenta. Sir Arthur Wilbour, uno de los insignes campestres, le llegó a decir que, si tanto recordaba España, debía partir lo antes posible, no fuera a enfermar. Soportó su grosería y cambió de tema sintiendo el vacío que dejaba la añoranza de Francisco. Así había pasado las semanas, invadida por la melancolía y despe rtándose a medianoche pensando que él estaba entre sus muslos, besando sus pechos. Se dijo ingenua que tal vez con el tiempo la perdonase, que podría olvidar que ella era la responsable de la muerte de doña Alba. Pero sabía que esto era una ilusión vana que aplacaba el miedo de su interior.

Resonaban aquellas palabras de doña Alba ahora desde la tumba, afirmando que «su círculo era el círculo y que fuera de él no había nada», evidenciando que ella estaba de nuevo fuera. «Se ríe de mí desde la cripta», se dijo alguna noche que había soñado con ella. Mientras esperaba la inminente llegada de su criado bebiendo un té negro comprado en Fortnum & Mason, en Piccadilly, al que se había aficionado tanto como al chocolate o a la malvasía, se dijo que Inglaterra no era una tierra para ella; siempre con viento y lluvia, y en general esa humedad que por mucho que uno se abrigara siempre calaba los huesos. Era un clima propicio para la melancolía y el recuerdo constante de Francisco, cuya imagen pululaba por los pasillos de aquella villa alquilada. A veces le parecía verle, y su ausencia le dolía tanto como el recuerdo de sus noches. Se sentía perdida, abandonada a una vida que no le correspondía e invadida por los fantasmas que había dejado por el camino.

Se acercó ahora de nuevo al ventanal al oír que se aproximaba el carruaje que traía a su escribano. Descorrió el cortinaje un poco y comprobó extrañada que de su interior no descendía Carlos Durán, sino un hombre pequeño con un

rostro de pájaro decorado con dos diminutos puntos negros por ojos. Un presentimiento le dijo que las cosas en Madrid no habían ido bien. Esperó con el corazón palpitante, deseando saber algo del estado de Francisco, rezando para que Carlos Durán no hubiera sido capturado y hubiera terminado por decirle a don Diego dónde se encontraba. Con la frente sudorosa y la taza de té de fayenza temblando entre sus manos, se dedicó un insulto por no poder controlar los nervios cuando el emisario entró.

Este le hizo un saludo y se acercó a ella con una carta lacrada con su propio sello. Le preguntó al hombre con cara de pájaro dónde estaba su escriba, y este simplemente le contestó que no sabía de quién le hablaba, su cometido era solo entregar la carta. Ella, con el ceño fruncido, tomó el pliego, rompió el lacre y la leyó apresuradamente.

A su ilustrísima doña Sol Montijos, marquesa de Villamar:
Sé que le extrañará la recepción de este correo, y más cuando recibió no hace mucho una carta informándola de mi llegada, pero debo, en aras del servicio que le he prestado durante todos estos años, exponerle al menos una explicación de mi ausencia: mi motivo de convencerla para que me permitiera viajar a Madrid fue el que le dije, recoger su fortuna y vender sus bienes a fin de maximizar las ganancias, pero ciertamente no le fui sincero al comentarle que el propósito último de dicha liquidación tendría en mí a su único beneficiario...

Dejó de leer de inmediato y se sintió palidecer. Sin poder controlarse, comenzó a emitir pequeños ahogos de aflicción pura, sin poder encajar la información que destilaba la carta. Un sudor frío la recorrió de pies a cabeza y el miedo se agarrotó en sus entrañas provocándole náuseas. Tuvo que sentarse, con las pupilas pegadas al papel y la incredulidad devorando su espíritu. Con los ojos crispados, comenzó a chillar tan desaforadamente que el emisario, asustado, retrocedió y salió del salón sin esperar su pago.

A Sol le asaltó el temor de que su escriba le hubiera sisado toda su fortuna ya antes de partir y corrió hasta llegar a su habitación con el rostro desencajado. Tras abandonar los cadáveres de maridos, enemigos y amantes, en la caja de caudales apenas restaban dos sacos de escudos, todo lo que le quedaba de su vida en España. Comenzó a tirarse de los cabellos, arrancándose mechones con los pómulos congestionados y el alma descolgada del cuerpo. Lloró con el espíritu roto y, echando mano del abrecartas, comenzó, llevada por la ira, a rasgar el colchón como si pudiera arrancar la vida misma de Carlos Durán de entre su relleno.

... me veo asimismo en la obligación de informarla de que se hizo una subasta pública de todos sus inmuebles y pertenencias, que fueron adquiridos por diversas familias y cuyo pago, aunque será de mi disfrute, tarde o temprano dirigirá a los investigadores de don Diego hacia su persona. Espero que las amistades que ha obtenido durante estos meses en Inglaterra la ayuden a salir adelante, señora; no obstante, dejé algunos ahorros para que su ilustrísima pudiera vivir con dignidad algunos meses más mientras se busca un protector.

Soy consciente de que su ilustrísima se sentirá decepcionada por mi actuación, y comprendo los reproches que pueda hacerme, pero como usted una vez me dijo ya hace tiempo, la vida es demasiado corta para tener escrúpulos. Entienda que, si me viera en la tesitura de ser capturado antes de abandonar la Península, tendré que descubrir su paradero. Por último, solo decirle que don Enrique de Arcona halló la muerte en el lance con el Castamar, y el resto de sus colaboradores pasaron por la horca. En cuanto a usted, ilustrísima, además de por la muerte de Alba de Montepardo, se la busca por el asesinato de don Francisco Marlango. Al parecer, la infección de la sangre causada por la herida se lo llevó a la tumba a los pocos días de partir nosotros.

Sinceramente suyo,
Don Carlos Durán

Leyó de nuevo la última frase. Francisco había muerto. «Ha muerto», se repitió. «Ha muerto», dijo otra vez. Y sin poder contenerse, chilló hasta que sus pulmones se rompieron y se quedó tirada sobre el suelo, con los criados huidizos deslizándose sus miradas entre las puertas y alejándose de su cuarto. Se hizo un ovillo y no pudo ver nada más que la imagen de Francisco acariciándole la espalda con su tacto suave. Recordó su sonrisa mientras le besaba los pechos, recordó ese ángel en su rostro, recordó el sudor mientras la tomaba en secreto entre las sábanas o los palcos del Coliseo; recordó sus palabras ardientes y la mirada atónita cuando le había disparado; recordó los silencios de guerra compartidos y las miradas de complicidad. Se sintió perdida, completamente vencida, sin nadie a quien recurrir, y lanzó zollos abruptos, incapaz de soportar más dolor.

Allí se quedó con la mirada perdida hasta que su alma se vació, dejando en ella tan solo la amargura insondable de quien lo ha perdido todo. Supo que ya nunca más podría amar a nadie, y así, entre sueños, desvelada a ratos, pasó la noche arropada solo con la colcha de la cama, apenas estirada

cansinamente.

Cuando el alba la despertó, hastiada de la vida, se levantó y se fue hacia el espejo. Despeinada y con el rostro ojeroso, comprobó que esa noche había envejecido diez años. No lloró más. Se sentó, consciente de que sería ya solo un pedazo de carne vacío de alma que se pasearía por la vida como un fantasma en el cementerio. Con mucha parsimonia, comenzó a acicalarse el cabello y a maquillarse el rostro, hasta que de nuevo recompuso lentamente su máscara, la que le había permitido sobrevivir durante todos aquellos años. Se vio como un jarrón que hubiera sido encolado demasiadas veces, y cuyos pedazos estaban tan desgastados y untados de cola que ya no eran capaces de mantenerse unidos. Aun así, sintió que aquel viejo antifaz desgastado aún cubriría las apariencias y las arrugas un poco más. Tal vez lo suficiente para recomponer la apariencia de la vida que había perdido. Se aseó gemebunda y buscó su mejor traje. No estaba dispuesta a huir de reino en reino hasta que un día los hombres de don Diego la encontraran y la secuestraran para llevarla hasta España a rastras. Antes de pasar sus días encerrada o morir en la horca, preferiría acercarse al tempestuoso mar de Brighton y morir ahogada entre sus frías aguas.

Con la imagen de Francisco en sus pupilas se escrutó una última vez antes de salir, los ojos cansados, su carne más lánguida y su porte menos joven que de costumbre. «La vejez no es el peor castigo inventado por Dios, pese a que no hay forma de evitarla salvo una muerte prematura —se dijo—. Es el amor, sin ninguna duda, la peor calamidad de este mundo, pues tal vez este sentimiento sea lo único que vence a la mortaja, y de ser así, la tortura y el sufrimiento también te acompañan hasta el más allá».

Luego, sin mirar atrás, consciente de que no le quedaba ya mucho tiempo, caminó hacia la salida ordenando a su mayordomo que dispusiera la berlina. Se ajustó unos pequeños anteojos y, desplegando su mejor sonrisa, se sentó en la calesa con su determinación implacable.

—A casa de sir Nicholas Hubbington—ordenó a su cochero.

Extendiendo el varillaje de pan de oro de su abanico, intentó ocultar su desgracia tras él y se dijo que nunca más debía volver a pensar en Francisco Marlango, pues de hacerlo sería su perdición: solo pondría de manifiesto el cadáver en vida en el que se había convertido.

CAPÍTULO 49

25 de octubre de 1722

Gabriel esperaba sentado, disfrutando de la brisa fresca que levantaba las hojas caídas de otoño mientras, al fondo, los mozos cargaban sus últimos enseres. Meditaba, con la mirada algo perdida, sobre lo extraño de aquellos días. Por un lado, Castamar había vuelto a la vida, y su hermano Diego con ella. Tres meses más tarde de que las Belmonte fuesen investidas como baronesas de Pleamar por sus majestades los reyes, la señorita Clara y sus delicias culinarias entraron a servir a los infantes, y de paso también a la reina, a quien le encantaba el buen comer. Tras otros tres meses sirviendo en la corte, su hermano no pudo por más tiempo guardar sus sentimientos. Declaró ante sus majestades que estaba perdidamente enamorado de la señorita Belmonte y les pidió permiso para desposarla. Con el verano ya encima, sus majestades dieron su consentimiento, concediendo una merced dotal honorífica como extra a la baronía, premiando así, aparte del servicio heroico de su padre, la labor principalmente culinaria de la señorita Clara como dama de los infantes.

En el caso de Diego, el dinero estaba de más, pues su interés se centraba en el permiso para desposarse y la aceptación completa de su futura esposa en la corte. En septiembre, tal como se había dispuesto, la celebración del enlace situó a Castamar como el centro de toda la aristocracia durante los festejos. Más de cinco días de celebración con todo tipo de esparcimientos, obras de teatro, monterías, conciertos, lecturas, fuegos artificiales, bailes y juegos que amenizaron de tal forma el evento que el tiempo pasó demasiado rápido para saborearlo todo. No faltó el toque especial de la familia Belmonte, pues madre e hija diseñaron platos específicos para sus majestades y muchos otros que engalanaron los cinco días. La boda de su hermano había tenido tales fastos que nadie echaría de menos no celebrar el cumpleaños de la difunta doña Alba, quedando grabado que desde entonces la nueva fiesta de Castamar se celebraría cada 28 de septiembre.

Atrás quedaban ya los días de la amenaza de don Enrique o de Hernaldo de la Marca, ahorcado en un acto privado. Incluso Diego fue perdiendo poco a poco su interés en doña Sol, pues si bien la encontraron en las cercanías de Londres, cuando sus hombres llegaron a detenerla había tomado casamiento

con un ilustre rural de la zona que tenía severos contactos en la corte y en la milicia. Apresaron a los suyos, acusados de espionaje, y los recluyeron en la cárcel de Marshalsea. Gracias a Dios, no los torturaron, pero permanecieron más de dos meses encerrados previo pago de alquiler. Al final los dejaron en libertad con la condición de no regresar a Inglaterra so pena de muerte. Tras aquello, Diego desistió de traer de vuelta a doña Sol, sabiendo que soportaría toda la vida el hecho de que la asesina de su esposa y de Francisco estaba libre.

«Alfredo me dijo que no me obsesionara con la venganza, pues podría perderme en ella y olvidar la felicidad que tengo por delante», le había dicho a Gabriel mientras catava una copita de malvasía.

Gracias a esta decisión, la vida de su hermano fue cobrando normalidad. Mientras, la suya transcurrió buscando tiempos robados para estar a solas con la señorita Amelia. Porque, mientras Castamar parecía resurgir de sus cenizas y cobrar el mismo esplendor que en los tiempos de doña Alba, él soportaba estoicamente la espera de saber si la señorita Castro se decidiría por fin a aceptar su propuesta de matrimonio y marchar con él. No la culpaba por tener dudas, por creer que su futuro sería un camino de espinas que, poco a poco, les iría arrancando jirones del amor que se profesaban hasta que, descarnados, se convirtieran en una pareja miserable. Para ella, él se engañaba pensando que, al salir de España y al viajar lejos, dejarían atrás los problemas derivados de la diferencia de su piel. Él, por su parte, trató de convencerla de que podía ser lo contrario, pues quizá, al llegar a la vejez, verían con perspectiva que había merecido la pena estar juntos pese a las dificultades. Por eso Amelia, que navegaba en la duda amándole entre los visillos de la indecisión, había aparecido hacía dos noches en su alcoba, con el cabello descolgado por los hombros y tan solo un camisón de fino lino hasta los pies descalzos.

«Debemos estar casados antes de yacer juntos», le había dicho él.

Ella había dejado el candelabro sobre la cómoda, le rodeó con los brazos y se acercó al oído para susurrarle un ruego:

«Hazme tuya sin pensar en el mañana».

Comprendió que aquella irrupción súbita en su alcoba le anticipaba que no se casaría con él, y mucho menos viajarían a la incertidumbre. Por eso cedió a la pasión, consciente de que no podría tenerla nunca más y que al día siguiente su amor permanecería guardado eternamente en una caja, puro y sin las fisuras que acarrea la convivencia. Así había recorrido su piel con los labios,

empapándose en su fragancia, grabando cada instante en su memoria como el mayor de los tesoros. Ella le guio por su experiencia, y él, sintiéndose más torpe, se puso en sus manos. Se tomaron varias veces durante aquella noche majestuosa, tratando de averiguar cuánto amor eran capaces de soportar antes de que los descubriera el alba.

«¿Te imaginas poder compartir todas las noches el lecho?», le dijo Gabriel.

Amelia le miró tristemente, como si el amor la desbordara, y le besó en los labios acurrucándose bajo su brazo. No durmieron, y se despidieron antes de que el resto de la hacienda despertara. Al quedarse solo, su ingenuidad le llevó a pensar que tal vez ella finalmente pudiera darle un sí. Al día siguiente, después de haber ultimado durante aquella semana todos los preparativos para su marcha, acordaron verse entre los parterres.

Por eso ahora estaba allí. Gabriel suspiró por la espera y, al levantar la cabeza, admiró la silueta de Amelia. Ella caminaba con la cabeza gacha y la sonrisa tomada. Al llegar le saludó cortésmente, mientras él, tras hacer una inclinación de cabeza, le ofreció el brazo para que caminasen juntos. Se estableció un silencio incómodo y premonitorio. Gabriel no dijo nada, esperando que ella pudiera articular palabra. Amelia, sujetándose fuerte a sus manos, caminó con la vista en las hojas ocres que arrastraba su vestido al pasar. Percibió su respiración, más agitada de lo normal.

—No puedo seguirte allí donde vas — le dijo Amelia confirmando sus sospechas en un hilillo de voz.

Él siguió caminando encerrado en su mutismo, con el ánimo tumultuoso por las palabras que acababa de oír, permitiendo que el tiempo se desgranara poco a poco.

—Por Dios bendito, Gabriel, di algo — musitó ella.

—No tengo nada que decir, salvo respetar tu decisión — le dijo—. Sé que, si el color de mi piel fuera otro, no te negarías.

—Si fueras blanco, no tendrías por qué marcharte ni esconderte en las fiestas de tu hermano, ni tampoco evitar que se nos viera juntos — le dijo ella—, pero bien sabes que no es eso lo que me hace decirte que no. Es el amor que siento por ti lo que quiero preservar, y si ahora cedo a la tentación, pronto no quedará nada de él ni de nosotros. Allí donde vaya, yo seré una mujer blanca y tú un negro africano liberado con la espalda marcada de por vida.

Gabriel calló de nuevo ante sus palabras, consciente a su pesar de que la razón estaba de su parte, que la sociedad siempre vería en ellos una aberración, una mezcla insensata y perniciosa que traería consecuencias destructivas a todos

los que los rodeasen. Sin embargo, él ya no podía permanecer por más tiempo en la jaula de oro de Castamar. Tenía que vivir, salir de allí y viajar a los reinos más lejanos, donde no hubiese trata de hombres y el color de su piel no fuera una lacra que le hiciera terminar bajo el látigo. «No existen muchos tipos de tierra así —le había dicho su hermano—. O está permitida la trata o son de religiones diferentes».

No le importaba, y más si Amelia no se iba con él. Sin ella, no buscaría nada, solo viajaría a los confines de Asia, a las profundidades de África o a las islas orientales. Exploraría y abriría nuevas fronteras para cerrar el ciclo que había comenzado su padre, Abel de Castamar. «Tal vez debiera ser yo el valiente negro en Flandes», le había respondido a su hermano haciendo referencia a aquella obra de teatro que leyó en Villacor en lo que parecía otra vida, hacía ya dos años.

Amelia se puso delante de él y le acarició el rostro con las yemas de los dedos cargadas de ternura. Gabriel se sintió de pronto perdido sin ella y deseó con todas sus fuerzas encontrar un argumento que le hiciera cambiar de opinión; u no que le hiciera comprender que serían también unos desgraciados por no estar juntos; uno que le permitiera abrir sus ojos al decir que la vida sería solo un constante recordar. Fue a hablar para desgarrar su alma declarando sus sentimientos cuando ella le arrastró bajo el gran castañar y le besó con suavidad en los labios. Después se separó y, secándose las lágrimas, entrelazó sus dedos en los de él:

—Vine a Castamar buscando un marido —le dijo—, y rechazo al mejor de los hombres... Debes casarte con alguien de tu raza. Y, por doloroso que sea, quiero que sepas que yo haré lo mismo.

—No conseguirás que te odie —replicó él—. Solo que tenga celos del hombre con el que compartas tu vida.

La estrechó de nuevo, sabedor de que aquel beso húmedo sería lo último que obtendría de ella. La tomó por la cintura con fuerza. Se quedaron enlazados como dos efigies cinceladas por Juan de Villanueva y Barbales. Gabriel pudo sentir su cuerpo cimbreado bajo sus brazos y ella enlazó los suyos como si fuera imposible la separación. Gabriel sintió cómo su alma se quebraba cuando Amelia se separó abruptamente, deslavazando sus dedos, declarando entre lloros que lo mejor que podía hacer era olvidarla. Luego le dio la espalda y echó a correr, y él solo pudo susurrar su nombre débilmente, de forma instintiva, como quien lanza un pequeño lamento que sabe que repetirá una y otra vez a lo largo del tiempo.

Se quedó allí anquilosado, con su mejilla húmeda por el llanto de Amelia y el espíritu desolado por su marcha. Gabriel tragó saliva y, tomando aire, se sentó en uno de los bancos de granito emplazados en torno a la fuente donde se erigían Jasón y los Argonautas mostrando a los vientos el vellocino de oro. Al mirar la escultura se sintió como uno de esos héroes, abocados a la tragedia, que se enfrentan al reto más implacable para morir tras conseguirlo. Así se habría contado su historia. Había arrebatado el espíritu de la señorita Amelia para no poder aprehenderlo más que un instante en una vida.

Ella partió esa misma tarde sin demora, reanudando por fin el viaje que había iniciado a Cádiz casi hacía un año. No se cruzaron ninguna otra palabra y tampoco desearon verse otra vez. De hacerlo, ambos sucumbirían a la tentación de alargar su marcha un día más. Siendo inevitable la despedida, prefirieron dejar como recuerdo el último beso bajo el castañar.

Él, por su parte, abandonó definitivamente Castamar tres días después, con un canasto de comida que elaboró su cuñada, la tristeza inconsolable de su madre, y el amor infinito de su hermano en el recuerdo de su último abrazo. Se había comprometido a escribir desde allí donde estuviera, y Diego a responderle en cuanto su carta llegase a la hacienda. A caballo, con dinero suficiente, armado y aprovisionado, partió hacia Valencia sin conocer más destino que el este. Una semana más tarde viajaba hacia el reino de Nápoles, y de allí tenía la intención de llegar hasta El Cairo, dominado por los otomanos, donde compraría ropa del lugar para pasar más desapercibido. El color de su piel disimularía su religión. No tenía más pretensión que dejar que la vida guiara sus pasos. Tal vez trabajaría, aprendería el idioma del desierto o incluso buscaría sus raíces africanas, cualquier cosa que le quitase de la cabeza a la señorita Amelia y los momentos eternos entre ambos. Debía aliviar su espíritu, atiborrado de imágenes imborrables, consciente de que la felicidad de aquella única noche que pasaron juntos era únicamente parte de los jirones que ahora tenía su alma. Solo esperaba que el tiempo atemperase aquellos gajos desgarrados hasta convertirlos en costurones como los que llevaba en su espalda.

Mientras se disponía a leer un libro, una edición príncipe de María Zayas que había tenido éxito el siglo pasado, tuvo la certeza de que el viaje que había comenzado le transformaría de tal forma que, al pisar España de nuevo, incluso los suyos apenas vislumbrarían más que una sombra del hombre que había sido. Acariciando el encuadernado, tuvo un pensamiento esclarecedor sobre el tiempo que estaba por venir: «Nada hay en el futuro que pertenezca a

los hombres, salvo si acaso saber que, cuando llegue, no seremos ya los mismos».

2 de noviembre de 1722

Úrsula se dispuso un sencillo tocado para recogerse el cabello y, después de mirarse ante el espejo, salió de su alcoba. Durante aquel año había permitido que el que otrora fuera su enemigo se convirtiera en algo más que un amante. Por supuesto, había dicho que no a las reiteradas peticiones de matrimonio que don Melquíades le había hecho. Él argumentaba que el duque les permitiría casarse y que podrían vivir en una de las casas aledañas de la finca. Sin embargo, ella se veía muy mayor para esa clase de complicaciones. En primer lugar, porque aunque llevaba años sin saber nada de Elías, ella seguía casada, y en segundo, porque había ganado una independencia como ama de llaves que no estaba dispuesta a perder por un esposo.

«No se vaya a creer que todo el monte es orégano, don Melquíades —le había dicho sin dejar de llamarle de usted para que mantuviera las distancias—. Yo todavía no le he dicho que le amo, como para decir que sí a un matrimonio».

«Pero, doña Úrsula, ¿no comprende usted que viviremos bajo un mismo techo y en pecado? —le dijo—. Si el duque se entera...».

«El duque no hará nada —le dijo—. Me consta que lo debe de saber ya toda la servidumbre, por la forma en la que anda usted todas las noches hasta mi cuarto, que parece una bestia rugiente. Ahora déjeme, que tengo trabajo».

Él se quedaba negando con la cabeza, en busca de un argumento que pudiera convencerla, hasta la próxima vez. Era obvio que la servidumbre sabía que tenían una relación más allá de sus cargos, e incluso estaba segura de que el duque también lo sabía. Nadie diría nada. Su afinidad, como si fueran ya un matrimonio anciano, era algo tan connatural a Castamar que a lo largo de aquellos años se había afianzado la idea para todos de que mantenían relaciones carnales secretas. Posiblemente incluso cuando solo conocían la guerra, la servidumbre ya mantenía ese tipo de idea sobre la naturaleza de su relación.

Durante aquel último año, en el que su ánimo belicoso se había atemperado, fue creciendo un sentimiento intenso por el mayordomo, algo que no reconocería nunca en público. Al principio, él había destapado aquella pasión poco a poco, y ella, con temor a verse demasiado expuesta, le soltaba alguna que otra coza. El pobre lo soportó todo con paciencia. «Es usted un ingenuo si cree que algún día le amaré», «Solo me divierte estar con usted, no es más que

un juego para mí», «No di ga tonterías, no sea absurdo, para qué iba yo a quererle».

Aun así, don Melquíades, que era persistente, solo deseaba tenerla todas las noches en su lecho, no con la intención de yacer juntos, sino por dormir como un verdadero matrimonio bendecido por Dios, Jesucristo y el Espíritu Santo. En cierta forma, le enterneció que aquel hombre fuerte y desacompasado la amase tanto como para querer dormir con ella a diario. Tenía que reconocer que don Melquíades era todo lo que una mujer podía desear. Protector, hacendoso, tenía un corazón de oro y se preocupaba constantemente de que ella se sintiera a gusto. La admiraba y la adoraba a partes iguales. Así, dedicado a ella, él siguió robándole gemidos, arrebatándole caricias y enseñándole que el amancebamiento con un hombre podía ser placentero.

A ella, las experiencias anteriores a don Melquíades solo le habían causado dolor y asco. Su marido la montaba como un animal, sobando su sexo y sus senos para su único disfrute. Don Melquíades, al contrario, se entregaba con pasión, investigando su cuerpo con el fin de descubrir el placer que más le satisfacía a ella. Aun así, y durante los primeros meses, alguna vez le cerró la puerta en las narices afirmando que no tenía ganas de él y que se fuera con viento fresco a aliviarse solo, que ya era mayorcito. No obstante, mientras pasaban las semanas y las noches, se dio cuenta de que no solo apreciaba sus dotes de gran amante, sino que su alma se había prendado de él.

Fue consciente de este hecho una noche en la que tuvo que reconocérselo a sí misma, cuando, durmiendo juntos, se despertó con el ánimo sofocado por una pesadilla. De pronto le sintió allí, calmando su angustia con sus brazos fuertes, rodeándola para que nada pudiera dañarla y susurrando palabras reconfortantes al oído. Entonces supo que él no la dejaría jamás. Por eso en aquellos momentos, justo al sentirse más débil físicamente y envuelta en el mundo hostil de los hombres, comprendió que le amaba. Con el paso del año ya no le había importado en demasía su poder dentro de la casa, e incluso la visión del duque, tan feliz y hechizado por su mujer, doña Clara ahora, le había otorgado cierta complacencia.

Aquel cambio se había operado en ella gracias a la bondad de don Melquíades, al trato que le dispensaba y a sus palabras de cariño destiladas en bisbiseos. Él, que no era tonto, advirtió este cambio, y cuando se cruzaban bajando o subiendo los mamperlanes, le rozaba los dedos con disimulo, como si estuvieran viviendo una segunda juventud. Incluso sintió que buena parte del servicio era más amable con ella; la saludaban más afablemente y le

dedicaban palabras livianas sobre sus problemas o quehaceres. Incluso el señor Casona, en plena comida de estados, le dijo en una ocasión, al enterarse de que estaba enseñando a leer y escribir a Beatriz Ulloa, que alguien debía de haber sustituido su alma. Ella, con el rictus serio, le clavó su mirada de hielo.

«No comprendo el motivo de su comentario, y es perfectamente legítimo que, siendo yo la dueña, enseñe a una muchacha del servicio», le contestó.

Todos se callaron, y al terminar la comida el jefe de jardineros le susurró unas palabras al oído:

«Por supuesto que es legítimo, pero no deja de ser sorprendente, doña Úrsula. ¿Quién nos iba a decir que tenía un buen corazón después de todo?».

«Ya basta de sandeces —le respondió con cierta severidad y sin poder reprimir una sonrisa—. Tengo trabajo y supongo que usted también».

Úrsula había abandonado la cocina constriñendo su sonrisa al tiempo que dejaba claro a la nueva cocinera, Federica Martín, que repasaría las notas del guardamangier más tarde. Pudo oír cómo el señor Casona concluía su frase aludiendo a que, pese a sus buenas acciones, nada cambiaría su carácter desabrido. A ella no le importó, pues ni deseaba cambiarlo ni quería que la pudieran tomar por una pusilánime enamoradiza. De hecho, gracias a su naturaleza seguiría manteniendo su reputación para que Castamar funcionara como debía. Ahora, cada vez que recordaba la guerra que había mantenido con aquel espíritu calmado y bondadoso de don Melquíades, se decía que había pagado con él los males que el mundo había vertido sobre ella. Sin embargo, pese a que su lucha se apaciguara, podía advertir que a veces, todavía, cuando veía a la nueva duquesa de Castamar con su madre o caminando del brazo con don Diego, percibía una pequeña punzada de dolor. El recuerdo de doña Alba aparecía y ella no podía soportar ver a doña Clara allí ocupando su estatus. Al rato, se daba cuenta de que su amada señora no volvería nunca y que aquella flamante joven era la garante de la felicidad de don Diego; por mucho que quisiera despreciarle por enamorarse de la cocinera, sabía de antemano que era una causa perdida. Perdonaba a su señor de improviso, en el acto, diciéndose que, si ella había tenido una segunda oportunidad para ser feliz con don Melquíades, al menos le debía eso a un hombre que la había salvaguardado durante todos aquellos años.

Aparte del idilio con don Melquíades, este argumento fue uno de los motivos por los que decidió quedarse en Castamar. A lo que habría que añadir, casi tan importante como lo anterior, la conversación que había tenido con doña Clara.

Esta, que seguía empeñada en bajar a la cocina de vez en cuando pese a la presencia de Federica Martín, la había hecho llamar a su alcoba meses después de la boda. Ella se temió que, pese a los años de servicio, tal vez la nueva duquesa iba a hacer que el señor la despidiese. Fue entonces cuando comprendió lo perdida que se sentiría si doña Clara le decía que debía irse. No había contemplado la posibilidad de salir de Castamar por decisión ajena, y se había llamado idiota e ingenua por no prever que la muchacha la despidiera, pese a haberla salvado de ser forzada. «Úrsula, ¿cómo has dejado que pase esto?», se reprochó entonces. Por eso había entrado con el alma en vilo.

La duquesa le dijo que tomase asiento, pero ella, con el orgullo con el que siempre había afrontado los problemas de su vida, le contestó que prefería estar de pie.

«Hace dos años entré en esta casa —le dijo doña Clara de espaldas mirando hacia los jardines—. Durante este tiempo siempre he pensado que el rencor que tiene usted contra la vida lo dirigía hacia mí porque, como dijo usted, yo no pertenecía al mundo de los suyos y jamás pertenecería tampoco al mundo de su excelencia».

«No he cambiado de parecer a ese respecto, excelencia —le contestó franca—. Tan innegable es que usted es ahora la duquesa de Castamar como que nació hija de un doctor».

«Tiene usted razón en ambas cosas, doña Úrsula. Sin embargo, concédame al menos mantener aquella conversación que usted no me permitió tener el día en que yo dejé Castamar», le dijo.

«Siendo usted la duquesa de Castamar, no me queda otra alternativa, excelencia».

«La tiene. Si no desea escuchar lo que he de decirle, puede usted marcharse...».

«Señora —la interrumpió previendo sus palabras —, si lo que me quiere ordenar ahora es que abandone esta casa, lo comprenderé y no pondré objeción alguna. Es más, no rogaré a don Diego ni a don Melquíades que intercedan por mí ante usted. Solo le pediría, tal como yo hice con su excelencia en el pasado, que me dé las mejores referencias para poder buscar una casa ilustre donde servir».

Después se había quedado callada, esperando a que la duquesa dijera que se las daría y que agradecía que aceptase su derrota. Sin embargo, doña Clara se había acercado a ella con un gesto de extrañeza, escrutándola con aquella

firmeza interior que emanaba.

«Está usted muy equivocada al pensar que deseo prescindir de sus servicios —le dijo tomando su mano. Ella le había devuelto la mirada con cierta sorpresa—. Si me permite terminar, doña Úrsula, lo único que deseo decirle ahora, como en aquella ocasión, es que pese a nuestras diferencias nunca he dejado de admirarla y respetarla».

Al oír aquella frase a Úrsula se le desmontó su escudo y quedó paralizada. No pudo reprimir un ligero temblor en la barbilla.

«He aprendido de usted muchas lecciones: el no rendirse jamás, el no dar una batalla por perdida y el saber que cualquier cosa que uno se proponga puede ser conseguida. Usted dirigió Castamar como un mayordomo durante nueve meses con una diligencia impecable, algo que ninguna mujer de la servidumbre de España puede decir».

«Agradezco sus palabras, excelencia», contestó tratand o de ocultar su desarme.

«Por supuesto, deseo que los inconvenientes que mi persona pudo generarle cuando era la cocinera de esta casa queden olvidados —continuó la duquesa—, pues voy a necesitar toda su ayuda».

Ella, más atónita aún, percibió en su tono cierta confusión, como si doña Clara se estuviera enfrentando a alguna circunstancia adversa que la atenazase y no la dejase reaccionar. La duquesa se quedó callada mirándola enigmáticamente, como si ella pudiera darle una respuesta a lo que es taba a punto de revelarle en aquella ocasión.

«Estoy concibiendo un hijo —le dijo de pronto— y... no sé qué hacer. Estoy aterrorizada. No se lo he dicho a nadie, ni a mi madre siquiera. No sabía a quién recurrir».

En aquel momento a Úrsula le vino a la cabeza aquella mañana fatídica, con doña Alba diciéndole que llevaba un vástago de don Diego en su vientre. La asaltó un miedo atroz, sintiendo que si no reaccionaba favorablemente ante aquella confesión podría repetirse la tragedia que había sacudido a Castamar. Un escalofrío le recorrió la espalda, y disimuló para que no se notara su miedo agorero. Reconponiéndose, como siempre, diciéndose a sí misma que no podía permitir que el heredero de Castamar sufriese ningún tipo de mal, asumió el papel que debía cumplir: cuidar de don Diego, de su hijo y de su nueva esposa. Aunque esta última nunca pudiera estar a la altura de la antigua duquesa, era lo mínimo que podía hacer por doña Alba.

Ella misma no había tenido hijos, pero podía comprender el terror que debía

sentir una mujer al enfrentarse a los problemas que conlleva el parto, donde una podía dejar la vida. Así, suspiró, consciente de que la batalla que había sostenido con aquella muchacha acababa de finalizar completamente. Tendría que soportar sus intrusiones en la cocina por mucho que se le revolviera el estómago al ver a la señora de Castamar entre los fogones. Ni podía impedirlo ni tenía el poder para tal hazaña, y más cuando doña Clara llevaba ya un heredero en sus entrañas. Entonces Úrsula le dedicó una sonrisa y la tomó de la mano.

—No puede usted hacer nada salvo dejar que la naturaleza siga su curso —la calmó—. Para lo demás, no se preocupe de nada, excelencia, puede estar segura de que su dueña se encargará de todo.

Tres días más tarde, don Diego no cabía en sí de gozo, su mal presentimiento había pasado al olvido, y doña Clara y su madre —que cocinaba como los ángeles mismos — habían preparado un pequeño banquete para toda la servidumbre. Desde aquel día, algo en el interior de Úrsula se había reconciliado con la vida.

Ahora, al caminar por las galerías supervisando que el trabajo de las doncellas estuviera hecho con corrección y pulcritud, mientras hacía sonar el juego de llaves que le otorgaba el control de Castamar, percibió la quietud de su espíritu. Fue como si le hubiera sido concedido ese don prohibido y peligroso que, apenas susurrado, se desvanecía en un simple parpadeo; un regalo envenenado portador de todos los males del mundo, cuya existencia nunca había reconocido por temor a padecer sus grandes infortunios: el amor. Por eso, mientras contemplaba la figura fornida y oronda de don Melquíades dando órdenes al final de la galería, no pudo reprimir una sonrisa, consciente de que ese presente celestial era suyo por primera vez en la vida y le advertía de forma inequívoca que experimentaba algo parecido a la felicidad.

CAPÍTULO 50

26 de noviembre de 1722

A horcajadas sobre él, Clara se abrazó a la espalda de Diego deseando quedarse unida a él durante toda una vida, y permitió que le besara los pechos. Derramó sus labios sobre los de su esposo, siendo consciente de que no podría tenerle en los meses de embarazo que quedaban por delante, pues el doctor Evaristo le había advertido que no era prudente mantener las relaciones carnales por riesgo de producir un aborto. Clara gimió, mordiéndole los lóbulos de las orejas, y se balanceó sobre él percibiendo que el deseo había hecho presa en ella desde que Diego le había descubierto los placeres de la carne.

Pese a tener habitaciones separadas, desde que se desposaron no habían dejado de dormir juntos una sola noche. Adoraba despertarse junto a él y posar su oreja sobre su pecho hasta sentir el latido de su corazón como un caballo al paso, sosegado. Algunas veces, por las mañanas, ella decidía despertarle. Aprovechándose de la manía que Diego tenía de enredarse con su cabello aspirando su fragancia, Clara, algo malvada, descabalgaba sus hebras enmarañadas por el rostro de él, cubriéndolo hasta que el pobre estornudaba por las cosquillas. En ocasiones, tras dedicar largo rato a besar su piel, descendían hasta un baño termal que Diego había mandado construir cerca de su alcoba ese verano, baño por el que doña Mercedes había puesto el grito en el cielo, pensando que morirían en cualquier momento.

—No imaginas cuánto te amo —le decía ahora Diego apretándose a sus nalgas y sus piernas.

Ella sintió más placer aún al dejarse arrastrar por sus caricias, que la hacían jadear intermitentemente. Él se levantó y, tomándola en vilo, se dejó caer suavemente sobre ella, acomodándose en su interior. Clara le dijo que le amaba, como muchas otras veces, y él le sonrió con sus ojos cargados de deseo, devorando su piel y sus pechos. Se sintió mujer, adorada por la yema de sus dedos y protegida por su espíritu. Sintió su fuerza embistiendo, con las pupilas encadenadas y las garras apretadas en la carne. No le importó sentir placer, pese a que algunos médicos le habían avisado que los abortos se producían porque la mujer sentía fruición en la concepción, o incluso luego. «Santo Dios, algo tan sublime solo puede provenir de la inmensa belleza

natural creada por Dios», se había dicho mientras alcanzaba nuevamente el clímax. Diego, tomándola por el cuello, devoró sus labios, empapándose en ella hasta que sus jadeos fueron uno.

—Me has dado la vida, Clara mía —le dijo con la voz tomada.

Ella le rodeó con las piernas, percibiendo que sus palabras le robaban el aliento hasta acaparar todos los huecos de la habitación, como si su amor y deseo se impregnase en la cal de las paredes, en el tapiz con la escena de caza, en la coqueta blanca, en su espejo de plata, en el cepillo del cabello y el baldaquino tallado que los cubría. Así se embebieron el uno con el otro hasta que no pudieron soportar más el goce y cayeron derrotados, navegando con los sentimientos pegados a la piel. Ella se arrastró hasta quedar encajada sobre su hombro, y se vio envuelta en una quietud detenida en el tiempo, bajo el silencio, cada vez más sosegado, de su respiración. Diego se giró y, apoyando el codo, se irguió para contemplar su desnudez, jugueteando con sus dedos sobre la piel de sus pechos. Ella le atrajo hacia sí y le besó de nuevo. Él sonrió, tal vez esperando ingenuamente que le hiciera una declaración de amor:

—La primera vez que te vi pensé que eras un grosero —le dijo riéndose por el cambio que sus palabras habían provocado en su gesto —. Uno de esos nobles orgullosos y malcriados que se comportan de manera descortés ante las damas. Él lanzó una sonrisa pícaro, pues era obvio que recordaba el día en que la descubrió tras la puerta. La cogió de la cintura y le hizo cosquillas.

—Más maleducada fuiste tú por espiar conversaciones ajenas.

Clara se carcajeó. Él la arrastró hacia sí y se detuvo, clavando sus pupilas en ella, hasta que su devoción la recorrió entera. Permanecieron en silencio acariciándose mutuamente, entrelazando y jugueteando con sus dedos sin pronunciar palabra alguna. No pudo saber cuánto tiempo estuvieron mirándose como dos jóvenes amantes que acaban de descubrirse.

Algo más tarde él le propuso tomar un baño juntos, desayunar y salir a cabalgar. Ya a principios de año había ido consiguiendo superar su afección nerviosa poco a poco, hasta la llegada de su madre. Su aparición en Castamar significó un bálsamo para ella, pues corrió a recibirla al frontispicio sin ser siquiera consciente. Desde entonces había podido salir a los espacios abiertos sin sufrir un episodio, volver a cabalgar y dar largos paseos por entre los parterres. A veces se acompañaba en las largas caminatas del señor Casona y sus conversaciones tranquilas sobre botánica. A todo esto se sumó la alegría inmensa que la invadió cuando su hermana Elvira y su marido Ramiro de la

Riva aparecieron en la finca antes de que fueran ennoblecidas. Desde los días en los que vivía su padre no había sentido una felicidad así.

—¿Salimos a pasear? —le preguntó ahora Diego.

—Un buen plan —le confirmó ella besándole los labios —, porque además esta tarde nos visitará mi madre y te prepararemos algo especial.

Él asintió con gusto, pues aquello era parte del pacto silencioso que habían firmado al desposarse.

Clara sabía que cualquier marido, y con más motivo uno que fuera ilustre, hubiera tratado de evitar que estuviera entre vapores de ajos, cebollas, asados y frituras, pero ella no habría aceptado ningún casamiento sin tener claro que su marido comprendía su necesidad, pues de no ser así una vez casados este tendría potestad para negárselo. Con Diego no hizo falta ni hablarlo, se dio por hecho desde el principio. Él jamás la obligaría a abandonar la cocina, no solo porque su estómago se veía recompensado, sino porque solo anhelaba su completa felicidad. No obstante, Clara no solo disfrutaba de ese privilegio, había otros que la habían hecho inmensamente feliz: el placer de visitar a su antojo la enorme biblioteca de Castamar, asistir a las representaciones teatrales en las corralas o en el Coliseo, tener su propia capilla de música, despreocuparse del dinero al comprar al señor Bernabé todo tipo de libros, visitar por invitación de sus majestades las obras que se estaban realizando en el Real Sitio de San Ildefonso...

Cierto que no todo había sido tan agradable. Desde que sus majestades los reyes habían decidido otorgar a las Belmonte la baronía de Pleamar en reconocimiento a la muerte de su padre, ella se había visto integrada en un mundo diferente, más preocupado por las relaciones sociales y la proximidad respecto del rey. Lo fútil de los pensamientos que rodeaban a las damas ilustres de la corte —si se llevaba tal vestido importado de Francia o se tenían tantos criados— había terminado por hacerla fingir interés. Era un mundo ajeno a ella, con preocupaciones para su gusto baladíes, sobre todo cuando los súbditos reales malvivían entre los campos y las ciudades del reino. Por eso comprendió, sirviendo como dama a los infantes, que lo mejor que uno podía hacer en la corte era mantener un papel discreto y con cierta lejanía.

Tras ser ennoblecidas, Diego le propuso a Clara que su madre viviera en Castamar todo el tiempo que deseara, para contrarrestar la larga ausencia que había sufrido desde hacía años. «No para de preocuparse de mí —se había dicho ella—. Solo sabe contentarme». Así su madre se quedó a vivir con ellos hasta el final del verano. Junto a su progenitora había permanecido como un

baluarte doña Mercedes, introduciendo a su consuegra en las relaciones sociales de la corte, espantando a los oportunistas que veían en ella una viuda rica, y presentándole a los caballeros y damas honorables, entre los que en ningún caso habría tenido cabida alguien como su tío Julián Belmonte.

Ya antes de la boda, Diego decidió invitar a propósito al tío Julián Belmonte, un arribista que apareció practicando el peor pancismo posible, afirmando ser pariente cercano de la futura duquesa. Con sus modales hipócritas no solo había engañado al pobre don Melquíades, sino que se plantó delante de Diego demostrando públicamente su preocupación por el bienestar de la familia, a la que, según él, había perdido la pista y llevaba buscando mucho tiempo. Diego, que le estaba esperando, había ordenado investigar al escribano de Castamar el mayorazgo que la familia Belmonte había perdido a la muerte de su padre. El señor Graneros no tardó en aparecer con noticias muy esperanzadoras. El torpe tío Julián no se podía imaginar que su visita acabaría en un desastre para él.

Diego y él montaron, acompañados de uno de sus caballerizos, hasta los confines de Castamar.

«Tengo la intención de hacerle ascender socialmente para que esté a la altura del resto de la familia», le dijo Diego.

«Sinceramente, excelencia —contestó el tío Julián—, eso es algo que no merezco».

«Por supuesto que sí. Además, comprendo bien la preocupación que ha debido soportar al no saber nada de la familia».

«Ha sido una de las peores épocas de mi vida. Llegué a pensar que nunca más las vería», afirmó su tío.

«Siendo así, querido pariente —le había respondido con una sonrisa —, no tendrá inconveniente en devolver a su sobrina Clara el mayorazgo que heredó usted a la muerte de su hermano, pues siendo ella ahora baronesa de Pleamar, le corresponde por derecho».

«¿Cómo dice, excelencia?», le preguntó palideciendo.

«¿Acaso no conocía usted esa cláusula del testamento? Declara que todas las propiedades incluidas en la herencia pasarían de forma prioritaria a manos del ascendiente más cercano..., a excepción de que el primer descendiente de la familia, aunque fuera mujer, se ennobleciera». Diego le escrutó sonriente.

El tío Julián, que ya se había visto entre la alta aristocracia, comprendió que sería despojado del mayorazgo.

«Desconocía tal cláusula —dijo aterrorizado en un intento procaz de evitarlo

—, tendré que releer el testamento para informarme adecuadamente».

Diego detuvo el caballo y le miró con el ceño fruncido.

«¿Cómo dice usted? —le dijo—. ¿Duda de mi palabra?».

El tío Julián comenzó a tartamudear sin saber qué explicación dar, y Diego se aproximó a él intimidatorio.

«Escúcheme atentamente, tío —le dijo—. Yo mismo supervisaré su generosidad para con su sobrina, no vaya a ser que tenga que tomar medidas de otro tipo. Créame que, de ser así, hablaré de su falta de compasión para con las hijas y viuda de su hermano, y dudo mucho que pueda usted ganarse la vida en el reino de España».

Después de aquello, el mayorazgo fue traspasado a Clara, que pudo por fin regresar a la casa que amaba. Del tío Julián no supieron mucho más, excepto que en efecto nadie quiso contratarlo como legista y acabó exiliándose a Francia más pobre que las ratas.

Entrado ya el otoño, después de despedirse tristemente de su hermana Elvira y su marido músico, la madre de Clara había partido a su casa de toda la vida. Doña Mercedes también se retiró con discreción y solo en ciertas ocasiones, bajo petición filial, regresaba a Castamar, como haría esa misma tarde.

Tras su paseo bajo un sol pálido y un cielo despejado, Clara se quedó fuera en los parterres, caminando entre ellos mientras tarareaba una pequeña tonadilla. El señor Casona, que acarreaba en sus grandes manos unas macetas en varios baldes, se detuvo a saludarla. Después de intercambiar algunas palabras amables con él, le dejó continuar con sus labores para perderse por entre pasillos ajardinados.

Llegó por fin hasta un pequeño estanque decorado recientemente con estatuas marmóreas de René Frémin y alguna del escultor del rey, Jacques Bousseau. Allí tomó asiento y depositó su mano sobre su vientre, pensando en la vida que se estaba gestando en su interior. Levantó la vista sonriendo, al mirar la alameda que daba entrada al palacio, y se imaginó otra vez atrás en el tiempo, cuando llegaba a Castamar bajo las balas cargadas en una carreta y una lluvia incesante. Cerró los ojos, y aquella visión de ella misma desangelada, sin su familia y perdida bajo la brutalidad del mundo, comenzó a desvanecerse por otra más amable: ella mayor, con sus hijos crecidos y Diego algo corvo por la edad, acariciándole el rostro y susurrándole las mismas palabras de amor que le decía ahora. Supo que aquella visión idílica del futuro era solo un espejismo, y que si en dos años ella había pasado de ser una moza de oficio a esposa de don Diego y duquesa de Castamar, cualquier cosa podía suceder

entonces. Si algo había aprendido a lo largo de su penoso transcurso por la pobreza era que la vida es impredecible.

Mientras reflexionaba sobre lo acontecido en esos dos años, tomó una hoja seca y la lanzó al estanque. Permaneció allí de pie unos segundos y, antes de saber si la hoja terminaba por hundirse o se mantenía a flote, se dio la vuelta para regresar hacia la casa. A cada paso que daba en esa dirección, el miedo por lo azaroso de la existencia cedió el paso a una sosegada aceptación de lo inevitable, como si supiese que su vida venidera pertenecía más al reino de lo imaginario que al mundo real.

Al llegar al salón de lectura de la primera planta, descubrió a su marido enclaustrado sobre el sillón orejero, con las piernas cruzadas y una carta sobre una de las mesas bajas.

—Alfredo ha llegado a La Florida —le dijo—, y se encuentra en perfecto estado.

Ella asintió sonriendo, se abandonó sobre sus rodillas y, apoyando la cabeza en el regazo de Diego, sintió cómo la mano de este le acariciaba el cabello. Se dejó invadir por la extrema sensación de plenitud que le ofrecía ese instante, y deseó con toda el alma que aquella felicidad extrema jamás pudiera serle arrebatada. Se vio entonces reflejada en aquella hoja que había lanzado al estanque, sujeta a lo fortuito de su viaje hasta el agua. Entonces, anclada frente a aquel enigma descomunal e indescifrable, comprendió al fin que la vida impele a cada alma a gobernar el timón de su propia nave para hacerla consciente de que, bajo el mar tempestuoso que es la existencia, siempre estará condenada a la deriva.

NOTA DEL AUTOR

La mayoría de las historias que me apasionan surgen como una idea que me parece poderosa. Es solo una noción sencilla que me nace por medio de un personaje, un evento de su historia o una relación con un tercero que de algún modo me arrebatara, me transporta y me llena de energía para iniciar el camino, uno que no sé qué deparará. Nunca preparo las historias, simplemente las descubro instalándome en ese extraño limbo donde estamos los escritores que nos guiamos por brújula. Sin embargo, la historia de *La cocinera de Castamar* surgió de una forma diferente. La idea no llegó de repente, como me suele ocurrir, sino que fue germinando a lo largo de años. Siempre he sentido una predilección especial por las historias que me transportan a otras épocas u otros mundos. Tal vez por eso las novelas de Jane Austen y su fiel retrato de la sociedad de finales del siglo XVIII, la relación epistolar de *Las amistades peligrosas* de Choderlos de Laclos, o incluso las aventuras de *Scaramouche* de Sabatini, estaban de alguna forma en la idea germinal de esta novela allá por los años noventa. Aun así, pese a que todas estas influencias me incitaban a contar una historia con este trasfondo, era un deseo que yo aparcaba constantemente, seducido por otras que en aquellos momentos me habían atrapado más. No fue hasta 2008 que aquel burbujeo interior comenzó a tomar forma por dos eventos separados.

El primero fue la petición que mi madre me había reiterado a lo largo de esos años: «Hijo, escribe algo para mí». Ese «para mí» de mi madre daba a entender una historia para mujeres en la que ella se sintiera integrada. Personalmente, no creo que exista literatura de hombres o mujeres, como no creo que existan cuentos, juguetes o profesiones para niños o niñas. Existe tan solo la historia, mejor o peor contada, pero nada más. Los humanos creamos etiquetas para comprender la realidad de forma rápida, y en gran medida, si podemos, incluso moldeamos esta para que se ajuste a nuestra concepción. Por eso nunca he pensado que esta novela esté destinada solo a mujeres, sino a lectores.

Por otro lado, el segundo eslabón se produjo cuando en una conversación con mi esposa, polímata deslumbrante, me surgió la idea de escribir una obra cuyo personaje principal fuera una cocinera agorafóbica para quien los límites de su mundo fueran los de la cocina. Fue entonces cuando anidó en mí el deseo

de escribir esa historia, y entiendo que durante los siguientes años se moldearon personajes y eventos de la novela en mi cabeza. Fue, ya en 2012, cuando aquello comenzó a cobrar vida de una manera inesperada.

En pleno rodaje de mi película, Rodolfo Sancho, uno de los actores más profesionales y de mayor talento con los que me he topado, me animó a escribir una serie de época, con un personaje femenino como eje central. La obra que se había ido gestando todos aquellos años me arrebató entonces, y la situé en la España del siglo XVIII, en el periodo de la guerra y la posguerra de Sucesión —un momento histórico trascendental para España y para Europa—. Escribí seis capítulos, preparé la memoria para televisión... Sin embargo, al terminar esta me dije que debía ir más allá y escribir la novela. Los guiones no dejan de ser obras que aguardan a convertirse en algo más, como crisálidas que esperan ser mariposas.

Junto a este deseo mío, ocurrió un acontecimiento que desencadenó la escritura de la novela definitivamente. Gracias a mi muy queridísima Rosa Moya, una editora brillante, tuve la suerte de empezar a ser representado por la que para mí es la mejor agente de España y en la cual confío mi carrera literaria: Isabel Martí y su agencia IMC. Así, aparqué el proyecto de la serie de televisión y empecé a escribir esta novela.

A partir de ese momento, comenzó la labor de documentación, la preparación y la escritura de esta historia. Cuando la terminé, opté por dejar leer el primer manuscrito de más de mil páginas a ciertas personas de confianza, entre las que por supuesto no podían faltar Pilar, mi mujer, y mi madre. A todas ellas (Noemí Muñoz, Diego Rodeiro, Esteban Zabala, Flavia Castaño, Amelia Franquelo, Fermín Saldaña, Mercedes Alonso, Rosa Moya, M.^a Ángeles Cantero, Víctor Medina...) les doy las gracias por sus aportaciones.

Así, pasados dos meses desde que finalicé el borrador, Isabel terminó de leerla y me dijo que teníamos que buscar a la mejor editorial y editor para el proyecto..., y es aquí cuando tuve la enorme fortuna de que la novela entusiasmara a Lola Gulias y a Raquel Gisbert, de la editorial Planeta. Ellas también han hecho un trabajo excelente apoyando la novela desde el principio e imprimiendo su pasión por las letras a todos los que estaban en el proyecto. Sin ellas, la publicación de esta novela sería imposible. Si algo he aprendido de ambas es el ejemplo de cómo no rendirse nunca. Como los romanos en las guerras púnicas frente a Cartago, jamás dan la guerra por perdida, y si ellas creen firmemente que el proyecto puede mejorar en algún aspecto, persiguen

este objetivo con tal tesón y perfeccionismo que cualquiera que presente batalla ya está perdido. A ti también, Maya Granero, una editora formidable que realizó ese último informe y una edición magnífica, que conforma también una parte inseparable de esta obra.

Por fin, leyó la novela Belén López Celada, la directora de Planeta, a quien le tengo que agradecer la implicación, el impulso que dio a la obra y las palabras de aliento que me dedicó. Su entusiasmo ha sido fundamental.

Solo me resta ya agradecer a todos los que han trabajado en esta novela, pero a los que no he conocido directamente, desde lectores hasta cada uno de los departamentos de Planeta que han convertido Castamar en el libro que ahora tienes en tus manos.

Porque, al final, todo este periplo termina ahora en ti, como lector anónimo que lees estas líneas. Si te has desvelado y sufrido, apasionado e indignado, si te has arrebatado y abandonado, enemistado y enamorado con los personajes que se encuentran entre las páginas de este libro, entonces formarás parte ineludible de la historia de esta obra y habrás saboreado un pedacito de todas las personas que creyeron que merecía la pena su publicación.

Fernando J. Muñoz Notas

* «Perded toda esperanza al traspasarme». ** «Y él respondió como persona alerta: / Es bueno que el temor sea aquí dejado / y aquí la cobardía quede muerta. / Al lugar que te dije hemos llegado, / donde verás las gentes dolorosas / que sin el bien del alma se han quedado». (Trad. de Ángel Crespo.) *** Melchor Rafael de Macanaz (1670 -1760). Político, escritor y pensador español

que fue fiscal del Consejo Real de Castilla en tiempos de Felipe V. Defensor del regalismo (derechos reales sobre ciertas regalías que se disputaban a la Santa Sede), terminó procesado por la Inquisición.

La cocinera de Castamar

Fernando J. Muñoz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Cristina Reche / Iliina Simeonova / Trevillion Images

© Fernando J. Muñoz, 2019

Autor representado por IMC Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-08-20634-7 (epub) Conversión a libro electrónico: J. A.

Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!